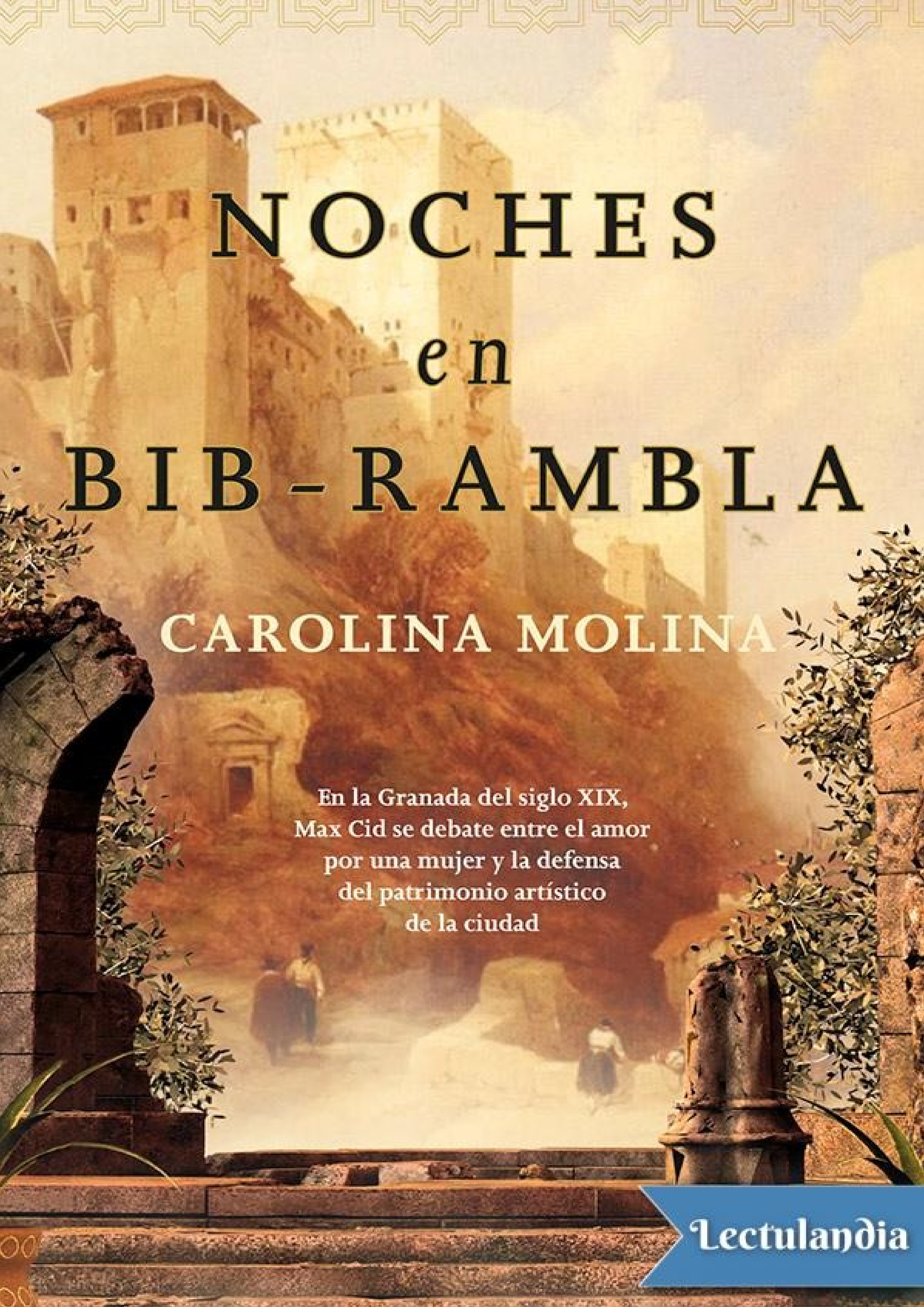

NOCHES
en
BIB-RAMBLA
CAROLINA MOLINA
En la Granada del siglo XIX,
Max Cid se debate entre el amor
por una mujer y la defensa
del patrimonio artístico
de la ciudad
Lectulandia

Tras *Sueños del Albayzin* y *Guardianes de la Alhambra*, Carolina Molina nos ofrece la esperada continuación de su ciclo granadino. Durante el siglo XIX, Granada, sufrió un fiero ataque a sus monumentos artísticos. Con la excusa de la modernidad, se destruyeron palacios, iglesias, puertas árabes y casas moriscas. A esta ciudad (ruina de lo que fuera el esplendor de al-Andalus) llega Max Cid a dirigir los negocios de su padre, fallecido en 1857. Aquí se enfrentará al rencor que siente por su propia madre, Bárbara Benajara, que siendo un niño lo apartó de su lado. Max es un joven inadaptado e inconformista, que en sus andanzas libertinas, conocerá a una dama madura y enigmática, Francesca di Mare, de la que se enamorará perdidamente. Arriesgando la vida y su hacienda defenderá a cada monumento de su demolición, en especial el famoso Arco de las Orejas, que aún permanece en el Bosque de la Alhambra. Vivirá los desbordamientos del río Darro y los incendios que devastarán la ciudad. Conocerá a personajes destacados de su tiempo, como el arqueólogo Manuel Gómez-Moreno, a los escritores Manuel Fernández y González o Pedro Antonio de Alarcón. Otros también asomarán a estas páginas como el pintor Mariano Fortuny o el joven Benito Pérez Galdós.

Lectulandia

Carolina Molina

Noches en Bib-Rambla

Serie Granada - 3

ePub r1.0
Karras 10.06.2018

Título original: *Noches en Bib-Rambla*
Carolina Molina, 2012

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

A Rodrigo, porque algún día encontrará el parque de los sueños.

Nota de la autora

Granada vivió uno de sus momentos históricos más lamentables en el último cuarto del siglo XIX. Poseedora del mayor patrimonio artístico español entre monumentos y obras de arte, sufrió un grave ataque por parte de las autoridades, que veían en esta herencia patrimonial un impedimento para convertirla en una ciudad moderna. Así fueron sucediéndose las demoliciones continuas de iglesias, puertas árabes o casas moriscas, que un destacable grupo de historiadores e incipientes arqueólogos, uniendo sus fuerzas, intentaron impedir.

Con esta novela he querido recordar, tal y como hice con la anterior a la que complementa (*Guardianes de la Alhambra*), a todos aquellos hombres y mujeres que lucharon por defender un ideal artístico. En esta época se establece el concepto de restauración que hoy en día practicamos y que hombres como Manuel Gómez-Moreno González y otros muchos de la Comisión de Monumentos de Granada, llevaron a cabo.

De entre todos los dislates que tuvieron lugar en el siglo XIX elegí, por haber sido motivo de lucha durante cerca de once años, la demolición de La Puerta de las Orejas (también conocida como Puerta de Bib-Rambla) que hoy nos recuerda lo sucedido desde pleno Bosque de la Alhambra.

La semilla que se plantó y germinó en el siglo XIX es la base de nuestra sociedad actual. En este periodo surgen escritores que ven en la literatura, y más concretamente en la novela, una forma de reflejar la sociedad en la que viven. Algunos miran hacia atrás y la convierten en la primera novela histórica española. Son autores hoy suficientemente conocidos, como el controvertido Manuel Fernández y González o Benito Pérez Galdós.

Finalmente, he querido referirme en las últimas páginas a Luis Seco de Lucena, periodista que defendió la causa granadina desde su periódico *El Defensor de Granada* y cuya actividad merecerá mi atención en sucesivos escritos.

Como viene siendo habitual en mis publicaciones, he añadido, un anexo explicativo de los hechos históricos que estructuran la historia narrativa, además de una relación de autores consultados y de personajes históricos reales, para que el lector pueda, si lo cree conveniente, diferenciar los personajes ficticios de los auténticos.

Si en mis trabajos literarios siempre he empleado un gran esfuerzo documental sin dejar ausente la narración, en esta *Noches en Bib-Rambla* creo haber incidido mucho más en las relaciones humanas; habrá quien encuentre en ella, menos carga histórica y más carga intimista y romántica. Sea como fuere, la finalidad de una narración es la de comunicar con el lector más allá de sus páginas y conseguir la complicidad, con la que el público me ha correspondido desde mi primera novela

dedicada a Granada, y que agradezco infinitamente.

Madrid, septiembre 2011

Presentación

Cuando Carolina Molina me pidió que le prologase este libro, al principio no comprendí el porqué de su ofrecimiento. Aunque sé que me tiene entre su grupo de amigos granadinos, no soy el más docto de ellos, por lo que, al carecer de la fama científica y profesional que se les suele exigir a quienes han de avalar la edición de obras tan notables como esta, no me consideraba la persona más apropiada para tal fin. Pasado un tiempo, leído ya sus *Guardianes de la Alhambra* y, posteriormente, el primer manuscrito de *Noches en Bib-Rambla*, fue cuando terminé comprendiendo su solicitud.

Fueron muchos los paralelismos que encontré entre las convicciones de Maximiliano Cid, Julián Mínguez y otros tantos personajes de esta novela con la labor profesional que mis compañeros y yo intentamos llevar a cabo diariamente desde el Patronato Municipal Fundación Albaicín: que es la de poner todos los esfuerzos y medios a nuestro alcance en la gestión y conservación del Albaicín, barrio en cuyo origen reside el de la propia ciudad de Granada.

Noches en Bib-Rambla comienza recordándonos el desafortunado episodio de la demolición del Maristán en 1843; de aquel hospital nazarí cuyos restos arqueológicos constituyen hoy, el único testigo material que se conserva de la historia sanitaria de al-Andalus. Desgraciadamente, la contemplación de este tipo de incidentes en la Granada decimonónica, lejos de ser ocasional, se convirtió en un «*espectáculo*» demasiado habitual —banal para la mayoría de los granadinos—, provocando una merma considerable del rico legado arquitectónico de la ciudad. Si bien no hubo concesiones de índole cultural, lo cierto es que el patrimonio inmueble andalusí fue especialmente sensible a estos ataques. Su maltrecho estado de conservación, unido a la aversión o indiferencia que suscitaba entre los granadinos —causada fundamentalmente por las connotaciones religiosas que encarnaba—, lo convirtieron en el blanco de todas las miradas. Los acontecimientos que rodearon la demolición de la Puerta de Bib-Rambla (llamada también de las Orejas) ilustran perfectamente el movimiento conservacionista finisecular y los procesos demoledores a los que se vieron abocados los monumentos en nuestra ciudad.

Hasta la muerte de Fernando VII en 1833, Granada había logrado conservar prácticamente intacta toda su belleza y fisonomía histórica. Ciudad que había sabido fusionar edificios ziries, nazaríes, góticos, mudéjares, renacentistas y barrocos sobre un anárquico urbanismo medieval, mezcla de caos e insalubridad. Una imagen exótica y pintoresca que los viajeros románticos se apresuraron en difundir por todo el mundo, convirtiendo a Granada en uno de los principales destinos del incipiente y «*elitista*» turismo internacional.

Los daños que pudo ocasionar el proceso de aculturación impuesto por los

conquistadores cristianos una vez rotas las Capitulaciones con los nazaríes, o los protagonizados por los invasores franceses —con sus exclaustraciones, reformas urbanas y voladuras tras su retirada—, fueron insignificantes en comparación a los que los gobernantes municipales y la sociedad burguesa orquestaron sobre la ciudad histórica a lo largo de los dos últimos tercios del siglo XIX. Aquel discurso urbano y arquitectónico, tremendamente agresivo, engendrado en época ilustrada y que había calado entre las clases propietarias de la mayoría de las ciudades españolas hasta enseñarles a denostar la ciudad en la que vivían y desear su radical transformación, será ahora cuando comience a materializarse. Las reformas promovidas por el gobierno liberal para sacar de la bancarrota al Estado propiciarán el escenario perfecto para tal fin.

En Granada, se daba la particularidad de que su arquitectura estaba muy envejecida y su urbanismo —excesivamente abigarrado— presentaba serias deficiencias de salubridad, circunstancia que contribuyó a denostar, aún más, la ciudad histórica. Si bien es cierto que Granada necesitaba de mejoras objetivas (saneamiento de las infraestructuras, alineaciones de calles, reformas interiores), sus autoridades no supieron conjugar los valores culturales de la ciudad heredada, con los profundos cambios que exigía el capitalismo emergente. Circunstancias como las desamortizaciones de los bienes del clero y de las órdenes religiosas (que tantos estragos produjo en su patrimonio), el incipiente mercado inmobiliario, la cubrición del rio Darro desde Plaza Nueva hasta el puente de Castañeda, la industria azucarera de la remolacha, y, sobre todo, la impasividad de los granadinos ante los delitos de sus dirigentes, hicieron de Granada una ciudad en ruinas.

Estos son los acontecimientos históricos en los que Carolina Molina introduce a los protagonistas de su novela, muchos de ellos reales. Un relato agridulce que conmueve al lector a través de los sentimientos de sus personajes, contrapunto de los fatales y reales hechos narrados. El rigor por la historia y su metodología documental, se convierten en Carolina Molina en su razón de ser para escribir. Esto, unido a la cotidianeidad y cercanía de las historias humanas que cuenta y el excepcional estilo de su prosa, la acreditan como uno de los máximos exponentes de una escueta nómina de novelistas que integran un nuevo género literario que yo he venido a denominar «*Historia Novelada*». Las novelas de Carolina Molina podemos utilizarlas, sin miedo a equivocarnos, como auténticos manuales de historia, superando, con ello, los límites propios de la Novela Histórica.

PEDRO LÓPEZ LÓPEZ[1]
Granada, octubre de 2011

Los monumentos romanos primitivos que se conservan son muchos y cada día se descubren nuevos. Así como en nuestra población, desgraciadamente, están deseando que haya una cosa antigua para echarla abajo, sustituyéndola con alguna mamarrachada o por ensanchar una plaza o calle, aquí, a pesar de haber tanto antiguo y tan bueno, no por eso desprecian lo que al parecer no tiene interés alguno, y aunque haya otras cosas iguales o mejores. Si el edificio se encuentra al abrir una plaza o calle, queda en medio aislado, y si amenaza ruina se le calza y se le ponen pilares o muros de sustentación. En medio de una plaza moderna se encuentran varios sillares formando un pequeño muro rodeado al modo de una fuente, estatua u otro monumento decorativo. Como este ejemplo podría citar muchos. En cambio en Granada, donde tan poco va quedando, se derribará la Puerta de Bibarrambla y de la Alhacaba y todo cuanto quieran, para que todo esté más bonito y sobre todo a la moda.

MANUEL GÓMEZ-MORENO GONZÁLEZ
Extracto de una carta escrita desde Roma a su padre Carlos Gómez-Moreno Puchol.

Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción.

BENITO PÉREZ GALDÓS,
La sociedad presente como materia novelable.

Prólogo

«Manuel ha muerto». Así de escueto fue el telegrama. Leímos las tres palabras una y otra vez hasta que mis tíos y yo mismo entendimos, finalmente, el significado dramático de cuanto anunciaba. Mi padre había muerto. Había muerto en una reserva absoluta, o tal vez, con la desidia de quien no se aprecia ni aprecia a los demás. Saber de su ausencia vital me fue tan indiferente como el efecto de sus visitas durante mi infancia, que fueron alargándose en el tiempo hasta dejar de existir.

Yo contaba con veinte años y aquellos ancianos que ahora me miraban con el telegrama en la mano, disgustados aunque inquietos por el temor de que los abandonara, habían sido mi única familia. No me preguntaron, pero sabían que me reclamarían en mi ciudad de nacimiento para supervisar los negocios de mi desgraciada estirpe.

Los únicos abrazos maternales que recibí fueron de mi tía Aurora. Cuando Manuel Cid y Bárbara Benajara decidieron entregarme a mis tíos abuelos siendo aún un niño, no contaban con que nuestra relación fuera tan cariñosa ni tan irremplazable, quiero decir, como debiera haber sido con mis padres pero nunca fue. Su egoísmo se vio recompensado con mi ausencia, pues consiguieron darse a una vida placentera, pero de forma independiente.

—Lo siento, lo siento mucho —decía mi tía Aurora—. Lo siento, Max, ahora ya no tienes padre.

—No se engañe usted, tía, que los únicos padres que yo he conocido han sido ustedes. Me voy al entierro de mi padre, pero aún no estoy huérfano.

Aquellas palabras, dichas con rencor, aliviaron en gran medida los corazones de mis ancianos tíos. Preparé un rápido equipaje y salí desde Madrid hacia mi ciudad natal: Granada.

Yo había nacido un 1 de noviembre de 1837. Dicen que en plena tormenta o, cuando menos, con una Granada gélida que anunciaba, ya a las tres de la madrugada, un invierno cruel.

Sería años más tarde, en 1843, cuando mi padre decidió enviarme a Madrid, consumido por la desidia, la impotencia artística y luego (en el futuro lo confirmaría) la desastrosa relación mantenida con mi madre. Yo creo no haberle perdonado jamás aquella frivolidad. Y eso que en aquellos tiempos y entre las familias pudientes era muy común deshacerse de sus vástagos, fueran útiles o no, con la excusa de darles mejor educación. Así, los enviaban a colegios prestigiosos, a familias lejanas y muy ricas con quien entroncaban por pura casualidad; a veces, simplemente, como en mi caso, los entregaban considerándolos un estorbo.

Estas razones rondaron por mi cabeza durante muchos años, en la niñez y en la adolescencia. Llegué a fabricarme una barrera de resentimiento que me destrozó el

ánimo hasta que me di cuenta de la fortuna que tuve de haber caído en familia tan sincera, amable y bondadosa como los Cid, afincados en Madrid.

Era Leandro Cid el hermano pequeño de mi abuelo, de quien le separaban abundantes años, por haber sido el clásico descuido marital. Quizá por eso resultaban tan distintos entre sí. Habrían pasado muy bien por primos. Por ello la relación con la familia Cid de Granada no fue tan cordial como era de esperar y al entregarme a los de Madrid, matrimonio sin hijos, aburrido de pedir a Dios una honrosa descendencia, me relegaban a un segundo plano.

De mi padre recuerdo, por lógica, bien poco. Que me visitaba una o dos veces al año hasta que sus encuentros se distanciaron, concluyendo en excusas vacías y sin sentido. Bien es cierto que recibía visitas de otras personas cercanas a él, pero yo no supe nunca valorarlas. Una de estas personas que amablemente regalaba su ocupado tiempo en saludarme y en preocuparse sobre mi educación fue el famoso escritor Washington Irving. Sí, han leído bien. Irving fue un personaje muy conocido en Granada y mi padre tuvo la suerte de trabar con él una estrecha amistad. Ambos vivieron durante unos meses en la ciudad de la Alhambra y mi padre se convirtió en su improvisado cicerone. Tal fue así que en agradecimiento supo el americano responderle ocupándose de mí, razón por la cual recuerdo mucho más a aquel maduro escritor que a mi padre.

En alguna parte de Italia tenía yo una hermana, Agustina. También sufrió el rechazo, pero por las cartas que nos remitimos se detectaba en ella otro talante. Siempre fue menos susceptible y puede que por eso no anidara en su memoria el veneno del rencor. En aquel momento de mi existencia había desechado ya la esperanza de volverla a ver. Tantos años en Roma la habrían convertido en una romana auténtica, una señorita liberal y de buena familia, bien educada y presumiblemente bella, que heredara lo bueno de mi padre y lo bueno (si lo había) de mi madre.

Pero el destino nos da muchas vueltas y he aquí que la muerte nos volvió a unir en una ciudad distinta a las nuestras, una ciudad que habíamos olvidado espontáneamente, como el enfermo descarta de su memoria los momentos dolorosos.

—Maxi, hijo… —empezó diciendo mi tío Leandro abrazándome en la misma puerta de la diligencia—. Procura comportarte, recuerda que eres un Cid estés donde estés.

Rehusé mirarle a la cara. Reconozco que tuve ganas de llorar y cuando, ya sentado, escudriñé por la ventanilla de la diligencia observando a mi tío, me di cuenta de que él no había podido, como yo lo hice, evitar las lágrimas. Me despidió con un pañuelo que luego utilizó para secarse los ojos. Mi tía Aurora, evidentemente, no me despidió; imposible sobreponerse a la idea de separarse de mí.

Durante todo el viaje —incómodo por sus bamboleos, sus precipitadas paradas y el olor agrio, mezcla de alcohol y sudoración— rebusqué en mis recuerdos mortecinos intentando congratularme con Granada. Lo debí de hacer bien porque tan

pronto empezaba el traqueteo de la diligencia mi imaginación se activaba y de ella surgían sensaciones, tactos y caricias o imágenes distorsionadas como fogonazos breves o desacordes.

Todo lo había desdeñado por doloroso, y eso era lo más notable, pues a pesar del esfuerzo la ciudad se había prendido en mi memoria como un clavo a una pared: las callejuelas sinuosas, el rumor de sus ríos, el frescor de sus alamedas, las gitanas cantando al ritmo de una guitarra, el agua chispeante de sus aljibes… Todo esto, tan distinto a la localidad de donde procedía, Madrid, convertía a Granada en la ciudad de provincias más exótica. Mis amigos de la capital ya habían pronosticado un romance con alguna bella gitana, a la que iría a visitar a su casa, horadada como cueva en el Sacromonte. Entre risas, imaginábamos todos los muchachos que si conseguía llegar intacto al coche de línea, con parada obligada para los salteadores, entraría en la misma Arabia, pues así recreaban nuestras mentes la ciudad mora por excelencia, y luego me espetaban que tendría que vestir con chilaba y mantener un harem. Nada era suficiente para reírse a mi costa y demostrar la ignorancia a la que puede llegar un madrileño hablando de las demás ciudades españolas.

De los gratos recuerdos resurgieron otros, cercano ya a Despeñaperros, y apareció la figura de mi padre cuando aún creía que me quería, defendiéndome de la acritud y desdeño de la Benajara. Es curiosa una circunstancia: que mientras más gratas eran las visiones de Manuel Cid, más lástima me producían las de Granada. Granada, lo sabía toda España, estaba siendo desmantelada, destruida entre golpes de maza. Y entre la remembranza de iglesias demolidas, de palacios nazaríes arruinados, de calles alteradas en sentido y dirección, me volvían las sensaciones terroríficas de los incendios, de los terremotos o los desbordamientos del río.

Una de esas estampas del recuerdo la he tenido siempre plasmada en mi subconsciente, una experiencia desastrosa y deplorable que no me ha abandonado desde aquel funesto día de 1843 en que acudí, cogido de la mano de mi padre y caminando por la orilla del Darro, a la espeluznante demolición de la antigua Casa de la Moneda, antes maristán nazarí y en pie desde el siglo XIV. Con tantos obreros corriendo y golpeando con mazas sobre los restos de una de las maravillas que nos dejó al-Andalus comprendí que algo más que un maristán se había perdido en Granada. Todos los allí presentes —obreros, funcionarios, arquitectos, policías, curiosos y gentes de variadas escalas sociales— parecían más entusiasmados por el espectáculo que yo, un niño de seis años, cuando acudía a las fiestas del Corpus.

Mi padre simulaba más aflicción que los otros; su mano se aferraba a la mía con fuerza y sin mirarme me dijo:

—Observa bien esta exhibición de decadencia, hijo mío, pues nunca más unos ojos humanos podrán volver a contemplar lo que fue hospital reputado por la más grande de las civilizaciones que tuvo Granada.

Desconozco por qué unos hombres advierten cosas inapreciables para otros. Pero mi padre lo supo siempre: que Granada estaba destruyéndose a sí misma, para más

tarde reinventarse en una ciudad que nunca llegaría a ser. Después de aquel suceso, mi padre, como si hubiera sido decisivo para nuestra existencia, determinó que mi hermana y yo nos ausentáramos de Granada. Seguramente en tal decisión tuvo notable influencia la mentalidad pragmática de mi madre. A mi hermana, Agustina, la enviaron a Roma, a un internado, y a mí me llevaron a Madrid, junto a mis tíos, a quienes debo —si es que tal circunstancia debe agradecerse— el ser lo que soy.

Poco después de este patético suceso artístico vinieron a engrosar el anecdotario granadino otros muchos: demoliciones permanentes de iglesias, puertas árabes, casas o puentes que pusieron a la ciudad patas arriba y en un estado tan desolador que cualquiera hubiera dicho, siendo extranjero y viendo los cascotes y escombros que se veían por toda la ciudad, que se encontraba en el mayor basurero español.

Con todo, nada era peor que enfrentarme por primera vez de adulto a Bárbara Benajara. Desde niño no había vuelto a verla y era por eso que no la llamaba madre. A ella me refería siempre con el desairado apelativo de la Benajara.

Aborrecía ya desde antes la imagen de ese encuentro. Fantaseaba con la idea de exponer fríamente un decálogo de reproches, contados uno a uno, evitando el insulto que cualquier persona decente me habría justificado. Y aquella dramatización de lo que iba a pasar me erizaba el vello de la nuca. La sensación de sentirme vulnerable era ya, por aquel entonces, una de mis debilidades más evitadas.

Así llegué finalmente a Granada, al despacho de billetes de la Compañía de las Diligencias y Postas, viaje que hube de realizar desde el número 15 de la transitada calle Alcalá de Madrid. La plaza que me recibió, la llamada plaza de los Lobos, me inspiró desconfianza. Era la premonición de que en breves minutos me vería frente a mi madre en el caserón legendario de los Cid.

Capítulo 1

La Benajara

Cada plaza tiene un sonido, siendo el de esta, llamada de Los Lobos, estrepitoso y festivo. En esa algarabía, ruidos esquivos y música callejera, encontré la garantía de una urbe real, sin que para mí resultara más pobre o más desordenada que el resto de las plazas y calles de otras ciudades. Con la excepción de las palmeras, Granada no llegaba a ser más peligrosa que los barrios pobres de Madrid, a los que estaba acostumbrado y de cuyos efectos ningún madrileño se zafaba.

Mis compañeros de viaje se despidieron, las damas bajaron con cuidado de la diligencia y entonces me quedé paralizado, desorientado en medio del rutinario devenir. Los vendedores de pavos azuzaban con una vara a su alada mercancía y los mozos de cuerda gritaban el peligro de ser arrollados por una carretilla, siempre con las prisas de quien pretende recibir una propina si el género se entrega a tiempo.

Miré mi impecable equipaje resumido en una maleta de piel, pesada desde luego, y entonces resolví pedir la ayuda de uno de esos mozos, pagándole el encargo. Mientras esto decidía, sacando unas monedas de mi chaleco, mi oído distinguió un nuevo sonido, distinto a todos los rumores que allí se agolpaban. Era en definitiva una llamada.

—¡Señor Maximiliano Cid! ¡Señor Maximiliano Cid…!

Alguien me reclamaba. Pero ¿quién? Nadie en la ciudad sabía que volvía y aquella voz no era, precisamente la de mi madre.

—¡Señor Maximiliano Cid…!

Muy pronto adiviné. Cerca voceaba un niño de no más de trece años con la gorra bien calada hasta las orejas, llamándome a voz en cuello, como los vendedores voceaban los periódicos con escabrosas noticias.

—¡Chico! Yo soy Maximiliano Cid.

La expresión era chocante. Con mis veinte años recién cumplidos me creía ya en la posesión legal del adulto de considerar inferior a todo ser con menos edad o menos barba.

El niño se acercó y se desprendió de la gorra en señal de respeto. Ya sabía las normas de etiqueta que debía cumplir un muchacho de la calle a cargo de unos señores capaces de proporcionarle comida y un pequeño sueldo para mantener a padres y hermanos. Yo había visto muchos de estos en Madrid, así que no me impresionó lo más mínimo.

—Me envía zu zeñora madre. ¿Puedo llevarle el equipaje, zeñor?

Su acento me sonaba a extraño, a lejano. Yo ya lo había perdido en tantos años de ausencia, aunque ahora, después del tiempo, he recuperado y aumentado lo que entonces perdí. No era el del muchacho un acento puramente granadino, porque los

granadinos hablan con la boca bien abierta y sin ceceo, a veces es solo la cadencia la que los diferencia de los demás andaluces.

Por no avergonzarle delante de tanta gente le señalé mi maleta. No pudo el pobre ni levantarla al primer intento. Hinchó sus pulmones para tomar fuerza con el impulso y no consiguió más que arrastrarla. Mandar a un niño que podía ser mi hermano pequeño a recibirme solo podía ser idea de mi madre, con ello testimoniaba la poca trascendencia que suponía mi visita.

Atravesamos la plaza y llegamos a otra parecida en cuya esquina se erguía endeblemente lo que parecía haber sido una iglesia. Era la plaza de la Trinidad y el templo el antiguo convento de los trinitarios calzados, del que ahora quedaba más bien un amargo recuerdo. Durante años había servido de oficinas y almacenes a la Hacienda nacional. Pero tras las desamortizaciones pasó a manos privadas y poco a poco fue arrendado, con mayor o menor acierto, siempre perdiendo espacio físico (hoy un pilar, mañana una nave, otrora una torre…) hasta convertirse en vivienda habitual de ratas y malhechores.

—Venga el zeñorito por esta calle, atajaremos para evitar la zalida de miza. A estas horas dice una muy conocida el padre Urbano en la catedral.

De súbito advertí aquella mole catedralicia, destartalada pero imponente. Parecía un decorado de teatro para una escena operística. Me supuso el primer contacto con la antigüedad de Granada. Sus sillares monumentales y su color arenoso. Al tiempo, las campanas de su alta torre empezaron a tocar y una bandada de pájaros, que yo entonces creí palomas pero eran estorninos, volaron asustados hacia los tejados de las casas cercanas. Levanté la cabeza y contemplé la homogeneidad de la ciudad, de los balcones pincelados de flores y las persianas sabiamente enrolladas preparándose para desplegarse si el calor era precoz.

Rodeamos la catedral y, perdido ya por calles tan estrechas como para que un hombre se atorara saliendo de un portal, llegamos a la calle Elvira. También salían de misa de San Gil las señoronas granadinas. Fue preciso apartarnos, y lo hizo el chico tan precipitadamente que soltó mi maleta y ya cuando hubo de levantarla le debió de parecer de plomo. Ni una nueva hinchazón de pulmones ayudó a que la maleta abandonara el suelo. Lo intentó el muchacho repetidas veces tras de mí, hasta que ya me vi en situación de remediarlo.

—Yo llevaré el equipaje, sírveme de guía.

El niño asintió con gran alivio. Sin duda sabía que le esperaba en la casa de los Cid una buena reprimenda por no haber cumplido con su cometido, pero aun lo agradeció, pues era necedad negar la evidencia.

Fue entonces cuando llegamos a la palpitante Plaza Nueva.

Nada de lo anteriormente visto me había inspirado el más mínimo recuerdo de mi niñez. Pero aquella plaza pareció llamar a mi corazón más que a mi recuerdo. Sensaciones indeterminadas, que yo no había conocido antes, me provocaron un inevitable escalofrío. Yo entonces no conocía mucho la magia de la fotografía, de

haber sido así habría creído ver mi infancia transcurrir en imágenes.

Mis pies impulsados por un no sé qué fijo en mi cabeza me llevaron al inicio del río, desde donde contemplé, finalmente, la Alhambra.

Yo creo que no puede haber corazón tan pérfido en el mundo que no se enternezca al ver la Alhambra desde aquel rincón. ¿Cómo había sido posible vivir veinte años sin su recuerdo? ¿Sin el más mínimo atisbo de haber sido, en algún momento de mi vida, parte de aquel lugar?

—Es la Alhambra, zeñorito.

Sonreí. ¿Era necesario que aquel niño hundiera su crueldad en mis entrañas y me recordara que había estado ausente tanto tiempo? Rememoré mis juegos en el Paseo de los Tristes, golpeando a veces un tapón de botella y otras guiando un aro que un profesor que tuve de niño me regaló por un cumpleaños. ¿Qué habría sido de aquel aro y de aquel profesor, con sus lentes turbias y su mirada de ratón?

—Venga, zeñorito, habrá que zeguir por aquí, toa Graná está en obras y ya cazi no podemos ni vadear el Darro.

Lo seguí. Era cierto que mi maleta pesaba, mayormente por su contenido en libros. Nunca me interesó parecer un dandi y di poca importancia a mis trajes, actitud que me traería de cabeza en esa sociedad clasista e hipócrita.

El niño consiguió guiarme hasta la misma puerta de un caserón. Allí llamó a la campanilla, que retumbó en medio de la calle. Nada parecía presagiar que dentro había un velatorio, ni que vivía en ella la persona más ruin que había conocido en mi corta vida. Se abrió la puerta.

—Bienvenido, señorito Maximiliano. Espero que el viaje le haya complacido.

Me hablaba la criada personal de mi madre, Teolinda. Ya había olvidado de ella hasta el nombre pero algo me lo hizo recordar instintivamente. Era alta, ahora ya encorvada por la edad, y de preocupante delgadez. Peinaba siempre un moño bien estirado con una escrupulosa raya central, tan rígida como su actitud. Llevaba colgadas, tintineando, las llaves de todas las estancias de la casa. No me extrañó que vistiera de negro, no creo que lo hiciera por compartir el dolor de los Cid en aquellos días, sino más bien por decisión propia, lo cual le iba que ni pintado a esa conducta de doncella decimonónica.

Al darse cuenta de que el chico no se había ocupado del equipaje esperó con estoica prestancia a que pasara a su lado y, cuando lo hizo, con la rapidez de una lengua de camaleón, le propinó un cachete en toda la cabeza. Puedo asegurar que el niño advirtió el cachete cuando su gorra se le cayó al suelo, pues de la celeridad con que Teolinda obró no tuvo tiempo ni de sentir dolor. La pena me embargó el pecho. Me sentí niño otra vez y me acordé de los desplantes que mi madre me otorgaba a la tierna edad de cinco años. Me solía castigar en un cuartucho en donde solo había un ventanuco bien alto, casi siempre abierto por no tener cristales, y a través de él

entraban las largas hojas de una palmera. Creo que desde entonces estos vegetales, que todos creemos que son árboles pero no lo son, pues no se destinan a madera, han sido y seguirán siendo una de mis más complacientes compañías.

Absorto en el recuerdo de las palmeras fui dirigido al interior de la casa. Solo habíamos llegado al zaguán de piedra y ni siquiera ascendido los peldaños de su escalera cuando reconstruí, mentalmente, el caserón de los Cid. Por allí había correteado de niño, no muchas veces me temo, pues mi madre odiaba a los niños díscolos, siendo yo el más insurrecto de todos. Contrariamente a lo que se pudiera suponer de mi detestable experiencia infantil, me sospeché vinculado emocionalmente a ese destartalado caserón. En el centro del patio, rodeado de columnas, hallé el pequeño estanque, ahora seco, extrañamente descuidado. Yo lo creía haber visto alguna vez lleno de plantas o incluso acicalado de nenúfares, que se extendían sobre su interior como un florido mantón de Manila. La casa guardaba la herencia romana del *impluvium* central, donde iba a caer el agua de la lluvia en los tiempos húmedos. Pero ese otoño había sido seco y era muy probable que las plantas, allí colocadas, hubieran encontrado, por sí solas, el fin de sus días.

—La señora le espera en el salón.

No recordaba dónde estaba el salón, o al menos la estancia que ahora parecía destinarse a tal menester. Así reclamé la ayuda de Teolinda, que me acompañó y antes de abrir la puerta de dos hojas, finamente labrada, oí que decía:

—Ha venido el señorito Maximiliano.

—Que pase —dijo una voz.

Pocas veces en mi vida he sentido latir tan rápido mi corazón. Creí que me sería indiferente ver a mi madre biológica después de años de continuo desdén. Se manifestaba que no era el muchacho maduro que creía ser, porque cuando atravesé la puerta me temblaron las piernas. Me hablaron muchas veces de su carácter, de su ruindad, de su hipocresía, pero yo pensaba para mí que debía de tratarse de una mujer insustancial, preocupada más por la moda que por su descendencia, y al menos en esto no me equivoqué nunca.

Había cuidado su imagen y dramatizado sus gestos al verme llegar; no quería causarme mala impresión. Iba bien vestida, con distinción infrecuente en una viuda, me pareció. No de negro, sino de un azul oscurísimo que la volvía un poco frívola en un día como aquel, pero la Benajara hacía siempre cuanto quería, incluso ignorar las normas que ella criticaba por incumplidas en otras personas.

Peinaba impecable, con un broche de plumas que más tarde confirmé que era la moda de aquella temporada. No era fea, más bien agradable. Nos miramos e hice algo que no me esperaba, buscar inconscientemente la huella de mi herencia, de mi parecido, unos ojos como los míos, una nariz como la mía. Fueron segundos larguísimos hasta cerciorarme de que no nos parecíamos, lo que estabilizó mis sentimientos y gracias a ello pude arriesgarme a hablar:

—Madre —dije. Lo arrojé de mis labios, como si de un actor saliera el texto

estudiado de una obra de teatro. Era una palabra hueca.

—¡Maximiliano!

La Benajara se volvió con cierto ímpetu y se acercó a mí con las manos extendidas en un gesto que me pareció excesivo. Creí que me abrazaría, lo que me hubiera incomodado, pero no fue así. Se plantó frente a mí y, con ojos que parecían humedecerse, me palpó la cara.

—¡Maximiliano! ¡Cuánto tiempo, hijo! Si casi no te reconozco.

Me dieron ganas de exponer mis críticas. Con su comentario hacía parecer que la ausencia que nos separó había sido por mi culpa. Siempre medía las palabras y las utilizaba a su antojo.

Yo no dije nada, pero ella me desconcertó, pues por primera vez la creí vulnerable y sincera:

—¡Pero si eres la viva imagen de tu padre!

Después de eso, escondió la mirada y se fue a refugiar a la sombra del salón, junto a una chimenea encendida cuyas teas ardían mortecinamente.

Era harto complicado empezar una conversación en aquellas circunstancias. Teolinda relajó el ambiente colocando un oloroso té negro en la mesita de nuestra izquierda. Me extrañó que mi madre disfrutara del brebaje, la recordaba dando órdenes alentando a beberlo como medicina.

—Bien… —me atreví a decir yo—… Cuénteme cómo sucedió.

Doña Bárbara movía la cucharilla dentro de la taza de té. Parecía pensativa pero me oyó claramente.

—Desearía no hablar de ello, hijo. Debes comprenderlo. Tu padre siempre fue un tanto… especial. Yo quise creer que todo estaba bien, pero me he llevado un chasco muy grande. Ahora me quedo sola, Maximiliano. Solita me quedo. Ni siquiera pensó tu padre en el trastorno de morirse el día en que tenía preparada una *soirée*. ¡Un día insoportable de cancelaciones!

No crean ustedes que yo me extrañé del comentario. Ya llegaba prevenido. Lo que más me dolió de su actitud, que luego progresaría en los mismos términos los meses siguientes, fue la omisión voluntaria de la causa del fallecimiento.

—Pero ¿cómo fue?

La Benajara me ignoró, sacó un pañuelo para limpiarse unas lágrimas perezosas, incapaces de fluir por mejillas tan gélidas y luego continuó hablando.

—Deberás pasar a la sala del velatorio. Y saludar como corresponde. Ha sido toda una conmoción en Granada. Tu padre era muy conocido, había hecho buenas relaciones aunque no siempre me parecieron estas de mi agrado. Pero, en fin, Manuel… tu padre era muy querido, mucho mucho…

—¿Cuándo será el sepelio?

—Mañana, en Santa Ana.

—¿Avisó usted a Agustina?

—¿A quién?

Titubeé unos instantes.

—A su hija. Recuerda usted que tiene una hija en Roma, ¿verdad?

Mis palabras sonaron descaradas. La Benajara lo percibió.

—Doy por sentado que Agustina no podrá llegar a tiempo.

Como mi comentario desmontó su proyecto de madre ejemplar, decidió la Benajara cortar por lo sano y desviar mi atención hacia otro asunto.

—Si has terminado de tomar el té, te acompañaré al velatorio.

No pude contestar, pues tan pronto pronunció estas palabras dio media vuelta y salió por la puerta. Tuve que acelerarme para no quedarme atrás.

Anduvimos por pasillos sombríos, adecuados para mostrar el dolor de un duelo. Era muy posible que jamás hubiera estado en esa parte de la casa. Era una mansión grande y ciertamente desaprovechada, por la que mi madre prohibía transitar por según qué zonas, sabiéndose la dueña territorial. Teolinda, que la ayudaba en su dictadura, portaba el gran llavero de la mansión. Sin embargo, su argolla metálica no conoció, al menos, una de las llaves: la que mi padre ocultaba entre su ropa como tesoro intocable y que luego quedaría dentro de su mortaja. De esa llave y de esa eventualidad ya hablaremos en un futuro próximo. Su hallazgo me proporcionó un agradable cometido, única tarea impuesta que agradecí a mi madre en todos los años en los que compartí su techo.

Resulta irreverente entrar en un velatorio. Yo, por suerte, no había estado en ninguno. Era por entonces demasiado joven para comprender la muerte y ahora demasiado viejo para que ella me comprenda.

En el mismo centro de la sala colocaron el cadáver de Manuel Cid. Estaba dentro de un ataúd, lo cual me extrañó, si bien yo no conocía el ritual de aquellos encuentros mortuorios. La tapa de la caja era de cristal y dentro se vislumbraba, a pesar de las sombras que traspasaban el ventanal semicerrado, el cuerpo de mi padre, con un traje negro, un lazo bien anudado y un cuello blanquísimo y bien almidonado. Tenía una postura estática, antinatural. Sus mejillas hundidas y una incipiente barba que no se sabía muy bien si era de hirsuto caballero o de hombre desastrado. Una sarga blanca tapaba su frente. Fue entonces cuando sospeché que debajo de aquel trapo, limpísimo y sin ninguna arruga, habría un grave asunto que ocultar.

Tan pronto entré, muchas de las señoras allí convocadas se pusieron en pie. Eran la mayoría, como digo, mujeres. Los actos sociales relacionados con nacimientos o con muertes son siempre tareas femeninas. Sin embargo, al pasar por delante de un café ves siempre a la clase viril, humilde o ricachona. En mantener separados los sexos es el único punto en el que están de acuerdo ambas clases sociales.

Se me acercaron reconociéndome o, cuando menos, adivinando quién era, porque yo no las había visto nunca y aunque mi madre insistió en decir cada uno de sus nombres y apellidos, yo fui incapaz de repetirlos seguidamente. Solo estreché manos, algunas fofas, otras impertinentemente prietas y otras, las que menos, con firme afectividad, lo que me confirmó que mi padre era querido y conocido en su ciudad

natal.

Luego de darme el pésame una a una, de desear huir de aquella carroña hipócrita que anhelaba hundir sus dientes en mi inestable ánimo, pude salir de la estancia y acobardarme entre unos cortinones. Me encontré solo y por ello me arriesgué a respirar profundamente, ahogando en mi garganta el llanto que no quise nunca prorrumpir delante de extraños. De esa manera tan feroz tuve el último encuentro con mi padre. ¿Era toda la parafernalia mortuoria la que me acongojaba o, muy contrariamente a lo que siempre asumí, todavía me quedaba algún pequeño resquicio de amor por Manuel Cid?

Tengo que reconocer que yo, por entonces, aún no quería a mi padre. Y digo quería porque con el tiempo llegué a conocerlo y amarlo como persona, no como patriarca, que nunca lo fue para mí, pero sí como artista, como ser humano, pues en proporción era, por descontado, mucho más y mejor.

Intentando recuperar mi respiración normal fui a dar, sin voluntad, con la puerta entreabierta de una habitación. Aquel pasillo tan largo y vacío parecía ser el mismo de otras casas, pero en el caserón de los Cid, como en los de los demás, siempre había algo distinto que hacía de esa mansión propiedad única e inconfundible.

Aquella puerta, no sé la causa, se desplazó sola sobre sus goznes. Sería el viento o la inclinación del suelo, pero la casualidad dejó una abertura suficiente para que mis ojos buscaran de forma impulsiva el interior que revelaba un mundo desidioso, pasmosamente aburrido y muy contrario al que se fraguaba en el resto de las estancias.

Entre las hojas de roble macizo mis ojos dieron con una perspectiva maravillosa. La habitación, posiblemente la de mi madre, era amplia aunque iluminada con una tenue luz. Un pequeño resplandor distinguía, de entre todas las cosas inamovibles, la bella figura de una mujer. Reconocí, aun sin saber quién era, a una criada ocupada en el cometido de devolver los zapatos bien abrillantados al aposento de mi madre. Los tenía aún en las manos, los sopló para quitar de ellos la última brizna de polvo y cuando los hubo de dejar en su zapatero tornó por mirarlos. Era una joven preciosa, voluptuosa, racial. Sus cabellos negros, enredados, flotaron en sus hombros cuando se inclinó para probarse uno de los zapatos, tarea en la que vaciló varias veces, temerosa de ser sorprendida. Pero finalmente le pudo la presunción y viéndose sola, apoyó su pie en el borde de la cama, se levantó las anchas faldas hasta la altura de la rodilla y se colocó el zapato. Mientras esto hacía dejó una linda pierna al descubierto. Estaba enfundada en una media de perlé o de punto apretado y fino, tan blanca como una manga pastelera, y sus pequeños detalles parecían simular las blondas de los pastelillos que yo en Madrid, desde su fundación escasos años antes, compraba en Casa Mira.

Quizás el recuerdo de los hojaldres me estremecieron el estómago y solo fue síntoma de hambre, pero yo creo ahora que la pierna torneada de la criada, en su plena juventud y belleza, me activó un corazón conmocionado por los sucesos antes

referidos y, de alguna manera, confirmaron que no era más que un joven ardoroso y con ganas de vivir. La imagen de aquella joven calzándose un zapato de mi madre, con su pierna desnuda y su femenina inquietud por no ser descubierta, me ha acompañado a lo largo de los años. Fue el primer sentimiento agradable en la casa de los Cid y así lo recuerdo aún. La criada, cuyo nombre era Rosita, fue uno de mis primeros amores. Pero de eso hace ya muchos años. A Rosita nunca le revelé que la había sorprendido.

Al día siguiente, llegada ya la hora del entierro, encontré a la Benajara demasiado distraída y sin el ánimo dispuesto para la conversación. Resultaba insólito su hermetismo, pero, por otro lado, con aquel silencio me otorgaba la posibilidad de observar sin que nadie me obligara a las explicaciones. Todo ello agradecí dado el abismo de desconocimiento que nos separaba. Instantes después de haberme propuesto callar, venciendo mi propia desgana, entré en la salita en donde ella solía reposar y le pregunté:

—¿No se ha arreglado aún? Es casi ya la hora del entierro.

La Benajara levantó la cabeza desde su posición sedente que había asumido en la semioscuridad. Suspiraba.

—Verás, hijo: a las viudas se nos perdona que no acudamos al entierro, y claro está, yo no sabría qué hacer ni cómo comportarme. Tendrás que ocuparte de todo. Yo no sirvo para estas cosas.

—Pero madre…

—Ten este dinero. Repártelo entre los mendigos que se apostarán en la puerta de la iglesia, a buen seguro que querrán ser los veleros.

—¿Los veleros? —pregunté yo sin saber de las costumbres de la ciudad.

—Sí, hombre, sí, los que portan las velas. En el entierro, como en la vida, se demuestra la clase de persona que has sido. Tu padre, perdona que te lo diga así, fue un iluso, un tarambana. No quiero que vaya solo al cementerio. Dado que no voy yo, el hombre de la casa se ha de hacer cargo de estas cosas. No quedes mal con los mendigos, sé generoso, pero tampoco despilfarres, que la economía no está para grandes demostraciones.

—Madre… —volví a protestar.

Pero la Benajara, en un gesto que se reveló más que estudiado, se puso la mano sobre la sien y exclamó con aire lánguido:

—¡Oh, qué dolor de cabeza! No puedo más, no puedo más…

Comprendí con aquella teatral manera que había dado fin a nuestra conversación. Salí de la estancia vestido de luto y con la mano llena de monedas. Tantas eran que se me resbalaron y algunas se esparcieron por el pasillo contiguo.

—¡Y devuélveme lo que quede!

Mi madre dijo esto en un arrogante gesto de altanería que me pareció rastrero y de

muy poco gusto. Empezaba a darme cuenta de que todo cuanto había oído de ella venía confirmándose.

Perseguí las monedas evasivas por todo el corredor. Me consta que algunas se perdieron entre las pesadas cortinas y consecuentemente terminarían en los bolsillos de Rosita. Pero la mayoría pude recuperarlas, lo que me supuso un trabajo inesperado, y gracias a la pérdida de tiempo en este accidente coincidí con los mozos que sacaban el ataúd de mi padre. Tanto o más patosos fueron ellos que yo, pues al rato de mirarlos vi cómo a uno se le resbalaba la tapa del ataúd que parecía ya cerrado y el cuerpo mortecino de mi padre se bamboleaba hacia un lado, perdiendo el blanquísimo pañuelo de sarga con que le ocultaban la frente. Fue así como vi en la sien de mi padre una marca inesperada, de un ocre descolorido y purulento. Los mozos, rápidamente, fueron a taparla, no por evitar que otro como yo la viera, sino para no ser reprendidos por la Benajara, que a buen seguro los hubiera mandado al cuartelillo. Yo me quedé sin aliento. Una marca en la sien, me repetía entre dientes, una marca estrellada e indefinida que no era, precisamente, el tipo de señal que queda al golpearse. Así pues lo deduje, aunque bien habría hecho mejor en adivinarlo. Mi padre se había suicidado.

Los suicidas eran repudiados en una sociedad decente. Por los cristianos, entendiéndolos incumplidores de unos votos que exigen al hombre cuidar de la creación de Dios, y por los demás, por qué no decirlo, por considerarlos cobardes. Yo no conocía entonces la causa desesperada que llevó a mi padre a terminar su vida con una explosión de pólvora. Pero me sorprendió. Poco a poco fui entendiendo el protocolo al que respondía la actitud de mi madre, el quererse desentender de todo y, a la vez, manifestar la servidumbre a una iglesia que podía serle de utilidad social, y con la que, puedo confirmarlo, se llegó a un acuerdo para que pudiera ser enterrado en camposanto.

A las mismas puertas del caserón de los Cid llegaron los acompañantes más queridos, los más allegados. Señores de negro, bien vestidos, aburguesados pero respetables. A ninguno de ellos conocía. Entonces oí el toque de clamores, indicando que el fallecido era un varón. Tañeron, pues, tres veces. Y al momento las campanas enloquecieron anunciando que mi padre iba en camino hacia la iglesia.

No fue fácil atravesar la orilla tortuosa del Darro. Irónicamente, después de acudir a la iglesia y ofrecer los correspondientes actos religiosos, el difunto volvería a pasar por la misma puerta de su casa para encaminarse al cementerio. Sería un camino inútil pero necesario, pues comprendí que si la vida de mi padre no había sido un ejemplo de entereza, debía serlo su entierro, paradigma de la rectitud.

Llegamos a la misma puerta de la iglesia de Santa Ana. Su delicada torre comenzaba a centellear recibiendo los primeros rayos del sol, pues eran sus adornos de un azul delicado. En su misma puerta me encontré con gran número de almas, hombres y mujeres humildes; otros, más que humildes, desharrapados y sucios. Los que más con muletas o con el cuerpo quebrado, dando lástima de verlos. Cuando me

acerqué e indecisamente intenté preguntarles si alguno quería hacer de velero, el más lisiado de todos se instauró en general de aquel ejército de pobres y tullidos. Se me acercó a trompicones y luego, con toda la dignidad de un caballero dijo:

—Todoh hamoh venío a ser veleroh, sseñorito. Que ssomoh loh inválidoh de la Alhambra. Y lo habemoh de hacé por gratitú al sseñor Zid, al que toh queríamoh y respetábamoh.

Entonces se quitaron los piojosos sombreros (si los llevaban) en señal de respeto, y las mujeres se taparon la cabeza con sus toquillas raídas. Uno a uno se pasaron los velones, que encendían con la mecha del velero anterior, y al poco fue formándose una masa humana doliente, pero tan brillante como las estrellas en el cielo. Observando aquel firmamento de devoción no tuve más remedio que asentir con la cabeza y permanecer estoicamente vencido ante tanta demostración de afecto. Fue entonces cuando comencé a fascinarme por la personalidad de mi padre.

El féretro, recibidas ya las sagradas diligencias, se dirigió hacia el cementerio. Volvíamos a pasar por las puertas mismas del caserón de los Cid, el que fuera lugar de recogimiento del finado. Mientras pasábamos, lentamente, en silencio, entre multitud de hombres y mujeres con velas en las manos, los que en sus casas se hallaban movían las cortinas y se asomaban tras de ellas persignándose. Otros, directamente, salían al balcón y allí cruzaban las manos y rezaban. Era como si Granada entera participara en un entierro en donde la viuda no apareció.

Al llegar al borde del puente del Aljibillo, zona ya indicativa de subida hacia el cementerio, los enterradores se pusieron el féretro al hombro y tomaron aire, pues la subida era penosa. Estaba el terreno alfombrado de pequeñas piedras, picudas, molestas, que allí denominaban chinos o a veces cantos. Así, dieron en llamarlo la Cuesta de los Chinos.

Nadie optó por seguirles y yo, que intenté hacerlo, fui retenido. Parecía que era mi destino volverme a separar de mi padre.

—¿Maximiliano? —preguntó indeciso un joven que me tendió la mano—. Soy Juanito Morell, el hijo de Juan Ignacio Morell. Nuestras familias tenían relaciones y ambos, si te acuerdas, fuimos juntos al colegio del profesor Mínguez. Han pasado muchos años pero yo te he reconocido en cuando te he visto. No has cambiado nada y eres un segundo Manuel Cid.

—Eso parece, mi madre también comentó la semejanza. Siento no recordarte, creo que he extraviado de Granada más de lo que recuerdo.

—Ha sido toda una vida, es lógico. Quiero que sepas que tu padre era un buen hombre y que así lo cree la mayoría de la gente.

—¿Solo la mayoría?

—Bien, todos tenemos nuestros enemigos y no creas que es cosa inútil. Yo, al menos, hago uno cada día.

Nos miramos y, dentro de aquella confusión desoladora, encontramos el motivo para sonreír.

Los veleros que nos habían acompañado hasta el puente volvían cabizbajos hacia la iglesia de Santa Ana. Alguno se quedaba rezagado, pensativo. Otros parecían comprender que el acto había concluido por completo.

Estando así parados oímos el ruido de un carruaje. Era un vehículo pequeño, pues de no haber sido así no hubiera podido atravesar la Carrera, con sus impedimentos propios, naturales y humanos. Nos volvimos para contemplarlo y ver dónde paraba y lo hizo tan cerca de nosotros que nos fue imposible eludirlo. Se abrió la portezuela y un pie femenino se apoyó en la escalerilla. Era menudo pero elegante. Pertenecía a una joven, casi una niña pero con una gracia innata, que al recibir el aire de la mañana se colocó el sombrero. Vestía de color oscuro, algo excepcional en una joven aunque en ella resultaba extravagante. Se apoyaba en una sombrilla con mango muy labrado, lo que determinó que no provenía de familia humilde, ni siquiera de burguesa, sino de alguna más alta y distinguida. Juanito la miraba con ojos obscenos. A mí me podía la curiosidad. La joven se dirigió a mí y con aire muy resuelto exclamó:

—¿Maxi? ¿Ya ha terminado todo?

No supe qué responder. ¿Quién era aquella niña-mujer bella y espigada que se preocupaba tanto por mi situación familiar y que osaba presentarse sola sin dama de compañía?

—Pero Maxi… —continuó ella, encerrando en sus dulces gestos la desaprobación —. ¿No sabes quién soy? Soy tu hermana.

Tantos estímulos se me agolpaban —aún fresco el dolor del funeral— que no supe responder como se merece al encuentro de mi hermana. Me mostré inexpresivo y hermético. Ahora me arrepiento y creo no haberme disculpado lo suficiente. Pero Agustina era una mujer abierta y poco suspicaz, de hecho no dio el más mínimo valor a las miradas de Juanito.

—¿Agustina?… Madre dijo que no podrías llegar a tiempo.

—Me avisó muy tarde, es cierto, pero yo soy mujer de recursos. *Madame* me ayudó a agilizar el viaje.

—¿Quién?

—Tengo una protectora, una mecenas que paga mis estudios y cuida de mí. Alguien tenía que hacerlo viviendo yo en Roma, ¿no te parece?

Detecté rencor en sus palabras, no tanto como hubiera yo expresado de haberlas dicho, pues Agustina fue separada de mis padres siendo más joven y estoy seguro de que amasó menos resentimiento con la ausencia. Tal vez fuera expresión de su carácter o que su condición femenina endulzaba el posible resquemor, pero yo siempre fui más rencoroso, bien lo sé, o incapaz de olvidar el daño recibido.

Presenté a Juanito Morell a aquel ángel del cielo y él encorvó su espalda para saludarla, pues era mayúsculo y ella menuda, estampa irrisoria si se veía de lejos, pero que encajaba como un rompecabezas de dos piezas ensambladas en un todo.

El encuentro me disuadió de concretar en mi cabeza una idea macabra: el cuerpo

yacente de mi padre bajo la tierra roja de la Sabika. Ningún otro lugar, naturalmente, hubiera sido mejor para darle sepultura, pues la relación que lo unió con la Alhambra fue extensa y era de esperar que la colina se alegrara de volverlo a tener bajo su custodia.

Entre los asistentes, la mayoría hombres, encontré una variopinta mezcla de clases sociales. Había gitanos del Sacromonte, que una vez concluido el acto religioso se pusieron a cantar un lamento triste y respetuoso convertido en una letanía. Mi madre siempre miraba con hiriente desdén a aquellas gentes, que a mí me parecieron de lo más afables, pero bien era verdad que en este momento tan conmovedor desentonaban con el resto del rebaño burgués que allí se congregaba.

Durante toda la ceremonia una humilde mujer pequeña y gruesa, tocada de una mantilla muy popular entre las clases bajas, lloró con amargura. Yo entonces no la conocía, pero con ella tuve ocasión de compartir en los meses venideros largas veladas que contribuyeron a conocer mejor, quiero decir totalmente, las razones que llevaron a sucumbir a mi padre. Era aquella mujer Dolores Molina, la guardiana de la Alhambra, descendiente directa de la Tía Antonia que Washington Irving inmortalizó para gloria de los granadinos.

—Veo mucha gente humilde —comenté.

—Han venido de todos los rincones. Los vestidos de negro son los miembros de la Comisión de Monumentos, del Museo Arqueológico o de los centros culturales. Ya has visto a los gitanos y a los otros, pobretones a los que tu padre ayudaba o con los que compartía algún dinero en el recinto de la Alhambra. Los inválidos de la Puerta de la Justicia quisieron venir a toda costa, aun sin poder andar alguno de ellos. —Yo no supe qué decir a las palabras de Morell—. ¡Ah, y el mejor de todos! ¿Ves a ese hombre allí, medio oculto entre los árboles?

—¿Ese señor de lentes que tanto llora? —preguntó lastimosa Agustina.

—Sí, sin duda el que más lo quería. Es nuestro antiguo profesor, don Julián Mínguez. Eran amigos inseparables.

—¿Y por qué no se acerca?

—No congeniaba con doña Bárbara. Y aunque no haya venido vuestra señora madre, temerá encontrarse con ella.

Agustina y yo cruzamos las miradas incomodados por ver al mejor amigo de mi padre repudiado indignamente. Di un paso para acercarme a él e invitarle a compartir nuestro duelo, pero tan pronto me vio salió corriendo como un delincuente, lloroso, tapándose la cara con un pañuelo que me pareció rasgado y diestramente recosido, pero que a esas alturas debía de contener todas las lágrimas del mar de la desolación.

Yo me había olvidado de aquel profesor amable y cariñoso que me regaló en un cumpleaños un aro. Pero creo que se lo compensé en lo venidero convirtiéndome en el hombre que no pudo hacer de mi padre. Sí, creo que se lo compensé sobradamente.

Al volver a casa me dirigí presuroso a buscar a mi madre. Le extendí las monedas que me diera momentos antes del entierro.

—¿Cómo? —protestó ella—. ¿No les has pagado? Seremos el hazmerreír de Granada con un funeral sin veleros.

—Los hubo. Y muchos.

—Pero ¿entonces?…

—Hubo más que en el entierro de un rey. Solo que no quisieron recibir propina alguna, pues lo hicieron de corazón y porque respetaban a mi padre.

La Benajara elevó las cejas con tanta ironía que temí que se le enredaran con el pelo.

—Pero ¿a cuento de qué iban a respetar a tu padre esos andrajosos?

Yo no contesté, evidencié que la pregunta era retórica.

—Bien, menos nos hemos gastado. Que en todo hay que ver el lado bueno.

Mientras se guardaba las monedas, que a mí me parecían ahora hechas de sangre, pude terminar la conversación con estas palabras:

—Además, madre, hay otra noticia. Finalmente, su hija Agustina ha podido acudir al funeral.

Mi madre dijo un «¡Ah!» embobado e inoportuno, pero pronto reaccionó arropándose con una de sus mejores interpretaciones.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Dónde está mi querida niña?

Ese mismo día también recibimos la visita de los Pardo Moliner. Era una familia demasiado flemática, formada por un padre estirado y por una esposa aun más estirada cuya descendencia, lejos de ser tan puritana como cabría esperar, se componía de un muchacho, temblón hasta la médula, al que todos llamaban Pepillo y de una niña, Alma, de la edad de mi hermana, transparente y de piel marmolina, con mirada extraviada y temerosa. Ambos me conmovieron pues deduje que la vida en aquella familia debía de ser aún peor que la que me esperaba con mi querida madre, la Benajara.

Estuvieron hablando largo tiempo mientras tomaban el té. Parecía que se compenetraban, que visitaban a mi madre con frecuencia, y por eso cuando llegaron se aposentaron con la intención de permanecer largo tiempo, horas que a mí me parecieron infinitas, dado el hastío que producían.

Agustina y yo tuvimos ocasión de desertar, tomándolos despistados, y acabamos en el patio central de la casa, adonde no acudía nadie pero resultaba encantador aun en otoño, pues el viento llevaba a él hojas de árboles cercanos, de huertos próximos, de la alameda o de la misma orilla del Darro, y pisándolas jugábamos a descifrar su sonido, que nos parecía un crujir muy similar a los gruñidos que mi madre emitía cuando despreciaba alguna cosa. Fue un juego inocente que nos devolvía a esa niñez que nunca tuvimos juntos y ahora, deseosos de olvidarnos de la muerte justificamos como necesaria.

Intentando disimular las risas, nos asimos de la mano deseosos de tocar algo de nuestro legado sanguíneo, que ya creíamos único en el mundo por habernos criado en soledad y lejos de todos.

—Siento no haberte reconocido cuando llegaste —exclamé—. No te hubiera imaginado nunca como eres. Te pareces a… no sé bien a quién…

—Creo que es mi privilegio no parecerme a nadie de esta familia. *Madame* asegura que cuando mamá era joven era mucho menos hermosa que yo, pero creo que habla por ella la antipatía.

—¿Esa mecenas tuya, también desprecia a la Benajara? —pregunté sin darme cuenta de que podría molestarle el atinado mote.

Agustina rio condescendiente.

—¿Cómo la llamas? ¡Si parece un nombre de folletín!

Yo me sentí contrariado. Y descubierto.

—En casa de los tíos, en Madrid, hablamos libremente de madre. El tío Leandro es muy sarcástico cuando quiere.

—¿Y no sería mejor llamarla «mamá»?

—La única madre que conozco ha sido la tía, y no consentiré que la Benajara menosprecie sus cuidados y cariños. Mientras la tía velaba mi cama cuando estaba enfermo, la Benajara bailaba un rigodón en alguna fiesta. ¿Cómo es posible que tú no la odies? ¿Quién fue tu madre en los días solitarios de Roma? —Yo no hablaba; hablaba, por descontado, mi amargura.

Creo que Agustina lo supo. Me acarició el pelo, parecía mi hermana mayor.

—Yo me acostumbré a vivir entre niñas. La residencia era grande y nunca estaba sola. Hasta que llegó *Madame* y todo cambió.

—Háblame de ella.

—No sé mucho. Es muy reservada. Pero dicen que es la mujer más bella del mundo. Y distinguida. Ha vivido en Granada desde muy niña, así que conoce Roma y Granada y nada de ambas le resulta extraño.

—¿Por qué es tu mecenas? ¿Qué tienes tú de distinto de otras niñas de la residencia que le llamó la atención?

—Imagino mucho, pero nada puedo asegurar. Cuando mis sospechas se fundamenten te lo diré. Seguramente después nos reiremos un poco entre los dos.

Yo la miré, intentando captar en la memoria sus rasgos, su risa alborozada, sus ganas de vivir. Parecía una mujer por su porte y elegancia pero, en definitiva, se trataba de una damisela inocente y descarada.

—Los Pardo Moliner están muy elocuentes. Se hará de noche y seguirán departiendo. ¿Los recuerdas?

—Creo haber incendiado mi cuarto de juegos de pequeño con la ayuda de Pepillo.

—¡Buena pieza eras de pequeño! —rio dulcemente. Y fue encantador. Yo me ruboricé—. ¿Y Alma? ¿No te parece bonita?

No contesté. Sería el destino. Yo entonces no podría saber que con ellos tendría algo que compartir en el futuro. Con Pepillo una insólita guerra administrativa y con Alma, mucho más. Un pacto implorado por la necesidad que desembocó en un descendiente para los Cid.

Aquella misma noche, Bárbara Benajara solicitó nuestra presencia en el gran salón. Nos recibió dignamente sentada, como una matriarca acostumbrada a mandar. Yo no había advertido hasta entonces que gastaba una buena papada, lo que burlaba su intención de ser una mujer elegante. Que yo la odiara en la misma medida en que la desairaba era algo que no podía aceptar de mí. No sé si prefería, incluso muy por encima, mi odio: cualquier cosa antes que considerarla inferior o vulgar. Pero por mucho que hiciera o pretendiera, la Benajara siempre dejaba su marca imborrable de baja estofa.

—Hijos míos…

«Ya ha empezado mal —pensé—. Así no conseguirá conquistar nuestros corazones sino enfriarlos». Pero ella continuó:

—Queridos, se nos presenta un dilema. Vuestro padre no fue muy previsor, más bien dejó en mis manos toda la carga del negocio familiar. Pero claro está que yo solo soy una mujer… —El cinismo que se gastaba me molestó. Intentaba causar lástima pero le delataba su sonrisa bravucona—. Tenemos los campos de azúcar, los olivares y mi pequeño capricho, la tienda en la Alcaicería. Si todo sigue como hasta ahora podremos mantenernos muy dignamente. Más que nunca debemos vivir para el escaparate: demostrar que los Cid no nos hemos quedado huérfanos. Vosotros tenéis dos misiones. Tú, hijo, Maximiliano, la de inspeccionar los negocios. No debes ser demasiado blando con los obreros. Se les dará una pequeña paga, eso sí, para que sepan que nada ha cambiado, ya me la cobraré luego con horas extras; a la clase obrera les hablas de pagas y se ponen tan contentos. Mira bien mis palabras: ochavo que ganan ellos, buenos reales que ganamos nosotros. El dinero es como el agua de la noria que viene y que va. Un negocio bien cuidado es mucho más que dinero, es crédito y honra, aunque sea a costa de los otros. —A esas alturas de su perorata ya me encontraba pasmado. Agustina sonreía con una expresión gélida—. Deberás hacer visitas a las fábricas, darte pote, fumar mucho, relacionarte con los de tu clase. Así conseguirás hacerte una reputación. Nada de ir a los centros artísticos, bueno, al teatro sí y a la ópera cuando la haya, que eso es de distinción. Mientras, si quieres evadirte algo, ve al casino, pero al de los ricos, que el otro es el de los intelectuales que no tienen un real para pagarse un café.

Tragó saliva, menos mal. Fue el único instante en que Agustina y yo cambiamos de posición y fue el momento de preguntarnos si estábamos oyendo bien.

—Y ahora tú, hija mía. No eres mal parecida. Deberás asistir a todas las fiestas, salir con el coche por las alamedas, dejarte ver. Te presentaré a algunas señoritas de tu clase con las que podrás mantener visitas y luego pensaremos en un buen marido. No será un cuento de hadas, desde luego, pero si te mantienes obediente podrás maridar con dignidad y ser una señora respetada. —Hubo silencio. Se quedó pensativa y luego dijo—: ¿Algún comentario?

Mi hermana y yo volvimos a cruzar unas miradas fugaces.

—Sí, yo quisiera apuntar una cosa.

—Bien, Maximiliano, empieza. Te escucho.

Tomé aire, mis pulmones se inflamaron.

—Verá, madre… Entiendo que el negocio familiar ha de ser ahora responsabilidad mía. Haré visitas a las fábricas, estrecharé manos. No fumaré, me parece un vicio innecesario. No confiscaré a sabiendas el sueldo de ningún obrero que honradamente se haya ganado su trabajo. Acudiré a las reuniones literarias o artísticas que me plazca y si me placen más las del casino de los ricos, pues también iré, aunque, francamente, me extrañaría mucho. Y si, como creo, acude a mí la añoranza de ver a mis tíos, a los que considero mis verdaderos padres, viajaré a Madrid por el tiempo que crea oportuno. Ah, si los negocios de esta casa son cosa mía espero estar al tanto de las cuentas, que confío estén en orden. No me gustaría ver que se dilapidan preparando fiestas o bailes.

La Benajara fue cambiando de color de piel. Sus mejillas, que parecían inertes para cualquier observador necio, tomaron, la tersura de la ira. Un ojo le empezó a temblar al contenerse la soberbia, pero con todo venció y, agarrándose fuertemente a los brazos del sillón que ocupaba, se volvió señorona a Agustina y le preguntó:

—Bien. ¿Y tú qué dices?

Agustina vaciló, dudó si escapar o mantenerse valientemente a mi lado. Luego se unió a mí en la guerra contra la Benajara.

—Yo digo que no me caso.

Bárbara Benajara dio por terminado el encuentro. Se levantó sin decir nada, y recogiéndose la cola del vestido salió del salón pegando un portazo.

Nuestra actitud había sido un entero lance que nos puso en pie de guerra. Y no creo haberla terminado aún.

Capítulo 2

Las gamberradas

La vida de una pequeña ciudad de provincias era alarmantemente monótona para un hombre con inquietudes artísticas. Recordaba a mi padre consumirse por el aburrimiento, del cual intentaba zafarse dando largas caminatas por el Albayzín y la colina de la Alhambra. Bajo su brazo portaba una carpeta repleta de papel de dibujo y un lápiz bien afilado con el que plasmar en bellas las tendenciosas imágenes que le rondaban la cabeza. Yo era entonces un niño y como era corriente en una vida infantil, me pasaba todo el día persiguiendo al modelo de mis sueños, que era mi padre, encarnado en aquel hombre triste y meditabundo.

A mi manera, me esforzaba por adaptarme a ese ambiente de desidia y hastío moral. Al menos, mi padre tenía la evasión de su pintura; pero yo no había encontrado aún mi vocación, nadaba por un mar de dudas, a la deriva, pregonando mi frivolidad a los cuatro vientos. Y sucedió que aquellos que estaban acostumbrados a buscar en los mares en los que yo nadaba me pescaron y bien pescado, con infalible anzuelo de mosca.

Echaba de menos mi ciudad, que entonces pensaba que era Madrid. Allí sabía moverme, decidir, acompañar y ser acompañado. Para colmo, la situación histórica que le tocó vivir a Granada en aquellos tiempos era tan desoladora como mi situación personal y casi llegué a mimetizarme con su destino.

Al tiempo que la ciudad sucumbía ante los golpetazos de la maza hubo también circunstancias singulares que hicieron de la historia de Granada meritoria para su encomio. Desde 1842 las instituciones artísticas de Granada tuvieron noticia de algunos descubrimientos hechos en la Vega, apariciones nimias de esqueletos, tejas, estatuas y monedas de civilizaciones tan antiguas que nadie había valorado como importantes. Estas peculiares novedades ayudaban a pasar las tardes en los casinos o a romper los helados ambientes familiares. Agustina era la que más interés tenía sobre los temas artísticos, pues *Madame* era marchante de arte o por lo menos coleccionista, y con ella mantenía siempre una conversación muy actualizada acerca de los cambios que sufría la ciudad.

Finalmente, en el mes de abril de ese año fueron descubiertas unas sepulturas tan sorprendentes que causaron revuelo en las esferas artísticas. La repercusión fue tanta que los periódicos se hicieron eco aunque, lamentablemente, no el suficiente para que tales sarcófagos tuvieran el honor de ser examinados por manos cualificadas.

Para la Granada del XIX la noticia del hallazgo de unos sepulcros antiquísimos no supuso más que una anécdota a contar en las fiestas de sociedad. Y muy pronto los irritados defensores de los valores artísticos se lamentaron de la desidia política.

Años después, en una memoria publicada por el señor José de Castro y Orozco,

marqués de Gerona, dirigida a la Real Academia de la Historia se dolió de que: «Este suceso, que, divulgado hace medio siglo por la república de las letras, hubiera puesto en expectación la curiosidad de todos los estudiosos, ha pasado y pasará probablemente hoy desapercibido…». Castro y Orozco conocía muy bien el carácter del granadino. La norma era siempre la misma para los descubrimientos artísticos, mirar hacia otro lado y esforzarse cuanto menos mejor.

Granada y toda España se debatían entre los cambios políticos y los valores morales, que consideraban imprescindibles para el futuro del país. Ningún político de los que defendían, mantenían o propiciaban estos valores advertían la destrucción de Granada, devastada por otros ideales mucho menos éticos, desde luego.

En menos de cincuenta años se derribaron la iglesia del Carmen, la iglesia de San Gil, la casa de Diego de Siloé, y se ocultó el río Darro y con él algunos restos de la cultura andalusí. Desaparecieron las puertas de Bib-Rambla y la de Bib-Mauror. Y para no quedar en desigualdad con la genialidad humana, la naturaleza hizo lo propio propiciando inundaciones que hundieron molinos y puentes, como el de las Chirimías, o nos envió la soberbia de Vulcano incendiando la Alcaicería, la Casa de los Miradores y la alhóndiga Zaida.

Puede decirse, que, salvo la Alhambra, nada quedó en su sitio e incluso ella no se salvó de un buen cambio tras ser pasto de las llamas.

Con estas crueles transformaciones, regresado yo a la ciudad con casi veinte años, todo me resultaba patético y sin interés alguno.

De todo cuanto había dicho mi madre en aquella funesta noche en su salón, le hice caso en una sola cosa, en acudir al casino. No era como el de Madrid, ni tampoco deseaba que lo fuera, pero en él conseguía olvidar el espíritu dictatorial de la Benajara y frecuentemente mantenía conversaciones insustanciales con Juanito Morell o con Pepillo Pardo.

Había aprendido a entender a esos dos botarates. Uno por bravucón y pendenciero y otro por necio y pelele. Pero ambos me divertían y conseguía que pasara esas largas tardes de otoño sin acordarme de la otra vida que dejaba en Madrid.

Juanito Morell era el más afable de los hombres con sus antiguos amigos pero el más abyecto de los amantes. Horrorizaba al personal con sus variadas pesquisas románticas, en especial a mí, que no era experto en tales menesteres. Le gustaba fumarse un puro habano presumiendo de haberlo recibido de las colonias americanas en paquete privado, y mientras infectaba el ambiente con su humo se lamentaba de su inapetencia. Así, comenzaba a convencer al resto de su también aburrida camarilla de que había que emprender una nueva gamberrada que soliviantara nuestros ánimos juveniles. Yo, como siempre, me negaba a participar de esa costumbre burguesa que ponía de manifiesto la ociosidad de la que disfrutaban los hijos de las familias pudientes. Pero mi rebeldía quedaba, finalmente, relegada y vencido por mi poco carácter me dejaba llevar a saraos, zambras gitanas en el más peligroso Sacromonte o al recinto de la Alhambra en noches cerradas buscando el fantasma de Boabdil.

Llegados a ese punto, y siendo adentrado el otoño, Juanito Morell ya había disfrutado de una gran variedad de desmanes por toda la ciudad y, consecuentemente, su feroz fantasía se había agotado. De tal manera tuvo una fugaz ocurrencia que a todos contentó menos a mí, lo que fue más que suficiente para estimular la atención de Morell, pues gustaba de provocarme contratiempos. La escena se desarrolló más o menos así:

—Pues no sé… —se lamentaba entre chupada y chupada de cigarro habano—. Granada se está volviendo cada vez más tediosa. No se me ocurre nada que hacer. Y debe de ser que voy madurando porque ya no me excita ni el levantar las lápidas del cementerio… Hoy solo puedo proponeros comprar un cadáver.

Evidencié mi desacuerdo.

—No, no te asustes, Maximiliano. —Juanito me llamaba así, por mi nombre de pila, cuando quería enojarme—. No te estoy hablando de un cadáver al uso. Este no tiene ya familiares que velen por él. Me refiero a un cadáver de unos cientos de años.

—Que esté enterrado hace doscientos años no le exime de tener sus derechos, no me parece justo que…

—¡Para el carro, Maximiliano! —exclamó con sorna—. Mi cadáver no se encuentra enterrado en el cementerio, lo tengo visto en una casa.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué tratas de decir?

Entonces Juanito Morell, con su peculiar manera de hablar, me explicó que tenía echado el ojo a un ataúd de los encontrados en la Vega, de esos que dicen romanos.

—¿Has encontrado el esqueleto de un romano? Pero ¿cómo…?

Lejos de exasperar mis ánimos, Juanito Morell me interesó vivamente. Él, que nunca había conocido mis inquietudes artísticas ni literarias, las que empezaban a aparecer en mi vida de forma tímida y apocada, supuso que había alcanzado el colmo de la morbosidad.

Los caballeretes del casino se acercaron esperando que Juanito susurrara su historia dándole un carácter más íntimo y misterioso, pero el heredero de los Morell era tan descuidado con las mujeres como con sus extravagantes aventuras y en un tono altivo comenzó a describir el encuentro con el féretro citado.

—Ya sabéis que mi padre viaja mucho. Como alguno de los vuestros, controla sus campos de azúcar y pasa cerca de Atarfe, y fue por allí que uno de sus arrendados, con quien contrató el cultivo de los campos, le pidió cuentas de sus aparejos, que se habían roto al chocar con una piedra bien dura y sin cuyo empleo no podría cultivar el terreno. Mi padre evadió la culpa, pues fue el campesino el que topó con la piedra, pero el arrendatario insistía tozudamente: el pedrusco estaba en la propiedad de los Morell y por tanto nuestro era. Así que debíamos indemnizarle por haberle roto sus utensilios de trabajo. Mi padre fue a ver la piedra y no empleó mucho tiempo en considerarla losa con inscripción, la cual ocultaba una caja a modo de ataúd. Entre los dos la sacaron y llevaron a un pajar cercano, donde quedó a esperas de saber qué haría mi padre.

—¿Allí viste tú el esqueleto? —pregunté con cierta desconfianza.

—No exactamente. Solo vi la piedra y el ataúd. Una vez que mi padre pagó los utensilios rotos, el campesino guardó el ataúd tan bien que nadie más ha podido verlo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pretende hacer con él?

—Desde luego ganar dinero. Vender su ajuar, si lo tiene. En la Vega, quien más o quien menos se ha encontrado ya con algún romano muerto.

Yo suspiré desorientado.

—¿Y qué pretendes que hagamos? ¿Comprar el esqueleto sin saber si merece el pago?

—¡Seguro que lo merecerá! —exclamó excitado Morell—. Luego podríamos vestirlo de morisco y colocarlo en la puerta de algún colegio de señoritas. ¿Os imagináis los gritos que emitirán esas niñas de pololos y lazos en el pelo?

Juanito parecía muy satisfecho de su ocurrencia pero yo no pude evitar contestarle.

—Eso, incluso para ti, sería una verdadera atrocidad.

Mi sentencia borró de su boca una sonrisa iniciada con cinismo pero surtió el efecto esperado, porque apagó su puro sin proponer más dislates y, colocándose la corbata del cuello, preguntó:

—Bien. Entonces, al menos, ¿estáis dispuestos a ver el esqueleto? Lo que ocurra después Dios dirá…

Los tres entusiastas caballeros que acompañaban siempre a Morell se pusieron en pie y con eso dieron su consentimiento. Junto a mi osado amigo me encontré indeciso y por qué no decirlo, temeroso de ceder ante sus gamberradas. Pero ocurrió lo de siempre, que finalmente me venció la curiosidad.

No muy lejos del llamado Pago de Marugán se encontraba el terreno donde había aparecido el cadáver.

Juanito Morell nos dirigía montado sobre un caballo blanco, tan extravagante como él. Nosotros guiábamos un coche de estampa señorial, más apropiado para el paseo por las Alamedas que para esquivar baches o ascender colinas.

A la misma puerta de la casa de aquellos campesinos llegamos los cinco caballeros con nuestro pantalón bien planchado y el cuello almidonado. Morell llamó con el bastón a la puerta de la vivienda, que se abrió sin más premisas, y atravesó el umbral sin pedir permiso, convencido de que su estatus social le hacía poseedor de ese derecho. Creo que fui el primero en quitarme el sombrero y dar las buenas tardes a una mujer que removía algo en una olla puesta al fuego del hogar. Me miró sin contestar y continuó con su faena sin la menor vergüenza por haber sido violada su intimidad de aquella manera. Al otro lado de la única pieza de la casa se encontraba sentado un hombre, fumando, como si esperara que Juanito Morell hiciera su aparición. Se levantó muy soberbio y engreído a pesar de su aspecto tiznado y sucio, habló con Juanito bajo un susurro que nos hizo adivinar que hablaban de dinero y

luego asintió y señaló un establo que había detrás de la casa.

Todos seguimos a aquel hombre. La casucha que contenía, supuestamente, el esqueleto romano era tan pobre como la que habíamos visitado y eso me avergonzó aún más: al tiempo que violábamos la intimidad de un hogar, éramos espectadores de sus más ínfimas miserias. Si creíamos que era imposible tener menos en una casa nos equivocábamos de medio a medio, pues su establo, por no tener, no tenía ni paja.

—Ahí está —dijo aquel hombre señalando lo que parecía una caja metálica, abollada y corroída por la humedad.

—¿La ha abierto usted? —preguntó Morell.

—Mi mujer dice que no es cristiano tratar de abrir una sepultura.

Aquella contestación pareció la más inteligente pero ninguno nos creímos la excusa. Todos, incluso los más humildes campesinos, sabían que dentro de los ataúdes solían encontrarse joyas o pequeños objetos de oro.

—Bien, no tendrá inconveniente en que la abramos, teniendo en cuenta que voy a pagar por ella… —insinuó Morell y el campesino asintió sin oposición.

Juanito, con su aire pretencioso, me dio su bastón y su sombrero. Se desprendió de su chaqueta y se arremangó la blanca camisa para no manchar los puños de esa mugre negruzca que cubría el ataúd.

Se hizo un silencio sepulcral, nunca mejor dicho. Allí no rebuznó ni la mula que aguardaba en una esquina del establo. Mi corazón palpitaba tan deprisa que comencé a notarme las pulsaciones en la vena derecha del cuello y tuve que ensanchar mi corbata almidonada para no ahogarme.

Morell sabía cómo provocar expectación. Con manos decididas levantó la tapa del ataúd y sacudió el polvo, que se extendió sobre él al caerse la tierra que lo cubría. Muy pronto vimos algo dentro, un bulto que parecía un muñeco de trapo de jirones negruzcos y rotos y unos huesos descabalados que insinuaban ser el anhelado esqueleto.

Uno de los caballeretes, Pepe Pardo, creo, pegó un respingo que nos sobresaltó. Según dijo, sin apenas voz, acababa de descubrir la calavera.

—¡Es… es…! —Juanito Morell no tenía, para mi sorpresa, palabras—. ¡Es… colosal!

Pretendiendo ver lo que Juanito había detectado con su perspectiva de buitre carroñero, nos abalanzamos sobre el cadáver. Pepe Pardo no tuvo tiempo de excusarse: salió del establo a toda prisa, reprimiéndose un vómito.

Los niños finos de la burguesía granadina no pudieron contener su repugnancia. Sin embargo, Morell, por su osadía y yo mismo, por mi entereza, guardamos el tipo elegantemente. Miré aquel esqueleto y no fue nada comparado con la morbosa presencia de mi padre el día de su velatorio. Al menos este cadáver no tenía dañado su cerebro.

Morell, exaltado por la extravagante situación, sacó de su chaleco unas cuantas monedas y se las entregó al campesino, que no estimó contestar ni con una sola

mueca. Estaba claro que creía justo el trato.

—¡Bien! —exclamó frotándose las manos mi amigo Juanito—. ¡El esqueleto ya es nuestro!

Yo miré perplejo a Morell.

—¡Enhorabuena! Pero ¿has pensado cómo nos lo vamos a llevar?

Yo era así, el aguafiestas, el cenizo de todas las reuniones. Los demás se divertían y yo les hacía ver su error con talante paternal y juicioso.

Morell me desacreditó ante los demás lanzando unos cuantos improperios, pero finalmente tuvo que ceder ante la incuestionable situación. El birlocho que nos había llevado hasta la humilde casa no era un vehículo diseñado para llevar un ataúd, era estrecho y con falta de equilibrio.

Volvimos a llamar al humilde campesino y le compramos el único carro que tenía. Abandonados por nuestros acompañantes, que estaban paralizados por el miedo, Morell y yo solicitamos la ayuda del campesino para izar el ataúd al carro.

Entre los tres conseguimos levantarlo a duras penas y cuando finalizamos el arduo trabajo me asaltaron los más crueles remordimientos. ¿Qué estábamos haciendo? ¿Era decoroso o era moral pagar por llevarnos un esqueleto?

Nos sentamos todos alrededor del ataúd y yo decidí guiar el carro. El coche ligero que nos llevó a la Vega fue entregado al campesino en prenda por las molestias causadas. Morell volvía a lomos de su caballo. Íbamos en silencio hasta que decidí romperlo.

—Siento tener que decirlo, pero ¿habéis pensado adónde lo llevaremos?

Morell lanzó un segundo improperio. Le irritaba que pudiera deshacer una de sus mejores gamberradas.

—¡Tal vez tú nos lo digas, ya que eres el más docto de los aquí presentes! —masculló.

—¡Opino que lo llevemos al río y lo ahoguemos! —dijo Pepe Pardo sin poder quitar los ojos de la caja.

—¿Quieres ahogar a un muerto? —pregunté algo irritado.

—Lo podemos dejar en la abadía del Sacromonte e ir propagando por ahí que se ha encontrado el cadáver de san Cecilio… —dijo otro de los lumbreras.

—¿Y trocearlo? Podríamos mandar cada una de sus partes a las familias más ilustres de Granada. ¡Quisiera ver la cara de mi madre al recibir tamaño paquete! —añadió otro.

Irritado, paré precipitadamente el carro. Mi gesto adusto no hizo falta explicarse. Morell me miró comprendiendo lo que iba a decir.

—¿Lo dices tú o lo digo yo? —le pregunté conteniendo la ira.

Juanito Morell resopló ante la derrota. Reconoció la locura del acto y llamó a sus amigos canallas, a pesar de haberlos convencido previamente.

—Admito que me has vencido, Maximiliano Cid. No es divertido hacer las cosas con estos necios. Te cedo al romano… aunque tendrás que pagarlo.

Era de esperar. Ni en un lance así podía Morell salir distinguidamente. Afirmé con la cabeza aceptando sus condiciones y jaleé al caballo para que nos guiara.

—Entonces ya sé dónde llevarlo. Iremos a la casa de nuestro antiguo profesor Julián Mínguez. Él sabrá qué hacer con un esqueleto romano.

Mínguez vivía cerca de San Antón, allí donde se unen los ríos Darro y Genil. La zona empezaba a prepararse para el embovedado, así que las obras inundaban las vías más próximas a su casa. Portando un cadáver a mis espaldas, abandonado por mis compañeros, la dificultad de atravesar Granada me molestó. Indudablemente ignoraba, por entonces, que las obras de cubrición del río durarían hasta el 1884, y que la Comisión de Ornato encargada de modernizar la ciudad intentaba reorganizar la zona de Puerta Real después del incendio de la alhóndiga Zaida.

Desde mi fugaz encuentro con Mínguez en el entierro de mi padre no había vuelto a verlo, ni siquiera por casualidad. Ignoraba si me reconocería o si le sería grata mi presencia. Toda la locura que suponía la última gamberrada de Morell me estaba empezando a pesar sobre los hombros.

Finalmente, por suerte, encontré la calle que daba a su portal —el de una casa baja y antigua propiedad de sus padres— y allí pude parar el carro y llamar a su puerta confiando en que no me dejara en evidencia al verme en semejante trance.

Julián Mínguez era hombre de poca acción y de pocas palabras, pero de muchas ideas. En cuanto aparecí se acordó de mí; seguramente el parecido con mi padre ayudó a activar su memoria. Con sorprendente curiosidad, se acercó al ataúd y lo miró, levantando la lona que el campesino había puesto sobre él.

—Venga usted a mi taller, allí estaremos tranquilos.

Lo dijo convencido de que entendería, así que me dio la espalda y se marchó. Dudé si lo que pretendía era que transportara el ataúd, lo cual era imposible, o me introdujera yo solo en su taller. Finalmente Mínguez apareció por detrás de un portón, lo abrió y dijo:

—Venga, venga, dese prisa. Entre el carro por aquí.

Viendo que no era necesario montarme en el asiento, guie al caballo desde tierra. Obedeció mansamente. Dejé el carro en el interior de su taller, un patio que más bien parecía de fundidor o escultor, por toda la piedra y objetos metálicos allí diseminados.

Al notar el profesor mi curiosidad por aquel lugar me ofreció sentarme en una de sus sillas de tijera, ocultas entre los pedruscos del suelo. Tomó una, la abrió y la limpió con un pañuelo que, de nuevo, introdujo en el bolsillo de su pantalón.

—Siéntese usted, amigo Cid. Siempre tuve la certeza de que vendría a mi casa a conocer mis aficiones. Yo, que soy perro viejo en todo, llegué a conocer sus aptitudes en clase y, créame, siempre supe que se dedicaría a las artes.

—¿Yo a las artes? —pregunté extrañado—. No tengo capacidad creativa, ni creo en la fantasía.

Mínguez sonrió.

—Si usted es hijo de su padre, la tendrá. Un Cid como lo fue Manuel no pudo dejar este mundo sin legar su trabajo.

Lo dijo sentenciando, con entera resolución, y yo me sentí intimidado y nervioso, porque mi padre insistía en entrar en mi vida como ejemplo a seguir y poco a poco vencía al germen del rencor anidado en mi pecho.

Mínguez lo advirtió. Sus ojos de ratón miope lo detectaban todo. Así que trató de disimular con distinción.

—Veamos… ¿Qué es lo que me trae en ese carro?

Yo carraspeé. La situación me incomodaba. Me parecía participar de un absurdo casi teatral.

—No sé muy bien cómo empezar. Creo haberme involucrado en la más insólita de las circunstancias. Luego le explicaré cómo pero… he comprado un esqueleto encontrado en la Vega, creemos que es romano.

Mínguez se sorprendió. Pestañeó dos veces y su respiración pareció agitarse, dándole a su tez la expresión de un hombre joven. Esperanzado por una ilusión que yo entonces no comprendía, lo vi levantarse de la silla de tijera y dirigirse al carro para descubrir el ataúd.

—¿Un romano en un ataúd de metal? —pensaba en voz alta vocalizando con teatralidad—. ¿Lo ha abierto?

—Sí, aunque yo no sabría diferenciar un esqueleto romano del de mi tío abuelo, me temo.

—Natural, amigo Cid, natural. La ciencia ha de decir todo eso.

Julián Mínguez abrió el ataúd. Miró dentro y, por primera vez, presencié uno de sus ataques de vehemencia.

—¡Esto es un crimen, señor Cid! Debí imaginármelo. ¿Qué pretende que haga con este esqueleto descabalado? Como muchos de los ignorantes que campan por la moderna Granada, ¿usted también se figura que la arqueología es brujería? Un arqueólogo no puede descifrar los signos de la historia a simple vista. Todo tiene que llevar un riguroso estudio analítico. Tendría que dejarme su esqueleto unos días y entonces, tal vez… —Empezó a recorrer el patio como un animal enjaulado. Continuaba hablando solo y bastante colérico—. ¡Ah! Pero esto es un disparate. La arqueología necesita de métodos deductivos, debo descifrar de un saco de huesos la lejana y desconocida vida de un hombre. ¿Cree usted que es fácil? Habría que empezar por saber dónde se encontró. ¿Se encontró solo o había más esqueletos? ¿Cómo estaba colocado? ¿Miraba hacia oriente? ¿No contesta, señor Cid? ¡Ah, me defrauda usted!

Toda aquella retahíla me dejó descompuesto. Yo no salía de mi asombro y Mínguez tampoco salía de su desconcierto, así que para concluir aquel dislate me decidí por preguntar:

—Señor Mínguez, usted me pregunta pero yo quisiera saber qué es eso de la arqueología.

El antiguo profesor me miró con fijeza por encima de sus anteojos. Reconocí unas entrometidas gotas de sudor en su frente. Sacó el pañuelo de su bolsillo con el que se secó la cara demostrando un cansancio súbito y luego se sentó en la silla de tijera.

—¿Qué es la arqueología? La arqueología, señor Cid, es una nueva ciencia. La ciencia que salvará el mundo. Gracias a ella podremos saber quiénes somos y de dónde procedemos. ¡Créame, señor Cid! ¡La ciencia que salvará el mundo!

Ahora lo lamento enteramente, pero entonces… entonces pensé que mi antiguo profesor estaba loco.

Por deferencia con Julián Mínguez me mantuve sentado en la silla, silencioso, esperando que me explicara algo más de esa nueva ciencia. Ahora dicha materia es, en nuestra España, una de las más populares. Pero por aquel entonces, a la arqueología no se la consideraba ni disciplina científica. Algunos defensores del estudio de los restos materiales de la vida de nuestros antepasados, como el profesor Mínguez decía, provenían de asignaturas muy diversas, de la historia, de la antropología, del arte… Así pues, terminó por considerarse una ciencia auxiliar de la historia complementaria a la epigrafía, que era la que, realmente, aportaba fehacientemente y mediante escritura los hechos históricos en un soporte material.

Con esto he de decir que mi siglo fue una centuria de oposiciones. Bastaba el canto de un real de vellón para que cualquiera se mostrara defensor de tal o cual cosa. Granada, particularmente, fue muy entusiasta en sus valoraciones. No solo a nivel político se enzarzaban liberales o conservadores en provocadoras discusiones, también los defensores de la arqueología frente a la historia tuvieron sus más y sus menos. Y qué voy a decir, cuando Charles Darwin publicó *El origen de las especies*, promoviendo la oposición de los católicos, se diría que en España no había otra manera de pasar el tiempo. Cuando no había discusión propia de los más altos eruditos se compensaba con un buen chismorreo. Así era España y así mi Granada.

Julián Mínguez ya me había dejado claro algunos puntos de la arqueología. Estuve oyéndolo con devoción tal cual habría de hacerlo en una de sus clases. Andaba por el patio con las manos sujetas a la espalda.

—Hasta hace muy poco todos éramos anticuarios. La Italia del Renacimiento nos recuperó un modelo estético y político ya perdido, que, en algunos casos, era digno de recordar. ¡La Roma Imperial! —exclamó orgulloso—. ¿Usted sabe algo de Roma? Sí, ya sé que los romanos hicieron muchas barbaridades, incluida la de matar a Cristo, pero ¿qué pueblo antiguo no capturó, asesinó o guerreó? Las mentalidades cambian con el paso del tiempo; le sorprendería saber que mi padre, cuando era joven, era mucho menos convencional que yo. De pronto surgieron reyes, papas y aristócratas dispuestos a decorar sus palacios con obras antiguas. Y para ello era necesario descubrirlas, desenterrarlas. Por ejemplo, Francisco D’Ollanda, coetáneo de Miguel Ángel, fue enviado por el rey de Portugal para dibujar y estudiar distintas obras de fortificación. Configuró un álbum que luego compraría Felipe II, gracias al cual podemos hoy percatarnos de dónde se encontraban algunos monumentos ahora ya

arruinados. Se empiezan a hacer dibujos de campo, se fabrican mapas, se realizan viajes para estudiar las antigüedades de un país. La Alhambra ha estado siempre ahí —dijo señalando hacia su supuesta dirección sin levantar sus miopes ojos del suelo —, pero en Granada existe mucho más. Granada no es la Alhambra, amigo Cid. Tenemos un pasado musulmán, desde luego, pero también ibero y romano muy importante. Usted ahora me viene con un esqueleto y si yo fuera un anticuario se lo compraría y lo revendería a cualquier institución, no sin antes comprobar si tiene algún interesante ajuar de oro con el que poder hacer negocio. Sin embargo, no soy anticuario, ni coleccionista. Soy científico. Soy arqueólogo, así que observaré ese cuerpo lo más detenidamente posible y si, usted me lo permite, lo donaré a una institución. ¿Ha comprendido la diferencia? ¿Ha comprendido lo que es la arqueología y para qué sirve?

Yo me quedé algo cohibido. «Es solo cuestión de integridad», pensé yo. Tengo que confesar que durante muchos años entendí la arqueología a través de una finalidad moral.

—Profesor… yo no creo que pueda ser tan íntegro como usted. Actué por puro pudor en la Vega. Le ruego que no piense que vengo a comprometerle. Si buenamente puede ayudarme con el esqueleto le estaré agradecido. Pero no pretendo sentar cátedra. Los negocios de mi madre me acaparan todo el día y no tengo tiempo para aficiones.

Mínguez me miró pretendiendo ver algo en mí que yo desconocía.

—Acaba de dar en el clavo, jovencito. Ha sido usted el que ha dicho «los negocios de mi madre». Considerando que su padre falleció y usted es su heredero, creo descifrar insatisfacción en ese deber que ahora le impone su madre. Pero usted no ha nacido para la caña de azúcar, señor mío.

Respiré hondo. Empezaba a inquietarme. Hacía muchos años que Mínguez no me veía y ahora pretendía saber más de mí que yo mismo. Era cierto que los negocios de mi familia no me interesaban lo más mínimo, pero de ahí a que pretendiera verme como un futuro intelectual había un gran trecho.

—Profesor, no soy el joven que usted cree. Soy holgazán y tan gamberro como los amigos que frecuento. Tengo tanta culpa como ellos de sus fechorías, pues aunque las condeno, participo en consumarlas.

—Bien, señor Cid. Tal vez tenga razón, pero no le vendría mal saber un poco de la historia de Granada, le dejaré unos libros. Puede devolvérmelos la próxima vez que nos veamos. Mientras, yo tendré tiempo de conocer a nuestro común amigo, el esqueleto romano.

Parecía que Mínguez guardaba sus libros para mí. Los sacó del cajón de una mesa de madera y me los entregó, no sin espantar antes algunas moscas que se habían arremolinado sobre ellos.

Con sus libros y con cierta incredulidad abandoné la casa de Julián Mínguez. Él se quedó con el carro y el caballo, seguramente le harían más falta que a mí.

En mi casa nadie se enteró de la insólita aventura. Agustina frecuentaba círculos muy distintos a los míos y apenas se relacionaba. Solía quedarse en casa leyendo o pintando. Creo que fue ella la que heredó la vocación de mi padre, porque siempre me consideré un podenco en artes pictóricas, muy contrariamente al resto de las artes, en donde me defendí con cierta dignidad.

Durante días devoré los libros y he de admitir que me pasmé de mi propia inquietud intelectual. Por aquel entonces desconocía muchas cosas, de mí y de mi familia, sobre todo de mi padre, de quien involuntariamente heredé algo más que los campos de caña de azúcar, los olivares y el negocio de telas. Pero no las cualidades de un pintor.

A mi padre lo llamaba mi madre «pintor de ruinas». No porque fuera poco virtuoso en el arte de la pintura, actividad que realizaba de manera impecable, sino porque, efectivamente, pintaba ruinas. Sus pinturas y grabados eran verdaderos daguerrotipos de las calles de Granada. Con su cuaderno de papeles caminaba por el Albayzín y plasmaba todo lo que parecía antiguo: dinteles, columnas, aljibes, iglesias… Nada quedaba fuera del campo de acción de mi padre.

Mi madre, doña Bárbara, solía recriminarme con la consabida frase «tú también terminarás pintando ruinas», y lo decía con tal sarcasmo que, durante muchos años, creí que me condenaba con una maldición popular, como aquello de «pintar monas». La Benajara solo hacía patente mi parecido con mi padre en lo negativo, es decir, en su cualidad artística. Pero con los libros de Mínguez pude conocer la historia de Granada, desde esa lejana prehistoria hasta aquella cultura indescifrable que eran los iberos. Con esos libros no me sentía un zoquete y empecé a preguntarme sobre las ocupaciones de mi padre, borrando de mi existencia la desidia de mis tardes en el casino. Aprendí y esto me marcaría para toda la vida, que Granada también tuvo un pasado romano.

Pero me costaba leer y analizar lo que leía. Granada era un universo vasto y complicado para un niño de Madrid. Y para descansar de la lectura volvía nuevamente a Morell que me absorbía con su diestra labia. Para un consumado gamberro era difícil deshacerse de una vida de temeridades. Se metía en la sangre, bien puedo confirmarlo, como una droga, y yo compartía el misterio de la ociosidad.

—Tengo una idea —exclamó Juanito Morell contemplándose a sí mismo a través de un espejo colgado en una de las paredes del casino—. Y creo que es buena. Ya de niño la experimenté y es, ciertamente, escandalosa.

Pepillo miró con ojos de nutria. No pareció inmutarse. Era lento de entendimiento.

—¿Mejor que la del esqueleto romano?

—Sí. ¡Será un asunto celebérrimo! —Juanito se atusaba el mentón y ladeaba la cabeza, comprobando si su criado lo había rasurado simétricamente en ambas mejillas—. Yo os invito a visitar la Alhambra.

Nos quedamos indiferentes. ¿Era esa la aventura temible que esbozaba en su

cerebro?

—¡Vamos! ¡Cómo! —exclamó ofendido Pepillo—. He visto mil veces la Alhambra.

—No me entendéis. Quiero decir la Alhambra en noche cerrada, escabullirnos por sus corredores vacíos, introducirnos en cámaras nunca descubiertas. Nos llevamos unas botellas de vino y armamos allí la jarana.

—¿Pero la Alhambra no se cierra por la noche? —pregunté considerándolo lógico.

—Ahí está el misterio. Tendremos que saltar una de las tapias. Sé un lugar, cerca de la Puerta de la Justicia, que da a un antiguo baluarte cristiano; lo usan como huerto algunos inválidos. Ya he comprobado que los gatos pasan por allí. Nos meteremos sin que nadie se entere.

—¿No tiene cuidadores la Alhambra? —volví a preguntar yo.

Juanito se volvió hastiado de que intentara, repetidamente, chafar sus ideas.

—Pero ¿qué te pasa, Maximiliano? ¿Es que tienes miedo de encontrarte con el fantasma de Boabdil?

Nos miramos desafiantes. Él sabía que conseguiría enervarme. Ahora me pesa, pero en mi juventud fui un auténtico necio.

Así fue como entré por primera vez de adulto en la Alhambra. Al menos en su recinto: como un ladrón. Era noche cerrada y una sinuosa luna iluminaba un estrecho pasillo que se dirigía al interior del recinto, pasado ya el impedimento de atravesar el baluarte. Dentro de su perímetro era sabido que vivían algunas familias; cada vez menos porque el gobierno había asumido el polémico empeño de restaurar la Alhambra antes de conservarla. Mi padre, que luchó salvajemente por salvaguardarla, había muerto sin ver el destino en que se sumía el monumento. Y ahora me encontraba yo allí, su único hijo, violando los sagrados aposentos que él defendió.

Por fortuna la insensatez a la que nos aferramos de jóvenes no siempre es estéril. Aquella noche nuestra pequeña gamberrada me habría de marcar para toda la vida y quizá, solo quizá, de no haberla cometido ahora sería otro hombre bien distinto.

Conseguimos llegar, no sé cómo, al Patio de los Arrayanes. Era tanta la oscuridad que Pepillo no vio el estanque y a punto estuvo de caer en él; de hecho metió un pie hasta la rodilla y luego fue esparciendo su humedad por todas partes provocando un ruido tan humillante con su mojado zapato que a todos nos daba verdadera risa cada vez que pisaba. Había algunas luces en las casas de los guardianes; saber que estaban ocupadas nos enardecía aún más. Morell dijo por lo bajinis:

—¡Eh, madrileño! ¿A qué no eres capaz de irte al Patio de los Leones y ponerle tu corbata a uno de los felinos? Así, cuando mañana amanezca, se encontrarán con que un león se ha vestido para el baile del sábado.

Pepillo estaba bastante bebido. Soltó una carcajada y entre Juanito y yo le tapamos la boca. Estaba claro que mi cometido era ahora buscar el susodicho patio y aproximarme a una de las estatuas que soportaban la fuente.

A tientas llegué a una puerta a través de la cual percibí unas columnas finas. Tropecé en un tablón extendido en el suelo. Creo que caí y me golpeé con algo. Agachado entre las maderas pude vislumbrar un haz de luz que procedía del mismo centro del patio. Era la iluminación de un candil y perfilaba la silueta de una mujer. Vi cómo introducía algo en la boca de uno de los leones.

Por la oscuridad no distinguí si era joven, pero descarté, por la finura de su talle, que fuera anciana. Llevaba sombrero, que tapaba su cara, y un abrigo claro de corte extranjero. Estuvo un rato mirando la luna, parecía que suspiraba, o al menos eso quise pensar, porque me la imaginé esperando un encuentro amoroso, que, dado el avance de la noche, no sucedería.

En escena apareció, rompiendo todo este encanto romántico, otra mujer, que era la guardesa, y oí que decía a la dama:

—¡Señora, es ya tarde! ¿Por qué no vuelve mañana? Que tengo todo entalabartao y aún debo dormir a los nietos…

La señora se volvió retraída, sin ganas de obedecer. Pero suspiró profundamente, dejando bien claro su tristeza, y acompañó a la guardesa hasta el interior de los palacios.

Quedé unos segundos valorando la peligrosidad de acercarme a la boca del león de piedra y extraer de él lo que la dama había metido. Pero Morell me atosigaba, me chistaba para ponerme nervioso. Así que me volví y le dije:

—¡Mira, reconozco que soy un cobarde! ¿Qué te apuestas a que no eres capaz de pasar toda la noche en los baños?

Juanito me miró con ojos de víbora. Luego sacudió la cabeza indicando la dirección del hammam que en otros tiempos había bañado el cuerpo de los sultanes y de sus concubinas. Se conocía bien la Alhambra y nosotros lo seguimos. Mientras caminaba a tientas detrás de un Pepillo beodo y tambaleante, me volvía el recuerdo de aquella dama sin rostro que suspiraba a la luna y guardaba su secreto en el interior de uno de los leones.

Como coartada para disimular mis fechorías, continuaba acudiendo a mis quehaceres y a casa de Mínguez, a veces a devolverle algún libro y otras a pedírselos. Él me contaba los avances en su investigación científica. Solía inspeccionar el esqueleto romano como un detective lo hace con su lupa, a veces se pasaba tardes enteras levantando con una pinza capas de ropa ajada o simplemente, se amuermaba fijando la vista en algún rincón insólito y luego anotaba sus deducciones.

Desde que los libros de Mínguez se hicieran un hueco en mis estanterías, la historia de Roma despertó mi curiosidad.

—Le empieza a interesar Roma, ¿no es cierto? Bien, bien, jovencito. Me agrada usted. La historia no debe entenderse como una disciplina de estudio, inamovible y hermética: la historia es la vida de nuestros antepasados. Es la herencia que nos han legado. Granada no sería la misma sin nuestro pasado ibero, romano y musulmán, de la misma manera que usted no sería usted si su padre hubiera sido otro hombre.

¿Estamos? —preguntaba Mínguez sin esperar mi respuesta—. Bien, entremos en detalles. Querrá usted saber sobre su amigo el esqueleto, me imagino. Teniendo en cuenta las dificultades en las que vino a mis manos, que fueron muchas… —y esto lo dijo con verdadera reprobación— le diré que he llegado a diferentes conclusiones, todas ellas interesantes.

—Usted dirá…

Mínguez vio mi cara expectante. Sabedor del poder de sus palabras, carraspeó y se sonó la nariz sin ninguna prisa.

—Entre sus ropas harapientas encontré esto.

Cogida entre sus dedos elevó una moneda. Supongo que Julián Mínguez la había limpiado con algún producto, ya que lucía con una brillantez infrecuente en un metal tan antiguo.

—¿Qué es?

—Una moneda de Iliberri.

—¿Iliberri?

Fue la primera vez que lo oí. ¡Iliberri!, me repetía mentalmente.

Las palabras, como los actos, pueden cambiar el orden del destino. No pude ser consciente de la trascendencia de aquel momento. De haber sido así habría prestado más atención a Mínguez, pues su discurso sería revelador.

—Iliberri es la denominación que los iberos dieron a Granada —continuó el profesor—. Bueno, lógicamente no era la Granada que conocemos ahora… supongo que eso lo entiende. Los romanos ocuparon el suelo ibero y romanizaron el término denominando a la Granada romana Municipium Florentinum Iliberritanum. Pero todos la conocemos por Iliberri, es mucho más práctico.

—¿Y cómo sabe que esa moneda es de Iliberri?

Mínguez se aproximó a mí y me acercó la moneda. Señaló con la punta de un lápiz uno de sus relieves, en donde se leía, con cierta dificultad, la palabra «Florentia».

—Tome, tóquela. Y dele la vuelta. Verá el triskel.

Tuve un súbito miedo de romper aquella moneda que había permanecido junto al esqueleto tantos siglos. La volví y vi, tan dificultosamente como antes, una figura que no supe muy bien describir.

—¿Qué es lo que ve? Sí, es una cara con tres piernas. Ese símbolo es la triketa o triskel, del latín *triquetrus, -a, -um*. Una singular manera de asimilar el concepto celta de los niveles del mundo: el físico, mental y espiritual. Los cristianos lo adoptaron con la Santísima Trinidad y los romanos con la simbología de la medusa o del sol. Ahora nos acuñan monedas con la cara de un rey y nos creemos muy modernos.

—¿Y qué hacía una moneda junto al cuerpo muerto de un romano?

Julián Mínguez evitó una carcajada.

—Nada extraño. Costumbres funerarias.

—Entonces… Con esta moneda puede usted afirmar que se trata de un hombre

romano.

Mínguez cambió el semblante. Se rascó la coronilla y denegó.

—No, no lo creo.

—¿Cómo?

Tuve una gran desilusión. Tanto ir y venir para que me dijeran que era simplemente un anciano del siglo pasado.

—No, no creo que sea un hombre romano. Si el mentón, los arcos de las cejas o el hueco de los ojos no me engañan, no se trata de un hombre romano, sino de una mujer. En cualquier caso es la pelvis la que dice la última palabra.

—¿Una mujer?

¡Y yo que me imaginaba que había rescatado a un gladiador del interior de la tierra!

Mínguez me asesoró sobre el ritual romano de la muerte. Me habló de los dioses a los que Roma adoraba y todo ello me sumió en una duda cuasiromántica. La parafernalia con la que el profesor adornaba la cultura romana se acercaba, por necesidad, a los misterios que atraían a los jóvenes de mi generación. Los ancestros son al tiempo venerados y aborrecidos. En ellos encontramos toda nuestra cicatería social, pero también la fuerza capaz de compensarla. En Roma había muerte, pero también pasión y belleza, un caleidoscopio de instintos primitivos que justificaban mi existencia en esos momentos. Siendo descendiente de los deicidas, de los esclavistas y legionarios, no me sentía tan miserable ni tan insustancial.

—¡Ah! —exclamó el profesor—. ¡Qué cabeza la mía! Se me olvidaba lo más sorprendente: junto al cuerpo, y escondido por un pliegue del ataúd, se encontraba un anillo. ¿Desea verlo?

—¿Un anillo? —Era evidente que mis inquisiciones no eran preguntas sino demostraciones de asombro. Repetía todo cuanto me decía el profesor con cara de alelado, mareado por el vértigo que me producía una aventura tan singular.

Julián Mínguez rebuscó dentro de una cajita abierta que tenía sobre la mesa. Dudó si coger el anillo con unas pinzas y, finalmente, desechó la idea para tomarlo con los dedos, eso sí con sumo cuidado, como quien coge una chuleta repleta de grasa.

—El anillo de nuestra dama. Una serpiente enrollada.

Tardé unos segundos en pestañear. Dense cuenta de que por aquel entonces nuestra querida España padecía falta de museos que posibilitaran la contemplación de joyas como aquella. Era, en mi caso, la primera vez que veía una sortija antigua y la serpiente, enrollada en lo que sería el dedo de una mujer, me excitaba una curiosidad malsana.

—¿Qué significa la serpiente?

—No lo sé. Es algo muy recurrente. Tal vez hace alusión a algún ritual mistérico.

Me levanté por instinto de la silla que ocupaba. El esqueleto había permanecido todo el tiempo dentro de su ataúd, sobre una mesa de pino que Mínguez tenía en su

taller. Desde el primer encuentro no volví a interesarme por él pero saber de sus costumbres me aleccionó a seguir buscando un poco más de quien podía haber sido una dama como cualquier otra, tan digna o más que las que ahora paseaban por las calles de Granada.

Me asomé con pudor, evitando ver su desnudez impalpable. Y avergonzado busqué el esqueleto, que se me presentó amenazante, desmembrado y revuelto, conjunto de tibias y fémures descolocados. Alargué mi mano y separé uno de esos jirones harapientos adherido a los huesos. Con mi contacto, algunos hilillos se desmembraron y convirtieron en polvo. Y debajo de ellos sobresalieron dos cuencas vacías que se me figuraron dos ojos intrépidos mirándome desde el más allá.

Me retiré sobresaltado, rehuyendo la mojigatería, pero ya era demasiado tarde, Mínguez observaba desde mi espalda.

—Impresiona, ¿verdad? La muerte nos rodea cada día y sin embargo nos educan para temerla. Mi padre fue militar y murió en la batalla, pero nunca dejó de temer a la muerte.

—¿Y por qué cree usted que sucede? ¿No deberíamos aceptarla si nos educaron como cristianos?

Mínguez… ¿sonreía?

—Mi teoría —contestó el profesor— es que tememos la muerte porque con ella se acaba el poder de los sentidos. Yo no soy hombre religioso, lo habrá supuesto usted. Yo me debo a la ciencia, así que no puedo desviar mi atención adorando a un dios. Pero yo le digo que todo hombre que alguna vez haya sentido latir su corazón frente a otra persona tiene miedo a la muerte.

Las palabras de aquel señor, de aspecto respetable pero imperturbable, me parecieron demasiado románticas, a mi entender. De hecho a ningún joven se le pasa por la cabeza que su antiguo profesor sufriera de desamor. Porque la juventud, en su total osadía, relaciona al amor con la vehemencia y no hay nada tan indiferente e insensible para un muchacho que un hombre que peina canas. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que el corazón actúa por su cuenta y riesgo. Es curioso que yo entonces, con mis escasos veinte años, estuviera enamorado y que ahora, con mis… muchos años (el pudor me impide decirles cuántos) continúe tan inflamado por el amor como en esos días.

—¿Qué vamos a hacer con el esqueleto? —pregunté.

—Señor mío, ese esqueleto lo trajo usted. Y aunque, según me contó, su actitud de salvarlo lo honra, yo lo admiraría más aún si lo donara.

—¿Se refiere a una institución benéfica? ¿A un hospital? ¿Con qué fin?

Mínguez se quitó las gafas con gesto de cansancio. Las limpió con su amplio pañuelo y luego me miró.

—Me refería a la Comisión de Monumentos o al Gabinete de Antigüedades. Tal vez no tenga mucho valor para ellos, pero donarlo a la comisión es lo correcto. Hablaríamos con alguno de sus miembros. Yo conozco a su gran mayoría. Verá… —

se rascó la cabeza mientras pensaba—… este fin de semana voy a acudir al teatro Cervantes. Soy abonado desde hace muchos años y allí me encuentro con alguno de sus miembros. Podría dejar caer la circunstancia que nos ocupa. Yo le invito a venir al teatro, a mi palco. Es interesante observar a la gran masa burguesa creyéndose participar de un evento intelectual al que acuden por pura inercia. ¿Cree usted que las virginales señoritas de Sánchez Martín o las petulantes señoritas de Torres Berriguren acudirían a ver *El caballero de Olmedo* si no fuera porque en los teatros es donde mejor se encuentra marido? Por suerte, yo ya no me preocupo de esas cosas. Soy un solterón convencido. Aunque usted… creo que no será de mi congregación, he oído comentarios de distintas jóvenes considerándolo bien parecido.

—¿En serio? —habló mi engreimiento.

—A su edad es lo lógico. No tiene por qué avergonzarse. El pavoneo es parte oficial de la juventud. Muy pronto lo veremos extendiendo su copa emplumada frente a las jovencitas casaderas de Granada.

—¿Cómo? —Yo no entendía nada de su lenguaje metafórico.

—Lo comparaba a usted con un pavo, querido amigo. El cortejo es igual en todas las especies. Los jóvenes se pavonean con sus sombreros, con sus botines bien abrillantados, con sus cigarros de las colonias… ¡Ah, qué tiempos me hace usted recordar! Pero yo nunca actué así. Yo siempre he sido un sentimental. La mujer a la que quise ya pertenecía a otro y cuando enviudó ya era demasiado tarde.

Julián Mínguez se quedó ausente. Miraba con sus ojos miopes a un lugar existente en su imaginación. Estuvo así algún tiempo, sin saber que lo observaba, y entones reaccionó como el hipnotizado cuando es despertado por su dominador.

—¡Bien! Vayamos a lo nuestro. ¡El esqueleto romano! Lo quiero ver a usted el sábado en la misma puerta del teatro. Me contraría la falta de puntualidad, así que usted ya queda avisado. Veámonos, pues, el día previsto. Ahora márchese, que tengo que hacer.

Mínguez era así, de ideas rápidas. Su actividad constante le obligaba a no perder el tiempo. Por eso nunca me ofendía que me abriera la puerta con intención clara de verme fuera de su casa, porque lo que deseaba era volver a sus quehaceres y dilatar la espera lo consideraba una holgazanería.

—¿Al teatro? —preguntó extrañada la Benajara cuando en la cena tuve la extraña idea de compartir mis inquietudes—. ¿Con quién?

Bárbara, mi madre, desde aquella contundente conversación en el salón, no había vuelto a intentar ordenarme mis responsabilidades. Tanto con Agustina como conmigo se había mantenido al margen. Nunca preguntaba a dónde íbamos ni en qué ocupábamos nuestro tiempo de ocio, pero cuando compartíamos nuestras intimidades, siempre repetía nuestra frase entre extrañada y ofendida. Si decíamos «vamos a ir a pasear», ella preguntaba: «¿A pasear?». O si decidíamos quedarnos en casa, ella recalcaba: «¿En casa?». Así manifestaba su repulsa de cuanto hacíamos sin tener que recriminarnos en nuestra actitud. Mi hermana y yo nos acostumbramos a oír repetidas

nuestras palabras y llegamos a tal punto que la ignorábamos voluntariamente. Pero ella persistía.

—¿Al teatro vas?

—Me ha invitado el profesor Mínguez.

—¿Ese desarrapado?

—Sí, ese desarrapado.

—Buena me ha caído. No me bastó con que tu padre fuera siempre a su sombra que ahora vienes tú y corres tras de él como un perrito faldero.

—Julián Mínguez es un erudito y un buen hombre. Está bien relacionado y lo quieren en toda Granada.

—Sí, lo quieren para mofarse de él. ¿A cuántas fiestas es invitado?

Agustina callaba, comía sin prestar atención.

—Verá, madre, a la gente no hay que medirla por las fiestas a las que acude, sino por sus hechos y por sus ideas.

—¿Por sus ideas?

—Sí, por sus ideas.

—¡Buen negociante estás tú hecho! ¿A cuento de qué me interesan a mí las ideas de los Morell, de los Pardo Moliner o de…?

—Para saber si mete a un intrigante en su casa, por ejemplo. Granada pasa por un momento delicado, como toda España, y hay que medir muy bien las amistades.

La Benajara me miró con fuego en los ojos. No podía consentir que dijera la última palabra.

—¿Por eso te asocias tú con Juanito Morell, el más depravado de los jóvenes de la ciudad, y te marchas a la Vega a comprar cadáveres?

Su contestación me dejó consternado. Nunca llegué a averiguar cómo mi madre, sin salir de casa, conseguía enterarse de todos mis movimientos. Era evidente que había un topo que le contaba todas mis barbaridades y seguramente por eso no tenía necesidad de preguntar a dónde íbamos. Yo me puse como la grana; era inútil seguir discutiendo con ella, siempre volvía la conversación contra mí.

—De cualquier manera, sepa usted que voy al teatro con el profesor Mínguez.

Mi madre asintió tragándose sus opiniones al respecto. Colocó su servilleta en el regazo con la violencia de quien airea un colchón y engulló la sopa en tres cucharadas.

Capítulo 3

La Condesa

Llegué muy ajustado de tiempo al teatro y Mínguez ya manifestaba impaciencia. Me esperaba en la puerta. Se había vestido más señorialmente que de costumbre, pero, con todo, los engreídos dueños de los coches de caballo que aparcaban en la puerta, abrillantados y con criados vestidos de librea, lo dejaban en una ridícula situación.

Mínguez era un profesor, un intelectual. Había dado toda su vida a la enseñanza, a las instituciones artísticas, había contribuido a levantar el Museo Arqueológico, estudiado hasta que sus ojos se habían vuelto granates y, por encima de todo, luchó por una quimera: la del saber. Es decir, se encontraba en la antesala de la pobreza. Todo ello contribuía a que la Benajara lo catalogara de enemigo.

Sus vidas fluían por cauces contrarios y las metas a las que ambos aspiraban se oponían más y más cada vez que mi madre menospreciaba a aquel hombre.

El profesor sabía que fallecido el dueño del caserón de los Cid, su mejor y más fiel amigo, jamás podría acercarse ni a llamar a la aldaba de la puerta.

Muy contrariamente, Mínguez toleraba con dignidad incomprensible la retadora humillación. Muchas Benajaras había en Granada. A él lo medían por sus puños raídos, por sus botines decolorados o los múltiples pliegues de su pantalón. Pero para un intelectual esas nimiedades lo vuelven hacia su estudio y engrandecen su poder de concentración. De todos los ricos, burgueses y señorones que pasaron delante de él aquella noche de teatro y lo miraron con desdén, ninguno, y bien digo ninguno, era capaz de llegarle a la suela de sus zapatos.

—Venga, venga… —me dijo—. Usted quiere provocarme un síncope. ¡Llegar tarde al teatro es una felonía, señor mío!

Me disculpé, aunque siento reconocer que no lo hice con total arrepentimiento, pues no deseaba ver la representación teatral. Siempre me habían aburrido aquellos actores y actrices afectados, que declamaban los versos de Tirso o de Lope como si contuvieran un ataque de asma.

Con todo, llegamos a nuestras butacas cuando ya tocaban la campana que avisaba a los espectadores del comienzo de la función. Estábamos solos en un gran palco. Desconozco por qué el profesor, siendo solo en la vida, había alquilado tamaño lugar, supongo que para disfrutar del espectáculo sin cabezas que le taponaran la visión.

En toda representación teatral que se precie hay un preludio de duración indefinida en el que se oyen roces de vestidos y chasquidos de butacas. Durante diez minutos, o tal vez quince, la gente no tiene más que mirarse unos a otros y, si viene al caso, criticar el atuendo de su vecino.

Mínguez releía el programa de la obra y yo me distraía contando a las mujeres con sombrero de plumas que había en la primera fila. Se habían puesto de moda y los

caballeros y señoras rebeldes a tal indumentaria se enojaban de no poder ver más que un bosque selvático.

Así, mi vista fue a dar con una dama sin engorroso tocado plumífero. Le pedí los gemelos al profesor y estuve observándola. Era un ángel de los que no se conocían en Granada. Elegante y discreta. Mi corazón saltó como una liebre al observar que se volvía y miraba hacia un lugar indeterminado en el que yo me encontraba. ¿Sería capaz de dar conmigo entre tal multitud de espectadores? ¿Sería aquello una premonición?

En ese instante apagaron las luces del teatro y todo quedó velado por mi desconcierto. Empezaba la función.

Me pasé toda la obra intentando adivinar la silueta de la dama. Cuando dieron las luces, pasado el primer acto, me encontré adorando visualmente a una señora gordezuela de su fila anterior. Me sentí tan desilusionado que disipé a la dama de mi atención hasta el fin de la obra. Fue cuando Mínguez me dijo que lo siguiera, que íbamos a hablar con el señor Albert, comisionado de la Comisión de Monumentos, a quien conocía desde hacía años.

En los pasillos del teatro nos lo encontramos. Allí se reunía la gente: para fumar los caballeros o abanicarse las señoras. Mínguez me presentó efusivamente, creo que ya desde entonces me había considerado su pupilo.

—Señor Albert, este es Maximiliano Cid, de los Cid del Paseo de los Tristes, su padre, don Manuel, falleció hace unos meses.

—¡Ah! Le acompaño en el sentimiento, joven —me dijo amablemente Teodoro Albert—. Yo conocía a su padre de las reuniones de la comisión y lo aprecié sin ningún género de dudas. Sus pinturas de restos arqueológicos eran excelentes.

—Mi madre lo llamaba «pintor de ruinas» —comenté yo—. No creo que nadie, salvo los que, como ustedes, defienden nuestro patrimonio, haya valorado jamás sus dibujos.

—El arte no está valorado en ninguna parte, amigo mío —continuó Teodoro Albert—. Los humanistas, en general, estamos en periodo de extinción.

—¿Es eso cierto?

La pregunta no fue formulada por mí, había salido de una boca mucho más deliciosa y su entonación, de acento sensualmente italiano, refrescó los oídos de todos los caballeros.

—Señora condesa Di Mare… —saludó Teodoro Albert en cuanto oyó sus palabras—. Le presento al señor Julián Mínguez, sobresaliente profesor y arqueólogo aficionado. —Mínguez besó la mano de la dama. Y este es su joven alumno, Maximiliano Cid.

La condesa me miró con verdadera osadía.

—Ya tengo el gusto de conocer al señor Mínguez. Hemos compartido muchas

cosas juntos. Y en cuanto al señor Cid… Ya tuve el honor de conocerlo siendo un niño. Creo que sigue siendo usted igual de travieso.

Los dos caballeros se cruzaron miradas. Yo me sorprendí al saberme del interés de una condesa italiana pero Francesca di Mare no hablaba en vano. Dominaba varios idiomas y elegía sus palabras con esmero diplomático. Comentar que me había visto de niño incidía intencionadamente en la diferencia de nuestra edad. Pasaba ya de los treinta, unos encantadores y maduros años que habían florecido su mirada, de intenso azul; los ojos más sensuales que había visto entonces y que jamás he vuelto a ver.

—Encantado de encontrarla nuevamente entonces, condesa… —exclamé con voz entrecortada—. ¿Me ha reconocido usted después de tantos años?

—Yo siempre reconozco a un Cid cuando lo veo.

Hubo un silencio incomodísimo. Los dos señores, Albert y Mínguez, tardaron algún tiempo en intervenir, viéndose fuera de contexto. Mínguez no dejaba de carraspear con signos evidentes de forzar un final para nuestra conversación.

—Bien, como le estaba diciendo, señor Albert… —tartamudeó el profesor—… mi joven amigo tiene en su poder un esqueleto antiguo que desearía que fuera analizado por alguien competente.

—¿Un esqueleto? —preguntó sorprendida la condesa mientras se abanicaba. Otra mujer en su lugar hubiera lanzado un estudiado grito de espanto, pero Francesca nunca.

—Lo encontraron en la Vega.

—Sí, últimamente es muy corriente —afirmó Albert—. Tráigalo a la comisión y veré qué puedo hacer.

Mínguez agachó su ratonil cabeza con un gesto parecido al de un militar al acatar una orden.

—Le quedo enteramente agradecido.

—Señor Cid —continuó Francesca di Mare—, ¿sería usted tan amable de acompañarme a mi coche? Me gustaría seguir hablando con usted de ese esqueleto…

La sugerencia de la condesa y el tono en que lo expresó dio a entender a los dos caballeros que pretendía hablar a solas conmigo. Ambos se despidieron con gestos adustos, besándole la mano e inclinando la cabeza y yo me vi gratamente obligado a acompañarla hasta la misma puerta del teatro.

—Hábleme de su hallazgo. ¿Está en buen estado?

—Me temo que no. Solo sabemos de él que es romano y que es femenino.

—¡Ah! ¿Alguna señal de violencia? A menudo se han descubierto en esqueletos cráneos horadados por un arma. La forma de morir de un ser humano dice mucho de cómo vivió.

—¿Tiene usted conocimientos de arqueología? —pregunté. Francesca sonrió.

—Soy romana, me he criado entre ruinas. He visto desenterrar el arco de Tito y las columnas del templo de Saturno. El foro, allí donde se reunía la ciudadanía romana para comprar, vender, hacer justicia o venerar a sus dioses, fue lugar de

juegos en mi niñez. Pero luego, de adulta, he sabido sacarle partido a todo aquello y me he convertido en una coleccionista de arte indiscutible.

—¡Lo celebro! —añadí yo.

—Por su padre supe que es usted escritor.

Yo me quedé estupefacto.

—No, no lo soy. Solo he escrito algún cuento, poca cosa.

Francesca sonrió deliciosamente.

—Su humildad me cautiva. ¿Por qué no escribe algún cuento sobre su esqueleto? ¡Cuánto me gustaría leer algo sobre mi amada Roma! ¿Se atrevería usted?

De la sorpresa pasé a la complicidad más absoluta. Por aquella sonrisa burlona y sensual hubiera escrito hasta la tercera parte de *El Quijote*.

—Bien… ¿Y qué haría luego con mi cuento? ¿Leerlo en alguna aburrida velada literaria?

La condesa desplegó su abanico y contestó:

—No, más bien estaba pensando en mi amigo Jaime Hilton. Es un americano afincado en Granada desde hace algunos años. Tenía amistad con el que fue mi marido —y esto lo dijo con extraña timidez. Yo entonces no lo comprendí, claro está. Pero la condesa, tras un instante dedicado al recuerdo, continuó—: El caso es que James Hilton, conocido aquí por Jaime, fundó un diario de corta tirada pero satírico e ingenioso donde los haya. Se llama *La Sabika*, usted lo habrá oído nombrar. Si usted escribe, como me contó su padre, es muy posible que pueda publicar con mi amigo Hilton. Piénselo.

Se subió a un coche negro, tirado por un caballo blanquísimo. El viento de la Alhambra me recordó que ya no vivía en Madrid y que en una pequeña ciudad de provincias, como era Granada, había que cuidarse muy mucho de las habladurías.

Con todo, al día siguiente, la gran noticia de todas las comidillas fue que Francesca di Mare había salido del teatro Cervantes del brazo de un apuesto muchacho, que por edad bien podría ser su hijo.

Regresé a casa totalmente embelesado por la condesa. El tono modulado de su voz, el gesto distinguido con que retiraba la cola de su falda, la caricia que conseguía alisar las arrugas de sus guantes…, Todo me parecía sutil y hechicero; un horizonte novedoso para un joven acostumbrado a las gamberradas de Juan Morell.

Perdí la noción del tiempo y del espacio, de hecho no recordaba haber atravesado la ciudad para llegar a mi dormitorio. Pero en él me encontraba, sentado sobre la alta cama con dosel, mirándome las manos en mis piernas apoyadas, las manos que habían rozado, con turbación, el brazo de la condesa Di Mare.

Sé muy bien que era cosa de mi juventud. Pero también de algo que venía de atrás y yo, ¡lógico! no comprendía. Era la herencia de mi padre, su testamento inverosímil. Y yo me preguntaba: ¿a qué resistirse? ¿A qué luchar contra algo que me embestiría sin reparo y sin permiso? Supe, con la certeza inequívoca de que ha de llegar un otoño nuevo o una primavera nueva, que la condesa sería mía, tarde o temprano.

Aquella verdad universal liberó los miedos espirituales pero agotó mi cuerpo.

Desanudé mi corbata, me quité la levita. A pesar de ser avanzada la noche, no pude conciliar el sueño. Una felicidad extrema, cíclica, de sentimientos contradictorios, venía a mí y luego me abandonaba con ímpetu lacerante. Rendido al insomnio, decidí salir a calentarme un poco de leche o, si se terciaba, extraviarle a mi madre un poco de coñac que guardaba en una alacena.

En la cocina, territorio de criadas y desolado a altas horas de la noche, me sentí desorientado. Abrí cajones y curioseé en fresqueras cuyo contenido era dudoso, pero finalmente hallé el cazo para calentar la leche. Ahora solo era preciso saber cómo se encendía la cocina económica que la Benajara había ordenado instalar meses antes. Seguramente hice demasiado ruido, porque fui sorprendido. En la misma puerta de la cocina apareció Rosita, la encantadora criada a la que cierto día había espiado mientras se colocaba en un pie un zapato de mi madre. Era una chica desenvuelta, yo diría que descarada. Bajó en camisón, con una mantilla tapándole lo impúdico que había en su torneado cuerpo y que, por otra parte, no solía enseñar con su vestido de servir. Era esta parte que ocultaba la cintura y caderas, pues sus hombros e inicio del pecho quedaban al descubierto y no parecía que el gélido entorno le hiciera manifestar el más mínimo temblor. Yo la miré estupefacto. Cierto era que me tentaba, y ella lo sabía, porque de no haber sido así habría bajado con un camisón de lana en vez de uno de sarga fina que transparentaba sus formas, claramente desnudas.

—¿Puedo ayudar al señorito?

—Sí… —titubeé—. Deseaba un vaso de leche caliente y…

—Déjeme el señorito, que yo se lo preparo.

Rosita, muy decidida, se desprendió de la toquilla. La dejó sobre el respaldo de una silla de enea y luego tomó el cazo, que yo mantenía sujeto sin saberlo, distraído por su camisón transparente.

Con soltura, la muchacha buscó unas pequeñas teas. Las encendió e introdujo en el estómago de la cocina de hierro. Manipuló sus argollas circulares con ganchos, en apariencia pesados para tan finos brazos, y finalmente abrió una botella de leche y la volcó en el cazo. La muy coqueta, mientras esto hacía, se volvía y me miraba con media sonrisa. No dejaba de provocarme con sus movimientos y sus guiños, juegos amorosos que yo entendí como lanzados a la diana de mi corazón. Y ciertamente que Rosita había elegido la mejor noche para retarme con las flechas de Cupido, porque yo mantenía muy fresca la imagen de la condesa en mi memoria y mi pecho se afligía presintiendo que el próximo encuentro tardaría en llegar.

Rosita consiguió calentar la leche y me la ofreció en un tazón. Llevábalo la sensual muchacha cogido con ambas manos y yo no tuve más remedio que poner las mías sobre ellas para poder asir el pocillo de cerámica que me entregaba. Rosita sonrió al verse aprisionada entre mis dedos. Ambos nos miramos, cómplices, presintiendo que algo pasaría y ninguno negaría el destino.

Consiguió zafarse Rosita del tazón y entonces me miró.

—Déjeme ver, el señorito, si la leche está muy caliente.

Depositó sus labios en la taza y saboreó el manjar lechoso. Su boca, carnosa, se tiñó de una blanca espuma que sensualmente supo borrar lamiéndola.

Era insidiosa y saber que era imprudente acercarme a su cuerpo sedoso y prieto bajo la tela blanca de su camisón, aún me tentaba más.

Rosita, experta en esas lides, no esperó que mi indecisión enfriara el magnífico momento, alargó sus manos y me rodeó la cintura y yo no supe más que mantenerme así, con el tazón bien asido, furioso de verme tan torpe.

Su contacto fue agradable y liberador de los remordimientos, si es que los tuve, de sentirme tentado por otra mujer de más edad y más cultura. Hubo un momento en que mis instintos cedieron y solté el tazón de leche, pero Rosita estuvo atenta y lo recogió al vuelo. Su salpicadura tatuó su pecho como una incipiente nevada, pero ella rio y yo supe aplacar la reacción bebiendo la leche directamente de su piel, suave y brillante.

Fue el primer encuentro con Rosita, el primero de muchos. De él recuerdo, sobre todo, no lo que tuve y supo darme la sensual chiquilla, sino la evocación omitida de lo que nunca hubo, los ojos de la condesa, los andares elegantes de la condesa, la piel firme y madura de la condesa… Rosita fue, en definitiva, una sustitución deliciosa, un reemplazo apetecible y placentero, de rincones y de momentos ocultos, de engaños y complicidad. No me arrepiento de haber sido la mosca en la tela de araña de Rosita, pues ambos nos divertimos y supimos alejarnos cuando fue preciso, sin reproche alguno.

Dos días después, Agustina me llevó a su cuarto y me hizo sentar en una butaca. Sus labios fruncidos, rojos como amapolas, despejaron la duda. Tenía que decirme algo y me reprendió con severidad engañosa, balanceando la cabeza. Me hizo creer que jugaba.

—¡Maxi, Maxi! —empezó.

—¿Qué?

—¡Ay, Maxi!

—Pero ¿qué hay?

—¿De verdad pensabas que mamá no se enteraría de lo tuyo?

Yo quedé anonadado. ¿Se refería a mis gamberradas? ¿O a mi relación con Rosita?

—Si te refieres a lo del esqueleto…

—No seas bobo, me refiero a lo de la condesa.

Guardé silencio por discreción.

—¿Qué condesa? ¿A qué te refieres?

—Vinieron con el cuento a mamá ayer mismo. Las Palomares se habían enterado de que saliste del teatro del brazo de una condesa.

—¿Y no es buena cosa relacionarme con la nobleza? —me defendí irónicamente.

—¿Siendo guapa y mayor que tú?… ¡Vamos, Maxi!

Yo, entonces, opté por decir la verdad.

—Me la presentó el profesor. Hablamos de arte, de arqueología, me propuso escribir en la revista de un amigo.

—¿Escribir, tú?

—¿Pues qué? —me ofendí. No era tan haragán como todos querían creer—. Me gusta escribir. Me he planteado seriamente hacerlo.

—Un escritor debe darse a su trabajo y tú pierdes el tiempo con calaveras como Juanito Morell.

—Lo sé, en eso te doy la razón. Debo plantearme cambiar de amistades.

—Búscalas entre las mujeres de tu edad, todo irá mejor para ambos.

—¿Me reprochas tú mis relaciones, niña educada en el extranjero? —la reprendí —. No puedo comprender que ahora defiendas a la Benajara.

Agustina cambió el fruncido de labios por el fruncido de ceño.

—¡Yo no la defiendo! Bien lo sabes. Esa es una observación gratuita. Pero todos somos responsables de nuestros actos y algunos hasta salpican a los demás.

—La condesa es una dama italiana bien relacionada. No creo que me haga mal aprender de ella.

Agustina mostró curiosidad en cuanto pronuncié su origen italiano.

—¿Es italiana?

—De Roma.

—¡Qué coincidencia! Tal vez conozca a *Madame*.

—Tal vez podamos asistir juntos a alguna fiesta. Nunca se sabe en una ciudad pequeña.

—O podemos invitarla a una de las nuestras. Propondré a mamá dar una por Navidad. ¿Qué te parece?

—Que la Benajara no accederá.

—No podrá decir que no, le gustan las fiestas tanto como a mí.

—En todo caso, si se celebra no invitará a la condesa.

—Eso déjalo de mi cuenta.

Agustina salió de la estancia convencida de que podría conquistar el corazón mísero de mi madre hablándole de la moda de París. Pero ella, más lista, sospechó una alianza entre nosotros y entonces se negó en rotundo justificando que aún debíamos guardar luto por mi padre. Le salió bien la jugada, pero no del todo, porque con motivo de la Navidad muchas casas de la ciudad abrieron sus puertas a celebraciones. La de Juan Ignacio Morell fue una de las primeras, y allí se congregaron sus amigos, incluso los de su hijo y, por descontado, la condesa Di Mare.

—¿Y dice usted que le ha sugerido escribir un relato sobre el esqueleto? —preguntó asombrado el profesor—. ¡Extraña proposición!

—Siempre quise escribir algo sobre una civilización antigua. Tal vez sea esta mi oportunidad.

—¿Escribir sobre Roma? Bien, otros autores ya han empezado a escribir sobre mundos pasados: Espronceda, Larra…

—La novela histórica empieza a ser considerada un género interesante. Walter Scott, Victor Hugo…

—No me tiene usted que citar a autores extranjeros, jovencito… —terminó por aceptar el profesor—. Lo que usted decida bien está. ¿Qué tema de Roma elegirá?

Yo me quedé contrariado.

—No quiero escribir sobre Roma, sino sobre Iliberri.

—¿Iliberri?

Mínguez, con aquella pregunta, amenazaba con censurarme.

—¿Qué tiene de malo fantasear sobre Iliberri? Los granadinos sabrán que proceden de un pueblo romano.

—¿Cree que la mejor manera es frivolizar sobre el asunto?

—¿Quién ha dicho frivolizar? Me documentaré, no tenga la menor duda. —Yo ya me sentía ofendido. Mínguez no tenía ningún derecho a suponerme un sensacionalista.

—¿Será capaz de leerse todos mis libros de historia? ¿De consultar a los miembros de la Comisión de Monumentos? ¿De…?

—De todo cuanto usted me diga… aunque recuerde que también deseo ser escritor. ¿La historia y la literatura no pueden darse la mano?

La cara ratonil de Mínguez se relajó. Se desprendió de sus gafas, las limpió parsimonioso y luego me miró con sus ojos miopes.

—¿Y quién cree que estará dispuesto a publicarle tal relato? ¿La revista *La Alhambra*?, ¿*El látigo* de Alarcón?

—La condesa conoce al editor de *La Sabika*, ella cree que lo publicará.

—¡*La Sabika*! ¡Pero alma de cántaro! ¿Cómo no habría de publicarle a usted? Si de cada número que se vocea en la calle le secuestran dos.

—La condesa dice que es un editor arriesgado, pero comprometido.

—¡La condesa, la condesa…! —masculló denegando con la cabeza—. No haga caso de las ideas de esos italianos venidos a más. La condesa no recuerda que si en Granada se estornuda en la fiesta del Corpus ya van solicitando las beatas la excomunión. El nombre de Iliberri se asocia aún a Juan de Flores y sus falsificaciones, y es un tema prohibido. Tenga usted mucho cuidado de con quién se compincha y qué es lo que escribe. Y con todo, después de haber pasado su relato por el tamiz de la autocensura, ofenderá a la mitad de sus lectores.

La desaprobación de Mínguez me desalentó, pues, por ser mi mentor, entendí que debía defenderme en mis insensateces. Como joven que era no me dejé aconsejar. Decidí, dada la oposición, contravenir las normas y pronto emprendí mi aventura. Dejé de asistir a las fiestas de Juanito Morell y continué acudiendo al teatro, al palco del profesor Mínguez, desde donde lejos de desviarme de mis propósitos observaba actitudes humanas que podía utilizar en mis narraciones. Leí y tomé nota de todo

cuanto se había dicho sobre Iliberri, lo cual era bastante poco. Hablé con arqueólogos y profesores, eminencias de la antigua Granada y finalmente, una tarde, me puse a escribir, lo que a mi madre, claro está, insultó como si aquello fuera una afrenta personal.

—Profesor, hábleme de la condesa.

Mínguez me miraba por encima de sus gafas. Vaciló y luego bajó el periódico que leía. Estábamos ambos en las salas del Liceo Artístico Literario, por eso nuestro tono de voz era un susurro.

Mínguez optó por cerrar el diario. Luego contestó mirándome directamente a los ojos.

—No le conviene la condesa. Es mujer de experiencia, creo que me entenderá usted. Tuvo una relación muy sonada en Granada y nadie se atrevería ahora a acercarse a ella. Usted menos que nadie. ¿Me comprende? Se la encontrará en muchos lugares pues es mujer de recursos, marchante de arte, aficionada arqueóloga, erudita si se pone, pero no se deje embaucar por sus ojos. Otros lo hicieron antes.

—¿Está casada?

—Lo estuvo, pero su marido falleció.

—¿Tiene familia?

—Un hijo.

—¿Y cómo es que no la veo con él?

—Es muy pequeño. Nació poco después de morir su padre. —Noté que las venas de su cuello se dilataban—. El padre de él, quiero decir…

Mínguez se sintió descubierto y yo no supe por qué. Se tornó turbado, nervioso y entonces prefirió evadir la situación.

—Usted ahora debe centrarse en sus escritos, demostrar que es un escritor prometedor. La Navidad puede ser buen motivo para que se revele usted a las grandes firmas. Yo lo ayudaré. Pero céntrese, Maximiliano, céntrese.

¡Qué fácil era decirlo! Yo solo pensaba en Francesca y cuando me cansaba de hacerlo me asediaba una imagen recurrente: la de la mujer de la Alhambra. Claro estaba que mis apetitos viriles se alentaban con el pensamiento de una mujer. Nunca he dejado de ser un romántico y el misterio ha sido la chispa que ha encendido mis muchos amores. A Francesca admiraba y por adolecer de sus caricias me refugiaba en Rosita cada noche. Pero también pensaba en aquella dama solitaria. ¿Qué le conminaba a subir a los palacios? ¿A quién aguardaba? ¿Llegaría a conocerla personalmente? ¿Sería necesario, pues, forzar al destino, empujándolo hacia un encuentro seguro?

Un día, desobedeciendo las recomendaciones de Mínguez, decidí subir por mi cuenta al recinto a la misma hora, ya atardecido.

La Alhambra, en soledad, en noche claramente cerrada, intimida. Cuando compartía mis atropellos con los Morell o con los Pardo me arropaba la impudicia, pero aquella noche no era el caso. No habría destrucción ni saqueo. Tal y como yo lo

veía, imponiéndome una excusa, mi interés empezaba a ser artístico, pues espiar a una mujer misteriosa dentro del recinto de la Alhambra era, por así decirlo, lo más literario a lo que me había enfrentado en los últimos tiempos.

Me introduje por el mismo camino prohibido que Morell me enseñara y me arriesgué a los ataques de los perros vagabundos, incluso de la violencia de los inválidos, algunos de ellos borrachos o perturbados. Como en la primera noche, nadie me cortó el paso ni me dio el alto. Las golondrinas, con su trisar estridente, a las que yo, madrileño de crianza, califiqué de enemigas, planearon sobre mi cara amedrentándome. Pero fue solo pasajero. La inquietud de descubrir el misterio de la mujer de la Alhambra me ayudaba a continuar venciendo mi temor, si es que lo tenía.

Aguardé detrás de los tablones que me habían servido de observatorio la otra vez y allí me acurruqué hasta quedarme adormilado. Desperté momentos más tarde, cuando las golondrinas ya se habían guarecido en sus nidos. No se oía nada, salvo el canto de los grillos. La humedad de los setos cercanos y del estanque —la herencia andalusí del jardín oriental— caló mis huesos. Subiéndome la solapa de la chaqueta me sorprendió Mateo Ximénez. Yo entonces no lo conocía, ni sabía que Washington Irving y mi padre habían entablado con él amistad. Era un pobre hombre, guía de viajeros, amigo de los cuidadores de la Alhambra, que se ganaba unos reales haciendo trabajos como correveidile. Aquella noche había resultado ser mi inquisidor.

—¡Alto ahí! ¿Quién eres tú, tunante? —Me tomó por la manga de la chaqueta sin dejarme explicar. Me zarandeó como un pelele, tenía fuerza el tal Mateo—. ¿Qué haces aquí escondido? ¿Qué maquinas? ¿Vigilando a la dama? ¡Por las barbas de…! ¡Ahora mismo al cuartelillo!

Fue tanta la algarabía que montó Mateo Ximénez que alarmó a todo el recinto, llegando sus voces hasta el patio en donde se encontraba la dama, la mujer misteriosa, que, como aquella noche, contemplaba el cielo en el Patio de los Leones.

Mateo llevaba en la mano un candil que elevó para verme la cara. El resplandor me hirió las pupilas, pero el hombre se aseguró muy bien de que no había pescado a un vagabundo: inspeccionó mi traje, mi barba bien rasurada y luego me reconoció.

—¡Si es el señorito Maximiliano, el hijo de don Manuel!

La dama dio un paso hacia nosotros pero paró en seco. Parecía que deseaba decir algo en mi favor pero no se atrevió. La noche, que había caído enteramente, impidió que pudiera ver su cara aunque aprecié su contorno esbelto y elegante.

—No vengo a importunar —acerté a decir—. Me quedé dormido y se me hizo la noche. Solo soy culpable de insensatez.

Mateo miró a la dama y esperó que ella decidiera. Entonces la mujer asintió y movió la mano indicando que me soltara, que me dejara libre. No salió una palabra de su boca, lo que demostró que deseaba mantenerse en el anonimato.

Me marché abochornado, enfermo de ira. Mi apellido me había dejado libre: por ser el hijo de quien era Mateo me había reconocido y la dama me había perdonado. Pero yo seguía siendo un botarate y eso debería empezar a cambiar.



Capítulo 4

Iliberri

Practiqué la introspección. Era necesario si quería madurar, si quería ser respetado. ¿Qué derecho tenía a reprender a mi madre si yo era un calavera? Mínguez tenía razón, debía centrarme. Aunque, si he de ser sincero, no fueron las acertadas palabras de mi profesor las que me llevaron a la reflexión. Es lamentable decir que fue el pundonor, la vergüenza de haberme visto humillado delante de la dama de la Alhambra. Jamás volvería a visitar el monumento a esas horas ni trataría de esclarecer el enigma que representaba.

Es curioso. Yo me dejé llevar por el pundonor, he dicho. Es una palabra a la que le he perdido el significado con el paso de los años. Nunca, después, me he movido por el honor, ni por el pundonor. Únicamente por mi propia lógica y mi aseada conciencia, una mezcla explosiva en un caballero de mi siglo que yo mantuve con la dignidad más extrema de la que fui capaz.

Volví a refugiarme en los libros y en las clases personales que Mínguez me ofrecía con sus comentarios y experiencias. Lo acompañé al Liceo, a las comisiones de monumentos y a otras sesiones privadas que plantaron el germen de mi curiosidad hacia la historia de Granada. Como por entonces seguía recuperando datos de Iliberri, la Granada romana, mi nueva actividad me fue muy útil.

Dicen que si mantienes fresca la memoria histórica evitas que vuelvan a producirse los hechos que, por su carácter despreciable, se han pretendido olvidar.

Cuando oí por primera vez el nombre de Iliberri, lo supuse algo tan lejano y raro que me pareció de otras tierras. Sobre Granada se han dicho muchas cosas: que es mora, que es judía, que es cristiana, pero ¿que es romana? Mi desconocimiento sobre este particular era fiel reflejo de la sociedad en la que vivía, una ignorancia impuesta violentamente por el eufemismo de la modernidad.

Muy pronto, mi inquietud literaria se activó y comencé a hacerme preguntas sobre Iliberri. ¿Qué era Iliberri? ¿Dónde estaba? ¿Por qué desapareció? Los eruditos a los que consulté demostraban sufrir un oscurantismo mayor que el que yo tenía, y otros, por defecto, aun conociendo ciertos hechos, los disimulaban, dando a mi búsqueda una aureola de actividad maldita que, lejos de desanimarme, me alentó.

Hacia 1842, poco después de unas abundantes lluvias que inundaron las tierras de la Vega próximas a Granada, muchas cosechas se perdieron y la gran masa campesina manifestó su pérdida. La tierra se removió de forma natural. Y como los campesinos nada tenían en que ocupar su tiempo, dieron en observar que bajo la húmeda capa terrosa aparecieron losas y demás objetos que muy bien podían venderse, aunque fuera para malvivir.

Por el día y por la noche se veía buscar a aquellos infelices, acumular los

pequeños tesoros y llevarlos luego a la cercana Granada, a negociar con ellos, hasta que un buen día alguien destapó una lápida y bajo ella se vio un esqueleto y los señoritos de la ciudad empezaron a tener interés por los hallazgos.

Así, me imagino, fue hallado mi cadáver romano. No fue el único. Granada se volvió una de las capitales más propicias para expoliar, malvender o defraudar piezas de arte. La Comisión de Monumentos no tenía poder para impedirlo; de ello se hablaba en las sesiones con verdadera lástima e impotencia. Hasta yo, que en otros tiempos hubiera sido partícipe del vandalismo arqueológico a que estaba siendo sometida la ciudad, me horrorizaba de ello. Pero, de alguna manera, estos patéticos acontecimientos provocaron en Granada la decisión de tomar en serio su pasado romano.

Iliberri fue un antiguo pueblo ibérico asentado en el Albayzín, inquilino de la colina cuando los romanos llegaron con su intención de conquistarla. Muchos años más tarde, Antonio Gallego Burín, a quien tuve el honor de conocer, historiador y alcalde de Granada y uno de los hombres que más ha hecho por la ciudad, escribió la *Guía artística e histórica de la ciudad* de Granada, y en ella decía: «Conquistada por los romanos, esta población ibérica siguió acuñando monedas con el nombre, en caracteres latinos, de Eliver, Eliberri, Iliber, Iliberi, Iliberri e Ilvbiri, denominándola Ptolomeo Illiberi y Plinio el Mayor Iliberri, y a sus ciudadanos *liberini*. Erigida municipio, las inscripciones de los siglos I al II a. de J. C. la llaman *municipium florentinum iliberitanum* y también Florentia, nombre que, en sentir de algunos escritores, podía interpretarse por ciudad florida o fructífera».

De esta manera es perfectamente comprensible que el término Iliberri, por su brevedad, haya sobrevivido a *municipium florentinum iliberitanum*. Muchas universidades han invitado a sus profesores a investigar sobre la etimología de esta palabra, que se ha convertido, para tortura de muchos historiadores, en un misterio indescifrable.

Los nombres de las ciudades son el primer reconocimiento de una población. Si a una persona se le reconoce socialmente al bautizarla, ¿ha de ser menos una ciudad? La constatación de que una ciudad ha existido la tenemos en sus ruinas, en lo que crearon sus habitantes, por lo que hablaron de ella sus viajeros o en la acuñación de sus monedas.

Yo recordaba la moneda encontrada en el ataúd romano, con su triskel, la curiosa cara con tres piernas. Las monedas dicen mucho de quien las acuñó, hasta qué punto estaba desarrollada su población, sus símbolos y preocupaciones religiosas y, claro está, su nombre.

—Si seguimos los pasos a la cultura ibérica descubriremos la romana —decía dogmáticamente Mínguez cuando hablábamos de Iliberri—. Observe, amigo Cid, cómo una cultura puede ser tan sólida que después de siglos de desaparecer aún se muestra con su arquitectura o con sus costumbres. Los romanos querían ser los mejores conquistadores del mundo y lo consiguieron venciendo la inmortalidad.

—¿Dónde se encontraba Iliberri, profesor?

Mínguez me miró con media sonrisa. Sabía que era una pregunta capciosa.

—La respuesta quizás la sepan los astrólogos —dijo irónicamente—. Muchas discusiones me tengo ya oídas sobre si Iliberri se encuentra dentro de Granada o fuera de ella.

—¿Acaso está Iliberri debajo de nosotros? —pregunté entusiasmado.

—La colina del Albayzín es una de las concentraciones más interesantes de restos arqueológicos de la ciudad. Yo pienso, claramente, que Iliberri debió de tener su foro allí.

Aunque mi carácter se había dulcificado con mis estudios y la influencia de Mínguez, todavía recuerdo que me enervaba al pensar que podría ser el primero en descubrir una parte de nuestra historia romana. La vehemencia de la juventud me transformaba en un ingenuo.

¿Era posible que el Albayzín, donde gustaba mi padre guarecerse de las preocupaciones con un cuaderno de pintura bajo el brazo, hubiese sido el foro romano de Granada? Caí en la cuenta de que, desde mi estancia en la ciudad, no había visitado la colina. Me había dispersado imitando las andanzas innombrables de Morell y de Pepe Pardo y sin saberlo había ignorado una de las zonas que, con el tiempo, más amé de Granada. Porque creo ahora que, si bien es imperdonable que un granadino no conozca y valore la Alhambra, lo es en igual medida que no comprenda y viva el Albayzín, tamiz de culturas.

Propuse a Julián Mínguez que me acompañara al Albayzín y paseara conmigo, que me dejara imaginar cuanto allí hubo antes que nosotros. Él era muy pragmático en sus explicaciones, sin fantasía ninguna, pero para eso estaba yo, para decorar la visita con ilusiones y con sueños, así que me dispuse a fabricar mis propios sueños del Albayzín.

Hay que imaginar que, en el origen de los tiempos, el cerro del Albayzín se encontraba vacío. Posiblemente una población establecida en su falda tuvo la necesidad de subir a lo alto de la colina —las razones pueden ser muchas, por ejemplo estratégicas— y allí se quedó para asentarse definitivamente. El término que se le da a este proceso, el del cambio de un colectivo rural disperso a uno urbano estable, es el de sinecismo.

Los iberos fueron un pueblo muy importante para el desarrollo de Granada. Con ellos comenzó un verdadero avance en prácticas sociales, como la alfarería y una estructuración urbanística, con casas, y una muralla extensísima, que, posteriormente los romanos utilizarían. Por eso es imprescindible conocer el desarrollo de la cultura ibérica en Granada, porque nos da las pistas de dónde y cómo vivieron los romanos granadinos.

Se cree que una de las primeras cosas que debieron de hacer los iliberritanos fue la deforestación de la zona para, posteriormente, levantar la muralla. Tristísimo imaginar que un vergel debe dar paso a la civilización, morir para proporcionar la

vida, pero no es más que el ciclo inagotable de la supervivencia. Si a mí, señorito de Madrid, todo este entorno me parecía ya un paraíso espeso y dotado de frescor, nada debía de ser comparable a lo que debieron de encontrar iberos, romanos o árabes.

Granada está cubierta de colinas. La del Albayzín proporciona una de las vistas más retratadas por los pintores de todos los tiempos y la actividad no es gratuita, porque Granada es inmensa desde dentro y desde fuera: si sus callejuelas son delirantes sus paisajes abruman. El ojo humano es incapaz de captar la totalidad del universo granadino.

Poco a poco —el tiempo que te deja el corazón recuperar el aliento— vas subiendo la colina, caminando por su maraña de calles, adarves algunas que no tienen más fin que el de ofender a tu orientación. Cuando paras y vuelves el rostro no puedes evitar buscar la Alhambra, que se trasluce y asoma por detrás de los tejados de las casas. ¿Es que no hay visión horrenda o despreciable, insípida o ridícula en toda Granada? Ciertamente no debe de haberla, o por lo menos yo no la he encontrado. Aquellos días descubrí con Mínguez que mi herencia no se encontraba en el caserón de los Cid sino en aquel paisaje, en aquella ciudad. Habíamos dejado atrás la espléndida vista desde la iglesia de San Nicolás. Allí encontramos a pintores, algunos acreditados y otros simples entusiastas, que intentaban perpetuar en un lienzo su pequeño fragmento de inmortalidad. Mínguez saludó a alguno de ellos, y dijo que eran conocidos de mi padre; lamenté que no me los presentara, pues al pasar observé sus trabajos y algunos eran verdaderas obras de arte. Lástima que muchos de los artistas que recorren las calles con su caballete tengan que verse relegados al ignominioso desdén de los marchantes. Ciertamente, de existir justicia en este mundo, todo artista que se precie debería ser famoso de forma automática y duradera.

Pero en la pintura ocurre como en el resto de las artes. Yo tuve que sufrirlo con mis escritos, desdichadamente. Siempre priva el interés.

Mínguez y yo caminábamos rápido. Surcábamos una calle llamada Callejón del Gato cuando el profesor afirmó que bajo nuestros pies se ocultaban restos de una muralla. ¿Encontraríamos algún resto oculto al ojo humano observando bien, rascando con los dedos la tierra de la calle?, me preguntaba. ¿Bajo los palacios musulmanes ahora admirados, existirían otros palacios mejores que poder admirar? ¿Se inventaría en algún momento la lupa capaz de identificar los mundos superpuestos que pisamos?

—El proceso de romanización comienza hacia finales del siglo III a. C. y finaliza hacia el siglo I —iba murmurando para sí Mínguez, caminando con la mirada fija en el suelo y sus manos entrelazadas a la espalda. Parecía que estaba dando su clase de los lunes—. La romanización se hace paulatinamente y en distintas escalas. No vaya usted a creer, amigo Cid, que la historia se hace así, en un periquete: llegan los romanos y los iberos se marchan a la velocidad del rayo. Todo es muy lento, demasiado lento para nuestros ojos. Yo no descarto que Iliberri se mostrara sumisa ante las tropas romanas y que por este motivo se la considerara «ciudad amiga»,

aunque la incluyeran en el modo de «ciudad estipendiaria», es decir, tributaria de impuestos. ¿Se imagina usted, Maximiliano? Podríamos estar pisando el mismo suelo que pisó César.

Mínguez me explicó, aunque yo ya lo sabía por mis pequeñas investigaciones sobre la cultura romana, el proceso que suponía la romanización.

Iliberri sufrió la transformación habitual de las ciudades romanas. Por sus calles caminarían plebeyos y patricios; los esclavos soportarían el peso de las literas sobre sus hombros trasladando a sus ricas y enjoyadas señoras. Todas las ciudades de Roma eran Roma, estuvieran donde estuviesen.

—Entonces, por estas calles se oía hablar en latín, ¿no es así, profesor?

—Cierto es. Pero estas piedras han oído muchas lenguas y seguirán traduciendo para sí las que han de venir, que no serán ni mejores ni peores pero sí más ricas y variadas. Pero con todo, se hablará la lengua común de la vida y me temo… —exclamó con aire melancólico—… que la de la imbecilidad.

—No me resulta seductor el porvenir que me muestra, señor Mínguez. Aunque mirándolo bien un futuro así es el que corresponde a un presente tan desconcertante como el nuestro.

—¡Imagine, señor Cid! —exclamó Mínguez parándose en medio de la calle con sus manos extendidas al cielo—. ¡Imagine la ciudad romana de Iliberri! ¡A sus senadores, a sus mercaderes, sus bellas patricias, sus tribunos, sus sudorosos esclavos, sus filósofos o gladiadores… Imagine sus ricas casas, sus *domus*, sus palacios y sus basílicas!

Siempre pensé que para ser un hombre tan versado como mi profesor había que tener una vena chiflada. Él, de vez en cuando, se dejaba por ella soliviantar: sus minúsculos ojos asomaban entre sus gafas como dos lucernas y se inflamaban por la emoción del ingenio.

Realmente le obedecí. Cerré mis ojos y una completa Iliberri asomó como un bello espejismo. En mi cabeza resurgió el Albayzín, entonces Iliberri, poblado por casas bien apretadas, formando terrazas para igualar el desnivel de su colina. A lo largo del foro se extendería la vida pública de la ciudad, similar a la de los foros imperiales de Roma. Habría tiendas, *tabernae*, en donde poder comprar comida, especias, aceite del que había y muy bueno en esta zona. Una curia, en donde los decuriones, por medio de pétreas inscripciones, hicieran cumplir sus decretos. Más allá la basílica que cumpliera con las tareas administrativas y judiciales, en cuyas puertas, con escalinatas, pasarían el rato los leguleyos jugando a los dados. Y, para embellecer la ciudad, no faltarían estatuas repartidas a lo largo del foro, alguna indiscutiblemente despiezada, sin nariz o sin brazos.

La voz de Mínguez me sacó de mi sueño albaicinero. Mi corazón latía tan deprisa que creí que el profesor podría bailar a su compás.

—Venga, Maximiliano, tengo que enseñarle una cosa.

Me tomó del brazo, como si de pronto a su cabeza hubiera llegado un recuerdo

remoto. Me hizo apresurarme y luego vaciló en su dirección, pues parecía que hacía tiempo que no había vagado por aquellas calles desiertas y polvorientas.

—Mire esa puerta.

Nos habíamos parado frente a una casa que podría ser morisca, claramente destartalada y ruinosa. Tenía una puerta grande, desproporcionada para la fachada. Quiso el destino que sus jambas fueran unas bellas columnas, sólidas, de un mármol blanquísimo, cuyos inquilinos, me parece, nunca supieron valorar. Deduje que eran romanas, aunque mi conocimiento era por entonces bastante vago. No obstante, no era eso lo que Mínguez pretendía enseñarme. Se puso justo debajo del dintel de la puerta y lo señaló. Su cara relucía tanto como el mármol de las columnas que lo encuadraban.

—¡Mire, Maximiliano!

El dintel de la puerta tenía una inscripción romana. No era necesario saber latín ni traducirla. Era una porción de Iliberri reutilizada en una casa humilde; se había perpetuado hasta nosotros para que yo tuviera el honor de leerla aquella tarde.

A lo largo de los años me enfrenté a muchos restos arqueológicos vendidos o reutilizados. Algunos pude yo atesorarlos y entregarlos a museos, pero la mayoría terminaron siendo lavaderos, comederos de cerdos o, en mayor medida, escombros varios que, unidos a otros tantos, conformaron viviendas.

El sombrío futuro de Iliberri no consiguió, sin embargo, apaciguar mi imaginación. Me entregué durante algún tiempo a mis pequeños estudios de forma disciplinada, que a mi profesor dejó pasmado pero orgulloso.

Claro que todo eso fue antes de la Navidad, porque en cuanto las fiestas llamaron al calendario y Juanito Morell me invitó a su fiesta de final de año, olvidé todo para acudir, y no por pavonearme delante de las señoritas casaderas. La razón era muy otra: Francesca di Mare estaba invitada.

Capítulo 5

Mi tío Leandro

Me tendió la mano con coquetería. En la otra, armoniosamente agitaba un abanico, blanco y de ondas caladas, refinado. Un abanico pretencioso que ninguna mujer de Granada se hubiera inclinado a adquirir en una tienda. Pero ya entonces me di cuenta de que Francesca era distinta a las demás mujeres: había construido su carácter pieza a pieza; pude imaginar, en mi inocencia, que todo ello fue a base de pequeños logros. La condesa llevaba grabada en su cara la decepción. Minúsculas decepciones unas veces y otras desbordadas por las crueles normas sociales. Yo, aun siendo hombre, las había sufrido accidentalmente. Mi procedencia de Madrid me hacía distinguirlas con más rapidez. Eran normas absurdas que sometían a la mujer con más dureza que las ballenas de un corsé. Algunas, sin lógica ninguna, las imponían las solteronas amargadas; otras las casadas aburridas, que llenaban su existencia persiguiendo la tranquilidad ajena. Tal era el caso de mi madre, que no podía resistirse ante la felicidad de los otros.

Ahora no es momento de contar la historia de Francesca, tiempo habrá en lo sucesivo, pero baste decir que la condesa fue una mujer liberal, avanzada, de las que solo existen una entre un millar. Doy gracias al cielo por haber sido fiel amigo de una mujer tan innovadora y valiente, aunque la envidia me socave las entrañas, por verme a mí mismo más cobarde que una mujer.

Yo vivía en la total ignorancia de mis sentimientos hacia ella. La amaba sin pretenderlo o incluso evitándolo. Pero era de esas mujeres de las que se enamoran hombres como yo, dispuestos a cambiar el mundo o si tal cosa no se puede realizar, ir, cuando menos, contra él.

Nos sentamos juntos. Bien he de decir que con la separación que exigían las normas de cortesía. Ella tenía en sus comisuras una sonrisa impecable que expresaba su complacencia. Esa mueca, en sus labios, la hacía más deseada por mi impetuoso corazón porque su piel se tersaba como la de una mujer, no como la de una niña. Era una expresión de franqueza, retadora tal vez, de serenidad madura, pues no conozco situación en la que Francesca se encontrara extraviada o rendida.

Fue ella la que comenzó la conversación, que luego se haría extensa y comprometida.

—¿Ha comenzado ya su relato romano?

A mí me halagó que recordara nuestro encuentro y su consejo. Pero era evidente que no pude satisfacerla.

—Pretendo hacerlo pero antes he de documentarme, no quisiera prejuzgar la historia antes de conocerla.

—Hace bien, el ensayo no debe ser intuitivo como la poesía. Aunque me temo

que usted ya tendrá a su musa para ampararse en ella.

Lo había dicho con timidez, estoy seguro de que no pretendía flirtear conmigo, pero aún y todo consiguió avergonzarme.

—No puedo pensar ahora mismo en musas de ninguna clase —acerté a decir con pragmatismo—. Salvo que usted acepte ser la mía.

Francesca sonrió y se abanicó con lentitud.

—No soy esa clase de mujeres que inspiran a los hombres. No voy a negar que puedo llegar a cautivarlos, pero mi carácter turba, no alienta. Soy una rebelde, a pesar de mis muchos años deseo poner el mundo patas arriba. Y eso no encandila a los hombres, más bien los ahuyenta.

Se estaba sincerando. Parecía a gusto conmigo, y eso me daba más confianza para continuar con ella.

—¿Ve a esas señoras de ahí enfrente? —continuó Francesca—. Nunca me perdonarán. Me saludarán educadamente, me sonreirán, pero su corazón se vuelve de piedra cuando me ven.

—Pero ¿por qué? ¿Qué puede haber hecho usted para incomodarlas?

—Soliviantar sus costumbres, hablar con sus maridos, caminar sola por las alamedas, decidir y sobre todo… —y esto lo dijo con total desconsuelo—… haber amado.

Yo me quedé sin palabras. Entrábamos en un terreno muy personal. Pero me arriesgué a preguntar.

—¿Ha venido usted… con su marido?

Yo sabía, por Mínguez, que era viuda, pero deseaba tantear su intimidad, saber hasta dónde era capaz de comprometerse.

—Solo he amado una vez en mi vida. Me casé una vez pero enviudé dos.

—¿Cómo es posible?

Francesca me daba la clave para que entendiera, pero yo tenía una total ceguera, pues la única luz que me guiaba en ese momento era la de la arrogancia juvenil.

Ella sonrió viéndose incomprendida. Decidió alterar sus circunloquios.

—Víctor, mi marido, murió hace unos meses. Soy viuda, claro está. Así me recibe la gente en su casa, denominándome la condesa Di Mare, señora viuda de Vanel.

—Tengo entendido que ha sido madre recientemente.

—Tengo un hijo. Lo tendrá que conocer usted alguna vez, tienen algo en común.

Siempre me gustó su elegante ironía, cada vez que lanzaba sus misteriosas señales, se abanicaba. De alguna manera siempre supe que Francesca era incapaz de mentir.

Hubo un silencio necesario, pues ninguno de los dos se atrevía a franquear el límite. Nos habíamos acercado a él con disimulada parsimonia, pero era evidente que en algún momento de la conversación, alguno de los dos se sentiría ofendido.

Así pues decidí obviar mi interés por su persona y empecé a pavonearme, como un loco estudiante de primer curso es capaz de hacer, demostrando sus grandes

conocimientos.

—El profesor Mínguez me ha acompañado al Albayzín y hemos recorrido suelo de Iliberri. Le gustará saber que algunas casas conservan aún restos romanos.

—Oh, bien lo sé. Soy una buena coleccionista, y además, ¿no sabe usted que he comprado una casa en lo alto de la colina? No era, ciertamente, la que me interesaba, pero sabré conformarme con ese caserón morisco. Tiene unas vistas excelentes.

—¿Pretende establecerse en Granada?

Francesca miró con disimulo a unas señoras que cuchicheaban sobre ella en una de las esquinas del salón. Se sentía observada, pero no por eso humilló sus ojos ni su postura.

—Es muy posible. La casa que era de mi familia, cercana a la alhóndiga Zaida, se vio afectada por el incendio que tuvo lugar hace unos años. Sin ninguna propiedad en la ciudad se me ocurrió invertir en una humilde casa morisca de las que hay muchas en el Albayzín. Por ahora es conveniente arreglar la vivienda antes de establecerme del todo. Pretendo mantener mi negocio en estas tierras y, desde luego, continuar con mis mecenazgos. Soy experta en crear instituciones. Si alguna vez desea una fundación venga a mí, tengo una habilidad innata para conseguir licencias, patentes o todos esos papelajos necesarios que nos impone la administración. En esto, tengo que reconocerlo, las mujeres con solvencia, como yo, tenemos mayor desenvoltura que los hombres.

—Estoy seguro de que usted sabría desenvolverse bien en cualquier sitio, sea cual fuere.

Francesca cerró su abanico. Me miró con intención de contestar pero luego se arrepintió de ello y me observó con una expresión huidiza. Sus ojos permanecieron fijos mientras que su mente escapaba a algún recuerdo.

—Se parece usted mucho a su padre —dijo.

—¿Lo conoció usted?

No podía imaginar que mi padre, un hombre al que creía anodino, fuera capaz de mantener una amistad con una mujer así.

—Sí, lo conocí. —Silencio—. Verá, Maximiliano… usted conoce muy poco de mí. Pero yo le prometo que lo conocerá todo.

¡Qué necio, qué ignorante era yo y que cándida mi visión de la vida! Sentí una punzada en mi pecho, creí firmemente que estaba seduciéndome. Lejos estaba de imaginar que la condesa tenía un pasado en el que, involuntariamente, estaba yo involucrado. Solo veía a una mujer excepcional y mi mirada obtusa me impidió conocer ciertos hechos sumamente necesarios.

—Señora —contesté—. Usted puede contarme lo que desee, sepa que soy desde este momento su confidente y su amigo.

Francesca afirmó sin pronunciarse, guardó su abanico en un pequeño bolso que colgaba de su mano enguantada y dijo:

—Bien, pues empiece sabiendo, señor Cid, que me gusta bailar y aún tengo en

blanco las hojas de mi carnet de baile. ¿Será usted capaz de danzar con esta infame mujer mayor?

Yo me puse en pie como accionado por un resorte. Era lo que había que hacer en esas ocasiones si te aceptaba una dama como pareja. Me estiré bien estirado, hice una pequeña reverencia y ante la atónita mirada de las Pardo Moliner, de las Carrillo, de los Berreguren, Morell y de los García, todos y todas por descontado delatores oficiales y confidentes de la Benajara, saqué a bailar a la mujer más guapa de la fiesta. Disfrutamos dos piezas seguidas y aquello fue tentar al diablo: a la tercera fui intercedido por el joven y osado Juanito Morell, quien al arrebatarme a Francesca me dijo al oído:

—¿Pretendes quitarme el puesto vitalicio de crápula? Deja que mañana, al menos, hablen también de mí las beatas.

Me separé de ambos y fui a despejarme con un ponche. Realmente tenía la boca seca, aunque no era por la actividad física sino por la inquietud que provocaban en mí las miradas penetrantes de las espías de mi madre. Yo intentaba ignorarlas pero sus cuchicheos cercenaban hasta el ánimo más estable.

Volví a casa bajo el efecto de una espantosa resaca. Aunque caminé desde la casa de los Morell, pues Agustina se llevó el coche a medianoche, no había conseguido restablecerme del ponche, famoso por su mezcla escandalosa de licores. Estaba claro que no era el joven experimentado que me suponía. Tuve remordimientos durante toda la noche, por emborracharme con una bebida para damitas.

Con mis andares torpes conseguí llegar a mis habitaciones; creí que sin despertar a nadie, pero Rosita, con el oído bien dispuesto, entró sin llamar, pues ya nuestra confianza era plena. Me ayudó a desnudarme, era incapaz de sacarme solo los botines. Me tumbó sobre la cama con la maestría de una enfermera, me desanudó la corbata, me quitó los gemelos y me desabrochó la camisa sin yo enterarme, y eso que, al menos, tenía abiertos los ojos. Mi vulnerabilidad, aceptada por placentera, consiguió entregarme del todo a los encantos de Rosita. Pasamos la noche abrazados, ella sonriendo, viéndose dueña de mi corazón y creyéndose con algún derecho en ese teatro que era mi casa y del que era el último personaje.

Yo seguía fantaseando con otra pero el atrevimiento parecía no importunarle. No manifestó incomodidad cuando, movido por una indolente ráfaga de hombría que duró algunos momentos, la hube de llamar Francesca equivocadamente.

Cuando desperté, Rosita ya no se encontraba entre mis brazos. El dolor de cabeza era mi único acompañante y, desde luego, resultó ser mucho más persistente que la bella criada que con tanta amabilidad me había tratado en los últimos meses.

Acerté a ponerme el batín y bajar a las cocinas; ya me había hecho habitual de la parte baja de la casa, a donde iban las criadas y Teolinda. Mi madre, por sentirse superior, apenas las visitaba, confiaba en todo en su ama de llaves, que resultó ser tan eficiente como ella o incluso, en según qué cosas, mucho más.

Yo sabía que no habría de toparme con la Benajara, así que fui sin cuidado. Si me

hubiera visto en bata habría puesto el grito en el cielo. Sin embargo, la primera ley de la naturaleza es siempre hacer lo contrario de lo que uno espera, por lo que caminando por uno de los pasillos oí el susurro de unas voces que poco a poco fueron acomodándose a mi oído y me permitieron discernir que procedían de la garganta de mi madre. Me asomé, no digo que sin ganas, entre unas cortinas, pues deduje que la Benajara hablaba con alguien en secreto y fui a dar con una escena que nunca habré de olvidar. Una de las más crueles que me tocó vivir bajo el techo de los Cid.

Estaba la Benajara frente a una Rosita semivestida, o al menos la recuerdo con los hombros al descubierto. Posiblemente recién salida de mi cama. Así pues creí que el enfrentamiento verbal al que se dedicaban ambas mujeres era por mi culpa. No en vano, cierto era. Pero no por la razón que supuse.

—Señora… yo he cumplido con mi trato —se lamentó Rosita recogiendo de la mano de mi madre unas monedas que introdujo por el escote, innegablemente su lugar más seguro—. No tiene la señora que recordármelo.

—Yo no quiero excusas. Tú me dijiste que sabrías tontear lo necesario para sacarlo de las faldas de la condesa. No quiero ver a esa mujer acercarse a mi hijo. ¿Comprendes, niña? Ni de lejos.

—Hago lo que puedo…

—Pues haz más, prométele lo que quieras. Eso sí, no quiero bastardos. Si no sabes cuidar de lo tuyo aquí no tendrás ayuda, te vas a la inclusa o vuelves al arroyo, que yo no quiero más bastardos en esta familia.

Rosita movió la cabeza como quien recibe una orden que no se piensa cumplir. Dio media vuelta y dejó a mi madre pensativa, pero no tanto como yo, que volví a mi habitación intrigado, malhumorado y con el dolor de la reseca enardecido por la indignación.

Me quedé sentado en el borde mismo de la cama y estuve evitando las lágrimas, tanta rabia contenida se me acumulaba en las sienes. ¿Cómo era posible que mi madre hubiera sido capaz de pagar a una criada para hacerme el amor? ¿Solo con la finalidad de separarme de Francesca? ¿Qué tenía la condesa que a mi madre molestaba tanto?

Sería la resaca o la sensación de verme manipulado por la Benajara, pero al poco manifesté mareos y vómitos. Mi cuerpo se encontró extenuado y puede que todo se debiera a una enfermedad que, más que física, correspondía a la revancha que habría de tragarme.

Agustina me cuidó durante varios días hasta recuperarme. Cuando me levanté con intenciones claras de volver a mis quehaceres, incluso a las fiestas de sociedad en donde poder encontrarme con la condesa, me tenían reservada una noticia. Mi tía Aurora había enviado un telegrama: decía que mi tío Leandro se encontraba gravemente enfermo.

Solo necesité unas horas para hacer el equipaje.

—¿Adónde vas, insensato? —preguntó mi madre—. ¿No ves que estás muy

débil?

—Ahora tengo que pensar en el tío. No puedo fallar a las personas que me han cuidado y querido.

—Lo dices como si fuera a morirse.

Yo miré a mi madre con rencor absoluto.

—Eso quisiera usted, pero su herencia no pasará a sus manos.

La Benajara se quedó paralizada, pues no esperaba mi crueldad. Era una guerra declarada y éramos incapaces de firmar el más mínimo armisticio. Me fui del caserón de los Cid ignorando si volvería. Me refugié en Madrid. Durante meses me olvidé de la desagradable desazón que me dejó la Benajara, de la indiferencia de Francesca que me estremecía las entrañas, de la presión intelectual a la que me sometía Mínguez…

Continué dudando si volvería a Granada durante largos meses.

Ya en Madrid, arropado por la seguridad de un hogar que sí era verdadero, me dediqué a las amables charlas con mi tío que tanto había echado de menos. Se recuperaba con lentitud pero demostrando gran entereza.

—Pero vamos a ver, ¿por qué no quieres volver a Granada? —me preguntó mi tío sentado en su silla, tapadas las piernas con una manta de cuadros. Su casa no tenía las comodidades de la de los Cid. Aunque vivían sin estrecheces, nunca disfrutó del calor de la chimenea por considerarlo ostentación, circunstancia que en los inviernos de Madrid suplimos con ingenio gracias a braseros y estufas.

—No me encuentro a gusto. Bien es cierto que los círculos intelectuales de Granada son agradables, que en una ciudad pequeña todos te conocen y puedes medrar con facilidad. En Madrid no eres nadie, te pierdes entre sus laberintos culturales. Pero en Granada, la cosa cambia. Y tiene una gran proyección artística: ahora, con la nueva ciencia, la arqueología, se pretende investigar sobre su pasado. Iliberri, la Granada romana, está empezando a salir a la luz. Luego están los edificios musulmanes, que mi profesor Mínguez está ayudando a conservar. Se ha creado la base de lo que será un museo arqueológico y existen varias instituciones que se ocupan de estos quehaceres. Además está la Alhambra, un monumento que pretendo conocer más de cerca. Y las reuniones con Juanito Morell, dentro de lo que cabe, no son tan miserables; eso sí, deberé hacerle madurar, sus gamberradas ya me aburren. Y luego se encuentra una condesa, amiga de las artes que, ciertamente, me ha impresionado mucho.

Mi tío me miraba callado. Solía escuchar antes de pronunciarse. Ahora, con su enfermedad, su lentitud inspiraba calma.

—A mí me parece que estás muy a gusto en Granada. En Madrid nunca estuviste tan ocupado. Solo acudías a la Fábrica de Tabacos o paseabas por el Prado. Yo creo que lo que te incomoda de Granada es otra cosa.

—¿Pues qué va a ser? —pregunté yo un poco ofendido.

—¿La Benajara?

Mi tío también la llamaba así. Nunca se habían podido soportar. Yo recapacité y

luego asentí, pues mi tío había mirado dentro de mí con total acierto.

—No es buena persona.

—Ya te previnimos.

—Pero nada es comparable a vivir con ella. El primer día ya me tenía organizadas mis amistades, mis ocupaciones, hasta mis conquistas amorosas. Y ya sabe lo que me molesta a mí que me organicen la vida.

—Bien lo sé.

—Pero lo peor aún estaba por venir. ¿Sabe usted, tío, que ha pagado a la criada para que me seduzca y así alejarme de la amistad que me une con esa condesa?

Leandro Cid volvió a callar pero frunció el ceño.

—¿Una condesa, dices? ¿La conozco?

—¿Habría usted de conocerla si no ha estado en Granada?

—Podría ser.

—Es la condesa Di Mare.

La expresión de mi tío Leandro fue reveladora. Se colocó la manta sobre sus rodillas, tomó aire y dijo:

—No creí, querido Maximiliano, que en algún momento de mi vida pudiera estar de acuerdo con tu madre. Pero el destino es lo que tiene, caprichoso lo es mucho. Creo que debes alejarte de esa mujer. Por lo menos antes de conocerla bien.

—¿Y qué sentido tiene que me aleje antes de conocerla? Parece que todos, antes que yo, han gozado de su amistad y ahora me la niegan a mí. ¿Qué ha podido hacer una mujer que parece un ángel del cielo?

Mi tío volvió a respirar pero esta vez algo alterado.

—Yo no digo que sea mala mujer, entiéndeme bien. Digo que su amistad te dañará. Déjalo estar. Si vuelves a Granada, ignórala y haz tu vida, que ella ya tuvo la suya.

Vi que mi tío tenía una respiración más agitada y no quise incomodarle. Me levanté, lo besé en la frente y salí de la habitación. En la misma puerta estaba mi tía Aurora, con su cara algo compungida. Deduje que había oído parte de la conversación porque en cuanto me vio se acercó con dulzura, me acarició la mejilla y exclamó:

—No vivas la vida de los demás, Maxi, vive la tuya.

Aquello me dejó desconcertado y durante toda la tarde, paseando por el Prado, intenté descifrar lo que significaba el consejo de mi tía, que durante los años venideros comprendí que era una sabia recomendación.

Llegó la primavera y mi tío se recuperó hasta tal punto que volvió a tomar las riendas de la Tabacalera. Sus acciones en la empresa le obligaban a estar al tanto de sus negocios, en el que, de vez en cuando yo tomaba parte para agradarlo, pero sin interés ninguno.

Ya por aquel tiempo había contraído la necesidad de escribir. Todo lo que Mínguez me había enseñado y lo que pude aprender en las grandes bibliotecas de

Madrid me sirvió para cerciorarme de que mi misión en la vida no era deambular por fiestas ni culminar gamberradas. Finalmente, llegó a mi espíritu la vocación de escritor.

La estancia en Madrid había sido una cura de soberbia, de decepción y de desencanto. La ausencia de Granada ratificó mi necesidad de volver a ser parte de ella, una extraña sensación de desconsuelo irrumpió en mi vida, al tiempo que anhelaba las calles estrechas del Albayzín, la imagen etérea de la Alhambra, los olores y sonidos de sus plazas. Mi orgullo me interrogaba: «¿Cómo eres capaz de claudicar ante los tejemanejes de tu madre? ¿Serás tan necio de abandonar Granada con tal de no volver a enfrentarte a la Benajara? ¿Qué clase de hombre eres si te conviertes en un muñeco de feria manipulado por esa mujer ruin?».

Bien era cierto que yo aún no sabía muy bien mi estrategia. El enfrentarme implacablemente a la Benajara traería la guerra total a la casa de los Cid. Tal vez debería usar otros procedimientos más sutiles y así lo hice. Mi tío se repuso y yo me sentía desolado, sin ocupación y con un reto por superar, así que, con la misma rapidez que hice el equipaje para venir a la capital preparé una maleta para volverme.

Los arrayanes florecían cuando regresé a Granada.

Capítulo 6

La biblioteca de mi padre

No busqué la compañía de Mínguez, ni quise saber nada de la condesa. Quería mantenerme al margen de todo ese mundo hasta convencerme de que lo necesitaba tanto como el respirar. Mi madre me veía pasear distraídamente por los pasillos de la casa o abstraerme con las flores de arrayán, que jaspeaban las grandes matas que encuadraban el patio. Creía que perdía el tiempo, por eso me decía con bastante mal genio:

—¡Igualito que tu padre, mirando siempre las musarañas! ¿Qué te han hecho a ti esas matas de arrayán, vamos a ver? ¿Es que no tienes algo mejor en que ocupar tu tiempo? Ve al casino, a visitar a los Pardo Moliner, al teatro, a la iglesia… ¡Cualquier cosa mejor que estar ahí sentado como una estatua!

En el fondo tenía razón, sin embargo todo respondía a un propósito: el de apaciguar mis ánimos, provocar en la Benajara su ataque más fiero para corresponderle con un aplomo insoportable. Había decidido ser flemático, irónico si era necesario, lo suficientemente frío como para que sus artimañas no me hirieran. No sé cómo pude conseguirlo pero desde entonces fue incapaz de inflamar mi ira, más bien contribuyó a ser mi mala conciencia y gracias a ella pude madurar y convertirme en el hombre que soy ahora.

Un día llegó la Benajara con una propuesta. ¿He dicho propuesta? Más bien se trataba de una imposición. La osadía de mi madre la convertía en ciega: nunca veía las consecuencias de sus actos. Aquella encomienda, que en su primer momento me pareció engorrosa, se convirtió en una de mis mejores distracciones.

—Tú vas a tener una ocupación a partir de hoy. Pídele la llave de la biblioteca a Teolinda y mira a ver qué podemos salvar de las llamas. Si no lo haces tú, yo misma estoy dispuesta a quemar todo ese anaquel de herejía. Eso si no se lo han comido antes las polillas.

—¿Hay una biblioteca en la casa? —pregunté seriamente ofendido por no haber sido informado—. ¿Y cómo es que no es de acceso común a cualquiera de nosotros? ¿Por qué la has cerrado?

—En eso te equivocas, Maximiliano —me dijo categórica y con algo de ironía en su boca—. En la biblioteca solo entraba tu padre. Lo que hay dentro de esa estancia es un puro misterio ¡Todos los pintores son tan excéntricos! Con decirte que tuvimos que rebuscar la llave de la biblioteca entre las ropas de su mortaja… Tu padre no tenía la cabeza buena, créeme Maximiliano.

La cabeza, la cabeza de mi padre. El recuerdo de mi insolente descubrimiento el día del entierro volvió a mí: el ataúd levantado y la sarga blanca cubriéndole la sien herida atravesada por la pólvora. Reflexioné sobre la insinuación de la Benajara; ella

no quería decir eso, desde luego, hacía mención a las diferencias irreconciliables entre ambos, al matrimonio fracasado que ella siempre había luchado por ocultar.

Me hice con la llave de la biblioteca y acudí a esa parte desconocida de la casa, que apenas estaba iluminada, impidiendo la posible visita de alguno de nosotros. Sin embargo, cuando abrí la puerta todos mis temores desaparecieron. Acababa de atravesar el paraíso de Manuel Cid y en él pude reconciliarme con su persona, con su recuerdo y consecuentemente conmigo mismo. Ha sido lo único bueno que me dio mi madre, una simple llave.

Por consiguiente, entré alarmado. Aún mi padre me resultaba un ser desconocido y la forma de su muerte demostraba que había tenido problemas. Puede que incluso encerrara en su paraíso (contenido en una biblioteca) tesoros horrorosos que avergonzaran o intimidaran. Aquella estancia, clausurada para el resto de la familia, parecía haber surgido de un sueño vaporoso, de una imaginación onírica; ni yo mismo, con toda mi fantasía y curiosidad, había dado con esa puerta en pleno pasillo.

Conseguí desprender de su marco la pesada puerta, tantear entre la oscuridad el posible espacio para no golpearme con algún objeto y llegar a unos cortinones que por su densidad evitaban la entrada de la luz de la Carrera del Darro. Cuando los hube retirado, el polvo me cegó los ojos y poco después conseguí fijar mi vista en la Alhambra. ¿Sería aquella visión la última que vieran las pupilas de mi padre? Seguramente. Aquel sentimiento me removió las entrañas y tuve que volver mi cara hacia el interior de la estancia, allá donde había volúmenes de libros, meticulosamente ordenados, un piano y poco más allá un caballete con un lienzo.

En las estanterías encontré todos los volúmenes que habían hecho famosa a Granada, a su más conocido monumento —la Alhambra— y sus costumbres más universales. En cada uno de esos libros, dedicados a Manuel Cid con una dedicatoria personal y cómplice de vivencias innegables, encontré un mundo desconocido pero enteramente humano. Aún los conservo, pues fue el mejor legado que me cedió mi padre. De alguna manera hubo de saber, antes de su muerte, que yo sería el encargado de esa biblioteca.

Sobre una de las estanterías hallé un volumen al azar o eso pretendí: tomar un libro cualquiera sin previo condicionante. Sin embargo, no hay nada en este mundo que suceda sin razón o sin una lógica, aunque esta sea disparatada. Aquel libro parecía haberlo diferenciado mi padre del resto. Colocado sobre un paño blanco de blonda, fue su manera de decirme que lo respetaba más que a los otros y que de suceder lo que sucedió, es decir, si hubiera de invadir su espacio íntimo (tal era su biblioteca), debería fijarme en él antes que en los demás. ¿Sería el último que leyó mi padre, tal vez el último que palpó entre sus dedos antes de llamar a la muerte?

No fue en ese momento cuando buscando en su lomo comprobé su título; mi espíritu se dispersaba entre ese mar de sabiduría, pero un día, decidido a saber más de mi padre, lo tomé entre mis manos: *La Alhambra. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles*.

El libro, fechado en 1832, tenía dedicatoria manuscrita por su propio autor en un perfecto español: «A mi amigo Manuel Cid, a quien agradezco la ayuda prestada, esperando que en algún momento no muy lejano podamos recordar las tardes vividas en la Alhambra, junto a la encantadora Dolores, a quien imploro que cuide en mi nombre».

El libro se tradujo como *Cuentos de la Alhambra*.

Resulta desalentador que haya hecho falta que mi padre muriera para que pudiera conocerlo. A veces, lo mejor que hacen algunas personas es legar su historia a los demás, cuando ellos ya no están para contarla. Esto lo he tenido muy presente y creo haberlo escrito en algún lado o plasmado alguna vez.

Me acerqué aturdido al lienzo colocado sobre el caballete desmembrado y viejo. Era una mujer, seguramente pintada por mi padre. Una mujer difuminada por sombras sinuosas, en cuyo rostro se sospechaba una intensa mirada azul.

Desorientado, salí de la biblioteca. Pero, por encima de todo, muy por encima, preguntándome dónde había visto yo esos ojos de mujer.

—¿Cómo va tu trabajo? ¿Podremos entrar pronto en la biblioteca? Tengo destinado ese lugar a ocupaciones más interesantes. He visto en la Alcaicería una mesita estilo inglés que…

—Usted no haga planes, madre —exclamé categóricamente—. La biblioteca es muy grande y tengo trabajo para rato. Además… es posible que me quede con la estancia.

La Benajara se asombró, no sé por qué; era corriente que el hombre de la casa tuviera su propio despacho.

—¿Allí arriba? ¿Cómo los mochuelos?

Yo no respondí pero mi madre se sintió bien correspondida. Tragó saliva, con un gesto que me recordaba al de las aves de cuello largo que embuchan un pescado, y luego se marchó. Creo que aquello quería decir que permitía que me quedara con la biblioteca.

Era cierto que tenía un trabajo largo por delante. Tan largo como sugestivo. Para un escritor novato, como yo, al que le apasionaba todo cuanto olía a antiguo o a intelectual o incluso a Manuel Cid, la biblioteca de mi padre era un santuario. Cada mañana me encontraba con algo nuevo: un grabado, una pintura, un libro escrito en tal o cual idioma, con sus dedicatorias, repletos todos del amor que mi madre no supo darle.

Creo que en aquellos días perdoné a Manuel Cid definitivamente. Yo ya no necesitaba a un padre sino a un abanderado, un maestro, un consejero. Quise creer que él, antes de morir, tal vez pensó en mí y creyó que con su acto —que yo siempre reprocharé— me era más útil. Pues de haber vivido, nada de esta biblioteca habría llegado a mis manos.

Reconozco que me tomé muchos recesos; a veces el ardor de la nostalgia me impedía continuar. Pero tengo una gran virtud, que es la constancia. Gracias a ella

pude enfrentarme a la herencia más personal de mi padre, un cosmos pletórico de ternura y dolor: me refiero a su cuaderno de dibujo.

Eran unos ojos grandes, inmensos, como un mar. Me desafiaban a descubrir su secreto, que yo sabía que tenían.

Y me pregunté: «¿Serán los de Dolores, a quien Irving rogó cuidar en su ausencia? ¿Qué ocultaba mi padre entre sus lienzos y sus libros?».

Durante toda la tarde observé aquellos ojos que me habían aguardado en su caballete desvencijado durante esos meses. Me inquietaban. Me hablaban en su lenguaje silencioso de retrato inacabado.

Pero yo soy hombre de acción. Al poco tiempo algo me corrió por las venas y fue necesario salir a la calle a buscar respuestas. Mi madre no me vio, hubiera pensado que huía de algo cuando en realidad era lo contrario: quería saberlo todo y hacia ello caminaba ciegamente.

Julián Mínguez se encontraba indispuesto cuando llegué a su casa. Nos habíamos visto muy poco desde mi vuelta de Madrid, así que me recibió con cortesía, aunque mostrándose distante. No se lo reproché, porque los enfriamientos lo volvían apático y endeble. No era un hombre de mucha fuerza, eso todos lo sabíamos, mas tenía un carácter resolutivo y eso le servía para vencer a sus huesos enclenques.

—Disculpe usted, amigo mío. Estoy descompuesto, algo de resfriado. Ya sé que no es tiempo aún de braseros pero me encuentro tan destemplado que no he tenido otra ocurrencia que encenderlo. La señora Sebastiana, que como sabe usted me cuida y vive aquí al lado, me dice que me traerá unos cuantos ladrillos calientes para ponérmelos en los pies, que por ahí se va el calor del cuerpo, pero ¿qué quiere que le diga? Yo con fiebre no cavilo y lo único que quiero es tener calor y dejarme de pamplinas.

Yo le pregunté si deseaba que llamara al médico y se opuso, se ofuscaba con la medicina. No era hombre de médicos.

—Los galenos de esta ciudad —dijo—, te sangran sin necesidad de utilizar sanguijuelas, que lo que te sangran no es el brazo sino el bolsillo. Y la jubilación es cosa seria en mi profesión: si antes cobrabas poco como profesor, con la jubilación solo te queda la honra de haberlo sido.

¡Pobre profesor! ¡Y pobres todos los humildes profesores que han engendrado la mediocre educación española! Entre todos serían incapaces de reunir una fortuna, pero cuántos de ellos fueron a la tumba llevándose consigo una buena tesis, un teorema por descubrir o una fórmula mágica. Nadie nunca les prestó la más mínima atención, aunque gracias a ellos los demás fuimos ministros o sabios, algunos escritores o matemáticos, premios Nobel o celebridades. Todos los mejores hombres y mujeres tuvieron, alguna vez, un profesor. Y ninguno de ellos se paró a pensar un solo minuto de su vida en cuánto les debían.

Mínguez era un profesor vocacional. Mejor dicho, era vocacional en todo cuanto hacía. Una cosa sí que era cierta: que disfrutaba de cuanto le apetecía, privilegio

destinado a quienes no tienen un real en el bolsillo.

Yo le hice feliz aquella tarde, o por lo menos creí que le divertía mi presencia, pues don Julián se encontraba muy solo, escaseaba de gente cariñosa que le hablara de menudencias, palabras sin peso de razón, que son las que unen a las familias o a los amigos que nos frecuentan.

Respeté su decisión de no llamar al médico, aunque luego me arrepentí. Pero yo acudí a su casa buscando respuestas y la curiosidad me impacientaba el pulso.

—Profesor… —empecé con cautela—. Mi madre me tiene ocupado en la biblioteca de mi padre. Me ha dado la llave y he entrado.

Mínguez me miró con la nariz congestionada y los ojos llorosos, pero parecía participar de mi relato.

—¿Sabía usted todo lo que tenía allí mi padre? Es un universo entero. Libros y más libros, lienzos, anotaciones, un piano… ¿Alguna vez tocó el piano? ¡Todo me resulta tan extraño!

—Extraño porque usted aún no lo conoce. Manuel Cid era un hombre excepcional, pero pocas personas lo sabían.

Yo asentí con aflicción.

—En uno de los libros, el propio Washington Irving le pide que cuide de Dolores. ¿Sabe usted quién es Dolores? —pregunté.

Mínguez se desperezó de su resfriado tan pronto oyó pronunciar el nombre. Respiró profundamente y luego preguntó:

—¿Es hoy domingo?

Yo titubeé.

—No, viernes.

—¡Ah! —exhaló Mínguez con placidez—. ¡Qué sobresalto! Casi me mata usted del susto. No vuelva usted a pronunciar ese nombre si no es en domingo.

Yo, sinceramente, lo creí más majareta que de costumbre. Me fijé en la humedad aceitosa que caía por su frente y di por hecho que se debía a la fiebre.

—Profesor… ¿Fue ella amante de mi padre?

Definitivamente Mínguez levantó la cabeza y encontró fuerzas para quitarse de encima la manta que lo cubría.

—¡Un respeto por esa dama, jovencito! ¡Dolores es una diosa del Olimpo! Y su padre de usted nunca se hubiera entrometido sabiendo que otros la pretendían. Hace ya muchos años que no la veo… tal vez siga conservando su sonrisa… pero de lo que estoy convencido es de que aún le gustan las rosas.

Mi silencio aplacó los ardores febriles del profesor. Hablaba en jeroglíficos que yo no había aprendido aún a descifrar. Más tarde sabría el significado de sus expresiones inconexas, en el tiempo en que comprendí que no hay nada más racional y sencillo que la propia verdad.

—Sé que irá usted, Maximiliano, a ver a Dolores. Era de esperar. Ella es buena narradora. Le contará lo que quiera saber.

—Y usted, ¿por qué no? ¿Por qué no me lo cuenta usted?

Mínguez volvió a taparse con la manta.

—Déjeme ahora con mi triste dolencia, amigo Cid. Me duele más la juventud perdida que la calentura. Déjeme soñar, en este paraíso de décimas y delirios, que soy otra vez Julianito Mínguez, el estudiante de arte y que acudo a la Alhambra con su padre de usted. ¡Qué tiempos aquellos!

Yo lo dejé reposar. Cuando salía de su casa oí que me gritaba:

—¡Y no llame usted a ningún matasanos o lo rehúso como alumno!

Le hice caso, pero según subía la Cuesta de Gomérez, camino de la Alhambra, ya iba arrepintiéndome de haberle dejado solo y desamparado.

Conocía la Alhambra a la luz de la luna o con el resplandor del ocaso. Nada sabía de su historia, nunca me había importado. Pero bien lo pagué luego convirtiéndome en uno de sus más insistentes guardianes.

No voy a describir la Alhambra, ni sus calles laberínticas, ni sus casas hundidas, ni sus paredes quebradas. Los viajeros la describieron de una manera inaccesible para mí, no tendría palabras para igualarles. Es cierto, no obstante, que todos erraron en admirarla, porque como ocurre con las personas a las que amas, si las adoras pierdes la sensatez con que poder juzgarlas. Por eso hace muchos años que decidí interpretar la Alhambra como mi propio sueño.

Al entrar, fue mi vista a posarse en un jardín abandonado. Era el Patio de Machuca, con sus arcadas semiderruidas, lastimosamente emergente. Si mi padre fue pintor de ruinas yo he sido siempre escritor de piedras. Ellas me han hablado y nunca las entendí como inútiles y solitarias. Tal vez por eso seamos dos románticos tan distintos mi padre y yo. Mi optimismo nunca hubiera permitido suicidarme. Las piedras de la Alhambra me lo hubieran impedido.

Llegué desorientado al llamado Patio del Mexuar, persiguiendo los pies sarmentosos de un inválido al que pagué por llevarme en presencia de la mujer que buscaba. Por una puerta apareció Dolores, despeinada y con ropas raídas pero limpias. Se esforzaba por no dejar caer a sus dos nietos, que se agarraban a sus faldas. Con aquella imagen me puso el destino a prueba. ¿Era lo suficientemente tolerante para comprender que mi padre se había enamorado de una mujer de distinta clase a la nuestra? Fue el momento de despreciarme, porque yo me creía juez de los petulantes, de los engreídos señoritos con los que me codeaba en el casino, y mil veces hubiera negado que era como ellos. Pero sí, lamentable es decirlo. La garganta se me secó al presentir que Dolores hubiera podido ser amante de mi padre.

Dolores Molina era la guardesa de la Alhambra. Antes que ella lo había sido su tía Antonia y ambas habían convivido con Washington Irving cuando este ocupó las salas moras y escribió en ellas sus famosos *Cuentos de la Alhambra*. Esa mujer, joven pero ya abuela, compartió momentos magníficos con seres extraordinarios a los que siempre he venerado. ¿Qué derecho tenía yo a menospreciarla?

Me llevó a sentarme al mismo Patio de los Leones. Me ofreció su mejor silla de

enea y al frescor del palacio me rendí.

—¡Virgencica! Usted es el señorito Maximiliano, el que se me perdió en los baños. Toda una tarde estuvimos buscándolo y luego yo misma lo encontré acurrucadillo en una esquina de los baños del palacio.

Yo no recordaba nada de aquel suceso pero sus detalles me convencieron.

—Ya sé que usted volvió cuando murió su padre. Yo lo quería mucho, ¿sabe usted? Mucho mucho. Era muy bueno.

Vi asomar a sus ojos lágrimas de añoranza. Pero entonces no me daba cuenta de que eran lágrimas de amistad y no de amor.

—Verá, Dolores, yo vengo buscando respuestas. Mínguez, el profesor, me dijo que usted podría contarme.

—¡Pobre profesor! —exclamaba ausente Dolores—. Tan mohíno. ¿Sabe que me ha estado enviando una rosa cada domingo desde entonces, desde que yo era una niña y él un estudiante? Aunque usted no lo crea yo antes era una mujer hermosa.

Parecía que descifraba mis pensamientos. Yo debía de parecerle distante y altivo y me odié por ello.

Julián Mínguez, con sus ojos miopes, había sido mucho más valiente que yo demostrando el amor sincero a una mujer. Nadie debería tener derecho a dudar de la capacidad de amor de un corazón, por muy insustancial o monstruoso que nos resulte su dueño.

—Yo quisiera que me hablara de mi padre…

Dolores me miró ingenuamente, pero muy pronto su mirada se acercó a la suspicacia.

—Señorito, yo puedo hablarle de la Alhambra, que es de lo único que yo sé —intentaba, sin duda, evadir su responsabilidad y desviarme de mi propósito. Muy insistentemente volvía a hablarme del palacio—. La Alhambra era una auténtica ruina, los gitanos hacían fuego y arrancaban los azulejos para venderlos. Se veían cabras deambular por sus salas porque gran parte de este palacio se dedicaba a establos. Pero créame el señorito que fueron buenos tiempos para mí y para la Alhambra. Ahora todo es bien distinto. Cada día vienen unos señores, toman medidas, hacen dibujos y se van. Luego vienen y ponen un templete o cubren una ventana con una celosía, dicen que como debía de ser en tiempo de los moros. Pero ¿qué quiere que le diga? Antes la Alhambra se caía pero se oían las risas de sus hijos. Ahora dicen que el gobierno cuida de ella, pero la Alhambra está triste.

Deberían haberme hecho reflexionar sus palabras, pero, en cambio, las descarté pronto porque yo era bien testarudo. Saqué de mi bolsillo unas monedas y se las entregué.

—Solo quiero que me hable de mi padre.

Dolores me miró ofendida.

—Quite allá, señorito. No me enoje usted. ¿Quiere que le hable de su padre de usted? Pues le hablaré. Pero antes le hablaré de la Alhambra, quiera o no quiera, que

yo no sé contar las cosas si no van desde el principio. ¡Ea! Siéntese usted y oiga, que le voy a contar la historia de todos los guardianes de la Alhambra, entre los que estaba Manuel Cid.

Dolores empezó a hablar y aquella charla duró todo el verano. Así me enteré de que mi padre tenía una amante y no era Dolores, sino una dama muy reconocida de Granada.

Capítulo 7

La amante de mi padre

Se ha comparado, sabiamente, el amor con una llama. Y quien lo hizo sabía bien de lo que hablaba. Nadie que deja una lumbre a expensas del viento espera que continúe viva; lo mismo ocurre con el amor, al que hay que avivar evocando constantemente la fuerza de un sentimiento. Yo perdí esa llama aquel verano. Porque me ofusqué tanto buscando a mi padre que dejé en el camino a mis colegas de casino, a mi hermana, incluso a la dama cuya amistad me había prohibido mi madre y por la que me había ausentado con el orgullo herido de la casa de los Cid. Tanto me estaban absorbiendo las horas junto a Dolores que hasta conseguía olvidar que odiaba a la Benajara, y eso era lo único que, por el momento, me daba pleno gozo.

Dolores era vivaracha pero precisa en sus argumentos. Hacía comentarios graciosos y a veces demasiado profundos para su capacidad, pero yo sabía que alguno de ellos habrían salido de otra boca, quizá de la de Irving, de la que debió de aprender mucho.

A veces se sentaba a tejer y otras, simplemente, miraba al cielo. Fue un verano delicioso en el que me habló de todos los viajeros que llegaron a Granada: de Richard Ford, de Mérimée, de Gautier, de Dumas… todos ellos respetaron a mi padre. Con sus obras exportaron una imagen de la Alhambra que posiblemente nunca existió, pero gracias a ella se plantearon preguntas ineludibles y el gobierno de España intentó contestarlas. ¿Cómo era posible que se dejara morir tamaño monumento? No hacía tanto tiempo que Mínguez y mi padre habían visto restaurar la primera piedra de la Alhambra, pero aquello no fue el objetivo final sino el principio de la lucha.

—Dolores… —la interrumpía cansado cada tarde—, yo quiero saber de mi padre y quiero saber hasta lo que nadie me diría. ¿Comprende?

—Pero vamos a ver… ¿antes de venir a verme ha hablado con la madre de usted?

Yo me mantenía firme.

—No tengo buena relación con mi madre, así que puede decirme lo que le venga en gana que no me ofenderá.

—¡Ay, que usted quiere que yo le cuente secretos! Y eso no está bien —exclamaba confusa Dolores—. Las cosas de los muertos se entierran con ellos.

Yo insistía con determinación.

—Sé que hubo una mujer.

Dolores respiró hondo viéndose vencida.

—Un día apareció ella. Tan distinguida. Hasta besó a mi hija ¡Y ni siquiera se puso los guantes para acariciarla! Era toda una señora. Acudían juntos a todas partes. Y aquí, bajo estas arcadas del Patio de los Leones, se veían.

—¿Estaban enamorados?

Dolores parecía rememorar y cerraba los ojos.

—Todos en Granada lo sabían.

—Y esa mujer…

—Se marchó de la ciudad y no hace mucho que volvió.

Mi pecho sintió la angustia de la plenitud.

—¿Ha vuelto a Granada? ¿Cómo podría verla?

—Pero si ya la ha visto… Un día Mateo, bien lo sé, lo pilló a usted mirándola en este mismo patio. Siempre que está en Granada vuelve por aquí, mira al cielo, se apoya en uno de los leones y… espera.

La dama misteriosa había vuelto a mí sin proponérmelo. Soy monopolista de enigmas, eso bien lo sé. Nunca me han faltado. Y por eso van y vienen sin que yo pueda dominarlos o decidir sobre su continuidad.

Esperé días enteros a que apareciera la mujer misteriosa. Dolores me dejó sentarme en lugar mejor acondicionado que una tabla y así, mientras atardecía, ella me contaba leyendas del Albayzín y de la Alhambra, recopiladas ya por Irving en sus libros. Ponía tanto empeño que casi olvidábamos que estábamos allí con un propósito muy firme. Fue en el mejor momento de la historia de «*Las dos discretas estatuas*» cuando paralizó su narración y con un suspiro dijo:

—Ahí la tiene, señorito. Ahí está.

El atardecer difuminaba las formas. Con todo, el vestido blanco de la mujer se distinguía perfectamente, como el de un espectro en noche sin luna. No sé bien si le precedió el frufrú de su vestido, que ella recogía con sabia elegancia para no enredarlo entre los tablones allí diseminados. Pude ver la puntera de un botín, delicado y femenino. Llevaba en una mano una sombrilla, inútil complemento en una noche que ya casi era cerrada, lo cual me hizo deducir que no venía expresamente a la Alhambra, sino de algún sitio en el que había disfrutado del sol; tal vez había pasado toda la tarde en el bosque o en las alamedas. Una dama andarina me inspiraba mucha más ternura que aquellas señoritas sedentarias de piernas fofas.

Llevaba un velo ocultando la cara y un pequeño sombrero —a la moda, supongo, pues nunca he estado al tanto de las novedades—. Le quedaba tal adorno muy acorde con el resto del traje. Era delgada, de estatura media, proporcionada. Un talle bien ajustado por un corsé. Comprendí que mi padre se enamorara de aquella mujer.

Me acerqué temeroso. Sabía, pues ella había ladeado instintivamente la cabeza, que me había visto y dejaba que yo me aproximara sin miedo de que le invadiera su espacio. Yo creo que, en el fondo, incluso me esperaba.

—Señora… —me atreví a decir—. No tema usted. Solo quiero hablar. Mis intenciones son honestas. Mi nombre es…

Ella se volvió. Mientras recogía el velo que le cubría la cara y se lo ajustaba a la visera del sombrero me complació que sonriera.

—Maximiliano, le dije una vez que lo sabría todo sobre mí.

Ciertamente las sorpresas me perseguían. Cualquier mujer de Granada podría haber sido candidata a ser cortejada por mi padre, claro está. Pero ¡aquella!, ¡aquella! Después de mi madre hubiera sido la última mujer que yo hubiera visto destinada para él.

¡La condesa! ¡Mi condesa italiana! Mi Francesca me dejaba solo en mi desconcierto y me recordaba que era un asno, un ignorante y sobre todo un inocente, por pensar que alguna vez me habló con complicidad. Ciego estaba yo al no ver que su espontánea conversación encerraba una sinceridad apremiante. ¡Qué arrogante fui! ¡Pensar que todo lo hacía sintiéndose arrastrada por mi atractivo!

No necesito decir que fue una merecida cura de humildad.

—¿Usted?

Francesca suspiró. Estuvimos un tiempo indefinido mirándonos, sin atrevernos a más. Luego, con su mano enguantada en un encaje blanco, se atrevió a acariciarme la cara.

—¡Pobre Maxi! ¿De verdad que nunca se le pasó por la cabeza?

La ternura que pudo inspirarme hasta entonces se borró porque la angustia del engreimiento me cerró la garganta y tuve que ocultar mis ojos, de los que brotó una humedad instintiva y rabiosa.

—¡Me ha engañado usted! —decía—. ¡Me ha engañado usted!

Me separé de ella, pero Francesca se aproximó.

—No quiero que haya más mentiras entre ambos. Eso, al menos, se lo debo a su padre. Aquí estoy para contarle toda la verdad. Pregunte, porque sé que ha estado interrogando a otros durante mucho tiempo en Granada y nadie le ha respondido.

Con qué rapidez se puede contar una vida. Fueron apenas unas horas, hasta que la luna irrumpió de lleno en el patio: cuando ya era noche completa yo ya sabía todo de mi padre.

Nos despedimos. El corazón, latiendo pausadamente después de la primera inquietud, no hacía más que preguntarme sobre el poder que se me había asignado. ¿Qué haría con el tesoro que Francesca acababa de ofrecerme, del cual nadie sabía, salvo mi madre? Cierto era que suponía una gran responsabilidad para con Agustina, a quien debería contar parte —y digo parte, pues la condesa me prometió que ocultara durante un tiempo algo que la concernía—. De alguna manera quedamos ambos unidos por la complicidad, y debo reconocer que jamás a lo largo de nuestra relación desapareció tal sentimiento, que yo supe agradecer como lo más preciado que me dio el destino.

A mi padre lo asaltó siempre la candidez. Como era hombre apocado y algo soso de sentimientos, supieron aprovecharse de él con crueldad primero su madre, quien lo convenció para que se casara con Bárbara Benajara, una joven arrogante que prometía ser una buena mujer de su casa. Pero Manuel Cid no pudo suponer que su esposa se convertiría en una hiena, dispuesta a corromper y nutrirse de lo ya corrompido. A la Benajara le salió mal la jugada, pues siempre creyó que el mundo

entero debería bailar a su son. Mi padre, dentro de su sosería, se sublevó. No sé si tal rebeldía se debió a Francesca, pero cierto es que con ella se agravó, pues no hay corazón enamorado que se sienta inseguro.

Conoció a Francesca cuando ella era casi una niña. No he de juzgar ahora si mi padre actuaba honestamente. Una joven de quince años es casadera incluso hoy. Lo único que puedo reprocharle es que lo hiciera estando casado. Pero ¿qué digo? ¿Seré yo capaz de condenar a un adúltero, cuando también he probado la miel de ese pastel? En nuestro tiempo, tal vez sean muy pocos los que puedan garantizar su inocencia. Es parte de la tradición del matrimonio apremiado por el deseo de medrar, prostitución diplomática en la que participan los padres y los abuelos, en donde coinciden una novia aborrecida en la noche de bodas y un novio acosado para consumarla.

Todos hemos pasado por eso, y lógico es que no pueda juzgar a mi padre. No hay nada más antinatural que obligar a un ser humano a querer a otro. Por eso yo creo que nos detestaba a Agustina y a mí porque, salvo a Francesca, a todos debió querernos por obligación.

—Verá, Maximiliano… —decía Francesca sin perder la costumbre de llamarme de usted—, hubo un momento en que la relación se paralizó. Manuel ya no podía volver a su hogar, con su madre de usted. Con doña Bárbara había llegado a un acuerdo que supimos mantener elegantemente, pero yo quise más. Y esa necesidad se convirtió en algo que ninguna mujer puede ni debe ocultar. ¿Entiende usted?

—¿Se refiere a su hijo…? —pregunté titubeando.

—Tuve que marcharme. Volví a Roma. Su padre nunca conoció a Francesco.

—Así que… tengo un hermano. Habré de decírselo a Agustina, tiene el mismo derecho.

—¡Oh, espere usted, por favor! Hay algo pendiente que tengo con su hermana. La conozco desde que era muy pequeña. Iba a menudo a visitarla al colegio y luego me preocupé de que no estuviera sola en la residencia.

Lo vi muy claro. Agustina me había hablado de una señora que la protegía, «una mecenas encantadora», la llamaba…

—¡Es usted *Madame*! ¡Ahora lo entiendo todo!

Francesca, afectada por el dolor del recuerdo, decidió que finalizara la conversación. Se palpó el velo recogido y lo volvió a extender sobre su cara.

—Maximiliano, confío en su discreción. Comprenderé que no quiera verme en adelante o que evite mi compañía. Pero le suplico que no diga nada de mí a Agustina, llegará el día en que ella lo sepa por mí.

Me tendió la mano casi como una despedida.

—¿Piensa que nunca más le dirigiré la palabra en público?

—Otros lo hicieron antes con menos motivo.

Yo sonreí.

—No me conoce bien, querida condesa. Yo hago mías las normas estúpidas y las

contravengo. Si usted es capaz de bailar conmigo en el próximo baile o de salir de mi brazo del teatro, yo conquistaré el mundo.

Francesca me miró orgullosa bajo el tul blanco.

—Entonces hagamos que hablen de nosotros. Pasee conmigo y con Francesco por las alamedas o suba en mi coche sin pudor de ser reconocido. Pero mientras disfruta no olvide que tiene una deuda pendiente conmigo.

—¿Cuál? —pregunté ignorante.

—Su cuento romano.

En efecto, así era. Había olvidado mi promesa de escribir un cuento sobre Iliberri. Dos tentaciones, la de reconstruir nuestra amistad y la de escribir mi novela, eran demasiado para una noche. Así que me despedí. Caminando hacia el caserón de los Cid me sentí libre y pletórico. No hay cosa que me estimule más que verme impulsado a una aventura y ambas, desde luego, eran de las buenas, de las que se hablarían en Granada durante muchos meses. Y por descontado, la que más hablaría sería la Benajara.

Capítulo 8

La publicación de mi novela

Durante algún tiempo fui la sombra de Francesca. Fue cada encuentro deleitoso, inocente, relajado. Sabiendo que daríamos qué decir contravinimos el dictado de la honestidad. Pero no era pura rebeldía. No hacíamos más que proporcionarnos amistad y admirarnos mutuamente. Francesca, de alguna manera, consiguió que yo madurara. De aquel jovenzuelo tímido de Madrid empezó a quedar muy poco. Y todo ello me dio las fuerzas suficientes para comenzar, no recuerdo bien cuándo, mi novela sobre Iliberri.

Al principio confié en mi habilidad como narrador. Era incapaz, por entonces, de presentir mis dotes como novelista. Los cuentos, por otra parte, se vendían mejor. Historias cortas por entregas era lo más habitual en esta sociedad en la que nadie podía vivir de la pluma. No existía una cultura del libro, ni editores, ni librerías que apoyaran tal actividad. Fue necesario someterse a los designios de los lectores, y de tal manera la condesa me dio el nombre de un amigo editor que, a duras penas, sacaba a la calle un pequeño diario, *La Sabika*, tan subversivo como él. Se llamaba James Hilton, o Jaimito Hilton, como gustaba decir por estas tierras. Hilton no era el hombre que yo me suponía. Hablaba más andaluz que yo, que había vuelto de Madrid hacía poco más de un año. Era gordo y bigotudo. Me recibió en mangas de camisa, a pesar de estar entrado ya el otoño, y sin guardar el decoro propio de un desconocido puso los pies sobre su destartalada mesa de despacho y empezó a leer mi relato.

—¡Ah! Una historia de aventuras… Me gusta.

—No es propiamente de aventuras, señor Hilton. Pretendo ofrecer una idea de lo que fue la Granada romana, aunque tras una historia novelada. Manuel Fernández y González publica sus novelas por entregas y está teniendo cierto éxito.

—¡Ah! —volvió a sorprenderse Hilton—. ¿Un folletín? Bien, bien, en los folletines entra todo. Estoy dispuesto a publicarla si tenemos dinero para el próximo mes. Como ve yo soy altruista, no vivo de esto. Yo pertenezco a la banca: por la mañana incito a los ciudadanos a ahorrar y por la tarde a que derrochen su dinero en un pobre periódico como el mío.

No voy a negar que me sentí desalentado. Yo esperaba un periódico más serio y con más presión social. Pero deseaba hacer efectivo mi propósito lo antes posible y cedí ante la imposibilidad de relacionarme con periódicos más consolidados.

Así pues, el primer día laborable de enero de 1859 salió a la venta la primera parte de mi historia. Se publicaría semanalmente durante el tiempo en que la censura y el dinero del señor Hilton lo permitieran. Yo la titulé *Iliberri, que te sea leve la tierra*, aludiendo al lema sepulcral que los romanos inscribían en sus tumbas. Me pareció muy acorde con la esencia de la novela y con Iliberri, cuyos hallazgos eran

por entonces pura fantasía de arqueólogos.

Iliberri, con su liviandad, consiguió mantenernos en vilo a todos los intelectuales de Granada, pero yo, sin falsa modestia, creo poder decir que suspendí en el misterio a más de uno mientras leía en el casino las entregas de mi novela. Gustó porque era sincera. La historia de amor que en ella contaba entre Titus Lucius, comerciante romano, y la misteriosa Minerva, ya presentía la que a mí me esperaba.

Como eran días de Navidad, los ánimos estaban relajados y muchos caballeros leyeron el ejemplar en los cafés, en el consabido casino o en su propio hogar. De alguna manera contribuí a una insólita actividad en Granada y fue la de hablar sobre un nuevo tema que en nada tenía que ver con la hacienda pública ni con la propia, o con los avances en la moda de París. Resultó que al granadino de a pie le gustó leer una historia como aquella, sin grandes pretensiones, y como en el extracto literario no había nada que pudiera ofender a ningún sector de la sociedad se despacharon con cierta facilidad todos los ejemplares voceados por los vendedores callejeros y aun se agotaron los ya impresos.

La condesa Di Mare me felicitó y Mínguez, sin querer reconocerlo, me animó a seguir. Así que entregué la segunda parte de mi relato, convencido de que debía comprometerme más.

Surgieron pues otras escenas con cierta carga amorosa. No recuerdo haber sido nunca grosero en estas artes, así que quien dijera que escribí más de la cuenta en temas mujeriles está equivocado. Pero los santurrones son siempre iguales en todas partes y suelen ver más allá de lo que hay en un beso. Bien es cierto que mi personaje de la pretenciosa Minerva, protagonista de mi historia, era una mujer que insinuaba. Nunca utilicé el descaro de alusiones sexuales. Con todo…

«¿Han leído ustedes el cuento erótico del periódico *La Sabika*?», se preguntaban por lo bajo los caballeretes del casino. Y su sonrisa nerviosa les delataba. Aquellos fueron los que compraron más ejemplares, por descontado. Pero también hubo un gran sector de la sociedad granadina, los defensores de los valores morales, que pusieron el grito en el cielo al enterarse de que un tal M. C. había descrito el acto amoroso libremente en un relato por entregas. Lo que era, sin ningún género de dudas, falso. Los que así hablaban no habían leído mi relato o pecaban de imaginería.

Francesca di Mare, lejos de manifestar bochorno, me mandó una tarjeta a mi casa felicitándome por mi osadía. Yo permanecía a la expectativa, pues aunque Hilton estaba haciendo su agosto navideño conmigo, me preparaba para lo peor.

—Jovencito, no está bien lo que usted hace. No está bien —me decía Mínguez con el entrecejo fruncido, pero luego una sonrisa malévola parecía elevar la comisura de sus labios y su mirada volaba hacia un deseo ya olvidado de su juventud. Pensaba en las Minervas que había conocido y terminaba por decir irónicamente—: Pero señor Cid… ¡cómo se le ocurre a usted hablar de prostitutas! ¿Qué van a decir mis amigas las beatas?

Así que yo, envalentonándome, sintiéndome poderoso frente a los estrechos

cerebros puritanos, entregué la siguiente parte de mi relato convencido de que lo más osado quedaba aún por venir.

Caía la tarde y volvía yo soliviantado del casino cuando sorprendí a mi madre leyendo en una inquietante penumbra uno de los ejemplares de *La Sabika*. Lo hacía en tinieblas, como hacía sus cosas el propio diablo, sin percatarse de que su actitud llamaría más la atención que si lo hacía a la luz de un candil. Ella era así, dejaba su huella de azufre por todas las partes de la casa, y yo empezaba a intuirla y evadirla si podía. Pero en este instante deseé contemplar mi victoria moral frente al posible escándalo que asomaría en su pecho, o eso, al menos, era lo que yo esperaba. Estuvimos ambos impecablemente inhiestos sin saber el uno del otro, ella leyendo como una muñeca de cera, agarrados sus dedos crispados en los bordes del periódico, y yo oculto entre unas cortinas. Finalmente, la Benajara elevó la cabeza, suspiró y arrugó el periódico con intención de querer borrar de él las letras insidiosas que me habían publicado en tinta negra. No lo tiró al suelo, bien sabía ella que de ser así Teolinda lo habría recogido no sin antes haberlo leído. Arrugado el ejemplar bajo sus manos, convirtiéndolo en una pelota de papel, las aletas de su nariz resoplaban como las de un buey que hubiera finalizado un penoso esfuerzo. Miró hacia un lado y otro, buscando algo que no supe adivinar, hasta que sus ojos hallaron la chimenea encendida y se aproximó a ella para arrojar con soberbia el balón de papel que había creado entre sus manos. Hubiera dado toda mi fortuna por saber qué le pasaba por la cabeza, pero era una apuesta inútil, porque de los pensamientos de la Benajara solo sabía la propia Benajara.

Horas después, sentados los tres (mi madre, mi hermana Agustina y yo) alrededor de la mesa, comencé a sufrir su persecución psicológica. Mi madre había urdido sabiamente su plan. Estábamos a la mitad de la comida y ninguno había abierto la boca. Resonaban más los cubiertos rozando los platos o los suspiros de Agustina que la voz apabullante de la Benajara. Finalmente el diablo salió de su averno.

—Querida… —comenzó dirigiéndose a Agustina—, ¿ibas a estrenar vestido para la fiesta que darán en Reyes los García Linares?

Agustina, distraída, se sorprendió por el interés de nuestra madre.

—Tengo uno que *Madame* me compró en Roma. No es de estreno, pero me hará ilusión poder lucirlo en la fiesta. Me han dicho que son sonadas las que realizan los García Linares.

—¡Oh, bien que lo son! Hace unos años contrataron una orquesta reputadísima que se mantuvo tocando toda la noche. La niña de los Galera Santos encontró allí al que ahora es su esposo.

Agustina, como mujer y joven que era, sonrió esperanzada. Sin duda no por la posibilidad de encontrar marido, pues el matrimonio se le suponía aún incómodo; yo creo que más bien por el hecho de vivir su primer encuentro amoroso.

—¿Y tú, Maximiliano, piensas ir?

—¿Por qué no habría de ir?

Yo ya comenzaba a jugar su juego. E hice como ella en otras ocasiones, responder con una pregunta para adivinar, previamente, la osadía de la cuestión planteada.

—Es claro que como hombre que eres puedes hacer lo que te plazca. Ahora bien… —sentenció la Benajara con cara de mártir—… nos has privado a tu hermana y a mí de disfrutar de la fiesta.

Agustina y yo nos miramos. No comprendíamos.

—¿Que yo les impido acudir a una fiesta? Son ustedes muy libres de ir a donde plazcan.

Mi madre se limpió las comisuras de los labios con la servilleta.

—Tú te has propuesto la deshonra de esta familia, Maximiliano —dijo con total entereza—. Como hombre que eres puedes acudir al casino o a otros lugares que mi decencia me prohíbe nombrar. Pero yo como cabeza de esta familia, aunque nadie me tenga en cuenta, velo por la reputación de tu hermana. Dado que solo miras por ti mismo, nos es imposible acudir.

—¡Madre! —protestó Agustina—. Pero ¿qué ha hecho Maxi? Yo pensaba que los García Linares eran de su aprobación.

—¡Y lo son! Por eso no puedo arriesgarme a que nos tengan por libertinos o herejes, por panfletistas que escriben de obscenidades. Tú, hijo mío, nos has puesto en boca de todos. Ya lo ves, Agustina, gracias a tu hermano nos hemos quedado sin fiesta de Reyes.

Agustina omitió una protesta y yo la miré desconcertado. Una irónica respuesta me asomó a la boca pero evité corresponder. Dejé mi servilleta encima de la mesa y me levanté de la silla:

—Como guste, madre. Si eso es lo que usted piensa, seguro que es lo correcto.

Me marché. La Benajara había jugado bien sus cartas. Ahora ya tenía a Agustina en mi contra, pues por mi culpa la había impedido acudir a las fiestas de las que tanto disfrutaba.

No fue extraño que mi hermana se despidiera de mí aquella noche con un beso forzado y que me dijera al oído:

—Oh, Maxi… ¿no puedes matar a tu personaje? Así nos ahorraríamos todos el encierro al que nos vemos arrastrados.

Reflexioné tumbado sobre la cama y no concilié el sueño hasta la madrugada.

—¿Oh, no será usted capaz de asesinarme al personaje? —me preguntó la condesa Di Mare al encontrármela en un mercadillo cuyos fondos se destinarían a los niños pobres del orfanato.

—Señora condesa, ese es un placer que me reservo para mí. Si fuera difundiendo mis intenciones literarias mi trabajo no habría tenido sentido.

—¡Qué contenta estoy! —dijo con una sonrisa dulcísima. Luego se acercó a mi oído y añadió—: ¡Hasta he oído que han pedido cárcel para usted! ¿No tiembla de espanto?

Yo reí su ironía.

—Me da más miedo la crítica de los miembros de la Comisión de Monumentos. Ya he recibido algunas amonestaciones diciendo que Iliberri nunca pudo llegar a ser como yo la describo.

—Nadie le puede reprochar a usted la licencia literaria…

No pudimos terminar la conversación. Mínguez, el profesor, con respiración entrecortada, se acercó corriendo entre las señoronas que compraban capones adornados con lazos rojos.

—¡Cid! ¡Maximiliano! ¡Menos mal que lo encuentro! ¿No se ha enterado usted? Acaban de censurar su relato. Y le han cerrado el diario a Hilton. Me temo que nos quedaremos sin saber qué le sucede a Titus Lucius y a su amada Minerva.

Sinceramente, no me esperaba tal proceder por parte de las autoridades. Hilton fue amonestado, pero asumió toda la culpa como editor y se negó a delatar al autor del folletín, recuerden que yo siempre había escrito bajo pseudónimo.

Mínguez fue el primero en sermonearme duramente después de haber digerido la noticia no sin cierto sarcasmo.

—Le dije a usted, jovencito, que estaba jugando con fuego. En esta España todavía no se puede hablar de mujeres y placer, ¡y mucho menos de que los curas estaban casados!

—Pero es la pura verdad… —me defendía yo—. He consultado los 81 cánones del Concilio de Iliberri y 34 de ellos se dedicaban a reglamentar la vida amatoria de los cristianos. 20 hablan exclusivamente de mujeres. Se dice que fue este Concilio el que, con sus recomendaciones, obligó a hacer célibes a sus sacerdotes.

—¡Ah! ¡Con la Iglesia hemos topado, amigo! —decía meneando la cabeza tratando de convencerse de sus propias palabras—. ¡Vamos, es que usted no ha dejado tranquilos ni a los judíos!

A mí me dolió la interpretación de Mínguez, a quien creía una persona cultivada. Pensé cuán injustas serían las opiniones de los otros, los muchos lectores que ni siquiera podían asegurar haber leído un libro alguna vez.

En las reuniones, incluso en las literarias, y por supuesto en las de Juanito Morell, empezaron a hacer apuestas sobre quién era ese M. C. que había puesto a la sociedad granadina patas arriba.

—Yo creo que es Manuel Conrado —apostaba Juanito—. Todos sabemos que es un poco de la acera contraria —decía con gestos ridículamente amanerados—. Y ya sabemos que todos «esos» son viciosos por naturaleza.

—Pues yo apostaría por una mujer —dijo Pepe Pardo, siempre tan elocuente—. La «C» puede ser de condesa. ¿No es esa señora Di Mare condesa italiana y por otra parte tan criticada en Granada por su libertinaje?

Yo sonreía para mí y les dejaba por imposibles.

Mi Minerva, esa Francesca ideada en mi ficción, me escribió una tarde. En su tarjeta color rosa y de olor a jazmín me decía:

«¿Me va usted a dejar con esta intriga? Nunca llegaré a saber qué le sucede a su

personaje romano. ¿Muere, finalmente?».

Cedí ante su petición. No he podido resistirme jamás a una insinuación de la condesa. Con un criado le envié mi manuscrito.

No sé si influyó la popularidad de mi narración, pero pasada la Navidad volvió a llamar a mi puerta el esqueleto romano que encontré en la Vega. Bien digo, no fue él, fue Mínguez, muy contrariado y con el entrecejo arrugado por una duda:

—Los miembros de la Comisión están examinando su esqueleto —exclamó preocupado—. Yo, claro está, les hablé del anillo, y figúrese usted que con todo este viene y va, resulta que no aparece. No sabrá usted de él, ¿verdad?

Mínguez me miró con verdadera inquietud.

—No —dije categórico.

Mínguez supo que mentía. Yo me quedé el anillo. Nunca le dije que, si bien era un caballero para depende qué cosas, era un infame para otras.

No volvió a preguntarme. Creo que fue en aquel momento cuando decidí convertirme en coleccionista, más bien puede considerárseme acaparador de arte, pues dado mi escaso conocimiento terminaba por atesorarlo en cualquier lugar de la casa previendo su posible valía. Robar el anillo no había sido algo premeditado; más bien un acto de impulsividad. Pensé que con él conseguiría acercarme mucho más a Francesca, que desde su sincera conversación en el Patio de los Leones se había transformado en una confidente ejemplar pero también impecablemente fría, en donde no cabía la más mínima insinuación afectiva. Era como si hubiera asumido un erróneo papel de madre para conmigo habiéndose confesado amante de mi padre.

Yo quise seducir a Francesca con aquel anillo y por ese motivo lo reservé para regalárselo en una ocasión especial.

Esa ocasión llegó muy pronto y gracias a Juanito Morell, que habíase transmutado de gamberro en perfecto anfitrión de fiestas. Y desde luego que sabía organizarlas.

Capítulo 9

La fiesta romana

Agustina entró en mi despacho toda sonrosada, enredándose el vestido entre las piernas; tela engañosa y molesta la de la muselina, parecía tomar vida propia. A mi hermana no le molestó correr el peligro de rasgarse el vestido, pues su presurosa llegada se debía a algo que le preocupaba más. Había recibido una carta de *Madame* y la citaba en una casa de Granada.

—¡Maxi, Maxi! ¿Has visto tú casualidad igual? *Madame* está en Granada y se ha establecido en una casa del Albayzín. Me acaba de escribir y dice que podremos vernos. Y que tiene una gran sorpresa guardada para mí.

Yo me quedé, injustamente, petrificado. Debí mostrar más sorpresa o empatizar con los sentimientos que mi hermana me mostraba. Pero no podía disimular, pues yo sabía que *Madame* había determinado sincerarse con Agustina, como bien lo hizo conmigo, y no debía impedir que ese encuentro se deteriorara.

—¿Qué sorpresa será esa? —preguntó la curiosidad exorbitada de Agustina mientras inspeccionaba el papel de carta, le daba la vuelta, lo miraba al trasluz y, finalmente, lo olía intentando adivinar un aroma femenino.

Yo entonces pensé que la sorpresa no podría ser otra que la de sincerarse.

—No seas impaciente, querida. Lo sabrás muy pronto. ¿Cuándo te ha citado?

—El viernes. Y tú también irás. Ella insiste en que vayas.

El sorprendido fui ahora yo.

—¿Pues te extraña, hermano mío? Ahora eres el hombre de la familia y el que debe velar por mi cuidado. No sería juicioso acudir a una casa, por muy *Madame* que sea su dueña, sin saber cómo voy a ser recibida. Me parece que *Madame* es la mujer más sabia del mundo.

—Lo es —admití yo.

—Mejor que no se entere madre —convino Agustina levantándose y saliendo, ahora más pausada, dominando su larga cola de muselina blanca entre sus piernas—. Nunca le ha caído bien *Madame*. Y lo curioso es que no sé la razón.

«Ya la sabrás», razoné yo.

Mientras el día esperado llegaba, yo mataba el tiempo en el casino. Juanito Morell continuaba asiduamente ocupando el sillón de orejas cercano al ventanal, fumaba su puro habano y si alguien se mostraba al punto de la asfixia, él, con talante que consideraba generoso, abría una hoja de la ventana y continuaba fumando, esparciendo su humo a diestro y siniestro, peor aún si cabe que antes de la muestra de tolerancia. Como lo sabíamos, no había nadie en su sano juicio que protestara, así que nos tocaba respirar su aire inmundo todo el tiempo que compartíamos con él.

Juanito estaba desolado. Había hablado poco y aquello nos resultaba inquietante.

No se recordaba a Morell ojeroso y mucho menos alicaído.

—A ti te pasa algo.

Juanito me miró como un corderillo extraviado en el bosque. Apagó su habano medio empezado en un cenicero y se propuso sacar otro nuevo. Cuando tenía la petaca a punto de abrir, la guardó.

—Ni el fumar me divierte ya.

—¿Pues qué? ¿Has caído en el precipicio de la sensatez? ¡Quién lo hubiera creído! Juan Morell aburrido y sin intención de organizar ninguna gamberrada.

—Ya no soy el mismo, Maximiliano. Ya no me llama la vida ociosa.

—A eso lo llaman madurez.

—No te burles. Es que estoy cansado de provocar; al final todo es, igualmente, una lata. La gente te encasilla en gamberro y has de morir haciendo gamberradas. Y yo no quiero ser como Santiaguillo Mediano, que no cumple los sesenta y sigue pellizcando a las mozas bajo el miriñaque.

No sabía quién era el tal Santiaguillo pero en Madrid me había topado con unos cuantos que podrían responder a ese nombre.

—Te envidio, Max, tú eres de ideas fijas. Tontas, no voy a negarlo, pero fijas. Y vas hacia ellas con determinación. Tú llegarás a ser político, por lo menos.

—Quiera Dios que no.

—Tú te has propuesto sacar a la luz la Roma que fue Granada y erre que erre. Ahora por la calle todos, hasta el más iluso, van comentando que en el Albayzín hubo una vez gladiadores y otros que el mismo César se hizo aquí un palacio, lo mismito que la Alhambra. Aunque eso se lo debemos a M.C., el autor de esas historias de *La Sabika*. —Morell me miró suspicaz.

—Lo sabes pues…

Juanito afirmó sin demasiado entusiasmo, creo que realmente me envidiaba.

—El caso es que has hecho que otros hablen de algo más que no sea del gobierno, de la tiranía de los empresarios o del precio del pan. Y eso es bueno.

—Si tú lo dices…

—Lo afirmo —dijo categórico Morell—. Yo, amigo Max, quiero ser como tú. Elevar Ilígoris a…

—Iliberri, memo.

—¡Iliberri! —recalcó poniéndose en pie como un actor de teatro—. ¡A Iliberri quiero elevar yo al rango de la popularidad! Ya lo veo claro… —Y con su mano fue describiendo en el aire la escena imaginada en su cabeza—. Si tú has nacido para escribirla, yo he nacido para representarla. ¡Meteremos Iliberri en mi casa y haremos la fiesta más grandiosa jamás vivida en Granada!

Yo sonreí por la insensatez.

—¿Pero tú no te habías regenerado?

—¡Los carnavales, amigo mío, no saben de regeneracionis mo! ¡Hagamos una fiesta romana, una fiesta en la que todos podamos ser el personaje de tu novela!

Era tanta la ansiedad que le produjo su propio planteamiento que tuvo que sentarse semidesfallecido antes de seguir pensando.

—¡Yo seré Trimalción!

Solté una carcajada.

—Pero si Trimalción es un personaje de *El satiricón*. ¿Es que ahora me confundes con Petronio?

—¿No era romano?

—Sí…

—¿No se le consideraba el árbitro de la elegancia?

—Eso creo.

—¿Y un gran organizador de fiestas?

—Parece ser.

Morell se levantó del sillón de orejas con el ímpetu de un adolescente.

—Entonces… ¡hagamos nuestro Iliberri! Tú podrás venir a la fiesta con tu condesita, que con su porte romano y su acento nos acreditará.

No pude disimular molestia. Mi condesita, decía Morell… ¿Se mofaba? ¿O pretendía enervar aún más mis sentimientos hacia ella? Todos en la ciudad, pues, debían estar al tanto, si Juan lo sabía, que yo bebía los vientos por Francesca.

—No creo que pueda asistir.

—¿Cómo que no? Pero si tú serás César.

—No me disfrazaré.

—¡Pues entonces un dios del Olimpo!

—Eso es griego.

—¡El maldito Neptuno!

—No me disfrazaré.

Morell se arrodilló frente a mí medio lloriqueando, me consta que teatralizaba.

—Seré tu humilde esclavo, aprovéchate y azótame delante de todos en la fiesta.

Yo suspiré aburrido de su insistencia.

—¡Solo hay algo más tedioso que tus gamberradas y es tu ridícula manera de convencer a la gente!

Me levanté dejándolo arrodillado. Un camarero pasó al fondo del casino y nos miró alarmado de que pudiéramos iniciar una de las nuestras.

—Espero que sea la mejor fiesta que hayas dado.

Morell se sonrió sabiéndose vencedor de la esperpéntica batalla.

—Hablarán de ella incluso años después, te lo aseguro. Algo así necesitábamos en Granada. ¡Extravagancia y lujuria! Me he superado a mí mismo.

Abandoné el casino, aturdido por las palabras de Morell pero con cierto desasosiego. Una fiesta romana podía ser un buen motivo para un carnaval, pero conociendo a mi amigo no se conformaría con declamar poesía. Lo que yo temía realmente era la posibilidad de que terminase siendo una bacanal, con lo que aquello representaba para la pacata sociedad granadina.

Al día siguiente evité ir al casino pero Morell me enviaba cartas cada dos horas hablándome de sus ideas, de cómo una vez propagado el germen de la fiesta todos los señoritos burgueses de Granada se habían contagiado de su extravagante enfermedad. Me rogaba, en una de sus misivas, que le dejara a él la tediosa tarea de las invitaciones y que como método de publicitar la fiesta evitáramos hablar abiertamente de ella, pues era más tentadora una fiesta secreta.

Yo, ciertamente, solo pensaba en cómo invitar a Francesca a la mascarada. Hacía semanas que no coincidíamos, sabía que estaba preparando una sorpresa para Agustina y no quería entrometerme, pero su falta en mi vida se me hacía imposible de soportar. Yo también acudí a las cartas pero no me fueron contestadas. Era como si Francesca tuviera algo contra mí.

Así sobreviví al día en que, junto a mi hermana, debía acudir a la casa del Albayzín. Allí nos abrió una señora sin uniforme, pero que debía de ser el ama de llaves, y nos condujo a una sala, cómoda y soleada, con vistas a la ingente variedad de torres de iglesia que se esparcían por los barrios de Granada.

Quedamos los dos allí sentados y Agustina mostró su perspicacia. Estaba nerviosa, eso estaba claro, pero tan pronto atravesó el umbral de la casa empezó a medirlo todo con meticulosidad.

—Esta casa, hermano mío, tiene un algo que me parece familiar. Es como si ya conociera a la dueña de estas paredes… De alguna manera es esta casa la casa que yo deberé tener en mi madurez. Quisiera irme ahora de aquí y conservar la imagen preconcebida de *Madame* para toda mi vida. Pero creo que no va a ser posible.

Agustina me tomó una mano y yo denegué.

—Tú sabes quién es ¿verdad?

Afirmó con la mirada.

Se abrió la puerta del saloncito, corredera, de pesado roble. Y la atravesó *Madame*. Quiero decir, Francesca. Me consta que fue una de las pocas veces en su vida en que sintió temor. Pero Agustina ya había adivinado mucho antes de que ella apareciera, pues mi hermana era intuitiva, y levantándose rápidamente se arrojó a sus brazos.

Ambas mujeres quedaron así abrazadas mientras yo las contemplaba. Fue un reto no mostrar mis sentimientos. Por mi cabeza pasaron ideas confusas, como que no volvería a ver unidas en un abrazo a las dos mujeres que más quería en el mundo. Luego me arrepentí de pensar así, porque mi tía Aurora debería haber estado presente en ese abrazo múltiple que yo imaginaba con mi fantasía adolescente.

Cambié la mirada hacia otro punto y evité con ello el riesgo de las lágrimas. Francesca y Agustina cuchicheaban y yo, mientras, rebuscaba por instinto lugares vacíos de la casa para recuperar mi compostura. Fue así como vi a una muchacha oculta entre un biombo. No estábamos solos, curiosamente. Conseguí apreciar el borde de su vestido, su calzado elegante y un abanico que se agitaba presuroso.

—Veo que ya has descubierto mi secreto —exclamó Francesca mirándome—.

Verás, Agustina, por temor a que pudieras rechazarme he pedido a una persona, a la que mucho quieres, que viniera a ayudarme.

La muchacha del biombo se levantó de su sillón y dio un paso al frente.

—¡Valeria! —gritó de alegría mi hermana.

«¿Valeria?», me pregunté yo. ¿Quién era aquella joven cuya presencia alegraba tanto a Agustina? Jamás me había hablado de ella.

—*Madame*, ¡qué feliz me ha hecho! Es usted un ángel del cielo. Traerme a mi mejor amiga desde Roma. ¡Maxi! ¡Max, ven! —Mi hermana no salía de su asombro—. No te quedes ahí como un pasmarote, ven a saludar a Valeria.

Yo me acerqué titubeante, infantil. Le alargué la mano para que me la estrechara pero ella, con un gesto femenino, me ofreció el dorso de la suya para que se la besara. Y eso hice.

—Encantado, señorita.

Ella me miraba en silencio con ojos seductores, tan azules como los de Francesca, pues ambas podían haber pasado por gemelas de no ser por el estilo de sus vestidos.

—Su hermana de usted me ha hablado mucho. Casi lo conozco como si nos hubiéramos tratado desde hace años.

Tenía un ligero acento italiano, pero, según me contaron después, era de padres españoles.

—Entonces espero que mi hermana le haya contado solo las cosas buenas de mí, si es que las hay.

—No sea tan modesto, amigo Cid —intervino Francesca cogiéndome del brazo—. Sus muchas cualidades lo hacen famoso, incluso la de perseguir a las mujeres.

Yo me sentí arrastrado por la condesa hacia el fondo del salón mientras las dos jóvenes sonreían y cuchicheaban entre sí. Convencido estuve de ser el centro de su conversación.

—Venga, Maximiliano, dejemos a solas a las dos amigas. Tendrán mucho que contarse. Venga conmigo a tomar el té.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó ofendida mi equivocada hombría—. ¿Se burla de mí? ¿O pretende desmerecerme ante una joven bonita?

Francesca sonrió perturbándome.

—Maximiliano, las mujeres mayores como yo podemos hacer esos comentarios de los jóvenes sin que por ello se nos prejuzgue. Es una prerrogativa de la edad.

Yo me senté molesto, creo que demostré menos madurez de la que pensaba que tenía.

—Me irrita que se pavonee de esa manera, alardeando de sus muchos años. No he encontrado a ninguna jovencita que le llegue a la punta de su botín.

La condesa sonrió, suspiró y luego se decidió por servir el té.

—Veo que con usted es imposible.

Estuvimos en silencio unos instantes, mientras percibíamos los ecos de las palabras de Agustina, que era la más charlatana, y de su amiga, más prudente. Recogí

la taza de té y miré a Francesca para que ella me correspondiera, quería verle la cara cuando le hiciera la pregunta:

—¿Por qué no ha contestado a mis cartas?

—He estado ocupada organizando la llegada de Valeria.

—¿Se aleja de mí, Francesca?

La condesa se mordió los labios en un claro gesto de indecisión.

—Creo que nuestras salidas han de distanciarse. Francesco está creciendo y es muy susceptible a los comentarios de la gente.

—Entiendo.

—Yo pretendo verlo a usted con gente de su edad.

—Pero yo quiero estar con usted.

—¡Oh, Maxi!

Lo dijo con resignación.

—¡Venga a una fiesta conmigo! Morell prepara una mascarada en su casa el sábado próximo.

—¿En casa de Morell? ¿Una mascarada? ¿Eso es lo que entiende usted por ser prudente?

—Vendrá Agustina y puede traerse a su protegida Valeria.

—¿Pero no se da usted cuenta que…? —Francesca recapacitó. Calló de pronto como si una idea fija le hubiera atravesado su bellísima cabeza.

Entonces yo encontré el momento adecuado para convencerla. Saqué de mi bolsillo de la levita un anillo y se lo ofrecí.

—Quiero que se quede con este presente. Es el anillo romano que encontré en el esqueleto de la Vega. Usted es coleccionista y sabrá mejor que yo qué hacer con él.

—¿Lo robó?

Yo asentí avergonzado.

—Para usted.

Francesca se levantó de su silla al presentir que las dos jovencitas se acercaban. Entonces yo, con gran rapidez, introduje el anillo entre sus manos entrelazadas y le rogué al oído:

—Venga, por favor. Venga a la fiesta. Será una mascarada sobre Roma. Después prometo no acosarla más.

Francesca no pudo contestar aunque su semblante reflejaba una emoción contenida. Ocultó el anillo entre su falda y luego, fingiendo una sonrisa, se dirigió a las jóvenes que caminaban hacia ella.

La fiesta de carnaval en la casa de los Morell fue el secreto más popular de toda Granada. Durante días en el casino, en las alamedas, en los mercados, se hablaba de ella como si en un futuro próximo fuera a eclosionar el suceso más sorprendente del siglo. Juanito se había cuidado muy mucho de propagar parte de la noticia entre los chismosos oficiales de la ciudad, así se aseguraba que la fiesta sería un éxito.

—¿No era una fiesta secreta, insensato? —le preguntaba yo.

—Lo que es secreto hasta el momento es el día. Solo lo sabremos los que estamos invitados. Hemos dado nuestra palabra de caballeros que no haremos pública la fecha hasta momentos antes. ¿No te parece un maravilloso disparate?

—¿Y esperas de tus amigos que respeten su juramento habiéndolo hecho como caballeros? Si son todos unos truhanes.

—En eso tienes razón, así que espero de ti que lo cumplas, siendo el único caballero de la lista.

—Podría serlo… pero no lo soy —contesté con humildad.

Morell me tomó la mano derecha y la elevó mientras me obligaba a decir:

—Yo, Maximiano Cid, juro por mi honor no desvelar la fecha de la fiesta romana, que será… el sábado.

Después de prometer la insensatez, Morell me abrazó enervado por su propia trivialidad. Yo también había puesto grandes esperanzas en aquella mascarada, no por corresponder a mi ociosidad, sino por acallar mis temores más íntimos. Si Francesca acudía, mi súplica habría sido contestada, quedaría manifestado su afecto hacia mí y así habría de entenderlo yo, como un gesto de osadía maravillosa. No podía dejar de pensar en que si aquello se cumplía podría bailar con ella, amparándonos en unas máscaras anónimas, prerrogativa de quien es insignificante o, por lo menos, no causa efectos en terceros. Intentaría aprovechar ese tiempo de locura para demostrarle que muy lejos habían quedado otros amores, que no por ser primeros fueron mejores. La situación requería una madurez valiente y yo dudaba de que estuviera a la altura de la situación. Pero ¡ay! ¿Y si Francesca no acudía, me daba la espalda como a un desventurado, arrastrándome a las miserias del desamor y de la soledad?

Con esa angustia en mi pecho cené la noche del jueves frente a la Benajara. Ella también tenía un cerebro activo y muy bien organizado para según qué cosas. Me miraba con la curiosidad escrita en la cara. Era evidente que ya había conocido la noticia de que muy pronto se celebraría una gran fiesta en la ciudad.

—¿Vas a salir? —preguntaba con tendenciosa inquietud.

—No —contesté tajantemente.

—¿No hay novedad esta noche?

—¿Por qué habría de haberla?

Agustina me daba por debajo del mantel con su pie delicado para hacerme saber que nuestra inteligente madre emprendía la inagotable actividad del investigador.

—Dicen en el mercado que Juanito Morell prepara una fiesta de carnaval.

Mi encantadora hermana se puso pálida, pero yo, a esas alturas de tiempo, ya sabía comportarme tan impertérrito como una estatua.

—No he oído nada.

—¿Te crees que me chupo el dedo?

Miré a la Benajara, que estaba envalentonada; creía que si se comportaba así quebrantaría mi frialdad.

—Madre… ¿por qué se preocupa tanto por esa fiesta? ¿Acaso le molesta no haber

sido invitada?

Bárbara Benajara arrugó las aletas de la nariz, señal de que intentaba contener su carácter.

—¿Molestarme? ¿Yo? Sabiendo cómo se las gasta el tal Juanito eso será peor que Sodoma y Gomorra. Espero que vosotros seáis sensatos y no os dejéis llevar por ese depravado.

Ninguno de los dos dijimos nada. Continuamos sorbiendo de la sopa, pero mi madre anticipaba sus ojos de rapaz a cada uno de nuestros movimientos. Si levantábamos la cuchara sus pupilas se posaban en algún resquicio de nuestro ademán que desvelara algún secreto. Miraba las agujas del reloj y luego aguzaba la vista cruzándonos con una mirada escrutadora y tensa, incómoda para todos. Aquel provocar me hizo reflexionar concienzudamente cuando acudí a mi cuarto. Al poco de cerrar la puerta, oí unos pasos y unos nudillos la golpearon. De haber sido otro día no habría relacionado la causa y el efecto, pero aquella noche…

—Señorito, soy Rosita.

Titubeé, hacía noches que no gozaba de su compañía.

—Es ya muy tarde.

—Señorito… no me deje usté así.

La dejé entrar. Desde el primer momento me convencí de que se presentaba como espía de mi madre. No había quedado esta satisfecha de mi contestación en la cena y pretendía saber a través de su criada el día exacto de la fiesta, seguramente para evitar que sus hijos pudieran acabar en la Sodoma que ella preveía.

Hubiera sido imprudente rechazar a la joven y la osada belleza que me ofrecía. No voy a excusarme, siempre fui consecuente con mis actos. Los momentos amorosos que le dediqué a Rosita aquella noche apenas los recuerdo, lo que expresa que la recibí con desgana. Pero no me fue difícil convencerla de lo contrario, eran ya muchos meses conociendo sus gustos más privados. Yo sabía que preguntaría y ya para ese instante tenía preparada mi venganza, que sería a partes iguales para la Benajara y para esa seductora soplona que tenía apoyada en mi pecho.

—Fíjese usté que dicen por ahí que Graná nunca ha estao más alegre. Yo misma voy a celebrar el carnaval vistiéndome de la reina francesa, la Maria Antonieta. ¿Cree el señorito que me va el disfraz? Es tan bonita esta época, todos en la calle, bailando con nuestras máscaras, sin podernos conocer… ¿Usté no va a ningún baile? Pues ya es pena, porque dicen por ahí que darán uno muy grande en la casa de los señores Morell.

—¿Dónde dices? —pregunté yo haciéndome el desorientado.

—En casa de los Morell, que tos irán medio desnudos o peor aún, que allí mismamente se quitarán la ropa y bailarán en cueros vivos.

—¿Dicen eso?

—Como se lo cuento. Y la Mariquilla…

—¿Quién?

—La criá de los Pardo se ha apostao conmigo que se celebrará el sábado y yo digo que el viernes… Usted no lo sabrá, ¿verdad? Es que son unos cuantos reales que a mí me apañarían hasta final de mes…

Yo sonreí. ¡Qué engatusadora era la Rosita cuando se lo proponía!

—Pues dile a la Mariquilla que se equivoca, que es el viernes y que se lo puedes confirmar porque yo iré.

De lo que vino después sí que me acuerdo. Pues quiso agradecerme, como ella bien sabía, que le hubiera contestado a su pregunta.

No sé cómo pude concentrarme, hasta la llegada del viernes, para no descubrir mi argucia. Me mostré distraído, mirando siempre el reloj de cadena que sacaba a cada minuto, dando así el efecto de esperar el cumplimiento de una cita. Mi madre, mientras tejía un no sé qué de lana que nunca acababa cual Penélope, levantaba la ceja y me miraba de reojo. Agustina, que estaba en el ajo, sonreía ocultando su cara detrás del libro de poesía que solía repasar a media tarde. Todo parecía tan infantil que dudé si mi madre no descubriría mi juego.

A las diez de la noche salí de mi cuarto bien vestido, con traje de fiesta, una capa que me ponía en ocasiones y un sombrero que había encargado en una sombrerería famosa de la Alcaicería. Aún no lo había estrenado, así que mientras caminaba despacio, dando tiempo a que mi madre me descubriera antes de llegar a la escalera, me ocupé en abrillantar su ala negrísima. Tuve que pararme un instante, pues no oía pisadas ni nada que se le pareciese, y ya mi corazón me decía que mi engaño había sido descubierto cuando detecté un nervioso frufrú de faldas.

—¿Vas a salir?

—Sí.

—¿Adónde?

Mi madre puso una mano sobre otra, en un gesto que parecía amenazar mi respuesta. Su gesto era el más agrio que había visto en mucho tiempo, parecía que se sentía con fuerzas aquella noche y curiosamente no sufría de sus patéticas jaquecas.

—¿Quiere saber adónde voy?

—Eso he preguntado.

—Al teatro.

—¡Mentira!

La Benajara resultaba cómica en su papel de madre protectora. Aunque bien sabía que no protegía a su hijo sino su propia honra.

—Tú vas a casa de los Morell. Y te digo yo que esta noche te van a esperar sentados.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que te prohíbo que salgas.

Yo guardé silencio para dar más intriga a la escena.

—¿No me permite ir?

—No y cien veces no.

Me mostré incómodo. Luego, haciendo que recapacitaba, respondí:

—Como usted diga, madre.

Bárbara se me quedó mirando con ojos inexpresivos. Supuse que procesaba mis palabras, preguntándose a sí misma si había oído bien. Como yo me volví para dirigirme a mi cuarto no pude ver la expresión de sorpresa que debió de seguir a la de desorientación. Yo había medido bien mis acciones, sabía que en el rincón de una sala próxima había un espejo que podía ayudarme a contemplar la escena desde un ángulo muerto. Y cuando giré la cabeza para mirar el objeto reflectante convine en que mi venganza se había servido, pues mi madre tardó en cambiar de postura, mano sobre mano, en un pecho que ya no se agitaba sino que, más bien, se paralizaba por la falta de aire.

Durante aquella noche y la siguiente, la Benajara estuvo ocupada pensando en su victoria, relamiéndose de su poder. Por eso tanto Agustina como yo pudimos acudir a la mascarada de los Morell al día siguiente, sin ningún riesgo de sufrir una emboscada en la escalera o en alguna otra parte de la casa.

El hogar de los Morell era un verdadero palacio, al menos comparado con el nuestro. Tenía esa luminosidad de las familias que viven hacia el exterior, pensando en que la riqueza se encuentra en demostrar lo poco que se tiene. Era espacioso, de pasillos amplios, de grandes ventanales. Al menos a esta casa no le había afectado la ordenanza de años atrás, que prohibía en Granada saledizos y balcones, pues eran estos de gran peso pero de evidente buena estructura. Lo mismo ocurría con su interior, sin patio central como nuestro caserón familiar, pero de un apacible y bello jardín con estanque, a cuyas aguas mansas iban a nadar cisnes y patos. La moda proponía una salita oriental en donde recuperar ambientes exóticos. Los Morell tenían sus papagayos liberados, y también sus pavos reales que campaban a sus anchas entre los árboles frutales del jardín o entre las piernas de los invitados.

En la misma puerta de la casa nos mostró su respeto un criado. Era este muy singular. Vestía, como imperativo de la mascarada, de esclavo, aunque no sabría decir si griego, romano o egipcio. Se le veía al pobre muchacho bastante turbado por enseñar sus piernas de alambre, pero representó bastante bien la comedia y nos llevó a distintas partes de la casa: a Agustina a la sala de las señoras —donde se metamorfoseaban de Mesalina o de diosa Juno, según pretendieran ser reflejo de su osadía o de su pudor— y a mí a la sala de los caballeros, en donde me encontré en medio de una escena grotesca.

Los señores allí reunidos luchaban por ponerse la túnica romana o toga *praetexta*. Tanto se retorcían y volteaban, algunos ya impulsados por ponches muy cargados, que terminaban por enredarse entre la ropa como si fueran momias. Aquello provocaba carcajadas entre los más jóvenes que habían optado por vestir de faunos del bosque o de efebos. Los inconscientes burgueses granadinos ignoraban que en la antigua Roma los señores tomaban como amantes a sus criados adolescentes. De haberlo sabido muchos de ellos no se habrían tomado la molestia de vestir así, tan

ligeros de ropa, entre tanto contertulio amanerado y embellecido de afeites.

El anfitrión de la casa, Juanito, se presentó ataviado con una túnica fantástica —que en nada reflejaba la realidad romana— llena de dorados y de flecos. No me atreví a preguntarle por su asesor histórico, no fuera a incurrir en alguna incómoda impertinencia. Le costó reconocerme, lo cual ya era extraño pues no iba disfrazado ni siquiera con antifaz, pero finalmente se abalanzó sobre mí y me abrazó. Le olí el aliento contaminado por el alcohol.

—¡Aquí está mi Escolpio! —gritó haciendo alusión al texto de Petronio—. Ahora podemos empezar la fiesta, en cuanto te cambies de ropa.

—No me disfrazaré —repetí en el mismo tono en que se lo dije la última vez—. ¡Y deja de llamarme Escolpio y de hacer alusión a *El satiricón* o todos creerán que somos amantes!

Morell se carcajeó pues nada ni nadie atentaba contra su hombría.

—Apostaría a que ninguno de los presentes lo ha leído jamás. Y si lo han hecho no creo que lo hayan entendido. Nuestra honra está, pues, salvada. Podemos salir al salón de baile y conquistar a todas las jóvenes en edad de merecer sin temor a que Enriquín Lamata nos persiga.

—¿Quién?

—¡Olvidaba que habías estado ausente de Granada! Enrique Lamata tiene muchos nombres: Enriquín, Riquín, Riquete, Enriqueta… —Juan Morell, que era muy expresivo cuando quería, me dejó bien claras las inclinaciones sexuales de Lamata.

—Así que, cuando apaguemos la luz en el baile, procura no estar cerca de él, tiene la mano muy larga.

Nos conducimos al salón central. Estaba repleto de gente, bien es cierto que aún se comportaban con cierto comedimiento. De todo había en esa apiñada colmena de zánganos: vestales, bailarinas, bellas patricias, osadas prostitutas, intrépidas gladiadoras y por supuesto una gran variedad de tribunos, legionarios, dioses y esclavos. Al punto de observarlos Morell lanzó un estrepitoso grito. Había descubierto a un intruso.

—¡Un griego! —gritaba empujado por los efectos del alcohol—. ¡A mí la legión y los senadores de Roma! ¡Que echen a este insensato, que está fuera de contexto!

—¡No encontré disfraz de romano! —se disculpaba el griego con patética vergüenza—. Juan, no me eches…

—¡Que decida el Senado! —gritaba Morell.

A su lado se congregó una multitud de borrachos vestidos con túnicas de ribete púrpura y en un segundo volcaron el dedo pulgar hacia abajo.

—¡Que lo echen a los leones! —gritó Morell.

El pobre griego se llevó un susto de muerte al creer que Juanito habíase agenciado una manada de felinos, pero solo sufrió el incómodo atropello de unos legionarios que lo tomaron en volandas y lo precipitaron contra las frías aguas del

estanque central del patio. De él salió remojado y escarnecido, siendo motivo de mofa entre el resto de los convidados a la mascarada.

—¡Esto va a ser el Rubicón! —gritaba eufórico Morell aludiendo a la famosa expresión de César «*Alea iacta est*»—. ¡Que empiece la música!

Los que no tenían puestas sus máscaras vieron el momento preciso para ponérselas. Incluso yo mismo me sentí arrastrado por el ímpetu teatral y me puse el antifaz, aunque claramente dejaba percibir mi identidad a quien tuviera un mínimo de perspicacia. Yo miraba a las damas, buscando entre ellas a Francesca, pero ninguna podía igualarla, pues todas pecaban de alguna cosa, de estrechez o de deformidad, de tosquedad o de excesiva languidez. Tan absorto estaba en mi ocupación que omití la presencia de una joven que paró a mi lado, oculta tras una máscara color violeta.

—¿Quién soy?

¡Qué ingenua era Agustina! Su voz era inconfundible.

—¿Cornelia… Benajara? —bromeé yo.

Agustina me pellizcó el brazo, ofendida.

—Conmigo no ha funcionado. Pero que sepas que esta noche nos hemos propuesto las tres pasar por hermanas, los mismos trajes, las mismas máscaras… Es una lástima que yo sea más baja que Valeria y que la condesa. ¿Te has fijado? Mira como son idénticas las dos.

Francesca y Valeria caminaron hacia mí con aire señorial. Parecía una la sombra de la otra. Se pararon frente a mí con sus máscaras, debían ser incómodas pues ocupaban todo el rostro. Me inquieté al darme cuenta de que nunca podría distinguir a Francesca, siendo ambas mujeres tan iguales. Sin embargo mis ojos fueron más rápidos que mi corazón, pues fueron a posarse en sus manos. Distinguí orgulloso que Francesca se había puesto el anillo romano en su índice derecho. Y era lo que necesitaba para envalentonarme.

—¿Me concede este baile, bella Calpurnia? —pregunté a riesgo de que me rechazara, pero no le permití titubeos: la tomé de la mano, en cuyo dedo apreté nerviosamente el anillo, y la conduje al centro del salón. Mi hermana y su amiga quedaron riéndose, lo cual me extrañó, pero en aquel momento decidí disfrutar de aquella única noche, puede que la última en que tuviera en mis brazos a mi amada, pues como caballero que empezaba a considerarme debería cumplir con mi palabra de dejar de acosarla y conformarme con la única vida que tenía, la de un joven no muy distinto a los que me rodeaban.

Danzamos libremente sin guardar las normas clásicas del baile, pues la música no era de ningún compositor conocido, sino lo que un grupo de estudiantes imaginó que bailaba la esposa de César.

Yo tomaba a Francesca por el talle, la acercaba a mí y ella, coquetamente, se alejaba. Sus muestras de timidez me enardecían más y a cada minuto me proponía a mí mismo olvidar mi estúpida promesa para abalanzarme sobre ella y aprisionarla entre mis brazos indefinidamente. A veces, cuando esto hacía con más astucia que la

permitida, ella, con elegancia, dejaba en mis oídos susurros italianos que yo no comprendía pero deducía. Parecía que recitaba, pero quién podría decirlo entre tanta gente brincando o haciendo piruetas extrañas.

Nunca sentí la piel de Francesca tan lozana, tan delicada y apetecible. Era de un lechoso marmóreo inusitado para su edad. ¡Y luego se avergonzaba de sacarme quince años! Era jovial y alegre, presentía cada movimiento mío y se adelantaba a él, jugueteando como una adolescente incapaz de sentirse amenazada ante el amor.

No sé cuántos bailes ni cuánta música nos acompañaron en esa actividad de acercamiento. Yo no estaba en este mundo, ni era de carne sino de ideas, tal vez una única y fatal, que era la de pretender estrecharla entre mis brazos ante todos los romanos de aquella sala para gritarla mía y nada más que mía, por encima de convencionalismos, de necedades o de miedos absurdos.

Juro que no me embriagó ninguna bebida aquella noche, era el amor que yo sentía el que me impulsó a arrastrarla hacia unas cortinas y de allí a una sala contigua que imaginé vacía y libre para nosotros. Luchaba por arrancarle la máscara, pero ella me lo impidió y pensé que tal vez era mejor así, pues jugando a ser otros impedíamos reprocharnos lo que nos diríamos, abiertamente, de mirarnos el rostro destapado.

Tanteé un sillón. Busqué sus labios, calientes, casi abrasados por la excitación. Rocé el inicio del cuello. Sus orejas sin embargo estaban frías, contraste de temperatura que me encrespó la espalda haciendo que mi cuerpo tiritara de ceguera romántica.

Yo sé que ella me devolvió el beso y estuvimos algún tiempo tanteando, pues me arriesgaba a llegar más allá pero Francesca me retenía. Fueron momentos ricos, portentosos, tan deseados que me amedrentó haber conquistado, finalmente, mi quimera.

Tan abrazados estábamos, tan compenetrados, que ninguno vislumbramos la claridad que nos envolvía. Entre suspiros agitados tuve la suficiente fortaleza de separarme. Necesitaba respirar acompasadamente, tranquilizar el corazón que se contraía y saltaba como una fiera.

La luz que entraba por la puerta perfiló el cuerpo de una mujer. Mientras recibía unos besos confusos en mi mejilla y en la comisura de mis labios, mis ojos, horrorizados, descubrían a Francesca, sin máscara alguna, en la puerta de la sala.

Capítulo 10

Valeria

Reconozco que en momentos críticos soy incapaz de reaccionar, al menos en los primeros instantes. Pestañeaba con la velocidad de mi corazón, pues no podía entender qué sucedía. Si entre mis brazos disfrutaba del contacto de Francesca, ¿cómo era que Francesca se encontraba en la puerta de la sala?

Mi pareja que momentos antes se me había ofrecido se separó. Miró a la mujer que, estática, esperaba en la puerta y luego, advirtiendo la gravedad del trance, se desprendió de la máscara. Como supuse, turbado por mi propia estupidez, se trataba de Valeria.

—Querida, ¿puedes dejarnos solos un momento? —dijo Francesca en italiano. Yo, sin conocer el idioma, lo entendí o creí entenderlo. No había en sus palabras ni en su tono mayor altivez que la que hubiera esperado de ella.

Valeria asintió bajando la mirada. No sentía vergüenza, se despidió de mí posando en mi mejilla un último beso, esta vez casto, demasiado casto. Extraño fue que no le sorprendiera mi piel helada.

—Yo puedo explicarle… —acerté a decir reconociendo mi culpa—. Pensé que era usted, que… ¡tenía el anillo en su dedo! ¡Tenía el anillo!

Francesca estaba impertérrita, no cambiaba el semblante, pero yo supe después que era un escudo contra sus sentimientos.

—No entiende usted lo que ha pasado, ¿verdad? —me preguntó.

Yo titubeé.

—Yo le di el anillo —aseguró Francesca.

Me sentí desorientado y tuve que sentarme.

—Pero ¿por qué?

—Quería demostrarle que usted no me quiere, que solo quiere la idea de amarme.

—Pero eso no es verdad. ¡No pretenda conocer mis sentimientos!

Francesca se reveló airada, comenzaba a mostrarse vulnerable y eso me permitía ciertas licencias.

—Sea justo conmigo. Y consecuente con sus ideas. ¿Es que acaso no ha sentido amor por esa joven, no ha sentido placer al tocar su piel o al rozar sus labios?

—¡Porque la creía usted…!

Francesca rio.

—¡Qué petulancia la suya!

Yo decidí callar. No estaba convenciéndola, debería cambiar de táctica. Pero ella continuó:

—Usted es un pobre romántico. Y no hay nada que me aterre más que un idealista. Sepa de una vez, señor Cid, que usted no puede quererme. Lo que ha

sentido esta noche entre los brazos de Valeria es una realidad, pero yo soy una fantasía.

—Pero… ¿y usted? ¿Qué hay de sus sentimientos? —suplicaba yo en forma de pregunta.

—¡Oh, Maximiliano! ¿No lo adivina? Yo nunca podría estar segura de amarlo a usted o al Manuel Cid que lleva usted dentro.

Como un cuchillo que secciona me desgarró Francesca mi más sólida esperanza. No hay hombre más humillado que el que es rechazado por causa del amor.

—¿Y Valeria? —empecé a preguntar sacando fuerzas de flaqueza—. ¿Cómo es posible que se haya usted aprovechado de esa joven?

—Lo quiere a usted desde antes de conocerlo. Se prestó gustosa a hacer el cambio. Pero no la trate de frívola; como usted bien sabe, el amor es un amigo que aconseja muy mal.

Intenté ocultar mis ojos enrojecidos por la humillación. No había conseguido llorar y mi valiente osadía me estaba provocando un espantoso dolor de cabeza.

—Entonces… ¿aquí se acaba todo?

—Será la última vez que hablemos de este tema.

Me acerqué a ella tambaleándome, la miré avergonzado. Podía haberme tocado, acariciado, para hacer de esa despedida algo humano y sin dramatismos. Pero ella permanecía indomable, rígida.

—Ande, vaya a hablar con Valeria. Debería estar orgulloso de estar en su corazón.

Yo salí de la estancia, ausente, drogado por mi propia autocompasión. Al poco de poner el pie en la sala de baile alguien arremetió contra mí y estuve muy a punto de caerme.

—¡Un egipcio! ¡Un egipcio! —gritaba Morell—. ¡A los leones!

Tuve que ser muy rápido en dejar el campo libre porque los senadores ya corrían detrás de un pobre borracho cuya calvicie simulaba la cabeza despejada de Akenatón.

Busqué el ponche intoxicado del que Morell había bebido hasta hartarse. En verdad que era un brebaje insólito. Me bebí seguidas dos tazas y la tercera la consumí a sorbos lentos mientras miraba desde una esquina las grotescas escenas que se sucedían en el salón de baile. A Francesca no volví a verla en toda la noche. A Agustina, de la que debería haberme ocupado como hermano mayor, la avisté a intervalos, acompañada del criado de piernas de alambre. Se la veía misteriosamente feliz y cómoda. Tanta felicidad me hizo mucho daño. El ponche no me había anestesiado lo suficiente como para mitigar mi dolor, porque de todos aquellos farsantes allí congregados tuve una violenta envidia, por creerlos felices y obsequiados por el amor de su acompañante.

No hubo noche más aciaga en toda mi vida. Rodeado de risas y de bromas absurdas me vi a mí mismo en el fondo de los infiernos. Así era el amor y la juventud, ocluidos ambos por la osadía y la impertinencia. Ahora me arrepiento

vivamente, porque pensando en Francesca, en la mujer que nunca podría tener, me olvidaba de Valeria, dulce pretendiente de mi amor.

Pasé un largo tiempo allí inmóvil para después enterarme de que la bella muchacha había hecho lo propio en el patio, expuesta al frío de la noche pero protegida con un peto mayor que el de un guerrero, que era la esperanza de que yo acudiera. Y acudí. Creo que por curiosidad o puede que por una atracción que yo ignoraba que existía.

Ya nunca pude volver a verla como la amiga de mi hermana, casta como Agustina, distante e infantil. Valeria fue a partir de esa noche una mujer completa. En el patio, bajo las luces indirectas de velas dispersas, colgadas en las alturas como enredaderas, contemplé por primera vez su rostro. Insólitamente fresco, calcado de una de las muchas estatuas romanas que nos rodeaban. Sus ojos, a pesar de la avanzada hora, tenían una esclerótica límpida y un iris azul solo comparable al añil. Me reproché no haberla considerado, no haberla mirado como la miraba ahora. ¿Quién me lo había evitado? ¿Qué derecho tenía yo a desdeñarla?

—Lo he esperado mucho rato —me dijo aquel ángel con timidez.

—Yo…

Quería empezar con una disculpa pero ella evitó que me humillara.

—¡Oh, no, Maxi, no! No me ofenda usted. No quiero excusas… Si usted las dijera tendría yo que acusarme también. Y lo que ha pasado esta noche no quiero que se enturbie.

Hablaba con una madurez superior a la de sus pocos años. Estaba aprendiendo de Francesca muy sabiamente. Le tomé las manos, buscaba su contacto al que ya mis dedos se habían acostumbrado.

—Tiene usted las manos frías —dije.

Valeria sonrió. Clavó sus dos piedras preciosas, lapislázulis me parecieron entonces, mirando dentro de mí con una clarividencia que me desconcertó.

—Creo que podríamos llamarnos de tú, ¿no le parece? —propuso ella.

Yo asentí, pero no sin antes acercarme a su boca y sentir su cálido aliento. Su aroma amortiguó el dolor mucho más rápido que una droga.

Agustina volvió a casa con la premura indecisa de quien no quiere dar final a la noche más feliz de su vida. La había visto bailar aproximándose demasiado al criado de piernas de alambre. Pero su sonrisa, por debajo de su antifaz, iluminaba su cara para mi desdicha.

Cuando le recordé que era hora de tomar el coche no se opuso, solo me rogó un momento para despedirse de su acompañante, el joven anodino que supuse fuera de mi vida para siempre.

Agustina tomó el coche y yo me quedé con Valeria un poco más. Mi hermana y yo habíamos urdido una mentira laboriosa para hacer creer a la Benajara que ambos

estábamos en el teatro. Agustina debía excusarse y marchar por un precipitado dolor de cabeza. Yo, consecuentemente, me había quedado viendo la representación de Lope de Vega que llevaba en cartel cerca de un mes. Una *Fuenteovejuna* muy sonada, pues su principal actor era un tanto amanerado y con rizada cabellera. Interpretaba a un Frondoso que hacía referencia a su nombre y del que se mofaban los secuaces de Morell.

Una vez quedamos solos, Valeria y yo dejamos de besarnos. Era como si hubiéramos copado nuestra efusividad por completo y ahora buscáramos la placidez de la palabra. Era novedoso, desde que me la presentaran apenas había mantenido una conversación y esto me preocupaba porque, siento decirlo, no pude evitar pensar en la diferencia de sexos. Como hombre, me podía permitir besar a una dama si ella accedía, pero Valeria quedaba en muy mala posición arrojándose a los brazos de un desconocido. Toda mi vida he arrastrado el peso de los prejuicios y a ellos me he rebelado continuamente. Pero la sociedad planta la semilla y las madres hacen el resto. Yo era un heredero de mi siglo, en consecuencia.

Valeria pareció descifrar mi ceño fruncido y dijo:

—Pensarás de mí que soy una mujer frívola. Nada es más contrario a esta imagen que, sin duda, ofrezco. Cuando Francesca me propuso realizar este intercambio fue la oportunidad que deseaba desde hace años. Agustina me leía tus cartas en el internado y yo me hice una imagen de ti. Empecé a quererte entonces. Pero ni Francesca ni yo misma nos podíamos suponer que reaccionarías así. Al principio no negaré que me abrumaste.

Sus mejillas se sonrojaron. Y por su mirada huidiza comprendí que ella también había dudado de mi sensatez y que una mujer, educada o no en esta sociedad hipócrita, tiene el mismo derecho a pensar como yo: que los hombres son unos calaveras si se arrojan a los brazos de una mujer sin apenas conocerla.

—No tienes que temer nada de mí, querida Valeria —le respondí tomándola de las manos—. Tengo un corazón enamoradizo, eso es cierto. Pero soy fiel. No podría ser de otra manera, puedo entender la traición… menos a un amigo o a tu pareja. —Valeria enmudeció—. Así que me conocías antes de que yo te conociera a ti… —constaté vanidoso.

La muchacha sonrió con ternura.

—¿Acaso crees que hubiera venido a España con el único propósito de ver a tu hermana? Adoro a Agustina pero a ti te quiero.

Realmente era franca esta chiquilla. Con Valeria no hubo nunca barreras que superar. Fue todo deslizante y suave, muy contrariamente al amor que siempre sentí por Francesca, contenido y protuberante, cuyas esquirlas siempre me hirieron de una manera o de otra.

A la mañana siguiente, almorzando, mis ojeras y bostezos fueron los honorarios a mis horas de vigor amoroso. Mi madre los reconoció ávida pero, al menos, al principio se contuvo y no dijo palabra alguna. Comíamos Agustina y yo en silencio y

con hambruna, como era habitual, dadas las horas en las que desayunábamos regularmente —a las siete de la mañana—, cuando mi madre, sin mirar a su hija, preguntó:

—¿Cómo va el dolor de cabeza, querida?

Agustina, tomada por sorpresa, dejó caer la cuchara con la que daba vueltas a la taza de café.

—Oh, bien, bien. Muchas gracias.

—Una lástima que tuvieras que volverte del teatro sin ver el final de la obra.

—Sí, una lástima. ¿Verdad, Maxi?

Yo asentí evitando otro bostezo.

—¿Y tú? —inquirió la Benajara mirándome—. ¿Disfrutaste de la velada? ¿Te gustó la *Fuenteovejuna* del señor Olivero, al que ya aclaman como al nuevo Isidoro Máiquez?

Yo, envalentonado por la mentira, quise dar más veracidad al momento y con toda placidez contesté:

—Pues el señor Olivero es un actor mediocre. Por mucho que digan, no me gustó nada haciendo de Frondoso.

La Benajara me miró fría, con una sonrisa pétrea pero vencedora.

—Quizás eso se deba a que ayer el señor Olivero sufrió un accidente y tuvo que suspenderse la representación. Todo el mundo lo comentaba en Granada ayer noche, hasta las criadas, pero claro… a vosotros dos os dieron una representación privada. ¿No es cierto?

Mi madre se levantó heroica. Dejó el comedor con más teatralidad que el señor Olivero cuando actuaba en el teatro Principal. Agustina y yo nos quedamos helados, indecisamente contentos por no haber recibido la reprimenda que, aunque merecida, hubiera sido lo corriente en aquel caso. Pero la Benajara se conformó con mostrarse victoriosa. Nos demostró una vez más que mientras viviéramos en el caserón de los Cid ella sería la diosa omnipotente que todo lo sabe y todo lo controla.

Durante algunas noches tuvimos libertad para salir sin ser molestados.

Capítulo 11

Juan de Flores

Yo ya me sentía capaz de vivir moralmente de mis narraciones, aunque fuera de forma bohemia, pues James Hilton, mucho más después de los repetidos secuestros del diario, a duras penas tenía para sacarlos a la calle. Por suerte, me sustentaba con la caña de azúcar y los negocios variados de los Cid; de ellos pretendía costearme todas mis aficiones, incluida la de escribir.

Recuerdo aquel verano de 1859 como uno de los más interesantes de mi vida. Visitaba a Valeria con frecuencia en una nube inconsciente de irresponsabilidad. Ninguno de los dos se planteaba que habría de acabar su estancia en España. Organizábamos comidas campestres entre las choperas cercanas o nos íbamos a las huertas, como dos chiquillos, a asaltar los frutales, sin presentir que nuestras hazañas de niños ricachones afectarían a la condición esclavizada de un trabajador.

Entre deliciosas jornadas, buscando el frescor de la sierra, mi inspiración volvía y me sentía necesitado de expresar en papel historias fabulosas.

Así volví, forzado por mi inspiración, a la Granada romana. No era momento, bien lo sabía, de recordar la narración públicamente desprestigiada que me publicó Hilton. Era de necesidad que no volviera a sacar a la luz mis personajes de Titus Lucius y su amada Minerva.

Iliberri continuaba en mi subconsciente. Tanto o más que en el de los arqueólogos granadinos que ponían su empeño en buscar algo de su existencia.

De la controvertida historia de Iliberri recordaba algunas críticas que se habían quedado prendidas en mi memoria como si desearan advertirme de su veracidad. Mínguez, mi profesor, era el que mejor me había aconsejado y de él mantenía vivos unos comentarios que fueron casi decisivos a la hora de elegir nuevo protagonista para la historia literaria que me traía entre manos. Me había dicho: «El nombre de Iliberri se asocia aún a Juan de Flores y sus falsificaciones, y es un tema prohibido. Tenga usted mucho cuidado con quién se compincha y qué es lo que escribe. Y con todo, después de haber pasado su relato por el tamiz de la autocensura, ofenderá a la mitad de sus lectores».

¡Qué razón tenía Mínguez! Si entonces hubiera sabido lo que me quedaba por soportar, habría desechado la idea de escribir sobre Juan de Flores y con ello me habría ahorrado desprecios, humillaciones, insultos y hasta ser desafiado en un duelo.

—¿Qué sabe usted de Juan de Flores? —le pregunté una noche al profesor mientras compartíamos una agradable cena en mi casa del Paseo de los Tristes. Por supuesto mi madre no se encontraba en el caserón. Fue invitada a una velada benéfica, de no haber sido así habría evitado que el andrajoso intelectual pudiera sentarse en una de sus butacas.

A Julián Mínguez se le enarbolaban las orejas cada vez que yo le preguntaba por algo comprometido. Su cara ratonil intuía que iba a meterme de nuevo en problemas.

—Juan de Flores no es buena cosa, no —dijo meneando su cabeza—. Como usted bien sabe, a él le debemos los únicos descubrimientos del foro romano de Iliberri. Pero no solo descubrió su foro, sino que falsificó todo cuanto le vino en gana, y es de eso de lo que el granadino se avergüenza. No podremos perdonarle jamás que un hecho que podía haber sido la honra de nuestra patria se convirtiera en el hazmerreír de toda la comunidad internacional. Después de la falsificación de los Plomos del Sacromonte nadie hubiera imaginado que se volvería a falsificar en la misma ciudad, pero los españoles somos pícaros hasta con los propios pícaros y la historia nos demostró que somos incapaces de tomarnos en serio. No encontrará a ningún granadino de a pie que defienda lo que hizo Flores.

—Pero es inevitable. Si sigo documentándome sobre Iliberri llegaré a Flores quiera o no quiera. Sus excavaciones en el siglo XVIII son fundamentales para la historia de Granada.

—No sea usted inocente, amigo mío: en Granada como en toda España prevalece primero el sentido del honor y luego el de la veracidad histórica. Cuando Flores fue juzgado por falsificador y destruidos todos sus falsos hallazgos, se enterraron con ellos también parte de los auténticos. Amén de suceder en un momento en que la arqueología no era ni una presunción, lo normal es que las religiones y los gobiernos corruptos decidan qué es historia y qué no lo es.

—Bien, pues hagamos que se replanteen lo acertado de sus decisiones. Daré mi visión de Flores y que ellos decidan.

—Mi vehemente Max… Espere a que vengan tiempos mejores. La política no está en su mejor momento como para que usted meta el dedo en el ojo llagado.

Por respeto a mi profesor prometí esperar hasta un tiempo indefinido para empezar mi relato. Esperé como quien espera una señal del cielo, y durante algunos meses todo me resultó tan monótono como siempre, sin expectativas de cambio ni de señales celestiales.

Fue así como llegó el día en que Francesca me escribió una carta solicitándome que acudiera a su casa. El amor que profesaba a Valeria era claro y sincero, pero ¿a cuántas mujeres puede un hombre amar? No sabría contestar a esa pregunta pero cierto era que mi corazón saltó de emoción al recibir noticias de aquella mujer que no pudo ser mi amada pero dejó en mí una marca indeleble y latente. Un lazo nos unía a Francesca y a mí que nunca pude romper.

Me decía en la intempestiva carta que me esperaba en su casa del Albayzín. Acudí esperanzado, cegado por la ingenuidad de mis sentimientos cruzados. Al llegar al salón de su casa me hizo sentar, entre seria y vivaracha, sirviéndome un té que sabía que no habría de tomar, pero dispuesta a desvelarme una noticia que no me dejó en nada indiferente.

—Max, he estado pensando que usted… tiene ciertos derechos sobre mí. Me

consta que he de ser más sincera y no lo he sido. Perdone mi egoísmo.

Yo, como era de esperar, entendí que hablaba de mis sentimientos. Dicen que el amor es ciego, pero a veces es también sordo. Le tomé una mano pero ella la retiró con delicadeza viendo el malentendido.

—No tengo derecho a privarle de conocer a su hermano.

Hubo un silencio incómodo para ella pero insignificante para mí, pues la propuesta me agarrotó los músculos de la cara. Hasta ese momento no me había ni planteado la posibilidad de conocerlo y desde luego mucho menos sentía la necesidad. Nunca he sufrido el lazo umbilical de la fraternidad. A Agustina la quise por desesperación de verme solo y repudiado, pero ¿qué ganaba conociendo al fruto de los amores prohibidos de mi padre? A fin de cuentas aquella criatura me recordaría toda la vida que Francesca había querido a otro hombre.

Se abrieron las puertas correderas y apareció el ama con un niño de entre dos o tres años, según a mí me parecía. Iban ambos de las manos, el pequeño vestido como un adulto, con sus pantalones ajustados de terciopelo negro y su corbata. Me fijé en sus pies, que movía impulsados desde las rodillas, como el andar de un anciano al que le pesan las piernas. Francesco me miró indeciso. Tenía una gran mata de pelo negro que caía sobre sus hombros. Era un pequeño romántico. Solo le hubiera faltado la barba.

—No tengas miedo —dijo Francesca a su hijo en italiano—. Acércate, vamos.

El ama dejó al niño que avanzara. Lo hizo a intervalos, temiendo algo que yo no alcanzaba a reconocer. Luego, quedándose frente a mí fijó sus ojos inexpresivos. Luego se aproximó a la mesa del té que, en un violentísimo arrebato, tiró impulsado por un gemido que me pareció más de animal que de persona. Y rápidamente comenzó a llorar.

La tetera cayó sobre mis pantalones y sentí el calor del brebaje abrasarme la parte inferior de mis extremidades. Pero con todo no dije nada. Estaba más sorprendido que dañado. Me levanté por instinto y Francesca hablando aún en italiano indicó al ama que se llevara al pequeño monstruo. Se volvió hacia mí con un grave pesar e intentó ayudarme a limpiar mis pantalones nuevos.

Yo la detuve.

—No. Estoy bien.

—¡Es todo culpa mía! —se lamentaba—. Culpa mía enteramente. Lo he malcriado. Se me ha ido de las manos. Me siento indefensa ante él. Siento todo esto, querido Max, mi intención era buena.

—Parece que no le ha gustado mucho conocer a un hermano. Tal vez sea mejor que no nos veamos hasta que el niño sea mayor y sepa entender.

—¡Oh, Maxi! —seguía gimoteando Francesca—. Lo he estropeado todo.

Sacó un pañuelo de blonda color marfil y soltó su llorina sobre él. No sé por qué me pareció aquel llanto un poco teatral. Nunca había visto llorar a Francesca. La supuse de esas mujeres que nunca lloran. Pero finalmente era tan humana como las

demás. Me conmovió verla tan indefensa, así que me acerqué.

—No ha sido nada. Mis pantalones se lavarán y yo esperaré a que llegue el momento adecuado para conocer a mi hermano.

—¿De verdad que no le importa? —preguntó cogiéndome una mano. Sabía que su contacto me suavizaría en caso de que hubiera mostrado algún distanciamiento. Yo le besé el dorso de esa mano firme pero suave.

—En otra ocasión, ¿de acuerdo?

Me marché de su casa con alivio. La primera vez que me marchaba del lado de Francesca sin sentir ausencia. Desde entonces Francesco fue para mí un impedimento, una molestia, un engorroso problema del que nunca conseguí desembarazarme.

Acudí a mi casa con la imagen de aquel engendro melenudo en mi recuerdo y aquella noche no pude dormir.

Pasado el verano de 1859 decidí corregir todas mis notas sobre Juan de Flores y entregarlas a Jaimito Hilton para ser publicadas. Esta vez lo quise hacer con mi propio nombre, sin las iniciales equívocas de mi anterior relato romano. Era un riesgo, pero me propuse no ofender a nadie, al menos con premeditación. Lo que no sabía entonces es que cuando se escribe se ofende a más gente que a la que se distrae, por lo menos en esa España atemorizada y vulnerada por la moralidad.

Juan de Flores había sido un falsificador. Habiendo descubierto el foro romano de Granada, decidió tomar piezas de otros lugares y colocarlas en lo que él defendía como foro, y sin remordimiento alguno encargó otras piezas convirtiéndolas en reproducciones exactas de lo que debió de haber allí. Engañó a tanta gente en Granada que parecía que sus descendientes se sentían dolidos aun habiendo pasado un siglo, y esto fue —este resquemor— a lo que me tuve que enfrentar. Así y todo, yo no defendía a Juan de Flores, únicamente traté de exponer lo que me parecieron sus razones, que él mantuvo, con testarudez hasta su muerte.

En otoño, Hilton me publicó mi primera entrega de la historia de Juan de Flores. Y esperé la reacción del público.

Las historias de Flores, a pesar de su hilaridad, no causaron demasiada expectación. Supuse que por absurdas, aun siendo veraces, resultarían entretenidas para el gran público. Hilton, perro viejo en instigar al gobierno, publicó cada una de ellas con unas curiosas caricaturas que a quien no divertían, al menos molestaban. Era la manera del editor de no dejar a nadie indiferente.

Al principio nada se decía en ellas que pudiera provocar desaire en las mentes granadinas más tradicionales, pero poco a poco, según fueron transcurriendo las semanas, mi nombre fue motivo de discordia tanto en los cafés como en las iglesias, y me encontré, nuevamente, propuesto para la excomunión.

Hablar de Flores, en aquellos días, era una imprudencia. Mi madre, que se comía los santos, sobre todo en escenario público, me amenazó con desheredarme si continuaba en mi empeño de sacar a colación al falsario. Por suerte, yo tenía medio

de amenazarla con la economía, pues aunque arisco, no derrochaba en trajes ni en adornos. Muy contrariamente a lo que ella hacía, que con la excusa de examinar las cuentas del negocio de la Alcaicería volvía pertrechada de trajes con colosales perifollos, diseñados al estilo de la famosa cantante de ópera Giulia Grisi, a la que admiraba.

Tal vez por ser mi madre mi más intransigente enemiga, decidí jugar con mis mejores cartas y sin disimulo alguno, más bien creo que con decidido desprecio hacia las mujeres y hombres de su hipócrita condición social, arremetí con una historia personal —y posiblemente demasiado fantástica— del controvertido suceso de Juan de Flores.

En las siguientes entregas se verían afectados por mi pluma no solo el clero —que aunque muy distinto al del siglo XVIII en su base seguía siendo una institución inamovible—, sino también los historiadores, ahora en pugna por la ubicación de Iliberri, y por supuesto todas aquellas personas que yo creía verdaderos eruditos de la cuestión. A todos y cada uno de ellos les dije: «Me acojo a mi licencia de escritor. Si me alabáis pensad en el esfuerzo que empleé al documentarme; si me censuráis recordad que yo me atengo a mi única arma, que es mi fantasía».

A pesar de ello, algunos me retiraron el saludo.

Pero un día, el propio Mínguez me visitó entusiasmado. Sus amigos de la Comisión de Monumentos le habían hecho partícipe de un descubrimiento en lo que denominaban Huerto de Lopera, la zona excavada por Juan de Flores en el siglo XVIII en donde se decía que se ubicaba el foro de Iliberri. Con claro entusiasmo me dijo:

—Venga, venga, amigo Cid, tiene que verlo usted. Alejandro Morales, el arqueólogo, ha descubierto una inscripción romana en el Huerto de Lopera y hasta se han atrevido a interpretar los caracteres de una *gens* o familia romana que bien puede ser propia de Granada. Venga, vístase rápido y vayamos a hablar con Morales. ¿No era una noticia así lo que esperaba usted? ¡Ah, alma de cántaro! Hizo bien en esperarla, aunque debería haber presentido que del cielo no se recibe en Granada más que un gran aguacero de vez en cuando.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Iliberri continuaba bajo nuestros pies y era necesario desenterrarla. La inscripción que nos mostró el señor Morales de forma entusiasta pero íntima se encuentra hoy en día en el Museo Arqueológico de la ciudad. Tal vez no tenga un gran valor artístico, tal vez sus letras horadadas en la piedra ya no puedan leerse, pero créanme, me sentí agradecido con el destino por haberme elegido para estar en ese momento, junto a aquellos hombres que poco a poco desvelaban la verdad de la historia. En aquel instante empecé a hacerme inmortal.

Días después, me encontraba sentado en el taller del profesor Mínguez con un ejemplar que publicaba una de mis entregas sobre Flores. Le leía mi historia empleando mi mejor vocalización y él me devolvía agradecido una mirada atenta. Apoyada su cara de roedor en una esquelética mano, parecía disfrutar de la lectura;

sin embargo, apenas terminé de leer levantó su rostro y preguntó:

—Amigo Cid, ¿cree realmente que a Granada y a toda España puede interesarle su antecedente romano?

Yo me quedé mudo. Viniendo de él era una pregunta capciosa, pues Mínguez había sido la primera persona que me habló de Iliberri y quien me había orientado en todo mi quehacer literario respecto a su documentación.

—A quien tenga un mínimo de curiosidad por lo que es suyo… lo afirmo, rotundamente.

Mínguez asintió.

—Verá, Maximiliano… los historiadores, los eruditos (y perdone si me incluyo entre ellos) nos creemos que cuanto nos interesa a nosotros interesa al grueso de la población. De ellos dependemos para que nuestros trabajos sean divulgados y conocidos. Pero la gente que lee los diarios no quiere estrujarse los sesos, no quiere conocer más que lo que le dice el vecino en su escueta charla matinal. Quiere evadirse del problema de no tener ni un chavo para la comida, o de la amenaza de ser cesado en su trabajo. No, amigo Cid, su cuento no llegará a mayores, se lo digo yo. La Granada romana no interesa a nadie.

Lo decía con pesar. Puedo confirmarlo. Por eso no me hirieron sus críticas.

—Entonces tendré que dar más morbo a mi historia.

—¿Cambiará la historia de España para que otros la lean más interesados? ¿Dónde está su integridad literaria? ¿Y la verdad histórica? ¿Dónde está la verdad histórica?

Yo me vi demasiado instigado. Finalmente tuve que disentir.

—¿Y qué es la verdad histórica, profesor? ¿Existe una única y verdadera historia? En mi relato, fruto de mi observación más deductiva, doy una visión mediatizada de Juan de Flores. Un escritor no puede ser objetivo. No puedo más que sentir compasión por aquel hombre que lo dio todo por un ideal y se dejó llevar por sus sentimientos.

—¡Sentimientos! —exclamó exaltado Mínguez—. ¡En un científico no hay cabida para los sentimientos!

—Pero…

—¡Lo que es usted es un romántico!

Antes otros ya me habían llamado así, pero Mínguez lo dijo con tanta resolución que pareció insultarme con sus palabras. No en vano el ser romántico empezaba a ser algo pasado de moda en España. Me levanté algo enojado, tengo que reconocerlo. Doblé mi periódico y lo dejé sobre una de las mesas de su taller.

—Siento que se haya usted molestado, profesor. Pero creo que si poner sentimientos a las cosas es ser romántico seré un romántico hasta la tumba.

Hice un gesto adusto con la cabeza y me dispuse a salir. Pero Mínguez me sujetó por un brazo.

—Bien, señor Cid. Ni siquiera un romántico puede dejar de comer. ¿Le

importunarían unas tostadas con tocino para el almuerzo?

Yo sonreí. Me agradó ese humilde ofrecimiento. Y me quedé con él, a pesar de mi traje bien planchado, intentando no mancharlo de la grasa rebelde de aquel manjar. A fin de cuentas, el hambre también era un sentimiento.

Pasados unos meses, cuando mis narraciones sobre Juan de Flores empezaban a contrariar a la ciudad y mi madre conspiraba para que Hilton fuera detenido o cuando menos humillado frente a la opinión pública, ocurrió algo impensable, algo mucho más fuerte que la cotillería popular, un suceso que todo lo arrastró barriéndolo hasta la insignificancia. No hay nada como lo que surgió sin esperárnoslo, a todos afectó. Y por fortuna o por desgracia, Juan de Flores perdió el interés social. ¿Cómo no habría de ser así? No hay nada más bochornoso pero merecedor de la alabanza social que la guerra. Y eso fue. El 22 de octubre de 1859 se declaró la guerra contra África. Así de sencillo. Los que se arrebataban con mis historias del religioso acaparador y falto de moral se pavoneaban de una España que gastaría sus arcas reales en la muerte, aunque fuera a costa de los miserables que poblaban las calles españolas.

Pero claro, mi opinión no era válida. Porque yo era un romántico.

Capítulo 12

La guerra de África

—¡¡¡La guerra!!! —gritaban las criadas.

—Ay, señorito, ¿qué será de nosotras, de nuestros hermanos y esposos? —preguntaba Rosita paseándose de un lado a otro del pasillo mientras yo observaba con cautela la actitud de esas mujeres.

—¡Max! —Vino corriendo hacia mí Agustina, demudado el rostro.

Se abrazó a mí y entonces todo aquel guirigay desapareció cortado por la voz de la Benajara:

—¡A las cocinas todo el mundo! Si hay guerra que la haya, que a nosotros no nos importa.

Fue dicho y hecho. Con respuesta militar respondieron las criadas al imperativo de mi madre. En nuestra casa ya se había declarado una cruzada hacía muchos años, una pugna sosegada a la que nos habíamos acostumbrado. Mi madre hubiera hecho de gran general en la guerra, no me cabía la menor duda.

—¡Y vosotros al salón!

Agustina y yo obedecimos. Ella por inercia y yo por curiosidad de oír qué nos deparaba el sentido nada común de mi madre. Nos sentamos juntos en un sillón de cretona roja y esperamos. La Benajara andaba de un lado para otro con las manos agarradas. Su miriñaque gemía a cada paso impulsado por la caída de su falda, que rozaba la tarima barnizada del salón.

—Esto no me lo esperaba. Soy tonta, bien lo sé —reflexionaba para sí—. Me he distraído con tus gamberradas, Maximiliano, y debería haber estado más atenta. Pero aún podemos sacar provecho de la situación. Los negocios florecen en tiempos de guerra. Tú, Agustina, no salgas de casa por unos días. Habrá que esperar la respuesta ciudadana. Tú, Maximiliano, vete al casino. Allí es donde se cuece todo en estos momentos. A ver qué puedes sacar de las nuevas que vengan de Madrid.

Me incorporé con alegría, no sin antes besar las manos temblorosas de mi hermana, y colocándome la levita dije:

—Por una vez estamos de acuerdo, madre. Me voy al casino.

La Benajara salió de la estancia convencida de que su actitud aplomada había dejado en cada uno de nosotros una huella imborrable. Agustina me tomó por el brazo.

—¡La condesa! ¡Y Valeria!

Yo asentí.

—No te preocupes, pensaba escribirles desde el casino.

Así dejé a mi hermana lánguida y preocupada y al resto de la casa sumido en una algarabía impropia de una casa honrada. Pero al salir, la Carrera emergía de su

quietud y envolvía su actividad infrecuente de verduleros gritando: «¡A la guerra!». Y otros, humildes jornaleros, batiendo periódicos al aire cantaban: «¡A por los moros!».

Sinceramente, me pareció verme trasladado al siglo XV. En España no aprendíamos.

Encontré a Mínguez en el casino. Tenía un semblante preocupado, no era para menos. Era hijo de militar y bien sabía lo que significaba para algunas familias la declaración de la guerra, por muy lejos que estuviera el campo de batalla. África nos amenazaba desde tiempos de Tariq en el 711 y a nosotros, los españolitos de a pie, no se nos metía en la cabeza que, queriéndolo o no, estábamos atados al pueblo musulmán de por vida. Lo ignorábamos incluso en Granada, que era la ciudad más árabe de toda España.

Llegamos Mínguez y yo a un casino abarrotado de caballeros. Muchos hacían corrillos para dejar explayarse a los más locuaces; otros, como Juanito Morell, se divertían seleccionando las caras más asustadas de sus conciudadanos. A primera vista pude distinguir a Pepe Pardo, más petulante y altanero que de costumbre. Daba golpes en las mesas apoyando las teorías de los más arriesgados. Una actitud muy curiosa que me hizo volverme hacia Mínguez.

—¿Qué le pasa a Pepe?

—Dice que se va a alistar.

—¡Alistarse! ¡Preciosa palabra! —exclamé irónicamente—. Ya salió.

—Durante algunos meses habremos de acostumbrarnos a oírla…

—Y a escabullirme de ella mientras se pueda —sentencié.

Mínguez me contestó con una media sonrisa. Estaba claro que él aplaudía mi actitud imparcial en el asunto.

—¿Y ese señor que habla con tanta pasión?

De entre todos los corrillos dispersos había uno más nutrido de jóvenes animosos y de maduros hombretones que asentían con moderada tranquilidad. Parecía que el conferenciante daba una clase eminente sobre el sentido de la guerra. Mínguez alzó los hombros con desgana, pues muchos serían, en adelante, los oradores que tendríamos que escuchar, algunos buenos como aquel y otros no tanto.

—Es el señor Pedro Antonio de Alarcón. Casualmente se encuentra en Granada y está explicando su punto de vista. Le convendría a usted conocerlo. Venga para acá.

Me tomó del brazo y me introdujo entre todas las levitas negras tan bien estiradas hasta que aparecimos justo al lado del señor Alarcón, ya conocido en aquella época por sus novelas y sus artículos en periódicos. Mínguez lo frecuentó en la famosa Cuerda Granadina, a la que años atrás pertenecían ambos.

—Don Pedro… —intervino Mínguez—. Me gustaría presentarle a mi alumno, Maximiliano Cid.

Alarcón me miró con ojos inexpresivos mientras pensaba, parecía que buscaba en su memoria la razón de mi nombre. Yo tuve tiempo para poderlo observar. Tenía cuatro años más que yo y puedo asegurar que parecían muchos más los que nos

separaban. Daba esa imagen de hombre maduro que yo nunca tuve. Por entonces no lo recuerdo con la barba de chivo que adquirió con el tiempo, tenía una barba rala y cuidada.

—¿Cid ha dicho usted? ¿No será el autor de esa célebre historia sobre Juan de Flores?

Asentí apesadumbrado. Que Alarcón me conociera por uno de mis dislates no me agradaba demasiado. Con todo me apretó la mano y me invitó a retirarnos a una sala en la que poder fumar tranquilamente. Mínguez se disculpó y nos dejó solos. Yo, como era costumbre en mí, rechacé su ofrecimiento de fumar. Todos, cuando así hacía, me consideraban enfermo de los bronquios. No se explicaban que un hombre rico y con éxito social no fumara.

—Verá… —dijo Alarcón—, no me parece del todo mal lo que usted está haciendo en el periódico de Hilton. Yo, como usted sabrá, he sido muy rebelde. Me llamaba la necesidad de alzarme contra todo. Hasta contra la reina me he rebelado. En *El látigo*, el periódico ¿sabe usted?, no fui muy diplomático ni con la monarquía ni con el clero. Pero sucedió que un desdichado me retó en duelo por manifestar mi osadía y estuve a punto de morir. Aquello me hizo recapacitar.

—¿Lo retaron a muerte? —No cabía en mí del asombro. En el siglo en el que estábamos y todavía con esas manifestaciones medievales.

—Sí, señor. Yo disparé primero y erré el tiro. Pero mi contrario tuvo a bien dejarme con vida, y me dijo honestamente que yo sería un nombre reconocido en la literatura española. Y eso, créame, me sumió en una etapa de mi vida que considero la más acertada. Ahora, sin dejar de lado mi arrojo luchador, he preferido sentar la cabeza. De hecho voy a ir a la guerra.

Mis pestañas debieron de desplegarse con sorpresa.

—¡¡¡Y a eso lo llama usted sentar la cabeza!!!

—Sí, amigo mío. Yo nací en Guadix. Entre las ruinas de alcázares, mezquitas y alcazabas me he criado. Para mí, el moro ha tenido siempre esa imagen romántica que hemos heredado siendo granadinos. Pero ahora es momento de dejar salir el amor a la Patria. Y yo como escritor no puedo quedarme ausente. La publicación *El Museo Universal* me ha encargado que acuda como corresponsal de guerra. En América los hay ya. Son célebres los escritores que acuden al campo de batalla a contar lo que ven. Sería una novedad en España, no voy a discutirlo. Pero es una novedad que me inspira. Tal vez escriba una novela cuando finalice todo con mis experiencias en África.

Aquel hombre era un gran personaje.

—Me deja usted gratamente sorprendido. Hace usted cosas que yo sería incapaz de realizar. Soy, lo que se dice, un cobarde. Huyo de la guerra y de las situaciones belicosas.

Alarcón rio.

—No me lo puedo creer. De un hombre que es capaz de levantar de sus asientos a

la más remilgada casta granadina con sus escritos… No, no puedo creerlo. Pero si admite un consejo, dele tiempo a su personaje; descanse, ahora Flores no tiene nada que hacer. La guerra llama al patriotismo. Y si además lo enerva usted cuestionando la integridad del granadino… créame, no obtendrá buena cosa.

—No pierda usted cuidado. A lo único que me expongo es a que no me dirijan la palabra, lo cual agradeceré.

Me despedí de Alarcón habiendo aprendido. No compartíamos nada, ni siquiera el ideal político. Pero me pareció honesto y congruente con su propia lógica.

Pedro Antonio de Alarcón volvió de África como un héroe. Se habló de ello aún más que de la victoria de España contra los moros.

Por aquellos días fui invitado a una exquisita velada en casa de la condesa. La actividad social granadina se había paralizado, por eso hacía semanas que no coincidíamos ni en el teatro. Su tarjeta me hizo resurgir de las cenizas, como el ave Fénix, pues me había sentido un poco desanimado con la opinión pública acerca de mi relato de Flores. No era cobardía, pero trataba de evitar el enfrentamiento entre mis allegados, tal cual me aconsejó Alarcón. A fin de cuentas, como todo en Granada, mi historia pasaría sin pena ni gloria en unos días y volvería a hablarse de los incendios, de las inmoralidades de las señoritas bien y de otras majaderías de la misma índole, como era la guerra.

En la casa de Francesca siempre se acogía a lo más selecto de Granada. Hilton fue también invitado. Lo vi en un rincón, demasiado afectado por la mirada inocente de una jovencita. La condesa me recibió con su amable sonrisa. Mantuvo su mano entre las mías mientras me saludaba y di por bueno ese gesto, que agradecí, pues con él me sentí aliviado y reconfortado.

—Venga, querido Max. Le tengo preparada una sorpresa. He invitado a un hombre que le interesará conocer. Es el propietario de la finca colindante al Huerto de Lopera. ¡El huerto de su querido Flores! Estoy intentado convencerlo de que me la venda. ¿No sería eso fantástico? ¡Quién sabe! Lo mismo bajo sus cimientos se encuentra algún cipo de esos, que usted nombra en su relato.

Yo me quedé aturdido. No podía esperar tal situación.

—Venga… —volvió a decir tomándome del brazo—. Confío en su poderío español para que lo convenza. He hecho muchos tratos en mi vida en subastas públicas, pero frente a un hombre que se cree convencido de ser heredero directo de Don Quijote, ¡nunca!

Francesca me presentó. Y tenía razón: don Ambrosio Medrano era un hombre de los de antes. Iba diciendo con su traje y su peinado que era español, no había duda.

Con él me dejó Francesca, a pesar de mi deseo de permanecer junto a ella, pero tuve que esmerarme en complacerla desde lejos, convenciendo a un hombre que seguramente pensó de mí que era un dandi insustancial, de esos afectados por las maneras.

Conseguí arrebatarle la casa por una cantidad inaccesible para mi bolsillo pero

aceptable para el de Francesca. Y cuando acabó la velada, me mantuvo la condesa en su rinconcito preferido de la casa, ofreciéndome un oloroso té. Allí fue donde la conversación vagó por derroteros escabrosamente frívolos, lindando en lo que me parecía el juego de la seducción.

—Estaba segura de que usted podría conseguirme esa casa. ¡Estoy tan contenta!

—¿Y qué va hacer usted ahora? ¿Convertirse en la nueva Juan de Flores?

Francesca sonrió atrevida.

—¿Me ve usted con hábito religioso, mi querido amigo?

—Usted estaría adorable de cualquier manera.

Francesca pareció sonrojarse. Tomó un sorbo de té.

—Verá… he pensado mucho en su historia. Juan de Flores me parece un hombre encantador.

—¿Encantador? ¿Le agrada la falsedad y la mentira?

Francesca dejó su taza sobre la mesita de té.

—Siempre me han atraído los hombres pasionales.

Nos miramos sin pudor. Ninguno retiró la mirada. Otra dama cualquiera hubiérase sonrojado, incluso ofendido, pero Francesca…

—Señora mía… —dije yo recordando las últimas palabra que me dedicara Mínguez—… es usted una romántica.

Francesca soltó una graciosa carcajada.

—¡Ciertamente! —exclamó en su más excelente italiano—. Y nunca dejaré de serlo.

Estuvimos unos segundos en silencio. Parecía que cualquier cosa que dijéramos estropearía aquel encantamiento. Por desgracia, Francesca se vio obligada a hablar.

—Bien, ahora en serio… su Flores me emociona. Compadezco su situación. Creo que damos demasiado valor a la verdad y a la mentira. ¿No se usa en España la expresión «mentira piadosa»? A veces la mentira es el único camino para no hacer daño, puedo asegurarlo.

Yo la miré, retador.

—¿Ha mentido alguna vez, Francesca?

La condesa bajó la mirada. Por primera vez me evitaba y comprendí que los recuerdos le dolían de forma tangible.

—Sí, mentí. Y no me arrepiento. Fue hace muchos años. A una persona a la que amaba.

Sus palabras me hirieron el corazón.

—¿Fue a mi padre? —pregunté.

Francesca sacó un pañuelito blanco de la manga de su vestido. Se rozó la nariz con un gesto instintivo al humedecerse su mirada azul.

No contestó, pero su silencio me confirmó que así era.

Pensando en esto y creyendo oler el perfume de Francesca como si aún la tuviera a mi lado abandoné su casa de madrugada. Al adentrarme en la calle Elvira, a la

altura de la iglesia de San Gil, dos hombres me cedieron el paso y uno que iba tras de ellos se interpuso delante de mí. Vestía una capa española con esclavina y su rostro quedaba semioculto por esta. Sin mediar palabra sacó un guante de su bolsillo y me abofeteó con él. Yo me quedé inmóvil, como si fuera de piedra. Muchas cosas pasaron por mis aturdidos pensamientos, pero finalmente pude enderezar mis sentidos y comprender que había sido desafiado en duelo.

—Exijo una satisfacción, en nombre de todos los granadinos cristianos y honrados. Estos son mis padrinos, señor mío. Lo visitarán mañana.

—Pero… —tartamudeé—. ¿A quién he ofendido yo?

—¡A Dios y a los hombres! ¿Le parece poco?

Sin saber de quién se trataba, aquel orgulloso granadino desapareció por la calle Elvira junto a sus padrinos, protegido por la luz de la luna y por su áurea quijotesca. Todavía recordaba las palabras de Alarcón resonándome en las sienes. Mi aturdimiento y mi juventud me conferían la valentía que suele asomar a los necios. De haber sido hoy habría ignorado el golpe del guante e instigado a mi rival a proclamar a voz en cuello mi cobardía. Pero yo entonces creía que las cosas debían hacerse de acuerdo a un orden moral. Al llegar a mi casa decidí reforzar el contenido de la nueva entrega de Flores, por si acaso me costaba la vida aquel inesperado duelo. Y con frialdad y madurez, me entregué a las desdichas del otro hombre, mi personaje literario, con el que me compenetraba por coincidir conmigo en ser incomprendido y repudiado por toda Granada.

A la mañana siguiente, como bien me advirtiera el desconocido duelista, fui visitado por sus dos padrinos. Mi madre no se encontraba en la casa, lo que reforzó mi hombría y dignidad. Invité a ambos hombres a sentarse y fue entonces cuando me dieron un papel con las normas impuestas al desafío.

—Tendré, al menos, el honor de saber con quién me voy a batir… —ironicé con toda la templanza de la que fui capaz.

—Somos los padrinos de Leandro de Montemayor, veterano de guerra y miembro de la cofradía del Santo Sepulcro. Su nombre es conocido en toda España. Usted hace su vigésimo cuarto contendiente este año.

—¡Pero si estamos en otoño! —exclamé atónito.

—Pues imagine usted el trabajo que aún nos queda a nosotros hasta la Navidad…

Eso me hizo sonreír. Aquellos padrinos parecían más cansados de su trabajo que yo de oír sandeces desde que comenzaran a publicar mi relato sobre Juan de Flores.

—Por descontado, le rogamos que sea prudente. Nos veríamos en un aprieto de hacerse pública la noticia de nuestra empresa. El señor De Montemayor aún defiende la honra española como se hacía en su juventud. Y le aseguro que no es ningún loco, no tiene miedo a la muerte y es un experto en tiro con arma.

—Bien, seré discreto. Habrá elegido él ya la forma… supongo que a primera sangre.

—En la carta se le explica con exactitud. Luego, háganos el favor, quémela para

no dejar pruebas. Le esperaremos en el lugar convenido antes del amanecer. Confiamos en no llegar tarde, pues el señor de Montemayor regresará de otro duelo con espada.

—¡Oh! —ironicé de nuevo—. Tal vez se encuentre cansado y prefiera dejarlo para otro día…

Uno de los padrinos, el más hablador, sonrió.

—Me temo que los demás días también los tendrá comprometidos.

Así fue como nos despedimos y yo quedé emplazado para el día siguiente en lo profundo del bosque de la Alhambra, allí donde solo habitan los locos duelistas y los espíritus de los moros que la construyeron.

Me quedé, presintiendo el peligro, como el propio Flores. Toda la noche me la pasé escribiendo, se consumió el petróleo de la lámpara y tuve que encender una vela. Cuando esta anunciaba sus últimos alientos una liviana luz entró por el balcón que daba a la Alhambra; fue como un aviso de que llegaba tarde a mi cita con la muerte.

Era una madrugada brumosa. Los cambios de temperatura en Granada son corrientes y estos provocan, a veces, extrañas reacciones naturales.

Un velo de niebla me acompañó hasta cruzar el puente de las Chirimías. Atravesé por el medio del espeso bosque para que no pudieran reconocerme. Bajo las ruinas de las Torres Bermejas me habían citado y allí aparecí jadeante por el esfuerzo de remontar la colina o tal vez por el miedo, sensación hasta ahora desconocida para mí, al menos en ese grado. Me subí las solapas de la levita con manos temblorosas y hasta el contacto de mi fría piel me erizó el cabello. El día no había abierto aún y bajo la sombra de las Torres Bermejas me sentía desvalido e indefenso; de hecho se me pasó por la cabeza el peligro que corría si me encontraba a algún salteador de esos que decían que no tenían escrúpulos en abrirte en canal y robarte el reloj. El horror de verme muerto en esas circunstancias me alteró el corazón, sin darme cuenta de que si aquello no se producía era muy probable que muriera en manos de un loco veterano de guerra que hacía de los duelos su manera de vivir.

Un búho ululó. Era la primera vez que oía un bicho de esas características y me pareció premonitorio. Me convencí de que no tardaría en recibir la visita de mis enemigos.

Pasaba ya la hora indicada, pasos y susurros entrecortados llegaron a mis oídos provenientes del espeso follaje. Los dos padrinos del señor Montemayor aparecieron con cara descompuesta. Sin mediar palabra me preguntaron:

—¿Ha acudido solo? ¿Y sus padrinos?

—No tengo padrinos —aseveré intentando mantenerme lo más sereno posible.

Los dos hombres cruzaron sus miradas, aliviados.

—Bien, pues ya puede ir diciendo que a usted le acompaña un ángel de la guarda. El señor Leandro de Montemayor ha sido muerto en su anterior duelo. Queda así suspendido su compromiso. Buenos días.

Se retiraron. Parecían los abanderados de un sepulturero, con sus levitas negras y

sus sombreros de copa. Los vi desaparecer al tiempo que la luz del sol sobresalía por encima de las copas de los árboles. Yo continuaba tiritando, enervado, al borde de la histeria, sintiendo que la calentura me invadía las sienes y luego la cabeza. Me vi obligado a sentarme en el suelo. Creo que estuve así hasta que amaneció por completo. Unos gitanos me encontraron medio ausente y me dieron un poco de vino. Hasta uno de ellos me reconoció y le dijo al otro:

—Válgame, si este es el ateo del que reniegan todas las señoronas de la ciudad.

Después de sobreponerme a un resfriado que me obligó a guardar cama durante más de tres días, supe que mi obligación era continuar con mi historia. Cada vez estaba más cerca el desenlace y con la esperanza de ver muy pronto su final, tomé la pluma y escribí.

A mi hermana, a Valeria y a Francesca les omití el bochornoso episodio con Montemayor para no preocuparlas. Pero a la Benajara estuve tentado de confesarle mis locuras. Dudé durante algún tiempo hasta que, finalmente, un telegrama llegó a casa de Mínguez y este vino a visitarme para enseñármelo. Mi madre lo dejó entrar a regañadientes, pues él se mostró muy recio en su decisión de verme. Me tendió el telegrama y luego sacó su pañuelo para secar sus amargas lágrimas.

Capítulo 13

Washington Irving

Aquel señor que me visitaba en Madrid cuando yo era un niño, que se preocupaba por mi salud y bienestar, aquel que hizo las veces de mi padre mientras este escapaba del mundanal ruido con su amante… había muerto.

El telegrama quedó arrugado entre mis manos.

—¡Se ha ido lo mejor de la extranjería! —decía Mínguez entre sollozos soterrados—. Gracias a él la Alhambra es lo que es. Y su padre… ¡Cuánto le debió su padre!

Eran tantos sus hipos que mi madre acudió, más que por solicitud por curiosidad.

—Disculpe usted, doña Bárbara… —consiguió decir el profesor—. Pero un amigo muy querido ha muerto.

Mi madre miró al hombrecillo que se limpiaba los cristales de sus anteojos y luego me buscó a mí.

—¿Alguien que yo conozca?

—Washington Irving.

—¿Quién?

Pensé que lo estaba haciendo a propósito. No podía ser que mi madre se hubiera olvidado de él.

—El amigo de mi padre —contesté con rectitud—. El que me visitaba en Madrid.

La Benajara hizo un gesto que explicó que entendía. Pero no movió más que una ceja.

—Ah, ese…

Dio media vuelta y se marchó. Estaba claro que no quería oír hablar de mis tíos, de la vida de mi padre cuando ella no era más que un estorbo.

—¿Lo saben mis tíos Leandro y Aurora? —pregunté yo sin ánimo de que Mínguez supiera contestarme.

—Son ellos los que me envían el telegrama. En Madrid se entera uno de las cosas antes que en provincias.

Con cierta cautela decidí sentarme al lado del viejo profesor. Lo miré muy de cerca. Tenía cerca de cincuenta años y nunca me había parado a pensar en que emprendía el viaje a la ancianidad. Resultaba tan enjuto como un quijote, tan sorbido el seso como él por los ideales altruistas que no pudo mantener libres del escepticismo social. Sus fuerzas se mermaban en cada postura científica o política, lo que no impedía que fuera tan resolutivo como un treintañero si así se lo exigían las circunstancias. Pero ahora, ¡pobre profesor! era la viva imagen del desconsuelo.

—Usted lo apreciaba mucho, ¿no es cierto?

—No lo comprende usted, mi querido joven. Irving no fue simplemente un amigo

de juventud o un hombre al que yo admiraba: representaba la apertura de mente. Lo que en Granada su padre de usted y yo mismo queríamos imponer y no pudimos. Fue mi única conexión con el mundo exterior, cuando él se fue me quedé con mi Granada local y parcial, con mi pobre ciudad de provincias.

—¿Por qué no viajó al extranjero, profesor?

Mínguez me siguió mirando con sus ojos acuosos y dijo:

—Por la misma razón que nunca me declaré a la única mujer a la que he amado en mi vida.

No encontré palabras para animarlo, así que lo invité a un café en el casino.

Una vez hube dejado a mi amigo en su casa, ya de noche cerrada, decidí subir al Albayzín a visitar a Valeria y consecuentemente a Francesca, en cuya casa continuaba viviendo.

No todas las noches, pero la mayoría, visitaba a las señoras y hablábamos hasta altas horas de la madrugada, a veces juntos los tres y otras yo solo con Valeria, a la que ya consideraba mi prometida, aún sin haberlo anunciado en sociedad.

Me sentía un sultán en el harén de la casa del Albayzín. Me atendían mis dos mujeres, a las que yo amaba (a cada una de una manera) y ellas correspondían en puro deleite. Era en aquel hogar donde encontraba la paz de espíritu que necesitaba, lejos de presiones sociales y de la Benajara.

—Mínguez me envió recado de lo sucedido —me dijo Francesca nada más verme—. No he parado de llorar en toda la tarde.

—Cuesta creer que se haya ido —se lamentó Valeria— el autor de las leyendas más bellas sobre la Alhambra.

Yo intenté mantener el tipo. Me avergoncé soberanamente de no haber leído los *Cuentos de la Alhambra*.

—Ven, querido, siéntate, estarás agotado —exclamó Francesca—. Te serviré un té.

—¡No, se lo serviré yo! —se precipitó Valeria algo enfadada haciendo prevalecer su derecho sobre mí.

Yo me sentí halagado y complacido.

—Venid, sentaos conmigo. Únicamente necesito un poco de tranquilidad.

Me senté en el amplio sillón isabelino que Francesca había adquirido en no sé qué subasta de arte y ambas mujeres se acomodaron a mis dos extremos. Valeria me tomó de la mano, nuevamente quiso imponer su privilegio. Francesca, tan suspicaz, se dio perfecta cuenta. Desconozco si algo había pasado entre las dos mujeres en alguna ausencia mía. Pero algo extraño notaba en el ambiente.

—Deberíais hacer pública vuestra relación —exclamó la condesa.

Valeria y yo nos miramos y en sus ojos vi el brillo de la esperanza.

—Habrá que meditar cómo decírselo a nuestros padres —sentencié claramente pensativo.

—A los padres de Valeria se lo diré yo, si me lo permitís —aseguró la condesa—.

Tengo mano izquierda con estas cosas y me creen de acertado consejo. En cuanto a Bárbara…

—A esa me temo que tendré que lidiarla solo —dije con cierta ironía—. Pero no será fácil.

—No ha de poner impedimento —continuó Francesca—. Valeria es de buena familia y muy bien posicionada.

Bastó decir estas palabras y Valeria me abrazó. Se la veía entusiasmada.

—¡Querido! Seremos tan felices…

Me dejé contagiar con su pasional optimismo y la besé. De reojo observé a Francesca, que bajaba el rostro con un gesto doliente. Hubiera deseado percibir un leve sonrojo de celos, de envidia quizás. ¿Sería que Francesca se contenía? Su indiferencia me hirió durante años.

Juanito Morell también organizaba tertulias literarias y musicales. A ellas acudía la selecta burguesía granadina, muy al contrario que a las veladas arqueológicas, en donde podía encontrarse a una variopinta y aburrida camarilla de hombres ignorantes, convencidos de que eran descendientes directos de los viejos ilustrados. A mí me resultaba más divertido acudir a las tertulias literarias y musicales de Morell, pues estaban atestadas de otro tipo de ignorantes, los que se creían con el don de la opinión. Opinaban de todo, por descontado, también de lo que no sabían. En una velada de dos horas se conseguía dar un rápido repaso a la actualidad mundial. Aquellas señoras y señores de punta en blanco eran conocedores de los más íntimos secretos de la España del momento; gracias al lenguaje del abanico, un rumor oído momentos antes por las Alamedas llegaba a conocimiento general en el mismo instante en que la portadora de tan práctico utensilio se sentaba. A mí me gustaba ver moverse aquellos abanicos, algunos de ellos con diseños muy exquisitos. Cuando se pusieron de moda las plumas, las conversaciones llegaron a ser verdaderas danzas pajareras.

Desde una esquina de la sala creí encontrarme en la mejor de las situaciones para mofarme de los comentarios de aquellos ricachones ridículos. Morell sabía elegir muy bien a sus invitados, así no teníamos remordimientos de escarnecerlos mientras bebíamos un ponche bien cargado una vez regresaban a sus casas. Era lo que se merecía su elocuencia malsana, como poco.

A mi lado apareció una señora, a la que ya conocía por sus acertados comentarios sobre la nacionalidad del sastre del ministro de Hacienda. Se le había metido en la cabeza que como era especialista en pantalones con raya tenía que ser, forzosamente, de algún país de orillas del Volga, no me pregunten por qué.

Se sentó a mi lado, saludándome con una sonrisa pretenciosa. Sacó su abanico y empezó a airearse. Estoy seguro de que alguien, en el lado opuesto de la sala, iba traduciendo cuanto decía aquel ventilador de encaje. Y hubiera apostado sin equivocarme sobre el contenido del correo, seguramente orientado al propósito de cristianizarme, porque con mi cuento sobre el falsario de la Alcazaba todas las

señoras de buena familia me veían como un posible pupilo que se ha descarriado.

—¡Ah! —suspiró la señora doña Iluminada—. ¡Cómo me agrada esta época del año, previa a la Navidad! Las calles engalanadas, la gente cantando por las calles, las comidas familiares, el día de Reyes… ¿A usted le gusta la Navidad?

Doña Iluminada me cogió a traición. No esperaba que me hiciera una pregunta tan sencilla.

—Bueno… ni me gusta ni me disgusta.

—¡Claro! —se lamentó la señora dándose dos veces en el pecho con el abanico —. ¡Como usted es ateo!

¡Aquello sí que era discreción! Otros hubieran realizado una estudiada perífrasis, pero aquella señora no perdía el tiempo. Iba directa al grano.

—¿Qué le hace a usted pensar que soy ateo?

—Está bien claro, joven. El cuento que ha escrito usted. Yo, desde luego, no lo he leído, me lo ha prohibido mi confesor, pero mis fuentes me han descrito su visión banal del mundo y luego, ¡esa idea tan equivocada de que Granada proviene de los romanos! ¿A quién se le ocurre? Los romanos no hicieron cosa buena en toda su vida. Su sociedad se basaba en la esclavitud. ¿Qué sociedad avanzada puede creer en el sometimiento del prójimo?

—Los cristianos lo han venido haciendo desde 1492. Los indios de América fueron esclavizados y sometidos.

—¡Tonterías! Yo no digo que todos los cristianos de la época de Isabel y Fernando fueran unos santos, pero lo del sometimiento a los indios de América es una fábula contada por unos cuantos fariseos.

—¡Qué bendición la suya! ¡Entender de manera tan sencilla la historia!

—Verá, hijo, la fe mueve montañas, ya lo dijo el Evangelio. Y a mí me ha iluminado Dios desde la cuna con la claridad mental.

—De ahí que se llame usted Iluminada… —ironicé.

Doña Iluminada no pareció ofenderse, más bien al contrario, se sintió orgullosa de que me hubiera dado cuenta.

—Yo creo que usted, joven, todavía no está perdido para Cristo. Si pusiera de su parte, se desdijera de todas esas mentiras de Juan de Flores, todo eso de que era canónigo y falsario, ¡dónde se ha visto! Pues quizás pudiéramos hacer de usted un hombre de provecho. No es usted mal parecido y estoy segura de que muchas señoritas en edad de merecer podrían servirle de esposa. ¿Qué le parece mi propósito?

—Pues que me ha dejado usted sin palabras…

—¡Ya lo imaginaba!

—Entonces, ¿piensa que todo lo que digo en mi cuento es una calumnia?

—Peor que eso, es una herejía. Aquí nunca hubo romanos ni nada que se le pareciera. Si lo sabré yo… Granada apareció con Isabel y Fernando y nada más.

—¿Y a qué se debe que tengamos una fortaleza que se llama la Alhambra?

—A los Reyes Católicos, desde luego. ¿Ha visto usted alguna vez a algún moro emprendedor? Solo saben sentarse en las aceras y esperar la hora del té. Nunca hubieran conseguido levantar una fortaleza tan grande y bonita como la Alhambra. Cuando los Católicos reconquistaron Granada no debía de ser la fortaleza más grande que el jardín de mi casa. No hay más que pasear por el Generalife o atravesar los palacios para darse cuenta que ahí solo hay una mano cristiana. Esas filigranas, esos dibujos llenos de creatividad de las paredes, tienen una técnica avanzada que jamás ningún musulmán podrá alcanzar.

—Tiene usted razón… Aunque yo creía que esos símbolos eran poemas escritos en árabe. Tal vez de la mano de algún alarife musulmán…

—¡Qué tonterías son esas! ¡Ah, es usted un verdadero ateo! Empiezo a perder la esperanza de regenerarle. ¿Por qué ustedes los científicos son siempre tan retorcidos?

—Pero yo no soy científico, soy escritor…

—¡Científico, escritor, matemático…! Una congregación de irreverentes. Usted mañana mismo se acerca conmigo al monasterio de San Jerónimo y se confiesa ante el padre Soler, que es mi confesor. Y no se hable más.

Yo omití una carcajada y con verdadera compostura le dije:

—Espéreme a las ocho de la mañana, que allí estaré.

El día siguiente fue especialmente frío. Cayó la primera nevada de la temporada y me congratulé desde mi cuarto, arropado en mi confortable cama, imaginando cuánto tardaría en ponérsele a doña Iluminada la nariz roja mientras me esperaba en la misma puerta del monasterio. Dos días más tarde coincidimos en otra velada literaria, por descontado que su abanico se revolvió ofendido en cuanto me vio, pero no me dirigió la palabra, ni siquiera para llamarme ateo. Empezaba a convertirme en un parásito social sin intención de regenerarme. A mi soltería se unía además mi falta de fe. Y eso que todavía no se rumoreaba que frecuentaba a una viuda en su propia casa, lo que no tardaría en suceder.

Créanme cuando digo que fui un miserable. Me sentía con el derecho de réplica hacia toda beata o personal reaccionario. Ahora sé que no fui tolerante. Lo mismo que ellos no lo fueron conmigo.

Aquella pobre santurrona cuya finalidad en la vida era evangelizar a los románticos como yo me inspiraba desprecio. Ahora simplemente me produce indiferencia.

Pero, con todo, creyéndome haber vengado a la mayoría de los intelectuales por medio de esa gamberrada, doña Iluminada ganó. O tal vez lo hiciera el Dios ostentoso en el que creía o el destino o… quién podría decirlo. Lo cierto es que en los días venideros fui objeto de la burla del destino. Dicen que no hay dos sin tres. La primera desgracia llegó con la muerte de Washington Irving. Las otras dos provenían de Madrid y de Roma.

Con frialdad poco común en mí perfeccioné el plan para que mi madre, la Benajara, tuviera conocimiento de mi compromiso de matrimonio. El primer

impedimento provenía de haber elegido a una mujer del ambiente social de Francesca. Todo lo que procedía de ese entorno era, necesariamente, desaprobado por mi madre. Así pues había que urdir un plan inteligente en el que doña Bárbara cayera como la mosca en la tela de la araña.

En esas iba pensando yo a la vuelta de una noche precipitada, todavía con el sabor en la garganta del ponche de las locas tertulias de Morell, cuando al llegar a mi casa, en la oscuridad de un callejón cercano oí unos ruidos sospechosos que me pusieron en guardia. «¡Otro duelo no!», exclamé para mis adentros. No en aquel momento, a punto de hacer público mi matrimonio. No sería buena propaganda para mi familia ni sería bien visto ante los ojos de mis futuros suegros. No recuerdo, con sinceridad, si en aquel momento recé.

Detecté el movimiento de una sombra humana. Que se ocultara tan afanosamente me hizo comprender que no se trataba del padrino de ningún ciudadano deshonrado. La circunstancia era aún peor. Al callejón, cegado por ser un adarve, daba una puerta del caserón de los Cid. A veces las criadas sacaban por ahí los desperdicios o aprovechaban para dar limosna los primeros domingos de cada mes, que era cuando mi madre cumplía con sus votos. Fue entonces cuando deduje que intentaban robar en la casa.

Siendo yo el único hombre allí alojado y con la responsabilidad que me otorgaba el apellido, hice lo que cualquier hombre valeroso: pensar en defender mi casa. Pero antes rebusqué una piedra del camino y con intención de arrojarla me paré bien amenazante en el callejón.

Dirán ustedes que una piedra no es arma elegante y cierto es. Pero bien arrojada puede descalabrar al más rudo de los hombres. Mil veces hube de recurrir a métodos prácticos, ya que nunca supe manejar un buen florete.

Del callejón salían susurros extraños. Tal vez los ladrones no eran más que unos chiquillos. Entre los pordioseros que frecuentaban los mercados, las calles solitarias o las casas de alto nivel, había también asesinos y maleantes de gran valía. No había, pues, que confiar.

Con la piedra bien asida fui acercándome. Levanté el brazo y noté cómo me temblaba la mano de la fuerza contenida.

—¿Quién anda ahí?

Sin apreciar más que unas sombras removerse oí un grito de terror salir del callejón. Maldije cien veces que no hubiera luna llena.

—¡Maxi! ¡No!

Era una mujer la que había gritado, de eso estaba seguro, y su voz, aunque emitida con contención dada la hora avanzada de la noche, la reconocí enseguida.

—¿Agustina?

Mi corazón se alteró aún más, noté sus palpitaciones nerviosas. ¿Agustina atacada? Solté la piedra y me abalancé sobre la sombra, dispuesto a morder si era necesario, pues creí que con mi ira desbocada podría hacer más daño que con una

pedrada. Palpé a un hombre por su ropa, lo atraje por las solapas y sofoqué su movimiento contra la pared.

—¡Maxi, no! No, déjalo, déjalo, es mi amigo.

Tardé en entender las palabras de Agustina. Mi hermana me agarraba a su vez por las mangas de mi levita con fuerza impropia de su inocente edad.

—¡Es mi… mi… mi novio!

Soy lento en entender algunas cosas, lo sé. Siempre lo he sido. Aquel día no fue una excepción. El joven, que no se defendía, se llevó un coscorrón contra la pared de la casa y no dijo esta boca es mía. Lo vi entre mis manos tan indefenso que no me dieron ganas ni de insultarlo.

—¿Cómo tu novio? Pero tú… ¿cuándo has entrado en relaciones con alguien? Pero si solo eres una…

—¿Niña? Soy tan niña como Valeria, tenemos la misma edad. Y tú ya te has comprometido con ella.

Me lo tenía merecido. Agustina hablaba poco pero casi siempre tenía razón. No tenía ningún derecho a reprocharle lo que yo venía haciendo desde hacía meses. Intenté recuperar mi compostura, coloqué la ropa del joven que aún permanecía inmovilizado contra la pared y le eché un vistazo, sin resultado.

—Vayamos a un lugar donde pueda ver el rostro de tu amigo. No me parece lo más indicado presentarme en este lugar.

Así lo hicimos. Evitando ser vistos salimos hacia la Carrera del Darro y en la misma esquina, semiiluminados por la claridad que provenía de las ventanas bajas de la casa, pude apreciar el rostro de aquel joven. Él me miraba con desconfianza, lo que acrecentó mi poderío de hermano mayor.

—Pero… si yo a este joven lo conozco… —Agustina y el susodicho se miraron claramente temerosos—. ¡El piernas de alambre!

—¡Maxi! —me regañó Agustina.

—¡Pero si es el esclavo romano de la fiesta de Morell! ¿Fue entonces cuando os conocisteis?

Yo no acertaba a comprender. ¿No tenía mejores oportunidades una muchacha guapa y de buena familia como mi hermana para encontrar a un pretendiente, que tenía que buscarlo en las depravadas fiestas de Juanito Morell?

—Señor… —dijo por primera vez el piernas de alambre—. Pretendo ser digno de cortejar a su hermana, si usted me lo permite. No tengo dinero pero soy la persona más honesta y sincera que se pueda conocer. Y no le hago ascos al trabajo.

Ciertamente no esperaba que hablase, pero su osadía me pareció correcta, pues demostraba que no era un pelele.

—¿Es usted honesto?

—Lo soy.

—¿Y sincero?

—Cuando digo que cuidaré de su hermana mucho más que de mi vida estoy

diciendo una verdad universal.

Reflexioné. Me estaba comportando con la prepotencia de los señoritos a los que yo aborrecía. ¿Qué derecho tenía a cuestionar a ese joven del que no sabía nada? ¿Acaso repudiaba su ropa, su falta de sombrero, sus manos ásperas? Me estaba volviendo un burgués.

—Le ofrezco mis disculpas —dije alargando mi mano, que con indecisión tomó y apretó.

—Mi nombre es Feliciano Millán.

A mi lado una Agustina temblorosa nos observaba. No daba crédito. Tanto debía temer que fuéramos enemigos como aliados.

—Bien, señor Millán. Lo espero mañana en el casino a eso de las once. Hablaremos muy despacito de esta cuestión.

Feliciano se despidió con un asentimiento de cabeza y me dejó con Agustina, que se agarró a mí con ansiedad.

Mientras lo veíamos alejarse por la Carrera protestó mi hermana:

—¡Oh, Maxi! No seas tan duro con él. —Pero Agustina, de entre todos los jóvenes de Granada tuviste que elegir al piernas de alambre…

—¡Maxi!

Me gustaba hacer rabiar a Agustina, se le ponía la nariz colorada.

Feliciano Millán era lo que se llamaba en nuestra sociedad un ejemplo claro de cesante. Había cesado como funcionario en el ministerio de… no recuerdo bien el dato, los ministerios por aquella época iban y venían como los gobiernos. El pobre Feliciano habíase ganado la plaza con total honestidad, como él solía presumir, sin recomendación, pero con todo, lo habían cesado sin miramientos. Era una persona con cierta cultura, muy leído y discreto, pero de poco carácter. Acudió Millán al casino con propósito de contarme todo lo que rondaba por su cabeza. Fue puntual, tanto que llegó antes que yo, que me demoré por mi falta de costumbre de mirar el reloj. Nos sentamos uno frente al otro; en mi caso con las piernas cruzadas, como si el casino fuera mi propia casa, y él con las rodillas juntas y las manos apoyadas sobre ellas. Me pareció menos hombre en aquel momento y más un niño.

—Conque usted desea entrar en relaciones con mi hermana… —inicié.

Millán se aflojó la corbata. Síntoma claro de nerviosismo.

—Sí, señor. Bien sé que su familia de usted es una familia muy respetable. Mis intenciones son buenas. ¿Qué digo buenas? ¡Bonísimas! Créame que cuando digo que…

—Bien, bien… —Le hice callar levantando la mano—. Estoy seguro de todo cuando dice. Por ahora no me preocupa que enamore a mi hermana, pero he de ser sincero. Si la enamora del todo y no presenta a mi madre credenciales suficientes para demostrar que podrá mantenerla nunca dará el consentimiento de continuar la relación. Y yo, lamento decirlo, tendré que estar de acuerdo con ella, aunque sea la primera vez.

Millán silenció una pequeña réplica pero él mismo se dio cuenta de que la verdad caía por su propio peso.

—Yo le prometo a usted que antes de la primavera habré encontrado un trabajo lo suficientemente alentador. Estudio para abogado y…

—Dicho queda. Mientras tanto le agradecería no volverle a ver rondando las calles colindantes a mi casa a según qué horas.

Feliciano asintió sin dudarlo.

Me cayó bien aquel hombre sin futuro.

Los días siguientes continué maquinando mi plan. Era algo retorcido, pero con base suficiente, como para que la Benajara se dejara atraer por él. Fui a ver a Jaimito Hilton y le propuse escribir un artículo sobre Eduardo Soler, padre de Valeria, hacendado en la lejana Italia y entroncado por línea política con una de las familias más destacadas de Sicilia, que era la del respetable príncipe de Salina. Mi intención no era meterme ahora a periodista, sino la de hacer públicos los saneados negocios de la familia de Valeria, porque con disimulo suficiente y dejado caer el diario de Hilton en manos de mi madre, sería magnífico reclamo para que la Benajara viera en mi prometida un buen partido. Así lo deduje y con el consentimiento de Valeria y de Jaime Hilton se publicó para primeros de año un artículo conmovedor de la persona de Eduardo Soler, al que caractericé como un hombre mitad santo, mitad empresario, que atendía tanto a los pobres como a los ricos sin desprestigiar a ninguno. Me cuidé de nombrar que tenía una hija: la encantadora señorita Valeria, su única heredera. Así que, publicada ya la noticia con su correspondiente llamada de atención por medio de una orla y alguna floritura, más su título petulante de ecos de sociedad, resolví acometer mi empresa lo antes posible y dejé un ejemplar medio doblado por el artículo en cuestión en el sillón orejero que a mi madre más le gustaba. Allí fue ella a tomarse el brebaje de todas las tardes, se puso sus anteojos a media nariz y tomó el diario para ojearlo. Yo me hice el encontradizo, saludé. Me senté a su lado aunque con una distancia prudencial y abrí un libro. Al rato de observarla por el rabillo del ojo caí en la cuenta de que tenía el libro al revés. Por fortuna las gafas de mi madre no llegaban a tanto radio de acción.

—¡Oh! —exclamó—. ¿No es esa señorita italiana que anda con Agustina una tal Valeria?

—¿Se refiere usted a Valeria Soler?

—Sí, la protegida de la condesita.

—Una encantadora muchacha, agradable y educada. ¿Por qué lo dice?

—Hablan de ella en el diario.

—¿En el diario? ¿Pues qué? ¿Ha hecho algo malo?

Mi madre me miró por encima de las gafas y yo temí que se hubiera dado cuenta de mi dramatización.

—¿Es que tiene algo que ocultar esa Valeria?

Tragué saliva. Andaba por arenas movedizas.

—No, por supuesto. Quería decir que es extraño que hablen de ella en un diario. Solo suelen decir lo malo de quien retratan en él.

—Pues aquí hablan de su padre. Y dicen que es un terrateniente entroncado con el príncipe de Salina. Que no le faltará una buena dote a la muchacha cuando se case.

—Entonces tendrá muchos pretendientes. Porque además es de físico muy agradable. Deberíamos invitarla más a menudo a tomar el té.

Mi madre seguía leyendo muy interesada. Demasiado me pareció a mí. Asentía sin prestar atención y a todo decía un sí entre dientes.

—A quien deberíamos invitar más es a Alma Pardo.

—¿A quién?

Mi madre se desprendió de sus gafas con un movimiento brusco.

—Sí, Almita Pardo. —Daba golpes sobre el diario—. Aquí bien lo dice, justo al lado de ese señor Soler tan importante. ¿No has visto cómo trataban todos a Pepe tras su vuelta de África? Míralo, aquí viene dicho que han vuelto algunos voluntarios ya heridos honorablemente. Don José Pardo, lo llaman desde su vuelta.

—¿Pepillo? ¿Se refiere usted a Pepillo, a quien todos ridiculizábamos de niños? Pero ¿qué tiene que ver Valeria Soler con todo esto, con África y con los voluntarios heridos?

—¡Ay, hijo! Es que no te enteras de nada. ¿A mí qué me da esa italiana que es protegida de la condesota? A mí quien me interesa es Almita Pardo, que tiene posibles suficientes para ser tu prometida y que además será la hermana de un veterano de guerra de los que harán su agosto en algún ministerio. Y vete a saber si no llega a ministro.

—¡Pero madre!

—No se hable más. Invitaremos a Almita. Me gusta a mí esa chiquilla. Y además española, como debe ser.

Me tiró el diario con claro propósito de que lo leyera yo y me convenciera de cuanto decía. Al lado de la noticia que tan cuidadosamente había escrito sobre Eduardo Soler no había tenido otra ocurrencia mi amigo Hilton que poner bien destacada la vuelta de los heridos de guerra. Era evidente que a mi madre le impresionaron mucho más los logros conseguidos por Pepe, aunque volviera con los bolsillos vacíos, que la gran fortuna de los Soler.

Nunca llegué a comprender a mi madre.

Capítulo 14

El telegrama

Rosita, la criada de enaguas de espuma de mar, me interceptó el paso casi llegando a la puerta de la calle. Iba arreglado para el teatro, con mi sombrero y bastón. Hacía frío aquella noche que recibía los coletazos del reciente invierno. A la muchacha se le veía el semblante disgustado y me dio en el corazón que venía con ánimos de chantajearme; por un rápido y fugaz momento temí que me dijera que estaba esperando un hijo mío. No fue así, pero ya desde entonces siempre planeó sobre mi conciencia aquella circunstancia que antes nunca había imaginado como posibilidad.

—¿Qué ocurre, Rosita?

—¡Ay, señorito! Que no quiero que su madre de usted me despida por enredosa. Que yo debería hacer oídos sordos a cuanto veo que hacen ella y Teolinda, su sombra en todo, pero no puedo… Aunque no lo parezca tengo un buen corazón.

—Estoy seguro. Pero dime qué pasa.

—Pasa que tengo un telegrama para usted.

—Bien, ¿y por qué no me lo das?

—Porque cuando vinieron a entregarlo yo se lo entregué a su madre de usted y ella lo ha guardado.

—¿Y por qué se lo has dado a ella si era para mí?

Rosita se tapó con su chal pues una ráfaga de viento alhambreño se dejó sentir en el zaguán del caserón.

—Es que me lo quitó de las manos según lo tomé. Que su señora madre es más rápida que un águila.

Yo me quedé reflexionando.

—¿Sabes dónde lo ha guardado?

—¿Cómo no he de saberlo? Yo misma se lo robé de su costurero.

Esta Rosita era de armas tomar.

—Entonces, ¿a qué esperas para dármelo?

—A contárselo como se lo he contado. Que quiero que quede muy claro que lo hago por hacerle un favor.

Lo tenía en la mano, agarrado bien fuerte. Tal vez esperara una propina. Mi inquietud me hizo arrebatárselo de esa zarpa que ahora me parecía violentada por la avaricia. Iba a abrirlo pera me di cuenta de que Rosita esperaba para enterarse de la noticia.

—Gracias, Rosita. Lo tendré presente. Nunca te faltará de nada mientras yo esté aquí.

La criada me miró desafiante. No parecía creerme pero tuvo que conformarse con mi respuesta, pues tomé el camino de la salida y abrí el telegrama cuando ya me

encontraba en el mismo borde del río.

«Querido Max —decía—. Tu tía se está muriendo. Ven pronto. Tu tío Leandro».

Miré desconcertado la fecha del telegrama. Tres días hacía ya que lo habían entregado. Un rubor, tal vez un ingrato arrebol de ira me subió a las sienes. ¿Cómo había sido capaz mi madre de ocultarme tal cosa? Mi tía Aurora, a la que yo consideraba mi verdadera madre, la que me había cuidado y amado, se moría, y yo, ignorantemente, disfrutaba de las locuras de Juanito Morell. Mi madre, aquella que me dio la vida pero me la estaba quitando, me había herido sin calcular el daño ni el dolor.

Era de noche, en consecuencia no encontraría diligencia para marchar a Madrid. Así que atravesé el zaguán del caserón de los Cid airado y me adentré como un caballo que ha recibido una flecha en el anca, dando coces desenfrenadas.

—¿Qué es esto? —pregunté a doña Bárbara tirándole a la cara el telegrama. El papel dio círculos en el aire y fue a caer a sus pies. Aquello fue elegante aunque no me lo propuse; hubiera preferido que lo recibiera directo en un ojo.

Bárbara Benajara se quedó lívida. No encontró palabras para disculparse ni para obviar lo importante del asunto.

—¿Pretendía usted que no me enterara? ¿No es consciente de que a mi tía Aurora la considero yo como a mi madre?

La Benajara pareció perder la compostura y se agarró al sillón donde estaba bordando.

—Ay, hijo. Qué cruel eres. Pero cómo eres así.

Le temblaba la voz, yo creo que por el miedo de verme furioso no por remordimientos.

—¿Habla usted de crueldad? Mañana cogeré la primera diligencia que salga para la capital y si puedo me quedaré allí para siempre.

Cuando salía por la puerta oía a mi madre gimotear:

—Maximiliano, hijo.

«¿Cómo fue capaz?», fue la única pregunta que me hice en los días venideros. Mientras preparaba mi equipaje, mientras miraba por la ventanilla del vehículo que me acercaba a Madrid, mientras presenciaba el entierro de mi querida tía y recordaba la dulzura de sus manos acariciándome el cabello. ¿Cómo fue capaz? Aún me lo pregunto.

Por descontado que no he de explicar que escribí tres cartas antes de irme. Una para mi profesor Julián Mínguez, otra para Valeria y la última para Francesca; en todas descargué mi ira y mi promesa de no volver a Granada.

Parecía que el sino de mi vida era el de llegar al velatorio sin haber presenciado los últimos momentos de vida de aquel al que íbamos a enterrar. Primero fue mi padre. Lógico es pensar que no llegara a tiempo si se trataba de un suicidio, nadie prevé tales cosas. Pero con mi tía fue muy distinto. Estaba enferma y hubiera llegado a tiempo de abrazarla y de transmitirle mi agradecimiento por todo lo que había

hecho por mí. La lloré con rabia, con indignación e impotencia hasta que me sentí de corcho, insensible y pude hablar claramente del asunto con mi tío Leandro, quien había sufrido mucho más que yo, pues la quería como pocos hombres aman a sus esposas.

—No guardes rencor a tu madre, Maximiliano. Te harás más daño tú que ella —me dijo mi tío.

—No puedo evitarlo. Es un sentimiento superior a mí. Es desgarrador el odiar a tu propia madre.

—No te educamos para que tuvieras esa clase de sentimientos. Tu tía se habría disgustado al oírlo.

—Lo sé. Pero los sentimientos se tienen o no se tienen. Si el amor no se puede condicionar… pues tampoco el odio. Sabe usted bien que no soy hipócrita.

Mi tío alzaba los hombros incapaz de convencerme.

—Pero volver… debes volver a Granada. Allí está tu negocio, tu familia. También Agustina.

—Y mi prometida.

Mi tío Leandro se mostró sorprendido. Caí en la cuenta de que no le había dicho nada de Valeria.

—No se moleste usted, tío. Es un secreto aún. Iba a convencer a la Benajara de que mi matrimonio con Valeria era lo más adecuado, dadas las circunstancias, pero ahora resulta que se le ha metido en la cabeza que debo enamorarme de Alma Pardo.

Yo le expliqué la diferencia que existía entre ambas. La altura de miras de Valeria, su adorable físico, su sensibilidad interior, su amplia cultura y buena conversación. De Alma sabía bien poco, salvo que era tímida y parecía ausente en todo momento. Era una estatua de piedra comparada con la carnosa beldad que poseía Valeria. Mi tío asintió. Comprendía. A su edad avanzada recordaba aún los escarceos de su juventud.

—Bien, querrás escribir a tu prometida. Te privaré de mi compañía unos días. Luego prométeme que visitarás la Fábrica de Tabacos y me aconsejarás. Tarde o temprano recaerá en ti todo mi negocio y habrás de conocerlo para dirigirlo desde Granada.

—No volveré a Granada —sentencié muy seguro.

Mi tío disimuló una sonrisa burlona. Se limitó a palmear mi espalda como el que asiente sin creerse demasiado lo que oye.

Durante varios meses visité su fábrica, de la que era accionista mayoritario. Deambulaba por las salas, ausente de mí, mirándolo todo como si se tratara de un escaparate. Tenía un gran dolor en el estómago, permanentemente; parecía haber sido obligado a deglutir una gran bola que se me figuraba de mezquindad y de egoísmo. Estuve tentado a hablar con la Benajara, aunque fuera por carta, para taponar la curiosidad de saber por qué había reaccionado así, con esa grosera violencia hacia mis sentimientos. Pero tan pronto pensaba que era lo mejor como rechazaba la idea, pues había tenido otras conversaciones similares, comenzadas con buena fe,

acogiéndome a la ecuanimidad de la inteligencia para luego darme cuenta que la tozudez es indistinta para según qué personas. La lógica no existe para el miserable por mucho oro que tenga en sus bolsillos.

No creo haber llorado más en mi vida. La rabia se me volvía lágrimas y al acostarme me caían a veces cálidas y otras extrañamente frías hacia mis oídos. Me sentía un adolescente que estaba a punto de estallar. Así que me levantaba y escribía a Francesca. Sí, he de reconocerlo. Nunca le confesaba tales sentimientos a Valeria, como habría sido lo correcto.

«Querido Max —me contestaba la condesa—. Todo esto ha de arreglarse. Tú no debes rechazar la herencia de tu padre, pues es tuya por derecho. Si te ausentas de Granada la perderás en manos de Bárbara. Hablaré con Eduardo Soler para que acepte vuestro compromiso. Podríais compraros una casa sin muchas pretensiones en el Albayzín. Seríamos vecinos».

¡Una casa en el Albayzín! Era una idea que me parecía encantadora. Lejos del caserón de los Cid y contemplando permanentemente la Alhambra.

La Fábrica de Tabacos estaba situada en una de las vías más concurridas de la capital, la calle de Embajadores, adonde iban a pasear los tipos madrileños, castizos, puros de raza urbana pero que procedían de mil pueblos. Por sus trajes se les diferenciaba: un pescadero vestía de maragato; un avellanero tocado de cachirulo como buen aragonés; una chufera con mandil blanco, tanto como el mar valenciano; una montera asturiana sobre la cabeza de un aguador; alpargatas, calzones, toquillas… un maremágnum de tipos diversos que conformaban el popular Madrid. Decía el pintor Gustave Doré que llegó a España y a esta capital con el barón Charles Davillier, que la Fábrica de Tabacos era un edificio vasto, con entrada de columnas dóricas, que daba cabida a tres mil obreros, entre ellos hombres, mujeres y niños. Las costumbres laborales del establecimiento eran similares al resto de las fábricas de tabacos del resto de España. La confección de cigarros estaba reservaba a las mujeres. Trabajo de grandes aspiraciones entre el sexo femenino, no por sus comodidades (que no las tenía), ni por su sueldo (que era escaso) sino por su seguridad. Un trabajo constante y con remuneración mensual significaba evadirse de muchas preocupaciones familiares. Con todo era una ayuda para un marido o para una mujer soltera, que luego tenía que buscarse otro sueldo como planchadora si era decente o en otros menesteres menos convencionales.

La desigualdad social hincaba el diente con crueldad entre los seres más débiles. Los pioneros de estas fábricas convencían a las mujeres de su buena labor tildándolas de hábiles, aludiendo a que el hombre era incapaz de manejar tamañas hojas de tabaco, de alisarlas, de separarlas o apretarlas, de unirlas en mazas o en piezas propias de un puro y mucho menos de un cigarro, tan fino y delicado.

Muchas de estas muchachas entraban en la fábrica siendo unas niñas y muy pronto sus espaldas se curvaban, se afofaban, se deformaban. Sus ojos, con el tiempo, se dilataban por un polvillo que el tabaco despedía y les hacía la mirada extraviada y

negra, lo que algunos hombres halagaban. Por eso las esperaban a las puertas de las fábricas, cuando su turno finalizaba, y si no eran sus maridos las requebraban lanzándoles lindezas y otras veces pronunciando desatinos tales que hacían que las tabaqueras les golpearan con sus abanicos o con sus bolsos, mostrando su orgullo de trabajadoras independientes. Con los años, sus manos se teñían de amarillo o de verde, y su piel tomaba el tono macilento del vómito. Enfermaban de cáncer, se quedaban ciegas, pero con ojos de ébano, y luego ya no daban más que lástima. Se las veía salir de las fábricas vencidas por el cansancio, dejándose manosear por los inspectores cuyo trabajo era el de evitar que sacaran entre sus mandiles cigarros o puros para vender.

Prosper Mérimée con su mito de Carmen elaboró una idea muy equivocada de la tabaquera. Si alguna seducía con sus andares era por ser mujer, no fabricante del mayor vicio que ha tenido el español a lo largo de los años.

Mi tío se empeñó en enseñarme el oficio desde abajo. Un buen día me presentó a una joven cuyo nombre era Margarita. No sé si lo hizo con propósito de que pusiera interés en ella y para convencerme de que no merecía la pena recordar la promesa de matrimonio que ahora estaba de continuo en el aire. Era la tal Margarita una mujer decente. Es decir, de las que se ruborizan y cubren sus pechos para evitar la impertinencia. Margarita me hizo recordar que no todas las mujeres son Rositas, provocadoras; ni Valerias, seductoras; ni, por supuesto, Francescas, que era de todas un poco.

Mi nueva amiga resultó ser una joven viuda que tenía un bebé a su cargo. Había nacido el infante al tiempo que su marido fue muerto en África como voluntario y no le quedó otra que trabajar. Por fortuna no tuvo que vender ni su lanoso pelo cobrizo ni su dentadura, lo que era muy corriente en ese tiempo de miseria absoluta.

Cuando la conocí me sentí tentado de preguntarle por su vida, pero todo fue desenroscándose como un hilo de madeja, con total sencillez. Me habló de su pequeño Marianito, que empezaba a balbucear sonidos inconexos y al que veía poco por trabajar horas extras en la fábrica; que cuando no le llegaba para comida planchaba para una señora de la calle Arenal. Díjome también que la vida es muy dura para las mujeres solas, que nadie las considera, que se aprovechan de todas, que si no ceden a venderse carnalmente apenas tienen para comer. «Qué universo tan incongruente es este —pensé yo—, en donde existen Margaritas y Benajaras».

Poco a poco tomé a Margarita como a mi protegida. Le daba dinero para Marianito, y la acompañaba al médico que no podía pagarse ni para ella ni para el ángel que había nacido de sus entrañas. Caminaba por la calle dejándome que se colgara de mi brazo y ella, no me di cuenta hasta mucho después, se enamoró de mí. Yo, en aquellas circunstancias, solo en Madrid, con Valeria muy lejos y con el fantasma de la Benajara en mi conciencia, me dejé halagar, adorar y finalmente amar.

—Vas a perder a esa mujer —me dijo mi tío seriamente un día—. Margarita es decente. ¿Qué pretendes dándole ahora lo que nunca podrás darle en el futuro?

—No soy su amante, tío, si a eso te refieres. Pero me trae al fresco que lo piensen.

—Pues a ella no le traerá tanto. Si se corre el rumor de que tiene querido no la contratarán más que en determinados sitios. ¿Es que no te das cuenta?

—¡Pero qué mundo es este! —exclamaba yo—. La Benajara se pasea por el paseo del Salón y se inclinan a su paso y por esta mujer, que es una santa, ¿nadie va a hacer nada por ayudarla?

Mi tío Leandro había visto muchos de mis arranques idealistas.

—Hijo, hay muchas Margaritas en el mundo y te cruzarás con muchas de ellas. No podrás ayudar a todas.

Yo me enfadaba, decidía de improviso comprarle un piso en la capital para que no tuviera que vivir en aquella corrala. En mi inconsciencia no hacía más que dañarla.

Así ocurrió una tarde, paseando del brazo de Margarita por la calle Mayor. Pretendíamos ir a una chufería valenciana a tomar horchata, bebida que le gustaba mucho, sobre todo mezclada con agua de cebada. Vi venir hacia mí a una mujer con sombrilla, paralela a su dama de compañía. Una mujer cuyos andares me sobresaltaron y me encogieron el corazón.

—¿Francesca? —murmuré entre dientes.

Capítulo 15

Manuel Gómez-Moreno González

Margarita notó que tensaba el brazo, del que iba colgada como una auténtica mujer casada. Me miró y, como suele suceder en la mayoría de las mujeres, supo rápidamente la razón de mi sobresalto. Dedujo que se trataba de *otra mujer*. Nos acercamos mutuamente la bella, tocada por un sombrero muy vistoso, y su señorita de compañía, a la que yo conocía muy bien. Margarita nos observó silenciosa.

—Señor Cid —dijo la condesa—. A usted lo buscaba. Vengo expresamente desde Granada para hablar y tengo que decir que me ha costado encontrarlo.

Francesca se mostraba altiva, yo diría que desafiante.

—Margarita, te presento a…

—No hace falta que me diga usted nada, señorito Maximiliano —se disculpó la muchacha—. Es natural que tengan que hablarse. Yo me despido. Abur.

Se acercó a mi oído para decirme:

—Al final, ¿no ve usted cómo ha venido su madre a buscarlo?

Yo tuve que disimular la mueca y, por descontado, que omití el comentario a Francesca, a quien habría insultado haciéndole recordar la diferencia de edad. Entre mujeres es más normal que esa distancia impuesta por la naturaleza se detecte. Yo nunca vi, o tal vez me negué a ver, que Francesca me sacaba quince años.

La condesa despidió a su acompañante y una vez solos convinimos en ir a un café. Yo no conocía más que los populares, los del centro de la capital, así que a uno acudimos sin que Francesca le hiciera ascos, pues era mujer de mundo y a todo se amoldaba. Allí me conocieron enseguida, porque era asiduo, tomaba café con mis amigos madrileños cuando era estudiante y viendo la situación me ofrecieron un reservado.

Frente a frente no supe qué decir a esa mujer que me había seguido a tantos kilómetros de distancia.

—Debí suponer que vendría usted a buscarme —exclamé orgulloso.

Francesca se quitó el sombrero y se ahuecó el peinado.

—No he venido por mí. Como comprenderá, mi querido Max, me molestó ciertamente que huyera de Granada sin más explicación que una carta.

—Mi tía Aurora se moría.

—Luego lo supe. Y créame que lo siento de veras. Yo apreciaba a esa mujer. —Asentí aceptando el pésame—. He venido por otro motivo. Me envía Valeria. Pero ya veo que en su ausencia ya ha sabido suplantarla con rapidez.

Me halagó ese arranque inusitado de celos.

—Si lo dice por Margarita… No es mi amante, ni lo será nunca.

—Entiendo. Pero hay situaciones de complicidad entre dos personas muy

especiales, sin que sean amantes o lleguen a serlo nunca.

La condesa me recordaba la relación que nos unía. Me sonrojé.

—¿Por qué no ha venido Valeria? —tercié obviando una contestación a sus palabras.

El camarero entró a servirnos dos cafés en vaso largo. Cuando se marchó dijo sin tapujos la condesa:

—Valeria ya no está en España. Se ha marchado a Italia.

Tal confesión, inesperada, me cortó la respiración. Tomé el café humeante y me lo tragué de un sorbo pensando que era un licor que me hiciera reaccionar.

—Pero ¿por qué? ¿Se ha cansado de esperarme? ¿Es que ya no me ama?

Francesca acertó a ver mi preocupación y puso su mano enguantada con encaje sobre la mía.

—Su padre le pidió que volviera, pues la situación política no es buena para su familia con Garibaldi al frente de una bandera. Pero además… no aprueba la boda.

—¿Que no la aprueba? —grité yo—. Pero ¿qué tengo de malo?

Francesca suspiró.

—No busque la lógica a las decisiones de los padres. Siento haber sido yo quien se lo dijera.

Me dolía la cabeza. Me encontraba aturdido. No supe durante un tiempo si era ella la que hablaba o hablaba yo. Lo extraño fue que sin saber cómo me encontré entre sus brazos, abarcando su cintura y besándola con todas mis fuerzas. Francesca no me lo tuvo en cuenta porque de mis mejillas caían lágrimas amargas.

—Tienes que sobreponerte, Max —me dijo ella sin guardar el formalismo habitual—. Valeria es una buena chica, encantadora. Pero a veces las cosas no suceden como uno desea. En las decisiones graves de la vida siempre se involucran terceras personas. Y una mujer nunca es libre de poder decidir.

—¡Tú lo eres! —protestaba yo.

—Yo no tengo que dar cuentas a nadie, soy rica y… soy vieja.

Yo la miré con rencor.

—¡¡¡Si vuelves a decir eso te abandonaré, te despreciaré!!!

Me encontraba fuera de mí. Con involuntarios espasmos de llanto me dejé vencer por mi dolor y hasta que no hube descargado mi tristeza no me soltó Francesca de entre sus brazos. Fue ella la que secó mi cara con sus guantes, y luego se los quitó para acariciarme y sentir mi contacto.

—Vuelve a Granada —decía Francesca. Comenzamos a tutearnos, descorsetando de aquel momento el protocolo.

—¿Para qué?

—Es tu ciudad. Allí está tu vida. Te ayudaré a buscar casa. No tendrás que volver a ver a tu madre, si no quieres.

—¿Sería eso posible?

—Lo intentaremos.

—Déjame pensarlo.

Nos despedimos con elegancia. Yo quedé un rato en el café, reafirmando mi lado masculino. Después de llorar como un niño me di a la bebida. Pero antes de emborracharme casi por completo fui testigo de un encuentro que sería vital para mi futuro. Y esto fue lo que sucedió.

Detrás de mí, mientras apuraba un coñac, se encontraba un grupo de jóvenes, algunos de mi edad o aproximada. Debatían quién pagaría la ronda. Se rascaban el bolsillo y por más que hurgaban ninguno conseguía localizar ni un real. Yo vi que sobre la mesa tenían solo un café y varios vasos de agua. El agua era gratis, así que parecía que compartían el café. Me conmovió el ingenio de aquellos estudiantes o aprendices de algo o desempleados, quién podría decirlo viéndolos con sus mangas raídas pero sus caras limpias e inteligentes.

Apoyé un codo sobre la barra. Pedí mi segundo coñac. Les oía hablar sin disimulo. Estaban tan absortos pensando en cómo pagarían que no se apercibieron que yo era testigo de sus miserias.

Del grupo, tres de ellos hablaban con acento andaluz. Yo ya empezaba a distinguir los modos y el habla de las tierras del sur. Antes para mí eran todos sevillanos. Pero no. Ni mucho menos. A un granadino se le diferencia a distancia: tiene un gracejo disimulado y lento, adusto pero en definitiva andaluz, con una particular manera de pronunciar las vocales fuertes a plena abertura de boca. Cuando dicen «hola» parece que dicen «hooolaaa».

Uno de esos jóvenes hablaba así. Era, sin lugar a dudas, granadino.

Me acerqué sin disimulo y me presenté.

—Señores, soy Maximiliano Cid, de Granada.

—¡Un compadre! —exclamó uno—. Siéntese ustéh, ya teníamoh gaaanah de teneh otro andalúh en el grupo.

Lo hice. Fueron presentándose uno a uno:

—Yo soy José Moreno. —Y le estreché la mano.

—Y yo Matías Moreno —dijo el segundo apretándome los dedos con singular vehemencia.

—Pues yo soy Manuel Gómez-Moreno.

Yo me quedé sin habla.

—¡Sorprendente! ¡Cuántos Morenos en un mismo sitio!

—Solo hubiera faltado que usted se llamara Maximiliano Moreno —dijo de los tres el más dicharachero.

—Pues mi padre tenía ese apellido aunque no recuerdo en qué orden.

Entonces, Gómez-Moreno me miró intrigado y dijo:

—Yo lo conozco a usted. O mejor dicho, conocía a su padre y lo admiraba. Manuel Cid, ¿no es cierto? Pues como él soy pintor.

Desde aquel momento, con aquel hombre menudo, silencioso pero entrañable, tuve una amistad duradera. Puedo decir que gracias a él he querido a Granada como

la quiero ahora. Y eso es decirlo todo.

Para un burgués enojado como yo era, aunque quisiera negarlo, resultaba conmovedor conocer a una pandilla de muchachos sanos y con buenas intenciones. Estaba acostumbrado al casino, al despotismo de los grupos cursis con los que se relacionaba Morell y ahora, en la lejanía de Granada, me refrescaba confirmar que existía la bondad en el mundo.

Me invitaron a sentarme con ellos aunque se disculparon por no poder hacerlo de hecho, a lo que yo, con total desenfado, dije que lo menos que podía hacer era pagarles el café y solicitar una ronda. Todos nos aliviamos el estómago con un café caliente. Al mío le hacía falta, desde luego, pues ya empezaba a notar los efectos de los coñacs.

—¿Sabe usted? —comenzó uno a explicarse—. Una vez encontramos una moneda en plena calle. Y nos creímos los hombres más dichosos del mundo. Convencidos estábamos de comer caliente ese día, pero cuando fuimos a hacerlo y consumimos un plato de potaje, resultó que la susodicha moneda era falsa y tuvimos que pagar la comida pidiendo prestado a un conocido que nos lo cobró con réditos como si fuera judío, el muy tunante. Creo que alguno de nosotros todavía le debe algún real después de cuatro meses.

—¡Vaya! —exclamaba yo con verdadera vergüenza—. ¿Y de qué se mantienen ustedes, si puede saberse?

—Yo pinto cuadros de muertos —explicó uno—. Se ha puesto de moda eso de recordar la figura del pariente fallecido. Otras veces el asunto no es tan morboso y puedo pintar a una niña en el día de su cumpleaños.

—Todos hemos pasado por esa fase —continuó Manuel Gómez-Moreno—. La familia ayuda pero no hay para mucho. A mí me envían cuatro reales diarios, usted verá. Pintamos retratos y cuando podemos, como es mi caso, me acerco al Museo del Prado y copio a los grandes.

—¿Y por qué se ha empeñado usted en vivir en Madrid, la capital más cara y sucia de toda España, pudiendo vivir en Granada?

—¿Cara y sucia? —Gómez-Moreno reflexionó—. No le replico a usted lo de cara, pero sucia… Granada no se queda a la zaga. Yo solo veo miseria y cada vez hay menos de Granada de lo que yo recuerdo.

—Nosotros le animamos a que vuelva —continuó otro de los Morenos—, pues aquí el señor Gómez-Moreno es un portento de fechas y documentación. Si lo mete en una biblioteca en un periquete le cataloga a usted todos los documentos. Tiene una mente prodigiosa.

—¡No es para tanto, señores! —se excusaba don Manuel—. Es que me gusta mi tierra y se me hace muy doloroso verla en manos de personas que no saben cuidarla.

—Eso digo yo —protestaba otro—. A Manuel solo le haría falta un poco dinero, porque ideas… ideas tiene para aburrir. Y mucha iniciativa. Si encontrara un mecenas recuperaría la ciudad de Granada él solito.

Yo suspiré. ¿Serían los vapores del coñac?

—Pues señor Gómez-Moreno, aquí tiene usted a su mecenas. Volveré a Granada y si usted lo cree conveniente hablaremos de algunas cosillas.

Herido emocionalmente por Valeria, a la que no podía olvidar, resolví reunir a Manuel Gómez-Moreno y a Francesca. Me encontraba desorientado, patéticamente huidizo, con un halo de romanticismo parecido al que, seguro, hubo de tener mi padre antes de apuntarse con una pistola. Pero aunque me lo llamaran muchas veces a lo largo de mi vida, nunca fui un romántico completo. Porque no me abandoné a mis sentimientos enteramente. Eso me ha salvado del suicidio, que es como terminan, por ende, todos los románticos auténticos.

Los sentimientos que nunca mostré a Valeria cuando nos creímos prometidos afloraron de algún lugar incierto y me autoconvencí de que la quería más de lo que nunca quise reconocer. Francesca me animaba, me tomaba del brazo, no me dejaba a solas temiendo que cometiera una imprudencia, pero realmente lo que más me rescató de la depresión fue la nueva amistad con Manuel Gómez-Moreno. Francesca recordaba haber visto a Manuel de niño, y aseguró conocer a su familia, que tuvo una imprenta en la Alcaicería. Provenía de una familia extensa, con intereses intelectuales. Había dejado novia en Granada y quería reunir suficiente dinero para casarse. Yo bien supe, al conocerlo, que en algún momento sería personaje importante en mi ciudad de nacimiento, porque apuntaba maneras.

No se me da bien retratar a quien ha sido por todos conocido, pero con los años, uno de sus hijos, llamado como él pero con segundo apellido Martínez, que llegó a ser arqueólogo e historiador admirado, dijo de él lo siguiente:

«Ajeno a la política, hizo bandera de respetar toda autoridad y servirla, mientas no fuese contra justicia. No aduló, no pidió ni rehusó trabajo, no se doblegó a cuenta de favores, no dañó a nadie y obtuvo de muchos que se le allanasen, cuando vieron el fondo de bondad y justicia regulador de sus actos. Fue poco sociable, por no transigir con usos de mal gusto que la sociedad tolera. Aparte sus amigos de la niñez, no pasó de un trato afable y cortés con los demás, sin intimidades. Odiaba la inmoralidad, el vicio, la grosería, pero respetando a las personas con todas sus tachas».

Sin duda nadie podría haberlo dicho mejor.

Vi algunos cuadros suyos, retratos en su mayoría y bocetos de tipo histórico que me parecieron excelentes; pero claro está, nunca supe de pintura. Luego la crítica avaló mi opinión y junto a otros nacidos en la ciudad, como López-Mezquita, Rodríguez-Acosta o Larrocha, lo consideraron como se merece.

Pero mientras tanto, Manuel desviaba su atención en aprender el arte del dibujo y hacía lo posible por mantenerse con sus cuatro reales diarios.

Hablamos durante toda la tarde. Francesca se mostró aún más generosa y manifestó su alegría por poder realizar alguna novedad en Granada, quizás organizar una fundación o una asociación para defender intereses históricos; no había que olvidar que la condesa fue una amante de las artes y una gran coleccionista.

Con el vacío de un amor arrebatado pero compensado en parte por un nuevo aliciente, me despedí de mi tío prometiéndole que volvería más a menudo a Madrid, y como otros, en otro momento de sus vidas, retomé el camino hacia Granada.

Llegué frente al portal del caserón de los Cid otra vez. Eso significaba encontrarme con mi madre y esta vez no llevaba una estrategia, exclusivamente mi rencor acumulado y mi deseo de verme, muy pronto, lejos de ella.

Yo imaginé enfrentarme a la Benajara como quien impone un duelo, aunque abofeteándola con mis palabras, pero no calculé mi mala suerte. Al entrar en el caserón no la encontré sola: estaban con ella, en su salita preferida, Pepe Pardo y su hermana, Alma. Así que tuve que contener mi ira y guardé compostura clásica.

—¡Hijo! —exclamó mi madre con una alegría inusitada—. ¡Has vuelto! ¿No os lo dije, amigos míos? Presentía que Maximiliano estaba a punto de llegar.

Por su actitud y sus comentarios deduje que había ocultado a la humanidad mi marcha a Madrid o llegado el caso la habría utilizado a su favor; tal vez lanzando el rumor de un viaje de negocios.

—Saludos, Pepe —dije adustamente—. Estimada Alma…

Pepe se levantó con obligada educación pero me miró con desprecio.

—Ahora me llaman José. ¿Recuerdas, Maximiliano?

Su comentario me pareció fuera de lugar.

—Es cierto, José, se me había olvidado enteramente —contesté—. Llámame entonces Max, Maximiliano se lo dejo por completo a mi señora madre.

Hubo tensa mirada entre los cuatro. Nos observamos de hito en hito sin saber muy bien por dónde tirar hacia una conversación razonable. Fue Alma, con su sencillez característica, la que evitó un desastre.

—Nos ha dicho su madre que estuvo en Madrid. ¿Qué hay por estos días en la capital?

Me senté aplacado.

—Se habla del final de la guerra. Supongo que como en toda España.

—¡Ah, la guerra! —exclamó mi madre creyéndose graciosa—. De eso mismo nos habla José, de las amistades que hizo con Alarcón.

—Sí —afirmó Pepillo sacando un buche como el de los buitres—. Y también tuve el honor de acompañar a Mariano Fortuny. La Diputación de Barcelona le pidió unos cuadros y estuvo allí mismo recogiendo imágenes que demostraran el valor que tuvo el ejército español.

—Te has hecho una celebridad —comenté irónico—. ¿Has pensado meterte en política?

Pepillo se sonrojó, el muy lerdo no se dio cuenta de que lo decía sin más fundamento que molestarle.

—Ciertamente sí. Me han propuesto algunos cargos en el Ayuntamiento de Granada y quizá los acepte.

Yo me levanté enojado, cansado de mantener esa conversación absurda. Pero no

hice más que mostrar mi intención de irme cuando mi madre, siempre tan pendiente de las oportunidades, dijo:

—Maximiliano… ¿serías tan amable de enseñarle las vistas de tu despacho a Almita? Le he hablado tanto de lo bella que es la Alhambra desde esta casa que no se lo cree. Anda, ve. Luego podrás descansar del viaje.

Se levantó y nos empujó con disimulo cogiéndonos del brazo. Emprendía su estrategia de enamorarnos.

Alma, como ya dijera en otra ocasión, era una mujer corriente, ausente de fascinación. Su sencillez se acercaba a la sosería. La veía como a una amiga; mejor dicho, como a una hermana. Su delgado cuello era un cuello estático, no un soporte digno que hubiera querido acariciar. Alma era una efigie. Su frialdad impedía enamorarse de ella aunque su estatismo silencioso ofrecía bienestar sentimental.

Por eso no la desprecié jamás. La respeté y en muchos momentos de mi vida me apenó que tuviera que soportar la inmensa carga de la perfección.

—Estas son las vistas de la Alhambra de la que tanto te ha debido de hablar mi madre.

Desplegué las cortinas. Entró la luz de la mañana y mi despacho se inundó de vida. Alma respiró y observó el horizonte como si fuera un cuadro.

—Esta era la biblioteca de tu padre, ¿verdad?

No me esperaba ni por un momento tamaña expresividad. Ella seguramente supo siempre que me ganaría hablándome de mi padre.

—Sí. Esos son sus libros, esos sus bocetos, ese su piano y su caballete.

Alma observaba. Una sonrisa muda salía de su boca.

Se acercó al caballete en donde reposaba desde hacía años un retrato que mi padre dedicó a Francesca. La condesa tenía en ese lienzo antiguo unos ojos radiantes. Se los quedó mirando Alma con una curiosidad muy femenina. Pensé que haría algún comentario engañoso pero no fue así.

—¿Es la condesa?

Yo me quedé atónito. Alma era una mujer extraña que sabía demasiado.

—Me das miedo —expresé.

La muchacha se volvió para confirmar que era cierta mi confesión. Y lo debió de ser porque sonrió y luego tomó asiento.

—Querido Max, no soy una mujer bella. Sé que no atraigo a los hombres. No tengo dinero, salvo el que mi padre me ceda en la dote… pero tengo un don. Conozco a las personas. No me preguntes por qué. Las conozco, sé cosas de ellas. Hablo poco y observo, será por eso.

—Será…

Dudé en contestar. Quería evitar la complicidad.

—¿Has hablado con mi madre?

—¿Te refieres a que pretende casarnos? No, no me ha dicho nada. Pero sé que lo desea. Y mis padres también.

Con aquella revelación me desplomé cerca de ella en otro sillón gemelo.

—Querida Alma, escucha: yo estoy enamorado de otra mujer.

La muchacha de los Pardo Moliner no había borrado su sonrisa serena y me miraba con dulzura.

—Sé que hay otra mujer. Se te ha visto del brazo de una mujer extranjera por el Paseo del Salón. Pero también sé que ella se ha marchado.

—No sé si podré amarte.

—No te lo pido. No espero un matrimonio mejor que este.

—¿Por qué haces esto?

—Yo, también, en otro tiempo, quise como quieres tú. Y también me abandonaron. Quedé en una situación comprometida. —Ahí vi un inicio de rubor—. No voy a mentirte. El hombre que me engañó me dejó embarazada. Desde entonces no puedo tener hijos. No podré darte descendencia.

—¿Y quién la quiere? —exclamé yo fuera de mí. Me encontraba nervioso; no era común hablar tan claramente de estos temas con una mujer—. Mi relación con mi madre no es buena. Yo no quiero cometer sus mismos errores. No quiero tener hijos.

Alma me miró con ternura.

—Entonces permíteme que te ofrezca otra cosa. Si te casas conmigo obligaremos a tu madre a dejar esta casa. Firmará un contrato cediéndote el usufructo del caserón de los Cid, sin derecho a disfrute por su parte. Te dejará en paz. No volverás a verla.

Ciertamente me tentó su proposición. No era una propuesta de matrimonio, era una propuesta de felicidad.

No le contesté en aquel momento porque las puertas de la biblioteca de mi padre, lo que ahora era mi despacho, se abrieron y entró Agustina. Sin saludar a Almita se echó en mis brazos muy contenta:

—¡Maxi, has vuelto!

—Sí —contesté absorto por la tentadora proposición de Alma.

«Y creo —pensé para mí— que no volveré a irme nunca más».

El plan propuesto por Alma Pardo me pareció más que considerable. Estaba en un periodo de mi vida crítico. La mujer con la que pensaba casarme había desaparecido de la faz de la tierra, no supe de Valeria durante años y el digerir aquel abandono fue especialmente difícil. Me hizo insensible a todo lo que me rodeaba, menos a la destrucción del patrimonio granadino, que apareció ante mis ojos como de urgente recuperación. Volví a interesarme sobre la historia de mi ciudad y, como suelen hacer los escritores, ahogué mis penas en la literatura. Para evadirme de la Benajara decidí trabajar sobre los relatos que me publicó Jaime Hilton, y de todos ellos, reunidos y corregidos, salió mi primer libro.

Alma, con la que estrechaba relaciones, se ilusionó viéndose casada con un escritor de éxito, pero tuve que apaciguarla porque en conciencia debía prevenirla del

escándalo que esto pudiera suponer.

Con todo, fui un día con el manuscrito debajo del brazo a hablar con Francesca, que siempre había sido mi consejera en todos los ámbitos de mi vida, y le puse la carpeta de hojas, rebosante de palabras, sobre su mesa de té.

—Ahí lo tienes. Mi primer libro.

Francesca me miró contenida. Me desilusionó que no me felicitara efusivamente, que no me tocara al menos con sus manos de ángel.

—¿Es eso lo que has estado haciendo durante todo este tiempo? ¿Por eso me has estado ignorando?

—¿Te he ignorado? —pregunté yo con total extrañeza.

—Desde tu vuelta de Madrid apenas has venido a verme ni hemos coincidido en ninguna reunión.

—He tomado las riendas de mi vida, ahora sé que Valeria no volverá.

Francesca respiró hondo y tomó el manuscrito. Una sonrisa despertó su cara.

—Entonces ha sido una causa noble. No sabía si dar crédito a lo que decían de ti.

—¿Pues qué dicen?

La condesa hojeaba la carpeta, pasaba las hojas escritas salpicadas de borrones, se notaba que las había escrito con impulsividad romántica.

—Dicen que te has prometido a la hija de los Pardo. Yo lo negué muchas veces, que si hubiera sido así me lo habrías consultado.

El silencio que surgió de entre nosotros me resultó incómodo y hasta sentí el miedo de la confesión en mi estómago. Francesca me conocía suficientemente como para saber que mi rostro confirmaba sus temores.

—Así que es cierto. —A sus ojos acudieron unas lágrimas repentinas que no llegaron a caer—. Te has prometido, ¡así!, con Alma Pardo. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Sabes cuál es la condena de un matrimonio, en este país, con una mujer a la que no se ama? —Entonces se puso de pie y las hojas de mi novela, que estaban sobre su regazo, se desparramaron por el suelo. Luego alzando la voz preguntó—: ¿Es que no has aprendido nada de tu padre?

Nunca antes había visto a Francesca fuera de sí. Podría haberme enojado por cuestionar la libertad de tomar mis propias decisiones, pero su actitud henchía mi ego masculino, pues detectaba los celos en sus reproches.

—Sé lo que me hago… —me disculpaba yo como un chiquillo mientras recogía del suelo mi manuscrito y lo colocaba dentro de la carpeta—. Será la solución a mi vida. He llegado a un acuerdo con Alma. Podré seguir viéndote y me alejará de mi madre. El amor no es siempre necesario en un matrimonio.

—¿Y los hijos?

—No vendrán, Alma no… —me sentí inspeccionado. Francesca no tenía derecho a tratarme así. Me puse en pie con mi novela bien agarrada y dije contundente—: ¿Crees que voy a tener hijos para tratarlos como mis padres me trataron a mí?

La condesa intuyó, con esa pregunta, que daba por terminada la cuestión. Sacó un

pañuelo de su manga y se secó con elegancia la nariz, pero guardaba la compostura aunque su pecho jadeaba bajo el corpiño ajustado. Es curioso cómo funciona la mente. Discutíamos por Alma y en un instante pensé que aquel talle tan bien dispuesto y formado que Francesca siempre vestía con total primor hubiera sido mi naufragio. Habría dejado todo en aquel momento si se me hubiera ofrecido. Lo deseé, incluso presentí que lo haría, pero en una décima de segundo la condesa se volvió y dijo:

—Entonces no me queda más que felicitarte. ¿Cuándo lo haréis público?

—Pasado el verano. Pero todavía no hay fecha de boda.

La condesa afirmaba lentamente, parecía que así conseguía traducir mis palabras y dotarlas de sentido. Alargó su mano y me la ofreció como si yo fuera una visita cortés.

—Tal vez nos veamos en otro momento, señor Cid. Entenderé que ya no quiera frecuentarme al ser un hombre casado y haberse prometido con una mujer a la que su madre ve con buenos ojos.

Me despedía con sus exquisitas palabras, me alejaba de sí, me castigaba por no haberla tenido en cuenta en mi decisión o quizá porque me quería y no aceptaba que me entregara a otra mujer. Nunca lo supe. Mi orgullo, entre otras cosas, me hizo reaccionar con necedad. La dejé con la mano extendida hacia mí, esperando que besara su dorso.

Mi madre maquinó un complicado plan, muy silencioso, para que finalmente me casara con Alma Pardo. Casarte sin amor en la España de mi juventud era atarte de pies y manos sin esperanza de obtener la libertad. Los que hicieron las leyes y las religiones pensaron en el aspecto amable del matrimonio, pero cuando esta institución no es más que una farsa, ¿a quién puedes reclamar? Luego llegarían los remordimientos y esperar el único final feliz: la muerte, ya sea la tuya o la de tu cónyuge. Todos, de alguna manera, en aquella España, nos volvíamos un poco asesinos, pues instintivamente anhelabas la muerte de tu pareja por considerarla la única solución viable. El anuncio de mi boda se demoró más de lo esperado. Se hizo en una fiesta en la que mi madre disfrutó atestando la casa de guirnaldas, de búcaros empachados de jacintos y redecorando la salita oriental con jaulas de loros y bichos multicolores con el firme propósito de dar el notorio entre las señoritas casaderas de Barrios Mantuano o de Valero y García.

Otras mujeres hubieran perdido la esperanza de verme esposado, pero doña Bárbara nunca. Con mi hermana cedió elegantemente y con el prodigio de su memoria selectiva, olvidó que tenía una hija enamorada de un hombre simple y sin ansias de poder pero con piernas de alambre.

Yo impuse mis condiciones en la fiesta. No fueron muchas. Se rebatieron contundentemente. Exigí que asistieran al anuncio público mis amigos granadinos intelectuales, pero como excepción aceptó incluir al profesor Julián Mínguez, que, en un primer momento, excusó el ir pero tuvo que ceder ante mi ruego. Juanito Morell y

su pandilla de irreverentes eran repudiados por mi madre; sin embargo romper relaciones con la familia Morell, respetada en el mundo comercial, no era bueno.

Las invitaciones se repartieron con estrategia, por lo que al caserón de los Cid acudió la sociedad más repelente de Granada. Cuando aparecí en la sala oriental donde todos estaban congregados ya llevaba yo en el cuerpo unas copas de más. Alma se aproximó con prudencia y enseguida advirtió que había bebido para soportar los embates de mi madre.

—No te apures —me dijo cerca del oído—. Muy pronto dejarás de verla. Piensa en ello.

Fue un alivio que me lo recordara pues gracias a esto llegué a saludar a Pepe Pardo sin perder el equilibrio. No lo había vuelto a ver desde mi vuelta de Granada. Por poco no lo reconocí, y no fue causa de mi dosis de alcohol. Debíamos de tener la misma edad y representaba cumplir los cincuenta. Había engordado, parecía un estornino con sus alas cardadas a punto de dormir sobre su nido. Su pelo, canoso, era más bien escaso, y un monóculo de dimensiones para mi gusto excesivas le obligaba a arrugar la cuenca de un ojo con cierta dificultad. Era como presenciar el tiempo convertido en una persona.

—¡Pepe Pardo! —exclamé—. Has engordado, se ve que te sienta bien la vida de oficina.

—No soy oficinista, Maximiliano, mi trabajo ministerial requiere de importantes decisiones. No me gusta que se hagan bromas con un cargo público.

—Pero ¿dónde trabajas exactamente?

—En el ministerio de…

—¡Es lo mismo! —lo interrumpí—. No me lo digas, mañana lo habré olvidado. Solo dime… ¿beneficiarás en algo con tu cargo a la ciudad de Granada?

—He de dar cuenta al gobierno de los edificios ruinosos. Se presienten cambios que abogan por la modernidad de la ciudad.

—Bien por Pepe. Finalmente conseguirás reconstruir la Alhambra —exclamé irónico y afectado por el alcohol.

—Te rogaría que me llamaras José —insistió.

—Vamos a ser cuñados —me mofé—. ¿No me permites la confianza?

Supe, con su comentario, que en el futuro no me llevaría bien con él.

Mi madre, muy previsora, había estado atenta a nuestro encuentro. Se acercó colgada del brazo de Alma y con sonrisa angelical, muy antinatural en su rostro, exclamó:

—Cómo me gusta que converséis amigablemente. Quiero que seamos una familia modélica.

Sonreí irónico. Alma conspiraba con la mirada. Nunca me expliqué esa complicidad tan rápida que nos unió, por qué se involucró tanto en mi desafío familiar. En aquel momento, con mis grados de alcohol perlándome la frente, reflexioné en que, tal vez, pudiera llegar a amar, en algún momento, a aquella

chiquilla que me ofrecía su total honestidad.

Mientras pensaba en ello mi madre arrugó la comisura de los labios. Era la señal de que había localizado visualmente a Julián Mínguez.

—¡Ya está ahí el ateo!

Se marchó y con ella los dos Pardo. Yo me quedé con un desubicado Mínguez, temeroso, que se retorcía las manos de turbación mientras intentaba ser invisible para el resto de los invitados.

—Venga, profesor —le dije—. Hablaremos en mi despacho. Allí fuimos.

—Siéntese. No sufra por la Benajara. Usted está en su casa. Y mucho más ahora, que será enteramente mía cuando me case.

—¡Ay, Maximiliano! No ha cavilado usted bien esto de casarse. Sé que la juventud exige ciertas normas sociales pero… ¿sabe usted lo que implica formar una familia?

El viejo profesor no me reprochaba, oía sus propios lamentos convertidos en una súplica. Me pareció mucho más menudo de lo que era, más viejo, más quebradizo.

—No se apure usted, profesor. He calibrado muy bien mis decisiones. Voy a exigir a mi madre que me ceda el caserón de los Cid. No podrá negarse. La echaré de mi vida para siempre.

—¿Está usted seguro? La mala yerba no muere nunca. Su padre de usted no pudo con ella ni por activa ni por pasiva. Tiene muchos recursos esta mujer y a veces me parece hasta inmortal.

Yo reí la ocurrencia.

—No se preocupe por mí. Y ahora cuénteme cosas de Granada, que hace mucho tiempo que no frecuento el casino, el museo y la Comisión de Monumentos.

El profesor se rascó la cabeza, pensativo.

—Intelectualmente Granada está exánime. Fiambre total. Necesitamos investigar, estudiar, movilizarnos. Que el Ayuntamiento no haga oídos sordos a los derribos de monumentos, que el gobierno dé dinero para conservarlos, que… —Mínguez se exaltaba—. Pero ¿qué digo? Habiendo tanta miseria, ¿quién va a recordar lo que aquí dejaron los moros?

—La última vez que estuve en Madrid conocí a un personaje granadino con quien usted haría buenas migas. Le prometí que sería el mecenas que muchos de ustedes buscan y también se lo prometió Francesca, que…

Me paralicé. Hacía tiempo que no visitaba a la condesa. Ni ella ni yo habíamos hecho por reunirnos. Ambos éramos demasiado orgullosos. Me dolió el pronunciar su nombre y Mínguez se dio cuenta de que algo había sucedido entre los dos.

—La condesa está formando una asociación de amigos, creo que para intentar localizar el lugar exacto de la Iliberri romana.

—Ya. —Me levanté aturdido por la noticia y por el alcohol. Reflexioné que era mejor cambiar de tema—. ¿Leyó usted ya el manuscrito que le dejé?

Mi manuscrito había dado muchas vueltas por Granada. Nadie quería publicarlo,

ni siquiera Jaime Hilton, que ya estaba más que arrepentido de haberme dado alas en este asunto.

—No del todo. Pero creo que es un buen libro. Siempre que no se incurra en el error de convertirlo en un tratado. Es de un género muy peculiar.

—Se llama novela histórica.

—Sí, sí, ya lo sé. No me hable usted de Manuel Fernández y González. Lo conocí siendo ambos nudos de la Cuerda Literaria y me pareció un poco fanfarrón. No me sea usted tan ligero en sus próximas novelas como lo está siendo él, se lo pido de rodillas. Si a usted y a mí nos quitan el poder investigar, ¿qué nos quedaría?

Mínguez hablaba de un escritor granadino que por aquella época se había hecho famoso. Todavía le quedaba manifestar lo más extravagante de su trabajo literario pero a esas alturas ya llevaba escritas varias novelas que, envueltas en el halo historicista, no eran más que folletines de aventuras muy entretenidos pero faltos de rigor. Conocí a Fernández y González personalmente años después.

—Es cierto que sus novelas no guardan la verosimilitud que debieran. Pero gustan a la gente y se publican. Mi novela sobre Iliberri no le interesa a nadie porque dice la verdad y a nadie le gusta oír sus propias miserias. He hablado con varias imprentas y ninguna quiere arriesgarse.

—Pues a Fernández y González le pagan por página y fíjese usted qué bien vive. Se rumorea que pronto tendrá secretarios para dictarles varias novelas a la vez.

—No ahonde más en la herida, profesor. No pensé que fuera tan difícil publicar en este país.

—¿En este país de memos? ¡Alma de cántaro!

Miré a Julián Mínguez que había sacado un pañuelo y ahora se limpiaba con pulcritud sus anteojos.

—Verá usted, yo ya he perdido la esperanza de recuperar la grandeza española. La intelectual quiero decir. Vamos en declive. Con su padre de usted viví un cúmulo de batallas pero yo era joven y algunas gané. Ahora, sin embargo, todo me parece dificilísimo. Necesito sangre nueva que me empuje y si usted no me empuja… pues fíjese, varado me quedo, como las ballenas a esperas de una muerte segura.

—Me gusta su pesimismo, profesor. Me inspira.

—Sí. Soy un espantapájaros, lo sé. Pero no me acostumbro. Ayer mismo en el casino un mequetrefe que no sabe ni coger un lápiz me dijo que era un tuercebotas. Fíjate, Maximiliano, ¡a mí me han llamado tuercebotas!

No sé si fue el alcohol pero me dieron ganas de reír. Con todo las disimulé y acompañé a mi profesor a la salida de la casa.

—Vendrá usted a mi boda, ¿verdad? No me haga usted ese feo.

—Ya veremos, ya veremos. No sé cómo me levantaré ese día.

No tenía remedio. Las iglesias, salvo para datarlas históricamente, le daban alergia.

Pero Julián Mínguez acudió a mi ceremonia. En la puerta lo encontré al salir,

semioculto entre los mendigos que extendían la mano para beneficiarse de un día de propina. Cualquier cosa haría aquel hombre de letras y científico para pasar por transparente.

Capítulo 16

La boda

Granada estaba en fiestas. No por mi boda sino por un acontecimiento único en la ciudad: la visita de la reina Isabel. Era la segunda de las Isabeles que conocía oficialmente la ciudad.

La primera, la Católica, dejó un recuerdo imborrable en la ciudad mora, pues con su afán de conquista mermó su patrimonio. Por eso, algunos, esperábamos que esta visita de la segunda Isabel tuviera un carácter de concordia y no de incautación.

Se engalanaron las calles para el acontecimiento. No como era común en otros lugares. Quizá por vergüenza de ver nuestras calles tan desaseadas, los solares tan vacíos o las casas tan presto a derrumbarse, el gobierno autorizó un lavado de cara muy peculiar. Se cosieron telones de teatro bien grandes, que colgados entre algunas fachadas y pintados con minuciosidad engañaban a la vista. Otras veces recurrieron al cartón o la arpillera que simulaban bloques de piedra y hacían una muralla o pared donde no la había. También se construyó tamaño arco de triunfo que, aunque de cartón, con luces bien orientadas parecía uno de la misma Roma. Emergieron obeliscos en cada plaza, y junto a los farolillos que la gente, por cuenta propia, añadió en sus balcones, quedó una Granada renovada, fingida pero coqueta.

—¡Esto es un auténtico escarnio a nuestro patrimonio artístico! —gritaba con las venas inflamadas el profesor Mínguez—. ¡Me avergüenzo de ser español! ¿Para esto viene una reina a Granada, para que se vaya con la impresión de que los gitanos comen con tenedor de plata?

Razón no le faltaba a mi anciano amigo. La mayoría de los comisionados de las artes manifestaron su repulsa al engaño, pero no hubo manera de que el invento teatral se anulase.

Ya por aquel entonces, mi futuro cuñado José Pardo accedió a un cargo administrativo de importancia relacionado con el sector urbanístico y dependiente del propio Ayuntamiento. Por lo que dedujimos los entonces protectores de la Granada antigua, Pardo tenía como cometido realizar un listado de monumentos deteriorados, de solares vacíos para construir en ellos nuevas casas… es decir, debía aportar el censo de casas potencialmente derribables con fines de modernidad urbanística.

Mi madre quería que la ceremonia se oficiara en la catedral. Qué menos para un Cid. Pero hubo problemas burocráticos por la visita de la reina y cedió su petición a la iglesia más cercana a nuestra casa, la de Santa Ana. Allí, donde se casó también Mariana Pineda, me uní con Alma para toda la vida. Por desconocimiento, por desesperación, quién sabe. Lo cierto es que mi error hirió a muchas personas pero a mí me convirtió, momentáneamente, en libre.

Antes de salir de mi casa pedí a mi madre que viniera al salón donde solíamos

reunirnos para hablar de temas trascendentales. Agustina esperaba tras la puerta, alterada, pues conocía lo que sucedería en aquella estancia.

—Siéntese usted, madre, que tengo que decirle una cosa antes de ir a la iglesia.

Mi madre, con los nervios lógicos del momento y día, se sentó.

—¿Qué quieres a estas horas? Llegaremos tarde y seremos el hazmerreír de Granada.

—Quizá lo seamos de todos modos. Esté atenta a lo que tengo que decirle.

—¡Suéltalo ya, que me dará el patatús! ¡Qué hombre! Igualito que su padre. ¿A qué viene tanto misterio?

—A que si usted quiere que me case con Alma Pardo hemos de llegar a un acuerdo.

—¿Económico?

—No.

—¡Pues qué ha de ser, entonces!

Mi madre estaba al borde de la histeria. Miraba su reloj y pensaba que los invitados estarían en la puerta de la iglesia abucheándonos.

—Verá. Yo he aceptado esta unión por el bien de nuestros negocios y por tenerla a usted contenta. Pero yo pido una cosa más.

Mi madre no tenía ya ni aliento para replicarme. Sus ojos se desbordaban debajo de las abundantes pestañas.

—Yo quiero quedarme con el caserón de los Cid.

—¡Pues claro! —exclamó mi madre sin saber lo que decía—. ¿Dónde ibas a vivir después de la boda? No me pongas más nerviosa, que me entra el sofoco. —Tomó el abanico de dentro de su bolso y comenzó a apaciguar su calor.

—Usted no me ha entendido. Quiero decir que usted no podrá vivir en esta casa después de la ceremonia de hoy.

El abanico, que se agitaba enfrente de su pecho, se paralizó como la sangre que le fluía por las venas de la cara. Se convirtió en una estatua inexpresiva.

—¿Me echas de mi propia casa?

—Dígalo usted como quiera. Pero si ahora mismo no firma este contrato cediéndome la propiedad y el uso único del caserón no me caso.

—Pero…

—Usted elige. O somos el hazmerreír de Granada anulando la ceremonia o usted se va a otra casa.

Mi madre comenzó a titubear.

—Pero ¿adónde?

—Yo mismo le compraré una finca entera, la casa que usted elija. De mi propio bolsillo le construiré un palacio si es necesario, pero no quiero verla más en esta casa de los Cid.

La Benajara, por primera vez en su vida, se encontraba entre la espada y la pared.

Temí seriamente las consecuencias, que antes de ahora me parecían escasas o

insignificantes. Pero mi madre era impredecible. Humedecí mis labios notándome la boca reseca. La vi titubear, mirar el reloj, abanicarse. Su pecho de señorona de carnes fofas se agitó y se mantuvo con los pulmones plenos de aire durante un largo tiempo. Creí que reventaría el corsé, pero ella los compraba de buena calidad; sin duda era necesario para mantener a raya lo prieto que iba su talle. Sacando fuerzas de algún lugar desconocido me tendió la mano para coger el contrato que yo tenía bien asido (imaginé que sería capaz de rompérmelo) y tomando una pluma plasmó una firma nerviosa.

—Te costará muy caro el echarme de esta casa, te prevengo. Te arruinaré solo para hacerte daño.

Yo sonreí a medias. Me coloqué el traje y la corbata. Mi corazón saltaba bajo la camisa bien planchada.

—Excelente, madre. Seré el hombre más dichoso del mundo arruinándome por usted. Ahora vamos a la iglesia, que se impacientan los invitados.

Al llegar al templo, Alma esperaba. Me miró buscando en mí las nuevas de lo sucedido. Y yo afirmé lentamente, con disimulo, para advertirla de que en el futuro sería la única mujer de la casa y propietaria única del caserón de los Cid.

Fue un día aciago. Solo faltó que lloviera. Pero algo me hacía mantener la compostura, un ideal romántico de libertad plena, de verme librado de las garras psicológicas de la Benajara. Ausente de los gritos que el gamberro de Morell y sus amigos me prodigaban animándome a besar a la novia, imaginaba cómo sería aquel día en que en mi propia casa pudiera ordenar y decidir, elegir a mis propios criados o cambiar las cortinas si así lo deseaba. Lo que más placer me producía era abrir mi despacho de par en par, sin llaves que limitaran sus pequeñas dimensiones, pues hasta ahora pasaba bien por celda de delincuente. Por ese motivo me vieron los invitados una sonrisa permanente en mis labios.

—Qué feliz es mi querido hijo —decía la hipócrita Bárbara Benajara a las familias que la felicitaban—. Y como no podía ser menos, les dejaré la casa para ellos solos. Que el casado casa quiere.

—¡Qué buena eres! —exclamaba la mamá de Alma—. A mí me hubieran tenido que sacar de mi casa con los pies por delante.

Bárbara Benajara se abanicaba con desdén. Era la mejor actriz, con mucho, que tenía España por esos tiempos.

Cuando llegó la noche y volví a mi casa, impedí entrar en ella a mi madre. Orgullosa, digna como una reina, la vi montar en un coche de caballos y alejarse hacia la calle Elvira. Entonces no podía suponer que mi madre no estaba sola, que sus amistades la harían aún más fuerte en el futuro y que con ellas emprendería una lucha a muerte contra mí.

Alma subió a su cuarto. Me quedé solo en mi despacho.

Mientras, reflexioné sobre una idea surrealista. No había besado aún a mi esposa, ni siquiera su angelical mejilla. No habíamos tenido más contacto que un roce de alas

de mariposa al tomarnos del brazo en alguna ocasión. Estaba seguro que me esperaba vestida con algún salto de cama para que ejercerciese mi derecho, pero yo no quería comenzar nuestra relación, basada en la verdad, con una mentira.

En esto que oí la campana de la puerta. Tenía una visita.

Rosita me vino a decir que Julián Mínguez estaba en el zaguán.

El pobre profesor estaba esperándome con un sombrero agarrado entre sus delgadas manos, arrugándolo de la fuerza que emprendía en su acto inconsciente. Al hacerme visible Mínguez comenzó a hablar en un tono de voz tan bajo que temí que ocurriera alguna desgracia.

—He visto a su señora madre subirse a un coche de caballos. ¿Es cierto que ha dejado la casa?

Yo sonreí. Era un hombre, este Mínguez, de lo más chistoso.

—Puede hablar más alto, profesor. No tenga miedo ya a atravesar esta puerta. Acaba de inaugurar el hogar de los Cid.

Mínguez se quedó petrificado y luego un tic en un ojo lo delató.

—¿Y Agustina?

—En el salón, con su novio de piernas de alambre.

—¿Y su señora esposa?

Se me hacía muy extraño oír llamar así a Alma.

—En su habitación, supongo que esperándome.

—¡Entonces es cierto que va a dilapidar el honor de los Cid a partir de ahora…! —Y en un acto reflejo, cuando yo creía que iba a reprocharme alguna cosa, se echó en mis brazos y me apretó como saben hacerlo los hombres de gran talante—. ¡Reciba mi más sincera enhorabuena! —Lo invité a entrar pero se negó. Lo que tenía que decirme era algo muy breve—. No quiero importunarle. Es que mañana voy a enseñar la Alhambra a un colega suyo, quiero decir a un escritor danés que viene a la ciudad, Hans Christian Andersen. Es escritor de cuentos infantiles, algunos son ya famosos. «El patito feo», dicen que se llama uno. Yo no los he leído pero… puede que los lea a sus hijos cuando los tenga.

Se ruborizó más que yo. Por descontado que nada sabía de la situación de Alma.

—Pero… ¿se puede vivir de escribir cuentos infantiles? —pregunté yo con incredulidad.

—A decir verdad… no lo sé. Pero este señor viene con ganas de conocer la Alhambra y a mí se me ha resucitado el deseo de ser el guía de todos los viajeros que conocimos su padre de usted y yo. Gautier, Ford, Dumas… —El anciano profesor recordaba poniendo los ojos en blanco. No niego que me dio cierta envidia—. Bien, caballero… —me dijo, contundente, una vez bajó de la nube de su fantasía—. Tendrá usted deberes más elevados en su noche de bodas que atenderme a mí. Disfrute… —Después de dicha esta palabra creo que comprendió el error que cometió al pronunciarla, tratándose de mi noche de bodas—. Quiero decir que… descanse en su nueva situación marital. ¡Vaya! Me refería a… ¡demonios! Me he metido en un

berenjenal. Como me hubiera dicho mi padre, señor Cid: ¡cumpla!

Reí ante su ocurrencia.

—Gracias, profesor. Mañana nos vemos para enseñarle juntos la Alhambra a ese señor de las tierras del norte.

Se marchó.

La casa estaba en un silencio pleno, infrecuente. Agustina mantenía la luz de la salita, lo que indicaba que la charla con su novio iba para largo. No quise entrometerme, así que emprendí el camino hacia mi habitación en busca de Alma, pues ya hacía tiempo que esperaba.

Tomé un candil para iluminarme. Era entrada la noche. Noté que la llama temblaba. ¿O eran mis manos contenidas ante un suceso que quería evitar?

No llegué a atravesar el pasillo completamente cuando Rosita apareció con otro candil. Se contoneaba como había descrito yo en mis novelas a mis personajes femeninos más sensuales. Iba en camisón, le gustaba hacerlo y algo me decía que a partir de ahora, sabiendo que mi madre no espiaba por las esquinas, se haría asidua de tal costumbre.

—Señorito —dijo entregándome una carta—. Esto ha venido esta tarde para usted. No se lo he querido dar antes porque lo imaginé sin importancia. Otra felicitación de boda, quizá.

La criada me miraba con curiosidad inquieta, esperando que abriera la carta y le dijera algo de su contenido. Rosita pensaba, estoy seguro, que la casa sin la Benajara le daría cierta autoridad.

—Está bien, Rosita, puedes ir a descansar.

La muchacha me miraba recelosa. Dio por concluida su labor entendiendo que no le desvelaría el contenido de la misiva; sin embargo, antes de despedirse dijo algo que no debería haberme sorprendido:

—Hasta mañana, señorito. Si me necesita llámeme. Ya sabe que tengo el sueño muy liviano.

—¿Y para qué habría de necesitarte en mi noche de bodas, chiquilla?

Rosita sonrió a medias mientras giraba.

—No sé, por si se aburre…

Me quedé observándola desaparecer con su penumbra atractiva, su cuerpo transparentándose por el trasluz del pequeño candil que alargaba su figura reflejándola en las paredes. Hasta que no hubo desaparecido de mi campo visual no abrí la carta. Desde que casi diez años atrás comenzaran a franquearlas me gustaba mirar primero el matasellos para adivinar su procedencia. Esta carta venía de Madrid y su letra no era, en nada, conocida. La volví para ver el remitente. Imprenta Bartolomé Muñoz, decía.

¿Una imprenta? ¿De Madrid?

La sorpresa me activó la curiosidad. La abrí de inmediato.

«Estimado señor Cid: He recibido por parte de la señora condesa Di Mare el

contenido de varios cuentos publicados en un diario granadino. Después de leerlos con detenimiento y examinado su contenido, le rogamos que nos haga llegar la novela de la que están extractados. Estamos interesados en publicársela, y hablar con usted de las condiciones económicas».

Tuve que sentarme en el suelo, pues las piernas no me resistían. Francesca había intercedido por mí en Madrid y finalmente vería publicada mi novela. ¿Cómo había sido capaz de dudar, por un momento, de la franca amistad que siempre me ofreció? ¿Cómo había sido tan cruel de no perdonarla cuando quería lo mejor para mí, aconsejándome y orientándome siempre que pudo?

Tuve ganas de salir corriendo, en mitad de la noche, a darle las gracias, a abrazarla, a sentir su cuerpo contra el mío, pues sin él me parecía haberme quedado huérfano todo este tiempo. A causa de este vacío me había mostrado tan altanero e indiferente, tan insensible con todo y con todos.

Con la respiración agitada me acerqué a la puerta de mi dormitorio. ¿Sería capaz de contárselo a Alma? Me confundía el no saber cómo tratarla, si como esposa o como amiga, pues ambas no podrían ser, de eso estaba convencido. Puse la mano en el pomo. Su contacto me pareció frío: aquel pomo no sería ya nunca un pomo enteramente mío, lo manosearía Alma, sus futuras criadas; personas ajenas y desconocidas que habían irrumpido en mi vida de forma súbita.

Retiré la mano. El largo manillar dorado tembló al soltarlo con rapidez. Me horrorizó pensar que Alma lo había notado, que sabía que estaba dudando tras de la puerta.

Ahogado en mi propia duda e impulsado por una extrema necesidad de salir a respirar a cielo abierto bajé las escaleras de dos en dos procurando no tirar el candil. Lo apoyé según andaba en el zaguán de piedra de mi casa y salí a la calle.

La noche era muy cerrada, casi no se veía la luna ni el contorno de la Alhambra pero con un instinto infrecuente en mí conseguí subir la colina del Albayzín, apoyándome en las paredes de las casas, intentando no resbalar por los cantos humedecidos por el relente de la noche, y a las puertas de la casa de Francesca llegué para dar dos aldabonazos.

Su criada me abrió y reconoció. Sin mediar palabra me introdujo.

Francesca salió sobresaltada con el pelo suelto caído por los hombros, y su bata de encaje tapándole el torso, anudada bajo el pecho. Estaba sencillamente bellísima.

No dijo nada, me extendió los brazos y yo la abarqué queriendo contener en ese abrazo todo lo que era mío y no quería perder. Lloraba con espasmos infantiles pero de vez en cuando oía a la condesa murmurarme al oído:

—¡Max, ay, mi Max!

Capítulo 17

La Revolución de 1868

Del día de mi boda a este en que hoy escribo han pasado siete años. Por arte de la licencia literaria me encuentro ahora escribiendo, sobre mi mesa de despacho, oyendo la extraña algarabía ciudadana, pues Granada se ha unido a la revolución.

La reina Isabel II, aquella que nos visitara cuando celebré mi unión marital, ha sido derrocada. Así pasan las cosas en esta España. Quién podría haberlo sospechado cuando se erigían obeliscos de cartón y se colgaban farolillos de los balcones.

Ustedes, que han visto transcurrir estos siete años como un vuelo, tienen derecho a una explicación. Así que volveré, si me lo permiten, al día de mi boda o mejor dicho al día siguiente, cuando Julián Mínguez acudió a la Alhambra con mi colega Hans Christian Andersen. A ellos me uní. Dejo para otro momento y lugar detallarles del encuentro que tuve con Alma la noche de autos, que en nada pareció ni fue de unión conyugal. Eso habría de llegar mucho más tarde.

Quedé con el profesor y su invitado a los mismos pies de la Puerta de las Granadas. Subía yo con la energía de mis veinticinco años y la que da el amor, o por lo menos sentirse recompensado. Había pasado toda la noche entre el regazo de la condesa, sin más esperanza que deleitarme con el contacto propio de sus abrazos. Con esa sensación me fue muy fácil subir la empinada Cuesta de Gomérez y allí encontré a los dos hombres.

Tenía el señor Andersen una nariz prominente, en la cual me fijé más que en sus ojos, ocluidos por una mirada perspicaz. Su sonrisa resultaba agradable y me imaginé que era aquella la que atraía a los niños, a los que contaba cuentos si conseguía que alguien se los tradujera.

Mientras nos saludábamos (yo me defendía con algo de inglés) fuimos arrollados por una familia entera de gitanos que a la Alhambra acudía, cantando y bailando, a pesar de que ya en esa época se dejaba sentir el primer frío otoñal. A Andersen le pareció pintoresco pero Mínguez refunfuñó, como era lógico en su vehemente carácter. No se comprendía, decía él, que la Alhambra inspirara más interés a los gitanos que a las gentes de letras.

El recinto, que en vida de mi padre fuera morada de inválidos, seguía en un estado de semiabandono. El gobierno había tomado conciencia y a él llegaban algunos hombres con ánimo de arreglar algún desperfecto, pero nada realmente definitivo. Por el contrario, se empeñaban en seguir convirtiéndola en decorado de las *Mil y una noches* y así habían aparecido recientemente unas cupulillas vidriadas en los techos, las últimas en el año 1859, sobre el templete del Patio de los Leones. Cada vez que Mínguez pasaba debajo de ellas se indignaba y esta vez no iba a ser una excepción, con la única diferencia de que no pudo ni acceder a ellas, pues tan pronto

llegamos a intentar entrar al Patio de los Arrayanes encontramos a unos hombres forzudos custodiándolo.

—¿Cómo es esto? —preguntó en alto Mínguez—. ¿Desde cuándo la Alhambra es un recinto privado?

Los hombres allí apostados, uniformados hasta en el bigote, no replicaron. Un rumor de palmas y olés resurgió del interior de los palacios y comprendimos que los gitanos estaban dentro.

—¡Por las barbas del Cid! —exclamó Julián Mínguez ofendido—. Los gitanos entran, ¿y los hombres de bien se quedan fuera? ¡Con esto me han dado la puntilla, Maximiliano! Yo ya no puedo más con estos cornúpetas del gobierno.

El profesor se sentó acongojado y fue tanta la pena que inspiraba que uno de los soldados que custodiaban la estancia nos explicó que el recinto había sido acotado para la visita de la reina Isabel, a la que le estaban haciendo retratos con un chisme mecánico. Pudimos contrastar lo que dijo el guardia personal de la reina en el mismo instante. Bajo una arcada de las muchas que tiene la Alhambra observamos movimiento de personas y al fotógrafo, que resultó ser el famoso Charles Clifford, quien se volvería mundialmente famoso por las instantáneas tomadas de la ciudad y de la visita real.

—Pero ¿y los gitanos? —preguntó Andersen.

El guardia real explicó que les habían ordenado venir para que la foto resultara más pintoresca.

—¡Sí, para pintorescos nosotros! —se lamentó Julián Mínguez—. ¡Ea, señor Andersen, que me parece que se vuelve usted a su tierra sin ver la Alhambra!

Me consta que Hans Christian Andersen vio la Alhambra días después. No sé si solo o con Julián Mínguez, pero dijo de Granada que era ciudad donde podría echar raíces. Obviamente lo cegó la imagen romántica alhambreña que bien supo plasmar Clifford en sus fotografías.

A la vuelta a la ciudad, en Plaza Nueva, entró aquel señor tan elegante con mirada inocente, observador y desbordado por la alegría española. Con motivo de la visita real habían colocado en medio de la plaza unas figurillas pintadas, compuestas de láminas de plomo, haciendo las veces de moros y cristianos en plena lucha. Se sujetaban en unos andadores de musgo y disparaban chorros de agua. Alrededor de tamaño disparate los chiquillos se arremolinaban, también los viejos y los borrachos, pero era a los primeros a los que Andersen observaba y con los que disfrutaba, pues los niños son siempre niños en cualquier país.

Encontramos a Juanito Morell, que volvía de supervisar sus negocios, o mejor dicho los de su padre, con quien había comenzado a trabajar recientemente. Por imperativo laboral vestía todo encorbatado. Daba pena verlo. Pero en cuanto observó que había carne nueva donde hincar el diente, o sea, el señor Andersen y su ignorancia sobre España, nos ofreció acudir a la fonda de los Siete Suelos, lugar que abría y cerraba según convenía a sus taberneros.

Como Morell los conocía, fue llegar y pronto nos colocaron al frescor de las ruinas de la famosa puerta, entre esqueletos de arces, acacias y castaños con cuyas hojas hacíamos mullido el suelo de la taberna al aire libre. Juanito pidió a los venteros, para ir haciendo boca, un poco de esa agua fresca de la Alhambra y el tabernero la trajo en un botijo.

—¡Agua recién sacaíca de los pozos de la Alhambra, beban sus señorías!

Todos reímos. Pero Andersen tiritaba pues decía que el frío de Granada era peor que el de Dinamarca.

—¿Pero este señor no es del país en donde se hielan los iceberg? —preguntó a su manera Morell—. Pues no lo entiendo. ¡Beba, usted, beba! Que el agua de la Alhambra lo cura todo.

Lo hizo sorber del chorro del botijo de barro que caía con su peculiar anís, pero Andersen no mejoraba. Solo se asombraba de que el tabernero anduviera en mangas de camisa siendo ya noviembre.

Al día siguiente terminó por enfermar y cayó malo durante algunas jornadas. A su posada fue a visitarlo Julián Mínguez y terminaron por hablar de sus amores fallidos, de sus mujeres amadas y que no les correspondieron. Ambos, seres impresionables y con sentimientos románticos, fueron, a su manera, dos patitos feos que con el tiempo se convertirían en cisnes.

Seguirle el rastro a Andersen fue imposible para mí. Mientras el escritor pasaba sus horas mejorando del catarro tuve la confirmación de que mi libro se publicaría. El señor Bartolomé Muñoz de la imprenta de Madrid recibió puntualmente el manuscrito completo de mi novela, que yo titulé *Las cuatro vidas de Iliberri*, y una vez la leyó por completo me dio su aprobación. Por aquel tiempo, sin editoriales que asumieran las publicaciones literarias, era el propio autor el que pagaba sus impresiones. Desconozco si en el caso del escritor Manuel Fernández y González se cumplían estas premisas, pues su celebridad era más que suficiente para avalar sus escritos. Mi caso era muy otro. Por descontado que yo era un desconocido, incluso me tacharon de intruso en más de una ocasión.

Bartolomé Muñoz tenía un hijo con imprenta abierta en Granada. Por eso Francesca lo conocía y acudió a él. Jeremías Muñoz, o sea, el hijo, tenía su local en la calle Angosta de la Botica y allí me citó para hablar del aspecto económico. Era el tal señor de una edad similar a la mía, pero con cien años más de experiencia. Parecía haber nacido ya negociante. Calculaba de memoria los pliegos de papel y la tinta a emplear en el trabajo. Llevaba las uñas y los puños tintados, por lo que deduje que había cambiado muchas cajas de tipos de imprenta.

—Mi padre está entusiasmado con su libro —comenzó diciendo—. Él es muy de la historia antigua. Fue profesor en su juventud pero los fernandinos lo persiguieron, decían de él que era masón y nada más lejos de la realidad. Mi padre es un hombre con pájaros en la cabeza que no entiende de dinero. Desde que dejó la enseñanza ha llevado al traste cinco negocios, hasta que me puse al frente de este último, que

gracias a Dios se mantiene con cierta dignidad. Sin embargo, la competencia es grande. Yo trabajé para el insigne Miguel Benavides, que me enseñó todo lo que había que saber sobre el mundo de la imprenta. Pero mi padre no quiere ser en exclusiva impresor de boletines, ni de almanaques ni de programas de teatro. Así que cuando le escribió la señora condesa imagínese usted. Ya se vio tan famoso como John Murray…

—¿Quién?

—El impresor inglés que ha publicado a Washington Irving y a la señorita Austen, ¿sabe usted? La de *Orgullo y prejuicio*. Es la envidia de cualquier impresor.

—Entiendo.

—Pero en España la cosa cambia. Y en Granada, ¿qué le voy a contar a usted? Tenemos al señor Fernández y González y a un alumno aventajado que le ha salido ahora, al señor Leopoldo Zirí.

—¿Perdón?

Jeremías Muñoz hablaba muy deprisa y de un tema que yo desconocía. El cuello de mi camisa me pareció demasiado estrecho y tuve que estirármelo. Me mareó el compromiso que estaba a punto de adquirir.

—Disculpe usted, me hago cargo de que no está en el negocio. Como usted sabe el señor Fernández y González tiene ya unos secretarios que le escriben sus novelas al dictado. Don Manuel es un verdadero artista. A veces, los secretarios le salen escritores y tomando la experiencia de sus novelas se lanzan a la aventura de escribir las propias. Este es el caso de Leopoldo Zirí. A punto está de publicar la primera y antes de que salga a la venta ya se la están rifando. En este mundo tienes que tener mucha mano izquierda y mejor si esa mano es de un político o de un ciudadano admirado por todo el mundo.

—Pues de eso yo tengo muy poco.

Jeremías sonrió con cara de zorro.

—Ya me parecía. Pero no se preocupe. Haremos de la novela algo agradable de ver. Pondremos unas letras góticas, orlas y querubines. A todos gustará.

Me costó reaccionar a tiempo.

—¿Querubines? ¿Letras góticas? Pero si hablo de la Granada romana.

Jeremías Muñoz pareció pasmado.

—Pero ¿no quiere usted que se venda la novela?

—Sí.

—Entonces pondremos letras góticas y querubines.

—Pero es que me resulta de lo más engolado. Mi novela va dirigida a…

—A las señoras.

Me levanté de mi asiento. Pensé que era incapaz de controlarme.

—¡Cómo a las señoras! Va dirigida al gran público.

—Pero quienes más leen son las señoras. Así que letras góticas y querubines.

Respiré hondo. La lucha a muerte había terminado y ganado el señor Muñoz, con

sus manos entrelazadas sobre su mesa de despacho.

Me volví cabizbajo a mi casa, donde me esperaba una esposa distante e inmutable. Cuando me vio entrar supo que necesitaba estar solo y permitió que lamiera mis heridas durante algunas horas entre los volúmenes de mi padre, perfectamente ordenados en su biblioteca.

¿Alma? Sí. He sido injusto con ella y con esta historia. He hablado del viaje de la reina Isabel, de Hans Christian Andersen, de Julián Mínguez y de varios impresores a los que posiblemente nunca más volveré a nombrar. A todos les he dado su momento de gloria, pero a Alma no. Desde el instante en que se convirtió en mi esposa cumplió un cometido para mi vida. La veía silenciosa sentada en un sillón, el mismo que tiempo atrás ocupara mi madre. Pero con una sonrisa mediana, petrificada en su rostro bondadoso. Nunca preguntaba adónde iba. Y si le importó de dónde llegaba a las tantas de la noche nunca lo manifestó.

Con Agustina hizo buenas migas. Me alegraba verlas bordar alternándose con lecturas de novelas o de poesía. A veces me sentaba alejado de ellas y me imaginaba, de haberme casado con Valeria, si todo hubiera permanecido en el mismo lugar o si sería todo tan estáticamente cómodo. Luego de imaginar me decía a mí mismo que hubiera sido imposible, pues Valeria no se hubiera enfrentado a mi madre ni hubiera tenido la fuerza suficiente para hacer que ella saliera de mi vida. Muy posiblemente habría tenido que emigrar a Italia, lo que hubiera sido aún más patético.

A eso de llegar el momento de acostarse, Agustina se despedía con un beso en la mejilla y Alma recogía su costura y paralela a mí recitaba con voz muy queda «buenas noches». Se alejaba y yo no podía ni responderle, ni desearle lo mismo en una noche que sabía que no sería buena para ninguno de los dos. Soportábamos dignamente la lacra de la frialdad.

A veces, cuando asomaban a mi espíritu las necesidades más viles, llamaba a la puerta de Rosita y ella me abría un mundo inadecuado pero imprescindible. Al día siguiente me invadía el desasosiego.

—Con que letras góticas y querubines, ¿eh?

Mínguez reía. Y lo hacía con tan poca contención que humedecía sus lentes con lágrimas. A veces era irritante.

—Es la única manera de publicar el libro. O querubines o nada.

—Bien… —se serenaba Mínguez limpiándose las gafas con el lazo de su corbata —. Una cosa es cierta, y es que tiene que hacerse usted un poco de propaganda. Fíjese bien —tomó un diario, no recuerdo cuál y me leyó una noticia—: «A las diez de la noche, en el casino de la ciudad de Granada, tendrá lugar la presentación de la novela *La bella musulmana*, del señor Leopoldo Zirí. A ella acudirán los miembros más respetables de la cultura granadina, entre ellos el señor don José Pardo como representante de…».

—¿Pepe Pardo? —exclamé yo sorprendido—. ¿Miembro respetable de la cultura granadina? Pero ¿quién ha escrito eso?

—Un asno, no tenga la menor duda, pero ahí lo tiene: con su noticia hace famoso al señor Zirí.

Comencé a dar vueltas alrededor de Mínguez con las manos bien introducidas en los bolsillos de mi pantalón.

—¡Otro que tal baila, Leopoldo Zirí! ¿Quién puede tener un nombre semejante?

—Zirí… como Zawi ben Zirí, al que se considera el fundador de Granada. Todo muy vulgar. Seguramente Leopoldo será también pseudónimo. No se me enerve usted, Maximiliano. Vaya a la presentación de ese libro, observe cómo se mueven las masas literarias, aprenda de su enemigo y luego obre en consecuencia.

—¿Ir yo a esa presentación? ¿Y con mi cuñado?

—Razón de más. Está usted invitado por derecho propio.

—No sé, no sé.

—Hágalo y cuénteme luego si el tal Zirí conquistó Granada.

Mínguez contuvo un brote de sarcasmo que terminó en una carcajada. Y mientras volvía a limpiarse las gafas humedecidas repetía:

—¡Qué bueno, con querubines!

Yo, muy indignado, me negué a ir a la presentación del señor Zirí.

Días después, reposando mi cena en mi postura preferida, sobre mullidos cojines, orientando la mirada hacia las dos mujeres de mi casa, observé que Alma sacaba de su costurero un libro que comenzaba a leer. No era este de autor clásico y por tal motivo me llamó la atención. El drama allí narrado era más bien de petulante finura, engolado hasta la saciedad. Pensé que se trataba de autor del siglo pasado, pues indicios había en el libro. No fue hasta que Alma recitó la frase «Y así acabose la historia de la bella musulmana» que caí en la cuenta de que todas aquellas tardes había estado oyendo, involuntariamente, la novela de Leopoldo Zirí. Como el aguerrido Zawi ben Zirí, de quien adoptó el nombre, la historieta del novedoso escritor había invadido mi hogar más íntimo y flanqueado mis defensas hasta conquistarlas. Me atormentó la idea de haber podido disfrutar de algún pasaje, de haberme reído o llorado con según qué párrafo. Para mi desgracia las caras interesadas de mis dos mujeres se habían asomado más de una vez a las páginas de aquella novela. Había sido testigo de su interés mostrado y de su constante inquietud lectora. Tuve envidia, no sé si sana o cruel, pero envidia total y absoluta porque mi Iliberri, aún por publicar, nunca les había arrancado un gesto, ni una sonrisa liviana ni un comentario. Así pues, aquella noche aprendí mi primera lección literaria como escritor: que si una novela no mueve al comentario —perverso o clamoroso, tanto da —, no ha tenido éxito.

Ocurrió de esa manera con mi libro. Pasó sin pena ni gloria. No se vendieron más que veinte ejemplares, al menos en aquel periodo extraño de mi vida. Ahora sé algo más de novelas y de la casualidad, que es el primer amigo de las ventas. Es lamentable que tuviera que sobrevenir una revolución para que mi novela se hiciera famosa, pero así ocurrió y quizá por eso la Gloriosa, que fue como llamaron a la

revolución de 1868, no me pareció tan abominable. Claro que eso fue al principio, cuando Julián Mínguez y yo teníamos puestas las esperanzas en aquel movimiento que sabía a libertad. El pobre profesor se imaginó que la Alhambra y Granada toda resurgirían de las cenizas, pero el final fue muy al contrario, casi el peor momento para el patrimonio artístico granadino. Comenzó la era de la piqueta revolucionaria y temimos que hasta la Alhambra pereciera debajo de los escombros para ser sustituida por un palacio moderno con cupulillas. Así sucedió con muchos de los monumentos de Granada. La insurrección política que sufrió el resto de España se tradujo en Granada en algo muy distinto. La revolución contra el patrimonio artístico deteriorado, contra las calles estrechas y el río insalubre había comenzado.

No recuerdo cómo nos enteramos de que en Cádiz había comenzado un movimiento revolucionario que se expandía a lo largo de las provincias andaluzas lo mismo que un virus súbito y fulminante. La situación era ya incontrolable, por lo menos para el gobierno isabelino. La reina estaba de vacaciones, y viendo que no tenía nada que hacer huyó del país. Los partidos políticos progresistas, liberales y republicanos, entre otros, se pusieron de acuerdo en alterarnos la vida. Es curioso que el español solo pacte para derrocar al gobierno y luego sea incapaz de conciliarse cuando este ha caído. Lo comprobamos una vez más, cuando los militares Prim y Serrano tomaron las riendas de la política.

Pero antes de que eso sucediera, Andalucía fue protagonista de muchas revueltas. La ola que esparció el desde entonces famoso Juan Bautista Topete al desembarcar en Cádiz nos arrastró. Al grito de libertad los campesinos, en el desconcierto que suponía el final de la crisis en la que estaban inmersos desde hacía años, se echaron a la calle. Otros, siempre los hay, se tomaron la justicia por su mano. Alma entró muy alterada a mi despacho para contármelo. Estaba realmente blanca, de un tono marmóreo preocupante.

—Max, dicen que el pueblo se ha echado a la calle y que asaltan las casas de los ricos. Tengo miedo. ¿Ordeno que atranquen el portón?

Yo me quedé desorientado. El pueblo, decía Alma, se había echado a la calle. Esa frase me hizo meditar.

—No hay que temer por ahora, me parece. No somos una familia que alardee de su riqueza, puesto que no la tenemos.

—Ay, Max. Tú bien sabes a qué me refiero. Hay mucha miseria y mucha rabia en esas personas que corren por la calle. Lo ha confirmado una de las criadas, que ya venían dando palos a diestro y siniestro y golpeando puertas con troncos de árbol. Saquearán todo lo que puedan, pues se han vuelto locos.

Me levanté de la silla. Me acerqué a Alma, que tiritaba de miedo. Tomé sus manos entre las mías. Era de los pocos contactos que nos permitíamos tener.

—Avisa a las criadas. Y al cochero. Que atranquen la puerta, también la de atrás. Que no salga nadie. Agustina está, ¿verdad?

—Sí.

—Pues que no salga.

Alma afirmó y desapareció de mi vista. Fue un instante el que se tomó. Mientras, me acerqué con disimulo al ventanal de mi despacho, el que fuera biblioteca de mi padre, para asomarme a la Carrera. Se oía un silencio inesperado, turbador. Porque silencios así suelen avisar de alguna desgracia. Recordaba haber presentido crecidas del río por el mutismo de los pájaros y ahora la calle parecía detenida por el silencio.

Los primeros ecos emergieron del centro de la ciudad. Eran oleadas que iban y venían, un murmullo que fue transmutándose en bramidos, en gritos descoordinados pero reforzados por pisadas profundas, dadas con clara intención de hacerse oír en toda Granada.

Lanzaban premisas tales como «Por la libertad», «Por la justicia» o «Mueran los ricos y los terratenientes». Toda revolución comienza con gritos así, frases huecas que, una vez pasada aquella, nunca tendrán sentido.

Un grupo importante de hombres y mujeres —puede que labradores, no lo sé bien — con utensilios de labranza en las manos caminaba por la calle. Era un grupo, bien digo, pues parecía dirigirse en masa a un destino probable. Parecía una compañía de *ballet* con movimientos ensayados. En cada puerta de cada casa señorial golpeaban. Algunas puertas se abrían solas por no haber puesto resistencia y entraban. Luego salían, también en grupo, con las manos vacías, pero con el placer de haber irrumpido en casa ajena. Sentí que lo intentaron en la mía. Que golpearon el portalón y oí los gritos de las criadas que se hacían fuertes en las cocinas. Agustina y Alma vinieron al despacho y al verlas a ambas con la cara demudada hice un gesto de silencio con la mano mientras oteaba el devenir de los insurrectos.

Se cansaron muy pronto. Marcharon calle arriba hacia el Albayzín.

Creímos que todo había terminado y respiramos, pues parecía que el pecho se nos había detenido, por temor a importunar a la muchedumbre. No fue así. El grupo no era tal y dejó el coletazo de la serpiente. Un rebelde esquivo tiró al balcón, en donde me encontraba, una piedra de considerables proporciones, que fue a darme en el pómulo tras romper en mil pedazos los cristales del ventanal. Saltó la vidriada luna como en mil flechas disparadas todas al tiempo. Creímos que se trataba de una bola de cañón, dado el sonido estridente y los daños que causó. Pero los rebeldes no eran más que jornaleros, quizás obreros sin más arma que la rabia.

La huida de la muchedumbre otorgó el silencio a la calle, como era de esperar. Volvió el mutismo y la exagerada quietud anterior al ataque.

Alma, sin prever que todo hubiera cesado, se abalanzó sobre mí con ansias maternales.

—¡Max! ¿Qué te han hecho? ¡Háblame!

Sinceramente me sentí halagado. No hablé por incapacidad sino por vergüenza de verme ahí tendido sobre el suelo teselado de vidrios rotos. Alma pensaba que me habían herido de muerte y no hacía más que agitarme por las solapas de mi batín para que reaccionara. Agustina, una Cid en toda regla, se quedó estática en la puerta. Ni

pestañeaba la pobre creyéndome malherido, esperando que otros hicieran lo que ella era incapaz de hacer.

—Calma, calma —conseguí decir—. Estoy bien.

Me sangraba la mejilla. Finalmente mi hermana consiguió traer unos algodones y un ungüento con el que pretendieron convertirme en un inválido de guerra.

—Agustina —dije quitándome a ambas de encima—. Mira si el servicio ha tenido algún percance. Y que no se asomen a las ventanas.

Se marchó, dejándonos a Alma y a mí mirándonos con la turbación propia de quien no controla los actos ajenos y mucho menos su destino. Le asomaron a los ojos unas lágrimas muy bellas y su pecho comenzó a agitarse anunciando una crisis de nervios.

La abracé por instinto, por protección. Pensé en lo sola que se debía de sentir frente a un marido que no lo había sido en tantos años y que podía haber muerto dejándola viuda y sin un beso.

No tardó Alma en contestar a mi abrazo, que en segundos se convirtió en placentero para ambos y confirmamos como deseado. Recibimos el olor de la proximidad, el leve roce de nuestros cabellos y consecuentemente sucedió lo impredecible, que nos besamos. No fue un beso de amigos. Fue un beso que contenía muchas noches y que afloró a nuestras bocas como una flor que, eclosiona movida por la necesidad.

Quién sabe si hubiéramos terminado así sin una revolución de por medio.

La tarde entera estuvimos muy cercanos. Alma tenía un rubor en las mejillas que endulzaba su figura perfecta, la vi más humana que nunca. Ya sentados ambos dejamos sacar nuestros miedos. Ella se preocupaba por sus padres y hermano. Ordené que preguntaran si estaban bien en la casa de los Pardo Moliner, solo por darle gusto. Cuando iba a salir Fermín, el cochero, añadí:

—Y ve a la casa del profesor Mínguez por si necesita ayuda.

Fermín asintió. Fue entonces cuando Alma recalcó:

—¿Y la condesa? ¿No vas a preguntar por ella?

Yo no quise ser descortés con Alma habiendo tenido con ella el acercamiento narrado. Pero ella siempre miraba por mí; a veces me molestaba esa insistencia de mirar por mis otras mujeres, era una vena morbosa que no me gustaba de su carácter.

—Sí, ya he preguntado por ella —tuve que confesar—. Se encuentra bien.

No pareció disgustarle mi contestación.

A la noche, Fermín nos comunicó que Mínguez no había sufrido ningún percance y que los Pardo Moliner estaban sanos y salvos. Pepe Pardo se había protegido en el Ayuntamiento, en donde trabajaba. Una postura que a mí me pareció cobarde pero que Alma elogió; a fin de cuentas era su hermano.

Capítulo 18

Las consecuencias de La Gloriosa

Agustina aporreó la puerta de mi habitación a la mañana siguiente. Por lo general era mucho más discreta pero se intuía que algo le apremiaba.

—¡Max, Maxi! —gritaba mientras daba con los nudillos—. ¿Estás despierto? ¡Tengo que decirte una cosa muy urgente!

«¡Oh, Dios mío! —pensé entre sueños—. ¡El piernas de alambre!». Nadie se había preocupado por su estado de salud. Lo habrían tirado en la cuneta de alguna carretera o apedreado en un estercolero. Las ideas más macabras me venían a la mente. Conseguí incorporarme en la cama y solicité a Agustina que entrara. Ella lo hizo y tan pronto pudo vislumbrar el interior de mi habitación se quedó parada, sin habla, con los ojos tan abiertos como los de un búho. Había descubierto que Alma yacía a mi lado.

—Bien, ¿qué ocurre?

—Pues que… que…

La pobre no salía de su asombro. Aquello confirmó que estaba al tanto de nuestra extraña relación marital.

—Agustina, ¿tanto te sorprende que duerma con mi mujer? Los matrimonios suelen hacerlo a menudo.

—¡Maxi! —se lamentaba mi hermana—. Yo solo quería decirte que a mamá la asaltaron ayer un grupo de rebeldes. Que está en cama con varias costillas rotas.

Alma se hizo un hueco entre las almohadas. Esperaba mi contestación. Yo, seguramente, había mudado mi buen humor mañanero por el del rencor y la rabia. Oír hablar de la Benajara después de tanto tiempo me resultaba un mal despertar.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Maxi! —protestó Agustina al punto del llanto—. Es tu madre.

No quise ahondar más en la herida, por la que seguro ella también sangraba. Di un beso a mi ya esposa en la mejilla y salí de la cama.

—Ordena a Fermín que enganche los caballos… o mejor no, será más discreto ir cabalgando, llamaré menos la atención.

Mi hermana respiró profundamente, se la veía preocupada y fue a los brazos de Alma a refugiarse como si buscara el seno de una madre en su amiga casada y bien casada.

La Benajara, o sea mi madre, acabó mudándose a una casa palaciega de las afueras de la ciudad. Pertenecía al marqués de Villamediana, personaje tan oscuro como ella pero de buenas relaciones en la ciudad. Era un vago consumado pero muy petulante, que amaba tanto o más que doña Bárbara las fiestas de sociedad. Por ahí hacían chistes de ellos. Decían que mi señora madre había elegido al tal Villamediana

porque no había en Granada marqués de Villagrande. Se veía que conocían bien el carácter de la que me diera la vida.

Llegué a la tal villa o palacio o lo que fuera realmente, montado en mi caballo. La noche anterior, y sobre todo el esfuerzo que requirió de mí la nueva situación marital me habían agotado. *Venturiego*, mi caballo, era de ascendencia astur o asturcona, como solía decir la antigua criada de mi madre, Teolinda. La perversa asturiana, sombra de Bárbara Benajara, tenía familia dedicada a la venta de animales. Yo no solía cabalgar demasiado, pero a veces el bosque de la Alhambra se me hacía delicioso montado en aquel corcel.

Como era de esperar me recibió Teolinda. Estaba muy ajada, la raya de su estirado pelo era un surco poderoso casi imperceptible, pues las canas transparentaban su cabeza. No dijo nada, no fue necesario. Me llevó hasta la puerta del cuarto de mi madre y al abrirla sus llaves, señal de que era la dueña de todos los ocultos rincones de aquel palacio, tintinearon.

Dentro de la cama, sobre almohadones blancos, puntillosos y llenos de encajes descansaba la Benajara.

—Hijo… —lloriqueó teatralmente.

Había envejecido. Este hecho irrefutable y común a los mortales había sido más que cruel en el caso de mi madre. Su papada se había deformado sobre su pecho, que ya era protuberante. Supuse que detrás de las puntillas y el embozo de la cama se encontraba un cuerpo sin ballenas de corsé, si era cierto que sufría de algunas costillas rotas.

Intentó levantar el brazo en cabestrillo. ¿Por qué lo hacía si sabía que no podría moverlo o que le dolería? Supongo que lo hacía para manifestar su gesto de mujer mártir o de consumada actriz.

—Siéntate, Maximiliano. Te agradezco que me visites. Fíjate cómo he terminado. Esa chusma entró como un torrente en la casa.

—Pero… ¿por qué la atacaron?

Suspiró.

—Es que el marqués creyó que lo humillarían entre tanto grito de libertad y pamemas de esa índole. Entonces yo salí en su defensa y… recibí sin proponérmelo.

Contuve una carcajada.

—¿Está así por defender al marqués? Vaya pareja se ha buscado usted, madre.

—No seas tan irónico. No te lo permito. El marqués me ha ofrecido su casa mientras que otros me echaron de la mía —exclamó muy recia. En esos momentos no le debía de doler ninguna costilla.

—Bien… ya veo que está mejor. Volveré a decírselo a Agustina.

Me levanté con intención de irme.

—¡Espera, Maximiliano, hijo!

Me sujetó con la mano de su brazo sano. Tenía mucha fuerza, más de la que se pudiera suponer de una persona herida.

—Siéntate, no seas así. No sé cómo tienes corazón de dejar a tu madre enferma, moribunda, sin más consuelo que el de saberse querida por su hija, que es la que te envía.

—Madre, no dramatice, que nos conocemos. ¿Qué desea de mí? ¿Necesita dinero?

La Benajara no respondió, señal de que mi inquisición no era gratuita.

—Verás… yo no puedo vivir por más tiempo en esta casa sin despertar sospechas. La gente ya comenta. Y ahora que ha sucedido esto y que España está en armas…

—No es para tanto, madre, ya verá como esto no llega a mayores.

—Sí, tú eres muy inocentón. Siempre lo has sido. O imprudente, quién sabe. Pero yo veo las cosas venir. Y yo me encuentro sola en una casa grande, llegan esos desalmados y me da el patatús. Menos mal que estaba el marqués.

—Que no la defendió, por otro lado.

—Sí, ríete. Eres igual que tu padre, igual de morboso para según qué cosas. Pero yo necesito casarme.

Me tomó por sorpresa. Tenía esa virtud.

—¿Casarse? ¿Se casará con ese marqués? ¿Un cobarde que se esconde en las faldas de una mujer?

—No seas así, Maximiliano, y baja la voz que estás en casa ajena. El marqués me dará su nombre y una casa, propiedades. Claro que tendré que estar a la altura, y ahora los negocios los llevas tú.

—En otras palabras: quiere dinero.

—¡Sí, insensato! Dinero, así va el mundo. Se mueve por él. Y por él me encuentro hoy convaleciente. El negocio de la Alcaicería es mío, yo puse la tienda, sus rentas son por derecho mías y las que sacamos de las telas y los olivares también.

—¿Quiere quedarse con todo? ¿Pues qué me deja a mí?

—La casa. ¿No querías el caserón de los Cid? Pues apáñatelas como puedas. Tú ahora te dedicas a tus novelas, según me han dicho…

Iba con segundas. Sabía perfectamente que mi novela había sido un fracaso.

—Ningún escritor vive de lo que escribe, usted debería saberlo.

—Bueno, pues eso es lo que hay. Podría justificar ante un juez todo lo que me pertenece, eso por no decir que el marqués tiene amigos muy íntimos en el juzgado. Si vamos a juicio saldrás perdiendo, hijo mío. Todo te lo has puesto en contra, hasta tu carácter, pues van diciendo que desprecias a los altos cargos del gobierno. Fíjate tu enfrentamiento con José Pardo, y eso que es tu cuñado. Tú solito te lo has buscado. Eres un paria.

La miré con indiferencia. A esas alturas nada había ya que me hiciera daño proviniendo de ella.

—Entonces, recapitulemos: ¿quiere usted todos los negocios de los Cid?

—Sí.

Anduve unos instante con las manos sujetas a la espalda. Era una elegante manera

de reflexionar. Mi madre sabía que no renunciaría a lo que era mío sin lucha.

—Cuando le haya entregado todo lo que tengo ya no podrá sangrarme más. Romperemos la relación entre ambos definitivamente.

La Benajara se sorprendió tanto que le tembló la papada.

—¿Quiere eso decir que me cedes toda tu hacienda? ¿Sin tribunales?

—Mi parte. La de Agustina es cosa suya.

—Pero…

Bárbara Benajara actuaba con imprevisión, sin cálculo, casi espontáneamente. No ignoraba, sin embargo, que si hubiéramos luchado en los tribunales habríamos abierto una cotidiana manera de relacionarnos.

—Hecho —dije—. Mañana recibirá usted a mis abogados para concretar las condiciones.

Por contemplar la consternación de mi madre hubiera cedido mil haciendas de haberlas tenido. Me marché tan tieso como pude aunque mis piernas me temblaban. Mi arranque de soberbia no había calculado que me encontraba en la ruina. Y era una manera de vivir que aún no conocía.

Ocultando el desastre familiar del que había tomado parte y temiendo que al descubrirlo causara más de un desmayo entre las mujeres de la casa, me fui al casino. Allí encontré a Julián Mínguez, que se debatía con varios hombres calculando el curso que iba tomando la revolución. Otros intelectuales habían hecho del casino su refugio. Por grupos se habían sentado Juan Facundo Riaño (historiador, que sería en unos años asesor de uno de los museos más importantes de Londres), Manuel de Góngora (arqueólogo, que con el tiempo descubriría la cueva dentro de la cual apareció el famoso ídolo almeriense) y Teodoro Albert, con quien ya tuve relación cediéndole el descubrimiento de mi esqueleto romano. De los tres era el único que hablaba. En un rincón más retirado observaba a mi nuevo amigo, Manuel Gómez-Moreno González, aquel joven que encontré en Madrid que era incapaz de pagarse un café. Hacía años que había vuelto a Granada y con gran éxito por su parte había conseguido una plaza de profesor en el colegio de San Bartolomé y Santiago. Con su humildad innata se había ganado la confianza de los círculos intelectuales granadinos. Consiguió incluso, en 1863 o 1864, no recuerdo bien la fecha, ayudar a la decoración de la Plaza de Bib-Rambla en las fiestas del Corpus, lo cual era decir mucho para un simple profesor. Con laboriosidad minuciosa Manuel había conseguido relacionarse con la Comisión de Monumentos que presidió el gran Castro y Orozco, marqués de Gerona, aportando su inquietud sobre temas artísticos relacionados con Granada. Investigando en bibliotecas encontró la partida de bautismo del gran Pedro de Mena y datos concluyentes de la casa de Alonso Cano, el pintor y escultor, con los que pudo demostrar que había nacido en Granada. Todas estas actuaciones le fueron catapultando como uno de los más arriesgados documentalistas y primeros arqueólogos granadinos. Pero Manuel era también pintor y de los buenos.

Por ser Manuel de natural docente había hecho buenas migas con Mínguez.

Ambos descubrieron sus ansias arqueológicas y se compaginaban bien. Mientras uno rebuscaba a nuestros antecesores en legajos y documentos, el otro salía a campo abierto a picar con un grupo de estudiantes las tierras cercanas a la Vega en donde se decía que había más cadáveres romanos que setas salían en tiempo lluvioso.

Manuel Gómez-Moreno me saludó cuando entré en el casino y yo me senté a su lado.

—¿De qué se habla?

—De la revolución. Aquí hay muchos pareceres.

—Entiendo. ¿Y qué le pasa a nuestro común amigo Julián Mínguez?

El viejo profesor tenía la cara de un color macilento. No podía asegurar a qué se debía exactamente, aunque supuse que a su estado de excitación. Tanto el arqueólogo Teodoro Albert como sus colegas de la comisión discutían por las novedades que llegaban, en cuentagotas, a nuestros centros ciudadanos.

—Señores, yo solo digo que la revolución nos ofrece cosas magníficas pero peligrosas para quien no sabe usar la libertad. ¡El sagrado sufragio universal, señores! —gritaba Mínguez—. Yo moriría por ver una España en donde el voto universal sea cierto, sin tapujos ni remiendos, sin pucherazos que confundan la verdadera decisión de un pueblo. Pero ¿estamos preparados para tanta libertad?

Mínguez era, de entre todos, el único que hablaba con claridad.

—Pero entonces —exclamaba el arqueólogo Teodoro Albert— usted no está de acuerdo con Prim. ¿Usted no era progresista?

—No, no lo soy, señor mío. Mi mente está abierta a todos los cambios, incluso el de saber perdonar a la reina que ha huido con el rabo (perdonen ustedes la expresión) entre las piernas.

—¡Entonces es usted un monárquico! —gritó de nuevo Albert.

—Monárquico no, amigo mío, que no hay nada mejor que apostar por quien no ha tenido nada al nacer porque ese, si gobierna, nunca te quitará lo que es tuyo por derecho.

—¿Republicano, pues?

—¡No y mil veces no!

Albert, muy enfadado, preguntó:

—Pero entonces, ¿se puede saber qué diantre es usted si no es liberal, ni progresista, ni unionista, ni republicano ni isabelino?

Mínguez, atacado por una euforia muy propia de él se puso de pie encima de una mesa. Tenía la agilidad de un joven cuando quería, pues sus escasas carnes le facilitaban los grandes movimientos. Con la mirada distraída miró al infinito y dijo:

—Pues yo soy… yo lo que soy es…

El casino entero paró su café a medio camino de la boca; el periódico quedó a medio leer en aquel momento. Todo quedó a medias, incluso la respiración, pues hacía ya algunos años que los miembros del casino se preguntaban qué ideas políticas gastaba el señor Julián Mínguez. Entonces, con toda la efusión de su carácter

concluyó:

—Yo lo que soy es ¡un pesimista!

Todos los allí reunidos guardaron un silencio hierático, lento y condensado que solo se alteró por un sonido, el de mis aplausos. Fue entonces cuando todos se volcaron en risas y pitidos agradeciendo al profesor su magistral clase de filosofía trasnochada. De haber estado allí mi amigo Juanito Morell habría solicitado medallas de general para el profesor.

Lo más curioso es que Mínguez hablaba completamente en serio y aunque aplaudido y felicitado con palmadas en la espalda, bajó de la mesa y se atusó el cabello con delectación de actor.

—No tiene remedio —exclamé con resignación a mi amigo Gómez-Moreno.

—Pero no le falta razón. Granada ya no es lo que era.

—¿Tiene usted esperanza en la revolución?

Don Manuel, con su cara tímida, me hizo saber que confiaba en que estando los liberales en el poder pudieran obtener para la Comisión de Monumentos a la que pertenecía más recursos económicos.

—Desde hace varios años buscamos la localización de Iliberri, usted bien lo sabe. —Yo asentí—. La Granada romana nos trae de cabeza. Esperamos conseguir fondos para abrir grupos de investigación, uno en Sierra Elvira y otro en el Albayzín. Pero las revoluciones no traen más que destrucción y me temo que el gobierno que llegue no será distinto a los anteriores en este aspecto.

—Habla usted como Mínguez —me atreví a contestar.

En aquel instante el profesor se hizo un hueco entre nosotros, mientras se limpiaba sus lentes con impulsividad obsesiva.

—Hablan ustedes de mí, ¿no es así? Sí, ya sé que he resultado un orate allí arriba. Me he dejado llevar por el momento. Pero creo no haber dicho ni una sola palabra más alta que otra. ¿No ha sido mi razonamiento totalmente pragmático?

—No tiene que justificarse, profesor —contesté—. Yo entiendo muy bien su teoría del pesimismo. Y me parece que el señor Manuel Gómez-Moreno también.

—¡Ah! —exclamó Mínguez—. Ya le veo a don Manuel la mirada extraviada. Lo que él teme es lo que temo yo. Que el gobierno arrample con todos estos monumentos granadinos que están apuntalados y los conviertan en casas de vecinos o en una calle Mayor.

—¿Una calle Mayor? ¿Para qué quiere Granada una calle Mayor? —exclamé yo.

—Pues para nada. Por eso mismo lo digo. Pero la ciudad que no tiene calle Mayor es una ciudad fantasma. Yo, además de pesimista, soy un poco… augur. Soporto la clarividencia desde mi infancia. Y yo ahora veo que este gobierno va a querer tirar todos los monumentos y hacer una calle Mayor.

Gómez-Moreno afirmaba con la cabeza apoyando las palabras de Mínguez.

—Pues si eso es así, nos quedará a los de la comisión poner una placa en lugar de cada monumento. Así constataremos que allí pervivió la floreciente Iliberri o la

floreciente al-Andalus.

—Pero antes habrá que luchar, señores… —intervine yo—. Si eso sucede, ¿nos quedaremos todos de brazos cruzados?

Gómez-Moreno era un hombre pacífico pero con la testarudez de la laboriosa hormiga.

—Bien, compañeros, es hablar por hablar. Yo me despido. Será hasta mañana. Pero por si acaso iré haciendo unos cuantos bocetos de cada monumento, tomaré medidas de las iglesias y de todo cuanto pueda estorbar a nuestros futuros amigos los liberales. No está de más.

Cuando abandonó el casino Mínguez me miró abstraído.

—¡Qué mente la de este hombre! —exclamó asombrado—. ¡Pasmosa!

Nos quedamos un rato más tomando un café. No quise molestar al profesor con mis asuntos personales y estuvimos ambos recapacitando sobre el pesimismo que había conquistado nuestras almas. Con los años, la clarividencia de Mínguez se hizo más que evidente y de ella me acordé más de una vez. Granada nunca tuvo una calle Mayor, pero sí una Gran Vía que arruinaría los esfuerzos de algunos comisionados de las artes, entre ellos el propio Gómez-Moreno.

Desde que se hiciera constatar la revolución y arrollado por el extraño vínculo que me tenía unido a Alma, no había vuelto a visitar a la condesa Di Mare. Recapacité sobre el hecho de contarle mis avances maritales y más aún sobre la posibilidad de pedirle consejo respecto al asunto de mi madre. Ella mejor que nadie conocía las argucias de la Benajara y tenía suficientes tablas en eso de los negocios. Me acerqué pues a su casa albaicinera con el pretexto de interesarme por su seguridad. Al entrar en el salón me encontré con Francesco tocando el piano y a su madre, Francesca, reposando en un diván. Estaba claro que ni la revolución perturbaba los mínimos placeres a los que estaba acostumbrada la condesa.

—Pasa, pasa, querido… Francesco me deleita con una pieza de Chopin. Tiene la vocación en los dedos.

Hacía tiempo que no veía a mi hermano. Si de infante era un mamarracho, ahora, cercano a la pubertad, aparentaba un mono de feria. Su pelo ralo pero abundante le tapaba la cara, con mucho la totalidad de los ojos. Me preguntaba cómo podía ver con el flequillo tupido de esa masa negra que a mí me recordaba la crin de los caballos salvajes.

Aporreaba el piano con desenfreno y fue mucho más exagerado al verme entrar. Tal vez le molestaba mi visita por arrebatarle la atención de su madre. El caso fue que el sonido llegó a extremos delirantes y Francesca tuvo que acercarse con contenida paciencia.

—Querido… yo creo que el piano debería descansar. Recuerda que el afinador nos dijo que había que tratarlo con dulzura, es un ejemplar único y muy antiguo. Tal

vez quieras salir a caminar…

Francesco cerró de golpe la tapa del piano y la condesa, ya resabiada en sus desplantes, retiró con rápido reflejo sus bellos dedos, que podían haber sido aplastados sin el más mínimo pudor.

Se levantó el muchacho y sin decir palabra pasó junto a mí.

—¿No vas a despedirte de tu hermano?

Entonces, el extraño ser se paralizó. Me miró a los ojos con tanta ira que pensé que se le saldría algún globo ocular. Hizo una reverencia cuasimedieval describiendo con la mano un rizo en el aire y dijo:

—Usted lo pase bien, señor hermano.

Se marchó. Cada día confirmaba más las diferencias que nos unían.

—Discúlpale… —Era la palabra que siempre utilizaba Francesca cuando su hijo se enfrentaba a mí. Pero según pasaban los años me era más dificultoso poder disculparlo—. Es del todo necesario que lo lleve a un colegio. Tiene que saber lo que es la disciplina y separarse de mí. Aún por las noches me llama con pesadillas que darían miedo al más robusto de los hombres, se me abraza y llora hasta pasada la madrugada. Si yo no acudo empieza a romper los muebles y hasta ha golpeado a alguna de las criadas.

—Pues eso no, Francesca. Tienes que decidir cuanto antes lo que harás con él. Necesita alguna ayuda, médica preferentemente. Tal vez sea el momento de asimilar que tiene un problema mental.

Francesca se volvió con el horror manifestado en sus facciones. La edad la hacía más vulnerable y comprendí que había sido cruel utilizando ese término.

—No me hables de locura, te lo ruego. Es un ser que sufre. Yo a veces creo que el sufrimiento de tu padre, el que se llevó a la tumba, lo ha heredado Francesco.

—Ya… has dado la vida a un romántico.

Conseguí arrancar a Francesca una media sonrisa.

—Pero dejemos mis problemas. Te veo preocupado. Cuéntame qué te trae por aquí en estos tiempos tan revueltos.

—Eso precisamente. Saber de ti.

—Y algo más, podría asegurarlo.

Nos trajeron el té y la tisana caliente nos animó a sincerarnos. Le conté las nuevas de la revolución que se oían en el casino, los sucesos violentos que habían arrasado las calles de Granada. Y le conté que había visto a la Benajara.

—¿En serio que está herida? ¿No será un truco para pedirte algo?

—Se nota que la conoces bien. Las heridas son serias pero su mente sigue tan activamente sana como es su costumbre. Me ha pedido que le ceda los negocios de los Cid como dote para su casamiento con el marqués.

Al principio creí que Francesca emitiría una elegante carcajada, pero al momento presintió que hablaba en serio.

—Pero ¿cómo? ¡Qué clase de petición es esa! ¿Despojarte de la herencia de tu

padre?

—También ella contribuyó a engrandecerla. De hecho es bien sabido que los negocios los abrió y mantuvo mientras mi padre se iba por ahí a pintar o a sus viajes a Madrid.

Respiró la condesa. Mi respuesta le había dolido con la distancia del recuerdo. Sin duda se sintió responsable de mi situación.

—Entonces habrá que ir a los tribunales.

—Le prometí que no, que se los cedería.

—¡Pero qué locura! ¿Vas a caer en las garras de la Benajara sin luchar? No, hijo, no. Mientras yo viva esa mujer no puede arruinarte y marcharse sin sufrir las consecuencias.

Me senté a acariciarle las manos. Era mi forma de consolarla.

—Estaré bien. Me dedicaré profesionalmente a escribir. Tengo algún dinero ahorrado, durante años he comprado acciones en la tabacalera de mi tío y han dado buenos dividendos. ¿Es que no sabes que haría cualquier cosa para olvidar a la Benajara? Cualquier cosa haría…

A Francesca se le saltaron unas lágrimas intrusas.

—Es muy doloroso que estemos hablando así de tu madre. Es como si viera a Francesco y a mí dentro de unos años.

—No. Francesco te adora hasta la obsesión. Es un caso muy contrario.

En toda conversación hay un momento en que presientes que las palabras han perdido, de tanto utilizarlas, su sentido y el significado exigido. Yo, por lo menos, no supe encontrarlo para consolar a mi vieja amiga. Así que decidí distraer su atención hacia otros temas más nimios.

—Hay otra novedad que deseo transmitirte.

—Que sea buena, querido Max, no tengo el día para más contratiempos.

—Pues buena es, según se mire. Alma y yo… hemos… somos… Vaya, qué complicado explicar una cosa así.

Francesca me conocía desde que era un niño. Leyó en mi inquietud lo que intentaba decir con palabras.

—Me alegro, querido Max —exclamó acariciando mi mejilla—. Era lo que debía suceder. Ahora ya no tendré que ocultarte que Valeria ha vuelto.

El estómago se me contrajo de súbito. ¿Cuántos años había pasado sin saber de Valeria? Seis, tal vez siete. Se había quedado en el rincón hermético del olvido al que accedes por necesidad y una vez abierta la puerta que lo clausura no te explicas cómo has sido capaz de vivir tantos años ajeno a tal rincón. Me pregunté en décimas de segundo cómo había conseguido borrar de mi existencia ese nombre que, inconscientemente, iba unido a un cuerpo y un alma.

—Ah… —titubueé—. ¿Ha vuelto a Granada?

—No, a España. Vive en Madrid. No ha tenido una vida fácil. Se casó con un hombre mayor que ella, rico desde luego, pero de salud quebrada. Han venido a

consultar algunos médicos que frecuentan la corte. Son su última esperanza.

—Lo lamento.

Francesca sabía que no. Sabía que yo no lamentaba que Valeria fuera infeliz en su matrimonio o, cuando menos, que sufriera las desgracias propias de una venganza, que sin duda me debía.

—Bien, si alguna vez hablas con ella… dale recuerdos.

Me marché. Tuve grandes remordimientos durante días, estuve disperso e incluso con mal humor. Las noticias que sobrevenían relacionadas con la revolución no serenaban mi espíritu. Todo parecía augurar una tragedia familiar. Y eso que aún no me había sincerado con Agustina e ignoraba que nuestra madre iba a estar, muy pronto, en boca de toda Granada.

Capítulo 19

El asunto de Agustina

La crispación iba aumentando en la ciudad y al tiempo entre los amigos, los vecinos y mis familiares. Reconozco que me ausentaba con frecuencia para enterarme de las noticias que llegaban por oleadas. Me acercaba al casino, a la Comisión de Monumentos o a los centros intelectuales, a la casa de Mínguez o a la de Morell para preguntar o, simplemente, sentirme más acompañado en aquellos momentos de confusión. Esa tarde volví al caserón de los Cid especialmente alterado. Me acorralaba mi propia responsabilidad: el paso que iba a dar sobre la hacienda de los Cid era comprometido.

Siempre fui un inconsciente o un idealista. Pensaba que los pactos, los acuerdos… en definitiva la palabra de una persona era una ley incuestionable. Imaginaba que cediéndole todos mis negocios a mi madre ya no tendría motivo alguno para tenerla en mi vida, habría roto totalmente mi vínculo con ella.

Encontré a Agustina meditabunda, con un periódico algo arrugado sobre su regazo, señal de que lo había leído más de una persona en la casa. Me pareció preocupada y dudé si sería el mejor momento para hablar con ella, pero mi hermana mostró interés al verme llegar y me rogó que me sentara a su lado.

—Maxi, estoy preocupada. Últimamente te encuentro distante y sé que hay algo que me ocultas.

Ciertamente parecía un hombre transparente para el resto del mundo. Me molesté pero medí mi contestación.

—Tengo muchas preocupaciones. Demasiadas.

—¿Es por Alma?

—No, no, claro que no.

—¿Por mí?

—En cierto sentido.

Agustina bajó la mirada y se ruborizó.

—Pues qué ocurre.

Me tomé mi tiempo y luego le conté lo que mi madre, nuestra madre, exigía de nosotros.

—Por supuesto tú te quedarías con una renta y una dote digna de tu posición. Por lo menos podrás vivir holgadamente con Feliciano hasta que se recupere; sé que ha hecho por trabajar y buscarse un hueco en Granada. También sé que ahora, con los cambios de gobierno, es muy posible que vuelvan a cesarlo, pero con todo nunca te faltará de nada.

Agustina se mordía el labio inferior, lo hacía cuando tenía reparos en contarme algo.

—Es que…

—¿Ocurre algo con el piernas de… quiero decir con Feliciano?

—Ocurrir, lo que se dice ocurrir…

—¡Ay, Agustina! ¿No estarás embarazada?

Mi hermana se sorprendió tanto o más que yo cuando la interrogué.

—¡Maximiliano! Estás hablando con tu hermana, hay algunas cosas que no me parecen de buen gusto, ni siquiera si te lo tomas a broma. He soportado que lo llamaras piernas de alambre todos estos años, pero finalmente… —Y volvió a morderse el labio—. Es que creo que… no lo quiero.

Acabáramos. Aquello era, pensé yo. Qué tonto fui de no darme cuenta. Hacía meses que no venía por casa y siempre que me cruzaba con él por la calle se cambiaba de acera. Lógicamente el pobre Feliciano dedujo por sí mismo que no pertenecía a nuestro mundo.

—Bien, querida hermana. Eso no es un disgusto para mí. Puedes hacer lo que te plazca con tu vida. Eres libre de elegir a quien quieras para casarte, si es que en algún momento encuentras a alguien que…

—¡Sí, sí! —se abalanzó sobre mí besándome en la mejilla—. Lo he encontrado, hermano, lo he encontrado. Y te gustará.

Mi sorpresa fue interrumpida por el nombre de quien ocupaba el corazón de mi única hermana. Si he de ser sincero, fue uno de los momentos de mi vida que me hubiera gustado ahorrarme.

—¡Es Juanito, Juanito Morell!

No tuve tiempo de emitir ningún sonido, aunque me pareció que mis tripas protestaban al sentir una arcada que me atragantó la garganta. «¿Qué está pasando?», me preguntaba.

—Pero ¿es que la revolución ha entrado en mi casa? —grité fuera de mí—. ¿Juanito Morell? ¿Crees que te voy a dejar en manos de un tipo licencioso y holgazán? Pero ¿qué has visto en ese energúmeno con chistera?

—¡Pero si sois amigos! —se lamentaba Agustina en un inicio de llanto.

—¡Amigos para compartir una ronda en una taberna! Pero a esa clase de amigos no se les ceden las hermanas.

Agustina se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar. La crueldad de mis palabras tendría mucho que ver en los hipos que convulsionaron su cuerpo, aunque de entre los temblores sacó la fuerza suficiente para justificarse:

—¡Eres un bruto! ¡Y un farsante! Acababas de defender mi libertad para ahora cercenarla de esta manera. ¡Yo amo a Juan! ¿Lo oyes? ¡Lo amo!

Se marchó corriendo, tirando de su regazo el periódico que se desmembró y voló hacia la chimenea cercana. Una de las puntas del diario se introdujo casualmente entre las llamas y tuve que pisarla para que no quemara la alfombra.

El pisotón que se llevó el periódico no me hizo sentir mejor. Confirmando que con la fuerza física descargaba de mí la impotencia y la rabia, decidí salir de casa y

dirigirme a capturar a Morell, pues muchas explicaciones tenía que darme el muy tunante.

—¿Un vinito? —Morell alzó un vaso hacia mí. Se encontraba sentado en la taberna de los Siete Suelos, adonde acudía a veces a buscar gitanas que le bailaran un zorongo. Yo sabía que lo encontraría ignorante del dolor y la furia que me habían embargado. Por eso no me lo pensé demasiado, retiré de un manotazo el dichoso vinito y propiné un buen puñetazo en su nariz.

Morell, que era alto y desgarbado, se cayó hacia atrás recibiendo un fuerte golpe en la cabeza. Por un momento me cuestioné qué estaba haciendo, si mi soberbia había sido capaz de matarlo. Pero la cabeza de Morell era tan dura como su cara y medio alelado, puede que también a causa del vino, consiguió ponerse de pie. Apoyado en la mesa de madera de la taberna y ausente de la demás clientela preguntó:

—Pero ¿qué bicho te ha picado? ¿A qué viene tamaña tontería?

—A que Agustina me lo ha contado todo.

Juan me miró desconcertado.

—Pero todo… ¿Todo?

Hay preguntas que llevan implícita su respuesta. Preguntar por todo sabiendo la magnitud de la totalidad es consecuente. Reaccioné, ahora lo confirmo, como un petulante señorito de esos a los que zaheríamos Morell y yo en sus antiguas reuniones literarias. Esto es, volví a pegarle.

Me lancé sobre él con la fuerza de un distinguido caballero para acabar peleándome como un absoluto gañán. Terminamos en el suelo, rebozados de cáscaras de huevos duros, migas de pan y bañados de vino tinto. Tiramos algunas mesas, varias gitanas gritaron y otras aplaudieron envalentonándonos para que siguiéramos el espectáculo. No siempre se ve a dos señoritos vestidos de azul Prusia sujetándose por las solapas.

Al poco llegó la autoridad. Eran días de miedo latente, por todo se pensaba que habría discusiones de política, por lo que no era de extrañar que nos confundieran con dos exaltados o peor aún con dos inmovilistas isabelinos. Enseñamos nuestras credenciales y discutimos educadamente con los guardias, pero aquellos uniformes de diez arrobas no claudicaron.

Concluyendo: terminamos en la cárcel.

La revolución o la guerra, tienen por virtud hacer a todo ser humano de igual condición. Generalmente de la peor, pero de la misma. Juan y yo nos vimos abocados a convivir, por necesidad, en una celda común junto a delincuentes de todas las calañas. También de otros que no lo parecían o que tal vez nunca lo fueron pero por sobrevivir a aquel tiempo extraño terminaron, como nosotros, privados de libertad. Entre borrachos, inválidos, prostitutas y militares sospechosos de traición, maremágnum de gritos y protestas y golpes aleatorios que a todos nos caían sin saber de dónde, fuimos a continuar nuestra conversación Morell y yo.

El hombre es así de grotesco, necesita de la violencia para, finalmente, resolver

sus diferencias con las palabras. Nos sentamos ambos uno frente al otro y le exigí explicaciones.

—Amo a tu hermana. Es un hecho. No puedo negar la evidencia: que he sido un calavera, un casquivano… pero ese tiempo ha terminado. Ahora tengo un trabajo, un negocio… no soy muy distinto de lo que tú eres. —Yo hice un gesto de desaprobación con la mirada—. Eres demasiado arrogante, Maximiliano. Tú has sido tan inmoral como yo, pues conmigo ibas.

—Por eso sé de lo que eres capaz.

El silencio se hizo en la celda al oírse unos pasos embotados y un descorrer de cerrojos. Iban y venían los guardias a liberar a los allí introducidos injustamente o a los que, por condición social, podían pagarse la libertad. Pensé que seríamos nosotros los siguientes en ser nombrados y me levanté de aquel banco carcomido que nos servía de apoyo. Cuál fue mi extrañeza al oír lo siguiente:

—¡Manuel Gómez-Moreno González!

Me quedé sin palabras y casi sin respiración. Mi amigo Gómez-Moreno, el más correcto de los hombres, ¡metido en la cárcel! ¿Hasta dónde podían llegar las hordas liberales en su hipocresía si eran capaces de privar de la libertad al hombre más bueno del mundo?

Vi pasar a Gómez-Moreno sin rasguño alguno, lo cual me tranquilizó. Iba con una carpeta de dibujos debajo del brazo. Lo recibieron con deferencia unos señores que me parecieron del Ayuntamiento y detrás de ellos apareció Pepe Pardo, con su monóculo bien metido en la cuenca ocular. Comprobé que su barriga aumentaba al tiempo que su arrogancia, virtudes ambas necesarias para quien quiere ocupar un cargo político.

Perdí a Gómez-Moreno de vista y al momento observé que Pepe se acercaba a la celda común en donde todos estábamos y el alguacil nos abría la puerta. Al pasar frente a mi cuñado me clavó su mirada cristalina pero sin emitir el más mínimo reproche. Nos devolvieron nuestras pertenencias y el engreído José Pardo despidió a los funcionarios que lo trataron como si fuera un personaje meritorio.

—Da gracias a Alma, no me las des a mí.

No pensaba dárselas. Pero Pepe se adelantaba a los acontecimientos.

—Yo sí te lo agradezco, amigo —exclamó Morell palpándole el brazo como en los viejos tiempos. José se apartó con disimulo.

—Lo he hecho por la familia, por la mía y por las vuestras. Me parece que va siendo ya tiempo de que sentéis la cabeza, nuestros días de gamberradas han muerto.

—Eso mismo le estaba diciendo yo a Max —intervino jactancioso Morell.

Yo callaba. Era consciente de que si entreabría mis labios, si los despegaba acaso un momento, saldrían de ellos barbaridades de las que tendría luego que arrepentirme.

—Oye, Pepe —continuó Morell—, pero ¿no estabas tú en el ministerio de…?

—Ahora ya no, Juanito, ahora ya no. Tengo cargo en el Ayuntamiento.

Juanito Morell se acercó a mí mientras caminábamos y me dijo al oído:

—A este le fabrican los cargos como a mí los trajes.

Por fortuna mi cuñado no oyó el comentario y todos salimos a la luz intentando aparentar normalidad.

—Te ruego, Juanito, que no me llames Pepe —comentó—. Hoy además de ser hay que aparentarlo y yo ya soy hombre de juicio.

Oí que Juanito afirmaba con la cabeza. Le daba la razón en todos sus pavoneos. Se despidió de él con un estrechar de manos y a mí me inclinó la cabeza por obligación.

Mientras se alejaba en dirección a la Chancillería, Morell no dejaba de decir:

—¡Con lo que nos hemos reído de este mamarracho cuando éramos jóvenes y ahora hay que hacerle reverencias!

A Juanito, o sea, a Juan Morell desde aquel día, lo cité en mi casa dos semanas más tarde. Pensé que era mejor dejar un tiempo de reflexión antes de introducirlo oficialmente en la familia.

Caminé hacia la casa de Gómez-Moreno, pues me alarmaba su seguridad. Justo al llegar a la calle Elvira, en la puerta de la iglesia de San Gil me esperaba el profesor Mínguez, abatido y nervioso.

—¿Se ha enterado usted, amigo Cid? ¿Qué han intentado detener a Gómez-Moreno?

Evidentemente el profesor estaba ausente de todo, incluso de lo que me había sucedido.

—Pero ¡qué mal aspecto tiene usted! Cualquiera diría que viene de un estercolero. ¡Vamos! Le cuento la historia completa: ¡han intentado detener a don Manuel! Porque no se imagina usted lo que piensan hacer los… —en este momento bajó la voz en un susurro— *los liberales* —decía por miedo a ser oído—, esos que iban a salvar a España nos quieren desmantelar Granada. Así lo oye usted. Esta maravilla de iglesia —señalaba la alta torre de la iglesia de San Gil— va a ser un solar lleno de gatos en poco tiempo. Nos ha llegado la noticia, extraoficial claro está, de que la piensan demoler. Les estorba, fíjese usted, para sus grandes pretensiones de modernidad. Ahora resulta que quieren una Plaza Nueva «*nueva*», es decir, rectangular y sin ángulos ni esquinas, y vaya mala suerte que tiene esta iglesia del XVI, que la pusieron esquinada y en saliente. Llegó el rumor a la Comisión de Monumentos y viendo don Manuel que pronto la derribarían no se le ocurrió otra cosa que venir a hacer unos planos y a pintar su fachada para que quedara de ella, al menos, testimonio de que hubo una iglesia de gran valor. Y hete aquí que cuando saca el cuaderno de dibujo llega un alguacil o un señor de esos que se creen con el poder de hacer siempre lo que le viene en gana, le pide credenciales y creyéndole un espía se lo lleva a la cárcel.

—Pero don Manuel no ha recibido maltrato, ¿verdad?

—Parece que no. Por descontado que está dolido. ¡Cómo no habría de estarlo, demontre! Figúrese, simplemente estaba cumpliendo órdenes de la Comisión de

Monumentos y en eso que recibió el alto significándole que no podía estar allí. ¡Ya ve, al señor Gómez-Moreno, una eminencia! La revolución que se ganó en la calle ahora se pretende ganar con los monumentos. Ha sido un acto artístico y sentimental, no le quepa duda. Pero viene un chiquilicuatre del Ayuntamiento y lo ve arrodillado y tomando medidas y no tiene más ocurrencia que pensar que está siendo traidor a la revolución porque «*nunca se sabe*». Dicho con sus propias palabras: que la «*reacción*», entiéndase por los contrarios a la Gloriosa, «se vale de todos los medios que están a su alcance para desacreditarla». ¡Menuda panda de majaderos! Todo es política, amigo Cid, todo. Y si la política dice que hay que tirar una iglesia porque representa al clero sea o no diseño de Diego de Siloé, pues se tira y ya está.

—Lo veo a usted muy exaltado. Vamos a casa a tomarnos algo caliente.

—¡Natural, hijo, natural! Uno cada vez se toma las cosas más a la tremenda. Pero usted… ¿de dónde sale, si puede saberse?

No le quise dar más disgustos al pobre profesor. Pero algo intuyó cuando Alma se me abalanzó al cuello y estuvo abrazada a mí durante largo rato.

La iglesia de San Gil, como casi todas las de Granada, se había erigido sobre una antigua mezquita. La de esta iglesia se llamó en tiempo árabe de Hatabín y de ella nadie guarda ningún recuerdo, salvo el nombre. El albañil Francisco Hernández de Móstoles diseñó la traza de la iglesia cristiana allá por 1543 y la convirtió en uno de los templos más populares de la ciudad y en el de la torre más vistosa, que sobresalía en el perfil de la medina con distinción. La portada principal, diseñada por el gran Siloé, se ocultaba entre las casas, dado el entramado musulmán de Granada, quizá por ello nunca fue motivo de cuadros ni grabados. En 1842 fue suprimida como templo, pues feligreses no había que acudieran a ella y, poco a poco, como si de una mujer anciana se tratara a la que nadie quiere después de haber dado su juventud a otros, fue olvidada por la mayoría de los granadinos. Su estado de salud tampoco era exultante: le aparecieron grietas y tuvieron que añadirle algunos andamios, lo que alegró a la comisión de ornato, que ya por el 1868 quería derribarla. La Comisión de Monumentos, a la que pertenecía Gómez-Moreno, luchó denodadamente, pero la iglesia se demolió. De ella quedaron algunos restos que se llevaron al museo provincial y los planos que realizó el pintor el día que fue detenido. Alguna foto aún se conserva. Una rareza entre las instantáneas granadinas de las que la Alhambra es siempre la protagonista.

El director de instrucción pública amonestó a la Comisión de Monumentos por haber permitido que la arruinaran, lo que indignó a los comisionados que siempre estaban al punto de la defensa del patrimonio artístico de esta ciudad. ¿Se habría salvado de tener respaldo económico? Seguramente. Como solía decir Gómez-Moreno todo correspondía a una causa: «*Miserias de la vida*».

Capítulo 20

Iliberri florece

Muy a pesar mío he de explicar que no todo lo que planeó el gobierno revolucionario se concretó en un perjuicio para la arqueología. La Comisión de Monumentos, viendo la posibilidad de dialogar con el gobierno, solicitó la custodia de los restos hallados en las excavaciones de Juan de Flores, que desde el conocido juicio en el siglo XVIII habían permanecido en los fondos de la Chancillería.

Mínguez aporreó la puerta de mi casa un día de primeros de septiembre, aún a sabiendas de que los criados armarían una justificada algarabía. Cuando bajé al patio central, el anciano Mínguez respiraba agitadamente y tenía la tez tan enrojecida por el acaloramiento que, por un momento, pensé que llamaba a pedir auxilio.

—¡Maximiliano, Maximiliano! Venga usted, por Dios, que va a ver una cosa fuera de serie.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté asustado.

—¡Los de la comisión, que han sacado las cosas requisadas a Flores y las tienen ahora todas expuestas en una mesa! ¡Ni el señor Gómez-Moreno se lo cree!

Me puse el sombrero y acompañé a un nervioso Julián Mínguez hasta la sede de la comisión. Ciertamente me sentí tan expectante y excitado como él, pero mi madre me había enseñado bien con sus artimañas, y de ella adopté una actitud displicente que reprimía un auténtico frenesí.

Cuando llegamos a esa sala Gómez-Moreno, junto a otros indiscutibles señores comisionados como Bonifacio Riaño y Pedro de la Garza, inspeccionaban con guantes blancos retazos de vasijas de barro, monedas e inscripciones. Yo me sentí el hombre más feliz del mundo por ser testigo de tal circunstancia; pude reprimir mi excitación pero no mi engreimiento de sentirme partícipe —o copartícipe— de la llamada de atención realizada a las autoridades sobre el caso Juan de Flores. Mis arrogantes artículos en el diario *La Sabika* no habían caído en el fondo de una papelera, después de todo.

Hay momentos de un simple día que pueden convertirse en esenciales para la humanidad. Yo fui consciente, dentro de mi pueril conocimiento, de que estaba asistiendo a un día histórico. Cuando se hablara en el futuro de la Granada romana allí estaría yo, invisible pero referenciado por mi empeño en destapar aquella etapa desconocida de la historia. Sentí que en cada vasija y en cada moneda, en cada extracto ridículo de la vida de antaño que cada comisionado envolvía mimosamente, tal cual se ampara a un pajarillo recién nacido, se encontraba mi Minerva o mi Titus; en definitiva los personajes de mi novela. Así es como el novelista otorga la autenticidad a sus relatos, extrayéndolos del sudario mortuorio de la mediocridad.

Ya desde ese mismo momento se consideraron algunas piezas de indiscutible

engaño. Doctos hombres de ciencia del siglo pasado habían dado por buenas aquellas burdas piedras garabateadas por mano infantil. Pero los comisionados de mi siglo eran otros hombres, igualmente doctos pero de sentido común amplio y observante. Bien he de decir, a favor de los comisionados del siglo XIX, que tuvieron la inestimable ayuda de mi amigo Gómez-Moreno y de mi amigo Mínguez, que aunque miope, tenía un ojo depurado y virgen para detectar la impostura.

—¡Estará usted contento, don Manuel! —manifesté a Gómez-Moreno, dejándome llevar por mi felicidad.

—Lo estoy —contestó—, pero no tendré la suerte de disfrutar mucho tiempo de estas maravillas, pues el recientemente creado museo Arqueológico Nacional de Madrid nos reclamará las más destacadas, como ya nos ha reclamado las más valiosas de Atarfe.

—¡Cómo dice usted! —exclamó más sorprendido que extrañado mi profesor Mínguez—. ¡Se lo llevan a Madrid! ¡Esto es mi sentencia de muerte!

Mínguez, que de siempre había sido algo teatrero, se apoyó en un sillón y se sentó. Yo creía que dramatizaba, pero al mirarlo fijamente comprendí que lo decía muy de veras.

—¡Ay, mi amigo Manuel! Yo ya no tengo fuerzas para luchar. Toda mi vida la he dedicado a defender lo que es nuestro: con gobiernos o sin ellos he explicado al mundo que éramos un gran pueblo. Con decirle que me he librado de la cárcel más de tres veces… ¡Ah, y los duelos! En mi época lo retaban a uno sin contemplaciones por la cosa más tonta. Pero ya no… Ya le digo a usted que con esto me han dado la puntilla. —Aquel hombre era la viva imagen de la derrota. Sus cabellos, atusados con brillantina, parecían lacios y desagradables, como esa mirada ratonil, ahora inexpresiva—. Yo lo dejo, lo dejo… Lo de Madrid me supera.

Entre todos llevamos a don Julián a un café cercano y lo sentamos a una de sus mesas vacías. Lo acompañé, animándolo con mi diálogo, y le pagué una infusión.

—¿Se acuerda usted cuando le enseñé su primera moneda de Iliberri?

Lo recordaba vivamente.

—No sé si hice bien. Le introduje en el cuerpo el gusanillo de la curiosidad. Su padre de usted era otro curioso y bien curioso. Y esa curiosidad se lo llevó al otro mundo.

Yo debí de respirar más profundamente mostrando el dolor del recuerdo, por ese motivo don Julián decidió acabar su tisana y algo más calmado me decidí por contarle una cosa. Era esta confesión infrecuente en mí, hablar a don Julián de la Benajara y mis asuntos domésticos, no era común entre nuestras conversaciones. Pero así, en la placidez de aquel café, le conté todo lo que me preocupaba, mi deseo de romper de hecho con la familia materna, de acabar con los negocios que tanto me ataban y, finalmente, aceptar como buen hermano, tolerante y comprensivo, la relación de Agustina con Juan Morell.

A todo respondió Mínguez con gesto contraído por la prudencia y al final, cuando

ya tomé aliento y volvió la saliva a mi boca, él contestó:

—No crea que ya lo rumiaba yo. Quiero decir, lo de su señora madre. Marcharse así de rositas me parecía de lo más singular. Pero si quiere saber mi opinión, aunque no se merezca, creo que hace mal en traspasarle toda la hacienda de la familia. Sí, ya sé que ella ha hecho mucho por el bien del negocio, pero también ha dañado, y no es justo que usted ahora se quede con una mano por delante y otra por detrás. ¿Qué espera, pues, del futuro? ¿La miseria? Tal como un maestro de escuela. Como yo. Un investigador, un arqueólogo, un científico, un intelectual que tiene que cocerse dos veces el mismo hueso de pollo para hacerse un caldo. No sé, Maximiliano, no sé. Luche, guerree, emprenda una caballerosa lid contra su madre en los tribunales. A fin de cuentas, ¿qué tiene que perder? ¿El honor? Mil veces ha dicho usted mismo que no lo tiene. Y mientras tanto sacará de quicio a la Benajara, que se verá en el brete de tener que usar el mismo vestido hasta que algún leguleyo tontaina decida darle la propiedad de toda su hacienda.

—No es mala diversión la que usted me propone. Incordiar a mi madre: ¡el placer mayor del mundo!

—Pues háblelo nuevamente con Agustina y pleiteen. Usted ha nacido para protestar, amigo mío.

—Como usted, profesor. Usted tampoco es capaz de ceder, de conformarse. Sus palabras bien puede aplicarlas al caso de Juan de Flores y a la iglesia de San Gil. Granada necesita de su tozudez.

Mínguez afirmaba a todo lo que yo decía, soslayando la mirada por temor a arrojar alguna lágrima de anciano.

Pasada la primera mitad del siglo, los descubrimientos arqueológicos que se produjeron en Granada habían sido muchos, pero la cantidad no consiguió vencer a la calidad. Nada hubo definitivo respecto a la ubicación de la primitiva Granada romana, Ilíberis o Iliberri, y los arqueólogos se sentían tan desorientados que, muy pronto, los desacuerdos en este tema pasaron a considerarse de condición personal. No fue extraño conocer la noticia de que algún granadino dedicado al coleccionismo o a la historia había visto la muerte en algún duelo mientras defendía su honor.

Por suerte o para desgracia de los españoles, los cambios políticos habían alterado la lista de prioridades de los granadinos.

Los más inocentes confiaban en que con la llegada de los liberales se prestara mayor interés a la causa granadina y otros, los defensores a ultranza de la patria, deploraban sacar a colación nuestras raíces mahometanas o la de los bárbaros deicidas. En las tertulias se comenzaba hablando de política y se terminaba hablando de arqueología.

Cualquier granadino que se preciara opinaba sobre si Ilíberis o Iliberri, tanto da, se encontraba en el Albayzín o en la lejana Atarfe con la misma solidez histórica que hubiera podido respaldar sus palabras un arabista, sin que por ello desluciera el hecho de vender picadura de tabaco en la Alcaicería.

Años antes, en 1860, un libro fue a desbordar los ánimos de los arqueólogos. *La descripción del Reino de Granada* del arabista Francisco Javier Simonet dio un motivo más a la discordia. Se había abierto la guerra a las opiniones más disparatadas. Simonet aseguraba que Iliberri se encontraba en la Alcazaba del Albayzín y que la ciudad cercana a la localidad de Atarfe (en la Vega) era la llamada por los árabes Medina Elvira, que en su origen fue población de romanos y se llamó Castiliya, Casthilia o Casthella.

Desde que aparecieran los primeros esqueletos romanos en la zona de Atarfe, mismamente como el que tuve a bien comprar a Morell en una de nuestras gamberradas, las instituciones artísticas, tales como el Liceo Artístico y Literario de Granada o la Comisión de Monumentos de Granada siguieron muy de cerca los hallazgos. Los señores Peñalver y Lafuente Alcántara, que habían sido comisionados por el Liceo para examinar la zona de los descubrimientos, después de un detenido análisis determinaron que en Atarfe se situaba Iliberri. Con Simonet, el autor del citado libro, apoyaban la idea contraria —la de que Iliberri estaba en la Alcazaba— Aureliano Fernández Guerra, Emilio Hübner y Manuel Gómez-Moreno González. Así se abrió una brecha insondable en la sociedad granadina y se formaron dos grupos indivisibles: los elviristas, que pensaban que Iliberri se situaba en Atarfe (en la Vega) y los alcazabistas, que como su propio nombre indica aseguraban que Iliberri continuaba en la Alcazaba, bajo el suelo del Albayzín.

Un tercer grupo en discordia llegó a denominarse converso, al apoyar fehacientemente la primera teoría y, más tarde, defender a muerte la segunda. A esta perteneció un conocido por entonces Leopoldo Eguílaz, autor de un libro mítico que se titularía *Del lugar donde fue Iliberri*.

Todos, absolutamente todos, fueron hombres de indiscutible valía. Eruditos sin tacha, arabistas, historiadores, arqueólogos, pintores y algunos incluso todo en uno. Cada uno de ellos creía tener la razón de su lado y la apoyaban, más que con hechos científicos (que por entonces no se aplicaban a la arqueología) citando a autores antiguos, que en sus escritos reverenciaban Granada y habían asegurado ver las ruinas que hoy trataban de desenterrar.

Así, en este entorno de enfrentamientos dialécticos e intelectuales —sin exclusión de algún ataque gratuito y personal— llegó a mi domicilio una nota de mi editor, el señor Jeremías Muñoz, muy dañado por mi fracaso como novelista. Apenas habíamos cruzado palabra en varios años, él por verse incomodado al catalogarme como su más alto descalabro editorial y yo por no oír sus lamentos. Sin embargo la carta recibida me intrigaba. Me citaba en su imprenta con cierta urgencia y necesidad, pues quería hacerme partícipe de un suceso.

Acudí temeroso. No eran momentos para un reclamo económico. Me suponía que el señor Muñoz, por querer afrontar mi desastre, se encontraba ahora en una situación delicada y me reclamaba un dinero. Contrariamente a lo que suponía me hizo sentar, la sonrisa reflejada en su tez brillante de sudor y me dijo:

—¡La magia de las ventas! ¡Un crítico que ha hablado bien de usted!

Mostré mi sorpresa, era evidente.

—¿Un crítico? ¿Un crítico de qué?

—Literario, naturalmente.

—Ah, pero… ¿también hay críticos que se dedican a leer? Pensé que solo acudían al teatro.

—Señor Cid, lo veo a usted muy disperso —protestó Jeremías Muñoz—. Un escritor no es nadie sin un crítico.

—Pero vamos a ver… ¿no me dijo usted que un escritor no era nadie sin unos querubines en la portada de su novela?

—También.

—¿Y sin un impresor que creyera en él?

—¡Lógico!

—Entonces, ¿qué demonios, y usted perdone la expresión, es un escritor? ¿Un escritor no es simplemente su novela?

Jeremías Muñoz suspiró viendo que mi actitud posponía sus novedades, con las que se mostraba profundamente conforme.

—Verá, señor Cid, si usted pretende escribir tiene que entender que no estará solo. No basta con escribir bien, ni con tener querubines, ni con gustar a las señoras ni estar en los clubes de lectura. Además hay que agradar a la crítica. Si un crítico se pone en contra… olvídese de dedicarse al oficio de escribir. Así de sencillo. Ellos mandan.

—Pero…

—No hay peros que valgan. El señor Cartagena y Puig me ha escrito personalmente. Escribe crónicas, chascarrillos y menudencias que lee hasta el propio general Serrano. Parece ser que a sus oídos llegó que los liberales habían levantado el veto a las falsificaciones de Flores y comenzó a investigar, llegando a dar con su novela, que según parece ha leído con entusiasmo. Así que escribió un pequeño comentario en su periódico y ahora me reclaman ejemplares las señoritas de Granada. Se ha puesto usted de moda.

—¿Cómo de moda? —preguntaba yo algo molesto—. ¿Como un sombrero?

—A usted lo que tiene que importarle es que lo conozcan y que lo comparen con el gran Fernández y González. Ya lo estoy viendo: pronto comenzará a ganar usted premios.

Me enojé, no pude remediarlo. Tanta fantasía me sobreexcitaba.

—Pero si no pienso presentarme a ningún concurso…

—No es necesario. Los grandes ganan concursos a los que nunca se presentan.

Era lamentable. De haber sido Mínguez le habría dado un bastonazo en la cabeza.

—Verá, señor Cid —continuó mi editor—, el escritor no es libre. No me refiero a la censura, que también. Me refiero a todo lo que no censura pero impone. Atienda mi consejo: cuando escriba una novela piense primero en el público, luego en su

editor, más tarde en la crítica y luego en los concursos. Si con todos ellos acierta será usted un escritor bien considerado.

—¡Pero así no hay manera de escribir!

—El negocio es el negocio y no hay que darle la espalda. Usted no es un escritor, es un comerciante. ¿Quiere vivir de escribir? Pues entonces contrate a varios secretarios y dícteles como hace el señor Fernández y González. También puede hablar con algún iniciado de esos que todavía creen en la vocación y que le escriba alguna novela que usted firmará en su nombre. Vaya a los clubes de lectura, a las veladas literarias… Luego invitaremos al señor Cartagena y Puig a una cena, y como es de Barcelona le pagaremos una estancia en la mejor fonda; mejor aún: invítele a su propia casa, trátelo como a un rey, pues reyes son sin ninguna duda. Su novela se venderá y tendremos que hacer una nueva tirada, ya lo estoy viendo.

Me quedé sin palabras. Sopesaba si lo que me decía era una buena noticia, porque entre sonrisas y gestos halagadores yo veía a un negociante que me solicitaba que me convirtiera en un servil mequetrefe, en un hombre rastrero y miserable.

—Bien… —conseguí decir sin que se me notara el aturdimiento—. Si el libro se va a vender podríamos hablar de mis derechos como autor.

—¡Ah, bueno, eso es otra cosa! —exclamó levantándose de su asiento el señor Muñoz, dándome a entender que daba por terminada la conversación—. No tenga usted tanta prisa, señor Cid. Las cosas a su tiempo. Recibirá noticias mías, claro, claro… no tenga usted preocupación. Pero lo primero es lo primero.

Me echó de su despacho acristalado, desde donde accedí al local de la imprenta, máquinas en marcha en permanente armonía que ensordecían con su actividad. Durante algún tiempo ignoré el estrépito, inmerso como estaba en mi interna indecisión. Acabé marchándome de aquel lugar muy desanimado y arrepentido de dedicarme a la escritura.

—Pero eso es una brillante noticia —me dijo Juan Morell sentado a mi lado—. ¿No es lo que deseabas? ¡Vas a ser un escritor de éxito!

Juan había venido a mi casa a charlar sobre el futuro que le uniría a Agustina. Bien era cierto que Morell, cuando se mostraba sereno, era un buen conversador, y no le he negado nunca su actitud inteligente. A veces, sin embargo, dudaba de si debía hablar con él de ciertos temas porque intuía en sus comentarios una ironía que me desmoralizaba. Era todo lo contrario a mi profesor Julián Mínguez, cuyo natural pesimismo conseguía sacar de mí el ánimo que creía perdido.

—No lo veo claro, Juan. Yo creo que debe de haber alguna manera de que un escritor pueda dedicarse a escribir y no atender a los reclamos de la moda, ni la de los intereses de un impresor papanatas que no sabe deletrear su apellido. A veces le doy la razón a Mínguez y pienso que el mundo está hecho al revés. Si quieres triunfar en la vida no estudies, no luches, no te indignes…

—Ese ha sido siempre mi lema, amigo mío, y fíjate, ya he conseguido ser gerente de mi empresa… —Al ver que lo miraba desacreditándolo y sopesando que el

comentario podría perjudicarle en mi opinión sobre su boda, cambió rápidamente su tono a otro mucho más digno—. Pero eso ya es el pasado, Maximiliano. Ahora seré el gerente más responsable que hayas conocido, la industria textil renacerá con mi empeño y a partir de ahora en vez de pedir un traje pedirán, al llegar a una sastrería, un Morell.

No había que quitarle gracia al comentario. Me senté junto a la chimenea con aire alicaído. No pudimos continuar con la conversación porque las dos mujeres de la familia entraron en la estancia.

Si Alma había aumentado en belleza en los últimos meses, Agustina resultaba de una alegría desbordada. Estaba claro que el piernas de alambre no le había proporcionado el placer amoroso que ahora Morell, no sé de dónde, le propinaba. Se miraron como dos tortolitos, con caída de párpados y rubor de mejillas, y se sentaron a distancia, las mujeres en un sillón más amplio y Morell en el cercano a mí, pues decidí, dada la autoridad que debía demostrar, permanecer de pie.

—Dejemos a un lado los formalismos. Todos nos conocemos. Será preciso, puesto que no estoy de humor, que vayamos directamente al asunto. Morell me ha confesado que tenéis planes. ¿No es cierto, Agustina?

Mi hermana volvió a ruborizarse.

—En cierta medida. Quiero decir que… estábamos esperando tu opinión…

—Yo no pondré condiciones ni impedimentos. Si os amáis tenéis mi bendición.

Agustina no pudo reprimir su euforia, se levantó impulsada por su confiado carácter y me abrazó.

—Gracias, gracias, hermano. Ya sabía yo que no nos guardarías rencor. ¿Accedes, pues, a que nos casemos?

—Para eso nos hemos reunido aquí. Decidme la fecha y todo habrá concluido.

Conseguí deshacerme de los besuqueos de mi hermana y esta fue a sentarse al brazo del sillón que ocupaba Morell para tomarlo de la mano.

—Habíamos pensado —dijo mi amigo— que quizá para la primavera…

—¿Para la primavera? —preguntó alarmada Alma.

Todos nos sorprendimos de su reacción. No era para menos: nunca manifestaba su opinión y ahora había resultado en exceso vehemente.

—Sí… —continuó mi hermana—. Para marzo podría estar bien.

—¡Ay, no! —volvió a exclamar Alma.

La expectación me incomodó. ¿A qué venía tanto impedimento?

—Querida Alma —le pregunté—, ¿acaso tienes algún compromiso para entonces que no me hayas comunicado? ¿A qué tanta contrariedad?

—Es que… yo prefiero para unos meses después…

—Pero Alma, querida, sería ya meternos en verano —contestó Agustina—. No veo en qué puede a ti incomodarte. Y nosotros queremos formalizar el compromiso cuanto antes.

Alma se mordía los labios. Noté la crispación en sus manos sujetas

inconscientemente a su falda.

—Puede, entonces, que yo no pueda acudir. A veces pasa.

—¡Pero qué necedad es esta! —exclamé exaltado movido por mi mal humor.

Mi mujer se quedó pálida. Era cierto que yo nunca le gritaba, nunca levanté la voz más de lo necesario. Me arrepiento sinceramente de mi comportamiento pero de alguna manera conseguí, con mi soberbia, arrancarle de sus misterios la verdad que nos ocultaba.

Alma se puso en pie rompiendo a llorar. Se tapó la cara para evitar que viéramos sus ojos enrojecidos y salió huyendo del salón sin darnos más explicaciones.

Mi pasividad hizo que Agustina la siguiera y los dos hombres nos quedáramos atónitos.

—Oh, las mujeres… Tendré que acostumbrarme.

No me tranquilizó la exclamación de Morell. Estaba convencido de que la actitud de Alma nos traería consecuencias.

Capítulo 21

Alma se confiesa

Durante largos minutos, las dos mujeres se ausentaron. Morell, tal vez por los nervios de verse ante un compromiso inexcusable, no paró de hablar. Sacó un cigarrillo y lo prendió. No fue suficiente para su monólogo y estuvo molestándome con su cháchara todo el tiempo en que estuvimos solos: que si era un comienzo en su vida, que sus padres estaban encantados, que esperaban tener descendencia, que… Al cuarto comentario me aislé y empecé a considerar la importancia de la reacción de Alma. Me culpé. Imaginé que con su actitud me estaba protegiendo de algún suceso inevitable que aún no me había contado, pensé mil barbaridades y finalmente, cuando estuve a punto de salir de la estancia para buscarla y pedirle explicaciones, se abrió la puerta y entró Agustina.

Nos observamos los tres con la incógnita impresa en el rostro.

—¿Y bien?

Agustina desvió la mirada y se dirigió al regazo de Morell, encima del cual se sentó sin que le importunara en absoluto lo que yo pudiera pensar de su ligereza.

—Tu mujer te está esperando.

Abandoné el salón a grandes zancadas. Los enigmas nunca me han gustado, siempre he querido ir con la verdad por delante. Así que no oculté mi desagrado. Busqué a mi mujer por toda la casa pues ignoraba dónde se había refugiado y finalmente la encontré en nuestro dormitorio.

No dije nada. Me puse delante de ella. Cabizbaja, se había sentado en el borde de la cama como si premeditadamente hubiera valorado el lugar exacto donde poner su cuerpo para no arrugar en exceso la colcha adamascada. Intenté preguntar pero temía la respuesta. Me agarré las manos a mi espalda, di pasos de garza por la habitación y finalmente me convertí en un león que vociferó:

—¿Tendré el honor de saber lo que ocurre?

Alma empezó a gimotear. Con elegancia, desde luego, con señorío, pero sin contención.

—Lo siento, Max, lo siento mucho. No pude imaginarlo. Jamás lo hubiera imaginado. Ten por seguro que si hubiera podido evitarlo lo habría hecho. Nunca me gusta faltar a mi palabra.

Me paralicé. ¿Hablábamos en clave?

—¿Puede saberse de qué te estás disculpando?

Alma me miró extraviada.

—¿No te lo ha dicho Agustina?

—¿Decirme qué?

Alma suspiró y le tembló la voz:

—Es que… es que… estoy embarazada.

Silencio. Y luego silencio. No recuerdo de aquel momento más que un largo y prolongado silencio que irrumpió en mi cabeza como un cañonazo. Me mareé. Dicen por ahí que solo tienen derecho a desmayarse las mujeres, pero es bien estúpida la insinuación: a punto estuve de desplomarme. Lo disimulé acercándome a la cama y allí me tumbé. ¡Qué ridículo debí de resultar! Mientras, Alma comenzaba a llorar abiertamente, arrepentida.

—Pero… —conseguí decir yo—. ¿No te dijo el médico que eras incapaz de procrear?

—Pues se equivocó, ya ves.

—¡Pero qué sociedad es esta! —exclamé fuera de mí—. ¡Los escritores se arrastran, los médicos se equivocan! ¿Acaso hay esperanza en nuestra generación?

Salí dando tumbos; mejor dicho, golpeándome con las paredes a pesar de su anchura considerable, y dando un portazo salí a la Carrera con intención de tomar el aire o el viento o lo que fuera que llegara del cielo, porque necesitaba respirar y aclarar mis ideas contradictorias.

Apoyado en uno de los puentes que sobrepasan el río Darro fui a posar mi mirada en la Alhambra. Hacía mucho tiempo que no me paraba a disfrutar de su presencia, que me había sido tan grata siendo niño. En la soledad de mi infancia, la imagen de aquel palacio o fortaleza o ruina, quién sabe, me había consolado de muchos males. Recordé que allí subía con mi padre, míseros momentos que Manuel Cid me dedicaba a cambio de buscar el refugio en los brazos de su amante.

«Un niño —me decía—, qué molestia, que estorbo para mi vida libre y comprometida. La casa se llenará de llantos, de gritos, de discusiones… será la casa de los Cid Benajara nuevamente». Al mirar el portalón de la casa, recordé que también una mañana la atravesé cogido de la mano de mi padre para ser entregado a mis tíos abuelos. El reflejo de una infancia desolada y vacía se incrusta en la memoria con tinta imborrable. ¿Era eso, acaso, lo que deseaba para mi hijo?

Una idea volvió a mi cabeza. Me estaba convirtiendo en un Benajara y en un Cid, ¿por qué no decirlo? Con sus mezquindades, sus equivocaciones y faltas. Pensaba en mí mismo antes que en aquel niño, que, ¡no lo quisiera Dios!, podría llegar a heredar, a fuerza de mi empeño egoísta, la misma infancia deplorable que yo tuve.

¿Cómo era posible que presumiera de hombre de anchas miras, de liberal y tolerante, de defensor de las artes, si era incapaz de desear un hijo? ¿Qué clase de amante de la creatividad era yo?

Me avergoncé. Los que cerca de mí pasaron me miraron consternados, alguno me reconoció y rehusé la mirada porque en ella hasta el más ciego de los hombres encontraría la lacra más indigna de la humanidad, que son la falsedad y la cobardía.

Comenzó a ocultarse el sol y la Alhambra cambió de color, como siempre hacía al atardecer. Quiero pensar que aquel monumento me habló, como sin duda lo hizo a los románticos de mi generación pasada. No sé si así fue o quise que fuera, pero me volví

y asomada al balcón del caserón de los Cid vi a Alma, esperando a que me decidiera a subir y continuar la conversación. Imaginé una mirada lánguida en su cara. ¿Qué derecho tenía yo a juzgarla?

Me adentré en la casa subiendo los escalones de dos en dos.

Desde mi casa cercana al río Darro disfrutaba de una excelente vista de la Alhambra, pero también era un buen sitio para ser testigo de cada una de las actividades que tenían lugar en el Albayzín. Mi costumbre diaria era subir a lo más alto de la colina, ejercicio que había adoptado desde mi vuelta a Granada y que me reportaba salud física y mental. Yo no creía en esa gimnasia sueca que tanto éxito estaba teniendo en el extranjero, mi opinión es que ningún ejercicio es más sano que subir varias veces la Cuesta del Chapiz o la de Gomérez. Creo que a eso le debe su buena salud el granadino.

Durante los meses de espera me mantuve al margen de la progresiva jovialidad que iba transformando la casa. Agustina visitaba las tiendas para preparar el ajuar con motivo de su inminente boda y Alma la acompañaba con el propósito de hacer lo mismo para su futuro hijo. Y como ella estaba segura de que sería niña, el caserón se vio convertido en un entorno femenino que a mí me agobiaba. Salvo por el cochero Fermín, todo allí tenía señas de mujer.

Mis días se sucedían así. Mi editor me llamaba para transmitirme el avance de las ventas de mi novela pero al tiempo me recriminaba que no hiciera nada por aumentarlas. Yo me rezagaba en la invitación del señor Cartagena y Puig al considerarla impropia de mí, pero veía que en algún momento tendría que suceder. Eso lo presentía, como barruntaba que en algún momento mi madre me haría cumplir la promesa de cederle el negocio.

Granada, mientras tanto, continuaba con su latente corazón intelectual. Mínguez y los miembros de la Comisión de Monumentos provocaban su latido, sin duda demasiado lánguido, pero al menos, a diferencia de otras ciudades del momento, existente.

Resultó que en uno de esos días de primavera, en lo alto de la colina del Albayzín me encontré con el mismísimo señor Manuel Gómez-Moreno González. Al momento me saludó y yo hice lo propio con verdadero afecto, pues era un hombre al que admiraba sinceramente.

—Señor Gómez-Moreno, ¿cómo usted por aquí?

Lo pregunté con guasa, al estilo madrileño que aún me quedaba, porque Gómez-Moreno, además de vivir en el Albayzín, parecía estar forjado de la misma tierra de la colina. Se la conocía palmo a palmo y la había pintado con su habitual detallismo y maestría para la Comisión de Monumentos en todos sus rincones. Por eso era más que frecuente encontrarse con don Manuel, anduvieras por donde anduvieras, por las calles de la antigua alcazaba.

—Buenos días, mi amigo Cid —me dijo—. Hoy estoy realmente contento. Me ha llegado la noticia de que he sido nombrado miembro de una comisión para inspeccionar y excavar en la alcazaba en el mismo lugar donde excavó Flores.

—¡Eso es fabuloso! —exclamé con entusiasmo—. De ser así y teniendo en cuenta su experiencia muy pronto podremos salir de esta duda que persigue a toda Granada: la de verificar la ubicación exacta de Iliberri.

A Gómez-Moreno se le veía exultante.

—Le deseo lo mejor, amigo mío.

Le volví a estrechar la mano. Como lo hace un español convencido, con resolución.

Pocos días después volví a encontrarme a Gómez-Moreno en el Aljibe del Rey y sin apenas pararnos nos saludamos levantándonos el sombrero. Yo le pregunté:

—¿Qué hay de la excavación de usted?

Y él contestó sacudiendo los hombros con gesto resignado.

—El dinero, que no viene.

Don Manuel se refería al dinero que debía costear la excavación, el cual se había autorizado. Solo quedaba ese pequeño empujón que hace de la administración española la más lenta del mundo, es decir, un sello.

Yo me despedí y a la semana volví a encontrármelo, esta vez cerca de la Puerta de las Pesas.

—¿Qué hay del dinero? —le pregunté desde la otra parte de la puerta árabe.

—Nada, que no viene… —se lamentaba don Manuel.

Los días pasaban y en mis paseos diarios volvía a encontrármelo, bien recorriendo la colina, de vuelta a su casa o pintando con el caballete colocado en algún mirador. La casualidad nos reunió en la plaza de San Nicolás una mañana. Gómez-Moreno dibujaba una espectacular imagen de la Alhambra. Por miedo a asustarlo, pues lo encontré de espaldas, me acerqué cuidadoso. Al verme me sonrió, pues esperaba que le formulara mi ya repetida pregunta:

—¿Qué don Manuel? ¿Qué se sabe del dinero?

Gómez-Moreno denegó con la cabeza. Para desgracia de todos su «no viene» se transmutó por un categórico «no vino».

Así se zanjó el problema. Con toda seguridad que algún politiquillo de tres al cuarto creyó más importante aumentar sus arcas personales con aquel dinero, comprándose un carmen en el Albayzín en vez de excavarlo.

No quiero aburrirles con la descripción de la boda de Agustina. Para mí todas las bodas vienen a ser iguales: todos acuden a ellas con propósitos fantásticos que nunca se realizarán. Luego está lo del amor. Nunca vi a una pareja enamorada que decidiera casarse. Porque esas, las que están enteramente seguras de que hay amor, no disponen de libertad para hacerlo. Mi concepto del amor, ustedes lo están comprobando, comparte la teoría de Mínguez respecto a la política española.

Agustina y Juan se casaron y de la boda solo creo recordar una única anécdota:

acudió a ella mi madre por ser madre igualmente de la novia. Yo no me opuse, claro está, mi hermana estaba en su derecho, pero me negué a sentarme a su lado. Y no lo hice. Entregué a la novia con celeridad y luego me oculté entre los invitados, que eran una masa ingente de personas de distintos orígenes. Y al salir de la iglesia mi digna madre, la Benajara, se enredó con sus vestidos copiados de los figurines de París cayéndose por las escaleras. No enturbió el incidente el desarrollo normal del evento, yo diría que incluso lo alegró, y con aquella venganza modesta e inocente pudimos Mínguez y yo reírnos un poco a lo largo del día. Mi madre, eso sí, se acercó a mí en un instante pillándome de sorpresa y me espetó:

—No creas que se me ha olvidado lo que convinimos.

—Tengo que pensármelo, no solo me afecta a mí sino a toda la familia.

—Pues cuando lo decidas —continuó con un sarcasmo muy característico de ella— házmelo saber por carta, como me dijiste que iba a ser abuela.

Lo que me había hecho dudar durante meses se decidió en un instante. Mi madre siempre tuvo la virtud de hacerme reaccionar.

—Pues mire usted, madre… acabo de decidirlo. Me ha nombrado a mi hijo y se me ha ocurrido que ahora tengo que mirar por mi descendencia. Usted podrá muy bien quedarse con la tienda que tanto le ha gustado siempre en la Alcaicería, pero los negocios del azúcar y el de los olivos me los quedo yo.

—Esos también los saqué adelante con mi dinero cuando estuvieron a punto de quebrar… —exclamó la Benajara haciéndose valer con sus actitudes financieras.

—No dudo de que con su dinero… —aclaré yo—… con el dinero que obtuvo de forma poco decente. Recuerde usted que tengo amistad con la condesa.

Mi madre se quedó lívida. Ignoraba que yo conocía la completa historia de mi padre, la de que la Benajara chantajeaba a la condesa Di Mare mirando hacia otro lado en sus amoríos con Manuel Cid mientras obtenía un dinero seguro para sus negocios. En aquel momento la pillé a desmano, no supo cómo contestar salvo con los ojos enrojecidos por la ira.

—Bien, nos veremos en los tribunales.

Con un aire fanfarrón se dio la vuelta. Vi que cojeaba; después de todo, la caída por las escaleras de la iglesia no había sido tan baladí.

Capítulo 22

El nacimiento

Como nada ha de sucederme que sea del común al resto de los mortales, ocurrió que Alma salió de cuentas y el alumbramiento no se producía. Pasaron más de quince días. El médico culpó a la naturaleza de Alma. No me extrañó la excusa: si la ciencia médica había sido incapaz de reconocer su fertilidad, ¿sería acaso capaz de esclarecer el momento de un parto?

Con trompetas colocadas en el hinchado vientre, el doctor aseguraba haber oído el latido del corazón del niño. Por otra parte, Alma reconocía sus movimientos a diario. Convinimos, pues, en hacer una vida normal. El niño vendría, tarde o temprano.

Evadiéndome de estas preocupaciones me refugié en mi trabajo y en mi novela. Mi impresor y editor, el señor Jeremías Muñoz, que no hacía más que presionarme para invitar al crítico Cartagena y Puig, finalmente consiguió su propósito. Por mi condición de esperanzado padre había bajado mis defensas.

Se le invitó al señor crítico a pernoctar en nuestra casa al menos durante dos días. Venía de viaje desde Madrid y precisaba llegar hasta Cádiz, así pues nuestra invitación le vino de perlas.

Fue llegar a Granada y comenzar a halagar mi ego, pero también a darme muestras de que en la ciudad ya existían otros merecedores de sus requiebros literarios. Manifestó que deseaba conocer al señor Leopoldo Zirí, quien continuaba vendiendo libros de marcada línea comercial, y por supuesto al señor Manuel Fernández y González, con quien le unía una lejana amistad por carta.

—Oh, señor Cid, es de necesaria urgencia que yo visite al señor Fernández y González. Nos conocemos desde hace años pero no hemos tenido el gusto de presentarnos en persona y ahora es el mejor momento.

Manuel Fernández y González, sevillano de nacimiento, había vivido la infancia y juventud en Granada. En ese tiempo residía en Madrid y me resultaba extraño que el señor Cartagena y Puig no lo supiera, ya que llegaba desde la capital. Sí era cierto que el escritor, al que admiraba, era un alma inquieta y bien podía haber vuelto a residir a Granada sin yo enterarme, pues frecuentábamos círculos muy distintos, además de pertenecer a generaciones contrarias. Había sido miembro de la Cuerda granadina a la que perteneció el profesor Mínguez, y ya por entonces se había granjeado algunos adjetivos nada aceptables. De hecho su apodo era el Poetilla y no me agradaba nada. Claro que lo que menos me gustaba de él era la vanagloria con la que justificaba escribir novelas históricas sin ningún tipo de rigor.

—Pues no puedo complacerle en este punto, no conozco al señor Fernández y González más que por su fama. Ni siquiera a quien pudiera presentárselo.

—Pero ¿cómo? Son ustedes escritores, de la misma ciudad… ¿y no han

coincidido en algún acto o en alguna tertulia?

—Granada puede ser muy grande para según qué cosas. Yo me relaciono con otro tipo de gente.

—Pues es una desgracia.

—Sin embargo, puedo presentarle a personas de gran valía: profesores, arqueólogos, arquitectos, comisionados de las artes y de las letras, pintores, historiadores…

—Ah… —Cartagena y Puig no supo cómo disculpar mi osadía de conocer a tanto botarate; según su criterio, claro—. Pues lo que digo, una desgracia.

Invité a cenar a Julián Mínguez y al editor Jeremías Muñoz para que compartieran un momento íntimo con el crítico literario al que acogía en mi casa. Así que nos sentamos a una larga mesa, herencia de los afanosos deseos de la Benajara de aparentar. Alma en un extremo y yo al otro, presidiendo, como correspondía. A los lados, Mínguez, que prefirió ocupar un asiento aislado, y enfrente de él los dos extraños, el editor y el crítico. Se entendieron estos a las mil maravillas. Uno halagaba al otro y el otro se dejaba halagar. Yo miraba de vez en cuando a Mínguez, que limpiaba sus anteojos con gestos impulsivos, señal de que estaba conteniéndose algún comentario, y luego observaba a Alma, a la que encontraba más pálida que de costumbre.

Rosita servía la comida con eficacia y realmente la cocinera se esmeró, porque resultó exquisita. Todos cenamos abundantemente menos la pálida Alma, que a cada bocado o a cada sorbo reposaba, intentando dejar en su vientre abultado un pequeño sitio para el alimento. Hablamos en demasía, salvo el profesor. Y al final, en los postres llegué a contarle haber limpiado sus anteojos hasta diez veces.

—Pues le decía a su autor, señor Muñoz, que en este negocio es conveniente tener relaciones, contactos, ¿sabe usted? Me ha extrañado desagradablemente que el señor Cid no conociera al encomiable Fernández y González. Yo tenía la ilusión de hacerme presentar pero me dice que no son ni siquiera conocidos.

—Mi autor —continuó hablando Jeremías Muñoz como si yo no estuviera presente— es aún novel en ciertos aspectos, sobre todo en lo que concierne a la proyección de la novela y al negocio editorial. Como usted bien sabe, las novelas están evolucionando, la gente lee por primera vez en muchos siglos. La gente del vulgo, quiero decir. Se han puesto de moda las historietas divertidas e insustanciales. No es de extrañar, nos tenemos que distraer de esta política que solo nos da disgustos.

Mínguez bufó. Todos le miramos y los extraños dieron el acto por protesta del calor, pero Alma y yo sabíamos que no era así, que le indignaba que hablaran de mí en esos términos tan vejatorios.

—Sí… Desde luego, las novelas son la distracción del pueblo —exclamaba orondo Cartagena y Puig.

—Del pueblo que sabe leer… —Mínguez no pudo callar. Se lo había reprimido desde el principio de la cena.

—Oh, sí, claro está. Pero la literatura hace un espléndido trabajo en ese aspecto, enseña a los que no saben y divierte a los que saben.

—Pero usted está hablando de diversión y el señor Cid ha demostrado un esfuerzo evidente en la catalogación de los datos que ofrece en la novela. Es una novela con rigor histórico.

—¿Con rigor histórico? ¿Qué es eso? —preguntaba el catalán mirando de reojo a Muñoz.

—No preste usted atención a esas perversiones intelectualoides. Si queremos vender no podemos ser pretenciosos. Los autores deben acomodarse a la línea editorial, no vamos a ser nosotros, los editores, los que nos adecuemos a los caprichos literarios. Yo se lo dejé muy claro al señor Cid: si quería vender, había que arriesgar con los querubines. Y fíjese qué bien le ha ido.

—¿Quiere usted decir que mi novela se ha vendido por los querubines y no por su contenido literario? —pregunté yo algo desconcertado.

Cartagena y Puig, mirándose el reloj que sacaba desde el bolsillo de su chaleco, terció en la conversación sin dejar responder a mi editor. Se lo agradecí porque parecía ser el inicio de una velada discusión.

—Pero yo quisiera conocer a Fernández y González. Yo vine aquí con ese propósito y usted me ha decepcionado, señor Cid. ¿No habría manera de…?

Mínguez se puso en pie en un acto reflejo. Llevaba ya once limpiezas de anteojos. Nos quedamos en silencio, observantes. Pensábamos que iba a despedirse pero no. Fue entonces cuando Julián Mínguez, el verdadero Julián Mínguez que había estado mordiéndose la lengua toda la noche, se desbordó.

—Vamos a ver, señores. De todo lo que se ha hablado aquí saco en conclusión que el señor Cartagena y Puig se ha aprovechado de la hospitalidad de mi amigo con el único propósito de conocer al señor Fernández y González. Viendo que su treta ha sido un fiasco empieza a deteriorarse el buen concepto que tenía de él y de su novela, llamándola novelilla. Me parece inadmisible esta falta de rigor crítico que tiene este señor.

—¡Cómo se atreve! —exclamó furibundo el catalán.

—¡Nooo, señor mío! ¿Cómo se atreve usted? ¿Y usted, señor Muñoz, a poner querubines en la novela de mi amigo?

Intenté contenerlo a pesar de que todo cuanto decía era la pura verdad. Alma ya para entonces tenía el color del mármol de Carrara.

El crítico Cartagena y Puig se dirigió ofendido al editor y proclamó:

—Ya le dije a su autor que sin contactos no se es nadie. A mí se me ha engañado sutilmente haciéndoseme creer que iba a conocer a Fernández y González y llego a Granada y me encuentro con unos pelagatos.

—¿Pelagatos? —preguntó indignado Mínguez con sus gafas descolocadas sobre su nariz, de tanto quitárselas y ponérselas.

—Pelagatos, sí, eso digo… son ustedes en Granada unos pelagatos. Este señor

solo conoce a profesores, a arqueólogos, a pintores e historiadores y así nunca llegará a ser algo en la vida. Como no se busque mejores amistades, señor Muñoz, su autor nunca llegará a ser alguien de provecho.

No pude reprimirme, no estaba enfadado, sin embargo me encontraba irónico aquella noche.

—Señor Cartagena y Puig, mirándolo bien, creo que sí puedo presentarle a una persona que llenará todas sus expectativas en la vida. Si no sale hasta mañana, le presentaré a Bárbara Benajara, la persona más abyecta y vil que he conocido. Se llevarán bien, pues ambos se mueven por intereses. Puede que incluso la encuentre guapa y quiera casarse con ella.

El crítico catalán se quedó sin habla. No supo muy bien si responder, porque valoraba si mis palabras se hacían mofa de él. Fue a decir algo con cara indignada y roja a causa de los vinos cuando Alma exclamó:

—¡Señores! Siento tener que detener esta discusión. Me agradaría mucho poder despedir en este momento al señor Cartagena y Puig y enviarlo de vuelta a su Cataluña natal, donde podrá relacionarse con personas más importantes, pero resulta que he roto aguas.

Callamos. Algunos por miedo y otros por asombro.

El señor Cartagena y Puig salió del comedor murmurando: «Lo que yo había dicho, unos pelagatos».

Alma dio a luz esa noche y yo fui el hombre más desconcertado del mundo.

No sé cómo pueden decir que un nacimiento da la felicidad. Resulta de una brutalidad inhumana oír los gritos de una parturienta, saber que la persona a la que amas está debatiéndose entre la vida y la muerte; imaginar sus desgarros o presentir sus dolores es algo que sobrepasa el sentido de toda lógica. Pero esas mujeres acuden a la hora de la reproducción incluso con alegría, ignorando que van al matadero.

Me impidieron la entrada en su habitación e hicieron bien. Porque un hombre que no está preparado para la sangre no debe enfrentarse a ella por primera vez en una ocasión así. Las criadas salían y entraban con eficaz frenesí. Hay algo en las mujeres que las hermana cuando esto sucede: se ofrecen desinteresadas para ayudar a la parturienta, pues ven en ella su propia imagen en un futuro no muy lejano. Las sábanas se cambiaron varias veces impregnadas de un líquido viscoso de color ocre, como el de un vino repugnante recién extraído de un lagar. Olía a sudor y a un ácido desagradable que debía de ser el aroma de la vida.

Finalmente, los gritos dieron paso a los quejidos y ellos a un llanto impulsivo de pequeños pulmones que, entrecortados, sonaban a desaprobación, a protesta involuntaria.

Cuando hubieron aseado a Alma, puesto sábanas nuevas, fregado el suelo y limpiado la carne resbaladiza que había salido de sus entrañas de un solo empujón, me ofrecieron entrar y yo quedé indeciso en la puerta, porque temía ver el espanto del dolor o la crueldad de la muerte. Sin embargo no fue así, al menos no me lo pareció.

Alma estaba ojerosa, pálida, con un sudor helado en la frente. Se le había contenido la hemorragia, me dijeron, pero el esfuerzo había sido más que sobrehumano. Con todo, en la cunita de sábanas de holanda lloriqueaba una criatura. Me asomé a verla. Tenía la cara iluminada por un rojo parecido a un odre, hinchada, unos ojos como hendiduras y una pelusa rizada en el contorno de su cráneo. Se movía como un pájaro en el nido, ciego, sin más ánimo que el de sentirse las piernas por instinto. No me atreví a cogerlo pero pregunté si era niño o niña. Fue así cómo me enteré de que había nacido el segundo de los Manueles. Desde entonces sería mi Manolito. Todos estuvimos de acuerdo en el nombre.

Después de la violencia del nacimiento llegó el cansancio. Tuve que irme a otra habitación para dejar a las mujeres maniobrar, porque las noches se hicieron eternas: aquel niño mamaba más que un ternero. Yo oía subir y bajar a las criadas; rezongaba Rosita que tenía que levantarse a las tantas para llevar agua hervida o alguna tisana a Alma, que no conseguía relajarse ni con tilas. La falta de sueño le hacía sentirse muy irritada, pero se negaba a contratar a un ama de cría. Mi madre, como era de esperar, puso el grito en el cielo: que una mujer de buena posición sacara su seno elegante para convertirlo en ubre vulgar era más que cuestionable. Pero Alma, que parecía sumisa con la mayoría de las cosas, resultó ser una madre diligente.

Tantos años sin pretender ser padre, aún más, despreciando convertirme en uno como el que tanto daño me hizo a mí, y ahora no podía entender mi vida sin ese pequeño meón. Mi carácter rebelde se deshacía en requiebros cuando Manolito me eructaba y no encontraba mayor placer que verme salpicado de vómito. A la Comisión de Monumentos me presentaba yo con aroma a heces infantiles mezclado con colonia de limón y los comisionados perdonaban mi extravagancia. Algunos de ellos eran también padres, y muchos sin tantas comodidades como las mías.

Francesca conoció a Manolito con una zozobra atractivísima asomada a los ojos. Sus manos temblaban cuando le ofrecí el cuerpecillo del otro Manuel Cid. Lo puso hacia su pecho y el calor lo relajó. No echó en falta el contacto de la familia o tal vez, en su instinto, supo que Francesca era parte de los Cid desde hacía décadas.

—Lo vamos a llamar Manuel.

Francesca respiró hondo, su pecho reprimió un hipo distinguido.

—Lo imaginaba. Te doy las gracias de parte de tu padre. Quisiera ocuparme de su cuidado, en falta de una abuela que no ha de tener.

—Una abuela bellísima y joven.

Francesca me miró con el niño en brazos y yo no pude evitar pensar en aquella *madonna* italiana hecha carne y en lo que podría haber sido si el tiempo y el atrevimiento hubieran estado de nuestra parte.

—Mi experiencia como madre no ha sido buena, tú lo sabes —se lamentó—. Francesco es ahora un adolescente y se encuentra fuera de sí. Sé que no quieres hablar de él, vuestras diferencias son evidentes, pero no quiero que lo odies.

Mi semblante serio habló por mí.

—No odio a Francesco. Simplemente me parece que no tenemos nada en común.

—Pues lo tenéis y eso ya es inevitable. He acordado llevarlo a Roma a estudiar. En un internado estará más protegido y lejos de mí aprenderá a ser independiente. Yo no sé qué más hacer para convertirlo en un hombre cabal.

Yo reí.

—Francesco no podrá ser nunca un hombre cabal. Te ha salido un romántico, como lo fue papá… Pero Manolito no lo será: será un hombre de su siglo. —Francesca me miró con ojos cristalinos, su azul se perfeccionaba con los años—. ¿Qué ocurre? Me parece que me miras con admiración…

—Así es. Es la primera vez que hablas de Manuel Cid llamándolo «papá», y eso me enternece.

Tenía razón. Algo se había transformado en mi espíritu. Y yo traté de defenderme, como se excusa un inocente avergonzado de su limpieza de alma.

—Es que ahora ya hay otro Manuel Cid en casa y habrá que diferenciarlo.

Capítulo 23

La llegada de Mariano Fortuny

Aproximándose el verano de 1870 y observando la recuperación de Alma, que había quedado debilitada por el parto, se resolvió hacer la presentación de Manolito en sociedad. Nunca me han gustado las fiestas, eso era más que sabido, pero en esta ocasión me perdía el orgullo de ofrecer a todos esa parte de mí de la que estaba tan encandilado.

Decidimos hacer una fiesta en casa pero aquel año fue caluroso y casi todos los invitados estaban ya en sus propiedades de verano o a punto de irse. Alma me rogó que la aplazáramos hasta después de agosto, así que decidí retomar mi actividad artística, que había soslayado por el disfrute de mi paternidad. En mi reincorporación al mundo de las artes tuvo cierta culpa el señor Manuel Gómez-Moreno González. Después de que el gobierno liberal entregara las piezas custodiadas por la causa de Flores, los comisionados de la Comisión de Monumentos se habían puesto manos a la obra y encontraban distracción en todos los lugares de Granada. Desde la primavera Gómez-Moreno, siguiendo órdenes de dicha comisión, comenzó a colaborar con su presidente, Manuel Oliver Hurtado, académico de la historia entre otras lindezas, elaborando un catálogo y descripción de los hallazgos arqueológicos originarios de la Vega. Allí donde comprara hacía algunos años un esqueleto continuaban apareciendo señales inequívocas de una civilización importante, así pues durante todo el verano perseguí a Gómez-Moreno y a Oliver Hurtado. Manuel, por ser pintor, se animaba a plasmar todo lo que veía en un papel. Yo lo observaba sentado sobre una piedra y él, de vez en cuando, me hacía saber lo que encontraban los comisionados expertos en antiguallas, pero siempre elaborando sus bocetos tan detallados.

—Usted también es pintor de ruinas —me dio por decir un día, haciendo alusión al mote que la Benajara le puso a mi padre.

—Pues me parece que de estas ruinas será usted el escritor. Y no nos vendría mal porque un pincel sin una pluma no es nada.

Me convertí en un escritor de ruinas, así, sin saberlo. Antes había sido o había querido ser muchas cosas, defensor de causas perdidas, mecenas pobre de artistas sin recursos, pero en ninguna de esas circunstancias me había sentido tan complacido como en la de ser la voz de la conciencia de esa sociedad granadina que olvidaba sus raíces.

A lo largo de varios meses recorrí la ciudad de los nazaríes persiguiendo a aquel hombre menudo, al que sacaba la cabeza en estatura pero no le llegaba ni a la suela del zapato. A veces lo acompañaba a las iglesias y aguardaba a que consultara legajos de cuando un hombre o mujer, recordado todavía en nuestro siglo, había sido bautizado. Todo su afán era demostrar la relación con Granada de distintas

celebridades. Así, poco a poco, encontró documentos sobre las casas de Antonio de Nebrija, que vivió en el llamado, lógicamente, callejón de Lebrija, o por dónde deambuló san Juan de Dios, en lo que fue un hospital del penúltimo solar a mano izquierda numerado ahora en el 39 de la calle de Gomérez. También dio con la casa del famoso Juan Latino, cerca de la calle Santa Ana, y con la del poeta Pedro Soto de Rojas, que fue la famosa casa de los Mascarones.

La que más le interesó, con mucho, fue la de Alonso Cano, en la calle Angosta de la Botica, la cual se conservaba con una rigurosidad pasmosa. Nos adentramos en ella, subimos a sus habitaciones y un día animamos a un fotógrafo a plasmar alguna imagen, lo que fue premonitorio, pues años después sería demolida con la excusa de molestar al trazado que proyectaban para la Gran Vía, y de ella solo quedan ya aquellas instantáneas.

Julián Mínguez, a veces, nos acompañaba y venía con nosotros al campo, al cortijo de Daragoleja, con un gorro que parecía de su padre, de cuando era militar. Se lo ponía bien calado en la frente y con una cantimplora me explicaba la razón de los hallazgos. No hacía ni un año que se había descubierto en el cortijo los cimientos de un edificio bien antiguo.

—Encontraron pavimento interesante —decía Mínguez—, vasijas, tejas, barros vidriados. Gómez-Moreno ha hecho un trabajo impecable con los dibujos que pasarán a la posteridad en los museos. También, cerca de Ílora, en Molino de Rey, hallaron una escultura romana con inscripción funeraria. Todo indica que vamos por buen camino, pronto la causa de Iliberri será defendida por propios y extraños. El señor Manuel Gómez-Moreno está haciendo una búsqueda incansable y un trabajo impoluto. Y ha de saber usted, Maximiliano, que además está ayudando, como comisionado que es, en el nombramiento de monumento nacional para la Alhambra. Yo espero la noticia en cualquier momento; la cosa parece ya hecha.

El optimismo de Mínguez me sobrecogió. Tantos años anunciando su renuncia absoluta y en pleno campo, atenazados por el calor y el cansancio, me salía el profesor con ánimos juveniles tan impropios. Su entereza me llevó a hablar con Francesca del proyecto de la Asociación de Amigos de Iliberri y evitando el sol de agosto nos pusimos a amueblar la sede que sería nuestra ubicación futura, en las mismas faldas de la Sabika, entre cármenes y a la orilla del Darro. Con el tiempo en aquel lugar, una vez arruinada nuestra asociación, fue erigido un hotel que, aludiendo a su cercanía al río, denominaron hotel Reúma.

Mínguez, por otro lado, tuvo una visión premonitoria. Por Real Orden de 12 de julio de aquel año 1870, la Alhambra fue declarada monumento nacional. La Comisión de Monumentos recibía así la custodia del palacio por el que tanto habían luchado mi padre y el viejo profesor. Mínguez lloró sin ocultación y con su alegría se envalentonó. Subió la colina de la Sabika hasta el mismísimo Patio de los Leones y allí llamó a grito pelado a Dolores, la guardesa, que salió de sus cocinas pensando que habían dado entrada a un orate. La noticia sirvió para que ambos volvieran a

encontrarse y hablaran, en definitiva, de todo aquello que fueron incapaces de decirse en años de silencio. Creyó Mínguez que aquel día sería el más recordado de toda su vida y gracias hubo de dar de no haber alcanzado más premoniciones para no tener que verse unos años después inmerso en una guerra de opiniones, fuegos cruzados de criterios diversos sobre si había que conservar o restaurar el monumento. Aquello fue mucho peor para la Alhambra que dejarla abandonada a su suerte. Mientras los doctos hombres de las academias no se ponían de acuerdo, el monumento seguía desplomándose.

El verano se hacía largo, demasiado. Alma, aconsejada por el médico, aprovechaba las horas de frescor para salir a la calle y caminar. El niño a veces paseaba con el ama, a la que habíamos contratado para aliviar el peso de la responsabilidad materna. Pero aquella noche quisimos distraernos todos juntos, Alma, Manolito y yo, habiendo quedado con Agustina y Juanito Morell en un nuevo café abierto por aquellos días. Promovieron tal establecimiento familias adineradas de la ciudad, entre otras los dueños de la pastelería Suiza de la calle Mesones. Quizá por eso o porque lo helvético movía a lo distinguido, se le dio el nombre de café Suizo y a él acudimos un día después de su inauguración, es decir, el 11 de agosto de 1870. Fue el primer café Suizo de España; luego habrían de llegar más, incluso a la capital.

Mi padre había conocido otros muchos cafés populares en su Granada, algunos defensores de la revolución y otros, simplemente, de valores más sociales y menos peligrosos; es decir, promovían el canto o el baile flamenco. Fueron famosos el café de Puerta Real, el café Luchana o el café de Plaza Nueva, frente a la Chancillería. Pero a mí me tocó vivir la inauguración de este, un local que sería muy querido por el pueblo granadino y que daría mucha vida a la ciudad.

Estaba situado en los bajos de un edificio de Puerta Real, donde años antes hubo un incendio importante, pues en su mismo sitio se encontraba la alhóndiga Zaida. Aquel incendio impulsó la huida de Francesca de Granada, ya que vivía muy cerca de la alhóndiga y ya llevando en su seno a Francesco regresó a Roma. Nunca comentamos si le resultó emotivo adentrarse en el café Suizo pasados esos años. Granada necesitaba distracción y aquel café resultaba un milagro del cielo.

Al entrar con toda la familia y Manolito probando sus pulmones nos llamaron la atención los divanes de terciopelo rojo y los amplios espejos que reflejaban nuestras proyecciones, causando un impacto visual fuera de serie.

Alma, Juan y yo nos pedimos un café y Agustina un helado de mantecado y fresa, que ponían en grandes conos y eran la delicia de los niños. Lo engulló en un santiamén y luego pidió otro. La observamos atónitos, admirando su insensibilidad al frío bucal, momento que aprovechó para confesar lo que hacía unos meses que ya esperábamos.

—Juan y yo vamos a ser padres.

No dije nada aunque creo que solté un suspiro y todos parecieron entender que me emocionaba. Sin duda hubo algo de eso, me resultaba incomprensible ver a mi

Agustina, menuda y frágil, siendo el recipiente de una criatura que con el tiempo alcanzaría las dimensiones de mi pequeño Manuel.

Las mujeres se cambiaron de silla para sentarse juntas y hablarse de eso que solo ellas saben y nosotros nunca entenderemos. Juan y yo compartimos conversación a la manera de los hombres cuando están en público, es decir con monosílabos. Al consumirse la primera ronda de cafés nos vimos obligados a hablar de algo más reflexivo y buscando tema fui a dar con una pareja sentada no muy lejos de nosotros, claramente extranjeros, al menos de fuera de Granada. Tenían un aspecto bohemio y de impecable distinción.

—¿Los conoces?

—¿Quién no? Se nota que has pasado unos meses fuera de los círculos granadinos. Confío en no verme en el mismo aprieto cuando nazca mi hijo, porque a ti quién te ha visto y quién te ve. Ahora te limpias la baba y hace unos años eras un calavera como yo.

—No hables en esos términos… —le advertí molesto—. Si te seguía era por debilidad y no por convicción. La paternidad me ha cambiado, lo confieso, pero ahora me he comprometido con la arqueología, con Iliberri, con la Asociación…

—Sí —insinuó Morell—. Una asociación que te permite estar más cerca de tu vieja amiga…

Miré a Juan amonestándolo, pues la insinuación me había herido. Estaba visto que mi relación con Francesca nunca se me perdonaría aunque lo hiciera Alma. Tragué saliva lo más dignamente que pude.

—Bien. ¿Vas a decirme quiénes son esos señores?

—Mariano Fortuny y su esposa Cecilia Madrazo.

—¿Te refieres al pintor?

—El mismo. Han establecido su casa aquí por algún tiempo. Se les ha visto con tu cuñado Pepe, pues se conocieron en la Guerra de África.

Ciertamente me asombró encontrarme tan cerca de un hombre al que admiraba y hubiera admirado más aún mi padre.

—La esposa es hija de Federico Madrazo, ¿verdad?

—Sí, del gran Madrazo.

Recapacité algunos segundos. Me sentí con el derecho de presentar a aquel hombre —célebre en toda España— a la sociedad intelectual de Granada, pero a la real, no la que mi cuñado Pepillo le habría hecho conocer: círculos irrisorios de una burguesía que era la imagen distorsionada de nuestra cultura. Eché hacia atrás la silla para levantarme. Quería aproximarme a ellos, aun a riesgo de no guardar las formas, cuando alguien se interpuso delante de mí y me tendió la mano. Otro antes que yo había pensado lo mismo pero tomándome a mí como su objetivo.

—Señor Cid, supongo.

Estreché su mano por instinto, casi a medio erguirme.

—¿A quién tengo el gusto de saludar? —pregunté sin disimular mi molestia.

—A Leopoldo Zirí, el escritor.

Una bofetada no me hubiera irritado la piel de mis mejillas tanto como la intromisión de aquel hombre. Se le veía dispuesto a resultar amable y elocuente. Me dio la impresión que se imaginaba, no sé por qué, que yo deseaba conocerlo.

—Oh, el señor Zirí. El autor de *La bella musulmana*.

—¿La ha leído usted?

—Por supuesto —mentía a medias, pues como el lector ya sabe me vi obligado a escucharla en mis tardes hogareñas.

—Yo también he leído *Las cuatro vidas de Iliberri*. Su novela es inconmensurable, atípica. Un antes y un después en la literatura histórica.

«¿Trata de halagarme? —me preguntaba—. ¿Es cierto que le ha gustado mi novela?». De ser así, era valiente al demostrarlo. Su posición era mejor que la mía, era conocido y su nivel de ventas mayor. Así pues, ¿para qué mentir? ¿Qué sacaba con ello?

—Algunos editores, algunos críticos… no comparten con usted esa opinión.

—Se refiere usted al señor Cartagena y Puig, ¿no es cierto? —Me quedé pasmado de que mi pequeño «asunto» con el señor Cartagena y Puig hubiera llegado a oídos del gran público—. No se extrañe usted, amigo mío. En el mundo de las letras hay pocos secretos. Este señor se puso en comunicación conmigo para que le presentara al señor Manuel Fernández y González, dado que fui pupilo suyo. Y entre copa y copa se le fue un poco la lengua. Soy discreto, no se preocupe. Esto quedará entre nosotros.

—Lo cierto —me explicaba yo— es que me da lo mismo que usted lo anuncie a bombo y platillo. Los críticos me importan un bledo. Yo me centro en mi trabajo y nada más. No sirvo para vender novelas, solo para escribirlas.

Leopoldo Zirí me miró entre intimidado y comprensivo.

—Verá, señor Cid. Le voy a ser sincero. Yo persigo la quimera de vivir de mi trabajo, así que puede decir que escribo por dinero. No tengo rentas, ni vengo de familia de abolengo, así que tendré que hacer ciertas concesiones. Y si para vivir de lo que más me gusta he de hacer más reverencias que a un papa, pues las haré. Nunca llegaré a ser como mi maestro Fernández y González, quizá ni siquiera me interese, pero mientras esté en la cima o aproximándome intentaré ayudar a quien está subiendo con dignidad y esfuerzo. Si usted me permite que le escriba una carta de presentación para mi maestro, lo haré gustoso.

Me sentí avergonzado. Cierto era que me había comportado como un burgués acogiéndome a mi dignidad; yo podía hacerlo, al verme libre de esclavitud económica. Vivía de mis rentas, nunca estaría condicionado como lo estaba aquel hombre con puños raídos y aire de pasante de bufete.

—Bien, agradezco su ayuda, si me la entrega tan sincera. Y correspondo con la mía, si la necesita.

Leopoldo Zirí me estrechó la mano, ahuecó su sombrero frente a las señoras, se

despidió de Juan y se marchó. Al día siguiente llegó a mi casa una carta de presentación para Manuel Fernández y González. Pensé que nunca la tendría que utilizar, pero la vida da muchas vueltas.

A los Fortuny y Madrazo me los encontré meses después en mi propia casa en la fiesta de presentación de Manolito. Llegó, acompañado por ellos, mi cuñado Pepe Pardo, ufano y bien colocado el monóculo, dándoselas de mecenas de las artes. Por lo que a mí me consta, Pepe nunca supo diferenciar un Goya de un Murillo, pero en este particular le movía el interés por conseguir de balde un Fortuny auténtico para el Ayuntamiento. Tampoco descarté que anhelara un Madrazo para el salón de su casa.

La fiesta nos resultó un tanto anárquica. Alma y yo invitamos a dos manos, sin consultarnos, así que nos encontramos con una amalgama inconexa de hombres y mujeres que nada tenían en común. Convoqué a los miembros de la Comisión de Monumentos y estos se pusieron en un rincón, cómodo e indiferente, al que fue a parar el profesor Julián Mínguez. La mayoría de los comisionados declinó la invitación poniendo como excusa el trabajo que les ocupaba, al que se debían sin reservas y sin cansancio. Gómez-Moreno no pudo acudir y se le echó de menos.

A otro extremo se situaron los escritores y periodistas; mi antiguo editor Jaime Hilton; el actual, Jeremías Muñoz; y un entusiasmado Augusto Jerez Perchet que animaba a todos a probar las delicias de los viajes en tren y contaba sus andanzas desde Madrid y por Andalucía en el ferrocarril, con aire teatral y engolado, como eran sus escritos. No recuerdo si ya por aquella fecha tenía publicada su famosa guía *Impresiones de viaje* que luego se haría famosa y muy recomendada entre los amantes de la aventura.

Pepe Pardo arrastró a algún político, lo que me desagradó, pero Alma, con su buena mano izquierda, consiguió refugiarlos de mí y acomodarlos en una sala contigua. Allí estuvieron arreglando el mundo mientras tomaban el ponche.

Yo iba de un lado para otro, inspeccionando los canapés y las bebidas, mientras Alma atendía a los García Ayola, que nos habían ofrecido un regalo muy particular: una fotografía de Manolito sentado entre cojines. La ayudaba Francesca, que decoraba la estancia con las mejores telas para la instantánea, y los fotógrafos —padre e hijo— maniobraban con delicadeza de no asustar a la criatura con los fogonazos y el ojo indiscreto de la caja misteriosa.

Una obsequiosa Alma de colores vivos en las mejilla, salió de la sala en donde se encontraban los retratistas para buscarme, cuando se paró de golpe al ver entrar a cierta señora por la puerta principal. Yo me quedé sin habla. Se trataba de la Benajara, con un atuendo de lo más extravagante: un vestido de volantes de seda que agrandaba su figura y la convertía en un irrisorio muñeco atarascado.

—¿La has invitado tú? —pregunté a Alma susurrando en su oído.

—No seas ridículo… —protestó ella.

—Entonces se nos ha colado.

Se aproximó a mí la Banajara con un abanico tan grande como su sombrero. Hacía tiempo que no manteníamos conversación y la encontré deteriorada, fofa e inexpresiva, lo que ya era extraño, sabiendo que ella siempre gastaba un entrecejo furibundo. Pero esta vez la vi dramática, interpretando un papel que le iba muy grande.

—Maximiliano, querida Alma. José tuvo el detalle de nombrar que ibais a presentar a Manolito y claro, su abuela no podía faltar.

—Me parece que Pepe se ha tomado muchas molestias en una reunión de la que no es parte directa. A veces se olvida que en mi casa no puede hacer como en el Ayuntamiento…

—¿Tu casa? —exclamó irónica la Benajara—. Ah, ya que la nombras… verás…

Imaginando que volvería a las andadas de exigirme mi herencia, salí al encuentro de los García Ayola, que recogían sus bártulos, con la excusa de ayudarlos.

—Disculpe usted, madre, en otra ocasión…

La dejé con la palabra en la boca y a Alma perpleja a su lado. Creo que también puso una excusa y la dejó sola. Fue el momento en que Francesca salía de la sala que sirvió de decorado con Manolito en los brazos, haciéndole cucamonas, y ambas se cruzaron la mirada sin disimulo alguno, un vistazo rápido pero que llevaba implícito el veneno del rencor.

No quise saber más y evitando enfrentamientos que nos hubieran puesto en evidencia busqué a Pepe para pedirle explicaciones; sin embargo no pude exigírselas, porque continuaba hablando con el pintor.

A pesar de ello decidí acercarme y obsequiar a Fortuny con mis cualidades de anfitrión, no fuera a suponerse que en el caserón de los Cid mandaba más un Pardo. Me hice hueco y ya, empezada la conversación, pronto intuí lo que tramaba Pepe.

—Los bocetos de su *Batalla de Tetuán* son suntuosos… ¡Qué digo!, superiores a cualquier cuadro que haya visto plasmando una batalla. Yo, que también estuve allí, puedo asegurar que supera a las mismas fotografías. Ese preciosismo, ese trazo detallista… —exclamaba poniendo los ojos casi en blanco—. De hecho, creo que nunca una fotografía podrá igualar la certera pincelada de un artista.

Es evidente que Pepe no podía saber que, con los años, el hijo de Mariano Fortuny y Cecilia Madrazo, que nació en Granada durante su estancia en la ciudad, se dedicó de manera especial a la fotografía. Mariano Fortuny y Madrazo heredó la admiración por la luz y plasmó sus esfuerzos en inventos que lo hicieron famoso en la escena teatral. Fue el genio granadino de la luz y de la moda femenina, aunque muchos lo desconozcan.

—El cuadro me está dando más problemas de los que yo suponía… —se excusaba Fortuny—. A mí me interesa el movimiento, la luz, el pintoresquismo. Pero

en Barcelona, quiero decir, en el Ayuntamiento, se desea ver a Prim enarbolando la espada y a O'Donnell gritando en el fragor de la batalla. La imaginación no puede comprarse. Por eso vine a Granada, donde la luz y el movimiento se reconocen en cada rincón.

—No tenga usted la menor duda —asentía Pepe—. La luz granadina es ideal para la pintura. Por esta ciudad han pasado muchos y grandes pintores.

—También hay una buena lista de pintores locales que debería usted conocer…

Pepe me miró a través de su monóculo; la ceja encrespada por mi osadía y por el esfuerzo de no dejar caer el vidrio circular que aumentaba sus imágenes.

—¿Usted pinta? —me preguntó Fortuny interesado.

—No, pero mi padre fue pintor y de él me han quedado algunas amistades, además de las que he ido añadiendo con mis pequeños logros en la nueva ciencia de la arqueología. Sin ser nadie en ningún sitio ni saber nada de ninguna disciplina, me defiendo bien en todos los lugares y en todas las artes.

—Mi cuñado, en su modestia —continuó Pepe Pardo incomodado—, es un romántico. Piensa en una Granada llena de ruinas que hay que salvar a golpe de panfletos. Pero yo creo que Granada es otra cosa muy distinta, y lo será si el gobierno nacional me da su apoyo. Mi intención es convertir Granada en una ciudad moderna, que atraiga a artistas mundialmente conocidos, tal es su caso. Desde el Ayuntamiento pretendemos impulsar las calles amplias y saneadas, fomentar el urbanismo europeo y para eso es necesario dar carpetazo a la historia antigua de esta ciudad que nos ha hecho tanto daño.

A punto estuve de contestarle pero Julián Mínguez, mi profesor y a veces creo que mi propia sombra, apareció tras de mi espalda.

—¡Pero cómo puede hacer daño una historia tan vasta y rica como la de Granada! No, señor Pardo, no. Usted está muy equivocado. Granada no necesita que la arruinen, ya está bien arruinada a causa de las mentes estrechas, y por qué no decirlo también, por la falta de dinero. Hay que restaurar Granada. Así, enterita. Volverla del revés, pero conservando lo que dejaron en la ciudad Boabdiles y Reyes Católicos, césares y reyes felipistas. ¿Se imagina usted, señor Fortuny, caminar por una amplia avenida en donde mirando a la derecha encontremos una mezquita y mirando a la izquierda encontremos un coliseo? También habríamos de encontrar una catedral con la mirada al frente… ¡Imagine cómo…!

Pepe Pardo carraspeó como un bulldog, lo que consiguió acallar a Mínguez.

—Señor Fortuny, como verá, a los modernos nos toca bregar con los trasnochados…

—¡Trasnochados! —exclamó con indignación el profesor, al que comenzaba a latirle la vena del cuello, la que indicaba que le subiría la tensión con peligrosa rapidez.

—Sus cuadros —continuó Pardo— harán de esta ciudad la Ciudad Eterna de España. Este Ayuntamiento, al que pertenezco, estará orgulloso de poder exponer

alguna de sus pinturas, eso sí, cuando las calles estén limpias y las ruinas árabes que dan cobijo a los indigentes desaparezcan. Camine por la ciudad y compárela ahora a como estará en unos meses. Me he propuesto derribar todo lo que estorba…

—¿Cómo? —aullaba Mínguez casi apuntalado entre mis brazos.

—Las iglesias, aunque sean lugar sagrado, habrán de sacrificarse en bien de la salud pública. Luego construiremos otras mayores en otros lugares, claro está. Pero esas puertas, como la de la Plaza de Bib-Rambla, habrán de demolerse. Las casas adyacentes están tan ruinosas como sus piedras y corremos todos el riesgo de que se nos desplome encima.

—¡La Puerta de las Orejas demolida! —volvió a interrumpir el profesor—. Señor Pardo, antes de que me dé un síncope quisiera oír de su boca que previamente a tomar errónea decisión hablará con los señores comisionados…

—¿Comisionados? Oh, bien, bien… no se apure —exclamaba Pardo para acallar las súplicas del majareta.

—Hágame caso, señor Fortuny: pinte la Granada esplendorosa y olvídese de esos barrios encenagados del Albayzín…

Mi cordura hizo que mediara en la conversación. Me preocupaba mantener sosegada la vena latente de Mínguez.

—Yo le enseñaré la Alhambra, señor Fortuny. Mi cuñado estará de acuerdo en que ese monumento sí habrá de pintarse, pues es el más reconocido de nuestra ciudad, mucho más después de haberse nombrado monumento nacional.

Pardo asintió dando su permiso institucional.

Algún tiempo después hicimos efectivo el ofrecimiento. Subí con Fortuny a los palacios árabes y él reflejó sus rincones con el colorismo y detalle que le caracterizaron. Para el Ayuntamiento de Granada no pintó nada, aunque al abandonar la ciudad y establecido en Roma dejó un cuadro que tituló *Ayuntamiento viejo de Granada*, pero representando al antiguo, cuando se ubicaba en la madraza árabe. Con esas, Fortuny, le dio un rapapolvo pictórico a mi cuñado. Aunque esto es mi parecer.

A Mínguez lo saqué al patio a darle el aire, y mientras empujaba sus piernas cansadas le dije al oído:

—No se preocupe usted, mañana mismo vamos a la Plaza de Bib-Rambla a salvar esa Puerta de Las Orejas y si no podemos salvarla, la compraremos.

Capítulo 24

La Puerta de las Orejas

Por la Puerta de las Orejas pasábamos todos los granadinos varias veces al día. Era de rigor atravesar la plaza en donde se hallaba, la de Bib-Rambla, a la que iban a vender sus flores y verduras los comerciantes, otras veces servía de escenario teatral para el Corpus o para celebraciones navideñas. La Puerta de las Orejas, finalmente, acabó tomando el nombre de la plaza y tengo que confesar que este me gustaba más que aquel. Se decía que se llamaba de «las Orejas» por colgar en ella los miembros amputados de los malhechores y así, según la ley islámica, servir de escarmiento de los ciudadanos. Imaginarme a la puerta rodeada de moscas no me resultaba apetecible, pero sí atravesada por carretas y alazanes, concubinas y emires, cadíes y poetas.

Por tener la plaza diseño rectangular y con soportales, era idónea para los días de lluvia, y los muchos cafés que se habían abierto en su contorno alentaban al trato humano, que por entonces venía a ser el deporte del granadino.

En el mismo lugar, al extremo de la puerta árabe se abría un arco, el de las Cucharas, que daba a la calle Mesones y se había horadado en lienzo de muralla. No era de origen musulmán, pues databa del siglo XVI, y su piso superior lo ocupaban las dependencias del archivo general de protocolos. Entre la Puerta de Bib-Rambla y el Arco de las Cucharas se encontraba la llamada Casa de los Miradores, por tenerlos y bien bonitos; parece además que diseñados por el propio Diego de Siloé. Ese lado de la plaza era, pues, de extraña belleza, al conjugar tan diferentes estilos arquitectónicos, y en nada desmerecía al lado opuesto, en donde se erguía la mole religiosa de la Curia. Esta se aproximaba a los terrenos de la antigua Alcaicería, cuya puerta estrecha y misteriosa llamaba a los indiscretos granadinos a introducirse.

A la Puerta de Bib-Rambla se le habían añadido los retoques cristianos de los Reyes Católicos con altarcillos y retablos, bellos si se extraían de aquella ubicación forzada, así como los tenderetes de vendedores que aprovechaban el espacio de sus huecos desusados para convertirlos en zapaterías o tiendas de fotografía. Su cuerpo superior, que en otros tiempos se dedicaba a la guardia que la custodiaba, fue cerrado con tablas de dudosa resistencia, dejando una ventana estrecha con persiana veneciana que parecía esconder algún genio andaluz más que andalusí.

Cierto era que, aprisionada entre dos casas, zaherida por el vulgo que la veía como un refugio de maleantes o de menesterosos, la puerta simulaba ser un esqueleto más que una obra de arte. Con dificultad se adivinaban sus arranques con adornos de hojas de acanto. Bajo ella jugaban chiquillos haciendo guerra de piedras y cuando estrellaban los cantos contra el suelo, rebotaban contra sus paredes. El viejo profesor, que junto a mí iba cabizbajo y lloroso, lamentaba más que algunas de esas piedras

entroncaran con la puerta árabe que en la cabeza de uno de los mocosos.

Ya desde 1857, la polémica saltó a los despachos administrativos con motivo de la intención de reformar la famosa plaza. El periódico *El Dauro* de Granada publicó un artículo asegurando que la puerta quería demolerse. La Academia de Bellas Artes de Granada y la Comisión de Monumentos exigieron más que palabras para justificar la decisión. El arquitecto Juan Pugnaire se disculpó diciendo: «Ni antes ni después de la confección del proyecto de alineación que nos ocupa se ha pensado en destruir ni mutilar en manera alguna el dicho monumento. Si hoy se encuentra en un rincón de la plaza, confundido y oculto por otras construcciones mezquinas, después quedará en una de las calles laterales marcadas en el mismo proyecto de alineación». La seguridad que empleó Pugnaire justificando el error de tal publicación aplacó los ánimos de los comisionados y académicos. El proyecto de alineación de la plaza continuó diseñándose. Se pretendía enlazar la plaza de Bib-Rambla con la cercana del Carmen, atravesando el río que por entonces no estaba aún embovedado, usando como origen la propia Puerta de las Orejas. La calle que enlazaría ambas plazas se llamaría de San Sebastián en recuerdo de una ermita y casas aledañas que allí se levantaban y que morirían con el proyecto para bien de la ciudad.

Todos salían ganando con este plan urbanístico: la plaza se convertiría en un novedoso rincón para pasear, para relacionarse y disfrutar de la calidez del clima granadino. Desaparecería el mal olor proveniente de las zonas cercanas al río, pues una vez destruida la famosa ermita de San Sebastián se convirtió en muladar al que todos los vecinos iban a arrojar basuras. Sucedió, no obstante, que el embovedado del río Darro paralizó el proyecto y hubo que planificar y reestructurar, quedando en el olvido la promesa del señor Pugnaire.

Tengo que reconocer que vi la Puerta de Bib-Rambla con nuevos ojos aquella mañana. Habría paseado cientos de veces bajo su arcada y no llegué a sucumbir al encanto de sus ruinas. La franqueaba como un autómata delirante, aislándome del tiempo y del espacio, sin más necesidad que usarla como techo si llovía o como toldo si hacía calor. Me avergoncé de ello y quizás esa fue la chispa que necesitaba el pedernal de mi locura. Desde ese momento decidí defenderla hasta llegar a la sangre, si era necesario.

Habíamos convocado a Manuel Gómez-Moreno para hablar de la puerta y advertirle de las pretensiones de Pepe Pardo. Gómez-Moreno no era tonto, ya se lo olía desde hacía tiempo y la Comisión de Monumentos movía los hilos que podía, dentro del contenido poder que le habían otorgado en defensa del arte. Nos estrechó las manos y sacó su cuaderno de notas, quiero decir de dibujo, porque él tomaba las notas dibujando. Mientras lo hacía nos hablaba de lo que había descubierto en bibliotecas sobre dicha puerta y las novedosas disposiciones legales que habían dado origen a tamaño monumento.

—Verán, el mismísimo ministro de Fomento dispuso el pasado julio que llamáramos a los arquitectos municipales, al inspector de antigüedades y al

conservador de la Alhambra, para que entre todos pudiéramos determinar un coste aproximado para su restauración. Pero no seré muy optimista. Señores, el poco dinero que hay se lo llevará la Alhambra y no es que me queje, claro, bendito sea, pero lo demás… es mucho lo que hay que restaurar. Fíjense ustedes ahora con los hallazgos del cortijo de Daragoleja, y luego está el archivo de la Alhambra que hay que catalogar. Me llevará años. Después de la demolición de la iglesia de San Gil no pararán hasta hacer de la Plaza Nueva y esta que nos ocupa y en la que estamos, lugares más amplios y más modernos a costa de derrumbar monumentos.

—Don Manuel —suplicaba Mínguez—, ¿y qué haremos si al señor Pardo se le mete en el entrecejo esta bellísima puerta?

—Primero luchar y luego, si ya no se puede… recoger las piedras y poner una placa que recuerde dónde estuvo.

Gómez-Moreno tenía la mirada triste. La colocación de la placa ya era recurso habitual entre los comisionados y Gómez-Moreno tenía especial interés en que se hiciera. Siempre me pareció tal placa un pésame escrito, el último adiós a un amigo al que sabes que nunca más verás. Pensé en la cruel responsabilidad de hombres como él, que cada día, atentos a la maza del demoledor, debían actuar prontamente para salvar España de sus destructores. Era una guerra abierta e inacabada, siempre activa, que no daba tregua.

—Verá —continuó el pintor y arqueólogo—, en círculos menos artísticos se comenta que esta puerta estorba también por otros motivos. Quizá, y solo digo quizás —se le veía prudente al saberme cuñado de Pepe Pardo—, el Ayuntamiento pretenda construir aquí viviendas y este terreno se les supone interesante.

—Pero la puerta y las casas adyacentes pertenecen a vecinos de Granada —exclamaba inocente Mínguez—. Si tiran toda esta manzana dejarán a sus dueños sin vivienda…

Yo miré a Gómez-Moreno y con más picardía que la que tenía mi antiguo profesor respondí:

—Salvo que, de antemano, se les haya pagado bien a esos vecinos.

Julián Mínguez tuvo un temblor de barbilla, parecía un chiquillo dispuesto a llorar.

—Pero eso es especular con las artes y con el suelo sagrado de esta ciudad. ¿No podríamos hablar con el dueño de estas casas? Atenderá a razones…

Gómez-Moreno denegaba. Nos tendió la mano y se disculpó. Él no podía hacer más, se debía a la comisión, que lo aguardaba, pero Mínguez y yo nos quedamos allí, mirando esa puerta en la que siglos atrás colgaban las orejas de los ajusticiados o esos miembros amputados de asesinos o ladrones. Pensé que fue testigo de inmoralidades cruentas, que ahora, por ser ciudadanos ilustrados, suponíamos irrepetibles. Pero bien mirado éramos peores que aquellos, pues nosotros nos debíamos a la razón y a la modernidad. Por todo el cuerpo me entró un no sé qué de rabia que no pude contener.

—Vamos, profesor… ¿No le dije a usted ayer que si no podíamos salvarla la

compraríamos? Pues busquemos a su dueño, que yo me encargo del dinero.

Un par de ilusos, eso fuimos. Razón tenía Pepe Pardo al considerarnos románticos trasnochados, pues suponíamos que todo ser coherente con la vida debería pensar como nosotros. Llamamos a la casa contigua a la puerta árabe en dónde esta descansaba… o quizás era al revés, que era en la vivienda en la que descansaba la puerta.

Lo cierto es que si las construcciones estaban apuntaladas la una en la otra, la demolición de una sola contribuiría al desplome de ambas.

Como digo, llamamos. Fue inútil esperar a que nos contestaran porque la puerta estaba abierta al ser casa de vecinos. En los bajos hallamos a una mujer pelando patatas, con su hogar expuesto a quien quisiera entrar. Se encontraba sentada en un taburete muy bajo, las piernas separadas bajo un vestido raído que tapaba su cuerpo como un mantel de mesa camilla. Entre ambas extremidades había colocado un barreño que recibía las mondas de los tubérculos. Canturreaba alegremente, haciendo incuestionable su labor casera.

—Buenos días, señora —tercié sin dejar a Mínguez abrir la boca—. ¿El dueño de esta casa de vecinos vive aquí?

La mujer nos curioseó de arriba abajo. Se retiró el flequillo sudado con el dorso de la mano agarrada a un cuchillo mohoso.

—En el segundo.

No dijo más, volvió a su actividad peladora y nosotros empezamos a subir por una escalera temblona, de peldaños de madera entablillados, rotos, que soportaban el peso de una escuálida barandilla de metal. En otros tiempos pudo ser aquella baranda hasta bonita por su filigrana de hierros retorcidos, pero ahora inspiraba más terror que admiración, porque sus florituras, rotas en sus extremos, pasaban por flechas. No quise ni pensar en cómo se las arreglarían allí los niños en sus juegos.

En el descansillo, ya en el segundo piso, vimos una cancela semiabierta. Llamamos a riesgo de quedarnos con algún cuarterón de sus adornos en la mano. Nadie contestó y entonces la empujamos. No chirrió, por lo menos se cuidaban de sus bisagras, aunque el interior de la estancia pasaba por desidioso. Muy pronto nos llegó el aroma de la humedad.

—¿Hay alguien aquí? Buscamos al dueño de la casa…

Oímos ruido y al segundo un gruñido que no supimos si era de perro viejo o de humano. Convinimos en esperar no fuera a ser un aviso por violentar la intimidad de un hogar.

Volví a preguntar en alto:

—¿Vive alguien aquí?

Salió un hombre echado de hombros, con varias capas de ropa encima, maloliente, al que seguía un perro tísico y con pelo de lana, un chucho callejero acostumbrado a ladrar. Así lo hizo hasta que el hombre le dio una patada y le envió a otra zona de la casa.

—¡Recaudadores! —exclamó para sí el viejo—. ¿A qué vienen? ¿No ven que no tengo nada?

Hizo la intención de echarnos con un gesto de espantar gallinas, pero nosotros nos quitamos el sombrero con elegancia.

—Usted disculpe. No somos recaudadores. Somos, bueno… defensores del arte en Granada y…

—¿Está loco? —exclamó el viejo nuevamente viendo que Mínguez se iba por las nubes—. Fuera de mi casa o llamaré a la policía.

—Señor, le pido un segundo de su tiempo —intervine yo—. Sabemos que tiene necesidades importantes para mantener esta casa y quisiéramos hablar de negocios…

—¿Negocios? ¡Otro orate! ¡Fuera!

—Sabemos que el Ayuntamiento tiene interés en su casa para demoler esta parte de la plaza… Supongo que habrán llegado a un acuerdo monetario. Pues si usted se aviene a razones, yo estoy dispuesto a darle más.

El viejo se me quedó mirando sin comprender. Pero al oír que hablaba de dinero nos dio un momento para explicarnos.

—Sin duda, usted ha debido de manifestar el estorbo que le supone la puerta árabe que tiene adosada a la casa…

—¿La puerta árabe? ¿Se refiere usted al cacho de muralla? Pues es cierto que es un nido de bichos, de miserables… algunos se cuelan en sus huecos y dan a parar al tejado de mi vivienda. Así no se pué dormir, siempre con el miedo en el cuerpo. Además está el hecho de que está arruiná. Si doy tres clavás en mi pared mismamente parece que se desploma.

—Eso no es así, la puerta está en buenas condiciones, solo necesita…

Yo callé a Mínguez con un pellizco, parecía que estábamos convenciendo a aquel señor y no era momento de educarle en las ciencias de la restauración.

—Nosotros tenemos interés en esa puerta. Si usted nos vende su vivienda, podría comprar una más grande en cualquier parte de Granada. Son tiempos de cambios. Dígame cuánto y cerraremos el trato.

El hombrecillo reflexionó. Veía en nosotros el miedo de su negativa y algo le debió pasar por la cabeza.

—Mucho interés están mostrando ustés en ese amasijo de piedras. Si dos señores con copete son capaces de darme una fortuna por mi casa, ¿qué no darán otros más ricos y con finura? Esto me suena a fiasco. Salgan ustés de esta casa honrá o les echo a la *Pitusa*.

Mínguez y yo dejamos de respirar. No por el miedo que pudiera provocarnos la tísica perrilla de lanas, que a buen seguro no mordería ni a un conejo, sino porque veíamos finalizar nuestro negocio de manera desastrosa.

—Señor, atienda a razones…

—¡Ni razones ni ná! *¡Pitusa!*

Aguardamos. Suponíamos que insistiendo con nuestra presencia el viejo se lo

pensaría dos veces, pero estaba claro que nuestra treta había sido insuficiente. Con un movimiento impropio de sus años encontró detrás de la puerta un tranco de las dimensiones de un hombre. Lo enarboló ante nosotros volviendo a gritar el nombre de la perra, que finalmente salió.

Vimos abalanzarse sobre nosotros un ser de más de tres arrobas, con fauces de león, que más que *Pitusa* parecía un felino enrabietado. ¿Dónde había quedado la perrilla de lanas, tísica e inofensiva?

Chocamos entre nosotros para salir del descansillo, pero finalmente conseguimos bajar a dos peldaños la escalera sintiendo que la *Pitusa* nos mordería los tobillos o se tiraría sobre nosotros para conseguir su presa. Mientras, el viejo no dejaba de pegar golpetazos con el tranco y uno de esos golpes fue a dar en la baranda de la escalera que se partió en astillas salpiconas. Una de ellas se me clavó en la mejilla y pude quitármela mientras corría sin dejar de proteger al viejo profesor, aturdido por el suceso.

—¡Nos hemos equivocado, Maximiliano! —decía Mínguez en la protección de la calle—. Ese energúmeno no ha sido maleado aún por el Ayuntamiento, pero quizá lo hayamos puesto ya en sobreaviso y ahora será peor que antes razonar con él. Le hemos abonado el campo a Pardo.

—Las cosas son así, profesor. No siempre salen como deseamos —me lamentaba.

Nos sacudimos los trajes, nos colocamos los sombreros —yo absorbí con mi pañuelo la hemorragia de mi mejilla— y nos propusimos calmarnos tomando alguna infusión. Mientras caminábamos hacia el café Suizo apreciamos a un hombre correr hacia nosotros. Era Juan Morell con un telegrama en la mano.

—Maximiliano, te estoy buscando por toda Granada. Ha llegado esto para ti y Alma me ha pedido que te lo entregue.

Lo leí con premura.

—¿Más problemas? —preguntó el profesor.

Suspiré insensible. Pues el dolor, cuando se acumula, desaparece.

—Mi tío Leandro, que se muere.

Capítulo 25

Un encuentro inesperado en Madrid

Esta vez el destino quiso que me pudiera despedir de mi tío. Se encontraba muy debilitado por la enfermedad que había surgido súbita, como una ola traicionera. Estuve con él dos noches, a los pies de su cama, oyéndole respirar mansamente. Murió como vivió, con la conciencia tranquila, y ese hálito afable me hizo mucho bien porque lo dejé marchar sin remordimientos, sin odio por el abandono involuntario, sin pesadumbre.

El primer día que estuve solo en esa casa madrileña en la que jugué, estudié, crecí y me volví el hombre que era se me mostró toda inabarcable. Era una casa diminuta, comparada con el caserón granadino de los Cid, pero esta me provocaba, parecía decirme: eres incapaz de doblegarme.

Empecé a sentir miedo a la soledad.

De vez en cuando venía una mujer que le hacía las faenas domésticas a mi tío. Como era persona sencilla no quiso criados que lo estorbaran. Aquella mujer, ajena a todo lo que me pasaba, me incomodaba. Si llegaba, procuraba salir de la casa y buscarme alguna distracción.

En el café de enfrente escribía a Alma:

Querida Alma: Os echo de menos. Demasiado. Echo de menos tu conversación y el roce de las manitas de Manolillo, que seguro que ha crecido y engordado mientras yo me encuentro aquí, solo y desbordado por el desorden. Espero a que se lea el testamento, que a todas luces me será favorable, dado la relación que nos unía. No descarto que Agustina tenga su parte, como sobrina. Tendré que valorar si vender las acciones de la Fábrica de Tabacos y hacer lo mismo con la casa. Sería lo juicioso, pero si vendo la casa, ¿volveré alguna vez a Madrid? Rompería mi único lazo con esta ciudad, que también es mía. Y no sé si quiero.

La soledad me sobrexcita. Solo únicamente veo, de vez en cuando, a la mujer que viene a limpiar la casa. Mis antiguos amigos están desaparecidos… Puede que sea el tiempo de la Navidad, que ya se presiente y nos desorienta a todos.

Escríbeme y cuéntame los avances de Agustina y su embarazo. Te quiere, Max.

A vuelta de correo, mi complaciente Alma me escribía:

Mi amado Max: Tómate el tiempo necesario, por aquí todo está bien. Francesca me visita cada tarde y se ocupa de Manolito, lo saca a pasear o lo entretiene, mientras yo me tomo un respiro o escribo cartas como esta. Agustina está radiante. Y Juan desconocido. Preveo que será un buen padre, después de todo.

He pensado que te será útil la presencia de Rosita en los días que necesites en la capital. Velará por ti en esa casa, ahora vacía, y será bueno para tu espíritu compartir alguna conversación con alguien conocido. Si estás de acuerdo irá para Madrid en

cuanto dispongas.

No te aceleres. Si no puedes estar aquí para Navidad, celebraremos la fiesta en febrero.

Te quiere, Alma.

Siempre me conmovió la generosidad de mi mujer. Después de los años nuestra relación, emanada de un acuerdo frío e insustancial, se nos había vuelto favorable. Nos queríamos serenamente y yo la admiraba por su comprensión, a veces incluso desmesurada con arreglo a lo que yo exigía.

Días después me encontré con Rosita llamando a la puerta. De su brazo colgaba un hatillo raquítico. Me fue imposible imaginar que con su contenido pretendía pasar en Madrid varias semanas. Se abrigaba con una toquilla de lana, seguramente tejida por sus propias manos, y peinaba intachable, con un pelo del color del ónix, que exhibiría su origen andaluz entre esas mujeres madrileñas de clavel rojo y pañuelo, manolas y chulas con aire desvergonzado y altanero. Me saludó con un «Aquí estoy, señorito» que me supo a gloria. Con su acento granadino, abierto y bailarín, al que yo ya me había acostumbrado y aquí echaba en falta.

Sin embargo este encuentro fue, con mucho, imprudente. En cuanto eligió habitación para acomodar sus ridículas pertenencias no dejó de provocarme, bien levantando su falda por descuido o dejándome ver el inicio de un corsé ajado pero ajustado a su cuerpo sensual…

Las dos primeras noches me resistí a sus demandas sutiles. La tercera, sentado yo en el sillón de la sala de estar, con la excusa de encender la chimenea que ya hacía falta en el frío Madrid, se arrodilló en la alfombra, levantando sus faldas para no arrugarlas, dejando ver su cuerpo deseoso. Se aproximó a las brasas apagadas y tomó de una cesta próxima unas cuantas astillas. Hizo que perdía el equilibrio con un ¡ah! delicioso, se apoyó en mi rodilla, pues yo estaba muy cerca y… sucumbí.

Creo que Alma, de alguna manera, me invitó a deshonrarla, pues ella bien sabía que con Rosita aquí no podría serle leal.

El testamento de mi tío se leyó y como suponía fui heredero de la mayoría de sus bienes. Me cedió las acciones en la Tabacalera y el piso de Madrid. A mi hermana le donó todo el dinero que había atesorado, que era realmente escandaloso para un hombre de vida sencilla. Me sorprendió, no he de negarlo, y me alegré de que Agustina pudiera ayudar a su familia en estos momentos en que se ampliaba.

Decidí vender mis acciones y acudí a la Tabacalera. Allí me entrevisté con los demás accionistas y llegamos a un acuerdo de venta que me supuso un respiro entre tanto trasiego de resoluciones juiciosas que debía tomar por aquellos días. «Una cosa menos», me dije.

Bajando por las escaleras del edificio y detectando un olor agridulce procedente de los sótanos en donde se amalgamaban las obreras, oí el sonido estridente del toque de jornada, que avisaba a las mujeres del descanso para comer. Algunas salían a respirar el aire, otras aprovechaban para fumar a espaldas de los guardianes, otras

comían y las que más hablaban. Llevado por ese instinto que nos hace a los hombres transparentes, me aproximé a los patios en donde se reunían los grupos de muchachas, niñas y ancianas y observé de lejos. Quizá fue la compasión lo que me retuvo más de lo que imaginaba, y así di tiempo a que me reconociera Margarita, aquella muchacha agradable y joven que en mi viaje anterior a Madrid paseaba de mi brazo creyéndose una diosa.

Nos miramos y ella esquivó el rostro. Me sentí obligado a acercarme pero ella insistía en evadirse. Tenía un pañuelo tapándose la boca y huía su cara como si no quisiera enseñármela, pero finalmente cedió.

—Señorito… ¿Usté por aquí? ¡Cuánto bueno!

Se la notaba forzada, incómoda. Yo me quité el sombrero.

—Vengo a despedirme. He vendido mi parte de la Tabacalera, ya no volveré por aquí. ¿Cómo está usted? ¿Y Marianito?

Margarita cerró involuntariamente los ojos para que no viera que se volvían venosos al ser obligados a retener las lágrimas.

—Bien, bien… Usté ya sabe…

—¿Qué le ocurre? ¿Está usted enferma? ¿Por qué se tapa con el pañuelo?

Tantos esfuerzos hizo por ocultarlo que no tuve más remedio que interceder y desprender de su boca la sarga traslúcida de tantos lavados. Su mandíbula apareció hinchada y algo violácea.

—¿Qué tiene? ¡Margarita! ¿No se estará dejando maltratar? No consiento que…

—¿No lo consiente, señorito? —balbuceó la mujer—. Hace muchos años que falta por aquí… Su tío de usted, de vez en cuando, se acercaba, me ayudaba cuando los meses eran malos, pero ahora…

—¿Es cuestión de dinero? Yo se lo daré pero deje a ese hombre que la violenta, es mejor estar sola. ¿No lo comprende?

Margarita prorrumpió en un llanto rabioso.

—No, es usté el que no lo comprende. ¡Mire!

Abrió la boca, provocando, con un gesto chabacano que parecía impropio de ella. Se quedó después con la mandíbula desprendida, parecía un animal enseñando sus fauces. Me fue tan inesperado que tardé algún momento en comprender que lo que me mostraba no era más que la decisión irrevocable de una madre para conseguir dinero.

—He vendido algunos dientes. Podré pagar un médico para Marianito, la semana pasada empezó a toser y las fiebres no le dejan dormir. No se lo diga al guardia, se lo ruego. Aquí son muy rígidos con las mujeres enfermas, si ven que sangro me mandarán para casa o peor aún, me despedirán. Se lo ruego…

—¿Sigue viviendo en la misma casa?

—Sí, señorito, en la misma.

Yo asentí.

—Daré orden de que le visite el médico de mi tío. Y le enviaré algún dinero.

Dejé llorando a Margarita. No quería mirarla, ni tampoco que me lo agradeciera. Mi gesto no me honraba, en absoluto. Según salía de la Tabacalera oí a una de las mujeres que gritaba:

—Rediez, mira con el *Botines*, si parece que se ha tragao una escoba.

La alusión a mis botines de charol, así como a mis andares elegantes, no me enfureció. Yo siempre me he excusado, creyéndome mejor que los demás pudientes. Pero en el fondo era peor que todos ellos, fantoches empresarios o mequetrefes nobiliarios; todos me llevaban la ventaja de saber lo que eran. Yo nunca lo supe. Me cegaba el engreimiento. Pero en el fondo no distaba mucho de cómo me veían los demás, porque solo hay algo peor que ser burgués y es ser burgués con conciencia.

Avergonzado, me dirigí al despacho del albacea de mi tío. Allí di orden de pasarle una cantidad mensual a Margarita para gastos necesarios. Recordaba, mientras firmaba los papeles, el consejo que me diera mi tío Leandro en vida: que me olvidara de Margarita, pues Margaritas había muchas y no podría ayudarlas a todas. Calmé mi remordimiento ayudando a una de ellas. No fue un acto honrado, bien lo sé, pero yo creo que no existe mala acción si con ella se consigue mermar la miseria.

Luego, algo mareado por mi repentina decisión, me encaminé hacia otro despacho, el de Bartolomé Muñoz, el padre de mi editor, que tenía imprenta abierta en una pequeña calle que desembocaba en la plaza de Santa Cruz. Allí vino a mi nariz el olor a Navidad. Las estufas de carbón despedían sus vapores negruzcos que tiznaban las fachadas de las casas y su aroma siempre aplacaba mi estabilidad emocional, acudiendo a mí la pesadumbre de la soledad. Aquel año sería más cruel, si cabe.

Era aquella plaza, por su cercanía a la Plaza Mayor, muy bulliciosa. En ella era costumbre levantar puestecillos de venta de belenes, figuritas duplicadas a cientos y que miraban con sus ojillos imprudentes. De pequeño recordaba haber venido a estos puestos callejeros acompañando a mi tío, a pertrecharnos para los días festivos; luego, volvíamos a casa y montábamos el belén sobre una tabla de madera que mi tía Aurora reposaba sobre dos banquetas. Poníamos velas y, a veces, nos asomábamos al balcón a oír cantar a los músicos, que por aquellos días tocaban la zambomba y las panderetas con la esperanza de ganarse algunos reales.

Advertí que estaba pasando por mi infancia sin el merecido recuerdo sentimental que le debía a mi tío. La nieve, que había decorado la ciudad desde hacía unos días, no impidió que siguiera caminando con el paso firme. ¿Debería haberme parado y reflexionar? ¿Mirar al cielo, rebuscar en mi conciencia una oración o dar las gracias al Todopoderoso por sentirme fuerte y vital?

No quería tener tiempo para la nostalgia, de haberlo tenido habríame derrotado por completo.

Esquivando un grupo de pavos —«Pavos ricos y gordos para la cena», gritaba una mujer con toquilla de lana— entré en la casa y más tarde al despacho de la imprenta de Bartolomé Muñoz. Me recibió con deferencia. Era más detallista que su hijo, de

eso no había duda:

—Siéntese usted, amigo Cid. Me complace su visita. Iba a darle aviso para que viniera de todas formas, pues tengo que contarle algunos avances de su novela.

Yo me quedé más que sorprendido. ¿Avances de mi novela en la capital?

—Verá, a mi hijo no se le ha ocurrido otra cosa que enviarle un ejemplar de su *Iliberri* al crítico Manuel de la Revilla… —Se me quedó mirando con expectación, suponiendo que ya sabía de quién se trataba. Como hube de poner ceño de desagrado, exclamó—: Oh, no, no se apure usted. Manuel de la Revilla no es, ni por asomo, como el señor Cartagena y Puig, con el que usted tuvo ese altercado significativo en su propia casa. Ya me lo refirió mi hijo. De la Revilla es un señor cabal, de gran experiencia, cuya palabra es ley en esto de la literatura.

—Ah…

No dije más. Bartolomé me miró desconcertado.

—¿Y bien? ¿No quiere saber qué ha dicho de su libro?

Levanté los hombros. Me era en verdad indiferente saber lo que opinaba de mí un señor al que no conocía.

—Pues ha dicho que le ha sorprendido su perspectiva novelística, que le parece muy valiente y arriesgada su elección de tema y que si sigue así podrá llegar a ser una promesa.

—Ah… —volví a exclamar—, promesa. ¿No lo soy aún?

—Mírelo usted por el lado positivo. De la Revilla lo ha incluido entre los regeneracionistas de la novela.

—¿Soy yo eso?

—Vamos, vamos, señor Cid, no se haga usted el humilde. Cuando se escribe una novela hay que estar preparado para oír insultos pero también para los halagos. Manuel de la Revilla lo espera a usted en el café de Fornos.

Titubeé. No tenía la menor gana de conocer a tal señor. Pero si había que permanecer en esa ciudad hasta después de Navidad habría de hacer relaciones.

—Y dice usted que me espera en…

—Sí, va todas las tardes, lo encontrará seguro.

Me levanté del mullido butacón, ciertamente me había parecido cómodo, cuando vino a mi memoria un punto que deseaba tratar hacía tiempo con los Muñoz.

—Bartolomé, ¿usted cree que sería buena idea presentarme al señor Fernández y González?

Se me quedó mirando con ojos inexpresivos, casi como si no entendiera mi argucia, pero muy pronto dio un golpe en la mesa de su despacho.

—¡Superior! Me extraña que no haya sido idea de mi hijo. Entre escritores es bueno relacionarse. —Tomó un papel y anotó algo en él—. Tenga, esa es su dirección. Dicen que ha vuelto de Francia peor que se fue. Los años, las mujeres, los editores… En fin, todos han sacado su tajada, y no es que se encuentre en su mejor momento, pero vaya usted… Le hará bien.

Antes de atravesar la puerta del local, Muñoz debió de pensárselo y me hizo volverme.

—Sin embargo, señor Cid, omita el encuentro al señor De la Revilla… No es santo de su devoción…

Como bien supe después, era hecho justificado.

Siempre odié la diplomacia. Fue algo que me venía de familia. La Benajara, con todo su don de gentes, había tragado muchas inmundicias pero repartido otras sin haberse despeinado ni un solo cabello. Viendo a mi madre levantar las comisuras de los labios para halagar a un petimetre con doble apellido, resolví ser siempre consecuente conmigo mismo. Al llegar a la edad madura me propuse excluir de mi vida todo acto forzado, me entregué al voluntariado y a las pasiones mundanas y artísticas que siempre removieron en mi alma la necesidad de vivir.

Sin embargo, había elegido una profesión de ególatras en la que a diario te cuestionaban críticos o lectores, quizá simplemente un público ficticio que había oído de labios de otros opinar de tu novela, pero que jamás te leería.

Abrigándome de los sólidos copos que comenzaban a sembrarse en las aceras, decidí acudir a ambos encuentros y por ser más próxima la dirección de Manuel Fernández y González, me encaminé a su casa o lo que era su morada por aquellos días.

Era sabido que sus estancias en Granada, en Madrid y París lo habían convertido en el hombre que era ahora. Si en Granada se paseaba con una capa verde y raída, bajo la cual vestía los pantalones del ejército disimulados por no tener otros, en Madrid encontró la gloria. Si en Granada fue el hazmerreír de los círculos literarios tocándose con un sombrero de castor, en Madrid se convirtió en el novelista mejor pagado de todos los tiempos. Si en Granada lo evitaban, en Madrid lo idolatraban. Pero sería en París, lugar al que huiría con una estanquera de la calle Preciados, donde aprendería las extravagancias de su admirado Alejandro Dumas.

Llegué a su casa, a su mansión, a su no sé bien qué… donde fui introducido sin demasiada cortesía y por la que deambulaban de un lado para otro, en desacorde maquinaria, perros del tamaño de caballos y secretarios y amanuenses con pliegos de papel emborronados. Nadie se apercibió de que era nuevo en medio del caos, lo que me sirvió de excusa para curiosear y sacar mis propias conclusiones de ese mundo desconcertante y que despedía elixir de decadencia.

Me es imposible imaginar qué debe de sentir un escritor que vive de lo que escribe. Es una entelequia incluso para los que, alguna vez, han podido comer de lo que han publicado. Pero ahora tenía la ocasión de conocer a un ser ¿humano? que había vendido cientos, miles de páginas y entretenido a la totalidad de los españoles. Lo que había conseguido aquel hombre, fueran o no polémicos sus actos, era de más valor que un premio o que una herencia inesperada. Con mis propios ojos quería saber cómo había conseguido pasar de ser el figurón de Granada al primer actor en Madrid.

Un hombre de pelo ensortijado, pero bien vestido y con buen porte, me cortó el paso. ¿Tal vez su primer secretario?

—¿El señor Fernández y González lo espera?

—No. Vengo con una carta de presentación.

—¡Ay, Dios! —exclamó muy afectado el secretario—. ¿Otro escritor que quiere escribir para el rey de la novela? No, no y mil veces no. Así no se puede. ¿Quién lo envía?

Respiré hondo para no estrellar mi mano en la nariz del hombrecillo.

—Leopoldo Zirí, pero no tengo la menor intención de escribir para el señor Fernández y González. Yo me escribo a mí mismo y ya es tarea suficiente.

Uno de los rizos de su pelo cayó sobre su frente. Lo sacudió con un soplido enérgico. Era su manera de tomar conciencia de que mi visita no se debía a la petición de ningún favor.

—¿Leopoldo Zirí? Ya entiendo… Casualmente está descansando don Manuel. De otro modo no podría hacerle pasar, mientras dicta es necesario guardar la correspondiente privacidad. Sus ideas son como oro.

—Bien —dije yo algo aburrido de la cháchara—. Si mi presencia es inoportuna puedo venir en otro momento.

—No, amigo. Pase, don Manuel se alegrará de saber que aún tiene admiradores.

Me hicieron pasar a una sala híbrida, desordenada, caótica en forma y fondo. Hallé a Manuel Fernández y González sobre un diván, medio recostado, como si fuera un antiguo romano, tapado por una manta fina de flecos. No sé muy bien si estaba en pijama. Quizá. Lo que era bien seguro es que en su mano alzaba una copa de algún caldo espumoso.

—Adelante, adelante… sin miedo —me dijo.

Nos dejó solos el secretario ensortijado y no supe bien qué hacer. Me senté por instinto, retirando de un sillón un montón de papeles.

—Disculpe el desorden, mis amanuenses se han ido a comer. Les tengo despiertos desde la madrugada. Estoy indispuesto, ¿sabe usted? Y no concilio el sueño. Así que lo empleo en trabajar. Nunca es suficiente lo que uno gane para mantener una vida decente… ¿Y dice usted que es escritor?

—Autor de novela histórica.

—¡Ah! Novela histórica… Yo he escrito mucho de eso… —Preferí obviarlo. No había razón para discutir en la primera impresión—. Su acento. Me resulta conocido…

—Soy de Granada, aunque criado en Madrid. Hace ya más de trece años que falto de la capital. Ahora resuelvo asuntos familiares.

—¡Granada! ¡Cierto! Me ha dicho mi secretario que conoce a Leopoldo. ¿Qué es de ese bribón?

—Se las apaña bien, aunque no tan bien como usted.

Manuel bajó la copa y suspiró. Se quedó mirando su interior como si se percatara,

por primera vez, de su existencia.

—Me cree usted un ganador, ¿no es cierto? Hace diez años le hubiera dicho que sí, sin duda. En cuatro horas dictaba un pliego de dieciséis páginas que me suponía unos doce duros al día. Mañana y tarde, jornadas enteras ideando andanzas, duelos, correrías, amores y desamores, imitando a mi padre literario, el gran Dumas…

—Mi padre conoció a Alejandro Dumas cuando estuvo de visita en Granada.

Me miró con una tristeza lánguida que movía a la lástima.

—Me estoy quedando ciego… —confesó—. Pierdo vista y lo que es peor… pierdo imaginación. Han sido años de un trabajo hercúleo, exagerado por demás. El teatro y las novelas han sido toda mi vida, pero ahora, míreme… Está usted observando la decadencia de un dios.

No supe qué decir al respecto, pero creí oportuno recordar lo siguiente:

—Mi amigo Julián Mínguez fue miembro junto a usted de la Cuerda granadina. Quizá lo recuerde, lo apodaban el Ratón.

Don Manuel asintió algo ausente y luego confesó:

—¡El bueno del Ratón! Créame que echo de menos aquellos tiempos. Todavía no había conocido a esa raza especial de humanos que son los críticos.

¡Los críticos! Me puse de pie impulsado por el recuerdo de acudir al café de Fornos a presentarme a Manuel de la Revilla. Omití la razón de la despedida.

Mientras salía de esa casa, dejándome oler por un galgo y lo que parecía un perro de aguas de largas orejas, me pregunté cuántos amanuenses, o secretarios o escribientes, saldrían de entre esas paredes aprovechando el contacto del dios caído en desgracia. Años después me enteré de la fama adquirida por uno de ellos, un valenciano llamado Blasco Ibáñez.

Llegué a las mismas puertas del café de Fornos y me detuve para apreciar la calle cubierta de una fina alfombra de escarcha. Las cristaleras del local, por saberse calientes en su interior, despedían un vaho inquietante que desvirtuaba las figuras de los allí reunidos. La mayoría eran hombres de fino bigote y cuidado cuello de almidón. El humo de cigarros y puros adensaba el ambiente cargado, que de no haber sido de noche casi cerrada y en gélido invierno me habría parecido irrespirable. Sin embargo, me agradó encontrarme entre un mar de intelectuales, o cuando menos caballeros que respetaban la conversación. Era aquel café multicultural. Sus reservados propiciaban la reunión de clientes que nada tenían que ver entre sí. Yo nunca llegué a entrar a sus bajos, pero decían que en ellos se habían decidido algunas cuestiones políticas cuyas consecuencias sufríamos todos los ciudadanos. Con el tiempo se convirtió aquel lugar en uno de los más modernos del Madrid de entonces. Sin embargo, yo no conseguía desviar mi atención de mi propósito, que era una misión forzada y sin deseo alguno de llevar a cabo.

Pregunté al camarero detrás de su barra por el señor Manuel de la Revilla. Mientras frotaba el interior de un vaso para sacarle brillo me señaló una mesa, al fondo a la derecha.

—¿El que está con la dama rubia?

—Ese mismamente.

Me acerqué. Me quité el sombrero y me desabroché el abrigo, el calor me era ahora desagradable.

—Señor De la Revilla… Soy Maximiliano Cid. Me ha dicho mi editor que tenía esperanza de verme…

El crítico me miró y sonrió. Se levantó para estrecharme la mano.

—Tanto gusto. Siéntese con nosotros. Estará en buena compañía. La señora viuda de Cienfuegos le hará un hueco junto a la pared.

La mujer levantó el rostro y me miró. Me tendió la mano con un delicado guante.

—Celebro volver a verte, Max.

Capítulo 26

El asesinato de Prim

—La señora viuda de Cienfuegos. Amante de las artes. Se educó en Roma —aclaró Manuel de la Revilla.

Me tendía la mano y se la tomé.

No me tengo por distraído, ni por inconsciente; sería el deseo de supervivencia el que aquella tarde me impidió mirar como debía a los ojos de la viuda de Cienfuegos y reconocer en ellos a una joven que pudo ser mía hace ya muchos años.

Nos mirábamos, descubriéndonos. Ella sonriente, con unos labios maduros y bellísimos. Con distinción aumentada, reflejo de una estabilidad que quizá nunca podría haberle dado. Era ella, una Valeria distinta en la que poco a poco iba reconociendo un gesto, un mohín, un pestañeo, que me trajo de un golpe y sin aviso todo el sentimiento que derroché queriéndola.

—Señora viuda de Cienfuegos… —repetí quedamente—. Te acompaño en el sentimiento…

—Gracias, pero hace años que soy viuda.

Efectivamente aprecié el color salmón de su vestido y su abrigo conjuntado con ribetes en negro.

—Francesca me dijo que habías vuelto hace tiempo pero nunca imaginé que coincidiríamos en Madrid.

—No hemos coincidido —aseguró—. Francesca me avisó y he estado tentando a la suerte en varios cafés literarios hasta dar contigo. Madrid no es tan grande, después de todo. Era cuestión de tiempo. Pero hoy la espera ha sido más grata junto al señor De la Revilla.

Nos sentamos. Apoyó su paraguas contra la pared y se quitó los guantes. Me dejó un apretado lugar junto a la pared. Se desprendió del sombrero y despejó su cabello rubio, ondulado, que acarició con delicadeza palpando un posible desorden.

Manuel de la Revilla, comprendiendo que suplicábamos intimidad, nos dejó solos unos minutos asegurando haber visto a un amigo.

—¿Cómo está tu familia? Sé que te casaste.

—Bien. Bien.

Pronunciaba por instinto, sin saber lo que decía. Mi atención se fijaba en ella, en ese aspecto maduro que ahora la acercaba más a la condesa. Podría haber pasado por una Francesca joven pero en realidad era una Valeria que a mí me parecía caracterizada para algún papel, añadidas las arrugas pequeñas junto a los ojos o alrededor de los labios, marcas inmerecidas de una vida que yo no pude compartir.

—Perdona —exclamé finalmente—. Me casé, sí, con Alma Pardo. Creo que la llegaste a conocer. Tenemos un niño, Manuel… Manolito.

Valeria tenía la sonrisa helada, también me observaba y pensé que me encontraría viejo y poco deseable.

—Me alegro mucho… Yo no tengo hijos. Mi marido se marchó antes de poder tenerlos. Pero no los echo de menos. Mi vida ya es suficientemente complicada.

—Dime a qué te dedicas. Una viuda con recursos puede ser muy peligrosa.

Conseguí arrancarle una incipiente carcajada.

—Organizo colectas para quien no tiene nada, acudo a los comedores sociales, suplico a los médicos que vayan a la casa de una parturienta aunque sea soltera, hago donaciones a las iglesias para que compren mantas y ropa a los niños huérfanos. Y cuando lo he hecho todo voy buscando a los amigos de otro tiempo en los cafés literarios…

Valeria había aumentado su refinamiento, mostrábase muy segura de sus actos y de sus palabras, y ese aplomo la hacía a mis ojos una mujer completa.

—No te aburres, por lo que veo.

—¿Y tú, querido Max? ¿A qué te dedicas?

—Defiendo los monumentos ante el vandalismo, intento sacar de quicio a mi madre siempre que puedo y cuando lo he hecho todo… escribo alguna novela con esperanza de que pueda leerse.

—¿Qué te trae por Madrid?

—¿No lo sabes? Mi tío murió. —Valeria expresó un gesto de pesar que yo interpreté con agradecimiento—. Ahora vivo en su casa hasta que decida qué hacer con ella.

—No la vendas.

Valeria habló categórica. Me miró con profundidad incómoda a los ojos, queriéndome transmitir más de lo que decían sus palabras.

—No la vendas —repitió.

Reflexionando sobre sus palabras y cómo contestarle me apercibí de la sombra que proyectaba el cuerpo de Manuel de la Revilla al sentarse en la mesa.

—Disculpen, es que he visto a un escritor al que admiro. Me ha prometido que se acercará por aquí. Y bien, veo que ya se conocen. La vida nos da ciertas sorpresas. Como la de haber leído su novela, señor Cid. Ha sido una novedad y le felicito.

—Gracias —conseguí decir.

—¿Vive usted de esto?

Se refería a si era escritor por dinero.

—No, no señor.

—Ya me parecía. En España el cultivo de las letras no es una profesión lucrativa. Los españoles aplaudimos mucho a nuestros genios y nos ufanamos de poseerlos, pero rara vez les damos de comer. El que a la profesión de escritor no une la de empleado, político o militar reúne las condiciones necesarias para vivir lleno de gloria y cubierto de hambre. De aquí que el que tenga que vivir de su pluma tenga que trabajar mucho y deprisa, y harto es sabido que no son estas las mejores

condiciones para producir obras perfectas. Usted tiene tiempo, me parece: dedíquese en cuerpo y alma a la literatura y lo agradecerá.

Su perorata me pareció muy sensata, y posteriormente creo que la plasmó en alguna revista. Me hablaba mientras yo, con un incómodo movimiento de reojo, conseguía observar la cara de Valeria, sus posturas y ademanes que me parecían sencillamente deliciosos.

—Amigo mío —continuaba—, usted y otros como usted pueden regenerar la novela en España. Ahora se vende un ejemplar de a peseta en cualquier café como este. Un niño entra y sin aún saber leer lo vocea como si vendiera una fanega de trigo en cualquier mercado. ¿Se imagina usted vocear a Cervantes en el café Suizo? El país que diera al mejor escritor de novelas de todos los tiempos se encuentra ahora engañado por las noveluchas de Fernández y González, un corruptor de la narrativa que podía haber sido el regeneracionista de nuestra literatura.

Suspiré. Me acababa de dar cuenta de lo provechoso que es a veces el silencio. Cuando uno se relaciona con personas de distintas áreas y disciplinas, lo primero que hay que aprender es a saber callar. Mi encuentro con el padre de los folletines, momentos antes, debería seguir en secreto.

—¿No es admirador de la obra de Fernández y González? —manifesté con inocencia.

—Las prisas y el ganar dinero, señor Cid, son mala cosa para el que escribe. Nunca me han gustado sus temas decadentes, su burda imitación de Dumas, su falso efectismo… No es necesario usar esos recursos para escribir una buena novela que interese al público. Basta con profundizar en los personajes y hacerlos creíbles. No es momento de imaginar, sino de describir lo que ocurre en esta sociedad precaria.

—Entonces, lo que no le debió de gustar de mi novela fue la referencia histórica…

—Oh, no, en absoluto. La novela histórica es el marco a donde se asoma el argumento. Ambiéntela donde usted quiera, pero trabaje los personajes y conviértalos en reales. Hace unos días he leído una novela primeriza de un periodista joven. Ha sido a él a quien me he acercado a saludar. Le vendrá bien conocerlo. —Levantó la mano e indicó al periodista sentado en otra mesa, con un gesto ya estudiado, que se acercara.

Llegó el muchacho, joven —quizás seis o siete años menos que yo, calculé— desgarbado y con mirada atenta. Me tendió la mano.

—Le presento al señor Benito Pérez… —exclamó De la Revilla.

—Pérez Galdós, querido —recalcó Valeria, siempre tan perfeccionista—. Nunca ha de olvidarse el apellido de la madre, suele ser siempre el más interesante.

El joven periodista lo agradeció con una sonrisa y luego me estrechó la mano.

—Le dejaré su novela *La fontana de oro* —convino De la Revilla—. Es lo mejor que he leído en mucho tiempo.

—Entonces no hace falta que usted me la preste, la compraré en cuanto salga de

este café.

Eso hice. Pero no fue ese día, ya que las librerías se encontraban ya cerradas. Habíamos hablado hasta avanzada la noche y sobre las tres de la mañana me encontré en la calle, la nieve cubriendo los tejados de las casas y junto a mí, Valeria.

Benito Pérez Galdós era por aquellas fechas un sagaz periodista. Dirigía el periódico *El Debate*, demostrando una actitud crítica poco corriente en la prensa. Con sus ojillos de perro sabueso observaba, analizaba y todo lo que a través de ellos veía lo traducía a su modo, llegando finalmente a convertirse en nota para un diario impreso o anécdota novelesca. Le gustaba la historia y a ella acudía en sus esfuerzos narrativos. Hablamos largamente de su convencimiento de poder escribir una historia de España, por episodios transformados en novelas. Desde aquel momento lo admiré como lector y como persona. Lo que hizo con su vida posteriormente no es necesario describirlo, bien es sabido por el total de los españoles. Fue, como diría Manuel de la Revilla, el auténtico y primer regeneracionista de la novela española.

Mientras hablábamos, notaba a Valeria dispuesta a dar su parecer. Comentaba con ingenio palabras de Galdós o arremetía contra la vehemencia del crítico aportando razones suficientes. A veces me parecía excesiva, sobre todo comparada con mi ausente Alma, que hubiera mostrado prudencia y hermetismo distinguido, pero en definitiva distante.

Francesca parecía haber educado a esta nueva Valeria convirtiéndola en una mujer que podría haber sido ella misma, de haber tenido su edad y haber vivido esos instantes. La miraba y no dejaban de asombrarme su belleza, su inteligencia y saber estar, su perfección seductora.

—Gracias —le dije en medio de la calle, recibiendo los copos de nieve en nuestra cara.

—¿Por qué? —preguntó extrañada—. He disfrutado tanto como lo has hecho tú.

—Por eso mismo. Salvo con Francesca nunca hubiera pensado compartir una velada así con una mujer.

Comprendió que la estaba comparando con Alma. Fue admirable que no comentara más. Se agarró a mi brazo buscando el calor que le ofrecía con mis palabras.

—Bien… Es la hora de despedirnos. ¿Compartimos coche?

—Yo había pensado en que quizá… querrías venir a mi casa. Estoy solo, nadie te incomodará.

Me arrepentí de mis palabras nada más decirlas. «Qué bobo —me dije—, huirá por tu osadía. ¿A qué acosarla la misma noche del encuentro?».

Valeria me miró cegada por la nieve que teñían sus largas pestañas.

—Será mejor que nos despidamos.

No había resquemor en su respuesta, por lo que evité una disculpa. Me ofrecí a llevarla a su casa y así lo hice. Nos despedimos en el mismo coche y yo la vi adentrarse en ella, ayudada por un criado que acudió a su encuentro con un paraguas.

Volví con la incertidumbre de si volveríamos a vernos.

La Navidad del año 1870 fue la más triste de mi vida. Durante toda la festividad hube de arrepentirme de no haber tomado el tren camino de Granada para celebrar el final de año con mi familia. ¿Qué era lo que me retenía en Madrid? En esos momentos, una fantasía.

Escribía a Alma diciéndole que mis contactos entre críticos y escritores estaban siendo fructíferos y luego los remordimientos me arrancaban un dolor de cabeza cuasiromántico, enardecido y brutal, que me dejaba sin fuerzas sobre un sillón.

Apenas comí el pavo que me cocinó Rosita, y cuando se acercó a retirarme el plato acarició por instinto mi mano, buscando el contacto amoroso que le habría mostrado en otras circunstancias. Pero al ver que respondía con hosquedad se marchó a la cocina y me dejó sin postre, que no hubiera tomado de todas formas.

El día 27 de diciembre acudí ilusionado a tomar café con Pérez Galdós. Nos caímos bien desde el primer momento, seguramente porque nos completábamos el uno al otro. A mí nunca me importó la política pero a él le gustaba adoctrinar y se le veía aún sin malearse por la revolución liberal, a la que apoyaba sin cortapisas.

Llegué al local y nos sentamos. Aunque a esa hora el café se encontraba semivacío, nos vimos interrumpidos más de una vez por la apertura de su puerta, por la que entraba el frío polar de un diciembre durísimo. No había dejado de nevar en toda la semana. Cuando alguien atravesaba la entrada nos reíamos, nos aquejaba una risa nerviosa por la incomodidad y seguíamos hablando de política o de historia.

También tuvo tiempo Pérez Galdós de hablarme de su novela *La fontana de oro*, ambientada en los años del llamado Trienio Liberal (1820 - 23) y cuyo título hacía alusión al entonces café madrileño en donde se reunían los liberales para hablar de política. Me confesó que era necesaria una novela en donde se aleccionara al pueblo, para que fuera capaz de discernir sobre la libertad que los políticos ofrecían. Manifestó su entusiasmo por la revolución pero también insistió en la cautela. Aquel joven activo en pensamiento y en actitudes era, sin embargo, demasiado sensato para cualquier revolución.

Se refirió, haciéndome gozar de su complicidad, a una nueva novela cuya trama le rondaba la cabeza hacía tiempo. Todavía era un proyecto, pero se transformaría en su segunda obra, que titularía *El audaz*. Pensé en la ironía de la vida, los contrastes que nos proporcionaba. Aquel hombre seis años más joven acababa de publicar su primera novela y casi a los días de hacerlo pensaba ya en la siguiente. ¿Y qué hacía yo, salvo añorar a Valeria?

Benito levantó el brazo y saludó. La puerta acababa de abrirse dejando paso al viento glacial y a una mujer.

¿Acaso mi deseo arrastró a Valeria a ese café que era uno entre tantos de Madrid? Todo respondía a una explicación mucho más convencional: Pérez Galdós la había citado allí, como había hecho conmigo.

Se sentó Valeria con nosotros. Pasamos horas hablando sin interrumpirnos, hasta

que notamos que el tono del local subía. Algunos caballeros se mostraron inquietos y, finalmente, un señor de barba entró en el café mostrando claros síntomas de nerviosismo. Entre agitada respiración dijo:

—¡Señores, han tiroteado al general Prim en la calle del Turco!

El silencio se hizo entre las voces de los presentes. El dueño del local gritó:

—¡Caballeros, señoras! Váyanse a sus casas. Este local se cierra.

Galdós se levantó del asiento como si tuviera un resorte dentro de los pantalones.

—Me voy al periódico. Disculpen. La llegada del rey peligra.

Nos hicimos cargo. Valeria y yo, entre una multitud que luchaba por salir del café, nos quedamos mirándonos sin saber qué decirnos. Sería ella la que inmediatamente me pidiera que la llevara a mi casa.

Capítulo 27

La casa de Madrid

La situación política en España se mantenía de un hilo. Meses antes el general Prim, quien ahora yacía en el suelo de una calle con heridas mortales, había respaldado la llegada de un nuevo rey a España. La oleada liberal proveniente de la Gloriosa permitía a los políticos plantear una idea renovadora, la de elegir un rey por un Parlamento. Esto traería numerosos enfrentamientos, pues ni los monárquicos acérrimos que deseaban un monarca lo avalarían, al ser incapaces de asociar rey con sufragio.

Entre repulsa de alfonsinos, de republicanos y de monárquicos, el nuevo rey Amadeo I, procedente de Italia, llegó a Cartagena, donde recibió la noticia del atentado de Prim, su más valeroso apoyo. El magnicidio tendría un sentido casi simbólico en aquellos momentos, a lo que había de añadir la astucia de los implicados en él. Años y siglos pasarían sin que se supiera, realmente, quién lo cometió.

Con el miedo en el cuerpo llegamos a mi casa de Madrid y Rosita, al verme entrar con una dama, se descompuso. No la reconoció hasta avanzada la noche, y ya cuando terminamos de comer ambos, con rostro adusto y sin ánimos de intimidades, dijo la doncella que se iba a la cama y desapareció con morros muy propios de una novia celosa.

Valeria no comentó nada. La inseguridad de estar en una ciudad a punto de ser tomada por los revolucionarios le había impedido comer con normalidad e incluso atender cuando trataba de desviarla de lo sucedido. Pero finalmente, con una copa de licor en la mano, tuvo que confesarse.

—Son muchos recuerdos de niña, en Italia. Revoluciones, guerras… Al volver a España definitivamente pensé que todo esto había terminado, pero veo que no.

—No pasará nada. La Gloriosa nos ha dado el camino para continuar —respondí haciéndome valedor de unas palabras en las que yo no creía.

—¿Piensas que durará mucho este nuevo rey? ¿Un extranjero sin apoyo?

Me aproximé con ternura y me senté a su lado, en el sillón de dos cuerpos en el que mis tíos se leían o charlaban por las tardes.

—No hablemos de política. Estamos solos después de… ¿diez años?

Valeria evitó mirarme a los ojos, creo que sabía que era peligroso.

—¿Cuándo volverás a Granada? —me preguntó.

—No lo sé aún. ¿Puedo hacerte una pregunta?

La dama asintió.

—La primera vez que nos vimos en el café, me pediste dos veces que no vendiera esta casa. ¿Por qué?

Valeria suspiró y levantó la mirada, esta vez con desafío seductor.

—Si la vendes, no tendrás motivo para volver por Madrid.

Le tomé una mano.

—Sí lo tendré si tú estás aquí.

—Pero Alma…

Debería haber reflexionado en ese momento, darme tiempo para lo que sucedería en los meses y años siguientes, pero no se me ha dado bien controlar los sentimientos.

—Con Alma tengo un acuerdo verbal que hemos respetado desde que nos casamos. Si bien la quiero mucho más de lo que nunca supuse, jamás llegaré a amarla como ha de amarse. Hasta ahora he limitado la libertad que me ofreció… Bueno, seré franco… —en aquel momento pensé en Rosita—, la he limitado lo que he podido. Pero ella más que yo sabía que en algún momento aparecería alguien que llenaría mis expectativas y…

Valeria alargó los dedos y me los puso sobre los labios. Me rogaba así que no siguiera, que todo lo entendía.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Su pregunta solo tenía una respuesta.

—Esta y todas las noches.

Mientras Amadeo I de Saboya entraba en Madrid un 2 de enero de 1871, yo me hallaba en el lecho con Valeria. Los granadinos estarían celebrando nuestro día festivo y las muchachas subirían a la Torre de la Vela a tocar las campanas con la esperanza de casarse algún día. Ni una cosa ni la otra eché de menos en aquel frío enero. Nunca vi en persona al rey italiano que Galdós describiría en una novela dedicada al monarca años más tarde:

Saludaba con graciosa novedad, extendiendo ceremoniosamente el brazo al quitarse el sombrero. Uno de los amigos que me acompañaban aseguró que aquel era el saludo masónico en su expresión castiza, y solo por este detalle vio en el Rey entrante una esperanza de la Patria.

A todos pareció don Amadeo gallardo, y animoso hasta la temeridad. Y que el hombre tenía los riñones bien puestos y un cuajo formidable, se demuestra con decir que de una monarquía juvenil le traían a reinar en una vieja monarquía, devastada por la feroz lucha secular entre dos familias coronadas.

Yo hube de leerlo en esa novela porque desde aquel momento, desde que Valeria apareció en mi vida por segunda vez, no encontré mayor cometido que admirarla y quererla, olvidándome de todo cuanto acontecía a mi alrededor.

Volví, apesadumbrado, a Granada. Miré a Alma a los ojos con la traición reflejada en los míos y supe que mi esposa lo sabía y aceptaba aquella situación que, tras reflexionar, me pareció cruel pero inevitable.

Los meses pasaron muy rápido. Agustina tuvo a su hija María Luisa y nos congratulamos de que los dos niños de la casa de los Cid continuaran sanos y creciendo.

Granada se precipitaba en un caos demoledor. Pepe Pardo continuaba firmando

órdenes para devastar nuestro escaso patrimonio y Julián Mínguez enfermaba de la tensión, intentando volver del revés todas sus órdenes.

Pero yo no tenía más anhelos que volver a Madrid, al piso que fue de mis tíos, para verme con Valeria.

Me había vuelto como mi padre, a quien había enjuiciado con el desprecio.

Así pasaron tres años.

Capítulo 28

Granada independiente

Me dirán ustedes que tres años son muchos para contar de un plumazo, pero no lo es si en esos tres años únicamente has tenido conocimiento para una cosa.

Como hiciera un adolescente con un amor primero, me entregué a Valeria con desenfreno incómodo para los que me rodeaban. Conseguí enfadar a todos, me volví huidizo y a poco que me referían algo que no quería oír corría despavorido hacia otro lugar.

Salía poco de casa, pero cuando lo hacía era para instalarme en Madrid por semanas o meses. El profesor Mínguez me escribía y forzadamente le contestaba con palabras huecas que él apreciaba en su inestimable bondad. Me ponía al tanto de lo que acontecía en Granada, de los desquites de mi cuñado José Pardo, que era inamovible en su ideario de modernidad. Sus argucias para saltarse las recomendaciones de la Comisión de Monumentos pasaban por ser de la Benajara, en cuanto a la maldad e hipocresía, quiero decir. Supe que el Ayuntamiento ignoraba su deber de limpieza en los alrededores de la Puerta de las Orejas con el desgraciado fin de provocar algún foco de infección que hiciera quedar mal a los comisionados. Pepe Pardo había tenido más que palabras con Mínguez y yo no le había defendido como se merecía, pues ausente estaba la mitad de tiempo de esta, mi ciudad.

La situación política actual era, si cabía, más complicada que años atrás. El desorden había enardecido a los del gobierno. Ya no éramos monárquicos. El rey galante que saludaba con su sombrero italiano al pueblo de España se marchó, cansado de nuestras miserias intrínsecas, y llegó algo muy esperado por los intelectuales que rondaban a Mínguez, que era la República. Pero como en todo, existen dos caras contrarias. La marcha del rey no nos había convertido en mejores. Las discordias propiciaron la desidia, la dispersión y finalmente las escisiones. Cada uno quiso ir por libre en su empeño por seguir adelante y en esas la misma Granada se apuntó al tanto del cantonalismo.

Francesca echaba mano de sus contactos en la política, pero ni siquiera ella podía interceder ante el desastre que se avecinaba.

Tenía ya las maletas hechas para ir a Madrid cuando una nota de Julián Mínguez me llegó por medio de un soguilla o mozo de cuerda. Me decía así: «Querido amigo: Venga pronto a la Puerta de las Orejas, nos hemos parapetado en contra de su demolición que, por lo que me temo, es inminente».

Mínguez me requería y debía acudir.

—¿No te vas? —preguntó Alma con Manolillo correteando entre sus faldas. Yo la noté distante, enfadada, quizá resentida.

—No. Parece que Mínguez me llama a las armas. Me refiero a las artísticas.

Vi cómo la encantadora muchacha que había sido mi acompañante y madre de mi hijo se sentaba en un diván cercano con aire lánguido. Se pasó las manos por la cara hasta que perdió los nervios de ver tanto zascandilear a Manolillo y lo regañó.

—Debe de ser el calor. No sé qué le pasa pero ha tenido una noche intranquila. Soñaba… No sé si está incubando alguna cosa.

—¿No serán los dientes…?

Alma me clavó la mirada reprimiendo un reproche.

—Tu hijo ya tiene todos los dientes.

—Pues será el calor…

—Tal vez si pudiéramos ir a tomar las aguas.

—¿Las aguas? —pregunté entre aterrado e inocente.

—A Salobreña, a Almuñécar… incluso a Lanjarón. Cualquier cosa será mejor que estar aquí todo el verano esperando que vuelvas de Madrid.

No hizo falta que explicara más. Me estaba suplicando que le prestara atención, que la entendiera y descargara de sus hombros la responsabilidad de una casa y un hijo sin marido. Me dio lástima, ¿por qué no decirlo? Pero si accedía a sus súplicas reconocía mis errores, que por descontado eran muchos.

—No digas tonterías…

Fue mi manera de cortar de raíz un tema que me resultaba embarazoso. Alma suspiró un «ya» entrecortado a punto de adornarse con una lágrima, y luego, arrugando la barbilla, se marchó dejándome a Manolillo rojo como un tomate de tanto saltar y brincar.

Me dirigí hacia la Puerta de las Orejas sin ningún remordimiento. Cerca ya de la Alcaicería, por donde atajé para adentrarme en la Plaza, comencé a discernir rumores de voces, a veces gritos y otras consignas ya establecidas, tales como: «No a la demolición, sí a la restauración». En el mismo instante en que aprecié a Julián Mínguez con una pancarta en la mano, a diez o quince hombres con los que compartía su concepto utópico de la vida y a diferentes miembros de la Comisión de Monumentos, supe que aquello terminaría muy mal. Entre todos los caballeros vestidos de negro, sin sombrero, lo que indicaba que muy posiblemente se esperaba una refriega, descubrí atónito a una única mujer, envuelta en un maravilloso traje gris perla y sombrilla a juego. Ella sí llevaba sombrero y bien grande. Era Francesca.

Me acerqué a ella con el propósito de protegerla de una posible marabunta humana. Pero me miró con recelo y se separó de mí como si no me hubiera visto.

—Francesca —le dije—, esto es una emboscada. Ve a casa. Yo te avisaré si hay alguna novedad.

La condesa se irguió sobre su sombrilla apoyada en el suelo y me espetó:

—¿Qué haces aquí? Te hacía con Valeria en Madrid.

—¡No a la demolición, sí a la restauración! —gritaba un hombrecillo al que tapaba por completo la pancarta que sostenía Mínguez—. ¡Restauración, restauración!

De la casa adyacente a la puerta árabe sacó la cabeza, por una de las ventanas, el dueño de la vivienda, el casero poseído con el que habíamos vivido una escena bochornosa años atrás. Nos tenía tanta ojeriza desde entonces a Mínguez y a mí que aguardaba a que pasáramos por debajo de su casa para descargarnos un orinal con propina. El profesor lo vio de reojo y me avisó.

—Señor Cid, cuídese de la *Pitusa*, que este señor se pone muy cerril con ciertos asuntos.

Yo traté de calmarlo con el gesto de una mano pero conseguí agarrar a Francesca por la cintura y arrinconarla en una zona menos peligrosa.

—Francesca, vete a casa. Muy pronto vendrá la guardia civil. No es el mejor momento para manifestarse, creerán que…

—Pero ¿qué es esta trapatiesta? —gritaba el casero asomado a su ventana—. Como me llamo López que ahora mismo me voy al cuartelillo a denunciarlos.

Así supimos que aquel señor se llamaba López y que no tenía intención, por el momento, de achucharnos a la *Pitusa*.

—¡No a la demolición, sí a la restauración! —gritó Mínguez haciéndose oír para acallar las voces del señor López.

—¡Cómo! —gritaba este salivándonos a todos—. ¡Y además alfonsino! —Se metió con la rapidez de un mozo de veinte años en su vivienda y al punto salió con un trabuco de tiempos de Napoleón—. ¡¡¡Les participo a todos que o sus vais de mi propiedad o tomo cada cabeza por una diana!!!

No hubo manera de hacer entrar en razón al señor López, ni siquiera convencerle de que la restauración a la que se refería el profesor no era a la de los Borbones. Con todo, mientras discutían unos y otros, alguien se nos unió desde dentro de su vivienda. Se vio forcejear a un enloquecido señor López defendiendo su plaza durante un momento y yo aproveché para acercarme a Francesca.

—¿Qué te ocurre? Este no es lugar para ti.

Y ella me miraba reprobadora a los ojos, contestando:

—¿Y a ti? ¿Qué te ocurre a ti? En tres años apenas te he visto dos veces… y en la asociación de amigos de Iliberri. Lo que sé de ti es a través de Valeria y no me gusta nada lo que estás haciendo.

—No me juzgues —amenacé yo creyéndome dueño de mi vida.

—¡Gaznápiro! —gritó Mínguez al señor López viendo que le habían arrebatado el arma y ahora se encontraba indefenso—. ¿No se da usted cuenta de que si tiran la puerta árabe su casa se va abajo?

—¡A la guardia! ¡A la guardia! —gritaba el hombrecillo poniéndose las manos como bocina alrededor de la boca—. ¡¡¡Al orden!!!

Francesca y yo seguíamos en Belén, con nuestras necedades y reproches, ausentes de lo que sucedía a nuestras espaldas. La condesa tenía la cara brillante, sofocada, y de vez en cuando daba golpes en el suelo con su sombrilla.

—Yo más que nadie sé lo que estás haciendo. Y mejor que nadie lo que sufre

Valeria. ¿Cómo es posible que permitas esto? No te reconozco.

—No es lo que piensas —me defendía—. Alma y yo tenemos un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿Crees que por eso le dolerá menos que le seas infiel?

—¡La guardia civil! —dijo uno de los manifestantes—. ¡El señor Pardo! ¡Llega el Ayuntamiento!

Miré con premura hacia el fondo de la plaza y en efecto distinguí a Pepe Pardo escoltado por caballos y guardias de asalto. Abracé a Francesca para hablarle al oído, pues había voces incontroladas que me imposibilitaban expresarme.

—Te prometo que lo arreglaré. Pero ahora vete. Vete. No me perdonaría que algo te sucediera. Ve a casa.

Buscó en mi rostro la verdad y debió de verla, porque tragó saliva, suspiró y como un ente incorpóreo dejó de estar entre mis brazos.

Fue en ese instante cuando la muchedumbre que se manifestaba acalló sus gritos y yo tuve que apartar a los manifestantes para ocupar la primera fila. Creí que así les defendía a todos, pues no me imaginaba que Pepe Pardo fuera capaz de atentar contra el esposo de su hermana.

—¡Señores! —gritó José Pardo con el monóculo bien apretado en su cuenca ocular—. Disuélvanse. El gobierno de Madrid me ha autorizado a desarticular cualquier conato de rebeldía. Somos perfectamente capaces de…

—¿Desarticular? ¿Arruinar? ¿Demoler? A usted señor Pardo se le da muy bien echar abajo lo que han levantado otros —dijo muy enardecido Mínguez.

—Profesor… —comenzó diciendo mi cuñado con cierta pasividad—, no quiero remover los ánimos que, sin duda, les han traído aquí con nobles intenciones. Pero he de anunciarles que el Ayuntamiento ha cedido sus poderes al comité de salud pública.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó un espontáneo.

—Pues que el Ayuntamiento se lava las manos en este asunto —aclaró Mínguez.

—Señores —volvió a interceder Pardo—, sé que algunos de ustedes, miembros de la Comisión de Monumentos, por medio de las academias de historia y de bellas artes de San Fernando han conseguido llegar al Ministerio de Fomento.

—No tenga usted la menor duda… —contestaba el profesor—. Ya está enterado el mismísimo Castelar.

—Bien, pues entonces suya es la responsabilidad de esta antigua puerta.

—¡Pues límpienla al menos! —gritaba el espontáneo envalentonándose—. Esta zona de la plaza es un estercolero.

Pepe alargaba el cuello como un aguilucho.

—Tendrán que estar conmigo en que esta puerta debe demolerse o cuando menos trasladarse para el bien de toda Granada. Si no queremos, claro está, que dentro de poco campen por aquí las ratas. Esta puerta es un foco de enfermedades y quiera Dios que no vuelva el cólera a la ciudad a causa del empecinamiento de ciertos sectores.

—¡José! —intercedí yo—. No es momento de demagogias. A estos hombres les bastará con saber que el Ayuntamiento no autorizará el derribo.

Pardo se tomó el monóculo. Lo retuvo en su mano mientras la otra rebuscaba en el bolsillo de su chaleco en un gesto nervioso.

—El Ayuntamiento no tiene ningún derecho sobre este monumento. Reitero: no tienen nada que temer a este respecto. Como he dicho antes es el comité de salud pública el que ejercerá su responsabilidad si es necesario. Pueden irse ustedes a sus casas. Hoy no tendremos cascotes en esta plaza.

Yo no creí sus palabras. Mínguez dudaba. El espontáneo, otros que habían permanecido en prudente silencio y la gran mayoría con indudable temor de ser embestidos por los caballos supieron que era momento de recoger sus pancartas y desmembrarse.

Nos dejaron solos al profesor y a mí. Pepe dio orden a su escolta de que una vez aceptada la orden, como dicta el ordenamiento, volviera sobre sus propios pasos. Los tres vimos desaparecer a los caballos, serenos y con movimiento de crin y cola.

—No aprenderás nunca… —me recriminó mi cuñado—. ¿A qué tanto alboroto por una puerta vieja? Pero vamos a ver, ¿tú no eras escritor? Pues escribe. Y cuida de tu esposa que falta le hace, parece un alma en pena desde hace unos meses…

No se despidió. Su espalda de anchos hombros y de traje bien planchado desapareció triunfante hacia la Alcaicería. Mínguez suspiró arrugando con resignación la pancarta que asía entre sus manos.

—Lo peor es que no sé quién ha ganado. Yo pensé que nadie, pero no lo dije.

Unos días después acudí a casa de Francesca a continuar la conversación interrumpida bajo la Puerta de las Orejas. Yo sabía que si la visitaba tendría que explicarle y hacer concesiones. Ella, por su parte, sabía algo más: que terminaría por convencerme. Siempre fue buena en eso, me conocía mejor que yo mismo. Sentado frente a ella con una taza de té, dándole vueltas al azúcar que me había servido con cuchara de alpaca, comprendí que tenía razones sobradas para insultarme, y aunque no lo hizo, me sentí humillado y avergonzado. El amor nos cambia, no siempre para bien. Mientras le hacía promesas que dudaba si cumpliría, mis pensamientos estaban en Valeria, en lo que sentiría cuando le dijera que lo nuestro había de terminar. La palabra honradez me dio miedo. Asumirla representaba hacerme maduro en mi totalidad; perder excusas, como quien suelta lastre en una barca que sabe que con su propio peso se hundirá. Me engañé amparándome en un acuerdo que me daba libertad de movimientos, quería creer que Alma no sería humana y no se enamoraría de mí ni yo dependería de ella por ninguna circunstancia. Pero con los sentimientos no se hacen tratos, ni negocios.

—Te agradecería que escribieras a Valeria para contárselo.

Francesca me traspasó con una mirada mordaz.

—Enhorabuena. Has pasado de ser un marido fiel a un amante cobarde.

Suspiré. ¿De dónde sacaba sus ínfulas esta dama tan distinguida?

—Tienes razón. Le escribiré yo.

Después nos tomamos el té en silencio, hasta que la condesa me confesó lo

siguiente:

—Voy a ir a Roma. No sé por cuánto tiempo.

Temí preguntar, porque sabía que la causa era Francesco, que llevaba unos años en un internado y su rendimiento escolar no mejoraba.

—Entiendo…

Me tomé el té. Ya estaba frío pero lo sorbí de un trago sin darme cuenta de que su amargor me hería la garganta. Cuando miré el fondo de la taza de delicada cerámica de la China, presentí un futuro aciago rondándome. Me quedaría solo, sin Valeria, sin Francesca. Habría de refugiarme en Alma y en esos momentos la encontraba muy distante.

—¿Escribirás?

—Por supuesto. Te dejo al cargo de la Asociación de Amigos de Iliberri. Cuida de Mínguez, de Manolillo y sobre todo de Alma.

La miré a los ojos y los desvió para no demostrar debilidad. Intuí un sigilo arrogante impropio en ella, que no me gustó, pero se hacía tarde y me prometí a mí mismo escribir a Valeria con premura para acabar con ese sinsentido antes de arrepentirme y volver a caer en sus brazos.

Bajé por la Cuesta de la Alhacaba desde el Albayzín, permitiéndome un momento de reflexión en mi vida. No podía ser que habiéndome abandonado la mujer a quien amaba, ahora después de los años me encontrara con ella y tuviera que ser yo quien tajantemente la rechazara. Habría de excusarme sin hacerla daño. Ay, cuánto eché de menos las palabras de Francesca, sabias siempre, en ese momento. Divagaba y cuando pensaba en mi amante recibía un amargo dolor por la condesa y una ausencia que aún no se había producido, pero seguro que sería larga y lacerante.

Sin saber por qué me adentré en la Alcaicería. Ya andaban cerrando a esa hora. Decidí comprar algún presente disculpatorio a la mujer con la que habría de compartir mi vida incuestionablemente. Hallé un collar que me pareció muy propio del gusto de Alma, lo pagué y me volví a casa. Sin embargo mi curiosidad pudo conmigo y antes de adentrarme por las callejuelas de las tiendas del zoco volví a salir a la plaza de Bib-Rambla donde horas atrás habíamos representado una farsa peligrosa Ayuntamiento y vecinos. El concierto de picos y palas, de mazas y martillos me avisó de una treta bien urdida por el señor Pardo. Me crucé con unos obreros que descargaban escombros y tiraban de ellos, reunidos en sacos, con mulas y caballos percherones. Por ser momento próximo al crepúsculo no pude apreciar la magnitud del drama.

—¿Qué se tira? ¿No será la puerta árabe? —pregunté al hombre tatuado de polvo y barro, no con cierto temor.

—La puerta no, señor. La casa de al lado, que dicen que presenta ruina.

Aturdido, me acerqué a la zona acordonada para impedir el paso a los viandantes y evitar males mayores. Era la casa del señor López la que estaban demoliendo, y a su dueño y sus dos perros los distinguí en la semioscuridad, aturdidos, insólitamente

callados. Les habían desalojado sin previo aviso bajo amenaza de cárcel.

Sin saber aún cómo podía afectarnos a nosotros —como defensores de las artes— la crueldad administrativa del señor Pardo, me adentré en mi casa, aturdido e inquieto. Sin decir nada a nadie fui directo a mi escritorio, saqué papel, tomé una pluma y escribí:

Amada Valeria: Sabíamos que algún día tendríamos que llegar a esto. Ha sido antes de lo esperado. No te culpes. Me debo a mi otra vida, de la cual dependo. Quizás en otra ocasión podamos coincidir libres los dos.

Tu Max.

La doblé. ¿Demasiado escueta? No quise cuestionarlo, le pedí a un criado que la franqueara y enviara a un domicilio de Madrid.

Alma, presintiéndome, entró en mi despacho. Estaba pálida y sudorosa, lo cual no era extraño pues ese verano se mostraba extremo.

Al principio omitió el hablarme pero luego, viéndome cabizbajo, me preguntó:

—Has terminado con ella, ¿verdad?

¡Ah!, me irritaban sus vaticinios. Siempre eran ciertos y me inquietaba no poder tener una parcela de intimidad sin que ella adivinara lo que iba a hacer o estaba haciendo.

—¿Cómo lo has sabido?

Con mi pregunta contesté. Alma intentó emular una sonrisa.

—Cuando murió tu tío y volvió Rosita de Madrid, me confesó que te visitaba una dama italiana. No podía ser la condesa, así que…

¡Rosita! Aquella indiscreta muchacha que en otros momentos podía haber sido mi estímulo, resultaba la mayoría de las veces incómoda e incluso dañina.

—Era Valeria… No sé si el decirte su nombre se considera una disculpa.

Alma mordisqueó sus labios intentando contener las lágrimas.

—Nunca te he pedido nada. Eres muy libre de…

Yo me levanté y me dirigí a ella.

—No, no lo soy. No soy libre. No juguemos a esto de nuevo.

Le ofrecí una caja envuelta en un papel rosáceo de donde sacó, tímida y sorprendida, su regalo. Creí ver en su semblante algo más que un agradecimiento, pero su piel se había vuelto desagradablemente lechosa y gélida.

Tuve cierta repulsión de rozar mis dedos en su cuello cuando le coloqué el collar. Pensando en ello y avergonzándome, apenas me di cuenta que Alma se escurría, se desvanecía como una sombra y caía desplomada al suelo.

Capítulo 29

La piqueta y la guadaña

Cuando subimos a Alma al dormitorio tenía convulsiones. Resultaba sobrecogedor y realmente costoso mantenerla erguida. Su contacto glacial y casi mortecino se volvió al instante en abrasador. Podíamos observar cómo le subía la fiebre y sus mejillas, fosforescentes, le daban el vigor de un espectro.

Ordené que cerraran el cuarto y que no dejaran entrar a Manolillo. Avisamos al médico y accedió por la puerta del caserón de los Cid media hora más tarde, disculpándose porque la ciudad estaba tomada por las obras y por los partos.

En la habitación se quedó Rosita para atender las demandas del galeno y yo salí, creo que por haber sido invadido por el pánico. Nunca fui buen enfermo, pero aún peor enfermero. Mientras esperaba me cuestionaba mil cosas y me reprochaba cientos. Tal vez Alma había estado enferma antes de ahora y, con mi ausencia, la había entregado a una muerte segura. Quizá se trataba de un ataque de ansiedad al saberse por fin amada de nuevo. Muchas dudas rondaban mi cabeza cuando el médico entró a verme a mi despacho y lo encontré más dudoso que yo:

—No sabría decir exactamente lo que le ocurre. Lo que sea lo sabremos en pocas horas. Por ahora habrá que evitar que la fiebre suba. Que solo entre una criada, por si es contagioso…

—Pero… ¿es grave?

El médico levantó los hombros manifestando una impotencia que me conmovió.

Salió de la casa y nos quedamos aislados del mundo en el caserón. Contábamos las horas y Rosita, que era la única que entraba y salía de la habitación con aire garboso, me confió:

—Señor, yo me quedaré a cuidar a la señora, si a usted le parece bien. Cuidé de mis hermanos cuando estuvieron enfermos y no es muy diferente en una mujer hecha y derecha. Me instalaré en su habitación y dormiré en el suelo.

Yo la miré con desconfianza. ¿Sería bueno entregar a mi esposa a una mujer que compartió mis caricias? Titubeé.

—No se apene, el señor. Si empeora avisaré.

Antes de contestar, Rosita se marchó dispuesta a hacer valer su ofrecimiento. Ya lo tenía bien decidido. Y durante algunos días estuve inquieto, preocupado por su generosidad, que seguro tendría algún interés por su parte. ¿Tal vez recuperar mi afecto? En cualquier caso, las personas y sus actitudes nos dan muchas sorpresas. Rosita, quien me había denunciado y espiado, traicionándome frente a mi madre y mi esposa, demostró una valentía sin límites cuando a la enferma le brotaron pústulas por todo el cuerpo. El médico diagnosticó viruela.

Dispersos brotes de la enfermedad se habían anunciado en la Vega y en

localidades como Guadix; eso al menos nos confirmó el médico. Pero yo no podía imaginar, si era una enfermedad contagiosa, de dónde procedía ese virus maligno que me estaba arrebatando el cuerpo de Alma. Según me dijeron, el peor momento era cuando las pústulas segregaban, y con todo Rosita, estuvo al pie del cañón, o mejor dicho de la cama de mi esposa, aplicándole emplastos de hierbas, que ella decía que evitaban que la piel quedara con marcas una vez pasada la enfermedad.

Ningún miembro de la casa se acercó por ese ala, sanatorio involuntario, y me cuidé muy mucho de que Manolillo lo hiciera, pues requería estar con su madre, como es lógico en un niño.

Preocupándose por su hermana llegó a mi casa Pepe Pardo, pero no se dignó pasar. Me habló desde la entrada o zaguán con aire arrogante. La culpa, por lo visto, era totalmente mía. Había abandonado a mi mujer a su suerte, sin atenderla como se merecía. Dado que me había ocupado más de defender los monumentos de Granada, en mi empecinamiento por mantener erguida la Puerta de las Orejas, foco de infección y enfermedades, había contribuido a la penosa situación de Alma. Así fue el razonamiento de Pepe.

No supe qué contestarle. Le invité a volver al Ayuntamiento, en donde sin duda le requerían para demoler algún lienzo de muralla o casa vecinal, y él se despidió con su monóculo bien apretado.

Subí a mi despacho con un dolor cruento de cabeza cuando Fermín, el cochero, entró afligido en la estancia y me confesó que la niñera había descubierto en Manolillo pústulas en alguna parte de su cuerpo y que ya lo notaba caliente.

Me paralicé por completo.

—Hay que poner la casa en cuarentena —dijo el médico—. Limpien los platos que usan los enfermos, relaciónense a través de una puerta, aireen lo que puedan, apliquen hielo o sumerjan a los enfermos en agua tibia y… recen.

Escribí al profesor repitiéndole las palabras del doctor y avisándole de que no nos veríamos en algunos días. Él se ofreció a venir, pero yo me negué. Era ya muy mayor y tenía la salud quebrada; no podía arriesgarme a contagiarlo.

Mientras esperaba, impotente, a que Dios o quien fuera me concediera una segunda oportunidad con mi familia, me reconcomía pensando en mis errores y, después de aturdirme con alguna bebida, me prometía cien veces que cambiaría mi actitud.

Entre las criadas hubo dos casos más de viruela y supimos de otros en casas cercanas. No era alarmante, de hecho la enfermedad había salpicado amenazante sobre mi familia escogiendo muy bien y castigándome casi por completo. Fue un brote que no pasó a mayores y del que en Granada nada se dijo.

Julián Mínguez me escribía desde el casino:

Querido Max, seguimos manifestándonos contra la actividad del Ayuntamiento. Manuel de Góngora, el arqueólogo, se ha entrevistado en Madrid con Pi y Margall y Castelar para evitar el derribo de la Puerta. Pero parece que la cosa es complicada,

porque habiendo demolido la casa del señor López, el monumento ha sufrido daños y dentro de poco presentará ruina. Se dice que lo van a apuntalar y si eso ocurre el comité de salud pública decidirá demolerlo. La treta de Pardo ha sido muy ingeniosa.

La Puerta de las Orejas o de Bib-Rambla, como también la llamaban, se convirtió en una parábola de mi existencia. Gran parte de los granadinos querían ayudarla, pero otros empeñaban su fuerza en abatirla. Tenía su propio virus, cuyo germen procedía de las mentes mediocres y la ambición desmedida.

El 23 de julio de 1873, mientras Alma retomaba su conciencia y la fiebre mermaba, el comité de salud pública dio orden de demoler la Puerta de las Orejas. Me parecía oír los golpes de la maza desde mi casa, a pesar de su lejanía, como si los vencejos, en su estridente trisar, me trajeran el eco del derrumbe. Me convencí del final.

Para mí fue fácil: mi atención se centraba en mi familia y no viví, por tanto, la lenta angustia de un Mínguez apostado en una esquina de la plaza como testigo de la demolición.

La parte superior de la puerta se desplomó en presencia de una decena de hombres y mujeres encolerizados y de una cincuentena de curiosos que aplaudieron con vítores. Me consta que Mínguez y otros como él lloraron.

Jornadas después llegaron los comisionados que habían marchado a Madrid a hablar con los ministros. Se encontraron con una orden administrativa recién enviada por el gobierno, en la que se conminaba a paralizar la demolición.

Un Julián Mínguez lleno de esperanza y vitalidad llamó a mi puerta. Me encontró extenuado, quebrado el espíritu. Ni siquiera se dio cuenta de mi gesto, de la inexpresividad de mi rostro, de unos ojos enrojecidos por el llanto.

—¡El gobierno ha paralizado la demolición! Ya no habrá vuelta atrás… se ha pedido que nombren monumento nacional a la Puerta. Hemos ganado, amigo Cid.

Como viera que no le contestaba se quedó el profesor extrañamente incómodo y luego, a través de sus lentes, observó lo que era incapaz de apreciar por la felicidad del momento.

—Pero… ¿qué pasa? ¿Es que Alma está peor?

Yo intenté contestar pero las palabras no se articulaban.

—Alma… está mejor. Es Manolillo… que se muere.

Como era de esperar, en esos momentos la salvación de la Puerta de las Orejas no supuso para mí ninguna recompensa.

Mientras los médicos certificaban la defunción, Alma se recuperaba, ausente del horror al que tenía que enfrentarme dando órdenes múltiples sobre el cadáver de Manolillo, asegurándome de que su cuerpo sería vestido y colocado junto a su juguete más querido o, finalmente, preparando el entierro. Decidí que Alma no fuera partícipe de mi pena, al menos durante algunos días. Necesitaba recuperarse para asimilar aquella bomba injusta e indiscriminada que nos enviaba el destino.

Yo creo que nadie está preparado para perder a un hijo. Es ley natural. Es como

perder un pie: se sobrevive pero nunca más caminarás como lo hacías antes. Soy consciente de que mi carácter se transformó en aquellos días funestos. Durante mucho tiempo fui incapaz de ver unos zapatitos de niño sin que huyera la mirada evitando una situación embarazosa para un hombre.

No voy a describir cómo fueron los días que siguieron, la debilidad que se apoderó de Alma.

Su dejadez por asearse, su pasividad ante su aspecto que antes era intachable y ahora desidioso. Y peor que verla envejecer minuto a minuto era comprobar el desconsuelo que transformaba su cara, ya marcada por las viruelas, que toda la vida le recordarían la causa de la muerte de su hijo.

Con prudencia y lentitud nos volvimos a dar una oportunidad. No recibíamos visitas, ni siquiera la de Agustina y su familia. Alma prefería la soledad y yo me evadía saliendo de casa, acercándome al hogar de los Morell Cid para llevarle unos caramelos a María Luisa, que estaba creciendo y muy guapa. También acudía al casino con Mínguez o lo ayudaba en las labores de la Asociación de Amigos de Iliberri. Encontré serenidad espiritual acompañando a Gómez-Moreno a la Vega para sus prospecciones. Le ofrecí mis tierras, en donde cultivábamos (bastante mal, por cierto) algunos olivos. Se decía de años atrás que por allí habían salido lápidas y otros restos antiguos, así que le propuse acudir a un cortijo que nosotros denominábamos Cortijo de las Piedras haciendo alusión a los hallazgos. Mientras, Gómez-Moreno y sus ayudantes, deambulaban como perros sabuesos excavando, inspeccionando o anotando cuanto encontraban. Todo esto, incluida la revisión de las cuentas de los terrenos familiares que los asesores (a los que pagábamos muy bien por cierto) tenían como cometido, lo hacía yo con desgana, con el lastre de un recuerdo que habíase convertido en un cáncer latente. Intentaba ser lo más diligente posible en mis trabajos, e incluso sonreía cuando lo creía acertado, pero todos sabían que era una mueca estudiada y no representaba más que eso.

De todo ello salió algo bueno: el perdón incondicional de Alma. Me acogió sin resentimientos al haberle sido infiel. Nada era comparable con las dimensiones de la muerte. Y a mí me pareció, con su cara tatuada por las viruelas, la mujer más digna y poderosa que había conocido, pues cada día se sobreponía al horror de una nueva jornada sin su Manolillo.

Capítulo 30

El milagro se repite

En la Navidad, presintiendo ya el año siguiente, que resultó banal en esto de la arqueología, nos congregó Agustina en su casa para celebrar el esperado 1874. Acudimos a su casa sin ningún entusiasmo. Alma se puso un vestido negro que le realzaba la figura, más menguada, con su carga emocional aún sin resolver y disimuladas sus cicatrices con recogidos ingeniosos en el pelo.

Nos recibió María Luisa con un cariñoso abrazo. Tenía la edad de los mimos y Alma se entregó a ellos con verdadera efusividad, de lo cual me alegré, pues era la primera salida que realizábamos juntos después de la muerte de nuestro hijo.

Agustina y Juan se encontraban de pie, junto a la chimenea, en una postura artificiosa, casi premonitoria de algo con lo que ellos contaban y nosotros no. Me fijé en que en la mesa había dos cubiertos más y deduje que habría invitados. Por el momento acallé mis miedos.

—Se os ve un poco inquietos —exclamé provocando en ellos una respuesta que no llegaba.

—¿Ah, sí? —preguntaba Agustina mirando el reloj de pared con insistencia. Fijo que esperaba a alguien.

—Es pronto aún para cenar, ¿no os parece? —medió Juanito Morell—. ¿Nos fumamos un puro, Maximiliano?

Suspiré con resignación.

—Sabes perfectamente que no fumo…

—¡Ah! —exclamó declamando mi cuñado—. ¡Qué se puede esperar de esta generación que no va a la guerra, que no se bate en duelos ni fuma puros!

Cuando llegamos al despacho de Juan nos sentamos uno frente al otro. Hacía tiempo que no nos veíamos, ni siquiera en el casino.

—Bien, ¿serás tú el que me diga qué sucede? Conozco demasiado bien a mi hermana para saber que espera a alguien que me producirá incomodidad. ¿No se le habrá ocurrido invitar a la Benajara?

Morell acababa de encender su habano. Lo quemó con parsimoniosa delectación, expulsó su humo e intentó hacer figuras en el aire.

—Nunca he sabido cómo se hacen estos juegos de fumadores. —Tosió nerviosamente y luego me miró—. En efecto. Hoy tendremos una noche para el recuerdo.

—Pero ¿la Benajara no tiene a su marqués para pasar la Navidad? ¿No ha encontrado este año alguna fiesta donde lucir su vestido de París?

Morell, mientras fumaba, no me hacía mucho caso. Era su forma de demostrar que se aburría y me irritaba que afirmara todo cuanto yo decía sin poner mucho

empeño.

—Parece ser que el señor marqués está sin blanca —me hizo saber.

—¡Por las barbas de…! Eso me escuece más a mí que a ella. Si no tienen para pagarse una cena de Navidad es que ha convencido a Agustina para que me pida dinero…

Juanito hizo un gesto muy significativo que traducido vino a decir que sí.

En esto que oímos el llamador de la puerta. Me dije a mí mismo: «Calma. Sabrás mantenerte con gallardía. Es cuestión de flema inglesa».

Salimos ambos hacia el salón en donde esperaba ya la visita. Al entrar vi a Agustina con cara risueña, convencida de que había conseguido ganarse un tanto. Luego aprecié la de Alma, confundida, casi a punto del llanto. No imaginé que compartiera conmigo la repulsión hacia mi madre.

—¡Max! —exclamó Agustina con desenvoltura—. Como ya te habrá contado Juan que he invitado a mamá, se me ha ocurrido que otra invitada podría hacer de jurado neutral. No podrás regañarme cuando veas quién cenará con nosotros. Ha venido a Granada y puede que se quede para siempre.

No me lo podía creer. Cuando llegó el momento de sentarnos alrededor de la mesa, Agustina me puso al lado de la invitada de honor. La Benajara estaba frente a mí, pero a mi derecha, casi rozando mis dedos cada vez que accedíamos a una copa, se encontraba Valeria.

Todos asumieron que Alma mostrara un gesto lánguido y taciturno, pero nadie contó con mi silencio. La Benajara hablaba por los codos, desenvuelta, haciéndose la simpática porque aún le quedaba la sobremesa en donde trataría de convencerme sobre la cesión de las tierras. Estuve tan ensimismado que no advertí que Valeria aseguró que había decidido asentarse en Granada, la ciudad de los arqueólogos y de los descubrimientos artísticos, para acrecentar su coleccionismo. Sabía de buena tinta que el próximo museo arqueológico provincial de Granada se nutriría de colecciones privadas y quería participar con la suya. Agustina alabó su estrategia. Yo no tuve palabras ni opinión al respecto. Mi concepto del coleccionismo era por entonces tan generoso como el de ella. Tanta relación con arqueólogos me habían hecho cambiar y defendido con mi osadía que las obras de arte deben ser libres e independientes y no tener más dueño que un museo. Francesca y Valeria, compradoras compulsivas y asiduas participantes de subastas, fueron consecuentes con su propiedad y nunca o casi nunca pensaron primero en atesorar para su propia satisfacción.

—Vienes a Granada a recoger los pedazos de los monumentos —exclamé con cierta malicia.

Valeria me miró y no pudo evitar hacerlo con ternura, lo que detectó más de una persona.

—Nuestra amiga también viene a colaborar con los orfanatos y con los conventos que tienen a su cargo la recogida de niños expósitos —aclaró Agustina—. En Madrid ha dejado una institución que ya se encarga de eso.

—¡Ah! —exclamó con honestidad Alma—. Una labor en la que no me importaría corresponder de alguna manera.

Viendo el cariz que tomaba la conversación, es decir, perseguido por una imagen que no deseaba, tal era el caso de dos de mis mujeres trabajando juntas, desvié la atención hacia temas más lucrativos. Como sabía que mi madre, tarde o temprano, me abordaría con sus intenciones, le pedí que se reuniera con Agustina y conmigo en otra sala. Que estuviera presente mi hermana convertía la ocasión en lícita y con posibilidad de alcanzar quórum.

—Hijo, te veo muy despegado. ¿Crees que estos temas económicos me pirran? Pues no, la verdad es que los desprecio, porque hablar de dinero es indigno para una mujer. A mí me parece…

—Madre, dese prisa, que tengo a Alma charlando con Valeria y no creo que tengan de qué hablar…

La Benajara, a quien quité la palabra, hizo un mohín sarcástico. Con mi impaciencia confirmé que mi madre sabía o suponía los sucesos últimos que habían invadido mi vida íntima.

—Maximiliano —continuó—, más de una vez he mostrado mi interés por ocuparme del negocio familiar. Tu padre, no puedo comprenderlo, te lo cedió a ti con la esperanza de que sabrías sacar provecho de él. Pero tú tienes la cabeza llena de pájaros y no piensas más que en tus distracciones artísticas, que más que darte te suponen dinero.

—Madre, no vaya usted por ahí…

—Sí, sí, ya sé que tendría que ser sutil para conseguir tu confianza, pero yo no soy así, bien lo sabes. Hoy estoy dispuesta a ser condescendiente, pero he tragado mucho. ¡Mucho! Aunque tú no lo creas…

—Lo creo.

Mi señora madre me miró clavándome los iris.

—¿Crees que no sé que me llamas la Benajara? Pues lo sé… y muchas cosas más que si las hiciera públicas te causarían mucho daño. Pero a fin de cuentas eres mi hijo y no voy a decir de ti más que lindezas. Una madre es una madre… —En esto que sacó un pequeño pañuelo del interior de la manga de su vestido. Agustina se sobresaltó contagiada, pobre hermana mía, por la teatralidad, que a mí me parecía ofensiva.

—Haga usted el favor de omitir las florituras y vaya directa al asunto. No tengo mucho tiempo.

La dulce Agustina me envió un gesto de desaprobación, pues según ella me mostraba demasiado cruel ante el sometimiento de nuestra anciana madre. Le perdía su corazón, a mí… mi soberbia.

—Pues yo lo que quiero es plantar vides.

Nos quedamos ambos un poco desconcertados.

—¿Quiere usted dedicarse al vino? Pero si no sabe usted nada sobre cultivar la

uva. Es un negocio nuevo que implicaría tiempo y dinero.

—Yo he aprendido mucho en estos años. El marqués tiene unas tierras en Málaga aptas para plantar cepas.

Agustina y yo nos miramos buscando el uno en el otro la respuesta que no le sabíamos dar.

—Pero vamos a ver… ¿qué es lo que quiere exactamente?

—Necesito dinero para comprar las cepas. Y tú tienes de sobra terrenos muertos que no rinden. Su venta me proporcionaría el dinero que necesito para la compra. He pensado que dado que no hice valer mis amenazas de llevarte a juicio, podrías corresponder con…

—¿Le tengo que agradecer que no me arrebatara mis tierras? Desde luego se mostró usted muy indulgente —dije sin demostrar en exceso mi sarcasmo.

—Lo hice porque estaba Manolillo. Era una abuela y tengo corazón, aunque tú no lo creas. Pero ahora Manolillo está muerto y yo necesito dinero.

Me quedé en silencio, intentando tragar la bola de veneno que me había enviado. Hablaba de Manolillo con desenvoltura, sin congoja ni afectación. Para ella su nombre no era más que una palabra.

—No necesito que me recuerde que mi hijo ha muerto. Quizás, ahora que ya no tiene un nieto con el apellido Cid, decida usted arruinarme para su propio provecho.

Mi madre soltó aire por la nariz como si fuera un caballo de carreras.

—¿Ves, Agustina? Tu hermano es imposible. ¡Es tan arisco! Siempre haciendo daño. —Se abanicaba y pensé que el abanico terminaría por saltar en mil pedazos de la fuerza con que lo agarraba.

—Max… —intervino Agustina—, quizás si todos colaboramos… Mamá necesita dinero para comprar las cepas y tú tienes tierras sin utilizar. No te cuesta nada darle lo que te pide…

Suspiré varias veces, sacando de mí los deseos de contravenirla.

—Bien —acepté—. ¿Y a qué tierras baldías se refería usted?

—Pues yo había pensado en el Cortijo de las Piedras… Total, hay tres olivos y casi todos yermos.

No podía creerlo. De todas las tierras de mi propiedad, algunas para mí tan triviales que no conocía ni su ubicación, de todas me reclamaba el Cortijo de las Piedras, que era el único terreno que había ofrecido a la Comisión de Monumentos.

—No puede ser —dije categórico.

Mi madre se levantó de un brinco, el abanico rebotó contra el suelo de la violencia. Mi hermana, con cara de terror, nos observaba.

—¡Lo mismito que tu padre! Con tal de disgustarme eres capaz de hacer cualquier cosa. ¡Qué desgracia la mía! Tener dos hijos y no poder contar con ellos para nada. Me quieren más los del marqués, aunque solo sea una mujer extraña viviendo en su casa. ¿No quieres verme lejos? Pues esas cepas podrían darme alas para emprender una nueva vida y no acudir a ti como una menesterosa que no tiene pan para llevarse

a la boca… ¡Jesús! —Se sentó desplomada con movimiento de carnes flácidas y se empezó a dar aire con las manos a falta de abanico—. ¡Qué sofoco! ¡Qué sofoco!

Yo suspiré. ¿Era ya la cuarta vez? Quería terminar con la escena cuanto antes.

—De acuerdo. Usted desea unas cepas y yo no cederé el Cortijo de las Piedras. Dígame usted cuántas cepas quiere y yo se las compro.

El calor y sofoco de mi madre desaparecieron al ritmo de mi ofrecimiento. Me miró sin creerse muy bien lo que oía.

—¿Lo harás, hijo? ¿De verdad?

—Solo tiene que decirme cuándo las quiere y se las enviaré lo antes posible. Hablaré con nuestro administrador.

Agustina aplaudió como una chiquilla que ve terminado el cuento con final feliz. Se me abrazó.

—Ay, Maxi, si en el fondo eres un sentimental.

Unos días después llamé al señor Costa, el administrador, y gestionamos la compra de las vides. Tenía constancia de una remesa de vides que procedía de Estados Unidos y que sería más barata que comprada en España. Accedí sin miramiento, para mi madre no iba a desear las de mejor calidad del mercado. Me enviaron los documentos, los firmé y le hice llegar sus cepas en brevísimo tiempo.

Cuando salíamos de casa de mi hermana, Alma, tan reservada como era su costumbre, se apoyó en mi hombro. Se sujetó a mi brazo buscando un refugio.

—¿Sabes? Ahora entiendo por qué te fijaste en Valeria. Es una gran mujer. Hemos estado hablando de su actividad en los orfanatos. La admiro. Yo nunca he tenido iniciativa. Pero ella derrocha independencia.

—Cada uno es como es… —me disculpé.

Luego levantó la cabeza y me miró con ternura. Quería compartir mis problemas.

—¿De qué has hablado con la Benajara?

Dudé si decírselo. Al instante convine que no era necesario tenerla al tanto de mis discusiones familiares. Así que negué con la cabeza, convencido de que me entendería.

—¿Sabes lo que se merecería mi madre? Pues que se produjera un milagro y que de pronto le diéramos la noticia de que iba a ser nuevamente abuela. Sí, ya sé que no consiste en desearlo, pero… si hubiera justicia divina, sucedería algo impredecible que le callara esa boca tan grande que tiene.

Como vio que estaba dolido no demostró que ella también lo estaba. Se me agarró más fuertemente a mi brazo y fuimos caminando, lentamente, recibiendo el relente de la noche. Algunos niños cantaban en la calle villancicos y las tabernas celebraban la Navidad haciendo sonar zambombas y guitarras.

No creo en milagros, pero sí en el poder del deseo. Algunos han sido tan fuertes que, finalmente, terminaron por venir a mí. Desde luego aquella noche no podía suponer que pasado un año habría de callar la boca de mi madre.



Capítulo 31

Las cepas

Lo que sucedió en aquel año 1874 fue inesperado. Al menos para mí. Comenzamos con el levantamiento del general Pavía, que tomó las Cortes, y todos los españoles nos vimos envueltos en otra transición, esta vez de la república a la monarquía. Si en esa España eras un poco despistado y no leías la prensa, como a mí me sucedía, llegaba un momento en que desconocías quién te gobernaba.

Mi actividad literaria estaba completamente estancada. Era incapaz de tomar una pluma. Sí es cierto que, a veces, garabateaba algunos apuntes para artículos que luego nunca llegaba a publicar. Por eso admiré tanto a Gómez-Moreno, que además de ser un activista disciplinado en cuanto a la defensa de nuestro patrimonio sacaba tiempo y concentración para escribir artículos como «La puerta llamada de Bibarrambla o de las Orejas» en donde se hacía eco de la injusticia a la que se veía abocado el famoso monumento. Sus palabras fueron estas: «Con hondo pesar contempla el artista y amante de nuestras glorias pasadas el casi arruinado arco de Bibarrambla y con el corazón oprimido de pena veíamos hace algunos meses desprender sus bóvedas, envueltas en la nube de polvo que producía la ruina e iluminadas por la rojiza luz de las antorchas que alejaban las sombras de la noche, como si no bastaran las largas horas de los días de julio a poner breve término a aquella obra de destrucción…».

Mientras yo leía su artículo con verdadero deleite, su autor se encontraba en la Vega descubriendo unas lámparas de bronce, que luego restauró y donó al reciente museo arqueológico provincial. Era incansable, tanto como Mínguez, a pesar de la diferencia de edad que les separaba.

El anciano profesor, cada vez más mermado, demostraba una salud de hierro cuando había que protestar. Me lo comentaba con afectación de adolescente incluso viendo la representación de alguna obra en la sociedad cultural de Las Delicias, que por aquellas fechas había arrendado el exconvento de la Trinidad. Mínguez me decía:

—El delegado de gobierno de la Alhambra, José Vasco y Vasco, ha denunciado algo bochornoso. Qué digo, injuriante. Dice que en los guardianes de la Alhambra hay una actitud lucrativa. ¿Se imagina usted? Mi adorada Dolores, la guardesa más honesta del universo, atacada de contrabandista. Y para arreglar que esto no suceda, fíjese, no se le ocurre otra cosa que cobrar una entrada. ¡Vamos, se despierta su padre de usted del sueño eterno de Morfeo y le da un soponcio! ¡La Alhambra con visita cobrada! Pero ¿dónde se ha visto semejante sinrazón? Eso sí, también ha manifestado que el Palacio de Carlos V debería terminarse, que sus piedras mueven a ser utilizadas para otras finalidades tal y como está ahora. No me extrañaría que su señor cuñado, José Pardo, con eso de querer modernizar la ciudad, se montara un edificio del Ayuntamiento nuevo, novísimo, pero de piedra del palacio carolingio. Tampoco

me parece mal la intención de restaurar el convento de San Francisco y la Casa de Machuca…

—¿Y la prisión? —pregunté yo recordando que aún ocupaba dependencias de la Alcazaba.

—Quiere trasladarla. Ahí sí que le doy un diez. ¿Habrá algún momento en que veamos la Alhambra restaurada del todo?

No contesté. Era más bien un lamento desesperado que una cuestión por responder.

Otras veces el profesor, aprovechando la fiesta del Corpus, me ponía al día sobre el pulso que manteníamos contra el Ayuntamiento referente a la puerta árabe. Se decía que habían llamado a unos arquitectos para intentar reconstruir el desaguisado del comité de salud pública, cuando arruinó su parte alta.

—Se ha llegado a un acuerdo. Pagarán los arreglos, por un lado el Ministerio de Fomento y por otro el Ayuntamiento. Pero ¿sabe qué? Que la parte del Ayuntamiento no llega, así que la Puerta de las Orejas es el símbolo de la desidia nacional española. Me avergüenzo, señor Cid. Me avergüenzo. Para que luego digan que me amosco con la administración española.

No fue lo peor que oí aquel día. Superior a todas estas calamidades, créanlo ustedes, fue el abordaje de mi madre, en plena Plaza de Bib-Rambla, con el abanico apuntando hacia mí como una adarga quijotesca.

—¡Tú! Tú, desalmado, mal hijo. ¿Crees que me chupo el dedo?

Alma y yo nos quedamos petrificados frente a la mujer de volantes de organdí que parecía una niña gigante con traje de cristianar. Iba seguida de su futuro esposo, el marqués de Villamediana, pero este tuvo la decencia de pararse a unos metros, o quizás el temor de recibir por mi parte alguna respuesta plantada en su mejilla.

—Madre, ¿quiere decirme a qué viene este espectáculo?

—A que eres un depravado. Un canalla. ¡Belcebú, más que Belcebú! ¿Creías que no me enteraría de lo de la filoxera?

Alma y yo nos miramos como dos estatuas.

—¿Conozco a esa señora? —pregunté. Reconozco que estuve rápido.

—¡Maximiliano! No me hagas renegar. Sabías que las cepas estaban infectadas. Toda la cosecha se ha perdido. Lo has hecho a propósito.

—Madre, ¿cree que voy a perder el tiempo buscando cepas infectadas para comprárselas?

—Pues sí, lo creo. Tú no quieres que me case, ni que sea feliz.

Alma me tiraba del brazo para que nos marcháramos.

—Cuando dice que se va a casar se refiere usted con ese… señor.

Miré al marqués y con esta acción por mi parte provoqué en él un paso atrás. Me sentí poderoso.

—Esta sí que sí. Ahora te voy a denunciar ante la justicia. Y reclamaré mis tierras —gritaba enfurecida la Benajara—. Porque tú, ¿para qué las quieres? ¿Para hacer

agujeros y mirar a ver si sale alguna piedra? ¡Eres un chiflado! Y tu esposa, otra chiflada —comprobé que Alma se ponía en guardia clavándome las uñas en el antebrazo, gesto que realizó involuntariamente—. A vosotros con lo que os dejó el tío Leandro os sobra. No vais a fiestas, no viajáis, no tenéis hijos…

—¡Bueno, eso está por ver!

Alma, que nunca hablaba si no era necesario, reprimía un ataque de nervios. Veía su pecho ajustado al corsé subir y bajar, hincharse y deshincharse, como un fuelle. Tal y como lo dijo surtió un efecto inmediato en mi madre. Yo apenas había caído en lo que significaba o en lo que delataba entre líneas.

—No me dirás que estás esperando… ¡Vamos, estaría bueno! —exclamaba doña Bárbara llena de estupor—. A tus años…

—Tengo treinta y dos… aún puedo concebir.

—¡Ja! —vociferó con grave desdén la Benajara—. Serás antes abuela que madre. Sería capaz de renunciar a mis tierras si le das un hijo a este botarate.

Alma se irguió sobre la punta de sus pies e intentó hablar por encima de mi madre, que aunque entrada en carnes siempre había tenido buena estatura.

—Pues haga o diga usted lo que le venga en gana. Pero será abuela en ocho meses.

Asustado me quedé al presenciar conversación tan surrealista. Nunca la hubiera imaginado. Doña Bárbara se dio media vuelta mientras decía:

—Como sea niña os denuncio.

Se marchó empujando a unos cuantos fieles dispuestos a celebrar su día sagrado. El marqués corrió tras ella como un perrillo.

Miré a Alma esperando la confirmación de sus palabras. Tenía una media sonrisa que me pareció traviesa.

—Lo he dicho sin seguridad, pero…

En la primavera del 76 nacía María del Carmen. Y mi madre, siempre cumpliendo su palabra, me denunció.

Capítulo 32

Otra mujer en mi vida

Cuando el dolor se sobrepone a otro aún mayor no se siente. Se convierte en dolor diluido, irreal y lejano.

Tendría que haber adivinado que el deseo que provocó el embarazo de Alma, un anhelo de esperanza y de apremio espiritual, se nos volvió contra nosotros mismos. En nuestro empeño, quizás, infravaloramos el poder aún mayor de la miseria humana, el que hace de personas como la Benajara las dueñas del mundo. Tengo plena seguridad de que ella deseó más que nosotros y lo consiguió.

Mientras esperaba inútilmente en el salón a que el médico acudiera a darme la noticia del nacimiento de mi hijo, Rosita aparecía y huía, daba saltos de felicidad o se intimidaba por las carreras de las otras criadas directas a la provisión de ropa de canastilla. Vino a mí el recuerdo lacerante de mi esposa, desangrada y moribunda, con Manolillo entre sus brazos. Sentí miedo… de perder a Alma por ganar un hijo.

Por ser la segunda vez guardé las formas. Rosita, como digo, me acompañaba a ratos, me contaba cómo iba la brutal escena del parto. Los sonidos y gritos fueron atenuándose y finalmente el llanto de una criatura inundó la casa de los Cid. Una oleada de risas continuó al torrente de vida y muy pronto vi aparecer de nuevo a Rosita, con lágrimas en los ojos, ocultando un bulto entre los brazos. Me acerqué titubeante. Luego me vino un hipo que no supe controlar. Retiré los volantes de aquella manta blanca y miré el contorno de un cráneo rubio, casi calvo, pero suave como una esponja marina. Me asusté al ver que tenía los ojos abiertos y no cerrados, como cabría esperar.

—Es… está bien, supongo.

—¡Ea! Bien reguapa.

Rosita me había contestado con su singular costumbre de usar interjecciones. Una niña. Una niña. Una niña. Lo repetía con extrañeza, con alivio y con temor, con ganas de gritarlo al Darro. Pero en esto que, reprimiéndome el deseo de cogerla, le pregunté a Rosita:

—¿Y la señora? ¿Cómo está la señora?

Se me quedó mirando con ojos de vidrio, sinceros, pero de un vidrio delatador de malas noticias. Hizo como que a la niña le urgía volver a la habitación y no me contestó.

Sería el médico quien me hizo sentar, treinta minutos después, en mi butaca favorita.

—Ha sido un gran esfuerzo. Su esposa de usted no es una mujer sana. Quizás la edad… todo está en su contra.

—¿Cómo en su contra? ¿Qué quiere decir?

—Que es de urgente necesidad cortarle la hemorragia. Si no cesa, no le doy más que de hoy para mañana. Puede avisar a su párroco, si lo cree conveniente.

—¿Párroco? Pero…

El médico se marchó, con las mangas de la camisa desordenadamente envueltas sobre los antebrazos. Simulaba haber estado luchando contra algo y entendí que era contra la muerte.

Fue una noche aciaga, lenta.

María del Carmen lloraba mientras Alma se iba apagando.

No quise saber nada del entierro. Entre Agustina y Juan, al que debo que en esos momentos me solucionara el entuerto desagradable de las exequias, controlaron mi hogar y permitieron que me lamiera las heridas. También negué la publicidad del velatorio. No quise que mi casa se volviera un mentidero de chismes, de comentarios jocosos o, por el contrario, demasiado siniestros. A buen seguro que las vecinas tomarían como diana mi historial de familiares muertos y eso era algo que no podría soportar. Tampoco me parecía justo para María del Carmen, que tenía derecho, aunque no se enterase, a un entorno plácido y sereno.

Agustina cuidaba de la niña, venía por la mañana y se iba por la tarde a cuidar de la suya. Fue un privilegio tenerla cerca pues me parecía, mientras ayudaba a cambiar los pañales o mantenía entre mis brazos a mi hija, dotándola de un descanso merecido, que todo aquel quehacer hogareño lo compartía con Alma.

Aprovechándose de este hecho, la Benajara se presentó a conocer a su nieta. No recuerdo que me diera el pésame, puede que ni siquiera tuviera interés en oírselo, pero se me ha quedado grabado el comentario al que di pie cuando le anuncié el nombre de mi hija.

—¿Cómo? ¿María del Carmen? ¿Qué nombre es ese? Así se llaman las criadas, pero la hija de un Cid… Ya puedes ir pensando en otro, como Alejandra o Genoveva. Esos sí son respetables. ¡Ay, cuánto te queda aún por aprender!

Intentar razonar con la Benajara era tiempo perdido. Tenía una lógica particularísima, más que demostrada en estas páginas y con la que he pretendido justificar la fiereza de su temperamento. No consiguió, sin embargo, molestarme. Ya estaba más que hecho a sus desplantes. Aunque, he de admitirlo, me dolió, meses más tarde, recibir una citación del juzgado notificándome la denuncia interpuesta por ella. Me había avisado, bien lo sé. Ahora que no había heredero, solo una niña y como mujer sin significado en el mundo de mi madre, entendía que era el mejor momento para reclamar lo que consideraba suyo. Es peculiar que despreciara a las mujeres cuando ella lo era.

Las tierras de los Cid… ¡Vaya dislate! Un negocio que me vino obligado y por el que ahora luchaba proclamándolo propio. Doña Bárbara hacía leña del árbol caído, pues sabía que con el dolor de la pérdida de Alma y el mucho trabajo que me daba ahora Carmelilla conseguiría mermar mis últimas fuerzas.

Dos días antes de presentarme en el juzgado sonó la campana de la puerta. Rosita

vino a mi despacho con airoso desdén. Me anunció entre dientes algo que no quería decir:

—Que ha venido esa señora… La que le visitaba en Madrid.

«¿Valeria?», me pregunté yo. Esperaba que apareciera por mi casa, tarde o temprano.

Le dije a Rosita que la dejara entrar y así lo hizo. Valeria vestía de un color oscuro, pero no de luto, lo que hubiera tomado yo como forzado e incluso de mal gusto. Le resaltaba ese color su piel blanca, marmórea. Sin contrastes pero jugosa como pulpa. Hube de controlar mi deseo de tocarla y me mantuve en una prudente distancia mientras nos mirábamos sin hablarnos. Pero sería ella la que diera el primer paso. Se abalanzó sobre mí y me abrazó con energía incontrolada.

—No es buena idea que hayas venido —sentencié—. Ahora seremos el blanco de las murmuraciones.

Me observó, indiferente a mis palabras.

—Yo soy viuda y tú también. Por fin nos encontramos. No me despidas, que pretendo quedarme.

Reflexioné por unos instantes rápidos, porque el llanto de Carmelilla se expandió por el pasillo. Rosita la traía en brazos con el ardid de dejármela. Pensaban por ella los celos, no la cordura. Seguramente se imaginó que teniendo a la niña en la sala no haríamos ninguna indecencia.

Valeria se puso muy contenta, con esa alegría que desprenden las mujeres cuando ven a un bebé. Lo tomó entre sus brazos con soltura y experiencia, acunándola en un gesto instintivo, y Carmelilla reaccionó al calor del contacto.

—¿Qué? ¿Pensabas que no era capaz de acunar a un niño sin haberlo tenido? Por mis brazos han pasado los hijos de otras, de cientos de ellos. No he sido madre, pero tengo muchos hijos.

Nunca dejó de sorprenderme. Y eso contribuyó a que pasados los años, llegados a la senectud, tanto Valeria como yo siguiéramos unidos por la curiosidad que teníamos el uno por el otro.

Fue un alivio imprevisto tener a Valeria en casa. No me replanteé en ningún momento que hiciera mal, pues Carmelilla necesitaba una mujer que la tratara como madre, no como tía o mediado en el afecto un deber laboral. Como vi que Valeria se defendía más que bien, le pedí permiso para ir a ver las tierras que mi madre me reclamaba, las del cortijo de las Piedras.

—No está de más dar una vuelta… —le dije—. Hace mucho que no voy por allí y se me puede tachar de desidioso.

Me fui a caballo, pero lo dejé atado a un árbol en el linde del cortijo. No quería que me reconocieran, pues sería tan incómodo para mí como para la familia que trabajaba la tierra. Habían pasado a ser parte de mi herencia, como el olivar, y de ellos no sabía más que era una familia compuesta por varios miembros. Los incidentes campesinos que se desarrollaron durante la República no habían cesado

por completo. Ahora teníamos un rey, el doceavo de los Alfonsos, que aún no había tomado las riendas de su país. Se me defendía como terrateniente, de eso no había duda en una monarquía, pero entre esas tierras y yo había muchos asuntos que resolver.

El Cortijo de las Monjas era el terreno más cercano y en él trabajaba Gómez-Moreno y los comisionados para averiguar la historia de Granada. Por esta proximidad había permitido que mi cortijo, en otros momentos dedicado al cultivo de la aceituna, sirviera ahora de laboratorio arqueológico.

Llegué al amplio campo, todavía el sol emergente, y oteé. Era un olivar como cualquier otro, con tierra cuarteada, reseca, atravesada indiscriminadamente por las excavaciones arqueológicas. Parecía un terreno ignorado y allí me creí en posesión de mi intimidad, lo que fue un error por mi parte. Alguien me silbó para llamar mi atención.

—¡Eh, señor!

Se aproximó a mí un hombre con un palo a modo de bastón. Su estampa era intermedia entre pastor y labriego. Llevaba pantalones hasta media pantorrilla y unas albarcas de esparto. Un sombrero de paja, no demasiado grande, impedía que se quemara su piel, ya morena en exceso. Era alto y de complexión fuerte. Medí mentalmente mi posibilidad de vencerlo en una pelea y por honestidad tuve que reconocer que perdería.

—¿Se ha extraviado usted?

—¡Buenos días! No, no me he perdido. Me acerqué a ver los olivos, nada más. ¿Vive usted cerca?

—En el cortijo —afirmó señalando con una mano a una casa que a mí se me figuró de muñecas a esa distancia—. ¿Puedo servirle en algo?

Me sentí cohibido. Y fuera de lugar.

—Pues verá…

Apreció mi indecisión y que le ocultaba algo.

—Ya… usted es otro que viene a por piedras.

—¿Cómo?

—No, no se preocupe… —exclamó elevando la mano en un gesto que impedía dirigirle una disculpa—. El dueño ya me tiene al tanto de que tengo que dejar remover la tierra y hacer que no he visto nada.

Yo le seguí la corriente.

—¿Y le parece a usted mal?

—Mal, lo que se dice mal… Si siguen haciendo agujeros los olivos se secarán del todo. ¿Ha visto usted cómo están? Ni aceitunas darán este año. Un campo tan grande, muerto. Pero así son las cosas, cuando se tiene de más no se valora lo que se tiene.

Miré a aquel hombre con curiosidad. Parecía recio en carácter y se expresaba bien a pesar de creerle dedicado al campo.

—Dígame, ¿cuánto tiempo lleva en el cortijo?

—Toda la vida. Mi padre antes que yo lo cuidaba.

—¿Cree que es buen trabajo?

El hombre dudó. Se quitó el sombrero de paja, se secó la cara con un pañuelo.

—Tal y como están las cosas no me quejo. Malvivimos, pero vivimos al fin. Mientras que no haya pedrisco, ni inundaciones, ni terremotos, todo irá como tiene que ir.

Estuvimos unos instantes mirando el inmenso azul celeste. El hombre recogió una paja del suelo y se entretuvo en masticarla, jugando con ella, como si fuera un cigarro que apurar.

—¿Le importa que nos sentemos un rato?

El cortijero levantó los hombros. Me pareció que, en esos momentos, no tenía nada mejor que hacer.

Nos acomodamos entre unas piedras, que no eran antiguas ni de excavación, más bien parecían el recuerdo de algún panal o choza de pastores. Una construcción humana de este siglo, pero en desuso. Antes de que empezara a pronunciar una palabra, a sonsacarle alguna intimidad que pudiera corresponder a mis indagaciones, el cortijero expresó, por propia iniciativa, este monólogo que aún recuerdo.

—Son malos tiempos para todos. Para los señoritos y para los jornaleros. Mi padre, que fuera el primer cortijero de estas tierras, me entregó a los curas, y por eso le parecerá al señorito que no me expreso como un bruto. Sé leer en latín, pero al llegar al punto de entregarme a la vida célibe me entraron los miedos y… me volví al campo. Aquí está toda mi vida. Oigo que los campesinos de esta zona y de otras reclaman la tierra como suya, que la tierra es para quien la trabaja, y claro está, estoy de acuerdo. Pero soy un cobarde. Mi hermano se marchó a la capital a trabajar en el embovedado del río. Parece ser que hay más piedras allí que aquí. Tiran una iglesia y con sus piedras construyen un río o cubren el cauce del Darro; el caso es fabricar trabajo para los desocupados, aunque ese trabajo no tenga mucho sentido. En la ciudad siempre hay movimiento. Pero en el campo… salvo que el sol va y viene, nada cambia.

—¿Se aburre usted?

—¿Aburrirme? Me levanto a las cuatro de la mañana, a las once ya me he recorrido varias millas revisando las tierras, yendo a por comida para los animales o acercándome a la ciudad. Luego está la organización del cortijo. ¿Sabe usted? El cortijo es como una ciudad en pequeño, yo soy el alcalde y todos me piden su opinión.

—¡Ah!

Mi admiración le supuso al cortijero una contestación fiable.

—Tengo otro hermano. Salió de aquí, se hizo marino. Y ahora es el orgullo de la familia. Yo siempre he dejado pasar las oportunidades. No he luchado por mi futuro, me lo impusieron.

—Usted dejó el seminario, se vino a este cortijo para…

—Para curarme en salud. Por miedo. Hay muchos cobardes. Como el dueño de estas tierras.

Yo me quedé estupefacto. Fui a remediar su osadía cuando caí en la cuenta de que no sabía con quién hablaba. Rojo como una cereza contesté:

—¿Por qué dice que el dueño de este olivar es un cobarde?

El cortijero suspiró. Volvió a secarse la cara.

—Pues verá… dicen que defiende las artes y deja que otros vengan aquí a hacer agujeros. También que defiende monumentos pero está en su casa sentado en un sillón. No hace nada por sí mismo. Es el trabajo del señorito: ver cómo se comprometen los demás y luego darse el pote de haber conseguido grandes cosas.

—Pero… —intenté mantener el orgullo intacto aunque me resultaba difícil. Rara vez me habían dicho tantas verdades juntas—, usted cómo sabe todo eso…

Insinuó una sonrisa.

—En el campo no tenemos periódicos pero nos enteramos de todo.

Decidí levantarme de esa piedra. Me atusé los pantalones desprendiendo de ellos el polvo y me coloqué la chaqueta, bastante contrariado.

—Tengo que marcharme. Ha sido un placer hablar con usted. Espero que pueda quedarse en el cortijo todo el tiempo que desee…

Entonces dijo algo que me contrarió mucho más.

—Gracias, señor Cid, yo también.

Siguió masticando la paja con regularidad rítmica. Sin darle importancia. Como vi que no se movía ni tenía remordimiento alguno tomé aquella afrenta como proverbial.

—¿Puedo saber cómo se llama usted?

—Augusto Escobar.

Caminé abochornado hacia mi caballo, subí en él y lo empujé a la carrera. Quería que me diera el aire en la cara o, quién sabe, retomar las riendas de mi vida como retomaba las de mi caballo.

Capítulo 33

El primer juicio

A las mismas puertas del juzgado llegué acompañado de Julián Mínguez. El amable profesor, siempre fiel a sus amigos, se había ofrecido para apoyarme. Temí que si la denuncia prosperaba invocara a los demonios en plena sala, pero con todo le agradecí la deferencia sincera. Esperando, estaba muy cerca Pepe Pardo. Parecía que me estaba aguardando a mí, lo que me desconcertó. Así era, a tenor de la conversación que tuvimos, que más que diálogo tenía tinte de amenaza.

—¿Cómo está María del Carmen? —preguntó.

—Sana. Puedes acercarte a verla cuando quieras. Eres su tío.

Con un gesto de su monóculo deduje que la oferta le incomodaba.

—Sí… ya lo sé. Y en calidad de tío te pido que seas discreto con esa señora viuda que has instalado en casa. Hace muy poco del fallecimiento de Alma y ya corre el rumor de…

—No atiendo a rumores, querido cuñado. Valeria me está ayudando a sacar adelante a Carmelilla y es un ofrecimiento que debe elogiarse en vez de recibir recriminación.

—Bien, no digo que ella lo haga con mala fe. Me he estado informando y la señora tiene buenas relaciones, hace obras benéficas… Sin embargo vive bajo tu techo, y eso no lo comprenderá mucha gente.

—Entonces me das tu bendición para casarme, pues si vivimos así estamos en pecado mortal.

Pardo se sobresaltó. Había caído en las redes de su propia mezquindad. Se colocó el traje, se atusó el pelo y se limpió el cristal.

—Verás, Maximiliano, y yo quiero que comprendas que sin Alma mi ayuda en ciertos temas legales va a ser menor. Quizá no pueda defenderte si te implicas demasiado en esas manifestaciones proartísticas. Te he sacado de la cárcel por amor a mi hermana, pero ahora…

—Ya. Tú lo que has venido a decirme a las puertas de los juzgados es que si me siguen denunciando y me cae alguna buena, pues que tú no me conoces…

—Dilo como quieras.

Se marchó inclinando la cabeza. Con educación teatral también se despidió de Mínguez, que quedó a mi lado con la boca semiabierta del asombro.

—¡Lo que me faltaba por oír!

—No se preocupe, profesor. Llevo unos días oyendo cosas peores. Pero en vez de deprimirme han conseguido sacar de mí al verdadero Cid. Entremos en los juzgados y veremos qué nos depara el futuro.

Ya en la sala vi a mi madre, sentada con su acompañante más fiel, es decir, su

abanico. Estaba tan nerviosa que de vez en cuando daba aire al letrado que estaba junto a ella, como si abanicara a un niño, indefenso ante el calor, para que no desfalleciera.

—La Benajara ha venido escoltada por su séquito —exclamé a los oídos de Mínguez—. ¿Será que verdaderamente la quieren en la casa de Villamediana?

—O eso o que ha pagado la compañía —respondió irónico el profesor.

—Pues espero que el juez no se deje engatusar por estos recursos dramáticos.

—A eso no le respondo, no creo en la justicia, ni en la divina ni en la del hombre.

—Entonces me callo.

Hice bien, porque un alguacil nos anunció la entrada del juez don Feliciano Millán, un hombre de estómago prominente, calvicie avanzada y anteojos de gran espesor. Después de solicitar silencio en la sala se leyeron los cargos: que había sido denunciado por la allí presente doña Bárbara Benajara por haber actuado de mala fe en la compra de unas cepas infectadas por el mal de la filoxera y que la arrastraron a la ruina total. Reclamaba así las tierras del Cortijo de Las Piedras en compensación a los perjuicios ocasionados, dado que el trato se había hecho a cambio de no recibirlas. Habló el abogado de la demandante; habló el mío, alegando que no podía saber si las cepas estaban infectadas e insistió en la indignación que me suponía que mi propia madre me llevara a la justicia cuando todo el universo entero sabe que un hijo no puede actuar de mala fe contra la que le dio la vida. En eso, por descontado, se equivocaba, porque si hubiera sabido que las cepas estaban infectadas se las habría comprado igual. Pero no era momento de divulgar nuestras miserias familiares. Yo, que no soy de rezar, deseé poder hacerlo en esos momentos.

El juez, una vez oídas las partes, declinó oírnos a nosotros, lo que no era corriente. No dedicó mucho tiempo a reflexionar. Tomó el mazo y mientras daba con él sobre el estrado declaró desestimada la demanda.

Entre el tumulto que dio pie a la sentencia y el abrazo de Mínguez propinado a mi desorientado cuerpo, no pude acertar a ver que el juez llamaba al alguacil para ordenarle una cosa. Al momento el funcionario se acercó a mí para decirme:

—El señor juez le pide que vaya a su despacho.

Me quedé sin saber qué decir, pues excusa no podía poner en esas circunstancias, así que me dejé guiar hacia las dependencias del magistrado. Él ya me esperaba en su despacho y allí, quitándose las ropas negras de su faena laboral, se acercó a mí con un ceño más amistoso de lo que esperaba y me tendió la mano.

—Señor Cid. Me alegra mucho volver a verlo.

Mientras tenía su mano entre las mías me preguntaba acelerado de dónde había partido nuestra extraña amistad.

—Señor juez, disculpe, pero…

—¡Ah! Pero ¿no me ha reconocido? Soy Feliciano Millán.

—Sí, eso ya lo he oído, pero…

Una revelación transformada en un nombre vino a mi memoria: ¡el piernas de

alambre!

—Pero Feliciano, quiero decir, señor Millán… ¿Cómo es posible? ¿Usted juez?

Me hizo sentar para contarme su historia. Era del todo admirable.

—Fíjese cómo son las cosas. Cuando me cesaron en el ministerio creí que me hundiría. Ya me veía viviendo debajo del Puente del Carbón, pero no… en vez de amoscarme contra la humanidad decidí prepararme para la judicatura, y como siempre he tenido buena retención, entre mi esfuerzo y algo de recomendación, que todo ha de decirse, conseguí la plaza. He dedicado toda mi vida a estudiar, así pues me habrá visto cambiado. Ya no soy el chico indeciso que era cuando…

Quedó callado. Sentí una profunda lástima porque al preguntarme por Agustina reconocí en sus ojos que aún la quería.

—¿Se ha casado?

—Sí, tiene ya tres niñas.

—¡Oh, vaya! ¿Y usted, cómo va?

—En mi vida se han ido unos cuantos, pero tengo una niña, sana y con ganas de vivir, desde hace unos meses.

—Pues me alegro. Vaya usted a cuidarla, pues y… procure no volver mucho por estas dependencias, no siempre estaré yo en el estrado para compensarle el afecto que siempre le he tenido.

Le estreché la mano. Quién lo hubiera dicho. El piernas de alambre, con barriga, con gafas y con plaza en un juzgado.

Fue motivo de velada familiar contar mi encuentro fortuito con Feliciano Millán. Alrededor de la mesa de mi salón describí la entrevista con el piernas de alambre, mote que habría de evitar en el futuro por no ser digno de un juez ni de un hombre que debía de gastar la talla 50. Nos reímos mucho, lo necesitábamos. También hubo carcajadas cuando imité los gestos exaltados de mi madre al verse desvalida y sola. Todos, incluido Juan Morell, me alentaron a seguir luchando por mi herencia.

—Voy a hacerlo. A luchar —dije—, pero no de la manera que pensaba hace unos meses. Las tierras de los Cid han de servir a un propósito. Ninguno tendría si las dejara a expensas del pedrisco o de mi torpeza como terrateniente. Las palabras del cortijero me han abierto los ojos: dispondré para que el fruto de esas tierras sean para él, para su familia. No deseo lucrarme con ese olivar, tanto me daría donar las piedras que saquen de él para el museo arqueológico que las aceitunas que caigan de los olivos. A partir de ahora voy a comprometerme.

Juanito Morell recibió la noticia con aplausos.

—¡Maximiliano se ha hecho comunista! ¡Cambiemos el nombre del Cortijo de las Piedras por el Cortijo de Karl Marx! Hazme ese favor, solo por ver la cara de tu madre…

Resultaba un gran comediante este cuñado mío pero no quise seguirle el juego.

—Resultará tan bochornoso para ella no obtener el cortijo como ceder su producción a un labriego. Pero no lo hago por venganza sino por justicia para ese

hombre, que es el más valiente que he conocido en toda mi vida. —Mis palabras debieron convencer al auditorio, entre el que se encontraba Valeria—. Y a ti, estimada amiga —continué—, he de pedirte que me concedas continuar con mi compromiso artístico. Razón tenía el cortijero cuando me acusó de hipócrita. A fin de cuentas, ¿qué he hecho yo por Granada? ¿Por la Puerta de las Orejas o por cualquier otra? Mientras los demás arriesgan el plato que han de llevarse a la boca yo me dedico a protestar en el sillón de mi casa. No quiero que eso ocurra. Así que te pido paciencia, pues mi actitud podrá traernos algunos inconvenientes en lo que se refiere al cuidado de Carmelilla.

Valeria me respondió con admiración brillante en los ojos.

—No te preocupes por la niña, que de ella me ocupo yo. Pero a cambio también tendrás que comprometerte con mis propios compromisos. Vendrás conmigo a ver la casa cuna o los conventos en donde reciben niños en adopción y así sabrás que en Granada también se necesita dinero y mucho empeño en otras cosas que no son estrictamente artísticas.

Me pareció justo, pues si le pedía que se involucrara en mis asuntos, lógico sería involucrarme yo en los de ella.

Así fue como conocí a una de mis grandes pasiones y el proyecto más grato al que un hombre puede encomendarse.

Capítulo 34

La Casa Cuna

El primer día del resto de mi vida lo empleé en atravesar la puerta del convento de Santa Inés. Era este convento uno de los que se encargaban, con escasísimos recursos, de recoger y cuidar a los niños expósitos en la ciudad. Desde que se creara el Real Hospicio en 1753, bajo cuyo amparo se crearan distintas instituciones para combatir la miseria y la enfermedad, los conventos habían asumido algunas competencias de la casa cuna y las desempeñaban con verdadero celo. A todas estas «casas» acudía Valeria con ímpetu altruista, por ejemplo a la Casa de Amparo de la calle Elvira, en donde se recogía a las embarazadas sin marido. Otras dependencias se destinaban al cuidado del enfermo terminal o a los dementes. Todas aquellas instituciones requerían de dinero y de manos dispuestas a ayudar. Pero entre todas, era en la casa cuna, como era lógico en una mujer de sensibilidad extrema, en donde Valeria se sentía más cercana y útil. No era de extrañar. De los abundantes niños que cada día atravesaban el torno —indefensos, abandonados a un destino incierto— perdían la vida el noventa por ciento. La falta de alimentos, de medicinas y los continuos traslados de una institución a otra terminaban con la escasa resistencia del desgraciado infante.

Valeria se relacionaba estrechamente con las monjas, al menos las que estaban al tanto del mundo exterior. Les unía un vínculo armonioso de admiración. Ellas la veían como una gran señora dispuesta a recaudar dinero o buscar familias para los pequeños que cada día asomaban al torno tiritando de frío. La España que vivíamos, sin duda cruel para sus ciudadanos, era especialmente implacable con los recién nacidos. Las madres entregaban a sus hijos en aquellas dependencias con la esperanza de verlos crecer, pero el hambre y la enfermedad irrumpía en cualquier hogar, fuera este laico o religioso. En todos incidía la falta de dinero, que era, lo que para bien o para mal, trataba de corregir Valeria.

La hermana María de la Caridad nos hizo bajar la voz con un dedo escuálido pero garboso. Supe después que tocaba el órgano del convento y que lo hacía muy bien, lo que se reflejaba en sus movimientos gráciles. Nos llevó a una sala cuyas paredes estaban pintadas con cal, adornadas con sonajeros y muñecas de trapo que ellas mismas habían confeccionado. No se habían olvidado de colgar un gran Cristo, que desentonaba claro está, por la severidad de su posición en la cruz. Pero los niños allí reunidos, separados por cunitas de madera, no lo advertían. Eran estas como compartimentos estancos, separadas para que ninguno pudiera tocarse. Se aislaban por barandillas, tejidas con red de pescador, a través de las cuales sacaban sus manitas los más desarrollados o se enganchaban los más torpes, y allí quedaban anclados hasta que la hermana tornera u otra les desenredaban.

—Mira, ven… te voy a enseñar a una personita que me ha cautivado desde que la conocí.

Valeria me tomó de la mano y como en ello había ilusión y generosidad transparente no le pareció mal a la hermana María de la Caridad. Hasta el mismo borde de la cuna de esa criatura me llevó y encontré a un niño pequeño, de un año pensé yo por su tamaño. Estaba sentadito, con las piernas extendidas. Y las tenía tan tiesas que no parecían suyas. Eran como dos palos de escoba. No tenían músculo y me recordaron a las piernas de los potrillos cuando se elevan por primera vez, desgarbadas y sin fuerza. Sus manos, sin embargo, eran ágiles. Agarraba las bolas de trapo con el puño hacia él, tal y como hacen los primates. Me impresionó que el hecho de atrapar con mano franca y vacía no fuera innato en el ser humano. Imaginé que hubo de soportar muchos días y noches, solo, en una desidia que no por silenciosa deja de ser violenta. La desatención es la más cruel de las desgracias para un niño, bien lo sabían esas monjas ejemplares que no tenían brazos suficientes, ni recursos ni comida.

Desde mi altura atisbé su coronilla: una cabeza agachada de un pelo rojizo con calvas turbadoras. Entre alguna de ellas se apreciaban cicatrices, muy posiblemente de caídas involuntarias.

Valeria tintineó sus dedos en la barandilla de malla y el ruido que produjo hizo levantar al niño la cabeza y mirarnos con unos ojos tan expresivos que me parecieron candiles.

Estuvo el pequeño un rato manteniendo el cráneo erguido, lo que le supuso gran esfuerzo, hasta que fijó la vista en Valeria y le sonrió. Estaba claro que la conocía.

Tenía aquel pequeño una mirada tristemente lánguida. Y lo era tanto que mi corazón se desbocó de compasión. Cuando sus labios buscaban la manera de provocar una sonrisa forzada sus ojos parecían todavía más tristes. Hundidos. Y eso que eran unos ojos preciosos, con pestañas larguísimas.

—Es un niño muy guapo… ¿o es una niña?

Tenía la cara tan dulce que dudé.

—Se llama Lolo —contestó Valeria tomándolo en sus brazos.

El niño reaccionó abrazándose a ella como lo hiciera un animal herido, asustado y que finalmente encuentra el cuerpo protector de su madre. Fue en ese momento cuando soltó algo que tenía en la mano y cayó al suelo. Vi que era una hoja de árbol, creo que de plátano de sombra, de esas que son grandes y en otoño brotan junto a una bola.

—Le gustan mucho las hojas y los árboles… —me contó la hermana—. A veces, para que se le calme el llanto, lo ponemos en una ventana y ve los cipreses y los castaños y se pasa así distraído horas y horas. Es un bendito.

—¿Lolo? —pensaba para mí aunque en voz alta—. ¿Qué significa?

—La hermana tornera le puso el nombre de su padre, que se llamaba Manuel.

Un lacerante recuerdo me hizo sentarme en una silla cercana. Valeria se dio

cuenta pero con la rapidez de quien tiene resueltas las decisiones me puso a Lolo en las rodillas.

—Mira qué guapo es. ¡Si casi no tiene pestañas! —exclamaba haciendo alusión a lo largas que las tenía.

—¿Qué… qué tiempo tiene? ¿Un año? —titubeé.

María de la Caridad contestó:

—Creemos que dos pero aparenta menos, ¿verdad? No anda todavía, ni habla. —Entonces suspiró—. Yo creo que tiene algún retraso. Los otros ya piden el agua y la comida, pero este se pasa las tardes con el dedito metido en la boca.

El niño se me abrazó. Parecía que entendía lo que estábamos hablando. Valeria dijo «¡Lolo!», y el pequeño volvió la cabeza para buscar su voz.

—Sordo no es —afirmó—. Entiende. ¿No han probado, queridas hermanas, a enseñarle a hablar?

—Sí y nada. A veces pone la boca como queriendo pero luego vuelve a meterse el dedo y todo concluido.

Lolo, con la seguridad de verse agarrado por manos masculinas, intentó ponerse en pie. Sus piernecillas temblaron pero sus manos me agarraron la nariz y las orejas, seguro de encontrar mejor apoyo en mi rostro. Las mujeres rieron.

—Volveremos a verlo mañana —aseguró Valeria—. Me haré cargo de su cuidado. Este niño es especial.

Intentaron desenredarme de Lolo, lo que costó, porque se encontraba bien a gusto rodeando mi cuello. Fue dejarlo de nuevo en la cuna y refunfuñó, pero no más que un gatito cuando acaba de nacer. Su dedo taponó una sonrisa que podría haberme servido de alivio horas después.

Al salir del convento, bajando las escaleras de acceso encontré a una Valeria rejuvenecida colgada de mi brazo. Se paró de pronto, abusando de mi indecisión, y subiéndose sobre las puntas de sus pies alcanzó una hoja de la higuera que florecía cada año cerca del Puente de Espinosa.

—Esta es para Lolillo. De mayor será botánico… seguro.

Yo me quedé con la mosca detrás de la oreja. ¿A qué se debía tanto interés por aquel niño?

Habiéndome liberado de la presión de Valeria, una fuerza inflexible a la que ya le veía un cometido, me dirigí al Ayuntamiento a hablar con Pepe Pardo. No tenía cita y al principio mi cuñado puso la excusa más usada por los funcionarios, que es que están reunidos, pero finalmente se vio en el compromiso de atenderme.

—¿Qué puedo hacer por ti, Maximiliano?

Me miraba desde su trono administrativo, pendiente de la hora del reloj de pared que me escoltaba.

—He sabido que se ha autorizado la reconstrucción parcial de la Puerta de las Orejas financiada, a medias, por el ministerio y el Ayuntamiento.

—¡Ah! —exclamó apesadumbrado Pepe—. ¡Otra vez la dichosa puerta! Rezo

para no volver a oír nada de ella…

—Escucha, José. El Ayuntamiento no ha cumplido con su parte. No ha pagado. Y yo me pregunto que quizá con una donación anónima podría sacarse el empeño hacia adelante.

—¿Donación anónima? —Pardo era muy rápido cuando así lo necesitaba—. ¿Vas a dar dinero para arreglar ese amasijo de piedras?

Medí la importancia de responder con ironía a esa pregunta y finalmente decidí que no era el momento de enfadar al burócrata.

—José, piénsalo. Las arcas del Ayuntamiento deben estar abiertas para proyectos más elevados. Yo tengo dinero ahorrado. Desearía contribuir a…

—No puede ser.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo dice… la ley.

Fue veloz en su respuesta, que no me creí. Y más veloz fui yo en exaltarme a pesar de haberme propuesto lo contrario.

—He venido aquí con el justo propósito de ser útil a Granada, pero como no me lo permites aceptando mi dinero tendré que conseguirlo por otros medios.

—¡Maximiliano! ¿Me amenazas? —preguntó. Fue tanta la sorpresa que su monóculo saltó expulsado por la cuenca de su ojo.

—Haré de esto una afrenta personal. Dormiré bajo la puerta si es necesario, haré pública tu obstinación y mi demanda llegará a Madrid —gritaba yo saliendo de su despacho.

—Pero…

Oía la turbación de Pepe Pardo, que sin saber qué decirme se preguntaba a sí mismo cómo evitar lo que le proponía.

—¡No serás capaz! ¡Piensa en María del Carmen! —me gritó mientras salía. Yo le respondí convencido:

—Eso es lo que hago. Pensar en mi hija y no dejarle en herencia una ciudad llena de ruinas.

Valeria me sirvió de apoyo en esa decisión, sin duda porque esperaba de mí que la apoyara en otra que requería un coraje mayor. Me puse ropa usada y me dirigí a casa de Julián Mínguez.

—Profesor, he hablado con Pepe Pardo. Le he dado un ultimátum. He reunido un grupo de beligerantes y nos vamos a manifestar cada noche bajo la Puerta de las Orejas. En silencio, con determinación. El gobierno de Madrid tendrá que oírnos.

La cara de Mínguez era un poema.

—Pero… ¿ha hablado usted con los miembros de la Comisión de Monumentos? Estas cosas hay que aprobarlas en junta. No creo que sea actividad que vean con buenos ojos.

—Deseo participar directamente. No ser un busto inmóvil. No he ido a la guerra pero si hay que batirse por un monumento soy el primero.

—¡Usted está completamente enardecido por el fervor artístico! ¡Se ha vuelto un orate! ¡Un imprudente! —me gritaba el anciano quitándose y poniéndose las gafas.

Fui a excusarme por mi comportamiento, que supuse que él no comprendería, cuando me miró sin sus lentes, con una mirada extraviada, tanto o más como su conciencia.

—¡Maximiliano! ¡Déjeme ir con usted!

—Pero…

Paré de buscar excusas por mi manera de actuar para buscar las que le pudieran servir a Mínguez y evitar que sucumbiera a las noches de frío que me esperaban bajo el monumento.

—Pero, profesor, ¿sabe usted a lo que se expone? Dormiremos a la intemperie, nos rodearán las ratas y puede que hasta nos asalte la guardia civil.

El profesor reflexionó unos segundos.

—¡Colosal! —exclamó.

Desapareció de mi vista y volvió al instante con una petaca de licor que hundió en el bolsillo de su chaqueta.

—Disculpe la excentricidad, pero yo sin mi chorrito de anís en el desayuno no soy nadie.

—Entonces…

—Que dormiremos a la intemperie.

Cuando salíamos de su casa dirigiéndonos hacia la Plaza de Bib-Rambla, allí congregados nuestra panda de ilusos, me iba diciendo el profesor al oído:

—Esto va a ser homérico, amigo Cid. Nos vamos a comer a la guardia civil como boniatos asados.

Ya empezaba a arrepentirme.

Capítulo 35

El periódico *La Sabika*

Como escritor he de usar las estrategias literarias más efectivas para distraer. Eso lo aprendí con mis novelas y artículos para el gran público. En esta, la historia de mi vida, he de tomar ejemplo, pues por detallismo puedo incurrir en el despropósito del desinterés. Sea por este motivo que no explicaré los pormenores de mis noches de indigencia bajo la Puerta de las Orejas, ni que estando en situación tan arriesgada tuve la confianza de algunos vecinos que me dieron comida. De otros recibí apoyo moral. Entre estos últimos he de destacar a Jaime Hilton, el editor del periódico *La Sabika*, que había vuelto a las andadas inaugurando una nueva era en el periodismo de la ciudad. Se hizo monárquico, y lo mismo que defendía al rey ninguneaba a los ediles o ministros sin que le temblara la mano ni la voz. Me puso en primera página casi todas las semanas e incluso publicó caricaturas muy mordaces describiendo cómo nos detenían, apresados como reo de cuerdas, a Mínguez y a mí. Nos obligaban a acudir a la prevención cada dos días, nos dejaban libres después de horas en el calabozo y nos amenazaban con encarcelarnos indefinidamente de seguir desobedeciendo la ley y el orden público. Gracias a que era juez el piernas de alambre me libré del presidio más de una vez.

La escena, sin embargo, no dejaba de ser chistosa. Una vez que salía de los juzgados iba a mi casa, me aseaba, me cambiaba de ropa, besaba a María del Carmen, me dejaba mimar por Valeria y luego me volvía a la Puerta de las Orejas. Todos los manifestantes hacíamos lo mismo, nos despedíamos al ver aparecer la fuerza bruta sobre los caballos y al hacerse la noche, ocupábamos los puestos como si ejerciéramos el derecho a un trabajo.

—¿Qué tal se ha pasado el día? —me preguntaban las vecinas de las casas aledañas a la puerta árabe.

—Más de lo mismo, salvo que Carmelilla ya tiene otro diente.

—¡Que sea enhorabuena! —respondía otra de más allá.

Habíamos llegado a tanta intimidad que hasta me aconsejaban en temas domésticos.

—Señor Maximiliano, usted que es un hombre de buen ver debería volver a casarse. No es bueno que una niña tan pequeña esté así, sin una madre que la consuele.

—Le agradezco a usted la preocupación.

—No, no… no me lo agradezca y cásese. Que un hombre, por mucha barba que tenga, no deja de ser un inútil en eso de la crianza. Si usted quiere, aviso en un santiamén a mi cuñado, que es párroco en la iglesia de la Magdalena.

—Gracias, señora. Lo tendré en cuenta.

Mínguez a veces dormía, y cuando despertaba también era el centro de atención de aquellas vecinas tan desprendidas de recomendaciones.

—Tápese usted bien, que esta noche refrescará. Le he calentado una botella de agua.

El anciano profesor sonreía víctima de la timidez.

Cuando las vecinas se iban a dormir continuábamos los congregantes con nuestras confesiones, y desvelados por la encomienda artística nos transmitíamos las inquietudes de la semana. Hacía mucho tiempo que con Mínguez no mantenía una conversación, lo veía alicaído y no era extraño, pues llevábamos muchas noches en esta absurda batalla.

—Le veo mala cara, profesor.

—La edad, Maximiliano, que no perdona. Cualquier día me tienen que cantar el gorigori.

—¡Pero si usted es ateo! —exclamaba yo para quitarle hierro al asunto.

—Sí… pero una vez muerto no confío en que me lo tengan en cuenta. Reúno cada día una beata dispuesta a salvarme el alma y esas podrán conmigo cuando ya no esté.

—Estaré yo.

Me palmeó el brazo para darme las gracias.

—Pues a usted, Maximiliano, tampoco se le ve en su mejor momento.

—Duermo poco, como poco…

—Y también *poco* con Valeria.

Su picante insinuación me sorprendió.

—¡Profesor!

—Sí, sí, hágase usted el casto conmigo. Pero esa señora de ahí arriba es más lista que Diderot. A usted lo que le hace falta es casarse con Valeria y me extraña que no lo haya hecho ya, pues la tiene conquistada.

Bajé la cabeza sin dejar de escucharlo. Sus palabras siempre fueron sabias, incluso en lo referente a la vida, tema que él no dominaba para sí.

—Es que me inquietan muchas cosas… ¿Sabe usted algo de Francesca? No he vuelto a saber de ella desde que se marchó. Le he escrito varias veces y solo contesta el silencio.

Mínguez se quitó las lentes para limpiárselas, lo que me aclaró, sin palabras de por medio, que había algo que no querría escuchar.

—La condesa está entregada por completo a su hijo.

—Bien, pues podría tenerme al tanto, a fin de cuentas es medio hermano mío.

—Ya, pero esa entrega ha sido ardua y penosa. La está consumiendo y se encuentra sola.

Qué impotencia, qué esterilidad anímica me producía esa noticia.

—La condesa está enferma.

Los cascos de los caballos repiquetearon los adoquines de la calle. Se aproximaban.

Me llevaron al calabozo. Esta vez fui el único detenido. A Mínguez lo escondieron las dispuestas vecinas en una de sus casas y los demás huyeron. Pero yo me quedé allí como un pasmarote, inmóvil y desorientado. El jefe de la guardia era ya conocido mío. Con un simple movimiento de cabeza los subalternos entendían que debían atarme y llevarme a la prevención. Pero lo hacían con cariño, no vayan ustedes a creer. Ellos se veían en la misma sinrazón que me encontraba yo. Detenían a un hombre indefenso cuya causa estaba perdida de antemano.

Pasé la noche en el cuartelillo. Me sentó bien porque allí estuve caliente. Al salir, ojeroso, me esperaba Jaime Hilton, el editor del periódico *La Sabika*.

—Tome un caldito —me dijo extendiéndome un humeante vaso—. Pensé que le sentaría bien.

Nos acomodamos al borde del río, en la zona ya embovedada de la Plaza Nueva. Era tan de mañana que todavía no circulaban por ella los vendedores de verduras, ni paseaban a las bestias que iban a abrevar al Darro camino arriba.

—Está usted que da miedo —aseguró Hilton—. Hágame caso, tiene que cambiar de vida.

—¿Sabe? Alguien me dijo una vez que tenía que responsabilizarme, que no servía para nada sentado en una butaca.

—Bueno… eso es lo que hago yo cada día. Y créame, luchar sentado en una butaca es lo que hacemos los periodistas, los políticos de pro, los comisionados que serán los responsables de la salvación de esta ciudad.

Sorbí el caldo y me abrasé la lengua.

—Quizás esté ya viejo para todo esto. Pensé que Madrid oiría mis súplicas.

—Yo creo que mejor que oírlas las leerán. Y a eso he venido. Como sabrá, voy a jubilarme. Yo tengo muchos años y muchas más decepciones. Pero no quiero dejar mi periódico en manos de un botarate. Se lo ofrezco a usted.

—¿A mí?

La propuesta me halagó. Siempre he admirado el espíritu luchador y crítico del periodismo.

—Verá… Su vida no cambiaría mucho, salvo que dormiría cada noche en su casa. Se decepcionará cada día, se granjeará enemigos, perderá dinero y será vilipendiado por todos. Pero a cambio tendrá la manera de denunciar a la administración, al gobierno, incluso a la iglesia, si sabe hacerlo con astucia.

—Me ofrece usted una responsabilidad muy grande sentado en un sillón.

Hilton me abrazó en un intento de agradecerme una respuesta que omití, pero que estaba seguro que correspondería a sus expectativas.

Cuando llegué a casa, con el traje aromatizado por las miserias de la cárcel, Valeria me ayudó a desvestirme y me obligó a tumbarme en la cama, con un camisón de dormir de seda que alivió mis escozores pero acrecentó mis miedos. Me arropó como un niño, como haría con María del Carmen por las noches, y yo pude aprovechar la ocasión para agarrarla de una mano.

—Valeria —le dije—, mañana no iré a la Puerta de las Orejas. Esa causa ya está perdida. Pero he ganado otra y quisiera compartirla contigo. Vístete de blanco y espérame antes de comer en el salón. Tendremos que pedir un favor al cuñado de una amiga.

Sonrió. Hacía tiempo que no me fijaba en esa sonrisa traviesa pero astuta.

—¿Y por qué he de ir de blanco? ¿Es otra fiesta romana?

—Fiesta es, aunque cristiana.

La curvatura de sus labios se arrugó en un encantador arrumaco.

—¡Oh, vamos! Sabes que no resisto los misterios. ¿Qué vamos a hacer los dos esta mañana?

Le apreté las manos, se las besé.

—Vamos a casarnos.

Sin que llegara a responderme, para bien o para mal, sin que mediara entre ambos más respuesta que el silencio, Rosita dio en la puerta provocando un sonido más que perturbador para anunciarnos que la señorita Carmelilla reclamaba a su padre, o en su defecto, a la señora viuda de Cienfuegos. Allí quedó Rosita con el ceño fruncido. Claro estaba que había presenciado mi declaración de matrimonio y presagiaba, para ella, avecinarse malos tiempos.

A la ceremonia solo asistió el profesor Julián Mínguez, que entregó a la novia. Por razones de necesidad (confesamos al cura que ambos vivíamos en pecado mortal) nos casaron con una premura aséptica pero que a nosotros nos supo a gloria. Era un descanso en nuestra agotadora vida. Anuncié a ambos, pues conmigo estaban, el ofrecimiento de Jaime Hilton de venderme el periódico y los dos estuvieron tan acordes en felicitarme que no hubo necesidad de reflexionar sobre si era acertado o no el giro que quería dar a mi existencia.

—Periodista… —susurraba Valeria colgada de mi brazo—. Ahora tendrás más tiempo para estar en casa y para poder acompañarme a ver a Lolo.

—¿Lolo?

—Sí, no te hagas el olvidadizo. Pregunta por ti cada día.

—¡Pero si no sabe hablar…!

—Claro que sabe, pero en un idioma que únicamente yo entiendo. Mira, cruza los deditos así y con eso me dice que quiere ver la higuera del patio. Y para dormir junta las manitas y se las pone en el carrillito, y cuando ríe es como oír los cantos de los pájaros y…

—¡Entendido! —exclamé cercenando su entusiasmo—. Eso quiere decir que te estás encariñando con ese niño.

Me miró sin ocultar su entusiasmo, era como verla hace muchos años, cuando disfrutábamos de nuestro amor juvenil. Parada en medio de la calle, rodeados de mozos de cuerda y de adolescentes voceando el periódico de la tarde, me dijo:

—Max, quiero adoptar a ese niño. Será nuestro, nuestro Manolito.

Silencié un suspiro.



Capítulo 36

El primer incendio

La complicidad que había alcanzado con Valeria formalizando nuestra situación familiar respondía a una necesidad práctica pero también a un deseo espiritual que veníamos persiguiendo desde hacía años. Nuestro amor era ahora un amor calmoso; gastada ya la efervescencia causada por la prohibición, ahora disfrutábamos de la compañía en un estado semiplatónico que me hacía sentirme a las puertas de la felicidad. Carmelilla crecía sana y daba muestras de ser una niña inteligente. Mi relación con ella nada tenía que ver con la que mantuve con Manolillo, su hermano, pero no dejaba de convertirse en una inquietud, cualidad que adquiere el padre desde el momento en que lo es.

La rogativa de Valeria de adoptar a Lolo no me pilló de sorpresa. La verdad, también yo lo había barruntado. Pero mi entretenimiento de retar a la policía y a mi cuñado Pepe Pardo mientras defendía la Puerta de las Orejas me había dejado sin fuelle para enfrentarme a un nuevo compromiso. Ahora, dedicado a otro algo más llevadero, que era el periodismo, en mi calidad de director del periódico y por tanto con posibilidad de tomarme alguna concesión, me parecía el mejor momento para ofrecerme a Valeria y acceder a su anhelante maternidad.

Hablamos con la superiora del convento y se hicieron los trámites pertinentes para hacer legal la adopción. No fue una decisión aceptada por igual acuerdo entre todos los miembros de la familia. Como era de esperar mi madre, al enterarse, ya herida por haberla ganado el juicio contra el Cortijo de las Piedras, sacó de sus miserias las más crueles y envilecidas. Se enteró por Agustina de que íbamos a adoptar a un niño de la casa cuna y vino al caserón con ínfulas que reproduzco aquí:

—¡Cómo! ¡Un niño inclusero! Jamás mientras yo viva…

—Madre, no diga usted eso, que me tienta.

—Pero ¿cómo se te ocurre? A saber cómo será su sangre…

—Puedo afirmar que roja, como la de usted.

—¡Un cunero!

Se sentó desplomada como un fardo pesado. Rebotó incluso en el sillón y luego sacó su abanico, que más parecía un alargamiento de su brazo, y se dio aire con frenético dramatismo, aliviándose con el contacto del frescor.

—No creas que esto me impedirá hacer valer mis derechos. Lo haces porque es un varón.

—Madre, hace tiempo que dejé de tomarme el trabajo de enfadarla a propósito. Entre otras cosas porque haga lo que haga la enfado igual y por lo tanto me resulta gratis. Quiero que sepa que todo esto lo hago por amor.

La Benajara me miró sin comprender. Estaba claro que aquella palabra era la gran

desconocida de su vida.

—Amor… —susurró intentando encontrar un sentido al término—. Amor… ¡Ah! Ya lo entiendo. Un acto de caridad. Quieres quedar bien con la sociedad, aparentar que eres una persona con buen corazón. Bien, pues haber empezado por ahí. Cuidaremos de ese niño lo mejor posible, pero no es necesario que le des tu apellido. Puede dormir con las criadas y…

—¡Madre! —A mi grito paralizó su verborrea. Le sorprendió ver en mi cara tamaño enojo—. ¿Es que usted no se cansa nunca? Lo quiera o no, tendrá dos nietos con apellido Cid. A los otros, a los Morell, deberá defenderlos mi hermana. Sobre esto no hay discusión ninguna. Ahora le ruego que se marche de mi casa y no vuelva a ella si no trae intención sana de verlos a ambos.

Como era de esperar no me libré de ella aun echándola. Días después fue a emponzoñar a Agustina y esta, raro en ella, se dejó persuadir con palabras irrisorias. Ha sido el único momento de mi vida que discutí con mi hermana y me lo he guardado muy dentro, pues me consternó su inicial repudio a un niño inocente que ni siquiera conocía. Estaba claro que le tiraba su amor de madre, y veía en Lolo una amenaza para sus tres hijas, María Luisa, Alejandra y Genoveva. Sí, las dos últimas tuvieron el nombre que mi madre deseó para mi María del Carmen. En ello lamento haber detectado una cierta conspiración encubierta durante años, lo que bien me escuece.

Pero con todo, un día salimos con Lolo del convento de Santa Inés. Valeria lo llevaba en brazos, sujetando su cabecita rígida pues oteaba la calle como un polluelo que quiere ver más allá del nido. Era la primera vez que salía al exterior y su cuerpecillo cercano a los tres años aparentaba el de un bebé. De hecho la ropa que le llevamos, camisa de batista holandesa y pantalón de paño inglés, le rebosaba. Gracias a que el convento estaba próximo a nuestra casa y que el pequeño no mostraba interés por caminar pudo Valeria transportarlo sin dificultades. Los zapatos de charol, de habérselos calzado, se le habrían salido.

Al llegar al caserón de los Cid y ver el asustado Lolillo que teníamos patio amplio con matas de arrayán, pidió con gestos más que expresivos que lo dejáramos en el suelo. Se le acomodó sobre un cojín pero cercano a los setos y allí estuvo mirando sus ramitas verdes, sintiendo su contacto con arriesgados toques y aproximándose para olerlos. Se reía solo. Y parecía tan feliz que Rosita, cuyo corazón ya se había ganado, exclamó:

—¡Mire usted, señora, si parece un ángel caído del cielo!

Las criadas, el cochero Fermín y el profesor Mínguez dieron su bienvenida al pequeño con un silencio expectante. Subía una manita hacia la mata y todos exclamaron: «¡oh!» como si el niño hubiera resuelto tamaña ecuación matemática. Si reía enseñando sus diminutos dientes, reían con él tal cual se respondiera a un chiste oportuno.

En la escena, entrañable sin ninguna duda, reclamó su espacio María del Carmen

con lloros e hipos y la tomé en mis brazos.

—Mira, Carmelilla. Ahora tendrás que compartir tus juguetes con tu hermano. Aunque le veas así de menudo es mayor que tú, así que respétalo y quiérelo.

Valeria rio movida por mi ignorancia.

—¡Pero qué bobo eres, marido mío! Carmelilla no entiende lo que le estás diciendo. Dejémosla junto a su nuevo hermano y que ambos decidan cómo llevarse.

Acomodamos a la niña junto a Lolo y se observaron. Al principio el niño rehuía la mirada. Todavía no había perdido la tristeza de sus ojos. Atisbaba a María del Carmen, así de soslayo, y sonreía forzadamente como para quedar bien. Para mí que con algo de temor. Pero luego volvía a la mata de arrayán y le provocaba unas carcajadas que a todos nos contagiábamos, menos a la nena, que envidiosa lloraba y daba patadas.

—Bueno, será mejor que lo bañemos —convino Valeria—, aunque dejé muy claro a las monjas que no quería piojos…

Rosita impetuosa respondió:

—¡Ay, señora, si le encarta, déjeme usted que yo lo bañe! Se me dan muy bien los niños. Lo despiojaré si llega el caso, que de eso sé por haber vivido en una cueva del Sacromonte.

Yo rubriqué su ofrecimiento. La actitud que tomó Rosita en la enfermedad de mi primer Manolillo fue ejemplar. Aunque enredona y ambiciosa, siempre fue cariñosa con los pequeños de mi familia. Así pues se lo entregamos.

Subimos confiados al salón cogidos de la mano, ilusionados con que esa novedad sería beneficiosa para todos. Nos daba una paz inesperada.

Estuvimos algún rato en silencio disfrutando de ese instante mientras los vencejos trisaban en los tejados y oírlos significaba que algo bueno sucedería en nuestra vida. Pero al rato, ignorando el augurio del volador, llegó Rosita con cara de susto.

—¡Ay, señor! Que tenemos un problema…

—¿Pues qué? ¿Los piojos?

—No, que el señorito Lolo no quiere alejarse de la mata de arrayán, que se ha abrazado a ella con la fuerza de tres leones y no hay manera de separarlo.

En ese momento supe que Lolillo tendría una relación muy especial con la flora granadina y ese sentimiento debió ser el presagio que anunciaba el vencejo.

Fueron los mejores meses de mi vida. Sin ninguna duda. Ausente de controversias y de chismes familiares, me entregué a mis hijos y a Valeria. Por el día dedicaba algunas horas al periódico, otras a escribir editoriales en mi despacho. Y oía cómo a mi puerta llegaban ambos niños gateando y parecían batirse por llegar primero, pues siempre terminaba el acercamiento en lloros o peleas. Presentía a Rosita que los separaba y al rato a Valeria que regañaba a la criada por no estar lo suficientemente atenta.

—Ay, señora, es que Lolo está aprendiendo a andar y se me escurre como un pez. Cuando ande con dos piernas voy a ser incapaz de seguirlo…

Todos esos comentarios me llenaban de satisfacción, pues para mí eran una novedad. A Valeria la veía radiante, elocuente en sus conversaciones, que siempre emprendía con vehemencia desmedida, y yo me quedaba embobado observándola y diciéndome que por fin había llegado a mí la felicidad.

Al salir de mi despacho las dos mujeres, es decir esposa y criada, se aprovechaban de mi condescendencia y viéndome sentado en la butaca del salón con el propósito de leer el periódico me hacían doblar las piernas y en el hueco de ambas me ponían a Lolillo y a María del Carmen sentada en un cojín a mi lado. Los dos niños parecían hallar la calma entre mis extremidades y callaban o incluso probaban las delicias de Morfeo.

Pero llegó el día en que ambas criaturitas, semejantes en comportamiento por capacidad física, fueron distanciándose. Lolo, tonificado por los beneficios de la comida que no recibía en la casa cuna, creció un palmo. Sus piernas se fortalecieron y muy pronto empezó a tomarle gusto a subir las escaleras, tormento de Rosita, y luego a corretear, hasta llegar a un punto que vio un mundo apetitoso cercano a sus manos, antes inservibles y ahora instrumento magnífico.

No dejó cosa en la casa sin romper. Tampoco dejó ningún lugar sin escalar.

De la pasividad con que miraba la mata de arrayán pasó a sentir deseos irrefrenables por desmigarla, deshaciendo sus hojillas como papel de fumar. La golpeaba para verla vibrar y cuando sus minúsculas verdosidades provocaban lluvia floral, se empeñaba el niño en talar la mata entera.

Era la felicidad personificada. Por todo reía. Se te abrazaba con ímpetu y necesidad de querer. Pero en su actividad constante había un no sé qué de descontrol que provocaba en todos nosotros, mucho más en Valeria y Rosita, el agotamiento extremo.

Era tan travieso que Rosita no tenía tiempo más que para perseguirlo por toda la casa. Y yo me reía de oírla subir el tono y modular las expresiones acorde a la importancia del acto.

—¡Virgencica! ¡Bájese el señorito, que se abre la cabeza!

—¡Venacapacá, tunante!

—¡Lolo, que te caes!

—¡Lolillo! ¡Ay, qué hartura de niño!

Cuando todo pasaba, la casa estaba tan en silencio que me dolían los oídos y buscaba extrañado por los pasillos la falta de bullicio, que se traducía en que Lolo había ido a echar la siesta después de haber roto algún jarrón o intentado podar parte de la higuera.

Una tarde vino a mí Valeria algo más retraída que de costumbre y se sentó a mi lado. No sabía cómo encauzar la conversación.

—Max… ¿tú eres feliz?

—Pues claro.

—¿Piensas que todo va requetebién?

Me quedé prudentemente callado.

—¿Es que no te has dado cuenta de que Carmelilla, aún siendo más pequeña que Lolo, habla por los codos y nuestro hijo no ha arrancado a decir ninguna palabra?

Le quité hierro al asunto.

—Será que no tiene nada que decir.

—¡Claro! Porque se pasa todo el día corriendo de un lado para otro. No se centra en nada, salvo cuando lo sentamos en el patio y se dedica a descortezar el ciprés.

—Ya…

Tal vez no quería ver el problema, me dije. Debería escucharla, al menos, pues su instinto nunca me había fallado.

—Piensas que Lolo, nuestro Manolillo, tiene algún problema para articular palabra… ¿Es eso?

—Puede. Tal vez. Quizá solo se deba a que su crecimiento es distinto y compararle con Carmelilla no sea lo mejor, pero… ¿Y si no pudiera hablar?

—Vamos, vamos… no seas aguafiestas. Disfruta de él antes de que sea un mocetón y tengas que sacarlo de las faldas de alguna mujer.

—¡Max! —me recriminó—. Estoy realmente preocupada.

Como vi que era cierto, opté por tranquilizarla. Prometí que pensaría en ello. Sin embargo, como otras muchas cosas de las que aseguré ocuparme, no lo hice. Traté de convencerme de que todo era causa de la sobreprotección que ejercía Valeria sobre Manolillo.

Muy pronto empezaron las manifestaciones de terror. El pequeño, sin emitir sonido alguno, alcanzaba a poner gestos tan dramáticos, fuera por reflejos o por sonidos, que a Rosita le resultaba difícil controlarlo. Cada vez que entraba en una de las crisis de terror movía los brazos con tanta rapidez que parecía que espantaba algún fantasma. Ese gesto le quedó en su costumbre y más de una vez veíamos que aleteaba sin razón de que ahuyentara ningún mal, más bien le suponía un tic tranquilizador al que acudía cuando algo le asustaba.

Consultamos con los médicos y en su mayoría coincidieron en que eran espasmos, lo que yo negué, pues voluntarios eran, pero la medicina de mi siglo estaba tan empobrecida como la política. No hubo manera de convencer a los médicos y cuando exigían razones apuntaban ellos que estábamos cegados por el amor de padres. Pero con todo, Lolillo seguía sin hablar.

—¡Encima mudo! —oí un día decir a la Benajara en la casa de mi hermana, que aún la recibía con buenos modales y guardando las formas—. ¡La vergüenza de la familia! Y como no te apures se quedará con la herencia de tus hijas, un retrasado que solo sabe correr por el campo y se comporta como un salvaje.

Yo las observaba camino del salón y entre las cortinas me abrumé descubriendo a una Agustina persuadida por la avaricia, quizá cediendo al temor que todo burgués

tiene de llegar a ser tan humilde como sus criados. El caso es que mi hermana escuchaba sin un gesto agrio en la cara, lo que fue para mí suficiente para abandonar la casa.

Cuando volvía al caserón de los Cid, pensativo, buscando una resolución a mis problemas familiares, percibí el eco de campanas, tanto de iglesias como de las que indicaban un incendio en la ciudad. El camión de bomberos, guiado por caballos desbocados, se perdía en una lejanía tranquilizadora. Presentí el murmullo temeroso de los viandantes cuando se aproximaban y por eso ajusté mi oído a todo cuanto decían los que se encontraban en plena calle.

—La plaza de toros —decía un tabernero— que se ha quemado. ¡Diantre! Me parece que en la próxima feria no vamos a ver torear al Lagartijo.

Al llegar a casa y eso que las campanas y murmullos se apaciguaban cerca del río, encontré a un Manolillo fuera de sí, agarrado a los brazos de Valeria. Los sonidos le provocaban un miedo incontrolable, y verlo así, parado, sin ganas de subirse a los tejados, removía en mí la inseguridad.

—Querido —comenzó Valeria—, no podemos seguir así. Tenemos que buscar ayuda en médicos extranjeros. Me he permitido hablar a Francesca y…

—¿Francesca? —La noticia me escandalizó, teniendo en cuenta que a mí me había estado ignorando—. ¿Cómo es que a ti te contesta a las cartas? Las mías me las devuelven desde hace años.

—Sí, lo sé. Cambió de casa y no me ha dejado que te diga dónde vive ahora.

Me senté, desorientado. Lolo me miraba suplicante tendiéndome las manos, creía que agarrándose a mí dejaría de oír las campanas.

—Pero ¿por qué razón? ¿Qué le he hecho? Sé que está enferma y no me deja que la ayude…

Valeria suspiró. Se traslucían en sus ojeras las noches de insomnio que Lolo llevaba a las espaldas.

—Ahora puede ser un buen momento. Marchémonos a Roma. Hay un especialista en enfermedades de este carácter que podría enseñarle a hablar por gestos, como a los sordos.

Me negué a ello.

—¡Manolillo no es sordo! Ni tiene ninguna enfermedad. Me niego a que lo traten como a un mono de feria esos mercachifles italianos…

Mis palabras provocaron en Valeria un llanto lento, explosión de cansancio y desesperación. Mientras se sonaba la nariz con un pañuelo color miel pronunciaba estas palabras:

—Maximiliano, si quieres ayudar a tu hijo tendremos que ir a Roma. Y si quieres ver por última vez a la condesa… también.

Vaya argucia la de mi esposa, pensé. Trataba de decirme que Francesca, la mujer a la que había amado con tanta pasión por encima de convencionalismos morales y sociales, se moría. Así pues, ordené hacer las maletas. Al día siguiente, 11 de

septiembre de 1876 ya tenía Rosita toda la ropa de los niños en los baúles.

Capítulo 37

Roma

Viajar por Europa con dos niños pequeños, uno de ellos incapaz de quedarse quieto, resultó agotador. Francesca nos había localizado una casa amplia y con vistas al Foro romano no muy lejos de su casa palatina. Y la verdad, hicimos bien en rechazar su ofrecimiento de instalarnos en su hogar, pues con Lolo habría sido todo mucho más agobiante.

Durante todo el trayecto, en barco y luego en tren, días de intenso trabajo pedagógico por moldear la rebeldía de nuestros hijos, también tuve momentos de reflexión. Y en esos instantes para mí, con el vaivén de las olas o el traqueteo del ferrocarril, me imaginaba cómo sería el encuentro, después de tantos años, con la condesa.

Sabía que una enfermedad había hecho nido en ella. Pero ¿cuál? ¿La encontraría envejecida? ¿Deformada? ¿Ausente o postrada en una cama?

He de reconocer que la cuestión me intranquilizaba, incluso llegué a soñar por las noches con una Francesca etérea, casi un hada, que no era persona ni sombra. Y esa sensación me hería hasta el punto de que Valeria reconocía en mí el miedo a enfrentarme a una muerte anunciada, no como las otras de mi vida, que fueron como un bofetón imprevisto y despiadado.

A los dos días de llegar a Roma acudimos a casa de Francesca. Yo nunca había estado allí, así que al entrar observé maravillado el lujo de la decoración, apoyada en su gran colección de piezas artísticas. Resultaba abrumador. Era una casa pero sus salas eran tan amplias como palacios y tan atiborradas como museos.

Mientras nos acomodábamos en un gabinete algo más reducido y nos ocupábamos de que Lolo no cogiera ningún objeto de las mesas, di con una pequeña pintura, de esas que hoy sustituirían a un retrato fotográfico. Estaba enmarcada con un cuadro elíptico, rico en color dorado. Por descontado que fue el modelo que se asomaba a esa pintura, delicada y muy realista lo que llamó la atención. Se trataba de un hombre de mediana edad. Eran sus ojos y su nariz, su pelo y su expresión, los que plantaron en mí una duda, que tras de mí aclaró la voz de la condesa:

—Veo que has descubierto el retrato de tu padre. Lo pintó él mismo en su estancia en Roma, cuando vivimos juntos aquellos años.

Francesca retenía, a pesar de esa supuesta enfermedad y del paso ingrato de los años, su mirar aturquesado. Era cierto que las arrugas se habían apoderado de sus maravillosos ojos y bajo ellos se escapaban, aunque disimuladas por el maquillaje, unas ojeras amenazantes. Mantenía aún el buen talle que siempre habían admirado al llegar a la ópera, pero sus manos y brazos perdieron la elegancia. Fue esa flaqueza, esa endeblez inhóspita, la que me ratificó que Francesca estaba enferma. Luego, al

ver que se apoyaba en un bastón, entendí que todo lo que me había contado Valeria era cierto.

Le tomé la mano. Hubiera deseado abrazarla pero la presencia de mi familia y la fragilidad de su cuerpo me frenaron. Besé sus dedos surcados de venas y algo hinchados. Tragué saliva para evitar las lágrimas y como ella hubo de darse cuenta, pues siempre me conoció profundamente, me acarició la cara para recuperar la entereza.

—Querido Max… —Su voz era gangosa. Respiraba con dificultad. Pero se volvió hacia los niños y dijo—: ¡Pero si han venido mis pequeños! ¡Cuánto he rezado para conoceros! Dejadme un sitio en ese sillón…

Se sentó entre medias de los dos. María del Carmen se abrazó a ella y tuvimos que conseguir que el abrazo no fuera muy fuerte. Lolo se distrajo por la irresistible atracción de un ramo de violetas y no paró hasta ir hacia él y romper en el camino el jarrón que las contenía.

—No le regañéis… —decía Francesca—. Es un placer observar las travesuras de un infante en esta casa. No creí que llegara nunca a suceder. Pero ahora me siento la abuela romana más dichosa, con vosotros a mi lado…

Valeria y Francesca comenzaron a hablar en italiano. Yo les dejé en su intimidad y salí a un parterre a tomar el aire. Una excusa muy propicia en aquellos momentos en que volvían a mí las intenciones de llorar. Rosita, que esperaba en la puerta por si la necesitábamos, me pidió permiso para bajar a las cocinas y se lo di.

Estuve entre parras y enredaderas algún tiempo. Oía el canto de los pájaros que no eran como los de Granada. La vista que desde allí se presentía de la Ciudad Eterna era exultante.

—Disfrutarás de las ruinas romanas. Aquí se conservan, no se echan abajo como en España.

Francesca había salido, apoyándose en su bastón. Me fijé en su pelo que tenía ahora canoso aunque con reflejos dorados.

—¿Por qué no me habías dicho que estabas enferma?

Mi pregunta fue cortante y dolorosa de pronunciar pero Francesca sabía que tarde o temprano manifestaría mi rencor.

—Hubo circunstancias en las que no quería verte involucrado.

—Creía que estábamos unidos por encima de cualquier cosa.

—Y lo estamos —aseguró con dulzura—. Por eso he tratado de evitarte más dolor.

Me abracé a ella y me dio igual que fuera excesivo mi gesto. Era como abrazar a un pajarillo, huesos endebles, sin resistencia.

—No quiero que nos volvamos a separar.

—Oh, Max… tendremos que hacerlo. Es ley de vida.

—¿Y qué clase de ley es esa? No acepto la ley de los hombres, mucho menos la divina.

La condesa me acarició la cara otra vez.

—Había olvidado lo mucho que te pareces a tu padre.

Estuvimos callados unos minutos y luego entendí que se cansaba de estar de pie. La ayudé a sentarse en un banco labrado en una forja muy delicada.

—Maximiliano… tu hermano Francesco está ingresado en un centro para enfermos mentales.

—¿Qué?

Demostré sorpresa, pero ciertamente lo esperaba.

—¿Y cómo está?

—Mal. Sedado la mayoría del tiempo. Se ha intentado suicidar varias veces.

Eso sí que no lo esperaba. Era la herencia de mi padre.

—Y todo esto lo estás sobrellevando tú sola. Me parece que es demasiado para ti.

¿Una sonrisa intuí?

—No creas que mi aspecto es de resultas de la enfermedad de Fran. No. Lo es la vejez. Tuve mi momento y ahora es el tuyo. Voy apagándome como una vela.

Tomé su mano, no supe qué decir.

Los médicos que debían examinar a Manolillo, según parecía, eran los de la clínica psiquiátrica en la que se hallaba Francesco. No me gustó nada asociar a mi hijo con la psiquiatría; era una ciencia muy inexacta y que no me ofrecía más que rechazo. Pero habíamos atravesado medio mundo en pro de la salvación de Lolo y dejé que unos hombres vestidos de blanco le observaran y miraran sobre una camilla, mientras el niño daba patadas o se rendía a la evidencia chupándose el dedo. A Valeria le podía más la esperanza de verlo equiparado al resto de los niños de su edad; quizá por eso no se planteaba si lo que hacíamos era correcto o no. Pero yo dudaba, y lo hacía tanto que a veces deseaba volverme a España de inmediato.

—¿Se mantiene sereno durante la comida? —preguntaba el médico.

—No, suele mover la silla y a veces se cae.

—¿Aletea o tiene tics?

—Sí, constantemente, sobre todo cuando está nervioso.

—¿Se calma de alguna manera?

—Sí, en los parques, cerca de los árboles.

—¿Tira cosas impulsivamente?

—Sí, no hay vez que no pasemos por un río que tire, sin proponérselo, lo que lleva en la mano.

—¿Presta atención?

—Casi nunca.

—Ya…

Eran preguntas que nos hacía el doctor, las anotaba en un cuaderno mientras fumaba en una pipa humeante que a mí me parecía la chimenea de un barco surcando el Mississippi.

Se quedó callado tanto tiempo que me pareció un mal presagio.

—¿Sabe usted qué tiene?

—Sí.

—Pues qué…

—Sabemos lo que tiene pero no cómo se cura.

¡Acabáramos! Habíamos surcado el Mediterráneo para oír de palabras de un especialista lo que yo ya sabía. Fue más que desalentador y tuve verdaderas ganas de llamar mequetrefe a aquel galeno.

—Verá… —continuó diciendo—, el médico alemán Heinrich Hoffman, hace casi treinta años, diagnosticó a su propio hijo de lo mismo que el suyo. No supo curarlo pero escribió unos cuentos con los que intentó educarlo en una moral rígida para corregir en él esas actitudes violentas que usted indica.

—Oh, no —aseguró Valeria—. Lolo no es agresivo.

—Señora… un niño impetuoso, desobediente e incapaz de refrenarse llegará a ser un adulto licencioso. Si no emplean el ejemplo con él tendrá que ir de cabeza a un reformatorio.

Valeria se llevó las manos a la cara por no llevarlas a la cara del médico.

—Doctor —exclamé yo—, es un niño de tres años. Me parece prematuro hablar de su futuro con tanta ligereza.

—Señor Cid —aclaró el psiquiatra con tozudez—, su hijo es incapaz de sentarse, no atiende y no habla. Creo que además habría que pensar en el factor «retraso». Esta institución acoge a niños de estas características y le aseguro que hemos tenido mucho éxito con chorros de agua fría y un régimen disciplinado. Mientras piensan en ello llévense este libro, el del doctor Hoffman, está escrito en alemán pero seguro que la señora condesa Di Mare podrá traducírselo.

Volvimos cabizbajos a nuestra casa italiana. Por el camino no hacía más que preguntarme: «¿Chorros de agua fría? ¿Retraso? ¿Reformatorio?».

Y eso que aún me quedaban por oír de labios de Francesca las historias de Pedro Melenas.

Nos sentamos al abrigo de la noche, mientras los niños, agotados de sus travesuras, dormían. Francesca, que sabía algo de alemán, iba traduciendo aquel libro misterioso que el doctor nos había recomendado como imprescindible para enseñar a comportarse a Lolillo. Las historias estaban contadas con un ritmo rápido, rimadas para ser memorizadas con facilidad. Ponían como protagonista a un niño malvado, al que unas veces llamaban Pedro el Melenas o Federico el Cruel, haciendo alusión a las cualidades del sujeto trasgresor de las normas sociales. Elegimos, entre todas la del Pequeño Chupadedos, pues ese hábito era muy común en Manolillo, sobre todo cuando se asustaba. Francesca decía así:

«¡Conrado!», dice mamá: «Salgo un rato, estate acá, sé bueno, juicioso y pío hasta que vuelva, hijo mío y no te chupes el dedo porque entonces —¡ay, qué miedo! — vendrá a buscarte, pillastre con las tijeras el sastre y te cortará —¡tris, tras!— los pulgares, ya verás».

Nos quedamos más que sorprendidos por la violencia que se manejaba en el libro infantil. ¿Un sastre que cortaba a los niños los pulgares por chupárselos? Valeria tomó el libro en sus manos y me enseñó unas viñetas, muy bien ilustradas, en donde había un niño, sin duda el tal Chupadedos con los suyos bien cortados y en donde no faltaba un impactante chorrear de sangre saliendo por ellos.

—¡Válgame Dios! —exclamó mi mujer—. ¿Es así como pretenden que enseñemos a nuestro hijo?

—Pues aún hay más… —continuó Francesca—. Una niña que juega con fuego aun después de habérsele advertido arde de pies a cabeza. ¿Será esa la moraleja? Creo no entender lo que se pretende con esta enseñanza.

—Tampoco yo —aseguré—. No comparto las opiniones de «la letra con sangre entra». Y me niego a creer que sea el único método que aplaque la excesiva actividad de Lolo. Tendremos que buscar en otro sitio.

—Conozco un especialista… —Francesca insinuó un dolor de cabeza. Estaba muy cansada y no pudo ni terminar la frase. Le recogí el libro y la acomodé en su sillón, tomándole las piernas que estiré sobre unos mullidos cojines.

—Basta de especialistas por hoy. También habremos de descansar los mayores. Y mañana, si te sientes con ganas, daremos un paseo por el Foro.

Le besé una mano. Valeria se complacía de mi dulzura y comprensión. Según salí del salón tiré el libro de Pedro el Melenas a la chimenea.

Roma, la ciudad paraíso de todos los pintores y posiblemente de la gran mayoría de los escritores, se me ofrecía. Tenía todas mis ruinas a un paso de mi casa y a través de ellas caminaba a primera hora de la mañana para relajarme, para reflexionar e inspirarme. A mí volvieron los recuerdos de Iliberri, la persecución de un espejismo que refrescó en muchos de nosotros, pobres románticos, el anhelo de encontrar algo nuevo y original, algo propiamente nuestro. Veíamos una moneda romana, una sola moneda, y nos creíamos los dueños del mundo. Pero ahora me encontraba en el mundo real, el único mundo, continente de monedas y piedras, de ruinas y monumentos. Pensé que Gómez-Moreno sería feliz aquí. Yo entonces no lo podía suponer, pero dos años después llegaría para instalarse en la ciudad. Sería aquí en donde pintaría sus mejores cuadros. En una de sus cartas dirigida a su padre Carlos Gómez-Moreno Puchol diría lo siguiente: «Los monumentos romanos primitivos que se conservan son muchos y cada día se descubren nuevos. Así como en nuestra población, desgraciadamente, están deseando que haya una cosa antigua para echarla abajo, sustituyéndola con alguna mamarrachada o por ensanchar una plaza o calle, aquí, a pesar de haber tanto antiguo y tan bueno, no por eso desprecian lo que al parecer no tiene interés alguno, aunque haya otras cosas iguales o mejores. Si el edificio se encuentra al abrir una plaza o calle, queda en medio aislado, y si amenaza ruina se le calza y se le ponen pilares o muros de sustentación. En medio de una plaza moderna se encuentran varios sillares formando un pequeño muro rodeado al modo de una fuente, estatua u otro monumento decorativo. Como este ejemplo podría citar

muchos. En cambio en Granada, donde tan poco va quedando, se derribará la Puerta de Bibarrambla y de la Alhacaba y todo cuanto quieran, para que todo esté más bonito y sobre todo a la moda».

Sus palabras podían resumir toda mi vida. Y la de tantos hombres y mujeres a los que traté de imitar y no lo conseguí. El profesor Mínguez, uno de esos admirados, desde España me anunciaba que la Puerta de la Alhacaba, también llamada Monaita, una de las primeras puertas de la ciudad árabe, se encontraba en la misma situación que la de las Orejas. El Ayuntamiento, y consecuentemente mi cuñado Pepe Pardo, se negaban a dar el dinero necesario para restaurarlo. «Aquí hay matute —decía Mínguez aludiendo al posible boicot al que se veían abocados los artistas de Granada —. Nadie cede ni un ápice para restaurar los monumentos pero todos se dan el pisto de haberlos descubierto o defendido. Esto es España, mi querido Max, nada más que España. Y no se me mete en la mollera».

Mi desasosiego era menor cuando Francesca accedía a pasear conmigo. No paraban de desenterrar ruinas del Foro romano y nos gustaba observar a los operarios en sus trabajos. Conscientes del tesoro que tenían bajo las aceras de las calles, los romanos dedicaban mucho esfuerzo a excavar. Ver las columnas del templo de Saturno, el arco de Septimino Severo o el gran Coliseo, medio ocultas por la tierra pero respetadas, nos rejuvenecía durante algunos momentos. Eran irreales pero gratificantes. Podérselos dar a Francesca me compensaba de la impotencia que sentía por no saber cómo ayudar a mi hijo Manuel.

—Quisiera retener todo esto en una caja de plata y abrirla cuando me encuentre sola —declamaba con su maravilloso acento italiano mi Francesca.

—Déjame, querida Francesca, que yo te regale esa cajita de plata… —le decía, aceptando que se apoyara en mi brazo mientras recorríamos el Foro—. ¡Tengo tantas ganas de hacerlo!

Francesca se paró en seco y me miró complaciente.

—¡Oh, mi querido Max! Ya sé que podrías, pero no puede ser. Bien sabes que no puede ser. No obstante te rogaría que plasmaras en una novela esta visita a Roma. Eres muy capaz. Leí con verdadera pasión las entregas que te publicaron sobre Iliberri. Dime, ¿por qué dejaste la novela para defender monumentos? Tú siempre has sido escritor de ruinas…

Yo me defendí humildemente.

—Escribir novelas… Eso sería volver a ser un romántico y yo, lamento decírtelo, ahora soy un hombre cabal.

—Hombre cabal, hombre cabal… —repetía con sorna—. Prométeme que nunca serás esa horrible palabra. ¡Cabal! Cabal es un abuelo o un diputado a Cortes, pero mi Max… —Me complacía verla tan bromista—. Prométeme que escribirás todo lo que hemos vivido, todo por lo que hemos luchado y todo lo que hemos sentido. —Me pareció descubrir cierta insinuación en sus últimas frases—. Mete en mi cajita de plata todo eso.

Le apreté la mano, mi corazón saltó en mi pecho sintiendo esa complicidad ardiente que aumentaba entre nosotros y nunca llegaba a aflorar. Los días siguientes a ese paseo fueron más silenciosos. Era como si nos hubiéramos dicho todo lo oculto en nuestros corazones.

Llegó una carta de Mínguez. Su contenido no dejaba lugar a cuestionármelo: tenía que volver a España con premura.

—¿Qué sucede? —preguntó Valeria viendo tornar mi cara de la curiosidad a la indignación.

—Que mi madre ha vuelto a denunciarme.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Alguien le habrá ido con el chisme de que estamos con la condesa. Sabe que para mis hijos es Francesca más abuela que ella. Además está el hecho de que odia a Manolito, es el nieto que nunca quiso tener. Con tal de que no herede nada me lo quitará todo.

—¡Esa mujer es implacable! —exclamaba Valeria con las manos tapándose la cara.

No lo podría haber expresado mejor.

Ordené que me hicieran el equipaje a la mayor brevedad. Decidimos que Valeria y los niños se quedaran un poco más con Francesca y probaran la experiencia de otros profesionales médicos.

Cuando me despedí de Francesca tuve la sensación de que sería la última vez que la tendría entre mis brazos.

—Recuerda que compartimos una cajita de plata. Llénamela con tus novelas, con los avances de Manolito, con la felicidad de Valeria y los logros de María del Carmen. Llénamela salvando monumentos, pero prométeme que nunca serás un hombre cabal.

La besé en la frente.

Capítulo 38

El segundo juicio

La justicia me permitió un retraso en mis obligaciones legales dado que volvía desde el extranjero. En esa prebenda vi la ayuda incondicional del ahora juez Feliciano Millán, lo que ayudó que estuviera de buen humor cuando atravesé la puerta de los juzgados. Mínguez ya había departido conmigo días antes y me puso al corriente de todas las novedades sociales, así que en aquel momento, sintiéndose intimidado, me espetó:

—Si a usted no le incomoda, le espero sentado en el Pilar del Toro. A mí me sale sarpullido con estas cosas. No tolero el abuso, ni entiendo este juego del tócame roque con el que se divierte su madre de usted. Esto es una cuchufleta; una broma macabra a la que no puedo asistir como espectador.

—No se preocupe usted, profesor. Esto es pan comido. Mi amigo el juez Feliciano Millán se avendrá a las razones lógicas y desestimará la petición de mi madre —dije convencido y con algo de soberbia.

—Pues entonces aquí lo espero.

Me palmeó la espalda dándome ánimos que yo recogí con un ímpetu impropio en una persona que pudiera estar a punto de perder su hacienda. Pero mi madre me había acostumbrado mal: es decir, me había enseñado a enfrentarme constantemente a sus despropósitos, que ya no ejercían en mí poder alguno.

Nos sentamos en la sala, como hicimos la vez anterior. En esta ocasión, mi madre acudía con una exageración de personas que pasaban por ser sus amigos (me sorprendió que fueran tantos), la lisonjeaban y animaban con sus sonrisas torcidas.

A los pocos minutos de cruzarnos las miradas la Benajara y yo, el alguacil ordenó silencio porque iba a entrar el juez. Y para mi sorpresa entró el que no debía, es decir un señor espigado, con cara avinagrada y modales de haberse ganado la plaza regalando muchos jamones.

Tan pronto se sentó echó un vistazo a mi madre y ambos se sonrieron, transmitiéndose en esa sonrisa algo así como «esto está hecho» o «vamos a desplumar a este tontolán de Maximiliano». Estaban conchabados contra mí; hubiera apostado la hacienda que me iba a ser arrebatada a que aquel señor juez iba a llevarse una comisión muy lustrosa.

Se levantó el abogado de mi madre y empezó a arrojar tamañas mentiras, crueldades que daba vergüenza hasta de oírlas. Nuevamente me presentaban como un mal hijo, un niño con instintos violentos al que tuvieron que entregar a unos familiares lejanos por no poder enderezarme. Que había sido un gamberro y prueba de ello eran mis fechorías en la Vega, en donde me dedicaba a desenterrar cadáveres para luego venderlos. Tales herejías eran comunes en mí, que no asistía jamás a misa

y me había declarado ateo en mis escritos. Para desgracia suya, o sea de mi madre, era testigo de mis entradas y salidas de la cárcel, abandonando así mis deberes como propietario de unas tierras que ella había sacado adelante con su esfuerzo en vida de su marido. Yo era un derrochador. Daba mi dinero a los labradores, a los bohemios (en esto se referían a los ilustres señores de la Comisión de Monumentos) y claro está, a los menesterosos. No pude averiguar a quiénes tenían como tal. ¿Al profesor Mínguez, a quien siempre había tomado mi madre por un pobre de solemnidad? Por último se hizo mención a que había vivido en pecado con mi actual esposa y que, horrorizada, veía cómo iba a ir a parar el fruto de su trabajo a manos de un cunero retrasado y mudo. Aquello sí que me dolió. ¡Y cuánto!

Solicité responder con mis propias palabras. Mi abogado me tiraba de la manga de la chaqueta para que desistiera, pero el juez, sabiendo que mis palabras cobrarían más fuerza en mi contra, me dejó expresarme. Dije todo lo que se me ocurrió y más. Miraba a la Benajara con fuego en los ojos y ella afirmaba a unos y a otros con una cabeza que parecía la de los títeres, sujeta por una balanza, con la que imaginé que aseguraba a todos: «¿No lo ven ustedes? Así me trata mi hijo».

Cuando acabé mi última palabra entré en un trance irrefrenable. Me senté sin recordar los sapos y culebras que habían salido por mi boca. Vi cómo el juez parecía reflexionar, se mesaba el cabello, se atusaba la luenga barba y luego, cogía el mazo y dictaminaba.

Mi madre, al oír que la madera daba contra el estrado, recibiendo con ello la razón judicial, tuvo la necesidad de ponerse en pie y me pareció que, del placer de sentirse rica y con la venganza consumada, se le dispararon las ballenas del corsé. La gran multitud que la acompañaba, en un solo arranque, empezó a aplaudir y cuando creyeron conveniente se volvieron a mí y me abuchearon. Era como estar presenciando una obra de teatro, pero de las de corral de comedias.

Mi madre se puso roja, acerezada, para mudar el rostro por uno lívido y lechoso. Sacó su abanico y se dio aire con premura. Ya le noté que iba a darle un soponcio, aunque de avaricia.

—Ha tardado usted mucho… —me dijo nada más verme Mínguez—. Aquí he estado distraído con el ir y venir de unos galenos que iban a atender a un desgraciado. Según parece ha caído fulminante, como si recibiera un rayo. Pero usted, ¿cómo viene con esa cara de funeral? ¿Tan mal ha ido? ¿Es que su amigo de usted, el juez piernas de alambre, no le ha refrendado?

Me encontraba demasiado aturdido para hablar. Me senté a su lado, sintiendo el frescor del agua que el viento trasladaba hacia nosotros desde el caño de la fuente.

—Estoy arruinado —le confesé a Mínguez—. Solo cuento para subsistir con propiedades limitadas, las que me dejó mi tío y poco más. Por suerte mi madre no reclamaba el caserón de los Cid.

—Se comprende —comentó el profesor limpiándose las gafas—. Su locura no ha llegado a tanto. Así que ahora es ella dueña y señora de las tierras de la familia…

—No exactamente.

—¿Cómo? —Yo seguía sin aliento. Metí la mano en el remanso de agua y me refresqué la frente—. Pero ¿qué le ocurre? Como me siga asustando así tendré que avisar al médico que ha pasado hace un rato por aquí delante. No pensé que le afectara tanto desprenderse de esas tierras… Usted no es terrateniente, señor mío, ¿a qué viene esta reacción?

—Es que… —titubeaba yo—… la Benajara ha muerto.

—¡Por las barbas de…! Claro que ha muerto, para usted y para todos… no querremos volverla a ver nunca jamás.

—No, profesor. Quiero decir que ha muerto. Que el médico que ha pasado por aquí acudió a atenderla. Recibió la noticia del fallo, se pavoneó de su triunfo y de pronto le dio el patatús. Pero no uno como siempre le ha dado, sino el definitivo. El patatús último. Mi madre ha muerto.

La cara de Mínguez se quedó inexpresiva. Su mano paró en seco de frotar la limpieza de sus gafas. Me pareció que no había entendido.

—O sea que… las tierras pasan de nuevo a ser de usted, por derecho de herencia.

—Eso está por ver —aseguré—. Y en cualquier caso me es lo mismo. No quiero nada que haya sido antes de ella. Y ahora perdóneme, que según parece necesitan a su pariente más próximo para levantar el cadáver…

Se la llevó la ambición. La confianza de verse con la razón absoluta y triunfadora de su mezquindad. Fue una muerte ejemplar. Porque quienes supimos de sus tejemanejes más de una vez deseamos su fin con tal de verla muy lejos de nuestro mundo. Era lo que se merecía una persona con tan poca distinción intelectual y humana.

Sin embargo, lo quisiera o no, me unía a ella un vínculo de sangre. En el entierro observé anonadado la actitud de Agustina. Se había desprendido de ella cuando era una niña, dejándola a miles de kilómetros, en un mal llamado colegio femenino que más tenía de correccional que de institución didáctica. La Benajara convirtió a mi hermana en una niña sin patria, insegura y dócil, a la que mangoneaba siempre que podía usando su consabida triquiñuela del victimismo. Que su relación se había estrechado con los años lo imaginé tras haber consentido que sus dos hijas menores se bautizaran con los nombres que ella misma deseaba para mi hija, pero siempre confié en que Agustina controlara ese acercamiento y ahora veía que no.

Lloraba como una magdalena. Todos se acercaban a ella a darle el pésame y ninguno, ni por protocolo, lo hizo conmigo. Podría suceder que en Granada ya estuvieran al tanto de mi enemistad declarada, pero la reacción de nuestros allegados y de los suyos fue, desde mi punto de vista, cuestionable.

Al terminar la ceremonia, el marqués de Villamediana tuvo intención de decirme algo pero me miró con aire lánguido y poniéndose el sombrero se alejó. ¿Reconocí dolor en su expresión? ¿Tal vez era cierto que la amaba y yo había infravalorado la relación que les unía? Era difícil de entender, ustedes podrán juzgar si era dudoso o

no, que alguien tuviera el arrojo de amar a Bárbara Benajara.

Días después nos citó el albacea testamentario. Como ya esperaba, todas sus tierras y propiedades pasaban a Agustina. Nada me dejó, salvo el resentimiento.

Valeria y los niños continuaban en Roma y yo me encontraba con Mínguez dispuesto a celebrar la llegada del Año Nuevo. Esta nueva situación en mi vida me daba inseguridad, me horrorizaba verme incapaz de pagarme un café, pero por el contrario, me resultaba alentador el sentimiento insólito de libertad. No verme censurado por mis actos me proporcionaba el deseo de realizar cosas extravagantes. Así que aquel final de año de 1879 el viejo Julián Mínguez y yo nos emborrachamos con la mejor botella de vino que encontramos en la despensa. Estábamos solos en el salón de mi casa, sin criados, a los que había dado la noche libre para que la celebraran junto a sus familiares y sin tener la certeza de volverlos a emplear en el año venidero dada mi situación económica. Pero todo me daba risa. Alzábamos el caldo burdeos y bebíamos a la salud de la Benajara.

—Espero que este vino no sea fruto de las cepas con filoxera… —Julián Mínguez soltó una risotada juvenil, traviesa. Ya se le notaba la influencia del alcohol.

—¡Pues brindemos por la filoxera! —exclamaba yo elevando el vaso al techo.

—Ahora sabrá usted, amigo Cid, la picardía que uno tiene que emplear teniendo un chavo en el bolsillo.

—¡Ilumíneme, profesor! —reía yo.

—Lo primero… guardar siempre el hueso del caldo.

—¡Brindemos por el hueso del caldo! —gritaba fuera de mí.

Bebíamos.

—¡Habituarse a llevar mitones dentro de casa!

—¡Brindemos por los mitones!

Bebíamos.

—Hacer una reverencia a todo el que lleve bastón. Y si además usa monóculo, dos reverencias.

—¡Brindemos por las reverencias!

Bebíamos.

—Y mezclarse con la muchedumbre. Pasado mañana lo quiero a usted tocando la campana de la Torre de la Vela, como un hombre del pueblo.

—¡Brindemos por…! ¡Demonios! Me parece estar oyendo ya las campanas…

Nos reímos como dos adolescentes. Apoyándonos el uno en el otro no conseguíamos levantarnos del sillón y en él nos hundíamos mucho más mientras alzábamos el vaso con el líquido prodigioso.

—¡Yo también las oigo! —exclamó el profesor como enfebrecido—. Y tan claramente que parece que llaman a fuego.

Ni el influjo de la bebida consiguió centrarnos en una posibilidad muy común en Granada.

—¿Cree usted que hay un incendio?

Respiramos, conteniendo nuestras impulsivas risitas.

—¡Asómese!

Así lo hice. Me asomé a la calle y ya por la Carrera vi a algunas personas con paso rápido señalando un reflejo en el cielo. Parecían fuegos artificiales en aquel último día del año. Pero no, fuego era y de los peligrosos.

—¡Eh! —grité a los viandantes—. ¿Dónde hay fuego?

Los que por allí pasaban levantaron la cabeza pero no aguardaron a responderme, lo hicieron mientras se alejaban:

—¡En la Plaza de Bib-Rambla!

Yo me volví con el corazón palpitante. La cabeza se comprimía y las venas del cuello, apenas me dejaban respirar.

—Profesor… me temo lo peor. Hay fuego en la plaza de Bib-Rambla. ¿Habrán incendiado la Puerta de las Orejas? Solo faltaría que fuera así, se habrían librado de un problema para el año entrante.

—¡Vayamos!

Conseguí elevar al profesor, que a pesar de su extrema delgadez, me parecía de puro cemento. Pero era lo corriente para quien no se sentía los pies ni atinaba a encontrar la calle que le llevaba al centro de la ciudad.

El aturdimiento no nos impidió llegar a los alrededores de la plaza. Nos guiábamos en la noche, por el eco sobresaltado de algunos vecinos y el relinchar de los caballos que acercaban al lugar siniestrado, las bombas de agua. Algunos mangueros manejaban los inquietantes brazos de agua y enfocaban con impotencia hacia el edificio que parecía rechazar el torrente con inaceptable osadía. El aire movía las llamas convirtiéndolas en gigantes. Ilusos ciudadanos intentaban combatir lo que no podían las mangas de agua con cubos y orinales repletos, que se pasaban entre amigos y familiares, a veces, sin conocerse, en un cordón humano desesperado.

No sé si entre toda aquella actividad despuntó la famosa bomba francesa llamada Letestu, que durante años y antes de la llegada de la de vapor fuera la salvación de muchas viviendas. Me consta que el cuerpo de zapadores-bomberos, los pioneros en una España que habría de enfrentarse mil veces con hechos como este en jornadas diarias, hizo bien su trabajo. Eran voluntarios que provenían de profesiones diversas, zapateros, silleros, picapedreros y alguno de ellos, hasta escritor. En el futuro, Antonio Afán de Ribera, autor de los libros que dieron la fama al Albayzín, estuvo orgulloso de vestir el uniforme de comandante del cuerpo y se paseó muchas veces en tiempo de paz, en fiestas del Corpus, anunciando que era voluntario.

—¡Por las barbas del Campeador! —exclamó un Mínguez vacilante y profundamente abrumado por la escena que presenciaba—. ¡Si es el archivo provincial! ¡Los documentos! ¡Todos los legajos pasto de las llamas!

La Casa de los Miradores, con su bella fachada, ardía con la fuerza de un volcán. Siendo su interior de papel las llamas se alimentaban con fiereza y el soplido del viento animaba a su rapidez. Los vecinos, desalojados de las casas cercanas,

clamaban al cielo; otros procuraban aliviar la carga dolorosa de quien veía que se quedaba sin hogar por estar este cerca o como consecuencia de perder el trabajo que le proporcionaba el edificio administrativo.

—No cesa, Maximiliano… —decía Mínguez como si estuviera en trance—. La alhóndiga Zaida, la Alcaicería, la Plaza de Toros, ahora esta maravilla que es la Casa de los Miradores. Todo se quema en Granada. Solo nos quedan las ruinas.

Me fijé en sus ojos a punto de desbordarse y a través de sus gafas percibí el reflejo del fuego.

Capítulo 39

El Carmen del Moro

Cuando volvió Valeria con los niños y bajaron estos del ferrocarril ya no quedaba en el ambiente ciudadano más que la necesidad de seguir viviendo con la desgracia de un nuevo incendio. Los más pequeños me recibieron con abrazos sinceros, en especial Lolo, que sonrió como él sabía, dando lo mejor de su persona, pero sin emitir ningún sonido. Carmen, por el contrario me llamó papá y tuve que luchar contra mis deseos de gritarlo al mundo con un carraspeo elegante.

Encontré a Valeria más delgada pero igual de guapa. La carga que le había hecho soportar en esos meses míos de ausencia había sido dura. No pude preguntarle por Francesca en aquel momento porque cuando tuve oportunidad Rosita se interpuso entre nosotros demandando atención.

—Me alegro de verte, Rosita, habrás cuidado bien de mis tres tesoros.

—¡Ay, señor! Como una leona he cuidado de ellos.

Le acaricié la mejilla en un gesto paternal que ella, puedo asegurarlo, entendió de otro modo. Por fortuna Valeria estaba por encima de esas intrigas domésticas, mucho más en ese momento en el que presentía que debía decirme algo y no sabía cómo.

Les puse en antecedentes del gran incendio. Lolo, que no hablaba pero todo comprendía, teatralizaba mis palabras con un «ohhh» quejumbroso. Sonido que agradecí porque era de lo poco que había salido de su garganta en sus limitados años.

—Una lástima… —exclamaba mi mujer—. No afectó a la Puerta de las Orejas, ¿verdad?

—Por el momento no. Pero la desaparición de este edificio ha venido de perlas para quienes deseaban emprender la remodelación de la plaza.

—¿Insinúas que el incendio fue intencionado?

Dudé.

—Hoy en día ya no puede saberse, entre tantos incendios como sufrimos…

Nos fuimos a casa y en el camino me crucé con un hombre bien vestido y de maneras distinguidas. Se levantó el sombrero al vernos.

—Encantado de volverlo a ver, señor Seco de Lucena. Creo que no conoce a mi señora esposa, Valeria.

Luis Seco de Lucena besó su mano siguiendo la cortesía de la época.

—Si usted me dedicara un momento tomando un café —le rogué—, me gustaría preguntarle sobre unos asuntillos. Sé que es reputado periodista y yo un aficionado. Sería muy grato contar con su apoyo.

—De mil amores.

Nos despedimos. Valeria se volvió hacia mí con curiosidad.

—¿Es de Granada?

—No, creo que es gaditano aunque procede de Sevilla. Se instaló en la ciudad hace unos años. Pero está muy bien considerado entre la profesión. Dicen que es un gran periodista y ahora me interesa relacionarme más con ellos que con los arqueólogos.

—¿No escribe para ningún periódico?

—Me dijeron que piensa en fundar uno. Temo que será una gran competencia para mi pequeño diario. Tal y como está nuestra situación económica ahora mismo rezaré para que su iniciativa se promueva lo más tarde posible.

Valeria me tomó del brazo dándome ánimos. Creí que mostraba la entereza que yo esperaba de ella, pero no hubo necesidad de fingir. Ella sabía algo que cambiaría nuestra vida.

Luis Seco de Lucena fundó meses más tarde el periódico más famoso de Granada. Y como fue hombre de defensa artística y ciudadana, aún más que yo, lo llamó *El Defensor de Granada*. Esto sucedió a lo largo de ese año de 1880 y de su maestría periodística aprendí todo lo que sé hoy de esa profesión tan difícil y comprometida. Muy pronto daré cuenta del espíritu emprendedor y amable de este hombre, al que admiré por nadar en aguas intermedias entre el periodismo y la historia. Como muchas veces ha sucedido en Granada, sin ser de aquí originario quiso y luchó más por esta ciudad que los propios granadinos.

Al poco de instalarnos en casa y tener los primeros intercambios con Valeria, habiéndome contado las anécdotas más dulces de los niños y el avance, lentísimo pero alentador, de Lolo, recibimos una tarde la visita de un hombre con gabardina y sombrero. Su bigote y una carpeta que disimulaba bajo el brazo me dieron las claves de su profesión. Se trataba del albacea testamentario de mi madre, Bárbara Benajara, al que yo no había reconocido en primera instancia por haber engordado desde la última vez que lo vi. Su sola presencia me arrugó el estómago. Mi madre era implacable, pensé, incluso desde el propio infierno hace de mí una víctima. ¿Qué pretende ahora, si ya todo me lo ha quitado?

Nos convocó a Valeria y a mí con buenos modales y le pedimos que se sentara en mi despacho. Con cierta parsimonia abrió los lazos que cerraban su carpeta y extendió unos papeles.

—Verán ustedes, como testamentario en la herencia de doña Bárbara, los descendientes del marqués de Villamediana me entregaron estos documentos. Les honra que hayan cumplido con la ley. Se trata de un segundo testamento que no anula al primero, sino que lo complementa.

Valeria y yo nos miramos. Las argucias de mi madre daban para escribir un libro.

—Pues usted dirá…

El albacea empezó a mover papeles y dio con el primero. Con el propósito de resumir la palabrería notarial paso a relatar solo las partes que recuerdo:

—Yo, Bárbara Benajara, viuda de Manuel Cid, lego la propiedad sita en el barrio de la Antequeruela al primero de mis nietos Manuel Cid, hijo de mi primogénito Maximiliano. Esta propiedad le será entregada al cumplir los 21 años de edad. Determino que el usufructo y mantenimiento corran a cargo de su padre. Esta es mi voluntad, en el año del Señor de 1873.

Tras las palabras del agente testamentario Valeria y yo nos tomamos las manos. Se nos habían quedado las gargantas secas de tener abiertas nuestras bocas, gesto normal cuando se recibe tamaña sorpresa. En temas legales siempre he tenido agilidad mental y en un minúsculo instante contrasté las fechas, en este caso 1873, con los años de vida de Manuel. Comprendí al instante que mi madre había escrito el tal testamento en vida de mi primer hijo, Manuel, y a él se lo donaba, no consecuentemente a mi segundo hijo, cuyo nombre era el mismo.

Valeria titubeó.

—Pero…

Antes de que descubriera el engaño, le apreté la mano con fuerza.

—¡Querida! Mi madre ha cedido una propiedad a nuestro hijo Manuel Cid. Seguro que nuestro hijo pensará en ella cuando la disfrute. ¿Puede, señor, discúlpeme pero no recuerdo su nombre, darnos los detalles de esta finca?

El albacea asintió. Entrelazó los dedos de la mano y así apoyado en la mesa de mi escritorio dijo:

—Se trata de una vivienda con patio típicamente granadina. Un carmen de los que hay muchos en esta ciudad. Es conocido con el nombre de Carmen del Moro.

«¡Un carmen!», exclamé para mí. Mi madre, que me había suplicado tantas veces que le cediera tierras, tenía un carmen en su poder. Muchas preguntas se me agolpaban en la mente. ¿De dónde había sacado el dinero para comprarlo? ¿Se lo habría regalado el marqués? ¿Lo habría heredado? Saber todo eso requería tiempo y yo, aunque lo tenía, no veía compensatorio perderlo a cambio de saciar mi curiosidad.

—Pues usted dirá qué hacemos ahora…

El albacea nos entregó unas llaves y los documentos legales que hacían de ese Carmen del Moro propiedad de los Cid. Se marchó de nuestra casa y nos quedamos Valeria y yo algo desorientados y sin muchas ganas de hablar.

Cuando me hube sentado con un vaso de licor entre las manos exclamé:

—¿Sería que en el fondo, en el fondo más profundo de su corazón, mi madre quería a Manolito?

Valeria me rodeó con sus brazos.

—No sé si hemos hecho bien en callar. Estas mentiras me intranquilizan.

—Ella fechó el testamento en 1873. Sin mes. Manolito vivió unos meses de ese año y se solapó con el nacimiento de Lolo. ¿Cómo demostrarán que no se refería al Manuel Cid actual? El destino le ha vuelto a recriminar su mezquindad. La Benajara ha hecho heredero al nieto que siempre despreció por no llevar su sangre. Seguro que ahora se está removiendo en su tumba.

Elevé el vaso de licor haciendo un brindis. Valeria me miró muy enfadada.

—No me gusta ese lado tuyo, tan mezquino como el de ella. El rencor que llevas dentro te matará algún día.

Yo imité una sonrisa sarcástica.

—Ahora soy pobre, puedo permitirme el lujo de ser mezquino y rencoroso.

La mujer que tanto había amado se separó de mí con un suspiro doliente. Denegaba sin poder buscar la manera de decirme su secreto. Sus manos no cesaban de crisparse.

—No eres pobre, Max. Aun muy al contrario, eres más rico que antes.

—¿Qué?

Pensé que era el vino y sus efectos lo que me hacía entender algo que yo no comprendía.

—Has de saber que tus propiedades nunca servirán para mis propósitos. Nunca te pediré nada.

Decidida a terminar con aquel suspense, Valeria salió de mi despacho en busca de algo. Volvió enseguida con una pequeña cajita entre las manos. Me la entregó.

—Toma, Max. Francesca me dio esto para ti y me dijo que lo entenderías.

Se trataba de una pequeña cajita de plata. No una cualquiera: la cajita de plata en donde pretendía, mi querida condesa, guardar nuestros recuerdos, los suyos y los míos, guardar nuestra complicidad.

No hubo necesidad de palabras. Comprendí que Francesca se había ido para siempre.

Francesca repartió sus propiedades con lógica. Se aseguró de que Francesco tuviera una renta anual para sufragar los gastos del sanatorio, del que no saldría de por vida. A mi hermana, Agustina, le donó sus propiedades italianas y a mí el dinero y sus pertenencias en España, incluidas las obras de arte que contenían. Era en España donde había conseguido ampliar su hacienda y su colección, en este país donde las obras de arte se encontraban en un campo de cultivo, se vendían al mejor postor o simplemente se echaban a la calle, en cualquier estercolero. Así pues, la suerte terciada me había sonreído. Terciada digo porque me había sonreído en parte, dado que mi riqueza era producto del fallecimiento de Francesca.

No creo haber querido a nadie tanto. Ni a mis propios hijos, aunque decirlo me asegure vuestro desprecio. Porque hay muchas maneras de amar y querer más en intensidad no incapacita para querer a otro ser, en este caso mis hijos, como debe hacerlo un padre. A mis Manueles y a Carmencilla los quise con fuerza de sensatez. A Valeria con sinceridad extrema y a Alma con toda mi generosidad. Pero a Francesca la amé con ilógica e irrefrenable entrega. Con ímpetu vehemente. Siempre es así cuando el amor es platónico y nunca se consuma.

Con manos temblorosas abrí esa cajita de plata. Dentro encontré pequeños papeles, doblados, algunos con marcas de humedad. Los fui abriendo. En algunos reconocí la letra de mi padre. Eran las notas que se escribían y dejaban dentro de la

boca del León número 4 de la Fuente alhambreña, avisos que confirmaban un encuentro amoroso, clandestino. Tal vez por eso más anhelado y disfrutado. Con esas notas podías recorrer la vida de Francesca, lo que les unió a ella y a mi padre; también lo que les separó. Su última nota, anunciándole que debería irse de Granada, también estaba ahí, doblada y con signos de haberse mojado, apostaría que por el agua de la Fuente de los Leones.

Entre los papelitos doblados encontré el anillo romano que yo le regalé y con el que consiguió enamorarme de Valeria en la fiesta de disfraces. Sin quererlo yo también humedecí esos papeles, pedazos de tiempo detenido, con lágrimas rabiosas. Me había quedado huérfano, en todos los sentidos.

Viendo Valeria que la noticia había calado en mí con más efecto que el esperado, tratando de animarme, me convenció para que fuéramos a visitar el Carmen del Moro. Llevamos a Lolo, pues dueño era del mismo, y los tres subimos por la Cuesta de Gomérez, atravesamos el bosque de la Alhambra y pasada la calle de Niño del Royo nos paramos a disfrutar de la espléndida vista del barrio del Realejo, de las cúpulas de las iglesias y de la catedral. No guardaban ninguna alineación ni orden entre ellas y ese desacorde equilibrio me hizo imaginar la excelencia de un Dios que un día determinó poner ahí esas maravillas, para finalidad cristiana y deleite de quien, como yo, veía más el aspecto artístico. Pensé, por un instante, que todas ellas fueron apareciendo a golpe de dedo, súbitamente: esa primero, luego otra allá; hasta componer el paisaje más increíble que ciudad pudiera tener. Muchas veces he dicho que Granada es lugar para ser visto de lejos. Quizá por eso, ese Dios en el que nunca creí pero al que admiré dio a Granada tantos miradores, colinas y montañas.

Me dejó Valeria disfrutar de las vistas hasta que Lolo, ya impaciente, empezó a tirar de nosotros. Reclamaba un divertimento diferente, más cercano a su altura, pues fijar la vista en el paisaje le resultaba confuso y le dispersaba.

Deambulamos por caminos hasta encontrar el legado de doña Bárbara. Tenía una puerta de hierro que abrimos con la llave y al poco de atravesarla ya percibimos en Lolo un cambio en su ánimo. Había tanto verde, setos y árboles que el niño se sintió en la gloria nada más verlos.

Estaba la flora de aquel lugar muy descuidada, lo que era lógico, pues mi madre había dejado este mundo hacía unos cuantos meses. Pero quizás, aún en vida de ella, ese lugar ya había conocido la desidia y el abandono, porque de allí apenas se podía salvar una sola palmera, y eso gracias a sus condiciones de adaptabilidad. A pesar de ello encontramos dátiles y Lolo expresó un «uhhhh» de admiración.

El jardín era amplio. Tenía distintas alturas desde donde poder admirar las vistas de la ciudad, aunque algo sesgadas por encontrarse a la izquierda de la colina. Con todo, el carmen era de una excelencia abrumadora. Desconozco si mi madre se dejó influir por este hecho cuando decidió ser dueña de lugar tan hermoso.

—¡Mira, Max!

Valeria me llamaba. Acudí tirando de Lolo, que no quería abandonar una mata de

secos jazmines en los que intentaba encontrar reminiscencias de alguna flor.

Entre sacos de tierra, vigas de madera y algún tronco hueco de un árbol que en otros tiempos fuera frondoso, encontró mi mujer una fuente. Estaba algo rota pero enseguida encontré similitud con la que hay en la Alhambra y fuera testigo del amor de Francesca y mi padre.

—Es una reproducción bastante burda, pero reproducción al final de la fuente del Patio de los Leones. Mira las inscripciones de la taza… seguro que el profesor Mínguez sabrá qué significan.

—Es una maravilla —afirmó Valeria—. ¿Crees que tu madre sabía que esta fuente es una reproducción?

—No lo creo. No subió a la Alhambra más que dos veces en su vida. Pero es anecdótico que de todos los cármenes de esta ciudad haya aparecido aquí esta fuente que, además, ayudó a la deshonra de su dueña.

—Faltan los leones… —añadió Valeria—. ¿Crees que estarán en algún lugar de la casa?

Miramos por todos los lados pero no hallamos ninguno. Mientras lo hacíamos dejamos a Lolo solo en el jardín, entretenido en coger palitos. Al salir de la casa, algo destartalada y sin señales de haber sido habitada nunca, encontramos al niño bajo el tronco seco de un castaño. De entre sus ramas brotaba una tímida yema de la que sobresalía la esperanza de una vida. Tenía Lolo la cabeza hacia atrás, e hipnotizado miraba el despertar de aquel esqueje. Debía de estar calculando la manera de poder cogerlo. De pronto elevó la mano y señaló.

—¡Hoja!

Valeria y yo nos quedamos paralizados, a medio caminar. En nuestro silencio animamos a nuestro hijo a emitir su primera palabra.

—¡Hoja! —volvió a decir.

Lo dijo claramente, sin titubeos. Como si toda su vida hubiera aguardado a decirla, preparándose en su mutismo, a una pronunciación perfecta.

Tomé al niño en mis manos y lo elevé para que pudiera coger esa yema, que sirvió de premio al gran esfuerzo. Lolo me sonrió y con ella entre las manos bajamos desde la Sabika hasta casa para contar a todos el milagro que se había producido en el Carmen del Moro.

Cada día surgió de la boca de Manolillo una palabra nueva. Aprendida la primera o descorchada su mudez, brotaron de su garganta expresiones inimaginables para un niño. Repetidas años antes por nosotros eran ahora su guía y nos las decía para que diéramos cuenta de sus muchos avances. Lo curioso es que su vocabulario era, en su mayoría, referente a la flora de Granada. Antes de decir papá y mamá nos había descrito y definido castaños, pinos, abetos, álamos y chopos.

Manolillo ideó su propio idioma y como todos los padres hacen con sus hijos iniciados en la difícil tarea de pronunciar aprendimos a entenderle.

El profesor Mínguez nos visitaba cada tarde y con Lolo se pasaba las horas

ayudándole a poner la lengua donde debía. Utilizaba para estimularle hojas de árboles o dibujos de animales y con sus onomatopeyas le enseñaba la R o la M. Si Lolo era un niño singular en todo lo que hacía, lo fue aún más con su lenguaje.

—¡Este niño es un prodigio! —exclamaba Mínguez—. Asombrado me tiene. Memoriza las palabras más extrañas.

—Sí, sabe decir «lobulado» pero es incapaz de pronunciar su nombre.

El profesor sonreía.

—¡Todo llega, amigo Cid! Siento decir que habrá un día en que lo mandarás callar.

A mí me parecía un día muy lejano, he de ser sincero.

—Dígame, profesor, ¿pudo investigar sobre la fuente del Carmen del Moro? No quisiera dejarlo en el olvido.

—¡Oh, desde luego! ¡Con Manolillo y sus lindezas había olvidado mi gran descubrimiento!

Don Julián, palpándose los bolsillos de su chaqueta, rebuscó una nota que había escrito con los datos de interés.

—Mire usted, amigo Cid. Siéntese, que le voy a participar una cosa muy curiosa. Fui a la biblioteca de un amigo mío, muy versado; debería usted visitarla también, tiene títulos de los grandes pensadores del Renacimiento y… bien, no quiero desviarme. Atento. Encontré una referencia a una pequeña fuente del siglo XIII encontrada en un antiguo solar de una casa de la Plaza de Bib-Rambla. El solar estaba casualmente en lo que hasta hace unos meses era la Casa de los Miradores, fíjese qué cerca estaba de la Puerta de las Orejas. Pues bien, ahí debió de haber una casa propiedad de un tal Hamid Ibn Sellam.

—De ahí el nombre de Carmen del Moro… —aseguré inspirado.

—Quien edificó el carmen debía estar al tanto de la noticia…

—Curioso.

—Pues ahí lo tiene. Guárdese bien esa fuente, amigo mío.

Decidí mentalmente ordenar la restauración de la misma de inmediato. Era una pequeña obra de arte, ahora de la familia, que debía defender tanto o más que las ajenas.

—Profesor, ¿dicen sus legajos algo de la inscripción?

—¡Oh, sí! ¡Diablos, qué poca cabeza! Uno ya no cavila con estas edades. Veamos… —Seguía rebuscando entre sus anotaciones manteniendo las gafas sobre su nariz, tarea difícil por estar estas ya gastadas y algo quebradas sus patillas—. Aquí lo tengo: «Las estrellas en la noche son el símbolo de los fuegos de amor encendidos en la tiniebla de mi mente».

—¡Oh! —exclamé yo algo confuso. Nunca he sido muy bueno en términos poéticos.

—Es del gran Ibm Hazm de Córdoba.

Y como vio que yo no asentía me añadió que había escrito *El collar de la paloma,*

magnífica obra, excelsitud del amor.

A mi segundo «oh» el profesor refunfuñó por mi torpeza y se marchó muy indignado a jugar con Manolillo.

Capítulo 40

Monumento Nacional

Las travesuras de Lolo y sus avances en el habla nos sumieron, a toda la familia, en un estado de semiinconsciencia. Participábamos en unión homogénea de esa felicidad que transmite el progreso. Las cosas fluían y ver los resultados complacía nuestro espíritu.

A veces me llevaba al periódico a Carmelilla, que ya era una niña con juicio, quizá demasiado para su edad. Le gustaba jugar entre los tipos de imprenta, con las máquinas aceitosas y a veces, incluso, ayudaba a colocar las cajas de madera necesarias para los cajistas, que eran los que daban forma a ese periódico impreso que luego se sacaría a la calle. Supongo que ahí le inoculé el espíritu del periodismo que luego le sirvió de tanto en su vida futura.

Manolillo, por su parte, tan contrario en actitud a su hermana Carmen, añadía palabras a su vocabulario. Era tan expresivo que a todos nos hacía reír. Si le cortábamos el pelo en la barbería gritaba a voz en cuello: «¡que me dejan calvo!», lo que añadido a sus gestos teatrales y exagerados nos parecía enternecedor. Esa ingenuidad de su lenguaje, buscando la sencillez, hacía de frases complicadas la metáfora de la síntesis. Sabiéndose solo dos palabras las combinaba tan perfectamente que todos entendíamos su significado aun habiendo compuesto una oración ininteligible para el resto del mundo. Así pues si «calvo» aludía a la falta de pelo, bien podía utilizarse para la falta de cualquier otra cosa. Empleaba Lolo así «calvo» para designar manos vacías, con lo cual tenía las *manos calvas* o el *cielo estaba calvo* si no tenía nubes. Mínguez, que se reía mucho con sus expresiones, las empezó a adoptar en su propia palabrería y una vez escuché que a un miembro del casino, discutiéndole la necesidad de mantener en pie la Puerta de las Orejas, le espetó lo siguiente: «¡Oiga usted, pollo! Me parece a mí que usted está calvo de ideas». El señor aludido, creyendo que se refería al tupé que peinaba, se indignó mucho y fue preciso separarlos antes de que llegaran a las manos. Este tipo de incidentes fueron muy comunes a causa de vivir en el mundo de Lolo, que por definición era *calvo de mezquindades* y harto amplio en bondad.

Pero Manolito tenía además una peculiaridad más. Su acercamiento a la naturaleza, que se había producido desde su más tierna infancia, le confería un instinto propio comparable al de los animales del bosque. Podía presentir la lluvia o los temblores de tierra como hiciera un vencejo en busca de un hueco donde guarecerse. Y como era temeroso y odiaba las tormentas, estaba siempre ojo avizor.

Aquel 18 de enero de 1881 gritó Lolo, como descompuesto, por toda la casa:

—¿Qué oigo? ¿Qué oigo?

Era su manera de preguntarnos qué sucedía, ya que un ruido intimidador se

adentraba de algún lugar sin saber muy bien de dónde.

—¡Tormenta! —gritaba con los párpados y pestañas desplegadas.

Conseguí tranquilizarlo, pues el cielo estaba plomizo, pero no amenazaba tormenta. Saqué la cabeza por el balcón que daba a la Carrera y nada vi, salvo un silencio insólito pues siempre se oían a los mirlos caminar sobre los tejados. En esto que un torrente de agua movilizó el río cercano y sin previo aviso, entre bramidos y borbotones, olas que invocaban cascadas donde no las había, el Darro se desbordó con la furia desbocada de siete mares. Mientras arrastraba árboles y objetos que a las orillas de las cercanas casas encontraba, desmembró en mil pedazos el Puente de las Chirimías, que tan próximo teníamos a la puerta de nuestra casa.

Lolo saltaba como un chimpancé, excitadísimo. Y Valeria y la niña se acercaron a mí abrazadas en un gesto de contención que las ennoblecía.

—Diles a las criadas que hay que abandonar la casa —exclamé manteniendo la calma—. El río se ha desbordado y corremos el riesgo de inundación.

—Pero… —titubeó Valeria—. ¿Adónde vamos a ir? ¿Por dónde saldremos?

—Por las ventanas de atrás, las que dan a la parte baja del Albayzín. Iremos a la casa de Francesca.

Como unos ladrones conseguimos salir por las ventanas traseras. Dejamos nuestras pertenencias en el caserón a expensas de la fiereza del agua.

Días después la prensa dijo: «Se puede decir que la Vega se ha convertido en el cauce del Genil».

Las cosechas se perdieron y cuantiosos fueron los destrozos en plena ciudad. Los molinos, que a la margen del río se encontraban y de cuyas aguas usaban su fuerza, murieron con su ímpetu, afectando a la economía de muchas familias que subsistían gracias a su actividad.

De nuevo la pobreza. Para muchos de forma inmediata y para otros de lenta agonía a causa de la pérdida de sus negocios. Una cadena de cuyos eslabones no nos librábamos nadie.

Granada, ciudad que con tanta bondad han tratado los artistas de tantas generaciones, ha tenido, no obstante, una relación perniciosa con la naturaleza. Siempre nos ha tratado muy mal. Nos ha inundado, quemado y asaltado con temblores, en una regla de tres que siempre se cumple y a la que se han añadido por cuenta propia, las epidemias.

Nuestra casa sufrió serios daños, sobre todo en la fachada principal. Mientras subsanábamos la embestida del río vivimos en la casa de Francesca, lo que fue muy duro para mí. En todas partes la creía hallar y al no encontrarla me sumía en un desconsuelo que a todos transmitía, en especial a Lolo, siempre tan intuitivo.

Pero antes de que males mayores nos aquejaran y de los que daré cuenta, por desgracia, en estas mis memorias, hubo un hecho de gran trascendencia para todos los que defendíamos el patrimonio artístico de Granada. Finalmente se nos oyó en Madrid y la Puerta de las Orejas fue declarada monumento nacional.

Eso fue en octubre de 1881, tres años antes de que nos visitara la epidemia de cólera y todas nuestras esperanzas se vieran amenazadas.

—Esto ya lo he vivido yo —se lamentaba Mínguez casi con lágrimas en los ojos—. El desbordamiento del río Darro se llevó al otro mundo a su abuelo de usted y desplomó el pilar de Santa Ana, del que ahora no nos queda más que el cuadro de un francés para recordarlo. Y en la epidemia de cólera del 34 murieron muchas personas, muchas, hasta de familias ricas. La enfermedad no comprende de clases sociales. Esta martingala de que la historia es cíclica me amosca mucho, señor Cid. Porque a los que por destino vivimos muchos años siempre nos toca repetir con lo malo y nunca con lo bueno.

Pobre señor Mínguez. Inspiraba una lástima conmovedora. Yo le palmeaba la espalda para darle ánimos pero poco conseguía.

Por fortuna no le tocó lo malo esta vez. Temí que pudiera contagiarse debido a su singular debilidad.

Los episodios de cólera no fueron constantes. Iban y venían, brotaban como los erizos de los castaños que tan enamorado tenían a Lolo cada otoño. El gobierno se mantenía firme en que debíamos ser cautelosos y el Ayuntamiento, siguiendo sus normas de higienismo, propuso quitar los andamiajes de la Puerta de las Orejas, que la mantenían firme desde hacía años.

—Pero ¿cómo? —protestaba Mínguez delante de Pepe Pardo—. Primero le ponen andamios para que no se caiga y luego se los quitan para que ella sola se desplome. ¿No se da cuenta, señor, de que estamos tratando de un monumento nacional?

—Monumento o no, nacional o no —explicaba Pardo— tendrá que avenirse a las normas de higiene. El cólera no conoce de arte, señor Mínguez. Las vallas que lo apuntalan son un cúmulo de infección. Son, sin ninguna duda, insalubres.

—¡Ahora resulta que la culpa de la epidemia la tiene la Puerta de las Orejas! Lo que yo le diga, Maximiliano, *calvos de ideas* están todos los del gobierno.

Entendiendo que el profesor había perdido la razón, le dejaban decir lo que le venía en gana y luego lo despedían con reverencias, lo que le indignaba más aún pues pensaba que lo tomaban a risa.

Los andamiajes del monumento fueron retirados y una casa adyacente derribada.

La antigua Puerta de las Orejas no tenía ya apoyos ni físicos ni morales para seguir viviendo.

Aquel año no nos faltó una nueva crecida del río Darro que reventó el embovedado con su furia al paso de Puerta Real. Tampoco dejamos por eso los granadinos de acudir a las fiestas del Corpus o de ver torear a Rafael Molina, *Lagartijo*.

Carmencilla, que ya opinaba sobre su nombre e impuso que a partir de ahora sería Carmela, y Lolo, a quien comenzamos a llamar Manolo, crecían sanos y con sus propias limitaciones. En el caso de Carmela eran pocas, pues la niña mostraba ser inteligente. A sus nueve años ya escribía algunos cuentos y me rogaba que los

publicara en el periódico *La Sabika*, a lo que yo le contestaba: «Me lo pensaré»… y luego nunca los publicaba. No era su calidad la que me impedía divulgarlos, sino mi prudencia. Sabiendo que Manolo era la diana de muchas crueldades por sus trabas físicas y psicológicas, intentaba evitar también a mi hija el sentimiento de fracaso. A ese temor nunca pude sobreponerme.

Algunas noches, por ejemplo, se las pasaba Manolo en total vigilia. Su actividad diaria, que era frenética, no le dejaba relajarse y alteraba su sueño. Por consiguiente se alteraba el de toda la casa, en especial el mío que siempre tuve serias dificultades para conciliar el descanso merecido. Así que cuando eso sucedía, las crisis de Manolo eran también mías. Me quedaba con él en el salón intentando apaciguar el león rabioso que había dentro de él y, o bien hablándole o bien sacando la colección de hojas a la que nos dedicábamos como científicos avezados, conseguía distraerlo.

Una noche, cercano el otoño de 1884, sonó la aldaba de la puerta, sumiéndonos en una incertidumbre de una llamada a horas intempestivas. Toda la casa se puso en guardia pero conseguí enviarlos de vuelta a sus camas después de ver que quien llamaba era mi cuñado José Pardo y no tenerle por tanto por enemigo.

No quiso pasar más que al zaguán de entrada y con gesto doliente me explicó:

—Maximiliano, sé que hemos tenido diferencias durante estos largos años pero te vengo a decir una cosa para que tu concepto de mí no sea tan severo. Aunque no lo creas en los últimos tiempos he intentado defender esa Puerta de las Orejas que ha significado para vosotros la enseña del patrimonio artístico granadino. Pero me ha sido inútil. Hoy mismo he sabido que le han dado orden de derribo y por negarme a realizar tal empeño he sido destituido. Quiero que sepas que tampoco yo estoy de acuerdo con este espíritu indiscriminado de cambio del que me obligaron a participar. He defendido la postura del Ayuntamiento tan vehementemente como vosotros la de no demoler el tal monumento, y ahora ni siquiera me dan una oportunidad. Me tiran a la basura, se desprenden de mí como lo hacen con la Puerta de las Orejas. No somos nadie, Maximiliano. No somos imprescindibles. No significamos nada.

Lo vi tan a punto de llorar que lo animé con un palmetazo en la espalda.

Agradecí el aviso y me dispuse a llamar al profesor y a la Comisión de Monumentos.

Decidí que tendría que hacerlo en persona. Dejé a Manolo con Rosita, que ya empezaba a mostrar síntomas de cansancio, y me dirigí a la casa de Mínguez. Con un flechazo de presentimiento, resolví atravesar por la plaza de Bib-Rambla, aunque me supusiera demorar algo más mi visita.

Era una noche de agradable frescor de un septiembre de 1884, serena y limpia de nubes. Esa serenidad transmitía el silencio que, como ya sabía, las aves dispersan anunciando una catástrofe.

Al llegar a la esquina de la plaza ya oí los mazos y las piquetas y el desplomar de piedras contra el suelo. El Ayuntamiento había actuado con rapidez y con una alevosía propia de los asesinos.

Para que ningún comisionado ni defensor artístico estuviera alerta había decidido demoler la Puerta de las Orejas por la noche.

Miré para un lado y para otro, suplicando ayuda, y no encontré más que ciudadanos curioseando entre las piedras que, ya amontonadas, podrían terminar siendo un buen pedestal para soportar el tablero de una mesa. Recuerdo caer de rodillas. Algunos obreros pensaron que me encontraba enfermo y uno se acercó. Yo le retiré con un gesto displicente, rencoroso, viendo en él el verdugo que ha de cumplir el encargo funesto.

Me tapé la cara con las manos. Y al descubrirme vi que en lo que antes era una puerta, con sus dovelas y arcos, con su dignidad y robustez, ahora se encontraba el hueco miserable: un agujero.

Epílogo

1890

Han pasado seis años y aún al transitar por la plaza de BibRambla, siento la falta de la Puerta de las Orejas. Ahora permanece desmontada, o por lo menos lo que quedó de ella, en el almacén del museo arqueológico. Nos concedieron la gracia de acudir al día siguiente a recoger los despojos que no acabaron en manos de la rapiña. La fortuna y la pesadez de las piedras favorecieron la agrupación del rompecabezas que los obreros —con picos y mazas— abandonaron desperdigado por el suelo.

Fue un gran golpe a nuestra estima. La Comisión de Monumentos se concienció de su limitado poder. ¿A qué ese odio del granadino por lo granadino?, nos preguntábamos. Los hombres y mujeres de nuestro siglo, que eran capaces de defender mediante la fe a un Dios que nunca llegarían a ver, despreciaban, por el contrario, lo tangible y único, lo próximo y nuestro.

Julián Mínguez nunca se llegó a recuperar de aquel hachazo a sus entrañas.

—Esto es la ruina, Maximiliano —decía—, todo está periclitado. Y sin vuelta atrás. ¿Qué le va a dejar usted a sus hijos? ¿Una ciudad ruinosa pero con casas diseñadas a la moda? Más nos hubiera valido perder una guerra; al menos ahí se sabe quién es el enemigo, pero los valores, ¿quién los gana o recupera? El ideal es un fiambre que se desayunan los politicastros, esos cafres que solo saben llenarse los bolsillos y verborrear con palabras huecas. Yo aliento a la revolución o a la muerte. Pero si he de estar contemplando lo que me resta de vida piedras apiladas, sin orden ni concierto en los bajos de un museo, elijo estar muerto y bien muerto.

Después de aquello jamás manifestó su estimulante pesimismo, ni se enfadó, ni se indignó.

Yo le animaba, con esfuerzo por mi parte, pues su negatividad había anidado en mi espíritu tanto o más que en el de él, diciéndole que aún nos quedaba la Alhambra, que siempre estaría ahí y que con ella nadie se metería, pues era de Granada su mayor tesoro.

La Puerta de Bib-Rambla o de las Orejas fue un pulso que no supimos o no pudimos ganar los amantes del patrimonio artístico. Durante más de once años, esperanzados, nos dijimos que alguien, de entre los que decidían y dirigían nuestro país, habría de caer en la obviedad de mantener vivo un pedazo de nuestra historia. Pero como diría Mínguez: ¿qué puede esperarse de un pueblo que olvida de dónde procede? O peor aún, que desprecia de dónde procede.

Venía el profesor a nuestra casa con un bastón sin barnizar, hecho por sus propias manos de un tronco de castaño, regalo de Manolo. Con él caminaba muy a menudo por el bosque de la Alhambra y juntos cuidaban del jardín del Carmen del Moro al que acudían diariamente, ya anochecido, pues por las mañanas mi hijo se ocupaba de

otros jardines y de otras plantas, las del Generalife. Lo habían contratado como ayudante de jardinero y él era feliz hablando a los rosales y los cipreses.

—Hoy *estuvi* podando una mata de arrayán… —decía Manolo.

—Habla bien, muchacho —le recriminaba el profesor.

Entonces Manolo respiraba para tomar fuerzas y recapacitaba.

—Estuve podando una mata de arrayán.

—Eso está mejor… hay que hablar con propiedad.

Todo lo que sabía Mínguez de botánica, que era mucho, como buen científico y amante de la lectura, se lo transmitió a mi hijo. Eran como un abuelo y un nieto, y aunque sin vínculo de sangre se complementaban. Porque a uno le gustaba enseñar y al otro aprender y en esa armonía se mueve el universo.

A veces, viendo a Lolo catalogando las colecciones de hojas secas de sus álbumes, veía un gesto mío en él, impropio por no unirnos vínculo sanguíneo. Pero realmente lo veía. Había en él más de mí que lo que hubo alguna vez en la Benajara. Sonreía como Valeria, con mohín zalamero; siendo el gesto que copió de mí el de sentarse con las piernas cruzadas. Era tanto el parecido que alguna vecina insidiosa llegó a correr el bulo de que era bastardo y fruto de mi relación con una de las criadas. Aquello me movía a risa y todos nos sentíamos más unidos por el comentario, en vez de encontrarlo humillante o despectivo.

En el periódico *La Sabika* escribía el profesor Mínguez una columna sobre naturaleza. Se la dedicaba a Lolo, con quien aprendía diariamente una cosa más de nuestro entorno. Era una novedad periodística que me podía permitir, ya que mi economía familiar no dependía de los ingresos del periódico. En aquellos tiempos, mucho más que ahora, el periodismo no era un negocio lucrativo; las suscripciones, de las que se mantenía, eran muy escasas. Los casinos, los centros cívicos, algún ricachón que quería estar a la última se suscribían, pero en definitiva nadie leía los periódicos. ¿Cómo habrían de leer si no sabían? El analfabetismo obstaculizaba de manera insalvable la difusión cultural y a ello se amarraban los pícaros políticos cuya arma era la de medrar a costa de los ignorantes.

Todas las mañanas me encontraba en mi mesa de despacho un cuento con ofrecimiento de publicación en mi periódico. Lo firmaba Carmela Cid. Mi pequeña, que ya apuntaba maneras a sus quince años, al tiempo que había crecido en distinción, perfeccionaba su estilo y no cejaba en su empeño de conseguir de mi boca una aprobación, algo más que no fuera «me lo pensaré».

Creo estar viendo su nariz respingona, asaltada por diminutas pecas, y su pelo rizado con reflejos de fuego.

—¿Por qué quieres dedicarte a escribir? —le preguntaba yo—. Hoy me he cruzado con el señor Jeremías Muñoz, el editor que publicó mi novela, y sabiendo que nada me diría, le he preguntado que para cuándo pensaba pagarme los derechos de mi libro. Han pasado más de quince años y todavía sigue diciéndome: pronto, pronto.

—No puedo elegir —sentenció categórica Carmela—. ¿Por qué me preguntas eso si sabes que no puedo? ¿Puede acaso Manolo dejar de ser como es?

Cuando eso decía yo me quedaba embobado admirando a mi hija, con esa determinación que yo nunca tuve y que debió de heredar del lado bueno de la familia.

—El periodismo da muy poco, salvo sacrificio —constataba yo.

—También proporciona maneras de participar. Fíjate el buen trabajo que hizo el señor Seco de Lucena en el terremoto de hace unos años.

Carmela se refería al terremoto que sufrimos el día de Navidad de 1884. Fue un temblor cruento que afectó no solo a la ciudad y parte de su riqueza artística, sino a los pueblos cercanos como Arenas del Rey, para el que Luis Seco de Lucena no dudó en recaudar dinero a través de *El Defensor de Granada*.

—Creo que no llegaremos a un acuerdo sobre el particular —terminé yo—. Pero como he de regalarte algo para el día de Reyes y ya sabes que no abogo por los presentes suculentos, he decidido publicarte el cuento.

El pelo acaracolado de Carmela me inundó la cara al abalanzarse sobre mí con un abrazo impetuoso. Era ya hora de cenar, lo hacíamos tarde, sobre las diez de la noche, y justo en ese momento se presentó Rosita con la noticia de que teníamos la mesa puesta.

—Anda, vamos, no seas zalamera.

Mientras nos desprendíamos de ese abrazo que a mí me sabía a gloria, desvié la mirada al retrato que sobre una cómoda nos recordaba, desde hacía años, que Valeria faltaba de nuestras vidas. A veces, el solo hecho de mirarla me proporcionaba la paz de espíritu que necesitaba sabiéndome responsable de una familia tan peculiar.

Manolo miraba por la ventana del salón. A su lado dormitaba el profesor Julián Mínguez, prácticamente lo teníamos todas las noches a cenar.

—No seas zalamera, no seas zalamera —me imitaba Manolo en su costumbre de repetir las frases de los demás.

—Manolo, vamos a la mesa.

Mi hijo, que ya contaba con una barba incipiente y fuerte musculatura, se volvió con esos ojos de espanto que expresaban su debilidad. Era entonces cuando deducíamos que algo pasaba o que iba a suceder, pues Manolo tenía el don de la adivinación. Comenzó a darse golpes en el pecho, gesto que le provocaba el nerviosismo que era incapaz de dominar.

—¿Qué ocurre, Lolo? —le pregunté.

Unos hombres bajaban por la Carrera con cubos, palas y otros utensilios. Los señaló mi hijo con pupilas dilatadas de terror. Se acercó Carmela para tranquilizarlo, pues era una gran compañía para él; lo entendía mejor que cualquiera de nosotros. Manolo empezó a aletear llevado por el frenesí.

Oímos que algunos hombres bajaban por la Carrera alarmando a la población:

—¡Fuego en la Alhambra! ¡Fuego!

Corrían hacia la Cuesta de Gomérez, hacia la Cuesta de los Chinos, hacia

cualquier camino que les llevara a la Alhambra para salvarla de las llamas.

Lolo señaló un reflejo cereza en el horizonte.

Mínguez, sobresaltado por nuestras voces, se despertó.

—La Alhambra se quema, profesor —murmuré sin apenas aliento.

Abrió los ojos empañados por las cataratas, pero tenía buen oído. No empleó mucho tiempo en comprender el sentido de mis palabras.

Agradecimientos

Con cada novela he de hacer más amplios mis agradecimientos. En esta, por estar dedicada a la destrucción del patrimonio artístico, quiero agradecer de manera especial la ayuda prestada al Instituto Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez Acosta. A través de Javier Moya Morales, investigador del citado instituto (cuyo estudio a la obra dispersa e inédita del pintor granadino me fue imprescindible) tuve el placer de conocer la figura de Manuel Gómez-Moreno González, quien aparece en estas páginas como personaje. Su descendiente, el profesor José Manuel Gómez-Moreno Calera, ha sido, también, una ayuda excepcional en la confección de esta novela.

Por circunstancias ajenas a *Noches en Bib-Rambla* conocí a quien hoy ha tenido la generosidad de escribirme el prólogo, Pedro López del Patronato Municipal Fundación Albaicín. El entusiasmo con que realizan su trabajo en esta fundación, alentando al mantenimiento y protección del patrimonio granadino, es equiparable a los personajes, reales o no, a los que he dado vida en esta historia.

Por una u otras razones doy también las gracias a las personas que siguen. Muchas de ellas no me conocen y otras han compartido mi vida durante estos dos largos años que ha durado la elaboración de esta novela histórica:

Ana Molina, José María Arnaiz, Inmaculada Torre, Ángeles Jiménez Vela, Antonio Orihuela, Roberto Mangas, Mariluz Escribano, Remedios Sánchez, Helen Boland Seco de Lucena, Antonio Molina y Pepita, Alfonso Cost, Margarita Orfila Pons, Manuel Sotomayor, José Manuel Barrios Rozúa, Fernando Acale, María Jesús Viguera, Brigite Piedfert, Elena Trujillo y a todos sus alumnos y amigos holandeses que han mostrado tanto interés en la historia de Maximiliano y Manuel Cid, al Instituto Cervantes de Utrecht y su directora Patricia Izquierdo, a las responsables de la Biblioteca de Alovera (Guadalajara) y a su directora Mercedes García Granizo; a todos los que generosamente me han enseñado a entender el mundo del cuento con los que he aprendido la importancia de lo breve y cómo emplearlo en lo extenso; en general a todos mis amigos granadinos y familiares.

Algunos personajes reales a los que se hace referencia en la novela:

Alejandro Dumas.

Alonso Cano.

Antonio de Nebrija.

Augusto Jerez Perchet.

Aureliano Fernández Guerra.

Barón Charles de Davillier.

Benito Pérez Galdós.

Brigadier Topete.

Cecilia Madrazo.

Charles Clifford.

Emilio Hübner.

Emilio Lafuente Alcántara.

Francisco Hernández de Móstoles.

Francisco Javier Simonet.

Francisco Serrano y Domínguez.

García Ayola.

General Juan Prim.

Heinrich Hoffman.

John Murray.

José de Castro y Orozco (Marqués de Gerona).

José Larrocha.

José María López-Mezquita.

José María Rodríguez-Acosta.

José Vasco y Vasco.

Juan Facundo Riaño.

Juan Latino.

Juan Pugnaire.

Leopoldo Eguílaz.

Luis Seco de Lucena.

Manuel de Góngora.

Manuel de la Revilla.

Manuel Fernández y González.

Manuel Gómez-Moreno González.

Manuel Gómez-Moreno Martínez.

Manuel Oliver Hurtado.

Mariano Fortuny y Madrazo.

Mariano Fortuny.

Miguel Benavides.

Pedro Antonio de Alarcón.

Pedro de Mena.

Pedro Soto de Rojas.

Prosper Mérimée.

Richard Ford.

San Juan de Dios.

Vicente Blasco Ibáñez.

Washington Irving.

Algunos autores consultados

Ángel Isac, Antonio Moreno Garrido, Antonio Orihuela Uzal, Augusto Jerez Perchet, Benito Pérez Galdós, Carlos Franco de Espés, César Girón, Charles Davillier, Cristina Viñes Millet, Diego Caro Cancela, Esperanza Guillén Marcos, Eugène Poitou, Fernando Acale, Fernando Díaz-Plaja, Fernando Vicente Albarrán, Francisco Gil Craviotto, Gustavo Doré, Hans Christian Andersen, Javier Moya Morales, Jean Descola, Jorge Avilés Diz, José Álvarez Lopera, José González Martínez, Juan Castilla Brazales, Juan Manuel Barrios Rozúa, Leopoldo Eguilaz y Yanguas, Leopoldo Torres Balbás, Luis Seco de Lucena Escalada, M. Giménez Yanguas, M. Martín Rodríguez, Manuel Gómez-Moreno González, Manuel Martín Rodríguez, Manuel Sotomayor, Mari Luz Escribano, María Cruz Seoane, María Dolores Fernández-Figueras, María José Martínez Justicia, Mauricio Pastor Muñoz, Miguel Jiménez Jiménez, Octavio Ruiz Manjón, Pedro Antonio de Alarcón, Prosper Mérimée, Ricardo Anguita, Victoria Fernández, William George Clark, Juan Valera, Margarita Orfila Pons, Lucía Gómez Robles, José Antonio Fernández Ruiz, Nicolás Torices Abarca, María del Prado de la Fuente Galán, Manuel Vallecillo Capilla, Guillermo Olagüe de Ros, Pedro López López.

Hechos históricos

1859. Se pone la cubierta cupular del templete del Patio de los Leones, en la zona de levante.

1859 (22 de octubre). Declaración de guerra a África.

—28 de noviembre. Muere Washington Irving en Sunnyside, cerca de Hudson (Estados Unidos de América).

1860. El arqueólogo y viajero barón Charles de Davillier llega a España.

1862. Llega a Granada el famoso escritor de cuentos Hans Christian Andersen.

—La reina Isabel II visita la ciudad.

1863 - 64. Gómez-Moreno ayuda a la decoración de las fiestas del Corpus en Bibarrambla. Consigue plaza en el colegio San Bartolomé y Santiago.

1864. Manuel de Góngora descubre la inscripción de los *cornelios* en el Huerto de Lopera.

1865. La Comisión de Monumentos de Granada, según su reglamento, establece el estudio y exploración de zonas arqueológicas. José de Castro señala como emplazamiento a investigar la ubicación de la posible Iliberri.

1868. El 19 de septiembre se declara la revolución liberal conocida como la Gloriosa. El dominio de la Alhambra pasa al Estado.

—17 de octubre. Manuel Gómez-Moreno es detenido por tomar las medidas de la iglesia de San Gil.

—19 de octubre. La iglesia de San Gil es derribada.

1869. El 8 de abril la Comisión de Monumentos de Granada acuerda realizar dos grupos de investigación: Uno, el de Sierra Elvira (De la Garza, Marín y Contreras) y el de Granada / Alcazaba (Góngora, Bonifacio Riaño y Gómez-Moreno).

—Queda al descubierto el cortijo de Daragoleja y Gómez-Moreno realiza sus famosos dibujos.

1870. El conocido pintor Mariano Fortuny llega a Granada acompañado de su reciente esposa Cecilia Madrazo (hija del pintor). Permanecen en la ciudad hasta 1871.

—12 de julio. La Alhambra es declarada Monumento Nacional.

—10 de agosto. Se inaugura el café Suizo.

—2 de octubre. La Comisión de Monumentos acuerda continuar, a propuesta de Gómez-Moreno, las averiguaciones en Sierra Elvira, cerca de Atarfe, donde se encontraron sepulturas y multitud de restos. Aparece la piedra inscrita con caracteres latinos del mozárabe llamado Cipriano, sepultado en el año 1002. La Comisión hace imprimir el informe realizado por Gómez-Moreno bajo el nombre *Informe sobre varias antigüedades descubiertas en la Vega de esta ciudad* acompañándolo con litografías y fotografías de los dibujos de Gómez-Moreno.

—15 de diciembre. Debido a estas investigaciones la causa de Iliberri se vuelve a despertar. La Comisión de Monumentos reclama al gobernador civil los libros, impresos y manuscritos de la causa de Juan de Flores y Juan de Echevarría. Gómez-Moreno propone hacer planos de toda la zona de Atarfe. Se forman dos grupos: los alcazabistas (defensores de la ubicación de Iliberri en suelo del Albayzín) y los elviristas (defensores de la ubicación de Iliberri en suelo de la Vega, en Atarfe).

—Gómez-Moreno es nombrado conservador y secretario de la Comisión de Monumentos y también de la Academia de Bellas Artes.

—Augusto Jerez Perchet, periodista gaditano afincado en Granada, escribe su libro *Impresiones de viaje*.

—Galdós escribe su primera novela *La fontana de oro*.

—27 de diciembre de 1870. El general Prim muere en un atentado.

—30 de diciembre. Llega a España para reinar Amadeo I de Saboya.

1871. El 11 de mayo nace en Granada Mariano Fortuny y Madrazo de la unión de Mariano Fortuny y Cecilia Madrazo.

1872. La sociedad cultural llamada Las Delicias arrienda el convento de los Trinitarios para representar obras, bailes y mascaradas.

—Se produce un gran incendio en Plaza Nueva, otro en Puerta Real.

—Con un nuevo presupuesto, la Comisión de Monumentos permite a Gómez-Moreno trasladarse a Atarfe y contratar a cuatro peones a jornal para excavar en el Pago de Marugán. Se abren entre 400 - 500 sepulturas.

1873. El 13 de abril Gómez-Moreno expone, en la Comisión de Monumentos, los daños ocasionados a la Puerta de BibRambla, también llamada Puerta de las Orejas. La Comisión amonesta al Ayuntamiento a través del Gobierno Civil para evitar el derribo. Una comisión compuesta por Gómez Moreno, Rafael Contreras y Miguel Marín, trata de convencer al

alcalde.

—1 de mayo. Junta extraordinaria y urgente en la Comisión de Monumentos. Acogiéndose al artículo 21 del reglamento de las Comisiones de Monumentos se asume el derecho de representación contra los derribos de los monumentos de verdadero mérito e interés nacional. La Comisión podría ser en este punto la primera autoridad civil de la provincia.

—Se proclama la República Federal de Granada.

—2 de julio. Haciendo oídos sordos, el Ayuntamiento continúa y autoriza el derribo de la Puerta de las Orejas y se ordena desalojar a los vecinos colindantes en el plazo de 24 horas. El Ayuntamiento solicita permiso al Comité de Salud Pública.

—12 de julio. Revolución cantonal.

—20 de julio. Los revolucionarios obligan al gobernador civil a dejar el poder en manos del Comité de Salud Pública.

—La Comisión de Monumentos informa a las academias de Historia y de Bellas Artes de San Fernando y al Ministerio de Fomento sobre el posible derribo de la Puerta de las Orejas. Manuel de Góngora, con tal motivo, se entrevista en Madrid con Pi y Margall y Castelar. Gómez Moreno continúa en Granada.

—22 de julio. El Comité de Salud Pública autoriza el derribo de la Puerta de las Orejas.

—Los ministros de Fomento, Hacienda y Gobernación dan orden al Ayuntamiento de Granada para que paralice el derribo. El derribo afecta solo a la parte superior. Se informa del hecho a Pi y Margall, presidente del Consejo de Ministros, y se solicita que la denominen Monumento Nacional. Se consigue reconstruir lo destruido y la Comisión delega en Juan Pugnaire y Cecilio Díaz Losada. Gómez-Moreno escribe artículos a favor de su conservación. La revista del Liceo publica «Puerta llamada de Bibarrambla o de las Orejas».

1874. El 3 de enero el general Pavía entra en las Cortes poniendo fin a la Primera República Española.

—Continúan excavaciones clandestinas en Medina Elvira. En la finca llamada del Secano de la Mezquita salen a la luz cimientos de un edificio, trozos de columnas y sillares. Entre los restos se hallan varias lámparas de bronce que Gómez-Moreno restaura y adquiere para el Museo Arqueológico de la ciudad.

—Mayo. Se abre el Museo Arqueológico de Granada, aún denominado

Gabinete de Antigüedades.

—29 de diciembre. El pronunciamiento militar de Martínez Campos proclama rey de España a Alfonso XII.

1875. El Ministerio de Fomento acepta restaurar la Puerta de las Orejas. Al año siguiente firma una orden para restaurarlo de acuerdo con los planos de los arquitectos Juan Pugnaire y Díaz Losada. El coste se compartiría entre el Ayuntamiento y el ministerio, pero el Ayuntamiento no da su parte correspondiente.

—El delegado del gobierno en la Alhambra, José Vasco y Vasco, protesta sobre la actitud lucrativa de los guardianes de la Alhambra. La Plaza de los Aljibes y el monasterio de San Francisco (en ruinas) están poblados de indigentes o convertidos en casas particulares. Ante tal alternativa se plantea, entre otras, lo siguiente: cobrar la visita, colocación de pararrayos y mangas de riego y terminar el Palacio de Carlos V (al que le faltaba el techo) para evitar tentaciones de utilizar su piedra en otros monumentos de la ciudad. Trasladar la prisión situada en la Alcazaba a Torres Bermejas, expropiar las casas particulares dentro del recinto de la Alhambra y restaurar el convento de San Francisco y la Casa de Machuca.

1876. El 10 de septiembre se consume, en un incendio, la primera plaza de toros de Granada que estuvo emplazada entre el Hospital Real, la puerta de Elvira y la Fuente Nueva.

1877. En junio Luis Seco de Lucena llega a Granada y se instala con la familia.

1878. Se solicita al arquitecto Juan Pugnaire que inspeccione el Arco o puerta de la Alhacaba. Pugnaire expresa que es necesaria su restauración. La Comisión de Monumentos amonesta al Ayuntamiento para que lo restaure porque es su cometido mantener las murallas y puertas de la ciudad. El Ayuntamiento no responde y el arco, un año después presenta ruina total.

1879. En septiembre entra por Málaga la filoxera, insecto procedente de Estados Unidos que ataca la vid.

—El 31 de diciembre se incendia la Casa de los Miradores.

1880. Gómez-Moreno enseña en el colegio de San Bartolomé y Santiago. La Comisión de Monumentos delega en él el asesoramiento e inspección de las obras de la fachada de Santa Ana, cuya restauración se debe al dinero testamentado por un particular.

1881. El 18 de enero se inunda el Genil en toda la Vega. En un periódico escriben: «Se puede decir que la Vega se ha convertido en un cauce del

Genil». Se destruyen molinos y afecta al Paseo de la Bomba. También se hunde el Puente de las Chirimías.

—Juan Facundo Riaño es nombrado director general de Instrucción Pública. Gómez-Moreno le recuerda la necesidad de restauración de la Puerta de las Orejas. Anteriormente Juan Pugnaire había recomendado apuntalar el monumento para luego desmontarlo y llevarlo a otro lugar. Riaño propone derribo de las casas adosadas y habla de las ventajas de consentir que la puerta continúe en su sitio original.

—10 de octubre. Los comisionados consiguen que declaren Monumento Nacional a la Puerta de las Orejas.

—El gobierno central pregunta sobre la situación de la Puerta de las Orejas. Desea saber si las casas adyacentes al arco son de propiedad particular o municipal. Si fueran de propiedad del Ayuntamiento el coste sería menor, pero si es particular la actuación se encarecería. Después de un estudio se decide que son de propiedad particular. La única opción sería comprar las casas y la puerta por parte del municipio, pero el Ayuntamiento expone por motivos de salubridad que es necesario mover la puerta o demolerla. Para hacer presión no limpia la zona y se transforma en un muladar. Lo que se agravará con la epidemia de cólera de 1884.

1884. Llega la epidemia de cólera y con esta excusa se decide quitar las cimbras y andamiajes de la Puerta de las Orejas por considerarlas insalubres. La Comisión de Monumentos se niega ante la posibilidad del desplome. El Ayuntamiento retira las vallas y andamiajes. Se derriba una casa colindante. Un experto dice al Ayuntamiento que para que la puerta no se venga abajo es necesario emplear al menos 2000 pesetas. La Comisión no tiene dinero y se encuentra impotente.

—Junio. Debido a una fuerte crecida del Río Darro, revienta el embovedado en Puerta Real.

—3 - 5 de septiembre. La Puerta de las Orejas o Puerta de Bib-Rambla es derribada en plena noche. Se comunica a la Comisión que pueden recoger los despojos, casi todos dovelas e impostas. La Comisión acuerda poner una lápida conmemorativa.

—25 de diciembre. A las 21:10 del día de Navidad se produce un fuerte terremoto con consecuencias muy graves en especial en las localidades de Alhama de Granada y Arenas del Rey, lo que obliga a montar varios campamentos en la capital para acoger a los damnificados, en la parte oriental del Paseo del Triunfo y en la zona de la placeta del Humilladero.

1887. Los días 14 y 15 de mayo hubo una fuerte crecida del río Darro, lo que

provocó que el embovedado estallara, quedando prácticamente arrasado desde Puerta Real hasta el Humilladero.

1888. El 1 de enero, con motivo de la polémica de la ubicación de Iliberri, Gómez-Moreno plantea a la Comisión de Monumentos realizar un resumen de todo lo hallado en Medina Elvira para esclarecer las distintas posiciones. A primeros de este año se publica por entregas el trabajo que más tarde se titulará *Medina Elvira*. Es ayudado por su hijo Manuel, que luego será reconocido historiador y arqueólogo, en la recopilación de los datos obtenidos años atrás.

1889 (junio). Revienta el embovedado del río Darro una vez más, al quedar retenida el agua de otra crecida del río Genil.

1890. El 15 de septiembre se produce un incendio en la Alhambra. Afecta a la Torre de Comares y se extendió por el vestíbulo, la Sala de la Barca y la galería de Levante próxima al Patio de los Leones.



CAROLINA MOLINA (nacida en 1963, Madrid) es una periodista, documentalista y escritora Española de novela históricas. Sus últimas novelas e investigaciones la han orientado hacia la Historia de Granada. La figura de García Lorca influirá en su literatura y en su vida personal.

Desde muy niña empieza a escribir y ganar premios y accésit en distintos concursos literarios. Después de estudiar Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid se dedica, durante algún tiempo, al teatro y crea un grupo de teatro independiente junto a varios amigos. Ha tocado varios géneros literarios: La novela fantástica hasta el año 2000 dedicándose a los extensos volúmenes de El Reino de los Asturcones, ambientada en las raíces y folklore asturianos. Pero será a partir de 1995, cuando toma contacto con Granada y empieza a vincularse con la ciudad, fruto de ese encuentro es su primera novela histórica *La luna sobre la Sabika* (2003), que tuvo buena acogida. Su segunda novela histórica, *Mayrit entre dos murallas*, ambientada en los orígenes musulmanes de Madrid (2004) ha resultado ser una novela de culto, original y comprometida. En 2006 publica su tercera novela *Sueños del Albayzin*, que la consagra como novelista y la une, definitivamente, a Granada. Colabora en distintas revistas de la ciudad, como *El Legado Andalusí, una sociedad mediterránea* y, algo más recientemente, la revista literaria *EntreRíos*. Su línea de investigación se centra en la Granada romana (Iliberri) y los cambios experimentados en el patrimonio artístico granadino durante el siglo XIX. Ha conferenciado sobre la cultura andalusí en bibliotecas de distintas partes de España y fue invitada por el Instituto Cervantes de Utrecht (Holanda) para hablar del

legado de al-Andalus. Sus últimas novelas, *Las vidas de Iliberri* (2013) y *Guardianes de la Alhambra* (2010) empiezan la saga de su último personaje, Max Cid. En la actualidad coordina la sección del periódico digital *El Heraldo del Henares* «Érase un cuento» y dirige la colección de narrativa de la editorial granadina Zumaya. Ha coordinado el monográfico dedicado al cuento «Los que cuentan» de la revista *EntreRíos* (2011). En la actualidad se centra en el género de la novela histórica y el cuento. Su última novela, *Noches en Bib-Rambla* ha sido publicada en 2012 y continúa con la saga de los Cid que comenzó con *Guardianes de la Alhambra*.

Notas

[1] Pedro López es licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Granada y desempeña su trabajo como consultor-técnico en Patrimonio Histórico en el Patronato Municipal Fundación Albaicín, un organismo autónomo del Excmo. Ayuntamiento de Granada. Su trayectoria profesional ha estado siempre orientada a la conservación del Patrimonio, quedando vinculado desde agosto de 2006 al Centro de Documentación de la Ciudad Histórica de Granada, que pasó a coordinar en enero de 2009, cuando este servicio municipal quedó adscrito a este Patronato. <<